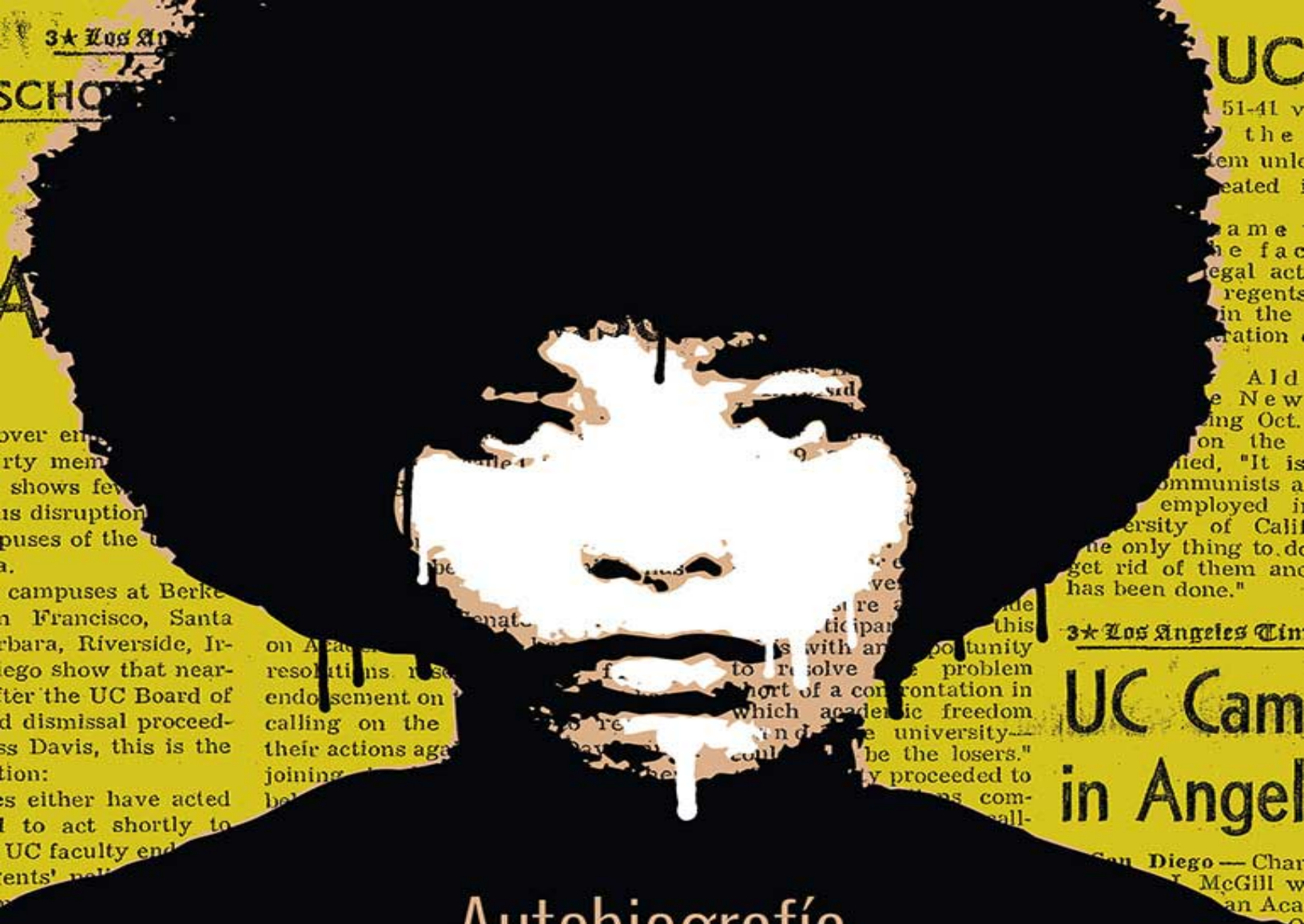
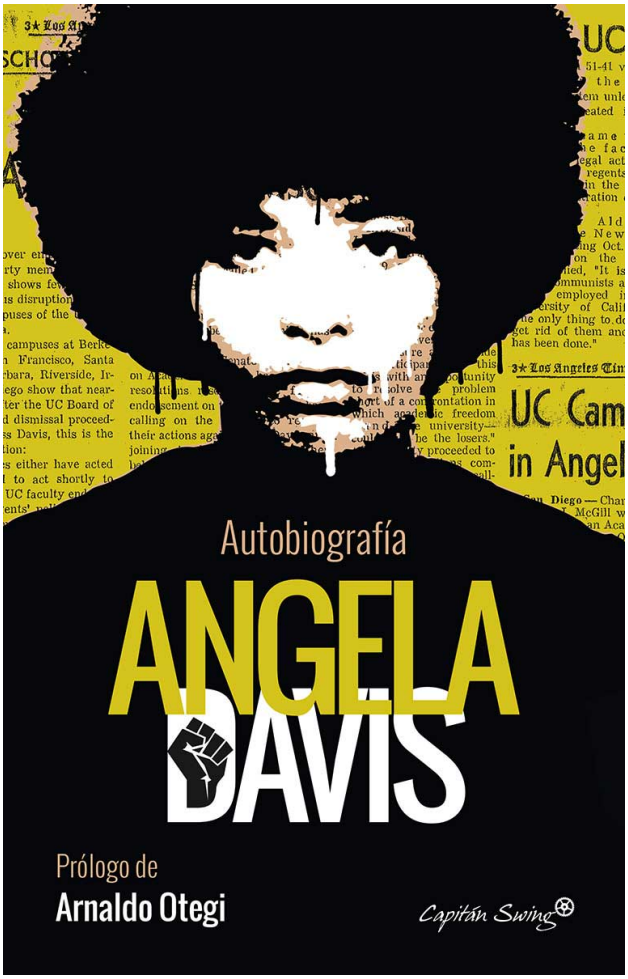


Autobiografía

ANGELA DAVIS

Prólogo de
Arnaldo Otegi

Capitán Swing


Autobiografía
ANGELA
DAVIS
Prólogo de
Arnaldo Otegi
Capitán Swing

Autobiografía

ANGELA DAVIS

Prólogo de Arnaldo Otegi

Traducido por Esther Donato

Capitán Swing

Título original: *An Autobiography*
© Del libro: Angela Y. Davis
© De la traducción: Esther Donato
© Del prólogo: Arnaldo Otegi
Edición en ebook: febrero de 2017

© De esta edición:
Capitán Swing Libros, S.L.
Rafael Finat 58, 2º4 - 28044 Madrid
Tlf: 630 022 531
www.capitanswinglibros.com

ISBN DIGITAL: 978-84-946737-1-9

© Diseño gráfico: Filo Estudio www.filoestudio.com
Corrección ortotipográfica: Victoria Parra Ortiz & Carlos Vidania
Maquetación ebook: emicaurina@gmail.com

Queda prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

Angela Davis

Birmingham (EE.UU.), 1944

Activista por los derechos civiles, miembro del Partido de las Panteras Negras (Black Panther Party) y profesora del departamento de Historia de la Conciencia en la Universidad de California, Angela Davis llegó a ser incluida en la lista de los más buscados del FBI en los años sesenta, por orden de J. Edgar Hoover. Tras múltiples enfrentamientos con la justicia por su activismo revolucionario, fue condenada a pena de muerte en 1972, acusada de asesinato y secuestro. La sentencia fue retirada un año después debido a la intensa movilización internacional, que llevó a Angela a convertirse en uno de los símbolos de la lucha por los derechos civiles de los hombres y las mujeres de color.

A lo largo de su vida, Angela se dio cuenta de que la igualdad entre blancos y negros solo podría hacerse realidad cuando también existiese paridad de derechos entre hombres y mujeres, y se convirtió también en una figura destacada del movimiento feminista. En 2006 fue galardonada con el Premio Thomas Merton, en reconocimiento a su lucha por la justicia, y en 2014 recibió el título de doctora honoris causa de la Universidad de Nanterre, Francia.

Contenido

Portadilla
Créditos
Autor

Prólogo
Introducción
Agradecimientos
Dedicatoria
Prefacio
Primera parte
Segunda parte
Tercera parte
Cuarta parte
Quinta parte
Sexta parte
Epílogo

Prólogo

A unos pocos metros de Angela Davis

Arnaldo Otegi

Angela lagunari

Pocas semanas antes de que yo recuperase la libertad, tras seis años y medio de cautiverio por intentar traer un escenario de paz y democracia a mi país, Angela Davis estuvo en Euskal Herria. Venía a pedir mi libertad y la del resto de presos políticos vascos, dentro de la campaña internacional que ella misma había suscrito en favor de esa causa. En su gira llegó hasta las puertas de la cárcel de Logroño, donde yo estaba preso. Quería entrar y hablar conmigo. No se lo permitieron.

Con la frialdad habitual de la que hace gala la burocracia penitenciaria, mi petición de autorización para la visita de Davis fue despachada con el laconismo tradicional del «no procede». No es que aquella resolución me generara sorpresa alguna, pero no dejaba de resultarme ciertamente paradójico que un simple funcionario de Instituciones Penitenciarias negara la posibilidad de aquella visita como un mero trámite, vetando a alguien que es un icono de dignidad y coherencia para millones de personas en el mundo. Sin duda, aquella resolución no hacia sino engrandecer aún más la figura de Angela Davis, una institución, mientras empequeñecía más si cabe la de esa otra Institución —esta en el peor sentido de la palabra—, que siempre trata de evitar visitas incomodas que podrían denunciar de muros para afuera todo lo que ocurre de muros para adentro.

Al entrar los periódicos en la cárcel vi su foto en la portada, delante de los muros de la prisión, imponente, desafiante y a su vez serena. Nos separaban apenas unos metros y una serie de muros infranqueables. Nos unía una lucha común. Espero poder agradecerle en persona aquel gesto, lleno de significado político para mí, para los míos y las mías. Para los presos y las presas, para los vascos y las vascas.

Así que hoy, tomando su testigo, quiero que este prólogo sirva también como altavoz para reclamar la libertad de Abdullah Ocalan, Marwan Bargouti, Ahmed Sadat, Óscar López Rivera, Mummia Abu Jamal, Leonard Peltier o la de de los miles de presos y presas vascas, kurdas, palestinas o saharauis, entre otras. Sin lugar a dudas, su libertad exige el compromiso internacional no solo de relevantes personalidades del ámbito político, sino del conjunto de hombres y mujeres progresistas del mundo.

Cárcel

Después de recuperar mi libertad he visto la charla que dentro de la mencionada gira dio en el Guggenheim de Bilbao. Me han impresionado la profundidad de sus palabras y sus pensamientos, la contundencia de sus convicciones. Me gustó particularmente que ella, todo un icono de la lucha por la igualdad, no se quedase en mi caso, el más conocido y reconocido de entre los presos y presas vascas, y defendiese con igual vehemencia la necesaria liberación de mis compañeros y compañeras.

Atendí con interés su defensa de la abolición del sistema carcelario, su denuncia de este perverso modelo de control social y castigo político que condena doblemente a las mujeres y a los sectores más desfavorecidos de la sociedad, mientras deja impune los delitos y las faltas de los privilegiados. Angela Davis está comprometida con un futuro en el que las cárceles no tengan cabida. Un futuro en el que las dinámicas educativas sean la alternativa a las dinámicas punitivas. Es una propuesta ciertamente radical. Es una propuesta discutible, se podrá estar a favor o en contra, se podrán discutir las condiciones sociales que permitirían consolidar esta perspectiva, pero de lo que no cabe duda es de que esta es una propuesta que descansa sobre la base de un profundo sentimiento de humanidad y una fe

inquebrantable en el género humano y su carácter bondadoso. En el rechazo al Leviatán.

En este sentido, como ex-preso, no puedo dejar de subrayar la labor que Davis hace actualmente por la abolición de las cárceles. Especialmente en Estados Unidos, un país con una tasa insufrible de personas encarceladas y donde la clase, la raza y el género siguen condicionando hasta límites inaceptables para cualquier demócrata la opción de tener un juicio justo. Desde mi experiencia personal, no puedo descartar que existan personas que han nacido para ser policías o carceleros, si bien es cierto que hasta donde yo he visto la mayoría de ellos han sido empujados a esa innoble función por las mismas condiciones sociales y políticas que influyen al que termina preso, solo que tomadas por el otro costado del poder. Sin embargo, tras catorce años entre rejas en tres periodos distintos de mi vida, puedo confirmar que nadie ha nacido para ser preso. Muchas personas están sentenciadas desde la cuna, pero no han nacido con esa naturaleza. Son las condiciones, sean por razones políticas o sociales, las que les empujan a ello, y son esas condiciones las que los revolucionarios debemos aspirar a cambiar para que nadie tenga que padecer este castigo inhumano y cruel. Las excepciones no deberían servir como justificación para sostener un sistema injusto al que hay que buscar alternativas para lograr una sociedad más justa y decente. Hay que odiar mucho a alguien para desearle la cárcel, y mi paso por prisión me ha ayudado a entender que ese rencor, ese ánimo de venganza no es revolucionario y no es útil para nuestra lucha. La nuestra es una lucha por la libertad y, por lo tanto, contra la cárcel.

Revolución

Me he sentido muy identificado con la reivindicación que hace Davis de la revolución, también con su relato sobre la transformación personal que ha vivido a lo largo de su vida militante. He leído con gran interés el modo en el que manejó el hecho de haberse convertido en símbolo de algo que trascendía a su voluntad, una categoría de icono que ella no había buscado, que ella había rechazado y que hoy por hoy asume con realismo, humildad y el siempre necesario humor.

Yo también reivindico la memoria histórica de nuestras luchas, el recuerdo crítico de nuestras victorias y derrotas, sin que eso suponga instalarse en la nostalgia de tiempos pasados. Yo también defiendo la necesidad de descansar un momento para volver a levantarse y proseguir con la lucha. Porque esta es una lucha muy larga, que contempla toda nuestra vida, la de quienes nos dejaron este legado y la de las generaciones venideras. Igual que Davis, veo con esperanza e interés ese relevo generacional en este camino hacia la libertad. Igual que ella, valoro lo logrado y continúo con mi lucha por todo lo pendiente.

En este camino, que es a la vez individual y colectivo, resultan de gran ayuda libros como esta autobiografía, donde se cuenta la vida de una revolucionaria que estableció con gran brillantez y contundencia, como nadie antes había logrado, la estrecha pero a menudo invisible relación entre género, raza y clase social. Un libro en el que descubrimos a una mujer admirable, una luchadora infatigable, una pensadora brillante y una vida intensa e interesante. El libro no es actual, pero tiene plena vigencia.

Comunismo

La manera en la que Davis descubre el marxismo y el comunismo, por ejemplo, refleja otra versión del modo en el que mi generación accedió a aquellas ideas y movimientos, cada uno con su vivencia personal y en contextos históricos radicalmente distintos. Nosotros en la lucha contra la dictadura de Franco, ella en el imperialismo racista estadounidense de la mano del Partido Comunista y los Panteras Negras. Ese descubrimiento es algo que nos ha hecho mejores personas y mejores militantes.

Angela se sigue considerando militante comunista, habiendo sido varias veces candidata en nombre del PC de Estados Unidos en el pasado, y sigue haciendo gala de la necesidad de construir una alternativa radical al capitalismo. El socialismo, nos dice, «debe permitirnos pensar y crear nuevas versiones de la democracia». Es en ese ideal democrático donde nos encontramos una vez más con ese humanismo comunista del que hace gala Davis en toda su trayectoria militante. Porque como dijera Pepe Mujica, «los seres humanos venimos al mundo a ser felices», y es en esa

construcción de la felicidad humana donde los revolucionarios asignamos al Estado la obligación de garantizar que todas las necesidades básicas de los seres humanos estén cubiertas: desde la sanidad a la educación, desde un salario digno a un ecosistema habitable y sostenible. Ser hoy socialista, o comunista, significa, como bien apunta Davis, buscar alternativas y nuevas versiones para la democracia. Significa construir repúblicas dignas para nuestros pueblos, y hacerlo de abajo arriba, contando siempre con la gente y construyéndolas con la gente. Buscar nuevas versiones de la democracia significa apostar por una democracia en la que la gente decide, en la que la gente cuenta, en la que la gente es el centro de la actividad económica, política y cultural.

Black Power

Desde la distancia, con una visión empática y solidaria, resulta especialmente interesante la manera en la que Davis engarza el pensamiento marxista y la política radical dentro de la comunidad negra. Ella forma parte de esa profunda tradición de conciencia y activismo negro que el profesor Cornell West, al que también agradezco profundamente haber apoyado mi liberación, denomina el «fuego profético negro» junto a Frederick Douglass, W. E. B. Du Bois, Luther King, Ella Baker o Malcolm X. Una tradición profética que marca su centro en la conciencia del ser colectivo, el servicio a la comunidad, el empoderamiento del oprimido y la resistencia al individualismo y a la obsesión por el dinero y el consumo. Porque, como señala Cornell West, «la integridad no puede reducirse a la codicia, la decencia no puede ser reducida a la treta y la justicia no se puede reducir al precio de mercado».

Antifascismo

Quiero señalar la absoluta actualidad de las menciones de Davis al fascismo realizadas en su escrito «Presos políticos y liberación negra»,

datadas en 1971 durante su estancia en prisión. En ellas decía lo siguiente: «El fascismo es un proceso y su desarrollo y ampliación son de naturaleza cancerígena». Nos advertía, entonces ya, que si bien al inicio la amenaza del fascismo puede limitarse al uso de la fuerza y de la ley jurídico-penal para detener y encarcelar a los revolucionarios de las naciones oprimidas, mañana puede atacar a la clase trabajadora en masa y eventualmente a los demócratas moderados. Así, señalaba como síntomas de los procesos de fascistización las amenazas para recortar el poder sindical o los intentos por reducir los niveles del llamado Estado del bienestar. Y nos advertía, como ejemplo de lección histórica, la necesidad de combatir el fascismo desde sus inicios mediante la unidad de movimientos populares amplios e indivisibles. ¿Y acaso no nos encontramos hoy en una peligrosa deriva autoritaria en el conjunto del planeta y en particular en la Unión Europea? No es solo el auge preocupante de la extrema derecha en términos electorales, es su capacidad de influencia —¿o de autoinfluencia, podríamos decir?— en las políticas de los diferentes Estados. La política respecto a los refugiados en el marco europeo o el propio saqueo del dinero público en detrimento del Estado del bienestar, son prueba evidente de ello. Y qué decir del empleo de la represión jurídico-penal para combatir la disidencia…, nosotros somos la prueba evidente de esa agenda.

Esta es la realidad que Angela Davis y todos nosotros debemos combatir, partiendo de un principio ineludible: ser conscientes de que los valores ideológicos de la derecha han penetrado profundamente en el seno de las capas populares. Se impone, pues, un combate prioritario por tratar de alterar los principios y valores del liberalismo para buscar la alternativa en los valores del socialismo.

Feminismo

Evidentemente, la visión de Davis sobre el feminismo resulta ineludible. Afortunadamente, hoy podemos señalar que nuestro país vive un resurgimiento del movimiento feminista que nos permite afirmar que se ha consolidado definitivamente como una realidad transformadora que se debe situar en el corazón de las políticas de transformación social.

Este es un movimiento que además interpela nuestras conciencias de hombres, obligándonos a cuestionar nuestros propios privilegios en el seno de unas sociedades capitalistas y patriarcales que todos decimos querer cambiar. Ninguna sociedad podrá ser igualitaria y libre sin hacer frente a los problemas que el feminismo revolucionario nos plantea.

Toca cambiar el mundo, ¿quién se apunta?

Quien no ha estado en prisión tiene difícil hacerse una idea real de lo que supone ese grado de arbitrariedad, de pérdida de libertad, de injusticia. Quienes no han sufrido la tortura no pueden acertar a sentir lo que esta provoca en un ser humano. Quienes no hemos nacido negros o mujeres difícilmente podremos llegar a comprender en toda su dimensión la discriminación que estas han sufrido. Evidentemente, las combinaciones de esas condiciones sociales endurecen aún más la vida de millones de personas. Sin embargo, para luchar contra la desigualdad, la injusticia, la discriminación o los privilegios no es necesario haber sufrido estos en primera persona. Basta con tener conciencia política, un mínimo de humanidad y grandes dosis de honestidad militante y revolucionaria.

Mirando al estado general de las cosas y del mundo, hay razones para la preocupación, esta es una realidad que no debemos ocultar, pero no debemos ni podemos caer en el desánimo ni en la desesperanza: millones de seres humanos en el planeta estamos comprometidos a cambiar radicalmente este estado de cosas, y lo queremos hacer sin perder nuestra sonrisa, siendo amables, siendo capaces de seducir…, en definitiva, siendo felices en la lucha. Porque nada nos hace más felices que estar al lado de los débiles del mundo. Eso es algo que también hemos aprendido de Angela y de tantos otros; por eso siempre le daremos las gracias. Ahora toca cambiar el mundo, los revolucionarios vascos estamos inmersos en esa tarea, y no cejaremos hasta conseguirlo.

La lectura, el conocimiento, ayuda a eliminar el prejuicio sobre lo desconocido, a romper el estereotipo frívolo, a pensar críticamente. En esta autobiografía conocemos a Angela Davis más allá de la tinta de la camiseta, de la pintada o de la pegatina, de la consigna. A través de sus escritos, de

sus conferencias, a través de libros como este podemos acercarnos a Angela Davis y a todo lo que ella representa, podemos cruzar esos muros que nos separan de ella, esos metros que la mantienen a una distancia de seguridad, que nos incomunican. Su voz nos llega aquí sin distorsión, sin falsas idolatrías, en plenitud, con contundencia e intensidad.

Una vez estuve a unos metros de Angela Davis y no pude verla. No pierdo ocasión de saltar ese muro, recorrer esos metros y, con ella, que tanto ayudó a pedir mi liberación, ser un poco más libre.

Introducción

Esta nueva edición de mi autobiografía aparece casi quince años después de su primera publicación. Ahora aprecio el empuje de aquellos que me persuadieron para que escribiera sobre mis experiencias a una edad que yo consideraba demasiado precoz para producir un trabajo autobiográfico que pudiera poseer un valor significativo para los lectores. Si hoy contemplara los cuarenta años anteriores de mi vida, el libro resultante sería completamente distinto, tanto en la forma como en el contenido. Pero me alegro de haberlo escrito a la edad de veintiocho años porque es, creo, una pieza importante de análisis y descripción históricos de finales de la década de los sesenta y principios de los setenta. Es, además, mi propia historia personal hasta aquel momento, comprendida y trazada a partir de ese punto de vista particular.

Durante aquel periodo de mi vida en el que, como tantos otros, dedicaba cada momento del día a la búsqueda de soluciones activistas para los problemas prácticos inmediatos planteados por el Movimiento de Liberación Negro y de respuestas apropiadas a las represiones que emanaban de las fuerzas adversarias en aquel drama, fui consciente de lo importante que era preservar la historia de aquellas luchas para beneficio de nuestra posteridad. Aun así, para los participantes de aquellos movimientos, el ritmo frenético de los acontecimientos parecía imposibilitar la clase de actitud contemplativa necesaria para plasmar una crónica e interpretar aquellas luchas desde la perspectiva de la historia.

Si en un primer momento expresé cierta vacilación ante la idea de empezar a trabajar en una autobiografía, no fue porque no deseara escribir sobre los acontecimientos de aquella época y otros más generales durante mi vida, sino porque no quería contribuir a la tendencia ya ampliamente extendida de personalizar e individualizar la historia. Y, para ser totalmente sincera, mi propia reserva instintiva me hacía sentir más bien incómoda por estar escribiendo sobre mí misma. De modo que, en realidad, no escribí sobre mí misma. Lo que quiero decir con esto es que no medí los eventos de

mi propia vida en función de su posible importancia personal. En su lugar, traté de emplear el género autobiográfico para evaluar mi vida conforme a lo que yo consideraba la significación política de mis experiencias. La lectura política emanó de mi labor como activista en el Movimiento Negro y como miembro del Partido Comunista.

Mientras escribía este libro, me oponía intensamente a la idea, desarrollada dentro del joven movimiento de liberación de la mujer, que ingenuamente y sin sentido crítico equiparaba lo personal con lo político. Para mí, esta idea tendía a retratar como equivalentes fenómenos tan enormemente dispares como los asesinatos racistas de personas negras a manos de la policía y el abuso verbal de índole sexista hacia las mujeres blancas por parte de sus maridos. Teniendo en cuenta que durante aquel periodo fui testigo directo de la violencia policial en numerosas ocasiones, mi respuesta negativa al eslogan feminista, «lo personal es político» era ciertamente comprensible. A pesar de que continúo estando en desacuerdo con cualquier intento fácil de definir estas dos dimensiones como equivalentes, entiendo que en cierto sentido todos los esfuerzos que pretenden dibujar unas líneas de demarcación definidas entre lo personal y lo político inevitablemente malinterpretan la realidad social. Por ejemplo, la violencia doméstica no deja de ser una expresión de las políticas de género imperantes por el hecho de que suceda dentro de la esfera privada de una relación personal. Por tanto, manifiesto mi pesar de no haber sido capaz también de aplicar una vara de medir que manifestara una comprensión más compleja de la dialéctica entre lo personal y lo político.

La verdadera fuerza de mi enfoque en aquel momento reside, creo, en el honesto énfasis aplicado a las contribuciones y logros de base, hasta el punto de desmitificar la idea habitual de que la historia es el producto de individuales únicos en posesión de cualidades de grandeza inherentes. Por desgracia, mucha gente asumió que, debido a lo extensamente difundidos que fueron mi nombre y mi caso, la contienda desplegada durante mi encarcelamiento y juicio de 1970 a 1972 fue la de una mujer negra individual que eludió con éxito el poder represivo del estado. Aquellos que poseemos un pasado de lucha activa contra la represión política comprendimos, por supuesto, que mientras uno de los protagonistas de esta batalla era el estado, el otro no era un único individuo sino el poder

colectivo de las miles y miles de personas que se oponían al racismo y a la represión política. De hecho, las razones subyacentes de la extensa publicidad concedida a mi juicio no tuvieron tanto que ver con la cobertura sensacionalista de la sublevación de una prisionera en el juzgado del condado de Marin como con el trabajo de un número incalculable de personas anónimas que se lanzaron a la acción, no tanto con mi problemática particular como con la labor acumulativa de los movimientos progresistas de aquel periodo. Desde luego, la victoria obtenida cuando fui absuelta de todos los cargos todavía hoy puede reivindicarse como un hito en la labor de los movimientos de base.

A lo largo de mi vida, los hilos políticos se han mantenido esencialmente continuos desde comienzos de los setenta. En 1988, sigo perteneciendo al Comité Nacional del Partido Comunista y continúo trabajando con la Alianza Nacional contra la Represión Política y Racista. Asimismo, me he convertido en miembro activo de la junta ejecutiva del Proyecto Nacional de Salud de la Mujer Negra.

Este es un momento en el que un número cada vez mayor de personas se sienten atraídas por las causas progresistas. Durante los últimos ocho años de la administración Reagan, incluso a pesar de que la fuerzas conservadoras en el poder han provocado la erosión de algunas de nuestras victorias previas, también hemos sido testigos del poderoso aumento del activismo masivo dentro del movimiento laboral, en los campus universitarios y en las comunidades. Vastos e influyentes movimientos en contra del *apartheid* en Sudáfrica, contra el racismo doméstico, contra la intervención en América Central y contra el cierre de fábricas en suelo nacional han obligado a la clase política a abordar seriamente estas cuestiones. Como cada vez hay más activistas laborales y las mujeres de color han empezado a asumir el liderazgo de los movimientos de mujeres, la campaña por la igualdad de las mujeres ha adquirido una amplitud muy necesaria y, en consecuencia, ha madurado. Como resultado directo del activismo de base, actualmente hay más negros progresistas ocupando cargos oficiales que nunca. Y, a pesar de que no ganó la nominación presidencial del Partido Demócrata, Jesse Jackson realizó una campaña verdaderamente triunfal, que confirmó e impulsó todavía más los patrones del pensamiento progresista entre la gente de nuestro país.

Mientras escribo esta introducción, me uno a muchos amigos y camaradas para llorar la muerte de Aaron Boye. Aaron era el sobrino de Charlene Mitchell, de Franklin y de Kendra Alexander, y el primo de Steven Mitchell (todos ellos aparecen mencionados con frecuencia en las páginas de esta autobiografía). Cuando, hace dos años, Aaron se graduó en la UCLA, me invitó a hablar en la ceremonia de graduación de los estudiantes negros. En mis observaciones, insté a los estudiantes a permanecer conscientes de las luchas que crearon un lugar para ellos en aquella institución y a estar dispuestos, a cambio, de sumar sus propias contribuciones a la búsqueda constante de justicia e igualdad. Tras pasar su infancia rodeado de parientes y amigos que habían dedicado su vida a estas causas, Aaron era muy consciente de que había cosechado los éxitos de sus contribuciones. Y hacía tiempo que él mismo había plantado la semilla para luchas futuras.

Dado que esta autobiografía estaba originalmente dedicada a los camaradas que dieron sus vidas durante un periodo anterior, añado ahora el nombre de Aaron Boye a la relación de aquellos que, si aún siguieran entre nosotros, estarían hoy en primera línea.

Agradecimientos

Lamento no poder citar aquí los nombres de todos aquellos que, de una forma u otra, me ayudaron a preparar esta autobiografía. Pero algunos de ellos merecen un recuerdo especial.

Al escribir este libro tuve ocasión de conocer y colaborar con una mujer que es una excelente escritora y una animosa hermana. En su calidad de asesora editorial, Toni Morrison no solo me prestó una ayuda inestimable, sino que se mostró paciente y comprensiva ante las continuas interrupciones que sufrió nuestro trabajo como consecuencia de mis responsabilidades en el movimiento por la liberación de los presos políticos.

Agradezco profundamente al Partido Comunista Cubano y a su primer secretario, Fidel Castro, la invitación que me hicieron a pasar unos meses en Cuba para dedicarme plenamente al libro.

Charlene Mitchell, Franklin Alexander, Victoria Mercado, Bettina Aptheker, Michael Meyerson, Curtis Stewart y Leo Branton, mi abogado, revisaron mi original en diferentes momentos. Sandy Frankel y las hermanas y hermanos dirigentes de la Alianza Nacional contra la Represión Racista y Política hicieron siempre cuanto estaba en su mano por armonizar mi trabajo en el libro con las urgentes tareas que debía realizar en tanto que copresidenta de dicha organización. A todos ellos, mi agradecimiento.

Autobiografía

ANGELA DAVIS

A mi familia,
que ha sido mi fuerza.

A mis camaradas,
que han sido mi luz.

A los hermanos y hermanas
cuyo espíritu de lucha fue mi liberación.

A aquellos cuyo valor humano
es demasiado grande para ser destruido
por los muros, los barrotes y las celdas
de los condenados a muerte.

Y, en especial,
a todos aquellos que están dispuestos
a luchar hasta que el racismo y la injusticia
social sean abolidos para siempre.

Prefacio

En un principio, la idea de escribir este libro no me atraía demasiado. El hecho de publicar una autobiografía a mi edad podía parecer un acto de presunción y, además, pensaba que al relatar mi vida, al hablar de mis actos, de mis ideas y de las cosas que me habían sucedido, adoptaba una postura de superioridad, como si diera a entender que no me consideraba igual a las demás mujeres —a las demás mujeres negras— y que por ello tenía que explicar cómo era. Me parecía que un libro como este podía, en último término, enmascarar el hecho más importante: que las fuerzas que han hecho de mi vida lo que es son exactamente las mismas fuerzas que han formado las vidas de millones de hermanos míos. Y estoy convencida de que mi reacción ante esas fuerzas no ha tenido tampoco nada de excepcional; de que mi actividad política, últimamente como miembro del Partido Comunista, ha sido una manera natural y lógica de defenderme y defender a los míos.

El único acontecimiento extraordinario de mi vida no tuvo nada que ver conmigo en cuanto que individuo; con un pequeño giro de la historia, otra hermana o hermano mío habría podido convertirse en el preso político al que millones de personas del mundo entero rescataron de la persecución y la muerte. Me resistía a escribir este libro porque creía que, al centrarme en mi historia personal, podía desviar la atención del lector de lo más importante: el movimiento popular, que fue el que dio a conocer mi caso desde el principio. Y no deseaba presentar mi vida como una «aventura» personal, como si existiese una persona «real» separada y distinta de la persona política. De cualquier modo, mi vida no se prestaría a ello, pero, aunque así fuese, un libro tal sería una falsedad, pues no reflejaría mi intenso sentimiento de pertenecer a una comunidad de seres humanos, a una comunidad que lucha contra la pobreza y el racismo.

Cuando decidí, a pesar de todo, escribir este libro, fue porque me lo planteé como una autobiografía *política* en la que destacasen las personas, los hechos y las fuerzas que, a lo largo de mi vida, me han llevado a mi

actual compromiso. Pensé que un libro así podría servir a un fin práctico y muy importante: era posible que, después de leerlo, mucha gente comprendiese por qué tantos de entre nosotros no tenemos otra alternativa más que ofrecer nuestras vidas —nuestro cuerpo, nuestra inteligencia, nuestra voluntad— a la causa de los oprimidos. En estos momentos en que la corrupción y el racismo de los más altos organismos políticos se están poniendo al desnudo, en que se está haciendo visible la bancarrota general del sistema capitalista, existe la posibilidad de que otros hombres y mujeres —negros, cobrizos, pieles rojas, amarillos y blancos— sientan deseos de unirse a nuestra comunidad de lucha. Solo si esto sucede, consideraré que ha valido la pena escribir este libro.

PRIMERA PARTE

Redes

«Un ternero saltará,
y su asta romperá la red...»

9 de agosto de 1970

Creo que le di las gracias, pero no estoy segura. Quizá me quedé mirándola mientras ella sacaba la peluca del bolso y me la tendía, y quizá la cogí sin decir nada. La peluca se quedó en mis manos como un animalito asustado. Estaba sola con Helen, ocultándome de la policía y llorando la muerte de un hombre al que quería. Dos días atrás, estando en casa de Helen —en una colina de Echo Park, en Los Ángeles—, me había enterado del motín que se había producido en el tribunal del condado de Marin y de la muerte de mi amigo Jonathan Jackson. Hasta aquel momento no había oído hablar nunca de Ruchell Magee, James McClain y William Christmas, los tres reclusos de San Quintín que protagonizaron, junto con Jonathan, la revuelta que les costó la vida a él, a McClain y a William Christmas. Pero aquella tarde tenía la impresión de conocerles desde hacía mucho tiempo.

Fui al cuarto de baño, me situé ante el espejo y fui metiéndome los mechones de cabello bajo el tirante elástico de la peluca. Como alas rotas, mis manos se movían con torpeza, con gestos totalmente disociados de mis pensamientos. Cuando me miré al espejo para ver si mi pelo quedaba bien disimulado, vi una cara tan llena de angustia, tensión e incertidumbre que no la reconocí como mía. Los artificiales rizos negros sobre la frente arrugada, sobre los ojos hinchados y enrojecidos, me daban un aspecto absurdo, grotesco. Me quité la peluca de un tirón, la arrojé al suelo y golpeé el lavabo con el puño. El lavabo siguió frío, blanco e impenetrable. Otra vez me puse la peluca. Necesitaba tener un aspecto normal. No debía despertar las sospechas del empleado de la gasolinera donde habríamos de detenernos; no podía llamar la atención de alguien que detuviese su coche al lado del nuestro en un semáforo y se le ocurriese mirarnos. Mi apariencia había de ser tan corriente como cualquier elemento de una escena cotidiana de Los Ángeles.

Le dije a Helen que nos marcharíamos en cuanto oscureciese. Pero la noche no acababa de desplazar al día, que se negaba a marcharse. Esperábamos en silencio. Ocultas tras las cortinas corridas, estábamos atentas a los ruidos de la calle, que entraban por la ventana entreabierta de la terraza. Cada vez que un coche aminoraba la velocidad o se detenía, cada

vez que oía pasos en la acera, contenía la respiración y pensaba si no habríamos esperado demasiado.

Helen no hablaba mucho. Era mejor así. Me alegraba de que hubiera estado conmigo aquellos días. Se mantuvo serena y nunca trató de enterrar la gravedad de la situación bajo una montaña de palabras.

No sé cuánto tiempo llevábamos sentadas en la sala, iluminada por una tenue luz, cuando Helen rompió el silencio para decir que seguramente ya no oscurecería más. Era el momento de marcharnos. Por primera vez desde que supimos que la policía me buscaba, salí a la calle. Estaba mucho más oscuro de lo que yo creía, aunque no lo bastante como para no sentirme vulnerable e indefensa.

A mi dolor y mi cólera se unió entonces el miedo. Un miedo tan simple, tan abrumador y tan elemental que la única sensación con que pude compararlo era aquella angustia que me asaltaba de pequeña cuando me quedaba sola en la oscuridad. Sentía a mi espalda una cosa indescriptible, monstruosa, que no llegaba a tocarme pero me amenazaba. Cuando mis padres me preguntaban qué era lo que me daba tanto miedo, las palabras que usaba para describir aquello sonaban ridículas y tontas. Ahora, en cambio, a cada paso que daba, sentía una presencia bien fácil de describir. Me pasaban por la mente imágenes de violencia, pero aquella vez no eran abstractas; al contrario, eran claras imágenes de metralletas surgiendo de la oscuridad, rodeándonos, escupiendo fuego contra nosotras...

El cuerpo de Jonathan había quedado tendido en el caliente asfalto del estacionamiento, delante del Centro Cívico del condado de Marin. Vi en la televisión el momento en que sacaban su cadáver de la camioneta, tirando de una cuerda que le habían atado a la cintura...

En los diecisiete años de su vida, Jon había visto más brutalidad que la mayoría de las personas en toda su existencia. Desde los siete años estaba separado de su hermano mayor, George, por barrotes de prisión y guardias hostiles. Y un día yo, como una tonta, le había preguntado por qué sonreía tan poco...

El camino que iba de Echo Park al barrio negro pasando por West Adams me era muy familiar. Lo había recorrido muchas veces en automóvil. Pero aquella noche mi condición de fugitiva me hacía verlo diferente, lleno de peligros desconocidos.

No había que darle más vueltas: mi vida era ahora la de una fugitiva, y los fugitivos son asiduamente cortejados por la manía persecutoria. Cada persona desconocida a la que veía podía ser un agente de policía de paisano, que quizá tuviera a unos sabuesos ocultos tras un seto, esperando órdenes. La vida de un fugitivo exige resistirse a la histeria, distinguir entre los productos de la imaginación atemorizada y los indicios reales de la proximidad del enemigo. Yo tenía que aprender a esquivar a aquel enemigo, a burlarlo. Sería difícil, pero no imposible.

Miles de antepasados míos habían esperado, como yo aquella noche, a que la oscuridad protegiese sus pasos; como yo, habían buscado la ayuda de un amigo fiel, y como yo, habían sentido los dientes de los perros pisándoles los talones.

Sencillamente, tenía que mostrarme digna de ellos.

Las circunstancias que me habían llevado a aquella situación eran algo más complicadas, pero no muy diferentes. Dos años atrás, el SNCC[1] había organizado un cóctel para recoger fondos. Después de la velada, la policía había irrumpido en el piso de Franklin y Kendra Alexander, en la calle Bronson, donde se habían reunido algunos miembros del grupo. Franklin y Kendra pertenecían al Partido Comunista y eran íntimos amigos míos. La policía confiscó cierta cantidad de dinero y varias pistolas, y todos los presentes fueron detenidos bajo la acusación de robo a mano armada. Cuando descubrieron que una de las armas —una 380 automática— estaba registrada a mi nombre, me citaron para interrogarme. Las acusaciones se desestimaron, por lo que, después de unas noches en comisaría, los hermanos y hermanas fueron puestos en libertad y las pistolas devueltas a sus propietarios.

Aquella 380 que la policía de Los Ángeles me había devuelto de mala gana estaba ahora en poder de las autoridades del condado de Marin, por haber sido usada en la revuelta que había tenido lugar en el tribunal. El juez que presidía el juicio de James McClain había resultado muerto, y herido, el fiscal de distrito que presentaba la acusación. Ya antes de que Franklin me advirtiese de que la policía rondaba mi casa, estaba segura de que vendrían a por mí. Durante los últimos meses, yo no había hecho prácticamente otra cosa que colaborar en la formación de un movimiento de masas para liberar a los Hermanos de Soledad —George, hermano de Jonathan; John

Clutchette y Fleeta Drumgo—, recluidos en el penal Soledad bajo una fraudulenta acusación de asesinato. El gobernador Reagan y la Junta de Gobierno me habían desposeído hacía poco tiempo de mi cargo de profesora de la Universidad de California, dada mi pertenencia al Partido Comunista. Ahora, mi pistola había sido utilizada en Marin. No necesitaba que nadie me lo dijese: aquel hecho sería aprovechado para asestarme un nuevo golpe.

El 9 de agosto, varios agentes (de la policía de Los Ángeles o quizá del FBI) rodearon como avispas irritadas a Kendra, a Franklin y a mi compañera de piso, Tamu. Miembros del Club Che-Lumumba —nuestro grupo del partido— y del Comité de Defensa de los Hermanos de Soledad habían dicho a Franklin que a ellos se les vigilaba también. Aquel día, Franklin había tardado varias horas en despistar a la policía para llegar a casa de Helen y Tim; varias horas esquivándolos, escondiéndose, cambiando de coche en callejones vacíos, entrando en establecimientos y saliendo por la puerta trasera. Y temía emprender otro recorrido similar para ponerse en contacto conmigo; quizá la segunda vez no tuviera tanta suerte.

Si se iniciaba una búsqueda en toda regla, la casa de Helen y Tim no sería lo bastante segura. Les conocía desde hacía años y, aunque no eran miembros de ninguna organización, tenían un historial de actividades políticas izquierdistas. Tarde o temprano, sus nombres aparecerían en el cuaderno de notas de algún policía. Teníamos que cambiar de escondite con rapidez y disimulo.

La dirección que nos habían dado estaba en una calle tranquila y cuidada de la zona de West Adams. La casa era vieja, de dos pisos, rodeada de flores y un hermoso seto. Me despedí torpemente de Helen, bajé del coche y pulsé el timbre con timidez. ¿Y si hubiera mirado mal el número de la casa y no fuese allí? Mientras esperaba con inquietud a que se abriese la puerta, pensaba cómo sería aquella gente, qué actitud tendría conmigo. Lo único que sabía era que la mujer, Hattie, y su marido, John, eran negros y simpatizantes del movimiento. No me hicieron ninguna pregunta y prescindieron de los acostumbrados formulismos. Se limitaron a hacerme pasar y a aceptarme de una manera total y con el afecto que se suele reservar a los familiares. Parecieron no dar importancia al hecho de que mi presencia pudiera alterar sus vidas. A fin de protegerme, reorganizaron sus

horarios de modo que uno de los dos estuviese siempre en casa, y dieron excusas a los amigos que les visitaban regularmente para que nadie se enterase de mi presencia.

A los pocos días comencé a sentirme tan bien instalada y cómoda como era posible en aquellas circunstancias. Por las noches era capaz de tener los ojos cerrados durante unas horas sin sentirme acosada por alguna terrible pesadilla relativa a lo ocurrido en Marin. Hasta me acostumbré a la vieja cama de hierro que se plegaba en la pared del comedor. Y casi podía concentrarme en las anécdotas que me contaba Hattie sobre su carrera en el mundo del espectáculo y su lucha contra la discriminación en su empeño por ser bailarina.

Estaba dispuesta a quedarme allí indefinidamente, hasta que las cosas mejorasen. Pero la búsqueda de que era objeto se intensificó (se extendió incluso a Canadá, según dijo el comentarista conservador George Putnam en su programa de televisión de Los Ángeles). Más valía que abandonara el estado por una temporada.

Todo aquello me parecía horrible: los viajes nocturnos, los ojos velados por las lágrimas, las actitudes de cautela y reserva. Estaba segura, desde hacía tiempo, de que llegaría el día en que muchos de nosotros habríamos de escondernos, pero aquello no me ayudaba a aceptar mejor aquella existencia furtiva y clandestina.

Tenía un amigo en Chicago, David Poindexter. Hacía mucho tiempo que no le veía, pero estaba convencida de que lo dejaría todo por ayudarme. Aunque me sentía dispuesta a hacer el viaje sola, Hattie se empeñó en acompañarme hasta que me reuniese con David. No sé de dónde sacaba las fuerzas. Para Hattie, prestarme ayuda estaba por encima de todo, sin atender al riesgo que corría ella también.

Una vez hechos los preparativos, salimos en automóvil hacia Las Vegas. Viajamos toda la noche. Mis amigos habían pedido a un hombre negro de cierta edad, a quien yo no conocía, que nos acompañase en aquella etapa del viaje.

Hattie, vestida y arreglada, conservaba el aspecto de la bailarina que había sido hacía unos años. Tenía la gracia y la dignidad de una Josephine Baker, y los hombres se volvían a mirarla. En el aeropuerto de Las Vegas, por primera vez desde mi paso a la clandestinidad, me mezclé con la gente.

Cada vez que un hombre blanco me miraba con excesiva insistencia, el martilleo de mi corazón le identificaba como policía.

Todo el mundo sabía que el aeropuerto O'Hare de Chicago era un centro de intrigas y que estaba muy vigilado por la CIA y el FBI. Hattie y yo avanzábamos por entre el gentío, buscando ansiosamente a David, a quien no habíamos encontrado en la entrada. Yo le maldecía por lo bajo, aunque sabía que probablemente no había sido culpa suya. Después me explicó que el mensaje que le mandé era demasiado oscuro, y pensó que yo iría directamente a su casa. Al final tomamos un taxi para dirigirnos allí.

Hattie se marchó después de haberme dejado, sana y salva, en el piso de David, que daba a las tranquilas aguas del lago Michigan. Aunque me alegré de verle, me dolió separarme de Hattie, pues nos habíamos hecho muy amigas. Cuando la abracé para despedirme, no pude decirle «Gracias», porque la palabra era demasiado mezquina para una persona que había arriesgado su vida para salvar la mía.

David se hallaba ocupado remodelando la casa, pues prácticamente toda ella estaba patas arriba: las paredes a medio empapelar, los muebles amontonados en medio de la sala y el sofá lleno de cuadros, figurillas y otros objetos.

Había olvidado cuánto le gustaba hablar a David. Ya fuese para discutir de política o para decirle a una que tenía una mancha en la blusa, siempre se extendía increíblemente y pasaba de un tema a otro. Durante los primeros cinco minutos me bombardeó con tantas preguntas que hube de pedirle que frenase y retrocediera un poco.

Después de dejar mis cosas y lavarme la cara con agua fría, fui a su estudio y nos sentamos en la gruesa alfombra azul, entre montones de libros, para hablar de la situación. Él no podía suspender su viaje al oeste, me explicó, pues debía salir al día siguiente, pero lo acortaría para volver dentro de pocos días.

La perspectiva de pasar unos días sola me resultaba agradable. Aprovecharía aquel tiempo para orientarme, para pensar en las próximas semanas, para sobreponerme. Me vendría bien un poco de soledad.

Después, David me presentó a Robert Lohman, que vivía en el mismo edificio. Me dijo que Robert era «amigo íntimo» suyo y persona de toda confianza que, en los próximos días, estaría a mi disposición para cualquier

cosa que necesitara, para cuidar de que hubiese comida en la nevera y también, cuando yo lo desease, para charlar conmigo.

Conocí a Robert por la tarde. Durante la noche, David y él se enzarzaron en una violenta discusión acerca del coche que poseían en común. (¿Qué ocurriría si David era detenido llevándome en un automóvil registrado a nombre de Robert...?). Cuando amainó la tormenta de palabras, su amistad se había deshecho y Robert era para nosotros un delator en potencia. Aquello nos obligó a modificar todos nuestros planes.

En otro coche, David y yo nos dirigimos aquella misma noche, bajo una densa lluvia, a la casa donde él había vivido con su mujer antes de la muerte de esta. David se negó a escucharme cuando quise excusarme por alterar de aquel modo su vida, por arruinar sus amistades y por obligarle, finalmente, a suspender su importante viaje al oeste. Declaró que todo aquello no tenía importancia.

Antes de que David se durmiese (yo pasé toda la noche en vela), decidimos que lo mejor sería salir de la ciudad al día siguiente.

Mi disfraz había sido suficiente hasta aquel momento, pero creí que no lo sería en el futuro, pues la situación resultaba ahora más peligrosa. La peluca de rizos, demasiado parecida a la forma de mi peinado anterior, no cambiaba realmente el aspecto de mi cara. Antes de salir de Chicago, una joven negra, ante quien me identifiqué como la prima de David que estaba en un apuro, me dio otra peluca de pelo liso, con un largo flequillo y complicados rizos a los lados. Ella misma me depiló la mitad de las cejas, me colocó unas pestañas postizas, me cubrió la cara con todo tipo de cremas y polvos y me pintó una peca junto a los labios. Me sentí incómoda y demasiado maquillada, pero dudé de que mi propia madre pudiera reconocerme.

Habíamos decidido ir a Miami. Dado que los aeropuertos estaban más vigilados que cualquier otro lugar, acordamos ir por tierra: en coche hasta Nueva York y en tren hasta Miami. Tras alquilar el coche y recoger David sus cosas, emprendimos nuestra odisea, cuyos detalles habríamos de improvisar sobre la marcha.

En un motel de las afueras de Detroit, puse la televisión para ver las noticias. «Angela Davis, buscada por las acusaciones de asesinato, secuestro y conspiración en relación con el tiroteo del tribunal del condado

de Marin, ha sido vista saliendo de la casa de sus padres en Birmingham, Alabama. Se sabe que ha asistido a una reunión de la sección local del Partido de los Panteras Negras. Cuando las autoridades de Birmingham la localizaron, consiguió escapar al volante de su Rambler azul de 1959...».

¿Hablaban quizá de mi hermana? Pero ella debía de estar en Cuba. Y la última vez que yo había visto mi coche, se hallaba estacionado frente a la casa de Kendra y de Franklin, en la calle Cincuenta de Los Ángeles.

Estaba inquieta por mis padres. El FBI y la policía local debían de haber rondado la casa como aves de presa. Como sabía que el teléfono estaba intervenido, no había querido arriesgarme a llamarlos. Esperaba que Franklin hubiese encontrado alguna forma de decirles que me hallaba bien.

En Detroit nos confundimos con la gente para buscar una óptica donde pudiesen hacerme rápidamente unas gafas. Yo no había estado en casa desde la noticia del motín, por lo que no tenía equipaje. Y debía comprarme algo de ropa, pues llevaba varios días con la misma.

Desde Detroit fuimos en coche a Nueva York, donde tomamos un tren que tardó casi dos días en llegar a Miami. Allí, bajo el deslumbrante sol de finales de verano, me encerré en un piso sin muebles que había alquilado David, en espera de tiempos mejores. Me sentía tan prisionera como si hubiese estado encerrada en una cárcel, y a menudo sentía envidia de David, que podía salir cuando quisiera; podía incluso ir a Chicago. Yo me quedaba en el piso, leía y veía los noticiarios de la televisión: represión draconiana del movimiento palestino por el rey Hussein de Jordania; primera rebelión importante en la Tombs, la cárcel de Nueva York...

Pero no había noticias de George, de John, de Fleeta, de Ruchell, de San Quintín...

A fines de septiembre todo hacía pensar que proseguía aquella persecución implacable. La madre de David, que vivía cerca de Miami, le dijo que habían ido por allí dos hombres preguntando dónde estaba su hijo. Los viejos temores aparecieron otra vez, y comencé a dudar de que fuese posible eludir a la policía sin abandonar el país. Pero cada vez que consideraba la posibilidad de marcharme al extranjero, la idea de vivir indefinidamente exiliada en algún otro país me parecía aún más horrible que la de estar encerrada en la cárcel. En ella, por lo menos, estaría cerca de mi gente, cerca del movimiento.

Decidí no salir del país. Pero creí que podría hacer creer al FBI que había logrado escapar. Lo último que hice en aquel vacío apartamento de Miami fue redactar una declaración que sería entregada a alguien que pudiese transmitirla a la prensa. Hablé de la juvenil y romántica decisión de desafiar las injusticias del sistema penal por parte de Jonathan, y de la tremenda pérdida que habíamos sufrido cuando murió, el 7 de agosto, en el condado de Marin. Proclamaba mi inocencia y, dando a entender que estaba ya fuera del país, prometía que, cuando el clima político de California resultara menos histérico, volvería para explicarme ante los tribunales. Entretanto, declaraba, la lucha debía continuar.

13 de octubre de 1970

Habíamos vuelto a Nueva York. Yo llevaba unos dos meses en la clandestinidad. Con la lógica tensión en el estómago, con el habitual nudo en la garganta, me levanté, me vestí y me puse a luchar con mi disfraz. Otros fastidiosos veinte minutos tratando de dejar presentable el maquillaje de los ojos. Varios tirones impacientes de la peluca, en un intento de hacer menos incómoda la ajustada goma. Procuraba olvidar que aquel día, o el siguiente, o uno de la larga serie de días futuros, podía ser el de mi captura.

Cuando David Poindexter y yo salimos del motel Howard Johnson a última hora de aquella mañana de octubre, la situación era ya desesperada. Se nos estaba acabando rápidamente el dinero, y todas las personas que conocíamos estaban vigiladas. Paseando por Manhattan, donde estaba el motel, pensábamos en la próxima decisión a tomar. Bajando por la Octava Avenida, entre una multitud de neoyorquinos ajenos a cuanto sucedía a su alrededor, me sentí mejor que en el motel. Con la esperanza de tranquilizarnos, decidimos pasar la tarde en el cine. Ni siquiera recuerdo qué película vimos. Yo estaba obsesionada reflexionando cómo podríamos eludir a la policía, pensando por cuánto tiempo aún podría soportar el aislamiento, pues establecer contacto con alguien habría sido un suicidio.

La película terminó poco antes de las seis. Por el camino de vuelta al motel hablamos muy poco. Pasamos junto a las ruinosas tiendas de la Octava Avenida y cruzamos la calle para entrar en el motel. En aquel

momento me asaltó la impresión de estar rodeada de policías. Pensé que sería otro de mis periódicos accesos de manía persecutoria. Pero, cuando entrábamos por la puerta de cristal del motel, sentí el impulso de dar media vuelta y echar a correr hacia la muchedumbre anónima de la que acabábamos de separarnos. Sin embargo, si mi corazonada era cierta, si todos aquellos indefinibles hombres blancos eran realmente policías que nos rodeaban, el menor gesto brusco por mi parte les proporcionaría la excusa que necesitaban para acribillarnos a balazos allí mismo. Recordé cómo habían asesinado a Little Bobby Hutton, disparándole por la espalda después de decirle que corriese. Y, si mis temores resultaban infundados, mi escapada no haría más que despertar sospechas. No podía hacer otra cosa que seguir caminando con naturalidad.

En el vestíbulo, cada hombre que me miraba aumentaba mi angustia. Estaba segura de que todos ellos eran agentes de policía situados en una formación previamente acordada, preparados para atacar. Pero no ocurrió nada, como nada había ocurrido en el motel de Detroit (donde también tuve la certeza de que iban a apresarnos de un momento a otro), ni en las innumerables ocasiones en que la gran tensión a la que estaba sometida me llevaba a transformar hechos absolutamente normales en preliminares de la detención.

Me pregunté en qué pensaría David. Me parecía que hacía mucho rato que no nos decíamos nada. En los momentos de apuro, él sabía ocultar su nerviosismo y, además, casi nunca hablábamos de los momentos en que los dos debíamos de sospechar que la policía estaba a punto de echársenos encima. Tras haber pasado por delante de la recepción, lancé un suspiro de alivio. No había ocurrido nada. Aquel era otro día normal en la vida de un típico motel neoyorquino.

Estaba empezando a tranquilizarme cuando vi entrar en el ascensor con nosotros a un hombre rechoncho y rubicundo, con el pelo corto, que me hizo pensar en el corte reglamentario de la policía. Volví a sentir miedo. Otra vez mantuve mi soliloquio ritual: debe de ser un ejecutivo, pensé; es lógico que, en mi situación, todos los hombres blancos con el pelo corto y vestidos de paisano me parezcan policías. Además, si nos hubiesen localizado, ¿no habría sido mejor para ellos detenernos en el vestíbulo?

En el interminable recorrido del ascensor hasta el séptimo piso, me convencí a mí misma de que mi enfebrecida imaginación era la única responsable de aquella sensación de peligro, y de que acabaríamos aquel día sanos y salvos. Un día más.

Según una costumbre que había adquirido en la vida clandestina, me rezagué varios metros por detrás de David mientras él se adelantaba para echar una mirada a la habitación. Cuando él abría la puerta con la llave, operación que parecía durar más que de costumbre, alguien abrió una puerta al otro lado del corredor. Un hombre delgado se asomó a mirar y, aunque no tenía aspecto de policía, su aparición súbita me sumió de nuevo en el terror. Desde luego, aquel hombrecillo pálido podía ser sencillamente un huésped del motel que bajaba a cenar. Pero algo me decía que la escena de la detención había empezado y que aquel hombre era su primer actor. Me pareció que había alguien a mi espalda. El hombre del ascensor. No me quedaba la menor duda. No eran figuraciones mías. Había llegado el momento.

Precisamente entonces, cuando hubiera debido desatarse en mi interior el pánico, me sentí más serena y relajada de lo que me había sentido en mucho tiempo. Erguí la cabeza y eché a andar tranquilamente hacia la habitación. Al pasar por delante de aquella puerta abierta, frente a mi habitación, el hombre alargó el brazo y me agarró con fuerza, sin decir nada. Algunos policías aparecieron detrás de él, y otro grupo salió de una habitación del otro lado del corredor. «¿Angela Davis? ¿Es usted Angela Davis?». Las preguntas venían de todos lados. Yo los miraba sin decir nada.

Durante los diez o doce segundos que transcurrieron entre la escena del ascensor y la detención, se agolparon en mi mente todo tipo de pensamientos. Recordé el programa de televisión que había visto en el piso de Miami: *El FBI*, un típico y estúpido melodrama televisivo acerca de unos agentes que perseguían a unos fugitivos, con el clásico final en el que los perseguidos acaban con una bala en el cráneo y los agentes del FBI quedan como héroes. Cuando iba a desconectar el aparato, apareció en la pantalla una fotografía mía, como si formase parte del programa. «Angela Davis —dijo una voz grave— es uno de los diez criminales más buscados por el FBI. Se la busca por los delitos de asesinato, secuestro y conspiración. Probablemente va armada; si la ven, no intenten hacer nada; pónganse en

contacto inmediatamente con el FBI». En otras palabras, dejen al FBI, «que probablemente va armado», el honor de pegarle un tiro.

David y yo no llevábamos armas. Si ellos sacaban las pistolas, estábamos perdidos. Cuando el hombrecillo alargó el brazo para agarrarme, vi que llevaba una pistola. Imaginé el ruido ensordecedor de los disparos y nuestros cuerpos en medio de un charco de sangre en el corredor del motel Howard Johnson.

Empujaron a David a una habitación del lado derecho del corredor y me hicieron entrar a mí en una de la izquierda. Me arrancaron la peluca, me esposaron las manos a la espalda y me tomaron inmediatamente las huellas dactilares. No dejaban de bombardearme sin cesar con la misma pregunta: «¿Es usted Angela Davis? ¿Angela Davis? ¿Angela Davis?». Era evidente que se habían encontrado en muchas situaciones similares a aquella. Debían de haber ensayado aquel momento con decenas, quizá con centenares de mujeres negras altas, de piel clara y peinadas al estilo «afro». Solo las huellas digitales les dirían que aquella vez no se habían equivocado. Compararon las huellas. La inquietud que reflejaba la cara del jefe dio paso al alivio. Sus subordinados estaban registrando mi bolso como bandidos. Mientras yo estaba allí, decidida a mantener mi dignidad, ellos hacían complicados preparativos para llevarme consigo. Les oía transmitir las instrucciones a otros agentes que debían de estar apostados en varios lugares, dentro y fuera del motel. Todas aquellas «precauciones», aquellas docenas de policías, encajaban perfectamente con la imagen que habían creado de mí: uno de los diez criminales más buscados del país, el negro malo, el enemigo comunista.

Unos diez agentes me hicieron atravesar la aglomeración que se había formado ya en el vestíbulo de la planta baja y en la calle. Allí esperaba una larga comitiva de coches sin distintivos policiales. Desde uno de ellos, mientras circulábamos rápidamente por las calles, divisé otra comitiva que llevaba a David a un lugar desconocido.

Las esposas me apretaban tanto que, si me hubiese apoyado en el respaldo del asiento, se me habría parado la circulación de los brazos. El policía del asiento delantero se volvió y me dijo, con una sonrisa: «¿Quiere un cigarrillo, señorita Davis?».

Abrí la boca por primera vez desde mi detención: «De usted, no».

En la jefatura del FBI, donde se detuvo la comitiva, vino a mi encuentro una mujer con el cabello descolorido que parecía más la camarera de un bar de camioneros que una matrona de la policía. Me llevó a una habitación que parecía la consulta de un ginecólogo y me registró, aunque mi falda corta de punto y mi delgada blusa de algodón no podían ocultar ningún arma.

Después se me hizo pasar a una sala iluminada por fluorescentes en la que había varios asientos de vinilo rojo. Entraron unos agentes que llevaban legajos de papeles. Se sentaron frente a mí y desplegaron los papeles, al parecer confiando en que iban a someterme a un largo y detallado interrogatorio. Pero, antes de que empezasen a preguntar, declaré que no tenía nada que decir al FBI.

Sabía que, según la ley, no podían retenerme indefinidamente sin permitirme establecer contacto con un abogado. Pero cada vez que pedía el acceso a un teléfono, no me hacían el menor caso. Por fin me dijeron que preguntaba por mí al teléfono un abogado, Gerald Lefcourt, y que podía hablar con él. Yo no conocía a Lefcourt, pero su nombre me resultaba familiar porque había defendido a los veintiún Panteras Negras juzgados en Nueva York.

En uno de los muchos escritorios de una sala inmensa había un teléfono descolgado. Tomé el auricular, pero al otro extremo de la línea no había nadie, solo silencio. Miré a mi alrededor y vi, a unos metros, repartidos por varias mesas, todos los objetos que formaban mi equipaje del motel. Y en otras varias mesas estaban las cosas de David. Unos agentes las examinaban minuciosamente.

Los agentes que me habían colocado las esposas —las cuales me habían sido quitadas para el registro, las fotos y la toma de huellas dactilares— se presentaron para volver a ponérmelas. Me pregunté por qué esta vez me habían esposado por delante.

Mientras bajábamos en el ascensor, mis pensamientos estaban lejos de allí; pensaba cómo podría ponerme en contacto con un camarada o un amigo. Cuando se abrieron las puertas, un violento estallido de luz me apartó bruscamente de mis reflexiones. Por esto me habían esposado por delante. Pude ver que el vestíbulo estaba abarrotado de periodistas y fotógrafos.

Esforzándome en no parecer sorprendida, erguí la cabeza, enderecé la espalda y recorrí, entre dos agentes, el largo camino hasta la comitiva de automóviles que nos esperaba fuera, entre los flases de las cámaras y las entrecortadas preguntas.

Cuando se extinguió el ruido de las sirenas y la comitiva comenzó a aminorar velocidad, vi que estábamos en Greenwich Village. En el momento en que el automóvil se metía por una oscura entrada, comenzó a levantarse una puerta de aluminio ondulado y de nuevo surgieron de las sombras grupos de fotógrafos con sus cámaras. El muro de ladrillo rojo que rodeaba aquel alto y antiguo edificio me era muy conocido, pero tardé un poco en recordar por qué. Ah, sí. Era el misterioso caserón que había visto tantas veces durante los años en que asistí al Instituto Elizabeth Irwin, que se encontraba no lejos de allí. Era la Cárcel de Mujeres de Nueva York, situada en el cruce principal del Village, el de la Sexta Avenida con la de Greenwich.

Mientras el automóvil franqueaba la entrada de los detenidos, un tropel de recuerdos se agolpó en mi mente. Cuando iba a tomar el metro, después de las clases, solía levantar la vista hacia aquel edificio, tratando de no oír los terribles gritos que salían de sus ventanas. Las mujeres encerradas tras aquellos barrotes miraban a la gente que pasaba por la calle y les gritaban palabras incomprensibles.

A mis quince años, yo creía en algunos de los mitos referentes a los presos. No veía a aquellas mujeres exactamente como criminales —lo que la sociedad decía que eran—, sino como seres extraños al mundo en el que yo vivía. No sabía qué hacer cuando veía las siluetas de sus cabezas a través de aquellas ventanas casi opacas. Nunca entendía lo que decían; no sabía si pedían ayuda, si llamaban a alguien en concreto o si sencillamente querían hablar con alguien que estuviese «libre». Y ahora me venían a la cabeza los espectros de aquellas mujeres sin rostro a las que yo no había respondido. ¿Gritaría yo también a la gente que pasaba por la calle? ¿Fingirían ellos no oírme, de la misma manera que yo había fingido no oírlas a ellas?

El interior de aquella cárcel contrastaba fuertemente con los locales de los que acababa de salir. La jefatura del FBI era moderna, asépticamente limpia, y sus interiores de materiales plásticos estaban iluminados por fluorescentes. La Cárcel de Mujeres era vieja, oscura, lóbrega y mal

ventilada. El suelo del vestíbulo era de cemento sin pintar, y tenía adherida la suciedad de los zapatos de miles de detenidas, policías y matronas. Había en aquel vestíbulo una sola mesa de escritorio, donde parecía que se resolvía todo el papeleo, y unas hileras de largos bancos que parecían proceder de una de esas típicas «iglesias de escaparate».[2]

Se me dijo que me sentara en el banco delantero de la hilera de la derecha. Unas pocas mujeres estaban sentadas aquí y allá en los otros bancos. Algunas, según me enteré después, acababan de ser detenidas; otras volvían de los tribunales. Nos trajeron comida: unas rancias salchichas y unas patatas frías, que no me inspiraron el menor deseo de comer.

De pronto se oyó un fuerte murmullo al otro lado de la puerta metálica: un gran número de mujeres se aproximaban a ella en espera de que se abriese. Me pregunté por qué se había producido aquella aglomeración, y una hermana que estaba sentada cerca de mí me explicó que aquellas mujeres volvían de los tribunales en el último autobús.

Todas las que estaban sentadas en los bancos eran negras o portorriqueñas. No había ninguna blanca en el grupo. Una de las portorriqueñas me gritó: «¿Eres española?». Al principio creí que no se dirigía a mí, pero después recordé cuál debía de ser mi aspecto, con el pelo liso y aplastado, pues los agentes me habían quitado la peluca. Le respondí que no, en el tono más cálido que pude, dando a entender que aquello no tenía importancia, pues estábamos en manos de los mismos carceleros. Mientras las mujeres que volvían de los tribunales esperaban aún fuera, me sacaron de allí. Creí que me trasladarían a una celda, pero me encontré en una amplia sala sin ventanas en la que una débil bombilla eléctrica iluminaba apenas el centro del techo. El suelo era de cemento, como el del vestíbulo, y las paredes estaban recubiertas por baldosas amarillentas. Había dos mesas de escritorio muy viejas.

Se encargaba de la vigilancia una robusta matrona. Cuando descubrí, entre los papeles clavados en la pared, un cartel del FBI con mi fotografía y datos personales, con la inscripción «Se busca», ella se acercó y lo arrancó. Miré el cartel de al lado. Observé, sorprendida, que había en él la fotografía y descripción de una joven a la que había conocido en el instituto. Kathy Boudin y yo habíamos coincidido en el decimoprimero y decimosegundo curso, en el Instituto Elizabeth Irwin. Y ahora la buscaba el FBI.

En el momento del relevo, cuando entró a trabajar el turno de noche de la cárcel, yo estaba aún esperando en aquella sucia sala. Entró una funcionaria a vigilarme. Era negra y joven, más joven que yo, iba peinada al estilo «afro» y no mostraba ni la hostilidad ni la arrogancia que yo asociaba con la imagen de las matronas de la cárcel.

Su presencia me desarmaba. No por el hecho de que la joven fuese negra, pues me había encontrado con matronas negras en otras cárceles, en San Diego y Los Ángeles, sino por su actitud no agresiva y de aparente simpatía.

Al principio guardó silencio, pero a los pocos minutos me dijo, con voz tranquila: «Muchas funcionarias de aquí, las negras, quieren ayudarla. Esperamos poder ponerla en algún lugar donde esté segura».

Yo sentí deseos de hablar con ella, pero temí comprometerme. Aquella actitud de simpatía podía obedecer a una orden recibida. Si yo daba a entender que me dejaba seducir por su simpatía, si hablaba con ella, quizá aquello le daría credibilidad en el caso de que decidiese mentir sobre el contenido de nuestras conversaciones. Sería más prudente mantener la distancia, adoptar una actitud convencional.

Creyendo que podría sacarle alguna información acerca de lo que pensaban hacer conmigo, le pregunté por qué tardaban tanto en ocuparse de mí. Me respondió que no conocía los detalles, aunque suponía que estaban estudiando la forma de mantenerme apartada de las demás reclusas. Pero les faltaba el espacio y las instalaciones necesarias para aislarme. Ella creía que me colocarían en la sección 4b, reservada a las mujeres con problemas psíquicos.

La miré, incrédula. Si me encerraban en una sección para enfermas mentales, el paso siguiente sería declararme loca. Seguramente dirían que el comunismo es una enfermedad mental, algo parecido al masoquismo, al exhibicionismo o al sadismo.

Sorprendida por mi reacción, la funcionaria trató de animarme diciéndome que seguramente estaría mejor allí, y que algunas presas solicitaban ser trasladadas a aquella sección porque no podían soportar el ruido de la población carcelaria. Pero para mí la cárcel era la cárcel, y no existían en ella grados de comodidad. Estaba convencida de que querían

aislarme porque temían el impacto que podía causar en las demás reclusas la simple presencia de una presa política.

Le recordé que aún no había podido hacer las dos llamadas telefónicas que estaban permitidas. Necesitaba un abogado, y tenía derecho a ponerme en contacto con alguno.

—Ha venido un abogado que quería verla —me dijo entonces—. Se llamaba John Abt. Pero la hora de visita de los abogados se acaba a las cinco. Lo siento, pero no puedo hacer nada.

—Si no puedo verle, al menos debería poder telefonearle.

—Es que aún no han decidido cómo tratarla. Dicen que usted es una detenida federal y que está bajo la jurisdicción de las autoridades federales. Aquí vienen muchas detenidas de ese tipo. Los agentes federales son los únicos que pueden autorizarla a hacer las dos llamadas. Al menos, eso es lo que ha dicho la capitana.

Yo insistí: —Hace cinco horas que intento hacer una llamada telefónica y todo el mundo me da una excusa u otra.

—Es que aquí las reclusas no pueden usar personalmente el teléfono. Hay que escribir el número y el mensaje en un formulario y hace la llamada una funcionaria especial.

Quise protestar, pero me di cuenta de que, dijera lo que dijera, no me permitirían telefonear aquella noche. Lo único que me concedieron fue ver una tarjeta que John Abt había dejado en la entrada.

Al parecer, las mujeres que volvían de los tribunales habían sido «tratadas», y a mí se me hizo ahora volver al vestíbulo, a esperar turno para aquel misterioso «tratamiento». Al entrar, observé una figura tendida en una camilla de hospital, casi completamente cubierta por una sábana. Era una mujer, y no supe si estaba viva o muerta. Yacía allí sin que nadie se ocupase de ella, en la esquina más discreta de la sala. La observé con tanta atención como pude desde donde me encontraba. Me pareció que su abdomen hinchado se movía. Estaba embarazada y a punto de dar a luz. ¿Es que nadie iba a *hacer* nada? ¿Iban a permitir que tuviese a su hijo en aquella pocilga? Y aunque la llevasen a un hospital medio decente, ¿qué sería del niño? ¿Lo llevarían a un orfanato mientras ella cumplía su condena? Llena de cólera, sintiéndome impotente, observé a la hermana mientras iba aproximándose el momento del parto. Al poco rato, se abrió la puerta y

entraron dos auxiliares de una ambulancia de la policía para trasladarla. Las miré mientras se llevaban la camilla hacia la oscuridad de la noche.

Por fin llegó mi turno. La huella de mi índice fue impresa en una tarjeta de color naranja que, según me informaron, era el documento de identidad que toda reclusa debía llevar encima en todo momento. Después vino otro registro. Protesté enérgicamente contra aquello, pues en el FBI me habían registrado ya. La matrona encargada de registrarme me explicó el procedimiento de forma bastante confusa. Mientras me desvestía en la sala de duchas, ella, discretamente, fingió que buscaba algo. Me entregó una bata de hospital y me indicó que fuese a sentarme a un banco junto a una puerta cerrada. Por las mujeres que estaban ya allí supe que íbamos a ser registradas internamente. Cada vez que una reclusa salía de la cárcel para comparecer ante el tribunal debía someterse, a su regreso, a una exploración vaginal y rectal.

Era la una de la madrugada cuando me condujeron a la celda. En el vestíbulo quedaban solo tres mujeres. Una de ellas me miró con insistencia durante un buen rato y finalmente me preguntó si yo era Angela Davis. Asentí con una sonrisa y ella me dijo entonces que, al volver del tribunal, había visto frente a la cárcel una manifestación en mi favor. Dijo que había gente de todo tipo: jóvenes, personas mayores, negros, blancos...

—¿Sí? ¿Dónde?, —pregunté. Me sentía tremendamente excitada por la posible proximidad de miembros del movimiento.

Sugirió que callásemos un momento; si escuchábamos con mucha atención, quizá podríamos oír algo. Sí, por aquellos gruesos muros se filtraban débilmente las voces. La hermana me dijo que frente a la cárcel se había gritado: «¡Angela Davis, libertad!». Ella estaba encarcelada por posesión de heroína. (Dijo que lo primero que tenía que hacer al salir era ponerse en contacto con su «camello»). Con expresión de triunfo, me aseguró que yo conseguiría la libertad. Y lo dijo sabiendo que las acusaciones que pesaban sobre mí eran graves.

Toda la cárcel estaba sumida en la oscuridad cuando por fin me llevaron a la celda de la sección 4b. Tenía poco más de un metro de ancho. No había en ella más que una litera de hierro atornillada al suelo y un inodoro sin asiento a los pies de la litera. Pocos minutos después de que me encerrasen, la funcionaria encargada de aquella sección, otra joven negra, se acercó a la

puerta de hierro y me susurró a través de la rejilla que había tirado un caramelo por debajo de la puerta. Parecía sincera, pero yo no podía arriesgarme. No quería caer en la manía persecutoria, pero prefería extremar las precauciones. Conocía casos de «suicidios» de presos en las cárceles de California. Aquel caramelo podía estar envenenado.

Durante mi primera noche en la cárcel no sentí deseos de dormir. Pensé en George y en sus hermanos encerrados en San Quintín. Pensé en Jonathan. Pensé en mis padres, con la esperanza de que pudiesen soportar aquella prueba. Y pensé también en la manifestación de afuera, en las personas que lo habían dejado todo para luchar por mi libertad.

Acababa de ser detenida; me esperaba un juicio en California bajo las acusaciones de asesinato, secuestro y conspiración. La condena por uno solo de aquellos cargos podía significar la muerte en la cámara de gas. Cualquiera habría pensado que aquello era una derrota terrible para el movimiento. Pero, en aquel momento, me sentía más animada de lo que lo había estado en mucho tiempo. La lucha sería dura, pero se atisbaba ya la victoria. En el profundo silencio de la cárcel descubrí que, haciendo un esfuerzo, podía oír el eco de las consignas que gritaban los manifestantes en la calle: «¡Angela Davis, libertad! ¡Detenidos, libertad!».

El ruido de la llave en el cerrojo me sobresaltó. Una celadora abría la puerta de la celda para dejar paso a una joven negra, gordita, que vestía el descolorido uniforme azul de la cárcel y llevaba una gran bandeja.

Sonriente, con una voz muy cálida, la joven me dijo: «Aquí tienes el desayuno. ¿Quieres café?».

Sus maneras amables me reconfortaron y me hicieron sentir que estaba de nuevo entre seres humanos. Me incorporé, le di las gracias y le dije que tomaría con mucho gusto una taza de café.

Miré a mi alrededor y vi que no había ningún lugar donde dejar el desayuno. Pero la hermana, que por lo visto tenía práctica, se agachó y empezó a dejar las cosas en el suelo: una cajita de copos de maíz, un vaso de cartón lleno de leche aguada, dos rebanadas de pan blanco y otro vaso de cartón en el que empezó a verter el café con leche.

«¿No hay café solo?», le pregunté, en parte porque no me gustaba el café con leche y en parte porque aquello me servía de excusa para intercambiar

algunas palabras con ella. «Cuando nos lo dan, ya está así —respondió—. Pero mañana intentaré traerte café solo».

La celadora me dijo que debía prepararme para ir al tribunal y, cuando hubo salido la joven, cerró la puerta de golpe. Mientras ella abría la puerta de la celda contigua, la joven me susurró a través de la reja: «No te preocupes. Todas estamos de tu parte». Y se alejó pasillo abajo.

Miré mi desayuno y vi que una cucaracha lo había descubierto antes que yo. Lo dejé donde estaba, en el suelo, sin tocarlo.

Cuando di fin al complicado proceso que suponía vestirme para ir al tribunal, una matrona me acompañó hasta la planta baja. En el vestíbulo me estaban esperando un grupo de hombres blancos. Al verme se lanzaron sobre mí como buitres y volvieron a ponerme las esposas. Todavía me dolían las muñecas del día anterior. Fuera, en el patio cubierto de grava, nos aguardaban unos relucientes coches de color marrón. Aún estaba oscuro cuando la comitiva llegó al edificio del tribunal federal. Vi a un hombre que llevaba un periódico de la mañana bajo el brazo y pude leer un titular en grandes caracteres: «Angela Davis, detenida en nueva york». Me quedé estupefacta, y pensé que seguramente los numerosísimos periodistas convocados por el FBI el día anterior habrían publicado noticias similares en los periódicos de todo el país. Me sentí abrumada por la idea de que en aquellos momentos mi nombre pudiese ser familiar para millones de personas. Pero sabía que aquella publicidad no giraba en torno a mí en cuanto que individuo, sino que se pretendía utilizar mi figura para desacreditar al movimiento de liberación de los negros, a la izquierda en general y al Partido Comunista en particular. Yo era solo un pretexto para sus maniobras.

La sala de espera donde pasé las horas siguientes estaba más limpia que la de la cárcel. Parecía un espacioso cuarto de baño sin terminar. Las paredes estaban cubiertas de relucientes baldosas blancas y el suelo era de linóleo de color claro. En una de las esquinas había un inodoro sin asiento, y tres largos bancos metálicos a lo largo de las paredes.

Entró en la sala un funcionario federal. —No tengo nada que declarar mientras no hable con mi abogado —le dije.

—Allá fuera la está esperando el abogado de su padre —me respondió él.

¿El abogado de mi padre? Quizá era un amigo que se hacía pasar por abogado para que le permitiesen verme.

En una gran sala llena de hileras de mesas de escritorio me esperaba John Abt. Aunque no le conocía personalmente, sabía que había defendido con éxito a varios miembros de nuestro partido. Con una gran sensación de alivio, me senté para hablar con él.

—Ayer, en la cárcel, esperé varias horas, pero no me dejaron entrar —me dijo—. Esta mañana he tenido que pedirle a su padre que telefonease aquí para que me permitiesen verla.

Me explicó que pesaba sobre mí una acusación federal: huida de un estado a otro para eludir la detención. Antes de que pudiese llegar muy lejos en su explicación de los procedimientos legales que nos esperaban, vimos que entraba un grupo de personas por la puerta que había al otro extremo de la sala. Yo no llevaba gafas, pues el FBI no se había molestado en devolvérmelas, y no veía bien sus rostros. Observé que había entre ellas una joven negra que mantenía una acalorada discusión con algunos agentes federales, y entorné los ojos para verla mejor.

—¡Es Margaret!, —exclamé.

Margaret Burnham era amiga mía desde la infancia. En aquella época, su familia y la mía vivían en el mismo barrio, en unas viviendas estatales de Birmingham. Cuando los Burnham se trasladaron a Nueva York, los visitamos todos los veranos durante cuatro años, y después alternamos las visitas: unas veces ellos venían a Birmingham y otras íbamos nosotros a Nueva York. Los lazos entre nuestras familias habían llegado a ser tan estrechos que yo había considerado siempre a Margaret, a sus hermanas, Claudia y Linda, y a su hermano, Charles, más como familiares que como amigos. Hacía varios años que no la veía. Margaret se había trasladado a Misisipi, donde se casó y tuvo un hijo. Yo sabía que se había graduado en Derecho hacía poco tiempo, y supuse que ejercía ahora en Nueva York.

—¡Margaret! —grité, tan fuerte como pude—. ¡Ven aquí!. —Al parecer, aquello bastó para zanjar la discusión que mantenía con uno de los agentes federales, pues este no hizo nada para impedirle que viniera hacia el escritorio junto al que estábamos John y yo. Llena de alegría, la abracé y le dije: «¡Qué contenta estoy de que hayas venido! No sabes cómo me alegro

de verte». Nos pusimos a hablar de cosas personales, y casi me olvidé de que había problemas apremiantes que resolver.

—¿Puedes ocuparte de mi caso?, —le pregunté finalmente, ansiando que me dijese que sí.

—Pues claro, Angela —respondió—. Si tú lo crees conveniente, lo haré.

Sentí entonces que la batalla estaba medio ganada.

John Abt siguió explicando la situación legal.

En el mes de agosto, el condado de Marin me había acusado de asesinato, secuestro y conspiración para cometer un asesinato y liberar a unos detenidos. Sobre la base de una declaración jurada de un agente del FBI, en la que se declaraba que «personas dignas de crédito» me habían visto en Birmingham, un juez federal había emitido una orden de detención contra mí acusándome de «huida de un estado a otro con el fin de eludir el procesamiento».

John dijo que era posible que fuera «trasladada» a California, lo cual significaba que, sin más litigación, me llevarían sencillamente del distrito federal de Nueva York al distrito federal de California. Pero era muy probable, añadió, que me «transfirieran» al estado de Nueva York para la extradición al estado de California, y así podríamos enfrentarnos a California ante los tribunales de Nueva York.

Cuando todavía estábamos hablando, entró David en la sala, rodeado de guardias. No lo había visto desde el momento de la detención. Me pareció que él tampoco había dormido. Con voz serena y decidida me dijo: —Angela, piensa que, pase lo que pase, saldremos de esta.

—Los detenidos no pueden hablar entre sí —declaró uno de los agentes federales que había por allí.

—Sí, David —le respondí, haciendo caso omiso de la orden—. Y tú también, no te desmoralices.

La sala del tribunal era muy pequeña. Con sus viejas paredes de madera clara, tenía la añeja elegancia de una antigua mansión. Había en ella el espacio justo para el estrado del juez y para una sola hilera de sillas adosadas a la pared del fondo. La pequeñez de la sala hacía parecer más alto el estrado. El juez era un hombre pequeño, como la sala. Llevaba unas anticuadas gafas de montura de plástico, y su cabello era blanco y ralo.

Pensé en el centinela de el penal Soledad, O. G. Miller, subido a su torreta, apuntando con su carabina a los tres hermanos a los que había dado muerte en el patio de la prisión, en enero.

No había público; solo unos cuantos periodistas. Cuando entré, vi que una hermana sentada junto a la puerta tenía en la mano un ejemplar encuadernado de *Soledad Brother,*[3] de George. Era la primera vez que veía el libro, cuyo original había leído.

La exposición de los cargos federales que se me imputaban fue breve y escueta. Todo lo que se le pedía al procurador era demostrar, a fines de registro, que yo era la Angela Davis mencionada en la orden de detención. La cantidad que se solicitó como fianza era una burla. ¿Quién podía pensar siquiera en conseguir doscientos cincuenta mil dólares para sacarme de la cárcel?

Era pronto aún —última hora de la mañana o primera de la tarde— cuando volví a la sala de espera. La anterior vez que estuve allí, pensé en el problema de encontrar a alguien que se ocupara de mi defensa. Ahora que tenía dos excelentes abogados, dos amigos en los que confiaba plenamente, no pude sofocar por más tiempo los pensamientos relativos a mi situación de cautividad. Estaba sola entre las relucientes baldosas de la pared y los grises barrotes de acero. Paredes y barrotes, nada más. Deseé tener un libro o algo que leer, o por lo menos un lápiz y papel.

Luché contra la tendencia a individualizar mi situación. Mientras paseaba a lo largo de la sala, de un banco al otro, me repetí que no tenía derecho a angustiarme por el hecho de pasar unas horas sola en una sala de espera. Debía pensar en aquel hermano, Charles Jordan, que había pasado no unas horas, sino días y semanas, en una celda desnuda del penal Soledad, completamente oscura, en la que apenas había espacio para tenderse en el frío cemento, que apestaba a orina y a excrementos porque el único inodoro que tenía era un agujero en el suelo imposible de ver en la oscuridad.

Pensé en la anécdota que George describía en su libro: el hermano que había pintado un cielo nocturno en el techo de su celda, porque llevaba años sin ver la luna y las estrellas. (Cuando le descubrieron, los guardias lo pintaron de gris). Y pensé en Ericka Huggins, que estaba en la Penitenciaría Agrícola para mujeres, en Niantic, estado de Connecticut. Ericka, Bobby,

los Hermanos de Soledad, los Siete de Soledad, los Rebeldes de la Tombs y muchos otros cuyas identidades estaban ocultas detrás de tanto cemento y acero, detrás de tantos cerrojos y cadenas. ¿Cómo podía yo ceder al menor asomo de autocompasión? Ahora paseaba más deprisa por la sala. Caminaba con la decisión de alguien que se dispone a hacer algo muy importante. Al mismo tiempo, procuraba que mis carceleros no se diesen cuenta de mi agitación.

Cuando finalmente alguien abrió aquella puerta, ya era muy avanzada la tarde. Margaret y John me esperaban para acompañarme a comparecer ante el juez en la misma sala en la que habíamos estado por la mañana. Aparte de nosotros, no había ningún «civil» en ella, ni siquiera los periodistas de la mañana. Me pregunté a qué vendría tanto secreto.

El anciano juez declaró que rescindía la fianza y me concedía la libertad bajo palabra. Estaba segura de no haberle oído bien, pero los agentes federales ya se acercaban para abrirme las esposas. El juez dijo algo más que no entendí, y entonces varios policías de Nueva York se me acercaron para sustituir las esposas federales por las suyas.

Con las esposas de Nueva York en las muñecas, me llevaron a una comisaría de policía que olía a cerrado, donde fui oficialmente fichada como detenida del Estado de Nueva York. Formularios, huellas dactilares, fotos..., la misma rutina de siempre. Los policías de Nueva York parecían estar tan confusos como los anteriores. Entre los papeles dispersos por escritorios y mostradores, los agentes se movían desorientados, como novatos. Su incompetencia me tranquilizó. Debían de ser las diez de la noche cuando uno de ellos me anunció que había de comparecer aún otra vez ante el juez. ¿Tendrían noticia Margaret y John de aquella tercera sesión?

La sala del tribunal del condado de Nueva York era la mayor que había visto nunca. Su alto techo y sus interminables hileras de bancos le daban un aspecto de iglesia antigua. La mayoría de estas salas tienen ventanas, pero aquella parecía especialmente aislada del mundo exterior. Estaba tan mal iluminada, tan vacía, aparte de los policías sentados aquí y allá en los bancos, que tuve la impresión de que se pretendía ocultar a la gente de fuera lo que iba a suceder en ella dentro de unos instantes. Ni Margaret ni John estaban allí. Cuando se me comunicó que debía comparecer ante un juez de

Nueva York, declaré que no me movería de aquel asiento hasta que pudiese hablar con mis abogados. Estaba dispuesta a esperar toda la noche.

Cuando por fin llegó John, dijo que la policía le había enviado a otro tribunal. Había estado dando vueltas por Nueva York buscándome. Después de tantas horas de espera, mi comparecencia duró solo dos minutos.

Cuando volví a la cárcel, estaba tan agotada, física y mentalmente, que solo tenía ganas de dormir. Hasta el duro jergón de la celda de la sección 4b, reservada a las enfermas mentales, me parecía cómodo. Pero tan pronto como cerré los ojos, me arrancaron de mi sopor unos penetrantes gritos emitidos en una lengua que parecía eslava y que procedían de una celda del otro extremo del corredor. Unos pasos se aproximaron a aquella celda, en la oscuridad. Unas voces trataron de calmar a la mujer, pero no consiguieron disipar su terror. La estuve oyendo durante toda la noche, hasta que, por la mañana, se la llevaron.

A la mañana siguiente apareció en el polvoriento suelo de mi celda el mismo desagradable desayuno: copos de maíz, leche en polvo y pan blanco seco. Tal como me prometió, Shirley, la joven que me trajo el desayuno la mañana anterior, me había conseguido una taza de café solo. Aquel día la acompañaba una mujer portorriqueña, alta, delgada, con un «afro» muy corto. Se presentó diciendo que la llamase simplemente Tex, y me explicó que, cuando las hermanas de su corredor se habían enterado de que yo estaba en la sección 4b, quisieron decirme por mediación de ella que estaban seguras de que ganaríamos.

Cuando Shirley y Tex salieron, le dije a la celadora, a través de la reja, que me trajese mis cigarrillos, puesto que se habían quedado con ellos al volver del tribunal la noche anterior.

—Ahora no puedes fumar —respondió ella desde la sala común—. Tienes que esperar la hora de fumar, como las demás reclusas. —Lo dijo como si fuese contrario al reglamento el hecho de no entender que solo se podía fumar durante la «hora de fumar». Media hora después vino, me dio un solo cigarrillo y se empeñó en encenderlo ella misma a través de la reja de la puerta. —Es el reglamento —me explicó.

Aquella mañana, el corredor estaba tranquilo. Cuando hube terminado el cigarrillo, llamé otra vez a la celadora y le dije: —Quisiera ducharme y vestirme.

Ella se acercó a mi puerta para responderme que en aquel momento no podía dejarme salir.

—Quiero lavarme los dientes, ducharme y ponerme algo que no sea este camisón.

—No puedo dejarte salir. ¿No te han explicado el reglamento de la sección 4b? Las chicas solo pueden salir de su celda cuando hay dos celadoras presentes. (Todas las reclusas, ya tuviesen dieciséis o sesenta años, eran «las chicas»).

Me enteré después de que no estaba permitido tener nada en las celdas, absolutamente nada. No solo estaban prohibidos los cigarrillos y cerillas, sino también los libros, objetos de escritorio, cepillos de dientes, jabón, toallas, prendas de vestir y zapatos. Antes de encerrar a cada reclusa en la celda se aseguraban siempre de que se había quitado la ropa interior y de que no llevaba nada aparte del ligero camisón verde claro que se le entregaba. ¿Cómo podían ser usados una revista o un libro para causarse algún daño? ¿O el papel higiénico? No se nos permitía ni tener un rollo de papel higiénico en la celda. Cada vez que queríamos usar el inodoro, teníamos que llamar a la celadora para que nos trajera papel, como si fuésemos niñas pequeñas.

Todos los días se nos hacía pasar varias horas en una especie de sala común. Poco antes del almuerzo, llegó la segunda celadora y fueron abiertas las puertas de las celdas. Se formó un abigarrado grupo de mujeres. Una muchacha negra muy joven, bajita y de hombros anchos, que llevaba un «afro» y a un lado de la cabeza le clareaba el pelo. Otra mujer negra de cabello liso, que mostraba una expresión increíblemente serena; parecía como si, en su interior, estuviese muy lejos de aquella cárcel. Una mujer blanca, pelirroja teñida, que parecía unas veces joven y otras muy vieja, y que se puso a pasear frenéticamente de un lado a otro de la sala, murmurando entre dientes cosas incomprensibles. Y una joven blanca, bajita y delgada, de cabello rubio y corto, que parecía estar al borde del pánico sin saber cómo expresarlo.

Ninguna de aquellas reclusas se dio cuenta siquiera de que había entre ellas una compañera nueva. Aparte de la mujer que paseaba de arriba abajo, todas se sentaron a la mesa de la sala, bien separadas unas de otras, como obedeciendo al mutuo acuerdo de que cada una se abstendría de invadir el

terreno de las demás. Cuando se hubieron sentado, se quedaron completamente ensimismadas; sus miradas inexpresivas me dijeron que, por intenso que fuese mi deseo de hablar, dirigirme a ellas sería totalmente inútil.

Más adelante me enteré de que a aquellas mujeres se les administraba diariamente Thorazine con cada comida y de que, aunque en un principio hubiesen estado perfectamente cuerdas, los tranquilizantes las habían vuelto taciturnas y desinteresadas por cuanto las rodeaba. A las pocas horas de verlas mirar al vacío en silencio, me sentí como en una pesadilla.

Ni siquiera allí, en la sala común, donde las miradas de las celadoras seguían constantemente nuestros menores movimientos, se nos permitía tener un paquete de cigarrillos o una caja de cerillas. Cuando alguien quería un cigarrillo, iba a la mesa donde estaba la celadora y esta cogía el paquete de la reclusa en cuestión, sacaba un cigarrillo y lo encendía ella misma. Cuando se fumaba un cigarrillo tras otro, como lo hacía yo en aquella época, y si se conservaba la cordura y la serenidad, la repetición de aquel trámite era por sí sola desesperante.

Desde el primer día protesté enérgicamente por haber sido encerrada en la sección 4b. Yo no debía estar allí. ¿O se consideraba que padecía una perturbación mental? La celadora me dijo que se me había colocado allí no porque estuviese desequilibrada, sino para mi seguridad personal y para que no alterase la normalidad de la vida carcelaria. Aquella explicación no me convenció.

Me puse a hacer tantas peticiones como se me ocurrieron. Sabía que en aquel establecimiento penitenciario debía de haber algún tipo de biblioteca, y pedí que se me permitiese visitarla, pues estaba segura de que, si no leía otra cosa que los ejemplares del *Reader's Digest* que había por allí, pronto me convertiría yo también en una candidata al Thorazine.

Como respuesta, se me dijo que podía pedir libros de la biblioteca y me los traerían. La misma norma era válida en lo referente al economato: podía encargar lo que quisiese y me lo subirían. Yo no había estado nunca en la biblioteca y el economato, pero al ver que no se me concedía casi ninguna de mis peticiones, me di cuenta de que había sobreestimado en mucho aquellos servicios. Ni siquiera objetos como un bolígrafo o un peine para mi

«afro» se vendían en el economato, y eran, por lo tanto, considerados como contrabando.

Iban pasando las horas y empezaba a preguntarme si tendrían la intención de negarme el contacto con mis abogados. Indudablemente, a la hora que era, Margaret o John habrían venido ya a verme. Cuando le pregunté al respecto, la celadora me dijo que, según las instrucciones que le habían dado, yo podía recibir visitas de mis abogados defensores, pero no desplazarme dentro de la cárcel sin una «escolta» (eufemismo carcelario por «guardiana»). Normalmente, toda reclusa podía hacerlo con un simple pase. Por fin me comunicaron que habían llegado mis abogados. Al bajar a reunirme con ellos tuve por primera vez la oportunidad de pasar por un sector de la cárcel a una hora en que las demás reclusas no estaban encerradas ni dormidas.

A las detenidas en espera de juicio se les permitía siempre llevar sus propias ropas. Pero las mujeres de la sección 4b, las «enfermas mentales», llevaban los mismos uniformes que las mujeres ya sentenciadas, de modo que yo hube de bajar a ver a mis abogados cubierta con una bata de algodón de color caqui, sin dobladillo, que me iba unas dos tallas grande, y larga hasta cerca de los tobillos. Me había lavado el pelo por la mañana y, por primera vez en casi dos meses, había vuelto a hacerme el «afro». Pero, al no haber podido conseguir el peine especial, mi peinado había resultado un desastre. A pesar de todo, mi excitación por ir a la planta baja disipó pronto toda preocupación por mi aspecto.

Cuando se abrió la puerta metálica, comencé a oír aquel conjunto de ruidos propios de las cárceles: los gritos, los fuertes ruidos metálicos, el entrechocar de las llaves. Algunas reclusas me reconocieron y me sonrieron cálidamente o levantaron el puño en un gesto de solidaridad. El ascensor se detuvo en el tercer piso, donde estaba el economato. Las mujeres que esperaban el ascensor me reconocieron también y me dijeron cordialmente que estaban a mi lado, uniendo algunas a la palabra los puños alzados. Aquellas eran las «peligrosas» mujeres que podían atacarme porque no les gustaban los comunistas, y por eso se me había «ocultado» en la sección 4b. Aquel descenso a la planta baja, al igual que los siguientes, demostraba bien a las claras lo que yo ya sabía: que el supuesto peligro que corría era un simple pretexto de la administración de la cárcel.

Una vez en la planta baja, se me condujo a un locutorio que habría de convertirse, durante las semanas siguientes, en el centro de mi vida. El primer problema que discutí con Margaret y John fue mi posible salida de la sección 4b para pasar a una celda ordinaria. Mientras hablábamos, nos dimos cuenta de que la guardiana que estaba en la mesa contigua al locutorio se esforzaba por oír todo lo que decíamos.

En los días siguientes, el hecho de habituarme a la rutina de la sección 4b no disminuyó el horror que me causaba aquel vivir entre barrotes. No solo hice cuanto pude por salir de allí, sino que me convencí cada día más de que había que hacer algo contra aquella sección que pretendía tener finalidades terapéuticas y, en realidad, no era más que el camuflaje de un sistema de encierro de máxima seguridad. Aparte de los motivos por los que aquellas mujeres habían sido destinadas allí, su salud mental iba degradándose continuamente. Cualesquiera problemas que tuviesen en un principio no solo no eran resueltos, sino que se veían sistemáticamente agravados. El poco tiempo que pasé con ellas fue suficiente para constatar el proceso de debilitación de su voluntad.

La celda contigua a la mía estaba ocupada por una mujer blanca, cuya edad podía oscilar entre los treinta y los cuarenta y cinco años, y que había perdido todo contacto con la realidad. Cada noche, antes de dormirse, hacía estremecerse con sus gritos todas las celdas del corredor. A veces, sus desvaríos atronaban el aire hasta pasada la medianoche. Su lenguaje soez, salpicado de los más vulgares epítetos racistas, me irritaba tanto que de buena gana me habría abierto paso a través del hierro y el cemento que nos separaban para hacerla callar. Estaba segura de que la habían instalado allí deliberadamente, en un esfuerzo más por desmoralizarme.

A la mañana siguiente, cuando vi aquella lastimosa figura, me di cuenta sin lugar a dudas de que su enfermedad —algún estadio de la esquizofrenia — estaba tan avanzada que habría sido completamente inútil hablar con ella. Su trastorno psíquico se había convertido en vehículo adecuado para la expresión del racismo que se había desarrollado en su inconsciente en forma de fantasías. Cada noche, y también cada mañana antes del desayuno, realizaba un prolongado ritual que se materializaba en una violenta discusión con un personaje invisible que había en su celda. La mayoría de las veces, aquel personaje era un hombre negro que la agredía sexualmente,

con una perversidad que habría sido inconcebible si las imágenes verbales de la mujer no hubiesen sido tan expresivas. Para expulsar a aquel hombre de su celda pronunciaba una serie de conjuros. Cuando su imaginario agresor cambiaba de posición, los conjuros variaban a su vez.

Una mañana, en la sala común, Barbara, la joven negra de la celda de enfrente, rompió su habitual silencio para decirme que había rechazado su dosis diaria de Thorazine. Estaba cansada de vivir como una planta. Se hallaba decidida a dejar el Thorazine y a salir de la sección 4b. Como conocía mis ganas de marcharme de allí, me dijo que, si nos trasladaban a las dos, le gustaría mucho ser mi compañera de celda.

En la celda contigua a la de Barbara había una joven blanca a la que se administraba Thorazine en mayor dosis que a las demás. Un día que se sentía menos aturdida me preguntó si podía aconsejarla. (Acababa de volver del tribunal y habían dejado de drogarla para que el juez la encontrase más o menos normal). Cuando le pregunté de qué se la acusaba, se puso a llorar y me dijo repetidas veces: «Yo no podría hacer una cosa así... Yo no podría matar a mi hijo...».

Estaba muy desorientada y desconocía totalmente el sistema judicial. Me pidió que le dijese quiénes eran sus amigos y quiénes los que querían encerrarla. Se había negado a hablar con su abogado por temor a que este le dijese algo al juez. Y ahora estaba deshecha porque un médico que le había jurado guardar el secreto acababa de subir al estrado de los testigos y había divulgado todo lo que ella le había dicho. Ya solo quería un poco de Thorazine y aturdirse, olvidar...

Quizá el caso más trágico de todos era el de Sandra, la muchacha acusada de incendio deliberado. Parecía también muy joven; no debía de llegar a los veinte años. Era una de las mujeres que estaban en el vestíbulo de la planta baja la tarde que me detuvieron. Yo había observado que se le caía el pelo a mechones, y pensé que tenía tiña. El primer día que pasé en la sección 4b salió de su celda para comer. El segundo día ya no lo hizo; se quedó en la celda. Permaneció allí en silencio, arrancándose el pelo sistemáticamente, por la raíz. A partir de aquel día, siempre que la veía se hallaba sentada en la cama, abstraída, arrancándose el cabello sin cesar. Cuando yo salí de la cárcel, Sandra estaba delgada como un alambre y de su

«afro» no quedaban más que unos mechones a un lado de su pobre cabeza desnuda.

De todas las celadoras que eran enviadas a la sección 4b —las cambiaban casi cada día—, ninguna se preocupaba por aquella chica, excepto una de ellas, una mujer negra muy dulce y maternal que parecía fuera de lugar con aquel uniforme. Las pocas veces que la enviaban a la sección 4b le hablaba con ternura a la pobre muchacha y trataba de levantarle el ánimo y de arrancarle algunas palabras. Se esforzaba por lograr que saliera de la celda cuando estaba permitido, y por hacerle comer un poco. Pero aquella mujer venía pocas veces, y era una sola persona contra todo un sistema que mostraba la más absoluta indiferencia hacia un ser humano que se sumía lenta e irremediablemente en la desesperación.

La semana que pasé en la sección 4b fue mucho peor que mis ideas más pesimistas sobre la incomunicación carcelaria. Era una tortura estar rodeada por aquellas mujeres que necesitaban urgentemente asistencia médica. Y lo más horrible era que, cada vez que intentaba ayudar a alguna de aquellas desgraciadas, descubría que se levantaba entre nosotras un muro mucho más impenetrable que los muros de las celdas. Ni siquiera yo misma podía evitar sentirme deprimida cuando venía a visitarlas el «doctor», que no hacía más que prescribir fuertes dosis de Thorazine, clorhidrato y otros tranquilizantes.

Aun cuando las reclusas con trastornos psíquicos graves recibían mayor atención, me pregunto si la orientación que se daba a su tratamiento difería en lo esencial de la que yo observé en la sección 4b. La psiquiatría, tal como se aplica en la mayoría de los casos, no tiene por objeto curar. A menudo no llega a la raíz del problema porque no admite el origen social de muchos tipos de enfermedad mental.

¿Cómo podía dar un solo paso hacia su curación la mujer de la celda contigua a la mía si el psiquiatra que la trataba no era consciente de que el racismo, como una enfermedad endémica, infecta cada articulación, cada músculo y cada tejido de la vida social de este país? Aquella mujer se estaba pudriendo en un pozo de racismo, se torturaba a sí misma diariamente con sus obscenos y gráficos fantasmas. Para entender su enfermedad habría sido necesario entender a aquella sociedad enferma que le había enseñado a odiar a los negros.

Prisionera en aquel desierto habitado por enfermas, drogadictas y guardianas indiferentes, mi vida giraba en torno a las visitas diarias de Margaret. Eran como oasis, como reconfortantes incursiones en el mundo de los seres humanos. Nuestras conversaciones —sobre el pequeño mundo de nuestra infancia y nuestras familias, sobre el mundo más amplio de la política, el movimiento, mi proceso...— fueron mi principal sustento moral en aquellos días. Margaret me traía recados de mis padres, y continuamente aseguraba a mi madre que yo estaba animada y bien de salud. Ella era el único vínculo con mis camaradas y amigos, y hacía que no me hundiera totalmente en aquel abismo de locura.

Margaret tenía una gran energía. Además de sus responsabilidades como miembro del Fondo de Defensa Jurídica de la NAACP[4] y de su entrega total a su hijo de seis años, trabajaba intensamente en mi caso. Y, sabiendo con qué ansiedad esperaba yo sus visitas, raramente dejaba de venir un día.

Enfocó mi defensa de modo combativo y se mantuvo firme durante los veinte meses. La primera mañana que me visitó en aquel edificio federal había conseguido llegar hasta mí a fuerza de discusiones con un buen número de agentes. Cuando vino a verme a la cárcel, las funcionarias le dijeron que no tenía aspecto de abogada, que era demasiado joven para poder ejercer en Nueva York. Además, era negra y, para colmo de defectos a los ojos de aquella gente, una mujer. Cuando por fin consiguió poder visitarme como abogada, se empeñó en una interminable lucha por mis derechos con la administración de la cárcel.

La primera batalla tuvo por objeto sacarme de la sección 4b. Margaret presentó solicitud tras solicitud a la administración para que se me trasladase a una sección ordinaria de la cárcel. Fue de una funcionaria a otra, subiendo por la escala jerárquica, de la teniente a la capitana, de la directora adjunta a la misma directora. Decía siempre que era imposible mantener una conversación racional con aquella mujer. (Mis entrevistas con ella confirmaron todo lo que me habían dicho abogados y reclusas. Por desgracia, era negra. Debieron de elegirla para el cargo por esta razón; había demostrado ser un instrumento muy útil para los mandamases del Department of Corrections[5] de Nueva York).

Ninguna de aquellas funcionarias supo dar razones que justificaran mi confinamiento en la sección 4b, aparte de la ridícula idea de que las otras

mujeres podían atacarme si no se me mantenía en un lugar bien seguro. Por entonces, mis desplazamientos a la planta baja para entrevistarme con mis abogados habían demostrado sobradamente el afecto que sentían por mí la gran mayoría de las reclusas.

Había transcurrido poco más de una semana cuando la directora informó a Margaret de que se me iba a trasladar a la sección ordinaria de la cárcel. Aquello me causó una gran alegría, pero me esforcé por dar a las funcionarias la impresión de que el traslado era algo a lo que tenía derecho y que había dado siempre por seguro. El mismo día, poco antes de la hora de cenar, una celadora portorriqueña, joven y delgada, vino a buscarme. Recogí mis cosas —las prendas reglamentarias de la cárcel, ropa interior y unas revistas que había logrado que me trajeran—, me despedí de las demás mujeres, aun de aquellas que estaban más aturdidas por los calmantes, y salí de la celda siguiendo a la celadora. Desde el ascensor llamé a las mujeres que estaban en el comedor y les pedí que dijesen adiós de mi parte a Shirley y a Tex, las encargadas de traer el desayuno. Cuando se enteraron de que me iba, ambas se apresuraron a venir y me pidieron que pasase a verlas alguna vez si me era posible.

La cama que me fue asignada en el dormitorio del décimo piso, en el que dormían al menos cien mujeres, estaba al lado mismo de la entrada, a pocos metros de la mesa de la celadora. Después de una insípida cena en el comedor-sala de recreo, entablé conversación con algunas mujeres. Muchas estaban convalecientes y habían sido destinadas a aquel dormitorio porque necesitaban estar cerca de la enfermería por si surgía algún problema. Algunas habían dado a luz recientemente. Otras eran ancianas que no habrían resistido la disciplina ordinaria de la cárcel.

La cara de una de ellas me resultaba familiar, y recordé que era la mujer embarazada a la que había visto la tarde de mi detención. Cuando le pregunté cómo estaba su hijo, se mostró sorprendida de que yo estuviese enterada de su maternidad. Cuando se lo expliqué, me dijo que aquel día había sufrido tanto que ni se acordaba de lo sucedido. Sostuvimos una animada conversación acerca de la cárcel, de su caso, de sus problemas personales. Finalmente, se atrevió a pedirme que le explicase qué era el comunismo. Algunas mujeres vinieron a escuchar. Estábamos al fondo de la sala y no había por allí ninguna celadora, pero yo sabía que averiguarían

que habíamos hablado de política. La mayoría de las mujeres que me escuchaban parecían sinceramente interesadas por el tema, y aproveché la ocasión para decirles que casi todo lo que habían oído sobre el comunismo era una sarta de mentiras cuidadosamente elaboradas.

Cuando estaba colocando mis efectos personales en el pequeño armario del lado de la cama, se me acercó una mujer joven, blanca, y me susurró, con voz casi inaudible: «Yo también soy una presa política». Me explicó que un amigo de su marido había sido detenido en Oakland por tenencia de explosivos. Ellos dos, al parecer, habían sido relacionados con el asunto por la policía y detenidos posteriormente en Nueva York. Su caso estaba aún en los trámites para la extradición. Ella había dado a luz recientemente y estaba allí en espera de juicio, en una ignorancia casi total de la marcha del procedimiento que se seguía contra ellos. (Después supe que las celadoras le daban el nombre de *Weatherman,*[6] aunque no parecía tener nada que ver con esta organización).

Aquella noche entré en contacto por vez primera con una conocida práctica de las cárceles: el «teléfono». Varias mujeres me dijeron que acababan de saber «por teléfono» que se me había trasladado de la sección 4b al décimo piso por razones de seguridad. Según me contaron, la administración temía que, con la ayuda de mis amigos del exterior, tratase de huir del cuarto piso. Al parecer, alguna reclusa había logrado evadirse anteriormente desde allí. Se rumoreaba incluso que se había descubierto ya un plan para liberarme. No sé si estas fantasías habían sido elaboradas por las reclusas o por las celadoras, pero lo cierto es que no descarté del todo la posibilidad de que la administración me hubiese trasladado allí por aquel motivo. La cosa, de ser cierta, tenía su gracia, pero también me daba un poco de miedo, pues si eran capaces de hacer algo por motivos tan irracionales, en adelante podían tramar cualquier cosa.

Y, en efecto, al día siguiente se me anunció que iba a ser trasladada a otra sección de la cárcel. Protesté por el hecho de que se me hiciese ir de acá para allá como una pelota de pimpón, pero lo cierto es que el traslado me pareció bien, pues creí que iba a ingresar en una sección ordinaria. En el dormitorio había una falta absoluta de intimidad, y ello me resultaba insoportable. No había modo de retirarse unos momentos para leer o escribir, como no fuera metiéndose en los lavabos. En este sentido, una

celda representaría una mejora. Poco imaginaba yo en aquel momento hasta qué punto iba a verse cumplido mi deseo de tener un poco de tranquilidad. En lugar de una celda de la sección ordinaria, se me instaló en una celda solitaria que se había improvisado en el sexto piso, lejos de las demás reclusas.

Indignada, pedí explicaciones. Pero, naturalmente, la celadora que me acompañaba no me dio ninguna. Declaró que ella no hacía sino cumplir órdenes. No era difícil ver la probable relación entre la inofensiva conversación sobre el comunismo que había mantenido con las hermanas de arriba y aquel súbito traslado a una celda solitaria.

Confusa y enojada, examiné la celda. Me parecía especialmente ilógico que, después de haberme trasladado de la sección psiquiátrica al dormitorio, se me aislase ahora totalmente. Pero ya mientras pensaba en aquello me daba cuenta de que era inútil tratar de entender la retorcida lógica de mis carceleras.

Me enteré más adelante de que aquella celda se usaba normalmente para reconocimientos médicos. Las celdas de aislamiento que habían existido anteriormente habían sido derribadas hacía años, en un esfuerzo por quitar de la vista las más flagrantes muestras de inhumanidad. Inútil es decir que no lo habían conseguido, pues en aquel lugar la inhumanidad lo impregnaba todo.

Cuando los turnos de trabajo de la cárcel hicieron el relevo, a medianoche y a primera hora de la mañana, se produjo un ostensible cambio de guardia ante mi puerta. Empecé a darme cuenta de que habían ordenado que se me vigilase durante las veinticuatro horas del día. No solo me aislaban, sino que me colocaban bajo un régimen de máxima vigilancia y seguridad.

Aquella noche, más tarde, estuve un rato mirando por la ventana a la gente «libre» que pasaba por la avenida Greenwich y escuchando los ruidos nocturnos del Village. Y de vez en cuando paseaba de arriba abajo de la celda. Cuando por fin me acosté, mantuve los ojos bien abiertos, pues no quería que me pillasen desprevenida en plena noche.

A la mañana siguiente me di cuenta de que en aquella celda no había ducha, y comencé a preguntarme seriamente si me instalarían una especial para mí. Cuando le dije a la celadora que deseaba ducharme, me dijo que

tendría que esperar. La preparación de mi ducha duró una hora, pues, antes de permitirme salir, hubieron de despejar el corredor y encerrar a todas las reclusas en sus celdas. Por fin la celadora abrió mi puerta y, a través del largo corredor, nos encaminamos hacia una puerta metálica.

Era la primera vez que veía de cerca un corredor de la sección ordinaria de la cárcel. Más adelante supe que las reclusas, cuando no estaban encerradas, pasaban la mayor parte del tiempo en corredores como aquel, sentadas en el frío y sucio suelo de cemento. Al parecer, en ninguna celda había papelera, porque todo el corredor estaba sembrado de papeles y desperdicios que debían de haber sido arrojados a través de los barrotes.

Las duchas no estaban nada limpias. En la que yo usé había un ratón muerto discretamente arrinconado bajo el banco. Al salir no me sentía más limpia que antes, pero tenía la pequeña satisfacción de haber hecho ceder a mis carceleras ante mi petición de ducharme.

Cuando vinieron Margaret y John, les di un detallado informe de la última ofensiva emprendida contra mí por la administración de la cárcel y decidimos pasar a la acción. Nuestra respuesta debía ser política y jurídica. Emprenderíamos una serie de diligencias a nivel federal basándonos en que se me había hecho víctima de una discriminación indebida. Y la campaña política se encargaría de revelar el precedente que trataban de establecer la administración de la cárcel y el Gobierno en el trato a los presos políticos.

Por aquella época, era evidente que el Department of Corrections consideraba en extremo importante hallar el método de poner en cuarentena toda resistencia de carácter político, a fin de prevenir su difusión en gran escala. En septiembre, un mes atrás, habían estallado protestas masivas en la Tombs. Era manifiesto que en todas las cárceles de Nueva York estaban buscando nuevas formas de evitar aquellas explosiones. Si no denunciábamos públicamente los intentos de separarme del resto de las reclusas, aquel método seguiría vigente para todo detenido al que se considerase políticamente peligroso.

Decidí dramatizar la situación declarándome en huelga de hambre mientras se me mantuviese aislada; esa sería mi contribución a la lucha desde dentro de aquellos muros, mientras en el exterior se llevaban a cabo otras acciones. No era difícil declararse en huelga de hambre en aquella cárcel. Si la comida hubiese sido apetitosa, habría sido duro, pero aquellos

insípidos guisos que me ponían delante más bien eran una ayuda. Al verlos, sentía más deseos de vomitar que de comer.

De las muchas celadoras encargadas de vigilarme durante aquellas semanas, había algunas que indudablemente simpatizaban conmigo. Por ellas supe que la directora les había ordenado que impidiesen toda conversación entre las demás mujeres y yo. Ni una palabra, ni un saludo estaban permitidos. Aquellas celadoras hacían caso omiso de esta orden, a pesar de que podían ser acusadas de insubordinación si la cosa llegaba a oídos de sus superiores.

También por una de aquellas mujeres me enteré de que, al iniciar su turno de guardia, cada una de las celadoras encargadas exclusivamente de vigilarme se hacía cargo de una especie de diario titulado «Angela Davis. Actividades». Debían registrar en él mis actividades, hora por hora: si había estado leyendo (y, en tal caso, qué había leído), escribiendo o haciendo gimnasia, que era todo lo que podía hacer en un espacio tan reducido.

También me dijeron que tenían instrucciones de hacer un registro minucioso de mi celda a cada relevo. Las que me trataban amistosamente no lo hacían, pero las que se tomaban en serio su obligación anunciaban su presencia entrando en la celda y mirando atentamente las desnudas paredes, como si ocultasen algún arma. Después, sin perderme de vista, examinaban los cajones de la mesilla de noche. Un ojo siempre al acecho de mis movimientos.

Siento no poder hablar de aquellas celadoras que me trataron lo mejor que pudieron, ni dar aquí sus nombres, pues ello significaría la pérdida de su empleo. Constituían un interesante grupo de mujeres de color, de todas las edades, cuyas actitudes políticas iban desde el «liberalismo» hasta la simpatía declarada por las ramas más activas del movimiento de liberación de los negros.

Todas ellas me explicaron que se habían visto obligadas por la necesidad a solicitar aquel tipo de trabajo. Al parecer, en Nueva York, aquel era uno de los mejor pagados de entre los trabajos que no requerían preparación universitaria. En cierto modo, aquellas mujeres estaban también prisioneras, y algunas eran muy conscientes del doble juego en el que participaban. Como sus predecesores, los capataces negros, vigilaban a sus hermanas por unos mendrugos de pan. Y, al igual que los capataces, acababan por

descubrir que aquel trabajo constituía también una opresión para ellas. Por ejemplo, las horas extraordinarias eran obligatorias. Y, debido a la disciplina militar a la que estaban sometidas, la negativa a hacerlas se consideraba insubordinación y era castigada como tal. Para las celadoras jóvenes, sin antigüedad, y para las mayores que no eran bien vistas en las altas esferas de la jerarquía carcelaria, las jornadas de dieciséis horas varias veces por semana no eran nada fuera de lo corriente.

No obstante, aun cuando sus propios problemas eran razón suficiente para adoptar una actitud de protesta, el papel positivo que podían desempeñar dentro de la cárcel era limitado; evidentemente, no podían transformar el sistema penal. Pero, dentro de aquellos límites, hacían una serie de cosas importantes. Por ejemplo, transmitían al exterior mensajes que no habría sido posible enviar por los canales autorizados. Introducían artículos de «contrabando», como peines para el «afro». Nos proporcionaban libros y revistas, en especial de tema político, que no podían conseguirse en la biblioteca. A veces, cuando algunas mujeres formaban un grupo de estudio serio para saber más cosas de los movimientos de liberación negro o portorriqueño, ellas hacían las veces de pantalla entre el grupo y la administración.

Como es lógico, todo eso implicaba una serie de riesgos.

Aquellas celadoras no se cansaban de repetir que dos compañeras suyas habían sido fulminantemente desposeídas de sus cargos cuando se descubrió que estaban relacionadas con el Partido de los Panteras Negras. Aunque se sentían dispuestas a perder su empleo, consideraban que a las reclusas les sería más útil que ellas trataran de actuar dentro de los límites del sistema carcelario en vez de convertirse en mártires sin motivo. Sin embargo, algunas de ellas afirmaban que, en caso de crisis, abandonarían su uniforme y harían causa común con el ejército de las reclusas.

Desde luego, era difícil valorar la seriedad y profundidad de su actitud, pero me sentía animada cuando veía que una de ellas ocupaba el puesto de guardia. Me permitían hablar con algunas de las hermanas de las celdas. Una tarde, las hermanas de los dos corredores más próximos a mi celda desfilaron en fila india junto a mi puerta repitiendo: «¡Libertad para Angela! ¡Libertad para nuestra hermana!».

Gracias al «teléfono» me enteré de que por toda la cárcel había mujeres que estaban haciendo una huelga de hambre en solidaridad conmigo. Me conmovió especialmente saber que la del cuarto piso había sido organizada por Shirley. Dado que trabajaba en la cocina, aquello debía de representar un esfuerzo extraordinario para ella. Yo tomaba un vaso de zumo de fruta tres veces al día, a la hora de las comidas, y bebía mucha agua. Procuraba hacer mucho ejercicio. Con aquello, unido a *The New York Times* (que me llegaba diariamente), a los pocos libros que tenía y a las visitas de Margaret y John, iba tirando.

Mientras estaba sola en aquella celda, empecé a recibir regularmente visitas de varios amigos, por las tardes. Una celadora permanecía siempre lo bastante cerca como para oír lo que yo decía. (Supongo que después anotaba un resumen en aquel diario). Yo no desconocía la organización de las visitas en las cárceles, pues había visitado en muchas ocasiones a amigos y camaradas, pero aquel locutorio era, con mucho, el peor que había visto nunca. Es frecuente tener que hablar con el visitante a través de un cristal, pero los de aquella sala tenían poco más de un palmo de lado, y la suciedad rojiza que los empañaba impedía ver con claridad a la otra persona. Las reclusas debían permanecer de pie durante los veinte minutos de la visita, y hablar muy alto en unos teléfonos que dejaban de funcionar fatalmente cuando se había entrado en lo más importante de la conversación.

Una tarde, mientras estaba aún aislada, vino a visitarme Kendra Alexander, que había sido citada, junto con su marido Franklin, por el Gran Jurado de Nueva York para testificar en el juicio contra David Poindexter. Me dijo que estaba a punto de comenzar una manifestación de protesta por mi aislamiento. Ellos sabían más o menos dónde estaba mi celda, y yo les había explicado detalladamente las zonas de la avenida Greenwich que veía desde la ventana. Los manifestantes iban a concentrarse en la esquina de Greenwich con la calle Diez Oeste.

Me apresuré a volver a la celda. La celadora que me vigilaba simpatizaba conmigo y decidió no ver ni oír nada mientras yo difundía la noticia. Desde cinco o seis pisos del edificio, las mujeres cuyas ventanas daban a la avenida Greenwich podrían ver y oír la manifestación.

Había mucha gente, y todos gritaban con entusiasmo. Las consignas «¡Libertad para Angela! ¡Libertad para nuestras hermanas!» resonaban en la noche. Mirando a la calle desde la ventana de mi celda, me absorbí completamente en las palabras de quienes estaban allá abajo. En algunos momentos me libré de la sensación de cautividad, me sentí en la calle con ellos. Recordé otras manifestaciones: «Libertad para los Hermanos de Soledad», «Libertad para Bobby y Ericka», «Libertad para Huey», «No más guerra en Vietnam», «No más matanzas de la policía en nuestra ciudad»...

José Stevens, un dirigente comunista de Harlem, terminó de hablar. Entonces, Franklin dirigió unas palabras llenas de pasión a todas las mujeres allí recluidas. Después tomó el megáfono mi hermana Fania.[7] El oírla hablar me devolvió de golpe a la realidad de la situación, pues había olvidado por unos momentos que aquella manifestación se hacía por mí. Me había absorbido tanto la manifestación que creí realmente formar parte de ella. Al pensar en la impenetrabilidad de aquella fortaleza, en todas las cosas que me separaban de mis camaradas que se encontraban a unos pocos centenares de metros, al pensar en mi situación de aislamiento —en aquella cárcel dentro de la cárcel—, que me mantenía alejada de mis hermanas de cautiverio, sentí todo el peso de lo que significa estar en la cárcel, quizá con más intensidad que nunca.

Me sentí inmensamente frustrada. Pero antes de que aquellos pensamientos me llevaran a compadecerme de mí misma, decidí cortarlos, recordando que aquel era precisamente el efecto que se buscaba al mantener a un preso totalmente aislado. En una situación como aquella, los carceleros podían controlar a su víctima. Pero yo no les dejaría dominarme. Transformé mi frustración en rabiosa energía para la lucha. Abajo, los manifestantes gritaban otra vez pidiendo libertad para las reclusas. Me reproché haber caído en la tentación de compadecerme de mí misma. ¿Y George, John y Fleeta? ¿Y Ruchell Magee, que había soportado cosas peores de las que yo seguramente tendría que afrontar nunca? ¿Y Charles Jordan, encerrado en una celda de castigo digna de la Edad Media en el penal Soledad? ¿Y los que habían dado su vida, Jonathan, McClain y Christmas?

La manifestación me había provocado una tensión tan grande que no sentía la debilidad que me causaba el ayuno. Prolongué la sesión de

gimnasia, a fin de cansarme lo suficiente para poder ir a la cama relativamente relajada. Pero no había ni que pensar en dormir toda la noche. En la cárcel todo parecía tranquilo, pero estaba segura de que la manifestación había irritado a la dirección, y debía estar alerta por si decidían tomar alguna represalia en plena noche.

El décimo día de mi huelga de hambre, cuando estaba convencida de que podría resistir indefinidamente sin comer, el tribunal federal emitió un mandato por el que prohibía a la administración de la cárcel mantenerme durante más tiempo aislada y bajo máxima vigilancia. Habían reconocido —debido a las presiones recibidas, naturalmente— que aquel castigo injustificado me había sido impuesto a causa de mi ideología y mi afiliación políticas. Lo que el tribunal no podía decir era que George McGrath, el delegado del Department of Corrections, y Jessie Behagan, la directora de la Cárcel de Mujeres, tenían tanto miedo de que las reclusas se enterasen de lo que era el comunismo que preferían violar los más elementales derechos constitucionales.

Aquella decisión del tribunal federal constituyó una sorpresa para mí. No esperaba que fuese tan rápida y justa. Representaba una victoria importante, pues habíamos establecido de manera clara que los miembros del Department of Corrections de Nueva York no lo tendrían tan fácil la próxima vez que tratasen de ensañarse con un preso político. Pero, al mismo tiempo, creía que la administración de la cárcel era muy capaz de ponerme en otra situación que, no siendo la de aislamiento total, resultara igualmente penosa. Aquella idea apagó un poco mi alegría.

Mi siguiente destino fue el séptimo piso, corredor C. Cuando llegué, había allí mucho ajetreo. Algunas mujeres dejaban sus celdas y otras entraban en ellas. Por un momento me pregunté si no estarían instalando en aquel corredor a todas las confidentes de la cárcel. Pero aquellos traslados resultaron ser una consecuencia más de la decisión del tribunal: la administración de la cárcel había decidido, por lo que pudiera ocurrir, rectificar otra irregularidad. Las mujeres que estaban encarceladas por primera vez debían estar separadas de las que habían pasado con anterioridad por la cárcel. Y ahora se estaban tomando las medidas necesarias para ello.

Tuve poco tiempo para orientarme en mi nueva celda antes de que todas fuesen cerradas, pero mis vecinas me dieron algunas explicaciones. Mi celda medía dos metros y medio de largo por uno y medio de ancho. Al estar situada en la esquina, era la más fácil de vigilar desde la mesa de la celadora —situada en el pasillo principal—, y también la más pequeña. Las dos literas la hacían parecer aún más reducida. Las literas, el pequeño lavabo y el inodoro estaban dispuestos en línea recta, de modo que el espacio libre no excedía de los sesenta centímetros de ancho en ningún punto de la celda.

Las hermanas me ayudaron a improvisar una cortina delante del inodoro y del lavabo, para que no pudieran verse desde el corredor. Con periódicos envueltos en trapos me enseñaron a hacer un cojín para cubrir la tapa del inodoro, a fin de poder usarlo como asiento para la mesa metálica abatible que había en la pared de enfrente. Me reí de buena gana al pensar que todo lo que escribiese en los próximos días lo haría sentada en la tapa del inodoro.

Se acercaba el momento de cerrar las celdas, y una hermana me dijo que ya se olvidaba de prevenirme contra uno de los peligros de la vida nocturna en aquel lugar. «Esta noche —me dijo—, *Mickey* intentará entrar en tu celda, y tienes que tomar tus precauciones».

Riendo, la hermana me explicó que *Mickey* era el ratón que correteaba por los pasillos al amparo de la oscuridad y que tenazmente trataba de entrar cada noche en las celdas cuyas puertas no estuviesen muy bien aseguradas con papel de periódico.

Era una de las rutinas de la noche: colocar periódicos cuidadosamente plegados en el pequeño espacio que quedaba entre la puerta cerrada y el suelo, y a los lados de la puerta, entre esta y la pared, hasta una cierta altura. A pesar de aquellas medidas preventivas, *Mickey* siempre lograba abrirse paso, a fuerza de roer, por la barricada de una de las celdas, y a menudo nos despertaban los gritos de alguna mujer que llamaba a la celadora para que echase al ratón. Una noche, *Mickey* entró en mi celda y llegó hasta la litera de arriba, donde yo dormía. Cuando le sentí moviéndose por mi cuello, traté de espantarle con la mano, creyendo que eran cucarachas. Cuando me di cuenta de que era el ratón, llamé a la celadora para pedirle la escoba, única

arma que teníamos contra él. Al parecer, las ratoneras eran demasiado caras, y no se tenía la intención de acabar con él.

Una cosa buena tenía *Mickey*. Su presencia nos garantizaba que no había ratas por allí, pues ratas y ratones nunca comparten el mismo terreno.

En cierto sentido, nuestra lucha diaria contra *Mickey*, con los diversos e improvisados medios de que nos valíamos para tenerle a raya, constituía un símbolo de una lucha más amplia contra el sistema. A veces, la fantasía me llevaba a imaginar que las precauciones que tomábamos por las noches para defendernos de aquel animal eran barricadas que levantábamos contra el enemigo de verdad. Imaginaba que los centenares de mujeres políticamente conscientes, políticamente comprometidas, que había por toda la cárcel actuábamos de común acuerdo, con voluntad revolucionaria.

Aquella primera noche, poco después de que la hermana me ayudase a tapar con periódicos las rendijas de la puerta, una celadora gritó: «¡Hora de cerrar, chicas! ¡Todas adentro!». Todas las reclusas cerraron entonces las pesadas puertas metálicas, y ello produjo un gran estrépito en los cuatro corredores del séptimo piso. También se oía el eco del mismo ruido procedente de los demás pisos. (Al percibirlo desde la sección 4b, yo nunca sabía a qué se debía aquel estruendo, y la primera vez que lo oí creí que había estallado un motín).

La celadora pasó por delante de las celdas para contar a las reclusas una a una, y a las nueve en punto apagó, mediante un interruptor general, todas las luces del corredor y de las celdas. Entonces, en la oscuridad, se celebró el cotidiano ritual de las buenas noches. Una hermana le daba las buenas noches a otra, llamándola por su nombre. Esta, tras haber identificado la voz, le daba a la primera las buenas noches, llamándola también por su nombre. No tardé mucho en oír, desde algún lugar del corredor, una voz amistosa que decía: «¡Buenas noches, Angela!». Como no sabía aún el nombre de nadie ni, por supuesto, era capaz de reconocer una voz, no pude participar plenamente en aquel ritual y hube de responder con un «¡Buenas noches!» a secas, aunque no por ello menos caluroso. Mis palabras provocaron un buen número de «¡Buenas noches, Angela!», no solo en mi corredor, sino también en otros. Estoy segura de que nunca se había prolongado tanto aquella ceremonia. Las celadoras no nos interrumpieron, aunque hacía rato que habríamos debido guardar silencio.

La vida en la cárcel estaba estructurada y controlada desde arriba según unos principios pragmáticos de la peor índole. El número de actividades establecido era el mínimo necesario para apartar a las reclusas de toda reflexión prolongada sobre su miserable situación. Se trataba de llenar los días de actividades sin sentido, de distracciones vacías.

En consecuencia, existían toda una serie de instituciones destinadas a absorber las energías de las reclusas. Ni que decir que el economato era muy importante para la supervivencia en la cautividad. Tres veces por semana, las detenidas en espera de juicio podían acudir allí a comprar las pequeñas cosas que hacían la vida algo menos insoportable. Los lunes y los miércoles se nos permitía gastar hasta tres dólares; los viernes, un máximo de cuatro. Los ansiados artículos que se vendían allí eran cigarrillos, cosméticos, rudimentarios objetos de escritorio —lápices (pero no bolígrafos) y cuadernos de papel rayado—, sellos, materiales para hacer punto y ganchillo y comestibles tales como pastas, caramelos, azúcar, café en polvo y chocolate caliente. Para las que no estábamos embarazadas, acudir al economato era la única forma de conseguir leche fresca.

El economato es algo vital en la cárcel debido a la privación de objetos de uso corriente, elemento importantísimo para el mantenimiento del control y de la autoridad. En la cárcel se aprende que nada puede darse por seguro; el habitual proceso necesidad-satisfacción está completamente alterado. Nunca se puede dar por supuesto que las necesidades, aun las más elementales, serán satisfechas. Cualquier cosa, por pequeña que sea, parece estar siempre pendiente de un hilo. Si una reclusa se comporta de tal modo que hace que la celadora la encierre en su celda durante un determinado lapso de tiempo, pierde el derecho a acudir al economato. Cuando no se tienen cigarrillos, hay que pasarse sin ellos, simplemente. La amenaza de perder el derecho al economato es un poderoso medio de coacción.

El servicio religioso que se celebraba los domingos por la mañana constituía otro método para llenar el tiempo. Por curiosidad, bajé a la capilla el primer domingo de mi estancia en la sección ordinaria de la cárcel. Me sorprendió el gran número de reclusas que acudían a ella. Pero enseguida me di cuenta de que muchas estaban allí por motivos distintos a los puramente religiosos. La capilla era uno de los dos lugares de reunión

donde podían encontrarse y conversar las mujeres situadas en pisos diferentes.

El otro lugar de reunión semanal era la sala de cine, cuando el proyector no estaba estropeado. Ni la curiosidad que me había llevado a la iglesia pudo hacerme ver una de aquellas insípidas películas de Hollywood. Ni que decir tiene que el cine era un apreciado lugar de cita de las parejas homosexuales.

Para las aficionadas a la lectura, la biblioteca habría sido la salvación, pero la inmensa mayoría de los libros que había allí eran novelas policíacas, folletines y otras variedades de literatura barata cuya única función era fomentar la evasión de la realidad. En los días que pasé aislada, cuando Margaret hubo convencido a la directora de que yo tenía derecho a leer, pasé varios ratos sola en la biblioteca. En poco tiempo examiné todos los libros, y encontré solo algunos interesantes: uno de Edgar Snow sobre la Revolución china, la autobiografía de W. E. B. Du Bois[8] y un libro sobre el comunismo de un autor poco conocido, asombrosamente objetivo.

Cuando descubrí aquellos libros, me puse a pensar de dónde podían haber salido. Y de pronto se me ocurrió la solución: probablemente los habían leído Elizabeth Gurley Flynn, Claudia Jones o alguna de las otras dirigentes comunistas que habían sido perseguidas en virtud de la Ley Smith[9] durante la era McCarthy. A mí se me había dicho también que, si recibía algunos libros durante mi estancia en la cárcel, debía regalarlos a la biblioteca, cosa que yo pensaba hacer con gusto dado el estado de aquel supuesto centro cultural. Al pasar las páginas de aquellos libros, me sentí honrada por seguir una tradición que habían iniciado algunas de las más notables heroínas de nuestro país, dirigentes comunistas, y recordé especialmente a Claudia Jones, hermana mía de raza.

Si una reclusa quería un libro que no estaba en la biblioteca, debía solicitar directamente a la editorial que se lo enviase por correo. Decidí hacerme enviar tantos libros como fuese posible, a fin de proporcionar a las mujeres que pasasen por allí después de mí unas lecturas más serias e interesantes que la bazofia que había en aquellos estantes. Pero la administración de la cárcel adivinó mis intenciones, sobre todo cuando me llegaron diez ejemplares de *Soledad Brother*, de George Jackson, y se me

informó con malos modos de que no podría dejar allí ningún libro mío; todos los que recibiese me seguirían de cárcel en cárcel.

Las otras instituciones de la cárcel tenían aún más limitaciones. Hacíamos breves sesiones de ejercicio físico en la azotea del edificio. He de reconocer que aquella era mi actividad preferida y, cuando hacía buen tiempo, esperaba con ilusión los partidos de balonvolea que jugábamos en la azotea. También aquí, en salas cubiertas, hacíamos trabajos de artesanía, bailábamos y jugábamos a las cartas o al *scrabble*[10]. Y con esto quedaba prácticamente terminada la lista de nuestras actividades entre aquellos muros. Pero era increíble la cantidad de tiempo que se empleaba en tales ocupaciones, la mayoría de las cuales no contribuían en absoluto al desarrollo educativo, cultural o social de las reclusas. El objetivo principal de aquellos pasatiempos era fomentar solapadamente la obediencia y la sumisión.

Las cárceles y los penales están pensados para destruir a las personas, para convertir a los presos en ejemplares de zoológico, obedientes a sus guardianes pero hostiles entre sí. Como respuesta, el preso inventa y recurre continuamente a las más variadas formas de defensa. Por ello, en casi todas las cárceles se pueden observar dos niveles de existencia. El primer nivel lo componen las normas y actitudes prescritas por la dirección del establecimiento. El segundo nivel es la cultura del preso propiamente dicha: las reglas y formas de conducta creadas por él para protegerse del terror —declarado o encubierto— encaminado a quebrantar su moral.

Se trata de una cultura de resistencia, entendida en un sentido elemental, pero de resistencia desesperada. Es, pues, incapaz de atacar realmente el sistema. Todos sus elementos se basan en la aceptación de que el sistema carcelario subsistirá. Y precisamente por esto el sistema no intenta combatirla. (Lo que se da en ocasiones es un apoyo disimulado a la subcultura del preso). Yo no dejaba de asombrarme al descubrir los infinitos detalles de la vida social que mis compañeras de presidio consideraban dominio propio y exclusivo. Aquella cultura era desdeñosamente ocultada a las funcionarias. Durante los primeros días que pasé en la sección normal, me encontraba a menudo completamente desorientada. El segundo día, por ejemplo, una hermana me preguntó: «¿Qué te ha parecido mi abuelo? Dice que os habéis visto esta mañana». Yo estaba segura de haberlo oído mal,

pero, cuando me repitió la pregunta, le dije que debía de estar confundida, pues yo no tenía idea de quién era su abuelo. Además, aquel día yo no había bajado al locutorio. Pero quien estaba confundida era yo: vivía en un país extranjero y no había aprendido aún su lenguaje. La joven me explicó que su «abuelo» era una mujer que había estado por la mañana en mi celda. Como ella no parecía tener ganas de responder a mis preguntas, reprimí mi curiosidad hasta que encontré a alguien que me explicó aquel misterio.

Una mujer cuya celda estaba a poca distancia de la mía me hizo una fascinante descripción del sistema por el cual las reclusas podían adoptar a sus amigas de la cárcel como parientes. Descubrí, asombrada y desconcertada, que la inmensa mayoría de las reclusas del establecimiento estaban claramente organizadas en generaciones y familias: había madres-esposas, padres-esposos, hijos e hijas e incluso tías, tíos, abuelas y abuelos. Este sistema familiar servía a cada una de defensa contra el hecho de no ser más que un número. Humanizaba el ambiente y permitía la identificación con otras personas dentro de una estructura familiar.

A pesar de su carácter ilusorio y escapista, aquel sistema familiar permitía resolver algunos problemas inmediatos. Los deberes y responsabilidades familiares eran la forma institucional que revestía la ayuda mutua. Se consideraba que los padres tenían la obligación de proporcionar a sus hijos, en especial a los jóvenes, aquellos objetos que se vendían en el economato pero que no estaban a su alcance.

Como ocurre en las familias de verdad, algunos hijos e hijas tenían, o llegaban a tener, razones de tipo económico para mantener la relación con los padres. Muchas de aquellas mujeres se unían a determinadas familias porque estas podían proporcionarles más beneficios materiales que otras.

Lo que más me impresionó de aquel sistema familiar fue la homosexualidad en que se basaba. Pero si bien era cierto que se daban en su seno un gran número de relaciones homosexuales, también lo era que el sistema no excluía a las mujeres «normales». Había hijas «normales» y madres «normales», es decir, que no estaban «casadas».

Recuerdo con afecto a una muchacha de dieciséis años, muy hermosa, que me dijo un día, sencillamente y sin rodeos, que iba a considerarme su madre. A pesar de que yo compartía con ella cosas del economato (como lo hacía con otras), cuando no tenía dinero no me pedía nada aunque le hiciese

falta. Era seria y reservada, y sentía un gran interés por el movimiento de liberación de los negros. Mis obligaciones para con ella consistían principalmente en hablarle del movimiento. Estaba en un corredor distinto al mío, destinado a las adolescentes, pero siempre conseguía, con serena firmeza, convencer a las funcionarias de que le permitiesen pasar a mi corredor.

Dado que la mayoría de las reclusas parecían participar, más o menos, de aquella estructura familiar, debía de haber un gran número de lesbianas en la cárcel. La homosexualidad se da en una medida relativamente grande en todo lugar de internamiento donde se aplique la segregación de sexos. Yo sabía aquello antes de ser detenida, pero no estaba preparada para hacer frente al choque que representó ver la homosexualidad tan arraigada en la vida de la cárcel. Había dos clases de mujeres: las que interpretaban el papel masculino y las que interpretaban el femenino; a las primeras, los «hombres», se las llamaba «él». En las seis semanas que pasé en el séptimo piso, no pude decidirme a hablar de ninguna mujer empleando un pronombre masculino, aunque algunas de ellas, salvo por el uniforme, no parecían mujeres en absoluto.

Era evidente que muchas de ellas —tanto los «hombres» como las «mujeres»— habían decidido adoptar la homosexualidad durante su estancia en la cárcel a fin de dar algún aliciente a su vida y de olvidar un poco la miseria y degradación que las rodeaba. Una vez en libertad, se reunirían con su pareja masculina y se olvidarían pronto de sus «maridos» y «esposas» de la cárcel.

Las bodas eran parte importante del sistema familiar. Algunas se celebraban sin olvidar detalle: invitaciones, ceremonia y una tercera persona que hacía de «pastor». La «novia» se preparaba para la ocasión como para una boda de verdad.

Junto con las bodas, la búsqueda de lugares de cita, los esfuerzos de unas mujeres por seducir a otras, los conflictos y los celos, la homosexualidad constituía uno de los puntos en torno a los cuales giraba la vida en la Cárcel de Mujeres. Era una actividad social absorbente, que impedía a muchas mujeres convertir en rebeldía política su insatisfacción personal por las condiciones en que vivían. Aquella vida imaginaria les ofrecía una fácil y atractiva escapatoria.

Uno de los corredores del cuarto piso, donde se hallaba también la sección de enfermas mentales, estaba destinado a las adictas regulares a la heroína. Al verlas un momento, cuando pasaba por allí en el ascensor, me impresionó su aspecto físico. Tenían el cuerpo cubierto de llagas parecidas a las de la lepra: eran los abscesos causados por las agujas sucias. Otras tenían muchas y evidentes señales de inyecciones en los brazos y las piernas. Algunas, al no poder inyectarse ya en dichas venas, habían empezado a hacerlo en las del cuello.

Los casos más trágicos eran los de las adictas más jóvenes, muchas de las cuales no tenían más de catorce años, aunque habían mentido a la policía acerca de su edad. La mayoría de ellas no tenían intención alguna de seguir prescindiendo de la droga una vez que estuvieran en libertad. No lograba comprender por qué la visión de los más terribles efectos de la heroína no las llevaba a reconsiderar sus escarceos con la droga, escarceos que se convertían a menudo en adicción total.

De vez en cuando ingresaban en la cárcel algunas mujeres que no soportaban la privación de la droga, y se las dejaba encerradas en sus celdas, abandonadas a la desesperación. A veces pasaban una noche entera gritando y ni una sola funcionaria acudía a hacer algo por ellas. Una tarde ingresó una joven de aspecto depauperado a la que colocaron en la celda frente a la mía. A la hora de cerrar estaba acurrucada en la litera, con el rostro deformado por la angustia. Unas hermanas de mi corredor empezaron a contar casos de mujeres que habían ingresado en un estado parecido a aquel y que, encerradas en sus celdas sin ayuda, habían muerto durante la noche. Decidimos que nos negaríamos a entrar en las celdas si no recibía asistencia médica inmediatamente. Solo de aquel modo logramos que viniese un médico a examinarla y se la llevase al hospital.

En muchas otras ocasiones nos vimos obligadas a intervenir para conseguir que se prestara asistencia médica a alguna de nuestras hermanas enfermas. El caso más grave de todos fue el de una mujer de nuestro corredor que empezó a quejarse, un sábado, de fuertes dolores en el pecho. El lunes por la mañana, a la hora de la visita médica, la vio un médico blanco, un hombre de edad, que le dijo que su dolencia era psicosomática, consecuencia de estar todo el día sin hacer nada, y le aconsejó que se buscase un «trabajo». (Las reclusas en espera de juicio, como aquella

hermana, no recibían por su trabajo ni los cinco o diez centavos a la hora que se pagaban a las que ya cumplían condena).

Los dolores que sufría se intensificaron en los días siguientes, y decidimos que tendríamos que recurrir a una acción colectiva para obligar a la administración a atenderla debidamente. Nos negamos a entrar en las celdas hasta que la examinase un médico competente. Aquel día, la hermana enferma no volvió a su celda. Más adelante nos enteramos de que tenía tumores en los senos y se la habían llevado a toda prisa a un hospital para efectuar análisis y practicarle una mastectomía en caso de que los tumores fueran malignos.

El desinterés por la salud de las reclusas se reflejaba también en las normas que regían la vida cotidiana. Si las reclusas embarazadas no podían comprarse leche fresca en los tres días que íbamos al economato, la única forma de conseguirla, aparte de los tres mezquinos vasos que se nos daban con las comidas, era recibiéndola clandestinamente de otra presa. Cuando mi vista empezó a causarme problemas, mis abogados consiguieron un mandato judicial según el cual podía examinarme un médico no vinculado a la cárcel, y este me prescribió una dieta especial que incluía leche fresca. En numerosas ocasiones le pasé mi vaso de leche a una hermana embarazada.

Mis primeras dos semanas en la cárcel pasaron con una lentitud insoportable. Tenía la sensación de llevar allí mucho tiempo. Pero cuando, inexorablemente, me adapté a la rutina del lugar, los días pasaban de modo imperceptible uno tras otro, y no había gran diferencia entre tres días y tres semanas.

Cada día, a las seis de la mañana, se encendían las débiles luces y las celadoras abrían las puertas para el desayuno. A las ocho se nos encerraba por primera vez durante el día y, mientras cerraban las celdas, nos iban contando una a una junto con los cubiertos, para asegurarse de que no faltase ninguna cuchara o alguna de nosotras. Venía después la limpieza, la visita médica, la hora del correo y el economato, los lunes, miércoles y viernes. A continuación, almuerzo, recuento de cubiertos y, a las tres, hora de cerrar y recuento. Según el día de la semana, la tarde se dedicaba a ejercicios físicos en la azotea, a visitas a la biblioteca o a una sesión de cine. Después, cena, recuento de cubiertos, visitas, encierro y recuento a las ocho, y luces apagadas a las nueve.

Afortunadamente, Margaret me visitaba casi a diario. John venía tan a menudo como podía, y recibía también frecuentes visitas de los abogados que trabajaban con Margaret en las diligencias judiciales relativas a las condiciones de vida en la cárcel: Haywood Burns, presidente de la Asamblea Nacional de Abogados Negros, y dos miembros de la organización, Harold Washington y Napoleon Williams. Hablábamos de la marcha de las diligencias y de la lucha legal para evitar mi extradición. John y Margaret estaban dispuestos a apelar contra la decisión de Nueva York de devolverme a California ante todos los tribunales de apelación, aunque hubiesen de llegar hasta el Tribunal Supremo.

Las reclusas que tenían familia o amigos esperaban con ansiedad el momento, después de la cena, en que la celadora distribuía las papeletas de visita entre el grupo que se formaba tras los barrotes, al extremo de cada corredor. Las visitas de la noche no duraban más de veinte minutos, pero rompían la monotonía diaria.

Cuando mis abogados hubieron conseguido que la burocracia de la cárcel me permitiese recibir visitas regulares por la noche —poco después de serme levantada la incomunicación—, tuve visita prácticamente todos los días. Mi hermana Fania, Franklin y Kendra Alexander, Bettina Aptheker y otros amigos y camaradas venían a verme siempre que estaban en la ciudad. Exactamente veinte minutos después del comienzo de la visita se anunciaba su final, cosa que solía ocurrir en el momento justo en que habíamos iniciado una conversación seria.

Esperaba con ilusión las visitas de Charlene Mitchell. Era íntima amiga mía y miembro del comité político (órgano dirigente) del Partido Comunista. En las elecciones de 1968 fue candidata a la presidencia por nuestro partido. Charlene había influido mucho en mi decisión de afiliarme a él y, en los últimos años, mi amistad con ella me había enseñado mucho acerca de lo que significa ser comunista. Cuando se enteró de que me buscaba el FBI, no dudó ni un segundo en arriesgarse para salvarme la vida. Siempre constituía una frustración hablar con ella a través de aquel defectuoso teléfono, y era penoso estar separadas por una pared y un cristal. Yo habría deseado abrazarla, o al menos tomarle la mano.

Una tarde tuve una visita que me emocionó mucho: la de Henry Winston, presidente del Partido Comunista. Winnie, como le llamaban

afectuosamente nuestros camaradas, había nacido en Misisipi y, por ser a la vez negro y comunista, había padecido con todo su rigor el furioso anticomunismo de los años cuarenta y cincuenta. A consecuencia de un tumor cerebral que permaneció sin tratamiento durante los casi diez años que pasó en la cárcel, estaba prácticamente ciego. Yo nunca le había visto en persona antes de aquel día. Desde el otro lado de aquel sucio cristal, me saludó con voz amable y me di cuenta de que podía verme con una percepción mucho mayor que una persona de visión perfecta. Se interesó por mi salud, por la comida que me daban y por el trato que recibía de las celadoras. Me aseguró que el partido estaba totalmente comprometido en la lucha por mi libertad y que él, personalmente, haría cuanto fuese necesario por asegurar la victoria.

Durante mi encierro, pensaba constantemente en mi familia. No pasaba día sin que me preguntase cómo estaría soportando mi madre aquel trance. Ella estaba aún en Birmingham y, a pesar de mis deseos de verla, le dije a Margaret que no la incitase a venir a Nueva York a visitarme. Es una persona muy sensible, y yo temía que le resultase demasiado doloroso ver a su hija entre rejas, en aquella cárcel sucia y siniestra. Me resistía a imponerle la frustración de una visita de veinte minutos a través de un teléfono, tras una pared y una ventana pequeña y sucia.

Pero mi madre estaba decidida a verme, en las condiciones que fuesen. Cuando nos anunció que iba a venir a Nueva York, Margaret pasó varios días tratando de conseguir en la oficina de la asistenta social de la cárcel una «visita especial». Finalmente, cuando Margaret alegó que mi madre se había roto un tobillo y que le resultaría difícil permanecer de pie durante la visita, la dirección autorizó la visita especial.

La experiencia me había enseñado a ser escéptica en todo. No estuve segura de que mi madre pudiera venir a verme hasta que la vi llegar aquella mañana. Caminaba con ayuda de muletas y llevaba el pie enyesado. Cuando nos abrazamos, sentí su cuerpo en tensión. Por ella traté de parecer más animada de lo que estaba. En un esfuerzo por ocultar mi delgadez, me había puesto el más ancho de los cuatro uniformes que tenía. Aun en circunstancias normales, mi madre se preocupa cuando pierdo un kilo, y a consecuencia de la huelga de hambre había perdido cerca de siete. Aunque ella también quería parecer serena, pude ver, por las profundas arrugas de

su frente, que estaba muy preocupada. Hablamos de la familia: de mi padre, que estaba en Birmingham; de Benny, a cuya esposa, Sylvia, y a cuyo hijo yo no conocía aún; y de Fania, que estaba embarazada de pocos meses. Aunque mi madre no me lo dijo, adiviné que mi padre estaba muy afectado por todo lo ocurrido, y le pedí que le dijera que no había por qué preocuparse, pues ahora era solo cuestión de tiempo. Estoy segura de que mi madre, cada vez que me oía expresar una idea optimista como aquella, pensaba en la cámara de gas del Estado de California. Por ello le repetí una y otra vez que pronto estaría en libertad.

El Comité de Nueva York para la Liberación de Angela Davis había organizado varios actos a los que ella fue invitada. Esto me alegró, pues sabía que la animaría ver que había mucha gente preocupada por mi suerte. Algunas celadoras que simpatizaban conmigo asistieron a una recepción en su honor. Aquello fue algo muy importante, pues le permitió comprobar que incluso entre las que eran oficialmente mis carceleras había mujeres que deseaban unirse al movimiento de masas contra la represión.

Además de aquellas visitas legales y controladas, recibía numerosas visitas «desde la calle». Aunque ilegal, aquella era una costumbre bien establecida. Los visitantes se apostaban sencillamente en la calle, frente a las ventanas, y hablaban a gritos con la reclusa. Una noche, después de la hora de cerrar, varias mujeres de la organización Mujeres Negras de Harlem para la Liberación de Angela Davis se reunieron en la avenida Greenwich para informarme de las actividades que habían organizado. Vi que un policía se acercaba a una de ellas y le hacía una advertencia; cuando ella siguió hablándome, la agarró por el brazo y se la llevó.

Cuando me hube adaptado a la vida de la cárcel, ya en la sección ordinaria, empecé a plantearme la posibilidad de impulsar una actividad política colectiva. Mucha gente ignora que una cárcel y un penal son cosas totalmente diferentes. Los reclusos de un penal han sido ya condenados y están cumpliendo sentencia; las cárceles tienen sobre todo la función de retener a los detenidos en espera de juicio, en el cual pueden ser declarados culpables o inocentes. Más de la mitad de las personas encerradas en cárceles no han sido declaradas culpables de delito alguno y, sin embargo, se las obliga a pudrirse en una celda. Como la libertad bajo fianza es algo que, por su misma esencia, favorece a los relativamente acomodados, el

número de personas pobres que no pueden pagar la fianza y siguen en las cárceles después de su detención es desproporcionado. El sistema de libertad bajo palabra, que permite ser liberado sin depositar fianza alguna, está fuertemente teñido de racismo. En la Cárcel de Mujeres de Nueva York, por lo menos el 95 por ciento de las reclusas eran negras o portorriqueñas.

El principal problema con el que se enfrentan los reclusos de una cárcel es el de cómo salir bajo fianza. Desde el punto de vista político la cuestión reside, pues, en conseguir que los hombres y las mujeres acusados de un delito puedan beneficiarse todos por igual de la denominada presunción de inocencia, quedando libres hasta que se demuestre su culpabilidad. Supuse que aquel era el problema en torno al cual podíamos organizar con más eficacia a las hermanas de la Cárcel de Mujeres, y así lo hicimos efectivamente más adelante.

Al principio, las carceleras habían insistido en mantenerme aislada para protegerme mejor, según dijeron, pues las demás mujeres del corredor sentían hostilidad hacia mí porque era comunista. Aquello era totalmente falso. Desde el primer momento, mis compañeras de corredor se mostraron afectuosas y dispuestas a ayudarme. Prueba clara de esto es la manifestación que hicieron las mujeres del sexto piso frente a mi celda de aislamiento, así como la huelga de hambre que se extendió por todo el establecimiento en apoyo de la mía. Y durante mi estancia recibí numerosos mensajes de apoyo de las hermanas. (Toda comunicación escrita entre las reclusas era ilegal; aquellas notas eran llamadas «cometas» por la forma en que se plegaban para poder esconderlas fácilmente).

En el séptimo piso, a los pocos días de estar yo allí, las hermanas me pidieron que les hablase del movimiento popular, por propia iniciativa, sin que yo las incitase a ello. Hablamos del racismo y de la injusticia que supone considerar a los negros seres inferiores. El racismo es, fundamentalmente, un arma que usan los ricos para aumentar sus beneficios, al pagar menos a los trabajadores negros. Hablamos de cómo el racismo confunde a los obreros blancos, los cuales olvidan a menudo que son explotados por un patrón y descargan sus frustraciones sobre la gente de color. En el corredor y en la sala de recreo sostuvimos numerosas discusiones sobre el significado del comunismo. Las hermanas se

interesaron especialmente por la narración de mis experiencias en Cuba durante 1969. Aquel viaje me sirvió para comprobar cuánto puede hacer el socialismo para erradicar el racismo.

Una noche, después de la hora de cerrar, rompió el silencio una pregunta hecha en voz alta. Venía de una hermana que estaba leyendo un libro que yo le había prestado.

—Angela, ¿qué quiere decir «imperialismo»?

Le respondí también en voz audible: «Que la clase dominante de un país se apodera de otro país para robarle su tierra y sus recursos y explotar el trabajo de sus habitantes».

Otra voz gritó: —¿Quieres decir tratar a la gente de otro país de la forma en que se trata aquí a los negros?

Aquello dio lugar a una vehemente discusión que fue extendiéndose de celda en celda, desde mi corredor hasta el que estaba al otro lado del vestíbulo.

Aunque tenía diez ejemplares de *Soledad Brothers*, las cartas de George desde la prisión, en mi cajón de la biblioteca, no se nos permitía tener ni uno solo en el corredor. Pero unas celadoras simpatizantes introdujeron desde el exterior algunos ejemplares del libro, que se convirtieron en los más apreciados objetos de contrabando de toda la cárcel y fueron ampliamente leídos. Cuando le conté a George, en una carta, la entusiasta acogida que había tenido su libro, le agradó mucho saber que aquellas mujeres entraban en contacto con el movimiento a través de los pasos que él había dado, de su evolución política. Una cosa le preocupaba: ¿cómo habían reaccionado aquellas hermanas ante la crítica de las mujeres negras que él hacía en algunas de sus primeras cartas? En el pasado, George había creído que la mujer negra supone a menudo un freno para la lucha del hombre. Después descubrió que tal generalización era un error, e hizo todo lo posible para que mis compañeras de cárcel se enterasen de ello.

Huelga decir que nuestras actividades nos valieron una serie de represalias. Una hermana fue castigada con especial dureza. Harriet había estado ya varias veces en la Cárcel de Mujeres y se sabía los detalles de su funcionamiento mejor que muchas celadoras. Yo la conocí durante mi periodo de aislamiento. Su trabajo en la lavandería la autorizaba a moverse por toda la cárcel, y era la única reclusa a la que se permitía entrar en mi

celda. Cuando venía, siempre me traía algo; al decirle que no podía afilar la punta de mi lápiz, me trajo un bolígrafo de contrabando.

En una de sus estancias anteriores en aquella cárcel, Harriet había conocido a Joan Bird y a Afeni Shakur, de los veintiún Panteras Negras de Nueva York, y deseaba incorporarse al movimiento para la liberación de su pueblo. Cuando fui trasladada al séptimo piso, Harriet venía a verme todos los días con un recado u otro de la lavandería, y me traía mensajes escritos y noticias de los otros pisos.

A las pocas semanas, la dirección empezó a alarmarse ante la solidaridad que comenzaba a unirnos a todas, y las medidas de seguridad se hicieron más rigurosas. A Harriet se le ordenó que se mantuviese apartada de mí y de las demás mujeres del corredor, y nombraron a otra reclusa para que se hiciera cargo de la lavandería en nuestro piso.

Hasta aquel momento, Harriet había mantenido unas relaciones relativamente buenas con las celadoras, incluso con las más importantes. Su trabajo era de los más envidiables, pues le permitía moverse por los once pisos de la cárcel sin permiso explícito. Cuando se le prohibió venir por nuestro piso, Harriet, orgullosamente, arrojó aquel «privilegio» a la cara de las carceleras. Dejó su trabajo y adoptó una actitud hostil con las funcionarias responsables de aquella orden. Muchas mujeres no comprendieron por qué había tomado una medida tan drástica (considerando las circunstancias en que nos hallábamos, era indudablemente una medida drástica). Ella me hizo llegar un mensaje en el que me explicaba que aquel incidente afectaba a cuestiones de principios que ella consideraba fundamentales y en las que nunca aceptaría un compromiso.

Se iba creando entre nosotras un verdadero compañerismo. Yo deseaba hacer cuanto estuviese en mi mano por fortalecerlo, y sabía que para ello se necesitaba algo más que libros y discusiones. Con este fin, invité a las hermanas de mi corredor a hacer ejercicio conmigo. El ejercicio físico me resultaba indispensable en la cárcel; era una cuestión de supervivencia. A menudo no podía dormirme si no hacía gimnasia hasta el punto de quedarme agotada.

Al cabo de unos días de hacer gimnasia en grupo, comenzamos a practicar movimientos simples de kárate, que una de las mujeres conocía un

poco. No tardaron en circular rumores, entre los medios oficiales de la cárcel, de que yo enseñaba kárate a mis compañeras para preparar un motín. Prohibieron el kárate, pero encontramos un medio de seguir practicándolo. Cuando acabábamos con la gimnasia, una de nosotras se colocaba junto a la puerta para vigilar, mientras las demás practicaban golpes sencillos con brazos y piernas en el otro extremo del corredor.

Cuando mi estancia en la Cárcel de Mujeres se acercaba a su fin, unos grupos de mujeres de Nueva York se pusieron a organizar un fondo de solidaridad para el pago de fianzas de las mujeres allí recluidas. Algunas de ellas pasaban meses en una celda por no tener los cincuenta dólares de la fianza. Mientras se hacía este trabajo en el exterior, en la cárcel discutíamos acerca de su organización. El problema consistía en evitar que el fondo para fianzas se convirtiese en un simple mecanismo rutinario, similar al nombramiento de abogados de oficio. Pero encontramos la solución ideal: las mujeres que habrían de recibir fondos de la organización serían elegidas democráticamente por sus compañeras de corredor. La mujer que resultara elegida como beneficiaria recibiría el dinero necesario para depositar su fianza y quedaría después obligada a ayudar a la organización. Una vez en libertad, debería colaborar con el fondo, ayudar a recoger dinero y contribuir al desarrollo político de la organización en la medida de sus posibilidades.

21 de diciembre de 1970

En una fría tarde de domingo tuvo lugar una manifestación masiva en la avenida Greenwich. Había sido convocada por la organización para el pago de fianzas y por el Comité de Nueva York para la Liberación de Angela Davis. La multitud congregada se mostró tan entusiasta que sentimos el deseo de organizar paralelamente dentro de la cárcel alguna demostración de fuerza. Nos reunimos en el corredor y decidimos las consignas que íbamos a gritar y la forma en que lo haríamos, al unísono, cada una desde la ventana de su celda. Yo nunca habría imaginado que pudiesen desarrollarse entre las hermanas de aquella cárcel tales sentimientos de dignidad y optimismo.

Los de fuera gritaban: «¡Un, dos, tres, fuera la Cárcel de Mujeres!», «¡Libertad para ellas, libertad para nosotros!», y otras consignas políticas habituales en aquellos momentos. Al cabo de un rato, decidimos empezar nosotras. Era mucho más fácil hacernos oír por los que estaban fuera, a través de las ventanas, que oírnos a nosotras mismas desde dentro, separadas como estábamos por los gruesos muros de cemento entre celda y celda. Aunque nuestras consignas quizá no fueron expresadas de un modo muy armonioso, llegaron adonde tenían que llegar: «¡Hermanos de Soledad, libertad!», «¡Ericka, libertad!», «¡Bobby, libertad!», «¡Viva Jonathan Jackson!».

Los gritos de «¡Angela, libertad!» me llenaban de alegría, pero no quería que se repitiesen con demasiada frecuencia, pues ello podría separarme del resto de las hermanas. Por ello grité uno a uno los nombres de todas las hermanas del piso que participaban en la manifestación: «¡Vernell, libertad!», «¡Helen, libertad!», «¡Amy, libertad!», «¡Joann, libertad!», «¡Laura, libertad!», «¡Minnie, libertad!». Estuve ronca toda la semana siguiente.

Cuando la manifestación estaba en su apogeo, una funcionaria abrió la puerta del corredor y nos gritó que callásemos. No lo hicimos. Entonces nos enviaron a una capitana. Entró en mi celda y me dijo que, si no obedecíamos, nos castigarían a todas. Mantuvimos una acalorada discusión que, en pocos minutos, dio lugar a la indignación general. Desde el otro corredor empezaron a llegar gritos de hermanas que coreaban nuestras consignas. La capitana no podía hacer nada para doblegarnos; cada palabra que decía alimentaba nuestra rebeldía. Cuanto más combativas nos sentíamos, menos seguridad mostraba ella, y por fin hubo de marcharse sin conseguir nada.

Mientras quedaron manifestantes en la calle, nosotras seguimos gritando. Cuando ellos se marcharon, todo nuestro piso quedó vibrante de excitación. Estábamos orgullosas de la firme actitud que habíamos mantenido ante la burocracia. Y, en aquellos momentos de triunfo, representó una cruel decepción para nosotras saber que el Tribunal Supremo de Washington había denegado nuestra apelación y que, al ser concedida la extradición, me entregarían a California. Era domingo, y supuse que mi viaje a la Costa Oeste tendría lugar el lunes o el martes.

Aquella noche, las mujeres de mi corredor, aún enardecidas por la manifestación, me ofrecieron una espontánea prueba de solidaridad gritando desde sus celdas, cuando se había apagado ya la luz: «¡Un, dos, tres, Angela no se va! ¡Cuatro, cinco, seis, los federales no pasarán!». Varios pares de zapatos comenzaron a golpear los barrotes de las celdas, y los gritos aumentaron de volumen. Una celadora intentó tímidamente hacerles callar, pero sin éxito. Una hermana del corredor de las adolescentes, que gritaba muy fuerte, recibió la orden de callarse. No lo hizo, y las demás mujeres la apoyaron ruidosamente. Entonces las celadoras la golpearon, sabiendo que no podíamos hacer más que gritar. Después se la llevaron a rastras a la sección 4a, destinada a la incomunicación punitiva. Frustradas por nuestra incapacidad de ayudarla, proferimos amenazas y golpeamos aún más ruidosamente los barrotes de las celdas.

Alguien observó la presencia, en la avenida Greenwich, de una pareja que miraba con asombro hacia la cárcel, por el clamor de protestas que salía de nuestro piso. El hombre y la mujer, blancos, parecían buena gente, y les hicimos saber a gritos que acababan de pegar a una hermana nuestra y que en aquel momento debían de estar sometiéndola al tercer grado en el calabozo. Aquella noche estábamos lanzadas. Gritamos con claridad los nombres y grados de las celadoras que se habían llevado a la muchacha, y les pedimos a los dos de la calle que se pusiesen en contacto con la prensa *underground* y con todas las organizaciones de izquierda que pudiesen para hacerles saber que esperábamos castigos aún más severos. (Más adelante me enteré de que habían pasado la noche hablando con todos aquellos que creyeron que podrían ayudarnos).

Pasaron unas horas y no ocurrió nada fuera de lo normal. La inquietud que reinaba en el piso fue cediendo y se hizo el silencio. Cuando estaba a punto de dormirme, me sobresaltó un fuerte resplandor ante mi cara. Una de las celadoras «amigas» estaba allí con su linterna encendida. Me dijo que abajo esperaba mi abogado, y que se me permitía entrevistarme con él para ser informada de mis derechos con respecto a la inminente extradición. Era muy extraño recibir la visita de un abogado a las tres de la mañana, pero supuse que John había estado todo el día en Washington para asistir a la audiencia del Tribunal Supremo acerca de la extradición, que había vuelto a

Nueva York tarde y que creía que mi traslado se produciría aquella misma noche.

Tan pronto como el ascensor llegó a la planta baja, me di cuenta de que me habían engañado. A la entrada del vestíbulo había unos hombres blancos con aspecto de policías de paisano, que se esforzaban por aparentar naturalidad. La directora adjunta de la cárcel, que era blanca e iba en aquel momento toda endomingada, hablaba con algunos de ellos. Otra funcionaria de la dirección, que actuaba de directora suplente y a veces había querido adoptar un aire humanitario, esperaba a que se abriesen las puertas del ascensor. Al parecer, estaba al mando de la operación.

Me informó sin rodeos de que debía prepararme para un registro a fondo. Enojada, me negué a ello. Sarcásticamente, recordándoles que antes de bajar me habían anunciado la presencia de mi abogado, me dirigí aparentemente tranquila al banco donde las reclusas esperaban a ser llamadas para las visitas y me senté.

A mi alrededor se intensificó la actividad, cosa que fingí no percibir. La directora suplente se me acercó otra vez, ahora acompañada por la directora adjunta, y me repitió que me preparase para el registro. Otra vez me negué. Ella me replicó que, con mi consentimiento o sin él, el registro tendría lugar, dando a entender que si era necesario se recurriría a la fuerza. Se alejaron las dos para discutir la situación con los policías. Volvieron varias veces, acompañadas por una celadora que hasta entonces había sido relativamente amable conmigo; por lo visto, a ella le había tocado representar el papel de «buena», mientras que las otras personificaban a las «malas».

Mientras la discusión se iba acalorando, entraron discretamente en la sala dos celadoras a las que yo conocía, vestidas de calle. Me sorprendió verlas allí. De todas las funcionarias de la Cárcel de Mujeres, ellas se contaban entre las pocas por las que sentía un cierto respeto. Una era la bibliotecaria; la otra estaba en el escritorio del vestíbulo comprobando la identidad de los abogados que venían.

Al principio permanecieron totalmente pasivas, como simples espectadoras. Cuando iba a preguntarles qué hacían en la cárcel a aquella hora de la noche, vi por el rabillo del ojo que dos guardias uniformados se me acercaban por detrás. Era la primera vez que veía guardias varones en

aquella cárcel. Recordé entonces lo que me habían explicado las hermanas acerca de aquellos guardias «último recurso» —la brigada antidisturbios de la cárcel— que estaban siempre disponibles para los casos en que se considerase necesario el uso de la fuerza. Al comprender por qué estaban allí, me puse en pie de un salto, me coloqué en actitud de lucha y me dispuse a defenderme. Uno de ellos me agarró por el brazo, pero yo le di un puntapié. El otro acudió en su ayuda y entre los dos me arrojaron al suelo a golpes. Cuando conseguí levantarme, vi que la directora suplente, acompañada de algunas subordinadas, se acercaba también, como si dos guardias no fuesen bastante para dominarme.

Entonces, la dos celadoras que presenciaban la escena decidieron abandonar su posición de neutralidad y avanzaron para intervenir en la pelea. Aquello me sorprendió: ¿tantas ganas tenían de pasarse al enemigo? Pero más me sorprendió descubrir que no venían contra mí, sino que se ponían a golpear a los dos hombres que, en aquel momento, me estaban dando una verdadera paliza.

La pelea se convirtió en una riña general. Nadie sabía exactamente quién estaba de parte de quién. En medio de la confusión, los dos hombres consiguieron agarrarme, sujetándome cada uno por un brazo. Me los doblaron los dos a la espalda, en una presa imposible de deshacer.

Jadeante y magullada, no pude evitar que me pusiesen las esposas. Sabía que se estaban violando mis derechos, pues me iban a sacar de allí antes incluso de que mi abogado me hubiera comunicado la decisión del Tribunal Supremo. Pero, por el momento, poco podía hacer aparte de esperar a establecer contacto de nuevo con mis camaradas del exterior.

Con las manos esposadas a la espalda fui empujada, no sin protestas por mi parte, a una habitación contigua. Al ver que llevaba solo el uniforme, una bata de algodón sin mangas y unas zapatillas de tela sin calcetines, la bibliotecaria me advirtió de que en la calle hacía mucho frío. Le dije que mi «ropa de tribunal» estaba en la oficina de registro.

La recepcionista sacó mis dos conjuntos de paisano: la falda azul marino y la blusa que llevaba el día de mi detención, unos pantalones de lana y una chaqueta ligera de piel. Pero no pude ponerme la blusa ni la chaqueta, pues llevaba las manos esposadas a la espalda. Entre las dos me ayudaron a

ponerme los pantalones, que llevé bajo la bata, y me echaron la chaqueta por los hombros.

Traté de concentrarme en los hechos concretos. ¿Íbamos hacia el aeropuerto? ¿O tal vez la extradición se realizaría en tren, o en automóvil, como en el caso de Bobby Seale hacía unos meses? La incertidumbre era exasperante.

Flanqueada por la recepcionista y la bibliotecaria, salí lentamente por la puerta de detenidas a la fría grava del patio. Mi cólera dio paso a una punzada de dolor por tener que dejar a mis amigas encerradas en aquel agujero. Vernell..., ¿retirarían aquella fraudulenta acusación de asesinato? Helen..., ¿podría volver a casa? Amy..., tan mayor, tan humana..., ¿qué sería de ella? Pat..., ¿escribiría su libro de denuncia sobre la Cárcel de Mujeres? Y la organización para el pago de fianzas ¿continuaría en marcha? Y respecto a Harriet, tan entregada a la lucha..., ¿seguirían tratando de doblegar su voluntad?

El coche celular me esperaba en el patio. Era el mismo que me había llevado al tribunal. La tupida reja de las ventanillas no me permitía ver nada en la oscuridad. Pero de pronto, al cruzar la entrada exterior, oí un atronador estallido de gritos de solidaridad. No supe cómo podía haberse enterado tanta gente de que me sacaban aquella noche. Más adelante me enteré de que se habían reunido allí como resultado de las gestiones del hombre y la mujer blancos de la avenida Greenwich.

Ni una sola luz iluminaba el inmenso patio de la Tombs. Todo lo que pude ver fue la silueta de una hilera de coches aparcados en el centro y varias sombras humanas que se movían junto a ellos. Aquel lugar me recordó una película de espías de la posguerra. Una docena de policías blancos congregados en torno a sus coches sin distintivos esperaban nerviosamente el fin de aquella transacción, de aquella histriónica ceremonia de represión que se desarrollaba bajo la débil luz de las linternas.

Nueva York me quitó sus esposas. California trajo las suyas y me las colocó.

Nueva York presentó sus documentos. California los examinó a la luz de sus linternas y los aceptó con un gesto de conformidad.

Nueva York entregó mis ropas y una bolsa de algodón gris llena de zapatos. California se hizo cargo de dichos objetos, como si, al aceptar mis

pertenencias, se arrogara el control sobre mi vida.

La bibliotecaria y la recepcionista, que me habían acompañado hasta allí, permanecían en silencio. Era como si sus identidades individuales se fuesen borrando. Parecían abatidas por la impotencia. «Espero que todo vaya bien», me dijo una de ellas y, sin querer, lo dijo como quien se ve obligado a dar ánimos a un enfermo moribundo.

La escena tenía un aire de ballet. Con el mismo ritmo silencioso, Nueva York volvió hacia su coche celular y California se dirigió sin prisas hacia el automóvil de la extradición. En aquellos movimientos perfectamente estudiados había algo que me pareció mucho más terrible que la extradición en sí. Sentí que tenía que hacer algo, lo que fuese, para interrumpirles la representación. Impulsivamente, me detuve en seco. De manera automática, en respuesta a mi leve gesto de resistencia, las manos de los hombres se crisparon sobre sus armas.

—Estas esposas me aprietan demasiado —declaré—. Y no hay razón para que me las hayan colocado a la espalda. Si quieren hacerme subir a ese coche, tendrán que cambiármelas.

Había conseguido, al menos, alterar aquel ritmo que parecía inexorable. Los había cogido por sorpresa y ellos, al no conocerme, se quedaron momentáneamente desconcertados. Aún extrañado, y como obedeciendo la orden de un superior, el policía que estaba al mando de la operación ordenó a uno de sus subordinados que me quitase las esposas y me las pusiese con las manos por delante.

Aquella comitiva de automóviles sin principio ni fin era como un símbolo de la insensata violencia del Estado de California. Avanzaba a toda velocidad por la ciudad, y se detenía de repente. Anónimos policías salían de los coches, se susurraban unas palabras y después algunos de los coches se ponían en marcha hacia una dirección y los otros, en la dirección contraria. Cuando llegábamos a un túnel, la comitiva se detenía un rato mientras los policías se aseguraban del bloqueo de la carretera.

No me había dado cuenta del frío que tenía hasta que sentí que mi cuerpo temblaba y me castañeteaban los dientes. El hombre que iba a mi derecha tenía en las manos mi falda de lana y mi blusa. Pensé que, si me envolvía los pies con la falda y me cubría las manos con la blusa, quizá tuviera menos frío.

Al principio el hombre no se negó cuando le pedí la falda, pero, al intentar torpemente envolverme los pies en ella con mis manos esposadas, se me echó encima como si creyese que iba a apuntarle con una pistola. Por un momento pensé que ese hombre había perdido el juicio; solo un loco era capaz de pensar que yo podía llevar un arma escondida en aquellas ligeras prendas, que por otra parte habían sido registradas por el FBI y por las funcionarias de la cárcel. Pero después pensé que cualquier persona en su lugar habría hecho lo mismo: era la locura de la institución a la cual servía lo que le empujaba a examinar histéricamente el dobladillo de mi falda y las costuras de mi blusa.

Llevábamos tanto tiempo en la carretera que empecé a preguntarme si no íbamos a hacer todo el viaje, hasta el otro lado del país, en el mismo medio de transporte. Pero cuando le pregunté al hombre de mi derecha adónde nos dirigíamos, después de un breve titubeo me respondió que íbamos a la base McGuire de las Fuerzas Aéreas, en Nueva Jersey. De modo que, además de los agentes armados, la policía y los representantes de los fiscales generales de ambos estados, intervenía en la operación el ejército.

Llegamos a la base y atravesamos en diagonal el campo de aviación, sumido todavía en la oscuridad de aquella madrugada de invierno. El avión no era aún visible; solo se vislumbraban sus ventanillas iluminadas. ¿Esperaban que se produjese un combate aéreo? ¿Por ello habían pedido la intervención de las fuerzas aéreas? Ya no me habría extrañado saber que iban a escoltarme hasta California varios aviones de combate.

Al aproximarnos al aparato, vi a pequeños grupos de personas que se habían colocado en semicírculo al pie de la escalerilla del viejo avión de carga. Eran policías con las armas en la mano: fusiles, rifles, metralletas.

¿Qué ocurriría si daba un traspiés en mi camino hacia el avión? Ello desencadenaría sus reflejos de ataque y me acribillarían a balazos. Como aquella operación se realizaba en secreto, sin la presencia de la prensa, nadie les contradiría si aseguraban que yo había intentado escapar.

Con deliberada lentitud comencé a salir del automóvil, y conseguí hacerlo sin tropiezos a pesar de las esposas. Cada paso que daba hacia el avión representaba un esfuerzo. Los cañones de las armas me indicaban el camino.

En lo alto de la escalerilla había dos mujeres, flanqueadas por agentes uniformados y de paisano. Una era baja y delgada, de cabello castaño y desaliñado. Su rostro pálido, de facciones agudas, reflejaba la incertidumbre de la novata. La otra, mayor, era alta y de facciones bastas. Su pelo dejaba adivinar que había ido recientemente a la peluquería. Me di cuenta, solo con verla, de que era una mujer bien identificada con su trabajo, la policía por excelencia. Parecía satisfecha de hacerse cargo de mí, rodeada por aquellos hombres armados que, en caso de algún incidente, obedecerían sus órdenes.

Durante el viaje, ella fue la que más claramente se ocupó de mi vigilancia. Cada vez que me movía en el asiento, aunque fuese un poco, ella se levantaba del suyo para inspeccionar el espacio que había a mi alrededor. Y cada vez que iba al lavabo, se empeñaba en meterse ella también en el minúsculo cuartito. Una vez, cuando me miraba con insistencia mientras orinaba, no pude resistir la tentación de decirle: «¿Cree que me voy a escapar por el agujero?».

Aquella mujer me parecía una digna representante del Gobierno de California. Este estado ostentaba el siniestro privilegio de ser uno de los más eficientes desde el punto de vista represivo. California podía jactarse de haber causado, proporcionalmente, más víctimas que otros estados. La historia de mi actividad política allí estaba jalonada de entierros.

Durante el interminable vuelo, me pregunté si yo también me convertiría en una de aquellas víctimas. Mi confianza en el movimiento popular se vio turbada por el espectro terrible de San Quintín, esa fortaleza de los horrores que se levanta, amenazadora, en la bahía de San Francisco, como aferrándose a los límites de la civilización. Recordé a Aaron Henry, el último ejecutado en su cámara de gas. El día de la ejecución, su madre suplicó al gobernador que le concediese una audiencia. Pero Ronald Reagan no sintió compasión alguna; ni la recibió siquiera. Durante el vuelo pensé en aquella mujer y en todas las madres negras como ella.

Doce horas duró el vuelo de un extremo a otro del país. Doce horas durante las cuales pensé en mi vida, desde mi infancia hasta aquel momento. Y en mi familia. ¿Qué sería de mi madre, de mi padre, de Reggie, de Benny, de Fania? Había pasado mucho tiempo desde que estábamos todos juntos en casa, seguros, protegidos.

Pero ¿había existido realmente una época así? ¿No habíamos tenido siempre cerca a aquella gente del avión, vigilándonos con ojos llenos de odio, amargando constantemente nuestras vidas?

---

1 Student Non-violent Coordinating Committee (Comité Coordinador de Estudiantes No Violentos): movimiento fundado en 1960 en Raleigh, Carolina del Norte, para encauzar y potenciar las luchas antisegregacionistas. Al principio propugnaba el pacifismo y formaban parte de él tanto negros como blancos; sin embargo, la elección de Stokely Carmichael como presidente del comité en mayo de 1966 y el asesinato del estudiante negro James Meredith un mes más tarde dieron lugar a serias discrepancias en el seno del movimiento, que radicalizó sus posturas, acusó a Martin Luther King de «tiotomismo» y lanzó la consigna «Poder Negro». *(N. del E.)*.

2 En el original, *storefront church*: centros muy abundantes en los guetos urbanos e instalados en tiendas o comercios alquilados, en los cuales se celebran servicios religiosos de naturaleza más emocional que teológica. *(N. de la R.)*.

3 Hay traducción castellana, con el título de *Soledad Brother. Cartas de prisión*, Barral Editores, Barcelona, 1971. *(N. del E.)*

4 National Association for the Advancement of Colored People: Asociación Nacional para el Progreso de la Gente de Color, formada a mediados de 1909 por negros y blancos de clase media para conquistar la igualdad de derechos civiles de manera pacífica y gradual. Poco a poco fue perdiendo fuerza y, tras la salida de W. E. B. Du Bois en 1940, se convirtió en un organismo perfectamente asimilable por el sistema, demostrando su inoperancia de cara a las legítimas aspiraciones del pueblo negro. *(N. del E.)*

5 Dada la complejidad y la importancia del doble carácter —estatal y federal— de la estructura judicial norteamericana, creemos que sería impropio traducir *Department of Corrections* al castellano, buscando equivalencias que en el mejor de los casos solo son semánticas (y lo mismo puede decirse con respecto a la *Youth Authority* y a la *Adult Authority*, de las que se habla más adelante). De hecho es un organismo especializado de

ámbito estatal —no federal— que, entre otras, tiene una doble función: en el caso de procesados todavía no sentenciados, recoge toda la información disponible y elabora un informe muy completo que facilita al juez antes de que se dicte sentencia; si se trata de reclusos ya sentenciados, arbitra una serie de medidas correctivas y sugiere el canal más idóneo para la «recuperación» del preso. Este organismo tiene mucha importancia no tanto por su poder decisorio —que no posee— como por la fuerza de sus informes y «recomendaciones» ante algunos órganos que sí tienen aquel poder y con los cuales está estrechamente imbricado. *(N. del E.)*

6 Organización política que surgió en Estados Unidos a finales de los años sesenta. Sus miembros, en su mayoría de procedencia universitaria, preconizaban la lucha armada como único medio para terminar con el sistema capitalista norteamericano. El nombre, que literalmente significa «hombre del tiempo», procede de una canción de Bob Dylan titulada «Subterranean Homesick Blues». *(N. de la E.)*

7 La autora se refiere, en este caso, a su hermana carnal. *(N. de la T.)*

8 William Edward Burghardt Du Bois (1868-1963), educador y escritor negro, profesor de la Universidad de Atlanta. Rechazó la actitud colaboracionista de Booker T. Washington y dedicó todos sus esfuerzos a conseguir la igualdad de derechos para los negros, participando en la creación de la NAACP. Entre sus libros destacan *The Souls of Black Folk* (1903), *The Negro* (1915), *Black Reconstruction* (1935) y la *Encyclopaedia Africana*, cuya publicación empezó en Ghana tras haberse afiliado al Partido Comunista en 1961. La obra a la que se refiere Angela Davis es *Dusk of Dawn*, publicada en 1940. *(N. del E.)*

9 Esta ley, llamada también Alien Registration Act, fue aprobada por el Congreso en 1940. Obligaba a todos los residentes en Estados Unidos a inscribirse anualmente en un registro y declaraba fuera de la ley a los miembros —e incluso a los simpatizantes— de cualquier grupo político que abogara por el derrocamiento del orden establecido. A consecuencia del juicio celebrado en 1949 contra once destacados líderes del Partido Comunista de Estados Unidos, dicha ley quedó consagrada constitucionalmente. *(N. del E.)*

10 Juego de mesa parecido a los crucigramas, en el cual dos o cuatro jugadores tratan de formar palabras sobre un tablero mediante la

combinación de una serie de letras. *(N. de la T.)*

SEGUNDA PARTE

Rocas

«Tengo una casa en aquella roca,
¿no la ves?...»

La gran casa blanca de lo alto de la colina no estaba lejos de nuestro antiguo barrio, pero la distancia que los separaba no debía ser medida en manzanas. La Octava Avenida, donde residíamos en un grupo de viviendas estatales, era una calle superpoblada flanqueada por casitas de ladrillo rojo, todas iguales. Solo en algunos puntos el cemento que cubría el suelo se interrumpía para dejar sitio a unos retazos de césped. No había espacio ni tierra donde plantar flores o árboles. Pero no era tan pobre el barrio como para que no floreciese en él la amistad.

En 1948 dejamos aquella casa para trasladarnos a otra mayor, de madera, situada en la calle Center, en el mismo Birmingham, Alabama. Allí viven aún mis padres. Aquella casa, con sus flechas, sus gabletes y su fachada despintada, tenía fama de estar encantada. En la parte trasera había un gran espacio sin urbanizar, en el que crecían libremente varias higueras, zarzamoras y grandes cerezos silvestres. A un lado de la casa se levantaba un árbol enorme, una catalpa. Allí había espacio, y no cemento. La calle propiamente dicha consistía en una franja de la arcilla rojiza típica de Alabama. Nuestra casa era la más llamativa del barrio, no solo a causa de su curiosa arquitectura, sino por ser la única, en varias manzanas a la redonda, que no rebosaba de hostilidad blanca. Éramos la primera familia negra que se instalaba en la zona, y los blancos nos consideraban como la avanzadilla de una invasión masiva.

A los cuatro años me di cuenta de que los vecinos de enfrente eran distintos de nosotros, aunque todavía no era capaz de asociar aquella diferencia con el color de su piel. Para mí, lo que les distinguía de los demás vecinos era la mala cara que ponían al vernos, su costumbre de mantenerse siempre lejos de nosotros y de no responder cuando les decíamos: «Buenas tardes». Otros vecinos del otro lado de la calle, los Montee, una pareja de ancianos, se pasaban la vida sentados en el porche, mirándonos con hostilidad.

Casi inmediatamente después de nuestra llegada, los blancos se reunieron y decidieron establecer una frontera entre ellos y nosotros. La calle Center sería la línea de demarcación; si nos quedábamos en «nuestro» lado de la calle, el lado este, se nos dejaría tranquilos. Si pasábamos a su

zona, nos declararían la guerra. Mi padre tuvo que esconder unas escopetas en casa y prepararse a vivir en continua vigilancia.

A unos cincuenta metros de todo aquel odio se desarrollaba nuestra vida cotidiana. Mi madre, al volver de su trabajo como maestra, se ocupaba de mi hermano menor, Benny; estaba por entonces embarazada de mi hermana Fania. Mi padre se dirigía cada mañana a la gasolinera en su vieja furgoneta color naranja, después de dejarme a mí en la guardería. Esta se hallaba al lado del Hospital Infantil, un antiguo edificio de madera en el que yo había nacido y donde, a los dos años, me habían extirpado las amígdalas. Los médicos y empleados del hospital, con sus batas blancas, me fascinaban, y me habría pasado más tiempo allí que en la guardería. Estaba decidida a estudiar Medicina cuando fuese mayor: quería ser pediatra.

Poco después de nuestra llegada a la colina, los blancos empezaron a mudarse del barrio y se trasladaron a él otras familias negras, algunas de las cuales construyeron casas nuevas. Un sacerdote negro y su esposa, los Deyabert, fueron los primeros en penetrar en territorio blanco: compraron la casa contigua a la de los Montee, los de la mirada llena de odio.

Era una tarde de primavera de 1949. Yo estaba en el cuarto de baño lavando los cordones de mis zapatos blancos para asistir a la Escuela Dominical a la mañana siguiente, cuando toda la casa se estremeció a causa de una explosión fortísima, el trueno más terrorífico que yo había oído nunca. Los frascos de medicinas cayeron de los estantes y rodaron por el suelo a mi alrededor. Salí corriendo hacia la cocina para refugiarme en brazos de mi madre, que estaba tan asustada como yo; mientras corría, el suelo parecía abrirse bajo mis pies. Grupos de negros encolerizados subían por la colina y se paraban en «nuestro» lado de la calle, mirando las ruinas de la casa de los Deyabert, en la que había estallado una bomba. Hasta bien entrada la noche hablaron de la muerte, del odio blanco, de la muerte, de los blancos, y otra vez de la muerte. Pero no hablaron del miedo; al parecer no lo tenían, pues siguieron instalándose familias negras en el barrio. Las bombas se convirtieron en un hecho habitual, y pronto el barrio fue conocido con el nombre de Dynamite Hill, [la Colina de la Dinamita].

Cuanto más violento se hacía el ambiente en que vivíamos, más decididos estaban mi padre y mi madre a enseñarme que la lucha de los blancos contra los negros no formaba parte del orden natural de las cosas.

Al contrario, decía siempre mi madre, Dios había ordenado que nos amásemos unos a otros. El odio de los blancos hacia nosotros no era ni natural ni eterno. Ella sabía que, cada vez que yo contestaba al teléfono y le decía: «¡Mamá, pregunta por ti una señora blanca!», hacía algo más que identificar aquel hablar lento y pesado que me parecía curioso. Cada vez que decía «señora blanca» u «hombre blanco» lo decía con ira. Mi madre procuraba combatir aquella ira con razonamientos. Ella conocía a personas blancas que trabajaban seriamente para mejorar las relaciones entre ambas razas. Aunque pasó su infancia en la Alabama rural, en su época de estudiante participó en algunos movimientos antirracistas. Tomó parte en la lucha por la liberación de los Jóvenes de Scottsboro,[11] lucha en la cual intervinieron también blancos, algunos de ellos comunistas. A través de su propia actividad política había aprendido que un blanco puede prescindir del color de su piel y actuar con la integridad de un ser humano, y se esforzaba por que su hija, sumida en el odio y la confusión, viese a los blancos no tanto como lo que eran, sino como lo que podían ser. No quería que pensase en las escopetas escondidas en los armarios o en la mujer negra que un día vino a nuestra puerta llorando y pidiendo ayuda, sino en un mundo futuro lleno de armonía e igualdad. Pero yo no la entendía.

Cuando se hubieron trasladado a la colina un cierto número de familias negras y yo formé un grupo de amigos, empezamos a crear maneras propias para defender nuestra identidad. Nuestra arma era la palabra. Nos reuníamos en el jardín de mi casa, esperábamos a que pasase un coche ocupado por blancos y les gritábamos los peores epítetos que se nos ocurrían para insultarlos, como blancotes, racistas... Su expresión de sobresalto nos hacía reír histéricamente. Yo les ocultaba aquel pasatiempo a mis padres, quienes no podían saber lo importante que era para mí, y para todos los que acabábamos de descubrir el racismo, encontrar la manera de mantener nuestra dignidad.

Desde pequeños, mis hermanos y yo íbamos a la vieja granja familiar del condado de Marengo. Nuestra abuela paterna y la familia de mi tío Henry vivían allí, en una vieja cabaña sin pintar y azotada por el viento, parecida a aquella en la que habían nacido mi padre y todos sus hermanos y hermanas. Cada visita a la granja era como un viaje hacia atrás en la historia, un retorno a nuestros orígenes.

Si hubiese habido una mansión en los alrededores, aquella cabaña bien habría podido ser, un siglo atrás, la vivienda de los esclavos. Constaba de dos dormitorios pequeños, una cocina en la parte de atrás y una sala donde dormíamos los niños, en jergones colocados en el suelo. No había electricidad; en las pocas horas de oscuridad que precedían a la hora de acostarse nos alumbrábamos con lámparas de queroseno. No había conducción de agua; solo un pozo en el exterior, de donde sacábamos el agua para beber y la del baño semanal, que se calentaba en una hoguera en el patio y se vertía después en grandes tinas de metal. Cuando era pequeña, me daba miedo ir a la letrina, y usaba un orinal blanco esmaltado o bien me iba a hacer mis necesidades entre los matorrales, por no meterme en la apestosa casita de suelo de madera, por cuyo agujero se podía ver cómo flotaban los excrementos.

La familia comía bien. En aquellos momentos yo no me daba cuenta de que aquel era seguramente uno de los pocos placeres posibles en una vida que consistía en trabajar de sol a sol y encontrarse después tan agotado que ya solo se pensaba en recuperarse para el día siguiente. Al ser pequeña, yo no distinguía el juego del trabajo en la granja, porque esta ocupación era para mí una novedad y no se me obligaba a hacerla constantemente. Cuando daba de comer a las gallinas, me hacía gracia la forma en que venían corriendo y se precipitaban sobre el alimento. También me divertía recoger huevos, poner agua a los cerdos, ordeñar las vacas y llevar los caballos al abrevadero.

Ir al campo, a las verdes extensiones de algodón y de tabaco, representaba para mí un viaje al paraíso. Me encantaba perseguir a las gallinas descalza, montar a pelo a los caballos, ayudar a llevar a pacer las pocas vacas que teníamos a primera hora de la mañana. La única diversión no relacionada con el trabajo de la granja eran los refrescantes baños en el arroyo cercano y las fascinantes excursiones a los pantanos para explorar aquel mundo maravilloso habitado por animalillos extraños y viscosos.

Los domingos, al volver de la vieja iglesia de madera que estaba a unos kilómetros carretera abajo, comíamos pollo frito, bizcocho cocido en el horno de leña, cubierto de mantequilla hecha en casa, patatas y verdura de los campos, y leche recién ordeñada de las vacas del establo.

Cuando yo tenía doce años, más o menos, murió mi abuela. Había permanecido en Birmingham con nosotros una temporada, y después se trasladó a California para vivir, por turno, con las hermanas y los hermanos de mi padre, que habían emigrado a la Costa Oeste atraídos por las grandes posibilidades que al parecer se ofrecían allí a los negros. Su cadáver fue devuelto al condado de Marengo, Alabama, para ser bendecido y enterrado en Linden, su pueblo natal. La muerte de la abuela fue un golpe tremendo para mí, pues siempre había visto en ella un símbolo de fuerza, de la sabiduría de los mayores y de sufrido sacrificio.

De ella aprendimos lo que había sido la esclavitud. Nacida pocos años después de ser proclamada la emancipación, sus padres habían sido esclavos. No quería que olvidásemos esto. Cuando en la escuela nos hablaban de Harriet Tubman[12] y del Underground Railroad,[13] siempre me venía a la mente la imagen de mi abuela.

Como no había aceptado aún el carácter irrevocable de la muerte, yo creía vagamente en la existencia de una vida ultraterrena. Por ello, entre los desesperados lloros y lamentos del entierro, me parecía ver a la abuela yendo a reunirse con Harriet Tubman en un lugar desde el cual pudiera contemplar tranquilamente los acontecimientos de este mundo. ¿No la enterraban en el mismo suelo donde nuestros antepasados habían luchado ardientemente por la libertad?

Después del entierro, aquellas tierras adquirieron para mí una nueva e inefable dimensión: se convirtieron en el escenario en el que se había desarrollado la historia de mi pueblo. Y la figura de mi abuela se hizo más heroica, casi mítica. Ahora que había entrado en aquel nuevo mundo, me sentía unida a ella por un extraño vínculo indisoluble, vagamente teñido de mística religiosidad.

El verano anterior a mi ingreso en la escuela, estuve unos meses en Nueva York con la familia de Margaret Burnham. Comparado con Birmingham, Nueva York era Jauja. Pasé un verano maravilloso visitando zoológicos, parques y playas, y jugando con Margaret, con su hermana mayor, Claudia, y con los amigos de las dos, que eran negros, portorriqueños y blancos. Con mi tía Elizabeth, subía a los autobuses y me sentaba inmediatamente detrás del conductor.

Aquel verano en Nueva York me hizo aún más sensible a la segregación que tenía que soportar en Birmingham. Allí, la primera vez que tomé un autobús, acompañada por mi prima Snookie (que era mayor que yo), me separé de ella y corrí a ocupar mi asiento preferido, detrás del conductor. Al principio, ella trató de hacerme levantar proponiéndome con una sonrisa que fuese a sentarme a su lado en los asientos traseros. Pero yo estaba decidida a sentarme allí. Cuando insistió en que me levantase, le pregunté por qué, y ella no sabía cómo explicármelo. Me imagino que a los blancos que iban en el autobús les divertiría el incidente, y que los negros se sentirían quizás un poco avergonzados de su pasividad. Mi prima estaba muy nerviosa; era el centro de la atención general y no sabía qué hacer. Desesperada, me susurró al oído que en la parte trasera del autobús había un lavabo, y que si no nos dábamos prisa quizá tuviera problemas. Cuando fuimos atrás y vi que allí no había ningún lavabo me enfadé, no solo porque se me había hecho abandonar mi asiento con un engaño, sino también porque no sabía a quién echar la culpa.

En el centro de la ciudad, cerca de la estación de servicio de mi padre, había un cine, el Alabama, que me recordaba los de Nueva York. Día y noche, su fachada resplandecía con brillantes luces de neón. Una lujosa alfombra roja llegaba hasta la acera. Los sábados y domingos, la marquesina exhibía los títulos de las más recientes películas infantiles. Cuando pasábamos, había siempre ante la taquilla un buen número de niños rubios con sus antipáticas madres. En el Alabama no se nos permitía la entrada; nuestros cines eran el Carver y el Octava Avenida, infestados de cucarachas, en los que se proyectaban, todo lo más, viejas películas de Tarzán. Si viviésemos en Nueva York..., pensaba yo constantemente. Cuando pasamos en coche junto al parque de atracciones de Birmingham, donde solo se permitía la entrada a niños blancos, recordaba lo bien que lo habíamos pasado en Coney Island, en Nueva York. En Birmingham, si teníamos hambre por la calle, debíamos esperar a llegar a un barrio negro para comer algo, porque los restaurantes y puestos de bocadillos estaban reservados a los blancos. En Nueva York se podía comprar un bocadillo en cualquier parte. En Birmingham, para ir al lavabo o beber un poco de agua habíamos de buscar antes el letrero «Negros». En el sur de Estados Unidos,

la mayoría de los niños negros de mi generación aprendimos a leer las inscripciones «Negros» y «Blancos» mucho antes que cualquier otra cosa.

Yo veía entonces Nueva York como una fusión de los dos mundos, un lugar donde los negros estaban relativamente libres de las presiones racistas del sur. Pero, en visitas posteriores, varios incidentes empañaron aquella imagen de armonía racial. Entre los seis y los diez años pasé unas semanas en Nueva York casi todos los veranos. Mi madre estaba preparando el doctorado en Pedagogía, e iba a la Universidad de Nueva York durante el verano. Siempre nos llevaba con ella. En su círculo de amistades había un matrimonio cuyos vanos esfuerzos por encontrar una vivienda eran motivo de desesperación para ellos y para sus amigos. Después de oír una serie de vagas conversaciones sobre el tema, adiviné la razón del problema, que a mí se me ocultaba: él era negro y ella blanca.

Otro episodio que viví en Nueva York estaba aún más en contradicción con el mito de la justicia y la armonía social del norte. Cuando yo tenía ocho años, la era McCarthy estaba en su apogeo. Entre los comunistas obligados a pasar a la clandestinidad se hallaba James Jackson, a quien mis padres conocían de la época en que él y su familia vivían en Birmingham. Por entonces, yo no entendía del todo lo que pasaba; solo sabía que la policía buscaba al padre de mi amiga Harriet. Siempre que me encontraba con los niños Jackson, ellos me mostraban a los hombres que les seguían y que nunca se alejaban de ellos más de media manzana. Eran hombres blancos de mirada torva, vestidos siempre con traje, por más calor que hiciera. Hasta empezaron a seguir a mi familia, y fueron después a hacer preguntas a algunas personas a las que habíamos visitado.

¿Por qué buscaban al padre de mi amiga? No había hecho nada malo; no había cometido ningún delito, pero era negro y era comunista. Como yo era demasiado pequeña para saber lo que era un comunista, el significado de la caza de brujas de McCarthy se me escapaba. Por ello entendía solo lo que veían mis ojos: unos hombres blancos y malos que perseguían a un hombre negro inocente. Y aquello no ocurría en el sur, sino en Nueva York, modelo de concordia racial.

Como Nueva York, California era considerada mucho más avanzada que el sur. Durante mi infancia, oí hablar muchas veces de las magníficas oportunidades que encontraban los negros en la Costa Oeste. Numerosos

grupos de gente pobre y sin trabajo emigraban aún hacia allí. Por aquel entonces, un hermano y dos hermanas de mi padre se unieron a la peregrinación negra hacia el oeste. Algunas veces les visitamos en Los Ángeles.

Algunos de nuestros familiares habían logrado acceder a una vida confortable; una de mis tías, que trabajaba como agente de la propiedad inmobiliaria, se había comprado incluso una propiedad en Hollywood. Pero otros miembros de la familia seguían estando en la miseria. Me deprimió mucho visitar a mis primos y ver que no tenían en casa alimentos suficientes para una sola comida, y que vivían seis o siete en un piso de una sola habitación. Recuerdo que le pidieron repetidamente a mi padre que les diese algún dinero para tener al menos un poco de comida en la nevera.

Inevitablemente, mis amigos de la infancia y yo adoptamos una actitud ambivalente hacia el mundo de los blancos. Por una parte, sentíamos una aversión instintiva hacia todos aquellos que nos impedían realizar nuestros deseos, de los más ambiciosos a los más triviales. Por otra parte, sentíamos celos, también instintivos, por el hecho de que ellos tuviesen acceso a todas las cosas agradables que nosotros deseábamos. Al hacerme mayor, yo no podía dejar de sentir una cierta envidia. No obstante, recuerdo muy bien haber decidido, siendo aún muy joven, no albergar ni expresar nunca, nunca, el deseo de ser blanca. Pero aquella promesa que me había hecho a mí misma no apartaba de mi mente los sueños que forjaba cada vez que mis deseos tropezaban con un tabú. Por ello, a fin de que mis ansias no contradijesen mis principios, recurría a una historia fantasiosa, en la cual me ponía una careta blanca e iba tranquilamente al cine, al parque de atracciones o adonde fuese. Después de haber apurado la diversión, me subía a un estrado, llamaba la atención de los racistas blancos y, en un gesto dramático, me quitaba la careta, me reía descaradamente de ellos y les llamaba imbéciles.

Años después, siendo ya mayorcita, recordé aquella fantasía infantil y decidí, en cierto modo, hacerla realidad. Un día, cuando mi hermana Fania y yo íbamos por el centro de Birmingham, espontáneamente le propuse un plan: fingiríamos ser extranjeras y entraríamos en la zapatería de la calle Diecinueve pidiendo, con un fuerte acento, un par de zapatos. Entre nosotras hablaríamos francés. Al ver a dos jóvenes negras que hablaban un

idioma extranjero, los empleados de la tienda corrieron a atendernos. Su interés por nuestra exótica procedencia desplazó del todo, aunque solo temporalmente, su habitual desdén por los negros.

Así pues, Fania y yo no fuimos conducidas al fondo de la sala —donde el único dependiente negro nos habría atendido fuera de la vista de los «respetables» clientes blancos—, sino que se nos invitó a tomar asiento en el mismo centro de aquella tienda segregacionista. Yo fingí no saber nada de inglés, y lo poco que decía Fania en este idioma era muy difícil de entender, de modo que los empleados no lograron averiguar qué zapatos queríamos probarnos.

Encantados con la idea de hablar con unas extranjeras —aunque fuesen negras—, pero incapaces de entendernos, los dependientes fueron a buscar al gerente. La actitud de este fue exactamente la misma. Con una luminosa sonrisa, vino desde su apartado despacho y dijo: «A ver, ¿qué desean estas señoritas tan guapas?». Pero, antes de que mi hermana le explicase qué zapatos queríamos, nos preguntó de dónde éramos, qué hacíamos en Estados Unidos y qué nos había traído a un lugar como Birmingham. «No es frecuente que recibamos a visitantes como ustedes, ¿saben?». Con los pocos conocimientos de inglés que mostraba mi hermana, le costó un gran esfuerzo improvisar una historia. Pero, después de varios intentos, el gerente entendió por fin que éramos de la Martinica y estábamos de paso en Birmingham en un viaje de turismo por todo el país.

Cada vez que el hombre conseguía entender algo, se le iluminaban los ojos y exclamaba: «¡Oh!», abriendo mucho la boca. Se mostraba fascinado cuando Fania se volvía hacia mí y me traducía lo que él decía. Al principio, los clientes blancos de la tienda no entendían por qué había dos muchachas negras en la sección «solo para blancos», pero cuando advirtieron nuestro acento y nuestra conversación en francés, también pareció agradarles el ver a unas personas negras venidas de tan lejos que no podían constituir una amenaza.

Finalmente, con una seña le indiqué a Fania que pusiésemos fin a la broma. Le miramos: una cara estúpida y una sonrisa obsequiosa; si hubiese sabido que vivíamos en Birmingham, su cara habría expresado todo el desdén del mundo, en una reacción tan automática como la de un ratón

amaestrado. Mi hermana y yo nos echamos a reír. Él se rio con nosotras, de modo vacilante, como quien sospecha ser objeto de una broma.

—¿De qué se ríen? —preguntó.

De repente, yo supe inglés y le dije de qué nos reíamos: —Todo lo que hemos de hacer los negros es fingir que venimos de un país extranjero, y entonces nos tratarán como auténticos dignatarios. —Nos levantamos, riendo aún, y salimos de la tienda.

Había llevado a la realidad, casi al pie de la letra, mi fantasía infantil.

En septiembre de 1949, Fania acababa de cumplir un año y mi hermano Benny estaba a punto de hacer los cuatro. Yo llevaba tres años jugando a las mismas cosas en la guardería y haciendo frecuentes visitas al hospital de al lado, pero tenía ganas de hacer algo diferente. Rogué a mis padres que me permitieran ir ya a la escuela primaria. El lunes siguiente a la Fiesta del Trabajo, con mi traje nuevo, rojo, de cuadros escoceses, subí a la furgoneta de mi padre, ansiosa por empezar mi primer día en la escuela «de verdad».

Para ir a la escuela atravesaba el puente que había encima del ferrocarril, pasaba por la calle que dividía en dos el cementerio judío y subía tres manzanas cuesta arriba en la última colina, hasta que llegaba a la calle Once. La Escuela Carrie A. Tuggle estaba formada por un conjunto de viejos edificios de madera, tan destartalados que habrían sido inmediatamente condenados al derribo de no haber estado en un barrio negro. Se habría dicho que se trataba de un grupo de casas pobres construidas en la ladera de la colina, desnuda de vegetación, si no hubiera sido por los niños que corrían alrededor de la tumba vallada en cuyo frontón una inscripción indicaba que allí estaba enterrada Carrie A. Tuggle, fundadora de la escuela.

Algunos de los edificios estaban encalados; otros tenían un feo entablado de un color marrón negruzco. El hecho de que estuviesen dispersos por una superficie de unas tres manzanas era una buena prueba de la forma en que la burocracia de los blancos había creado una «escuela» para niños negros. Era evidente que habían buscado un grupo de casas en mal estado y, después de desalojar a los inquilinos, les habían dado el nombre de «escuela». Todas aquellas casas estaban situadas en una pronunciada pendiente; al pie de la colina, la tierra formaba una gran hondonada circular llena de la arcilla rojiza característica de Alabama. Aquella hondonada vacía

era el patio de la escuela. Al otro lado había más casas, similares a las que formaban la escuela, también destartaladas por fuera y por dentro.

Mi madre, que era maestra, me había enseñado ya a leer, a escribir y a hacer cálculos sencillos. Las cosas que aprendí en la escuela primaria eran todavía más fundamentales. Aprendí que el estar hambriento no implica tener derecho a una buena comida, o el sentir frío, a ir abrigado, o el estar enfermo, a recibir atención médica. Muchos de aquellos niños no podían ni comprarse una bolsa de patatas fritas para almorzar. Para mí era terrible ver a algunos de mis mejores amigos esperando fuera del comedor, observando en silencio cómo comían los otros niños.

Pensaba mucho en el hambre de aquellos compañeros, y un día decidí hacer algo para aliviársela. Sabía que mi padre volvía cada tarde con una bolsa de monedas, que dejaba por la noche en un armario de la cocina. Una noche, permanecí despierta hasta la hora en que todos dormían y, venciendo mi gran temor a la oscuridad, fui a la cocina y cogí algunas monedas. Al día siguiente, las repartí entre mis amigos. El hambre de mis compañeros pudo más que mis remordimientos de conciencia, y acepté la idea de haberle robado dinero a mi padre. Mi sensación de culpabilidad disminuyó más adelante, cuando recordé que mi madre les llevaba siempre cosas a los niños de su clase. Les daba nuestras ropas y zapatos, a veces antes de que se nos quedasen pequeños. Tal como hacía mi madre, les di aquel dinero discretamente, sin aspavientos. Me parecía que si había niños que pasaban hambre, algo andaba mal, y que si yo no hacía nada para remediarlo, algo iba mal también dentro de mí misma.

Aquella fue la primera noción que tuve de la diferencia de clases entre los negros. Nosotros no éramos de los más pobres. Antes de ir a la escuela, creía que todo el mundo vivía como nosotros. Siempre comíamos tres veces al día, y bien. Yo tenía ropa de verano y ropa de invierno, prendas de uso diario y algunas para los domingos. Cuando aparecía un agujero en la suela de mis zapatos —aunque a veces les poníamos un parche de cartón para algunos días—, siempre íbamos al centro a comprar unos nuevos.

Tanto mi padre como mi madre trabajaban. Antes de que yo naciese, mi padre había conseguido un trabajo fijo como profesor de Historia en el Instituto Parker, merced al título universitario que había obtenido, a costa de grandes esfuerzos, en la Universidad de Saint Augustine, en Raleigh,

Carolina del Norte. Pero la vida resultaba especialmente difícil en aquellos años, y su salario era ínfimo. En consecuencia, utilizó sus pequeños ahorros para empezar a comprar una gasolinera en el barrio negro del centro de Birmingham.

Mi madre, que, al igual que mi padre, era de origen muy humilde, consiguió también un título universitario. Trabajaba como maestra en una escuela municipal de Birmingham. Los sueldos de los dos no eran nada del otro mundo, pero sí suficientes para vivir, y muy superiores a los ingresos de la típica familia negra del sur. Entre los dos consiguieron ahorrar lo necesario para comprar la vieja casa de la colina, pero hubieron de alquilar el piso de arriba durante varios años para pagar la hipoteca. Hasta que fui a la escuela no me di cuenta del esfuerzo extraordinario que representaba haber alcanzado aquel nivel de vida.

Por aquel entonces, lo mismo que ahora, circulaba una idea falsa: la de que la pobreza es el castigo de la pereza y la indolencia. Si uno no poseía nada, ello significaba que no había trabajado bastante. Yo sabía que mi padre y mi madre habían trabajado muchísimo; mi padre decía que hacía más de quince kilómetros a pie todos los días para ir a la escuela, y mi madre nos contaba una serie de anécdotas de los duros años de su infancia en el pueblo de Sylacauga. Pero también sabía que habían tenido temporadas mejores.

Mi preocupación por la miseria que veía a mi alrededor no habría sido tan grande si no hubiese podido compararla con la relativa abundancia en que vivían los blancos. Nuestra escuela parecía aún más vieja cuando la comparábamos con la de los blancos que había cerca. Desde lo alto de la colina se podía ver una escuela primaria para niños blancos, un edificio sólido de ladrillo rojo rodeado de una extensión de hermoso césped. En la nuestra, durante el invierno, no teníamos más calefacción que unas ventrudas estufas de carbón y, los días que llovía, el agua caía también en el interior. Cuando se construyó un edificio nuevo para sustituir a aquellos locales, yo era demasiado mayor para pasar más de un año en él, pues estaba reservado a cursos anteriores.

No disponíamos nunca de suficientes libros de texto, y los que había eran viejos y estaban muy estropeados; a menudo faltaban las páginas más importantes. Tampoco teníamos locales deportivos; solo la hondonada. En

los días lluviosos, cuando esta se convertía en un barrizal, pasábamos los recreos encerrados en alguna clase.

La Escuela Tuggle formaba parte de las «escuelas para negros de Birmingham», y era administrada y controlada por una Junta de Educación compuesta únicamente por blancos. Solo en ocasiones especiales veíamos cara a cara a los representantes de dicha junta: cuando realizaban una visita de inspección o cuando querían exhibir sus «escuelas para negros» ante algún visitante de fuera de la ciudad. En lo referente a las actividades cotidianas, la escuela era dirigida por negros.

Quizá fue precisamente aquella situación la que nos permitió identificarnos de manera profunda y activa con nuestro pueblo y nuestra historia. Algunos profesores nos enseñaron los rudimentos de la «historia negra». Desde el primer curso, en las asambleas de la escuela cantábamos el «Himno nacional negro», de James Weldon Johnson, junto con los himnos blancos «Barras y estrellas» y «Mi país», y a veces sin ellos. Recuerdo que me impresionó la diferencia que existía entre esos himnos oficiales blancos, que insistían en que la libertad era común a todos los ciudadanos del país, y el «Himno nacional negro», cuyas palabras apelaban a la resistencia. Y aunque tenía muy mala voz, recuerdo que siempre cantaba las últimas frases a todo pulmón: «¡ Frente al sol naciente, hasta que nazca un nuevo día, avancemos hasta lograr la victoria!».

Al mismo tiempo que aprendíamos quiénes eran George Washington, Thomas Jefferson y Abraham Lincoln, nos familiarizábamos con las figuras históricas de raza negra. Desde luego, la Junta de Educación no habría permitido a los profesores que nos relatasen las vidas heroicas de Nat Turner[14] o de Denmark Vesey. Pero sí se nos habló de Frederick Douglass, y también de Sojourner Truth y de la ya mencionada Harriet Tubman.

Uno de los acontecimientos más importantes que tenía lugar cada año en la Escuela Tuggle era la llamada «Semana de la Historia Negra». Se preparaban actos especiales para las reuniones y, en todas las clases, cada niño hacía un trabajo sobre una figura de nuestra raza, histórica o contemporánea. Durante aquellos años aprendí algo de todas las personalidades negras que eran lo bastante «respetables» como para que se les concediese un lugar en los libros de historia, o, entre las contemporáneas, las que habían logrado llegar al «Quién es quién en la

Norteamérica negra» o a la revista *Ebony*. Todos los años, el fin de semana anterior a la «Semana de la Historia Negra», yo estaba atareadísima confeccionando mi cartel, pidiendo ayuda a mis padres, recortando fotografías, escribiendo títulos y descripciones.

Sin duda, los niños que iban a las escuelas del sur, segregadas *de iure*, tenían una ventaja sobre los que iban a las del norte, segregadas *de facto*. Durante mis estancias veraniegas en Nueva York, descubrí que muchos niños negros de allí nunca habían oído hablar de Frederick Douglass o de Harriet Tubman. En la Escuela Carrie A. Tuggle, la identidad negra era algo que venía impuesto por aquella situación opresiva. Habíamos sido confinados a un mundo totalmente negro; nos veíamos obligados a buscarnos el alimento espiritual nosotros mismos. Sin embargo, a pesar de estos aspectos claramente positivos de nuestra escuela, esta no debe ser idealizada. Mirando hacia atrás, recuerdo la generalizada ambivalencia que se daba en las clases y en todo lo relacionado con aquella. Por una parte, existía una fuerte tendencia a afirmar nuestra identidad negra, tendencia que impregnaba todas las actividades de la escuela. Pero, por otra parte, muchos profesores tendían a inculcarnos la explicación oficial, racista, de nuestra miseria, y nos animaban a tomar un camino individualista, competitivo, para salir de ella. Se nos decía que el objetivo último de la educación que recibíamos era darnos los conocimientos necesarios para que pudiésemos salir algún día, individual y separadamente, «con nuestro propio esfuerzo», de la ciénaga de la pobreza. Este niño sería médico, aquel, abogado; otros serían profesores, ingenieros, contratistas, contables, hombres de negocios..., y quien realizase un esfuerzo extraordinario podría aproximarse al nivel alcanzado por A. G. Gaston, el millonario negro de la ciudad, la envidia de sus convecinos...

Este «síndrome Booker T. Washington»[15] impregnaba todos los aspectos de la educación que recibí en Birmingham. «Trabaja y triunfarás». Un corolario de este principio decía que el camino sería más arduo y fatigoso para los negros que para los blancos. Los profesores nos advertían que debíamos prepararnos para trabajar duramente, para realizar grandes sacrificios. Solo así podríamos demostrar que teníamos el propósito serio de vencer todos los obstáculos. A menudo observé que hablaban de aquellos obstáculos como si hubiesen de existir siempre, como si formasen parte del

orden natural de las cosas, y no considerándolos el producto de un sistema racista que algún día podíamos derrocar.

Siempre tuve mis dudas acerca del principio «Trabaja y triunfarás». Pero confieso que mi actitud respecto a él no era consecuente.

Por un lado, no creía en aquel principio. No me parecía posible que a todos aquellos que no habían sido «recompensados» les faltase el deseo y la voluntad de alcanzar una vida mejor. Si aquello fuese cierto, resultaría que una buena parte de nuestro pueblo, quizá la mayoría, había sido perezoso e indolente, que era lo que decían siempre los blancos.

Pero, por otro lado, mis deseos para el futuro parecían inspirados por aquel lema. Había decidido demostrarle al mundo que yo era tan inteligente y tan capaz de triunfar como cualquier blanco. En aquella época —hasta mis años de instituto en Nueva York—, quería llegar a ser pediatra. No dudaba en absoluto de que realizaría mi propósito: después de la escuela primaria, estudiaría en el instituto; a continuación, en la universidad y, por último, me especializaría en la escuela de Medicina. Además, en mi caso tenía una ventaja clara: mis padres estarían de acuerdo en que fuese a la universidad, y me mantendrían hasta que yo pudiese hacerlo. Esto era algo que no podían decir la inmensa mayoría de mis compañeros de escuela.

El síndrome «Trabaja y triunfarás» no era lo único que contradecía nuestro positivo sentido de autoafirmación. Por ejemplo, sabíamos que, cuando los blancos visitaban nuestra escuela, debíamos portarnos «mejor que nunca». Yo no entendía por qué teníamos que portarnos mejor ante ellos que ante nosotros mismos, a no ser que realmente les considerásemos superiores. Los visitantes de la Junta de Educación venían siempre en grupo; grupos de tres o cuatro hombres blancos que actuaban como si fuesen los dueños de la escuela. A veces, cuando alguno de ellos quería hacer alarde de su autoridad, nos miraba a nosotros como si fuésemos un rebaño de ovejas y le decía a la maestra: «Susie, tienes unos alumnos muy guapos». Todos sabíamos que, cuando un blanco llamaba a un negro adulto por su nombre de pila, ello era un eufemismo por «Negro, quédate en tu lugar». Cuando se producía aquel insulto, yo miraba la cara de la maestra y trataba de descifrar su expresión: aquiescencia, obsequiosidad, desafío, o el dolor de saber que, si respondía a la agresión, perdería con toda seguridad su trabajo.

Una vez, un maestro negro respondió a la agresión. Cuando los blancos le llamaron «Jesse» delante de sus alumnos, él replicó, con voz serena pero fría: «Por si no lo recuerdan, soy el señor Champion». En el momento de pronunciar aquellas palabras, sabía que estaba renunciando a su empleo. Jesse Champion era amigo personal de mis padres; yo me sentí abrumada por el silencio que mantuvo la comunidad negra acerca de lo ocurrido. Se debía, probablemente, a una sensación colectiva de culpa ante el hecho de que aquel desafío fuese la excepción y no la regla.

Nada en el mundo me irritaba más que la inactividad, el silencio. La negativa o la incapacidad de hacer o decir algo cuando era necesario me resultaban insoportables. Los simples espectadores, los que se limitaban a asentir con la cabeza, los que se volvían de espaldas me ponían enferma. Recuerdo que una vez, cuando tenía siete u ocho años, fui al campo con mi amiga Annie Laurie. En el jardín de la casa que visitamos había un perro. Al poco rato, apareció por allí otro perro y, sin más, los dos animales se enzarzaron en una violenta pelea. Cada uno trataba de agarrar al otro por la garganta; salivaban y sangraban. Todos los presentes se pusieron a observarles sin hacer nada. Parecía que pensaran pasar allí todo el día mirando cómo caía el ardiente sol de Alabama sobre los dos perros que se estaban destrozando. Yo no pude soportarlo; me precipité hacia ellos y traté de separarles. Los mayores, gritando asustados, me arrancaron de allí; solo cuando lo hubieron hecho me di cuenta del peligro. Pero entonces ya no importaba, pues había logrado detener la pelea.

Volví a sentir aquel impulso al presenciar otras peleas. Peleas no entre animales, sino entre personas, pero igualmente inútiles y absurdas. En la escuela se producían constantemente riñas estúpidas; algunas, breves, otras, prolongadas y crueles. A menudo no podía dejar de intervenir.

Los niños peleaban por nada: por un empujón, por un pisotón, por una burla, por un chisme. Y peleaban por todo: por los zapatos rotos, por los abrigos que no abrigaban, por los patios de cemento, por los días sin almuerzo. Peleaban por la miseria de Birmingham cuando rasgaban el aire con sus navajas y cuando golpeaban caras negras porque no podían llegar a las blancas.

Todo aquello me dolía. En una pelea, mi amiga Olivia recibió una cuchillada. Otra amiga mía, Chaney, furiosa porque una profesora la había

criticado delante de toda la clase, agarró una silla y se lanzó con ella contra la profesora. Toda la clase intervino; algunas niñas apoyaban a Chaney, otras trataban de proteger a la profesora, y las demás queríamos evitar la batalla.

Me dolía ver cómo nos volvíamos contra nosotros mismos, cómo nos enfrentábamos entre nosotros por no saber aún cómo luchar contra la verdadera causa de nuestras miserias.

El tiempo no aplacó las iras de los blancos que vivían aún en nuestro barrio. Se negaron a acostumbrarse a nuestra presencia. Cada vez que una valerosa familia negra se instalaba en el lado blanco de la calle Center o se ponía a construir allí una casa, el rencor de los otros, siempre a punto de estallar, se materializaba en explosiones e incendios. Algunas veces, el jefe de policía, Bull Conner, anunciaba por la radio que una familia negra se había trasladado al lado blanco de la calle. Su predicción —«Esta noche habrá derramamiento de sangre»— iba seguida del estallido de una bomba, algo tan frecuente en la Colina de la Dinamita que ya casi nos habíamos acostumbrado al horror que representaba.

En nuestro lado, las casas viejas que eran abandonadas por sus habitantes blancos iban siendo compradas por negros, y el bosquecillo al que íbamos a buscar moras se fue llenando de casas nuevas de ladrillo. Cuando yo tenía ocho o nueve años, ya muchos de los vecinos eran negros. Si hacía buen tiempo, los niños salíamos al anochecer para jugar al escondite. En nuestra zona, unas dos manzanas, había muchos escondites. La oscuridad hacía el juego más divertido, y podíamos hacer como que engañábamos a los blancos.

A veces nos atrevíamos de verdad a penetrar en su terreno. ¿A que no os atrevéis a subir al porche de los Montee?, decía alguien. Mientras los demás le mirábamos desde nuestro lado, quien hubiese aceptado la apuesta atravesaba la calle, vacilante, entraba en territorio enemigo, subía de puntillas los escalones de cemento de los Montee, tocaba un pilar del porche con el pie, como si tocase una estufa ardiendo, y volvía corriendo hacia nosotros. Cuando yo subí aquellos escalones por primera vez en mi vida, me pareció oír estallar bombas a mi alrededor. A medida que aquel juego fue perdiendo su aureola de peligro, lo hicimos más atrevido. En lugar de tocar el porche, teníamos que ir hasta la puerta, pulsar el timbre y

escondernos entre los arbustos que rodeaban la casa mientras la mujer o el hombre abrían la puerta y trataban de ver quién había sido. Cuando se dieron cuenta de que era un juego nuestro, aunque raras veces atrapaban al culpable, se quedaban en el porche gritando: «¡Malditos negros,[16] dejadnos en paz!».

Mis compañeros de escuela y de juego aprendíamos por entonces el valor despectivo de la palabra *nigger*, así como el de *black*[17] y *African*. Estas dos, por desgracia, no tenían en aquel tiempo mucha más dignidad que la primera; eran consideradas sinónimas de «salvaje». Mi madre no permitía jamás que se pronunciase la palabra *nigger* en casa. (Delante de ella tampoco podíamos decir «palabrotas»; «mierda», «maldito» y hasta «demonios» nos estaban prohibidas en su presencia). Si queríamos explicar una discusión que habíamos mantenido con alguien, teníamos que decir, por ejemplo: «Bill me ha llamado una cosa que empieza por la letra *n*». Llegó un momento en que mis labios se negaban a pronunciar aquellas palabras, por más ganas que tuviese de hacerlo.

Si, en el curso de una discusión, un amigo me llamaba *nigger* o incluso *black*, ello me molestaba menos que cuando me decían: «Tú te crees que porque tienes la piel clara y el pelo bonito ya es como si fueses blanca». Esta era una acusación típica que se hacía a los niños de piel clara.

A veces culpaba interiormente a mis padres de haberme dado aquella piel y no otra más oscura, y el pelo ondulado en vez de crespo. Suplicaba a mi madre que me dejase alisarlo, como hacían mis amigas. Pero ella continuó cepillándomelo con agua y aplicándole vaselina constantemente con el fin de poder hacerme las gruesas trenzas onduladas que llevaba siempre. En las ocasiones especiales, me lo rizaba con unos rizadores hechos de papel marrón y lo peinaba a lo Shirley Temple.

Un verano, estando de vacaciones en el campo, en Blossom Hill, se puso a llover mientras íbamos del comedor a los barracones, y todas las chicas, inmediatamente, intentaron resguardarse de la lluvia. Como yo no llevaba el pelo alisado, no me importaba que lloviese, y seguí caminando tranquilamente. Entonces una de ellas comentó: «Angela tiene suerte; puede mojarse el pelo tanto como quiera». Sé que no lo dijo para herirme, pero me dolió muchísimo. Corrí hacia mi litera y me eché en ella sollozando.

Mis primas Snookie y Betty Jean y su madre, Doll, vivían en Ketona, Alabama. A mí me gustaba pasar el fin de semana con ellas, porque me ayudaban a alisarme el pelo. Calentaban un peine de metal en el horno de leña y me lo pasaban por el pelo hasta que quedaba completamente lacio. A veces, cuando se lo rogaba con la suficiente insistencia, mi madre me permitía llevarlo así durante unos días antes de hacérmelo lavar.

En el centro, cerca de la oficina de correos, estaba la biblioteca pública de Birmingham, abierta solo a los blancos. Pero en una estancia recóndita, adonde se accedía por una disimulada puerta trasera, había una bibliotecaria negra a la que sus hermanos de raza podían acudir para encargarle libros, que ella trataba de sacar de la biblioteca.

Como resultado del constante estímulo de mi madre, la lectura se convirtió para mí en un hábito y en un pasatiempo agradable. Me enseñó a leer cuando apenas tenía cuatro años, y más adelante las dos llevábamos la cuenta del número de libros que leía por semana. Ella o mi padre me traían los libros de la biblioteca, o bien lo hacía la bibliotecaria negra, la señorita Bell, cuando pasaba por casa.

Años después se construyó una biblioteca nueva, abierta ya a los negros, al pie de la colina, en la esquina de la calle Center y la Octava Avenida. Aquel edificio nuevo de ladrillo rojo, con sus brillantes suelos de linóleo y sus mesas barnizadas, se convirtió en uno de mis lugares preferidos. Pasaba allí horas seguidas leyendo ávidamente. Lo devoraba todo, desde *Heidi* a *Los miserables* de Víctor Hugo, desde *De la esclavitud a la libertad* de Booker T. Washington a las sensacionalistas novelas de Frank Yerby.

La lectura me gustaba mucho más que las clases semanales de piano y también que las de danza de los sábados por la mañana. Durante la Navidad del quinto año de mi vida, mis padres consiguieron reunir el dinero necesario para comprarme un piano. Una vez por semana iba a casa de la señora Chambliss y tocaba obedientemente escalas y composiciones, soportando la humillación de oír gritos si me equivocaba. Después de la clase, le pagaba a la profesora setenta y cinco centavos y, si había anochecido ya, esperaba a que mamá o papá viniese a buscarme, para no tener que pasar sola junto al cementerio. Los otros seis días de la semana tenía que practicar al piano cada tarde antes de ir a jugar a la calle con mis amigos. Todos los años, a finales de mayo, tenía lugar el recital de la señora

Chambliss en la iglesia metodista de Saint Paul o en la iglesia baptista de la calle Dieciséis, a dos manzanas de la estación de servicio de mi padre. Con mis bucles en el pelo y un vestido de organdí con volantes, rígida de nerviosismo, interpretaba la pieza que había estado practicando durante meses. La recompensa de aquella tortura eran tres meses enteros sin clases de piano.

Los sábados por la mañana me reunía con otras muchas chicas que, como yo, llevaban leotardos, en el Centro Comunitario Smithfield, en el barrio donde vivíamos antes. Allí, la señora Woods y sus ayudantes supervisaban nuestros pliés y arabescos. En la primera parte de la clase hacíamos ballet y después claqué. Mi torpeza natural estaba reñida con los delicados pasos del ballet, y siempre procuraba esconderme en una de las filas de atrás. Durante una temporada vino conmigo mi hermano menor, Benny, del que yo me hacía responsable. Una mañana, cuando bajábamos por la calle Center, echó a correr delante de mí y empezó a cruzar la Novena Avenida. Un autobús frenó ruidosamente delante de él, pero cayó al suelo. Temblando violentamente, corrí a buscarle. Él pareció olvidar enseguida que había estado en peligro de muerte. Durante los ejercicios previos al ballet, yo temblaba aún. De pronto, sentí que algo caliente me bajaba por entre las piernas. Me dejé caer al suelo, sobre un charco de orina, tan humillada que no me atrevía a levantar la vista hacia mis condiscípulas. Entonces, una chica llamada Emma se me acercó y me puso las manos en los hombros. «Angela, no te preocupes —me dijo—. Vamos afuera». Y me acompañó. Emma nunca supo lo que significó para mí aquel gesto. Pero a partir de entonces el tener que encontrarme con aquellas mismas chicas cada sábado me llenaba de vergüenza.

Algunos años atrás, los visitantes negros que querían un recuerdo de la parte negra de Birmingham podían escoger entre tres tarjetas postales que representaban la iglesia baptista de la calle Dieciséis, el Instituto Parker y la empresa funeraria A. G. Gaston. Quizá los blancos que habían hecho las fotografías y las habían retocado con brillantes rojos y amarillos consideraban que nuestra vida podía condensarse en tres palabras: *iglesia, escuela* y *cementerio*. Al nacer, teníamos derecho a la religión y a unos pocos conocimientos; después, no nos quedaba más que morir.

Querían dar la impresión de que aquellos pocos conocimientos se impartían en una institución magnífica. En la postal, el Instituto Parker parecía recién construido, más blanco que si hubiese sido enjalbegado el día anterior, y delante de él habían pintado un césped de color verde intenso, cuando en realidad no había allí más que una extensión de tierra reseca en la que no florecía ni una hierbecilla. Encima de la fotografía, unas gruesas letras negras decían: «Instituto A. H. Parker, el más grande del mundo para alumnos de color», como si fuesen a venir turistas de todas partes a contemplar aquella maravilla.

Quizá, tomada al pie de la letra, aquella afirmación era cierta; no creo que nadie se molestase nunca en averiguarlo. Pero su veracidad residía únicamente en la situación general de abandono que existía en aquel aspecto. Si el Parker era el mayor instituto del mundo para alumnos de color, ello se debía a la misma razón por la que no había en Harlem un solo instituto estatal, a la misma razón por la que la educación de la juventud negra en Sudáfrica no es objeto de la menor atención. Cuando mi madre llegó a la edad de ir al instituto, el Parker, «el más grande del mundo», se llamaba Instituto Industrial y era el único que existía para alumnos negros en varios cientos de kilómetros a la redonda. Ella vivía en el pueblo de Sylacauga, a ciento veintiséis kilómetros de la ciudad. Si pudo continuar su educación más allá del octavo curso, fue porque se separó de su familia y se trasladó a Birmingham.

Mis amigos y yo no teníamos demasiadas ganas de ir al instituto. Cuando terminamos los estudios en la Carrie A. Tuggle, ingresamos en la filial del Parker, que estaba a varias manzanas de distancia del edificio principal. Era un grupo de destartalados barracones de madera, no muy diferentes de los que acabábamos de abandonar.

El primer día de clase descubrimos que el interior de aquellos barracones estaba aún más abandonado que el exterior. Los suelos de madera estaban despintados, y las viejas paredes, cubiertas de inscripciones que nadie se molestaba nunca en quitar. Y vimos que, cuando empezase a hacer frío, dependeríamos exclusivamente de la arcaica estufa de carbón que había en cada «barraca», como las llamábamos.

Muy pocas de las clases eran interesantes. Mis asignaturas preferidas eran Biología, Química y Matemáticas. Las clases de Historia eran una

farsa, no tanto por la deficiencia de los profesores como por la de los textos establecidos por la Junta de Educación. En el libro de Historia de Norteamérica descubrí que la guerra de Secesión había sido la «guerra de independencia del Sur», y que los negros preferían, con mucho, ser esclavos a ser libres. Buena prueba de que nuestros antepasados aceptaban alegremente su situación la constituían sus reuniones de los sábados por la noche, en las que cantaban y bailaban. Ya en la escuela primaria habíamos aprendido que muchas canciones de los esclavos tenían un segundo sentido que solo ellos conocían. Por ejemplo, «Swing low, sweet chariot» se refería también al viaje hacia la libertad en esta vida. Pero los libros del instituto no decían nada de estas cosas. En cuanto a los profesores, o bien estaban demasiado ocupados tratando de mantener el orden en las clases o bien no tenían tanto interés como los de la escuela primaria en darnos una idea exacta de la historia de los negros.

La violencia interiorizada, dirigida contra nosotros mismos, que constituía una parte tan importante de nuestra vida en la Escuela Tuggle, rozaba en el Parker los límites de la lucha fratricida. Casi no pasaba un día sin que se produjese una pelea, en la clase o fuera de ella. Hasta que un día cálido y ventoso, en el mismo patio, un alumno del instituto mató a otro a navajazos.

Era como si estuviésemos atrapados en un torbellino de violencia del que no podíamos salir.

Hacia la época de mi ingreso en el instituto, el movimiento por los derechos civiles comenzaba a despertar a algunos negros de Alabama de su profundo aunque agitado sueño. Pero, a juzgar por la inactividad generalizada que reinaba en el Instituto Parker, nadie habría dicho que el 4 de diciembre de 1955, en Montgomery, Rosa Parks se había negado a abandonar su asiento de la parte delantera del autobús, o que Martin Luther King dirigía un boicot general a los autobuses en la misma ciudad, a solo dieciséis kilómetros de la nuestra, o que en el mismo Birmingham existía un embrionario movimiento popular por la cuestión de los autobuses.

Con todo, los boicots a los autobuses influyeron en la actitud de algunos de nosotros. Varias veces, un pequeño grupo de alumnos del instituto decidimos espontáneamente sentarnos en los asientos delanteros del autobús como muestra de solidaridad con nuestros hermanos y hermanas.

Inevitablemente, aquello daba origen a una discusión a gritos con el conductor. Los viajeros negros se veían obligados a tomar partido. Como en Birmingham no había entonces un movimiento amplio y organizado, algunos se asustaban de nuestra audacia y nos suplicaban que obedeciésemos al conductor.

Por entonces, la NAACP fue declarada ilegal en Alabama, y a sus miembros se les amenazó con llevarlos a la cárcel. Mis padres formaban parte de aquel movimiento, y decidieron no dejarse intimidar por Bull Conner y compañía. Al igual que otros que tomaron la misma actitud, recibieron amenazas de que se colocaría una bomba en su casa, pero ellos siguieron pagando sus cuotas hasta que la NAACP se disolvió y fue sustituida por el Movimiento Cristiano de Alabama por los Derechos Humanos (ACMHR), dirigido por el reverendo Fred Shuttlesworth.

La protesta contra los autobuses planeada en Birmingham para el 26 de diciembre de 1956 fue atribuida a la iniciativa del ACMHR. Decididos a aplastar este movimiento antes de que pudiera desarrollarse, los racistas, alentados por Bull Conner, sacaron del armario sus viejas y queridas armas: los cartuchos de dinamita que tan bien conocíamos. La noche de Navidad, una atronadora explosión destrozó la casa del reverendo Shuttlesworth. Habían colocado la bomba en el interior de la casa, debajo mismo de la cama en la que dormía el sacerdote. La gente dijo después que Dios había hecho un milagro para salvarle, pues no sufrió ni un rasguño, mientras que la casa quedó destrozada. Al día siguiente nos enteramos de que el reverendo había acompañado al hospital a un vecino que resultó herido por la explosión y había vuelto a su casa en autobús, ocupando un asiento en la parte delantera. Aquel mismo día, muchas personas siguieron el ejemplo del reverendo Shuttlesworth, por lo que fueron detenidas.

Aquellos días yo me sentía muy agitada. Estaban pasando cosas que podían cambiar nuestras vidas. Pero me decían que era demasiado joven (tenía doce años), y además una chica, para verme expuesta a las porras y a la violencia de la policía. Sin embargo, al pasar los años y aumentar las necesidades del movimiento, se hizo imprescindible incorporar a él, a todos los niveles, a cualquier hombre, mujer o niño que estuviese dispuesto a ello. Los hijos del propio Shuttlesworth ocuparon poco después puestos importantes en el ACMHR.

De aquellos trastornos que se producían en las calles de Birmingham, pocos ecos llegaban al Instituto Parker. En los tres años siguientes, el movimiento llegó a su máximo apogeo y después decayó. Nuestro programa de clases, complementado por el fútbol y el baloncesto, se iba cumpliendo sin alteraciones. La vida social de la clase media negra, de la que procedían los alumnos del Parker, se desarrollaba como siempre, aparte de los habituales incidentes racistas.

Un domingo, por ejemplo, volvíamos del cine un grupo de amigos en un coche. Con nosotros iba Peggy, una chica de mi misma calle, que tenía la piel muy clara, el cabello rubio y los ojos verdes. Su presencia solía provocar miradas de extrañeza y de hostilidad, pues se la tomaba siempre por blanca. Aquel día fue un policía el que sufrió aquella confusión. Cuando estábamos llegando a mi casa, nos obligó a subir el coche a la acera y quiso saber qué diablos estábamos haciendo con aquella chica blanca. Nos ordenó que bajásemos del coche y nos registró a todos, excepto a Peggy, a quien separó del grupo. En el estado de Alabama existía entonces una ley que prohibía toda relación, salvo que fuese de carácter económico, entre blancos y negros. Nos amenazó con llevarnos a todos a la comisaría, incluyendo a Peggy, a la que trató de viciosa por andar con negros.

Cuando Peggy, enojada, le dijo que ella era negra como nosotros, el hombre se quedó confuso. Para ocultar su desconcierto, empezó a insultarnos obscenamente, golpeó a algunos de los muchachos y se puso a hacer un registro minucioso del coche, buscando alguna excusa para detenernos. Este incidente no tenía nada de extraordinario; quizás era menos violento que la mayoría. Pero no por ser típico resultaba menos indignante.

A los catorce años, en mi penúltimo curso de instituto, me sentía inquieta y extremadamente insatisfecha. Me molestaba el provincianismo de Birmingham, y no me había integrado aún en el movimiento por los derechos civiles hasta el punto de que este diese un sentido a mi existencia. No podía definir ni analizar aquella insatisfacción; me sentía encerrada, simplemente, y deseaba escapar. Se acercaba la época en que, para no excluirse de la sociedad, las chicas de la clase media de mi edad tenían que asumir un papel activo en la vida social de la comunidad negra. Yo no podía soportar los concurridos y convencionales bailes; me sentí muy incómoda y

desplazada las poquísimas veces que asistí a una reunión de aquel tipo. Tenía que salir de aquel ambiente. De un modo u otro, tenía que marcharme de Birmingham.

Descubrí dos posibilidades: el programa de ingreso adelantado en la Universidad Fisk, en Nashville, y el programa experimental desarrollado por el Comité de Amigos Norteamericanos, gracias al cual estudiantes negros del sur podían asistir a alguna institución escolar del norte. Formulé una solicitud para los dos y, a los pocos meses, ambos organismos me comunicaron que estaba aceptada.

En un principio, pensando en mis futuros estudios en la escuela de Medicina, me incliné por la alternativa Fisk. Fisk representaría no solo escapar del provincianismo que me asfixiaba, sino también una mayor facilidad a la hora de estudiar Pediatría, pues la Escuela de Medicina Meharry se hallaba en el mismo campus. Además, Fisk estaba considerada una de las universidades negras más prestigiosas del país. En ella había estudiado W. E. B. Du Bois; pero también tenía fama de ser la universidad de la burguesía negra por excelencia, y previ que mi negativa a participar en unas actividades puramente sociales me crearía grandes problemas de tipo personal. Y si, cuando me encontrase allí, no ingresaba en una hermandad de estudiantes, me convertiría sin lugar a dudas en una marginada.

En cuanto al programa del Comité de Amigos Norteamericanos, la información que poseía era muy escasa. Tenía noticias de que la institución a la que iba a ir, el Instituto Elisabeth Irwin, estaba en Nueva York, y de que viviría en Brooklyn con una familia blanca. Aunque no sabía nada de aquel instituto, Nueva York seguía fascinándome. Pensaba en todas las cosas que no había podido hacer durante los primeros quince años de mi vida. En Nueva York podría hacerlas. Mi sensibilidad hacia la música, hacia el teatro, estaba muy poco desarrollada; en Nueva York tendría ocasión de explorar un universo cultural totalmente nuevo para mí.

Estaba ya decidida a aceptar el desafío de lo desconocido, pero tenía un poco de miedo. Mi madre pensaba más en los peligros con los que quizá tendría que enfrentarme y, aunque deseaba que yo continuase mi educación, le preocupaba mucho que hubiera de marcharme de casa. Yo tenía solo quince años, y ella temía que un curso en aquel campus, rodeada de muchachos y muchachas mayores que yo, me robase lo que me quedaba de

infancia y me hiciese madurar «antes de tiempo». No creo que fuera muy consciente de que cualquier niño negro que viviese en el sur se veía obligado a madurar «antes de tiempo». Pero cuando ella pensaba en Nueva York, se imaginaba una gigantesca casa de los horrores. El Instituto Elisabeth Irwin estaba en Greenwich Village, barrio que para ella era un inquietante paraíso de *beatniks*.

Mis preferencias se inclinaban hacia el instituto, hacia Nueva York, donde viviría en casa de W. H. Melish. Pero, debido a los temores de mi madre, había decidido contentarme con Fisk. Telefoneamos a los Melish y les comunicamos nuestra decisión. Traté de pensar solo en los aspectos positivos de Fisk: al cabo de cuatro años, cuando tuviese diecinueve, ingresaría en la Escuela de Medicina Meharry; pocos años después ejercería ya como pediatra.

Con las maletas hechas y la decisión tomada, estaba ya preparada para la marcha (aunque no había comprado todas las ropas indicadas en la lista de la universidad; por ejemplo, vestidos para ocasiones especiales). Uno o dos días antes de la fecha de mi partida, mi padre, mi querido padre, rompió su habitual silencio para pedirme que le dijese con franqueza lo que deseaba hacer. Pero, antes de darme tiempo a responder, me dijo que quería contarme algunas experiencias que había tenido durante su breve estancia en Fisk. (Él se había graduado en la Universidad Saint Augustine, en Raleigh, Carolina del Norte, pero después había hecho algunos estudios en Fisk). Me dijo que era una institución muy buena, pero que, para hacer algo concreto en ella, había que entrar con una idea muy clara y firme de lo que se quería. Me dijo que tenía que considerar los dos aspectos de Fisk: su importancia histórica para los negros y los problemas que me plantearía.

Cuando terminamos aquella conversación, yo sabía que no iría a Fisk, por lo menos aquel año. Como fuese, tendría que persuadir a mi madre de que era capaz de hacer frente a todos los peligros que me acechasen en las calles neoyorquinas.

Para bien o para mal, subí al tren que había de llevarme a Nueva York. El mismo viaje fue simbólico. Al tomar asiento en el departamento del tren reservado a los negros, me vi rodeada de amigos y conocidos de Birmingham que se dirigían a las instituciones escolares situadas a lo largo de la ruta de Nueva York. A medida que aquel tren segregacionista

avanzaba por Alabama y por Georgia, en dirección a Washington, mis amigos se apeaban en pequeños grupos. Algunos iban a Morehouse, en Spellman, o a Clark, en Atlanta; el último grupo bajó en Washington, para dirigirse a la Universidad Howard. En todas las estaciones importantes, el escenario se me iba haciendo cada vez menos familiar. Cuando el tren salió de Washington, quedé rodeada de desconocidos, y me sorprendió ver cómo varios viajeros blancos entraban en el vagón y ocupaban asientos que en los estados del sur habían estado reservados a personas «de color».

La perspectiva que se abría ante mí me atraía y me preocupaba al mismo tiempo. Había asumido la obligación de vivir y estudiar entre blancos durante los próximos dos años, pero ¿podría acostumbrarme a estar con ellos todo el tiempo? A pesar de que, al menos en teoría, los blancos con los que iba a relacionarme en casa y en el instituto estaban más o menos comprometidos en la lucha por la igualdad de mi pueblo, el impacto del racismo sobre mí había sido tan enorme que sabía que tendría que hacer un gran esfuerzo para adaptarme a un mundo predominantemente blanco. Tendría que mostrarme abierta y cauta al mismo tiempo. Tendría que estar alerta, preparada para cualquier muestra de desdén u hostilidad. (Entonces no sabía aún que iba a encontrarme también con la tendencia de los liberales blancos a ser excesivamente amables con sus pocos conocidos negros). Pero me esforzaría al máximo por adaptarme, por abrirme a toda manifestación de humanidad con la que me hallase. Mi estado de tensión era casi insoportable; parecía como si vivieran en mí dos personas a la vez, las dos caras de la cabeza de Jano. Un perfil miraba con desconsuelo hacia el pasado, un pasado inquieto, limitado y violento, equilibrado solo por el amor que sentía hacia mi familia y esporádicos atisbos de comprensión. La otra cara miraba con esperanza y temor hacia el futuro, un futuro lleno de interés, pero que a la vez encerraba la posibilidad del fracaso.

El reverendo Melish y su esposa me esperaban en la estación de Pensilvania. Desde la primera vez que oí hablar de ellos, de los sacrificios que habían hecho por el movimiento progresista, sentía un gran respeto por ambos. En plena era McCarthy, el reverendo Melish (quien, junto con su padre, era pastor de la mayor iglesia episcopaliana de Brooklyn) defendía desde el púlpito a las víctimas de aquella demencial caza de brujas. También hablaba en sus sermones de la necesidad de que los verdaderos

cristianos combatiesen todas las formas de injusticia y de represión. Además, en aquella misma época, era miembro de la Organización para la Amistad Soviético-Norteamericana, cuando McCarthy y sus secuaces no distinguían entre ser comunista y defender el derecho de otros a serlo.

Los Melish habían atravesado un periodo de dura y agitada lucha contra la jerarquía de la Iglesia episcopaliana; habían sufrido la calumnia de los medios de comunicación, el proceso eclesiástico y la pérdida de su cargo. Pero aquellos sufrimientos les hicieron más fuertes y más decididos.

El reverendo y su esposa tenían tres hijos, dos mayores que yo y otro más joven. Uno de ellos estaba en el decimosegundo curso y otro en el séptimo del Elisabeth Irwin. Me reconfortó saber que alguien podía ayudarme a orientarme en aquel instituto, que era, al parecer, diferente de cuanto yo podía imaginar.

Me instalé en la casa y empecé a explorar el barrio. Fue un alivio comprobar que estaba situada en pleno corazón del barrio negro, en Bedford Stuyvesant, en la esquina de las calles Kingston y Saint Marks. Tardé un poco en darme cuenta de que también los negros se comportaban de modo diferente en Nueva York. Nunca se entablaba conversación en la calle con un hermano que pasase, sobre todo si se era mujer. En Birmingham habría sido considerado el colmo de la arrogancia pasar junto a un hermano por la calle sin dirigirle al menos un saludo. Pero allí, a todo aquel que dirigiera la palabra a un desconocido en la calle se le miraba como a un loco.

Antes de la apertura oficial del semestre, fui con la señora Melish a visitar el instituto y conocer a algunos profesores. El Instituto Elisabeth Irwin, ubicado en el límite de Greenwich Village, era un edificio pequeño de ladrillo situado en medio de un bloque de apartamentos de dos pisos. Era tan pequeño que nadie habría dicho que se trataba de un centro de enseñanza a menos que pasase ante él por la mañana, a la hora de empezar las clases, o por la tarde, cuando salían los alumnos. La historia de aquel centro me interesó. Había sido creado hacía algunos decenios para llevar a cabo una experiencia educativa progresista dentro del sistema de educación estatal. Cuando la Junta de Educación de Nueva York decidió abandonar aquella experiencia, los profesores decidieron asumir personalmente la

dirección del centro y asegurar su continuidad. Lo transformaron en centro privado, de pago, y se convirtieron colectivamente en sus propietarios.

Además del instituto, existía una escuela primaria y un jardín de infancia, instalados en un edificio de ladrillo rojo de la calle Bleecker al que acertadamente se llamaba la Pequeña Escuela Roja. Para cada curso, desde el primero (correspondiente a los niños de cuatro años) hasta el último (decimosegundo), había una sola clase, de unos veinticinco a treinta alumnos.

Aquella visita previa al instituto modificó completamente la idea que yo me había formado de un centro de enseñanza. Todos los profesores que había conocido hasta entonces tenían una apariencia conservadora: los hombres llevaban traje y corbata y las mujeres, prendas sencillas pero convencionales. Uno de los primeros profesores a quien conocí en aquel instituto llevaba unos tejanos viejos, una camisa de manga corta de llamativos colores y zapatillas de deporte, y buena parte de su cara estaba oculta por una barba. El hecho de que todos me fuesen presentados por el nombre de pila, incluso el director —un simpático caballero de Nueva Inglaterra, de cabello blanco y aspecto digno—, constituyó también otra agradable sorpresa.

Como era un centro de enseñanza pequeño, y como buena parte de sus alumnos habían ingresado en él a los cuatro años y permanecían allí hasta el examen final del instituto, existía inevitablemente una tendencia al espíritu de clan. Yo percibí enseguida aquella atmósfera familiar, y no me sentí del todo segura de poder integrarme en ella.

Por las conversaciones que tuve con los Melish y con otras personas para formarme una idea más exacta de aquel instituto, supe que muchos de los profesores que daban clases allí en aquel momento habían sido incluidos en la lista negra (¿lista blanca?) de la Junta de Educación, y por ello no se les permitía enseñar en ningún centro de enseñanza estatal. Sus opiniones políticas iban desde el liberalismo al izquierdismo, incluyendo simpatías por el comunismo, o así me lo pareció.

Al tratar de ensamblar todos aquellos datos, creía estar nadando sola en aguas desconocidas. Ignoraba las corrientes y las profundidades; no sabía si estaba en un pantano o en arenas movedizas. Y no tenía ningún guía que

comprendiese mi fuerza y mis debilidades; la fuerza y las debilidades propias de una joven negra procedente del racista sur.

A medida que superaba las dificultades que me planteaba el nuevo ambiente, comencé a sentirme más a gusto, tanto en casa como en el instituto. Cuando, en las clases de Historia, empecé a aprender lo que era el socialismo, se abrió ante mis ojos un mundo nuevo. Por primera vez entré en contacto con la idea de que podría existir una organización socioeconómica ideal; una idea según la cual cada persona podría participar en la sociedad de acuerdo con sus posibilidades y su talento, y recibir, a su vez, ayuda material y espiritual partiendo de sus necesidades.

No entendía aún el socialismo científico, pero me esforzaba por comprender las experiencias de los socialistas utópicos que comentábamos en las clases de Historia. Me fascinaban aquellos grupos de personas que habían decidido aislarse totalmente a fin de construir una pequeña sociedad nueva, humana, socialista. No me contentaba con lo que decían los libros de historia, sino que iba a la biblioteca y leía todo lo que encontraba acerca de Robert Owen y los demás pioneros de aquel movimiento.

Quizás era romanticismo lo que me atraía hacia los socialistas utópicos, porque, cuando empecé a considerar la posibilidad real de resolver los problemas de mi gente, así como los de los blancos explotados, no pude encontrar la solución que permitiera pasar del mundo real de opresión, racismo e injusticia al mundo ideal del comunismo. Quizás unas cuantas personas aquí y allá podían salvar su espíritu de la corrupción del capitalismo, pero estaba claro que unas pequeñas sociedades comunistas de carácter agrario no eran el mejor camino para liberar a millones y millones de personas.

El *Manifiesto comunista* me impresionó como el resplandor de un relámpago. Lo leí ávidamente, encontrando en él respuestas a muchas de las cuestiones aparentemente insolubles que me atormentaban. Lo leí una y otra vez, sin entender del todo cada pasaje o cada idea, pero fascinada por la posibilidad de una revolución comunista en mi país. Comencé a ver los problemas de los negros en el contexto de un gran movimiento de la clase trabajadora. Mis ideas acerca de la liberación de los negros eran imprecisas y no encontraba el modo de ordenarlas, pero comenzaba a entender cómo podía ser abolido el capitalismo.

Me impresionó especialmente un pasaje del *Manifiesto* en el que se presenta al proletariado como salvador de todos los oprimidos:

> Todos los movimientos sociales que se han dado hasta ahora han sido movimientos realizados por minorías o en interés de minorías. El movimiento proletario es un movimiento propio de la inmensa mayoría en interés de la inmensa mayoría. El proletariado, el estrato más bajo de la sociedad actual, no puede moverse, no puede levantarse sin hacer saltar por los aires todo ese edificio que forma la sociedad oficial.

Lo que me impresionaba tan profundamente era la idea de que, una vez se hiciese realidad la emancipación del proletariado, estarían puestos los cimientos para la emancipación de todos los sectores oprimidos de la sociedad. Me venían a la cabeza imágenes de los obreros negros de Birmingham que cada mañana recorrían el camino hacia las acerías o bajaban a las minas. Como un hábil cirujano, aquel documento extirpaba las cataratas de mis ojos. Todo quedaba explicado: las miradas de odio en la Colina de la Dinamita, el estallido de los explosivos, el miedo, las armas escondidas, la mujer negra que vino llorando a nuestra puerta, los niños que no almorzaban, los navajazos en la escuela, los pasatiempos de la clase media negra, los barracones del instituto, los asientos posteriores del autobús, los registros de la policía. Lo que me había parecido un odio personal mío, una inexplicable negativa de los blancos a asumir sus propios sentimientos, una estúpida aceptación por parte de los negros, lo vi ahora como resultado inevitable de un sistema despiadado que se mantenía en pie mediante el fomento del rencor, la competitividad y la opresión de un grupo social por otro. El afán de lucro era la clave, el frío y constante motivo de aquellos hechos, de aquellas actitudes de desprecio y desesperación de los que yo había sido testigo.

Sentí la necesidad de modificar algunas de mis ideas acerca de la liberación de los negros. Me daba cuenta de que, a pesar de mi aversión superficial por algunas actividades sociales de la clase media negra, había confiado en ella como guía de nuestros obreros, desempleados y pobres hacia la libertad.

Naturalmente, lo que más me impresionó del *Manifiesto*, lo que más me conmovió, fue la imagen de una sociedad nueva sin explotadores ni

explotados, una sociedad sin clases, una sociedad en la que a nadie se le permitiría poseer tanto que pudiese utilizar su fuerza para explotar a otros seres humanos. La revolución comunista daría lugar a «una asociación en la que el libre desarrollo de cada uno es condición del libre desarrollo de todos».

Las últimas palabras del *Manifiesto* me inspiraron el deseo irresistible de unirme al movimiento comunista:

> Los comunistas consideran indigno ocultar sus opiniones y propósitos. Declaran abiertamente que sus objetivos solo pueden ser alcanzados mediante el derrocamiento violento de la organización social existente. Tiemblen las clases dominantes ante una revolución comunista. Los proletarios no tienen con ella nada que perder, salvo sus cadenas. Tienen, en cambio, un mundo que ganar.
>
> ¡proletarios de todos los países, uníos!

Casualmente, coincidiendo más o menos con mi lectura del *Manifiesto*, una amiga me invitó a asistir a las reuniones de una organización juvenil llamada Avance. Era hija de un miembro del Partido Comunista, y Avance era una organización juvenil marxista-leninista, fraternalmente vinculada al partido. Muchas reuniones tenían lugar en casa de Herbert Aptheker, el respetado historiador comunista, cuya hija, Bettina, desempeñaba un cargo dirigente en la organización.

Eugene Dennis, hijo del dirigente comunista del mismo nombre, formaba también parte del grupo, así como Mary Lou Patterson, hija del formidable abogado negro William Patterson, también comunista. Fue Patterson quien presentó un memorial a las Naciones Unidas, en 1954, protestando por el genocidio de la raza negra. Harriet, hija de James Jackson, junto con Mary Lou y Margaret y Claudia Burnham, eran ya antes íntimas amigas mías; ahora, por nuestras actividades en Avance, éramos compañeras de lucha.

Herbert Aptheker daba un curso de introducción al marxismo en el Instituto Norteamericano de Estudios Marxistas. Junto con otros miembros de Avance, yo asistí a él, y pude así penetrar en los misterios del *Manifiesto*.

Avance participaba en todas las manifestaciones en favor de la paz que organizaba por aquellos días el SANE (Comité por una Política Nuclear Racional), y en las que reivindicaban los derechos civiles en solidaridad con

el movimiento del sur. Las primeras sentadas se habían producido el 1 de febrero de 1960, en Greensboro, Carolina del Norte, extendiéndose después por todo el sur. Cuando se exigió la admisión de dependientes negros en los grandes almacenes F. W. Woolworth, íbamos todos los sábados por la mañana, cargados con pancartas y octavillas, a la sucursal de Woolworth de la calle Cuarenta y Dos, nos colocábamos en fila y tratábamos de convencer a los neoyorquinos de que no comprasen en ella hasta que se admitiese a dependientes negros en las sucursales del sur.

Aunque participaba de aquel modo en el movimiento, me sentía como burlada: precisamente cuando decidía abandonar el sur, aparecía allí, de la noche a la mañana, un movimiento fuerte. En 1961, cuando llegaron a Birmingham los «viajeros de la libertad»,[18] telefoneé a mis padres, diciéndoles que quería volver a casa y rogándoles que me mandasen el dinero para el viaje. Me respondieron que era mejor que me quedase en Nueva York hasta terminar mi último año de instituto. Aquello me causó dolor y frustración, y durante un tiempo no pude concentrarme en el estudio. Cada vez que contemplaba, en fotografías o en documentales de televisión, cómo la policía dirigía sus mangueras a presión contra los manifestantes y lanzaba sus perros contra los niños, tenía que cerrar la puerta de mi habitación para que los Melish no me viesen llorar. Mis años en Nueva York fueron interesantes, y nunca he lamentado mi decisión de ir allí. Pero fueron también años de tensión. Mi cabeza seguía siendo como la de Jano: una cara miraba con ansia la lucha que se desarrollaba en Birmingham y la otra contemplaba mi futuro personal. Habría de pasar mucho tiempo antes de que los dos perfiles se fundiesen en uno, antes de que aprendiese a armonizar el pasado y el futuro.

---

11 En marzo de 1931, en Scottsboro (Alabama), nueve jóvenes negros fueron sorprendidos en compañía de algunas prostitutas blancas que, para salvar su reputación, los acusaron de haberlas violado. Tras el juicio fueron condenados a muerte, pena que luego se les conmutó por extensas condenas de cárcel; sin embargo, como consecuencia de las fuertes protestas populares, lograron finalmente la libertad. *(N. del E.)*

12 Harriet Ross Tubman (1820-1913), esclava negra, nacida en Maryland, que se escapó hacia el norte de Estados Unidos, desde donde preparó una serie de expediciones para liberar a sus hermanos de la esclavitud. *(N. del E.)*

13 Literalmente, «ferrocarril subterráneo»; serie de circuitos clandestinos que utilizaban los abolicionistas norteamericanos para ayudar a los esclavos fugitivos a escapar hacia Canadá u otros lugares seguros. *(N. del E.)*

14 Nat Turner (1800-1831), esclavo y predicador negro que en 1831 dirigió una insurrección de esclavos en el condado de Southampton (Virginia), a consecuencia de la cual fue ahorcado. Sobre él puede leerse —críticamente — *Las confesiones de Nat Turner*, de William Styron, Editorial Lumen, Barcelona, 1968. Denmark Vesey (1767-1822) fomentó, en 1822, una rebelión de esclavos en la zona de Charleston (Carolina del Sur), pero fracasó a causa de una traición y murió en la horca. Frederick Douglass (1818-1895), brillante orador negro que, tras liberarse de la esclavitud, promovió una amplia campaña abolicionista en Estados Unidos e Inglaterra. Inició la publicación de un periódico, el *Frederick Douglass Paper*, más tarde denominado *The Northern Star*. Sojourner Truth (1789-1833), esclava negra, luego emancipada. Era analfabeta, pero escribió una autobiografía dictándosela a un amigo suyo. Logró liberar a centenares de esclavos y sus conferencias en el norte de Estados Unidos tuvieron gran repercusión. *(N. del E.)*

15 Booker Taliaferro Washington (1856-1915), pedagogo negro cuya doctrina, impulsada desde el Instituto de Tuskegee, ayudó al pueblo negro a tomar conciencia de sus problemas. Aunque tuvo gran influencia durante cerca de un cuarto de siglo, sus puntos de vista «integracionistas» fueron luego superados por perspectivas más radicales, como las del citado Du Bois. De sus obras merecen destacarse *Working with the Hands* (1904), *Tuskegee and its People* (1905) y *Up from Slavery* (1901), de la que hay traducción castellana: *De la esclavitud a la libertad*, Editorial Fontanella, Barcelona, 1962. *(N. del E.)*

16 En el original, *niggers*. *(N. de la T.)*

17 «Negro», sin connotación ofensiva. *(N. de la T.)*

18 En el original, *freedom riders*. En Estados Unidos se llamaba así a las personas que viajaban en autobús hacia los estados del sur para lograr la

integración en aquellos medios de transporte que practicaban la segregación racial entre sus usuarios. *(N. del E.)*

TERCERA PARTE

Aguas

«Me iré al primer paisaje
de choques, líquidos y rumores»

Federico García Lorca

Septiembre de 1961

En un otero cubierto de vegetación de las afueras de Waltham, Massachusetts, se levanta, sobre una gran roca, la estatua de bronce del juez Louis Brandeis. Tiene los brazos extendidos como alas, como si fuese a levantar el vuelo hacia el espacio, como si no hubiese otro lugar adonde ir.

Había llegado a la conclusión de que, para preservar su heterodoxia, el Instituto Elisabeth Irwin había levantado un muro a su alrededor. Durante mis dos años en Nueva York, nunca superé la sensación de estar desplazada, de ser una forastera que había atravesado aquel muro por casualidad, aunque jamás me dejé abatir por aquello. Y cuando el ambiente se hacía demasiado opresivo, siempre podía salir de él y buscar otros mundos: el de mis amigas de la infancia, Margaret y Claudia, Mary Lou Patterson, Phyllis Strong; el de mi trabajo político en Avance, y el de mis amigos negros y portorriqueños del centro juvenil que dirigía la señora Melish en Brooklyn.

La Universidad Brandeis era diferente. Allí no tenía la posibilidad de salir al exterior.

El aislamiento de Brandeis era a la vez geográfico y espiritual, y ambos aspectos se reforzaban mutuamente. En Waltham no había otra cosa que una fábrica de relojes, y Cambridge y Boston estaban demasiado lejos para los que no teníamos coche.

A mi llegada, busqué compañeros negros entre los grupos de estudiantes de primer curso. El simple hecho de saber que estaban allí me habría reconfortado un poco. Pero, al parecer, con la beca que me había concedido Brandeis solo se pretendía acallar la mala conciencia de este centro y aumentar en el primer curso el número de alumnos negros, que era solo de dos. Yo era, pues, la tercera; las otras dos también eran chicas. Me alegró saber que una de ellas, Alice, estaba en el mismo piso que yo.

Aunque Alice y yo nos hicimos amigas enseguida, mi actitud hacia la universidad no varió en lo esencial. Me sentía extraña, sola y disgustada; me habría largado si hubiera tenido el valor necesario y un lugar adonde ir. Pero, dado que estaba allí y al parecer para bastante tiempo, me hice a la idea de vivir en aquella soledad e incluso empecé a recrearme en ella de

modo un tanto romántico. Ya que estaba sola, pensaba, no quería compadecerme de mí misma ni luchar contra la soledad buscando amigos; seguiría sola, distante, y haría como si ello me agradase. A aquella actitud contribuyó el hecho de que entonces estaba leyendo con gran interés a los existencialistas, Camus, Sartre... Me encerré en mí misma y rechacé prácticamente todo lo que venía del exterior.

Solo en aquel ambiente artificial, en aquel campus aislado y habitado casi exclusivamente por blancos, pude permitirme a mí misma adoptar una actitud nihilista. Era como si, para librarme del carácter irreal del entorno, hubiese huido a otro modo de vida igualmente irreal.

Durante aquel primer semestre no estudié demasiado. Me decía que, de cualquier modo, las asignaturas carecían de interés. Permanecía apartada de la vida social de la universidad o bien me presentaba un día en un baile con los tejanos que llevaba a diario, por el solo placer de no hacer ninguna concesión. Decía ser comunista, pero me negaba a incorporarme al pequeño movimiento universitario porque creía que sus dirigentes se habían acercado a mí con una actitud claramente paternalista. Parecía que quisiesen ayudar a los «pobres y desgraciados negros» a ser iguales a ellos, pero yo consideraba que aquello no valía la pena.

Lo único que me hizo vibrar durante aquel primer año fue la noticia de que James Baldwin iba a venir a dar una serie de conferencias sobre literatura. Desde que descubrí *Go tell it on the mountain,*[19] había leído todas las obras suyas que pude encontrar. Cuando vino a Brandeis, me apresuré a coger un asiento en primera fila para escucharle. Pero apenas hubieron comenzado las conferencias, nos llegó la noticia de que el mundo estaba al borde de una tercera guerra mundial: se había producido la crisis de los misiles de Cuba.

James Baldwin anunció que no podía continuar sus conferencias sin ir en contra de su conciencia y abdicar de sus responsabilidades políticas. En la universidad comenzó a organizarse una protesta colectiva mientras los estudiantes iban de aquí para allá, aturdidos y silenciosos o bien expresando a gritos su temor de que el mundo pudiera ser destruido en un holocausto nuclear.

Movidos por el pánico, algunos estudiantes tomaron sus coches y se marcharon, con la intención de pasar a Canadá. Es de señalar el marcado

carácter egoísta de su reacción ante la crisis. No les importaba que el pueblo cubano corriese un gravísimo peligro y ni siquiera que, si se producía un conflicto nuclear, pudiesen morir millones de personas inocentes en cualquier parte del mundo. Solo les interesaba su propia seguridad, sus propias vidas. Muchos se iban con su pareja, para aprovechar unas últimas horas de amor.

Cuando tuvo lugar la asamblea, muchos estudiantes se habían ido y no pudieron oír las impresionantes palabras de James Baldwin, Herbert Marcuse (aquella fue la primera vez que le vi) y otros varios profesores y graduados. Todos insistieron en que no había que ceder al miedo ni desesperar, sino presionar al Gobierno para que retirase su amenaza.

Fue agradable sentirme otra vez parte de un movimiento, participar en asambleas, *teach-ins*[20] y manifestaciones. Pero, cuando hubo pasado la crisis, todo volvió a sus antiguos cauces. Durante aquel agitado aunque breve periodo, me aproximé a las personas con las que me parecía tener más cosas en común: los estudiantes extranjeros. Hice amistad con un indio, un hombre bondadoso que tenía ideas muy claras de lo que estaba ocurriendo a nuestro alrededor. Creo que fue mi amistad con Lalit, más que otra cosa, lo que me hizo entender de verdad la interconexión de las luchas por la libertad de todos los pueblos del mundo. Me conmovían profundamente sus descripciones de la increíble miseria del pueblo indio, y no cesaba de pensar en mis hermanos de Birmingham y de Harlem.

También me hice amiga de Melanie, una joven filipina, y de Mac, una mujer sudvietnamita que estaba a punto de ser deportada por su oposición al régimen de Diem. Hacia la misma época, entablé gran amistad con Lani, seguramente porque ambas nos sentíamos como extrañas en Brandeis.

Mantenía una correspondencia regular con Flo Mason, compañera mía del Elisabeth Irwin. No recuerdo de quién fue la idea, pero decidimos ir juntas al Octavo Festival Internacional de la Juventud y los Estudiantes, que había de celebrarse el verano siguiente en Helsinki, Finlandia. Yo deseaba conocer a jóvenes revolucionarios de otros países, pero mi decisión de hacer aquel viaje estuvo motivada también por el deseo de salir de Estados Unidos para obtener una mejor perspectiva de las cosas. Parecía que, cuanto más me alejaba de mi hogar, de mis raíces, más limitada me sentía y más lejos deseaba marcharme.

Durante el resto del curso, trabajé con el fin de ganar dinero para el viaje; hice fichas en los depósitos de la biblioteca, ordené ficheros en el departamento de Biología y trabajé en Chomondeleys, la cafetería del campus, así como en una pequeña tienda de helados de Waltham. Dado que había vuelto a estudiar regularmente, entre los libros y el trabajo no me quedaba tiempo para mucho más. Hasta mi vida social —por entonces salía con un estudiante alemán, Manfred Clemenz— se reducía casi siempre a ir a tomar un café después de una tarde de estudio.

Llegó el mes de junio. Mi beca para el festival exigía hacer algún trabajo voluntario en su cuartel general, situado en Nueva York: mecanografiar, ciclostilar, correspondencia. El avión chárter de Brandeis nos llevó a Londres, ciudad que visité sola durante un día o dos antes de tomar el tren para París. Mi amiga Harriet Jackson tenía que venir a esperarme en la Gare du Nord, pero se produjo una huelga que alteró todos los horarios y me encontré en París sola, sin conocer a nadie y sin la menor idea de cómo localizar a Harriet.

Después de pasar unos días en un sucio hotel del Barrio Latino, explorando la ciudad y leyendo horrorizada las pintadas racistas que aparecían en las paredes de toda la ciudad amenazando de muerte a los argelinos, logré ponerme en contacto con mi amiga. Harriet me había dejado una nota en la American Express, confiando en que se me ocurriría ir allí. Cuando llegó Flo, estábamos instaladas en una pequeña habitación del último piso de un edificio de apartamentos del distrito xvi, tan cerca de la Torre Eiffel que veíamos subir y bajar el ascensor desde nuestro ventanuco. La chambre de bonne la tenía alquilada una amiga de Harriet que estudiaba en París, y nos la dejaba mientras ella estaba fuera.

Para llegar a aquella habitación, y a las otras nueve que había en el piso, debíamos subir los seis tramos de una escalera oxidada, del tipo de las de incendios. Como todas las demás, no tenía agua corriente; en el extremo del corredor había un lavabo muy sucio y un grifo de agua fría. Tenía el espacio justo para una cama, un pequeño armario, una mesa, un colchón neumático y una colchoneta, estos últimos en el suelo. Flo, Harriet y yo nos turnábamos para dormir en las tres «camas». Pensábamos que vivíamos hacinadas hasta que conocimos a nuestras vecinas de la habitación de enfrente, que eran cinco y disponían del mismo espacio que nosotras. Eran

de Martinica: la madre, una mujer delgadita, y sus cuatro robustas hijas, que tenían de catorce a veinte años. Acababan de llegar de su país, y las cinco salían cada mañana en busca de trabajo. Por la tarde volvían sin haber conseguido nada, con un gran cansancio, un poco menos de dinero y, a menudo, contando los horribles incidentes que les habían ocurrido al ser confundidas con argelinas.

Nosotras recorríamos París con entusiasmo, e íbamos a los lugares más baratos y que ofrecían descuentos a los estudiantes: el Louvre, el Museo Rodin, la Comedie Française, donde la entrada nos costó solo un franco y vimos una obra de Molière. En los bulliciosos cafés del bulevar Saint-Michel conocimos a gente que contaba cosas interesantes, relativas, sobre todo, a su aversión por los franceses. Eran africanos, haitianos, antillanos y argelinos. Deambulamos por los restaurantes baratos, frecuentados por los obreros argelinos, en el laberinto de callejuelas del Barrio Latino.

Ser argelino y vivir en París en 1962 equivalía a ser un perseguido. Mientras los argelinos luchaban contra el ejército francés en sus montañas y en las ciudades europeizadas de Argel y Orán, grupos terroristas paramilitares atacaban indiscriminadamente a hombres y mujeres en la capital colonialista solo porque eran o parecían argelinos.

En la capital francesa estallaban bombas en los cafés frecuentados por norteafricanos; aparecían cuerpos ensangrentados en callejuelas oscuras, y las paredes de los edificios y del metro estaban llenas de inscripciones antiargelinas. Una tarde asistí a una manifestación en favor del pueblo argelino delante de la Sorbona. Cuando los *flics* la disolvieron con sus mangueras a presión, mostraron el mismo ensañamiento que los policías blancos de Birmingham que salieron al encuentro del «autobús de la libertad» con mangueras y perros.

Los nuevos lugares y las nuevas experiencias que yo esperaba descubrir en mi viaje resultaron ser los lugares de siempre, las experiencias de siempre, y todos llevaban el mismo mensaje: la necesidad de seguir luchando.

Cuando Harriet se hubo marchado con destino a la Unión Soviética, Flo y yo decidimos espontáneamente visitar Ginebra. Pensábamos ir en tren, pero después nos pusimos de acuerdo con un estudiante suizo que volvía de la Universidad de Wisconsin para hacer autostop. Sin embargo, tuvimos la

mala suerte de salir el 14 de julio —aniversario de la toma de la Bastilla—, por lo que era prácticamente imposible que nuestros planes tuviesen éxito. Llegamos solo hasta el aeropuerto de Orly, en las afueras de la ciudad. Plantamos la tienda del estudiante en un campo, fuimos a cenar al aeropuerto y volvimos a la tienda para pasar la noche; él durmió fuera para vigilar. A la mañana siguiente, las posibilidades de llegar en autostop no eran mucho mayores, y decidimos ir en autocar y en tren hasta Lausana, donde la madre del muchacho nos dio alojamiento por unos días.

Con sus pintorescas casitas construidas en las laderas de las colinas, Lausana era la ciudad más limpia y hermosa que había visto nunca. Entendí entonces por qué los ricos mandan a sus hijos a Suiza.

De Lausana fuimos a Ginebra, y de allí otra vez a París, de donde salimos hacia Finlandia para asistir al festival. La gris y monótona arquitectura de Helsinki, producto de la posguerra, albergaba la poderosa vibración de la juventud que se había congregado allí desde todas las partes del mundo.

Durante los breves quince días del festival se celebraron espectaculares programas culturales, asambleas políticas masivas e innumerables seminarios sobre la lucha en África, en Latinoamérica, en Asia y en Oriente Medio. Para mí, el aspecto más interesante del festival lo constituían las reuniones bilaterales de delegaciones, que permitían un contacto más próximo con los jóvenes de otros países.

El espectáculo cultural presentado por la delegación cubana fue, sin duda, el acto más impresionante. No porque fuese el más elaborado y perfecto, sino porque la interpretación estaba impregnada de un contagioso espíritu revolucionario. Eran los jóvenes de una revolución que no tenía ni tres años de vida. Ante la delegación de Estados Unidos, los cubanos expusieron satíricamente cómo los capitalistas norteamericanos habían invadido su país y los habían despojado totalmente de la soberanía. Presentaron su ataque a los invasores en escenas dramáticas, canciones y bailes. En aquellos días, mucho antes de que saltase sobre el tapete el tema de la liberación de la mujer, vimos cómo las milicianas cubanas defendían celosamente la victoria de su pueblo.

No es fácil describir la fuerza y el entusiasmo de los cubanos. Pero ocurrió un hecho que ilustra su irresistible dinamismo y el efecto que este

tuvo sobre todos nosotros. Al terminar su espectáculo, los cubanos no bajaron el telón. Su «representación» había sido mucho más que un simple espectáculo: algo vivo y real. Si, tras haber bajado el telón, se hubiesen inclinado a saludar para corresponder a los aplausos, habría sido como si su entusiasmo fuese simplemente «arte». Lo que hicieron fue seguir bailando una animada conga, bajar del escenario y mezclarse con el público. Los que nos sentimos arrastrados por los cubanos, por su revolución y por el triunfante batir de los tambores, nos levantamos espontáneamente para unirnos a la conga. Y los demás —los tímidos, quizás incluso los espías— fueron físicamente arrastrados a la danza por los cubanos. Antes de darnos cuenta, avanzábamos bailando la conga —que llegó a Cuba con los esclavos, quienes la bailaban cuando iban encadenados en fila— por el interior del edificio y por las calles de Helsinki. Atónitos, los finlandeses se quedaban mirando a aquellos centenares de jóvenes de todas las razas que danzaban, olvidándose del tráfico, por las calles de su ciudad.

La camaradería constituía el tema dominante del festival, pero no el único. Siguiendo los dictados de la Guerra Fría, la CIA había introducido a sus agentes e informadores en todos los puntos estratégicos del festival, incluida la delegación de Estados Unidos (hecho que fue posteriormente admitido por la propia agencia). Las provocaciones eran frecuentes y tomaban diversas formas. Por ejemplo, unos miembros de la delegación de la República Democrática Alemana fueron secuestrados; se arrojaron bombas de gas lacrimógeno en medio de la gente en varios actos masivos; e individuos del tipo Ángeles del Infierno la emprendieron a puñetazos con los delegados en las calles del centro de Helsinki.

Después de despedirme de mis nuevos compañeros y de pasar unos días con Manfred, mi amigo alemán, volví a Estados Unidos, donde recibí la visita de un agente del FBI.

—¿Qué hacías en ese festival de la juventud comunista? —quiso saber —. ¿No sabes lo que pensamos aquí de los comunistas? ¿No sabes lo que les hacemos a los comunistas?

El recuerdo de las experiencias del verano estaba muy vivo aún cuando inicié mi segundo año en Brandeis, y me hacía sentirme más madura y segura de mí misma. El hecho de conocer a personas de todo el mundo me había hecho ver la importancia que tenía el poder franquear las barreras

superficiales que nos separaban. Una de estas, fácilmente superable, era el lenguaje. Decidí especializarme en francés. Durante aquel curso, me absorbí totalmente en el trabajo: leí a Flaubert, Balzac, Baudelaire, Rimbaud y Proust, los miles de páginas de *En busca del tiempo perdido*... Seguía interesándome mucho Sartre; siempre que tenía ocasión leía esforzadamente sus obras: *La náusea*, *Las manos sucias*, *Los secuestrados de Altona* y el resto de sus obras dramáticas, antiguas y recientes, además de la trilogía *Los caminos de la libertad*. Leí también algunos de sus ensayos filosóficos y políticos, e incluso me atreví con *El ser y la nada*. Dado que había de soportar de un modo u otro el aislamiento de la universidad, decidí aprovecharlo de manera constructiva, y me acostumbré a pasar la mayor parte de mi tiempo libre en la biblioteca o en algún lugar tranquilo con mis libros.

Al principio compartí una habitación con Lani, pero, como las dos preferíamos vivir solas, ella se trasladó a una habitación individual en cuanto hubo una disponible. Tina, una amiga sueca que quería vivir fuera del recinto universitario con un amigo, fingió trasladarse a mi habitación, y así pude gozar de absoluta tranquilidad.

Gwen y Woody, estudiantes ya graduados, se ocupaban de la residencia masculina de Ridgewood. El hecho de ser negros y de tener amigos comunes en Birmingham nos hizo sentirnos próximos incluso antes de conocernos. Cuando ellos querían salir una noche o un fin de semana, yo iba a estudiar a su casa y hacía compañía a su hijo. Y siempre que tenía ganas de hablar, ambos estaban dispuestos a escucharme y aconsejarme.

Aquel año iba transcurriendo en Brandeis tranquilo y aburrido, hasta que la paz satisfecha que reinaba en aquella liberal universidad blanca fue bruscamente rota por la aparición de Malcolm X. Gwen, Woody y yo nos sentamos en la parte delantera del auditorio más grande de toda la universidad, perdidos entre la multitud de estudiantes blancos que esperaban oír a aquel hombre, portavoz del profeta Elijah Mohammed. Este se llamaba a sí mismo enviado de Alá, Dios del islam; se decía elegido por él para revelar su mensaje al pueblo negro de Estados Unidos.

Años atrás, en el Instituto Parker, uno de mis condiscípulos había sido detenido por vender un periódico de los llamados Musulmanes Negros. Era un muchacho de aspecto bondadoso y reservado que hablaba en un suave

tono de voz. Yo había intentado varias veces, sin éxito, entablar conversación con él. Hasta el día siguiente a su detención no me enteré de que existía una organización de Musulmanes Negros a escala nacional. Sin poner en duda la propaganda oficial, acepté la idea de que aquella organización era una extraña secta de gente que despotricaba furiosamente sobre el futuro exterminio de todos los blancos por la mano de Alá, y la consideré, por su misma esencia, incapaz de contribuir a resolver el problema del racismo. Durante mucho tiempo me intrigó el hecho de que aquel compañero mío de clase fuese miembro de los Musulmanes Negros; mi idea estereotipada de estos no concordaba con la sensibilidad del muchacho. Esperaba que terminase su arresto y volviese al instituto para preguntarle quiénes eran en realidad los Musulmanes Negros, pero no volví a verle.

Por fin entró Malcolm en la sala, con paso decidido. Iba impecablemente vestido. Le acompañaban un grupo de hombres y mujeres; ellos iban bien afeitados, vestidos de modo convencional, y ellas llevaban largas y vaporosas túnicas. Su forma de moverse expresaba un sentimiento de orgullo. En silencio, ocuparon sus asientos de las tres primeras filas. Malcolm, con algunos hombres, subió al estrado.

Inició su charla con contenida elocuencia. Habló del islam y de su relación con los negros de Estados Unidos. Me fascinó su explicación del proceso por el cual los negros habíamos interiorizado la idea de inferioridad racial que preconizaba la sociedad dominada por los blancos. Hipnotizada por sus palabras, me sorprendió oírle decir, dirigiéndose directamente al auditorio: «¡Hablo de vosotros! ¡De vosotros! ¡Durante siglos, vosotros y vuestros antepasados habéis violado y asesinado a mi pueblo!». Se dirigía a un auditorio blanco, y me pregunté si Woody, Gwen y los otros cuatro o cinco negros que había allí se sentirían, a partir de aquel momento, tan enormemente desplazados como yo. Malcolm hablaba a los blancos, les acusaba, les recordaba sus pecados, les advertía del Armagedón que había de venir y por el cual serían exterminados todos ellos. Aunque me causaba una cierta satisfacción morbosa el oír que Malcolm reducía a la nada a los blancos, al no ser musulmana me resultaba imposible identificarme con su perspectiva religiosa. No dejaba de pensar que debía de ser magnífico oírle hablar ante un público negro. Para los blancos, escuchar a Malcolm fue

motivo de desorientación e inquietud. Resultó interesante observar que la mayoría de ellos estaban tan ocupados en defenderse, en diferenciarse del negrero y del segregacionista sureño, que no se les ocurrió que podían hacer algo concreto para combatir el racismo.

Algún tiempo atrás, había solicitado una plaza en un programa que organizaba la Universidad Hamilton para estudiar durante un curso en Francia. Cuando se me comunicó que me habían aceptado, emprendí una lucha contra la oficina de becas de Brandeis hasta lograr que la beca de tercer curso me sirviera para mis estudios en Francia, concesión que no tenía precedentes.

Cuando llegaron de París los dos autocares de estudiantes norteamericanos, la ciudad de Biarritz, en el golfo de Vizcaya, cerca de la frontera española, acababa de ser abandonada por los ricos turistas que la habían invadido en verano. Allí íbamos a asistir a un curso preparatorio de Francés. Los pretenciosos casinos situados junto a la playa parecían más decadentes, ahora que se hallaban desiertos, que si hubiesen estado llenos de voraces jugadores veraniegos. Las innumerables tiendas de *souvenirs* que se sucedían en las calles cubiertas de porches estaban vacías de compradores, y daba la sensación de que habían sido saqueadas. Los tenderos parecían desesperados, como si se preguntasen de qué manera iban a seguir adelante durante los próximos meses sin el dinero de los turistas, aunque al mismo tiempo se sintieran aliviados por haber logrado sobrevivir a la marabunta estival.

En mis paseos por las calles de Biarritz, me parecía encontrarme en un lugar que acababa de ser escenario de una gran orgía nocturna. Los últimos asistentes, tambaleándose, se habían marchado, pero nadie había venido aún a limpiar aquel desorden. Los rastros de la orgía veraniega me resultaban embarazosos, como la ropa interior sucia olvidada en un lugar, y al mismo tiempo indignantes. Me parecía verles despilfarrando enormes sumas de dinero sin el menor sentimiento de compasión hacia aquellos cuya esclavitud había creado aquella riqueza.

Poco después de nuestra llegada, ocurrió una cosa curiosa en la ciudad abandonada: se produjo una súbita y masiva invasión de pulgas. Los trabajadores de Biarritz no habían visto nunca nada igual. Durante varios días fue imposible encontrar un solo trozo de tierra o de aire que no

estuviese infestado de pulgas. En nuestras aulas, la voz del profesor apenas se oía a consecuencia del incesante rascar. La gente se rascaba en los cafés, en los cines, en las librerías, e incluso al caminar por la calle. Las personas de piel sensible empezaron a adquirir aspecto de leprosos; tenían los brazos y piernas cubiertos de picaduras infectadas. Como las de todo el mundo, mis sábanas estaban llenas de manchitas de sangre.

Si Ingmar Bergman hubiese hecho una película sobre los turistas que, como agobiantes parásitos, venían a Biarritz, y hubiese incluido en el guion la invasión de pulgas, los críticos habrían afirmado que el simbolismo era demasiado burdo. En aquella ciudad, ocupada en la extraña tarea de recuperarse de los estragos causados por los turistas y las pulgas, en medio de aquel grupo de estudiantes típicamente norteamericanos, todos blancos excepto yo, mi desorientación de siempre volvió a hacerse sentir.

16 de septiembre de 1963

Después de la clase, pedí a los tres o cuatro estudiantes que me acompañaban que me esperasen un momento mientras compraba el *Herald Tribune*. Caminando y atendiendo a la conversación, miré el periódico por encima y vi un titular que decía algo de cuatro muchachas y una bomba en una iglesia. Al principio fui solo vagamente consciente de aquellas palabras. Después, el contenido de la noticia me dejó anonadada. Birmingham. La iglesia baptista de la calle Dieciséis. Los nombres. Cerré los ojos, apretando mucho los párpados, como si pudiese expulsar de mi mente lo que acababa de leer. Cuando volví a mirar, las palabras estaban aún allí, los nombres bien claros en imborrables caracteres negros.

—Carole..., Cynthia... —dije—. Las han matado.

Mis compañeros me miraban perplejos. Incapaz de decir nada más, señalé el artículo y pasé el periódico a una mano que se extendía para cogerlo.

—Las conozco —balbucí—. Son amigas mías...

Una de las chicas dijo, como si repitiese unas palabras previamente ensayadas: —Lo siento. Qué desgracia...

Antes de que hablase, yo estaba a punto de volcar al exterior los sentimientos que había provocado en mí la noticia de aquella bomba, culpable de la muerte de cuatro muchachas negras de mi ciudad natal. Pero los rostros que me rodeaban no expresaban nada. No sabían lo que era el racismo, y el único modo que tenían de comunicarse conmigo en aquel momento era consolarme, como si mis amigas hubiesen muerto en un accidente aéreo.

—Es horrible —dijo uno de ellos. Me aparté bruscamente del grupo, negándome a hacerles partícipes de mi dolor.

Leí una y otra vez los nombres. Carole Robertson. Cynthia Wesley. Addie Mae Collins. Denise McNair. Carole... Su familia y la mía eran amigas desde hacía muchos años. Carole, gordita, de largas trenzas onduladas y rostro dulce, era amiga íntima de mi hermana. Ella y Fania tenían aproximadamente la misma edad. Habían jugado juntas; habían ido juntas a clases de danza, asistido a las mismas fiestecitas. La hermana mayor de Carole y yo habíamos discutido constantemente con nuestras hermanas pequeñas porque estas siempre querían venir con nosotras cuando salíamos con nuestros amigos. Mi madre me contó más adelante que, cuando la señora Robertson se enteró de que había estallado una bomba en la iglesia, la telefoneó a ella, pidiéndole que la acompañase en coche al centro para ir a buscar a Carole. No supo lo ocurrido hasta el momento en que vieron pedazos del cuerpo de la muchacha esparcidos por el lugar.

Los Wesley eran una de las familias que se habían instalado en el lado oeste de la calle Center. Nosotros vivíamos en la calle Once y ellos en la Decimoprimera Avenida. De nuestra puerta trasera a la suya había solo trescientos metros a través de un pasaje cubierto de grava que dividía la manzana en dos. Los Wesley no tenían hijos y, por la forma en que jugaban con nosotros, era evidente que les gustaban los niños. Yo recordaba la época en que Cynthia, siendo muy pequeña, empezó a intimar con los Wesley. La familia de Cynthia era numerosa y muy pobre, y la niña estaba a menudo unos días con los Wesley y después volvía con los suyos. Con el tiempo, las temporadas que pasaba con los Wesley se hicieron más largas, y más cortas las que pasaba con su familia, hasta que al fin, con la aprobación de sus padres, los Wesley la adoptaron de manera oficial. Cynthia iba impecablemente arreglada; su cara parecía siempre recién lavada; sus

vestidos estaban almidonados, y su pequeño bolso hacía juego con sus resplandecientes zapatos. Cuando mi hermana Fania volvía a casa sucia y desarreglada, mi madre le decía a menudo que debía tomar ejemplo de Cynthia. Cynthia era una niña delgada, muy sensible, y aunque tenía cinco años menos que yo, me parecía que su comprensión de las cosas era mucho más madura que la mía. Cuando venía a casa, parecía disfrutar más hablando con mi madre que jugando con Fania.

Denise McNair. Addie Mae Collins. Mi madre había tenido a Denise en el primer curso de la escuela primaria. Addie Mae, aunque no la conocíamos personalmente, podía haber sido cualquier chica negra del barrio.

Cuando me enteré de que las vidas de aquellas cuatro muchachas habían sido segadas de modo tan despiadado, mi dolor fue profundamente personal. Pero después, cuando el dolor y la rabia me permitieron pensar con algo más de claridad, me conmoví al percibir el significado objetivo de aquellos crímenes.

Aquel acto no era una aberración. No era un golpe improvisado por unos cuantos extremistas locos. Al contrario, resultaba lógico, inevitable. Las personas que colocaron una bomba en el lavabo de señoras del sótano de la iglesia baptista de la calle Dieciséis no eran psicópatas, sino productos normales de su ambiente, aunque aquel espectacular y violento suceso, el salvaje descuartizamiento de cuatro muchachas, hubiese roto la rutina diaria, a veces casi monótona, de la opresión racista.

Por más que se lo explicase, las personas que me rodeaban en aquel momento eran sencillamente incapaces de entender aquello. No podían comprender por qué toda la sociedad era culpable de aquel crimen; por qué había también que acusar a su querido Kennedy; por qué toda la clase dirigente de su país, culpable del racismo, era también responsable del asesinato.

Naturalmente, los racistas que colocaron aquella bomba no habían planeado en concreto asesinar a Carole, Cynthia, Addie Mae y Denise. Quizá ni siquiera previeran conscientemente la posibilidad de causar alguna muerte. Lo que se proponían era aterrorizar a la población negra de Birmingham, que había despertado de su sopor y empezaba a participar activamente en la lucha por su liberación; querían destruir aquel

movimiento antes de que arraigase demasiado en nuestras mentes y en nuestras vidas. Esto era lo que querían, y no les importaba si moría alguien o no. Los cuerpos destrozados de Cynthia, Addie Mae, Carole y Denise eran algo accesorio con respecto al objetivo principal; por esto, precisamente, aquellos asesinatos eran aún más abominables que si hubiesen sido planeados a sangre fría.

En noviembre, nuestro grupo se trasladó a París. Me correspondió hospedarme con la familia Lamotte, que vivía en el 13 bis de la calle Duret, cerca del Arco del Triunfo. Con ellos vivían también otras dos estudiantes del programa Hamilton. Jane tenía su habitación en el tercer piso, habitado por el señor y la señora Lamotte y sus tres hijos. Christie y yo compartíamos uno de los dos dormitorios del segundo piso, más pequeño que el otro, que ocupaba la madre del señor Lamotte. Todas las mañanas, aquella señora nos traía una gran bandeja de madera con dos grandes tazones de café con leche, varias rebanadas de una *baguette* tierna y un buen pedazo de mantequilla. Por las noches cenábamos arriba con la familia. Para ir a clase, atravesábamos el antiguo patio pavimentado con guijarros, tomábamos el metro en la estación de la esquina y nos trasladábamos, en los viejos vagones rojos, al Barrio Latino. La mayoría de mis clases tenían lugar en la sección de la Sorbona llamada Instituto de Preparación y de Perfeccionamiento para los profesores de Francés en el extranjero.

En la Sorbona tenía siempre la sensación de estar en una iglesia, por la antigüedad del edificio y por las imponentes columnas que sostenían unos techos extraordinariamente altos, cubiertos de descoloridas pinturas. Aquel ambiente de lugar sagrado imponía un respetuoso silencio a los miles de estudiantes que se movían en él. Mi trabajo en aquella universidad parecía contradecirse con el ambiente. Mis estudios se centraban casi exclusivamente en la literatura francesa contemporánea: asistía a un curso sobre novela, a otro sobre teatro, a un tercero sobre poesía y a un cuarto sobre pensamiento. El único curso que seguía además de estos estaba organizado por el programa Hamilton y consistía en asistir al teatro una vez por semana para después escribir un trabajo y discutir acerca de las obras que habíamos visto. Al terminar el curso, tenía la impresión de haber

asistido a la mayoría de los espectáculos interesantes que se representaban en París, incluyendo la Ópera de Pekín y el Ballet Africano de Guinea.

Cuando llegó a la capital francesa la noticia del asesinato de Kennedy, todo el mundo se precipitó a la embajada de Estados Unidos. La muerte de Kennedy no constituyó ciertamente un motivo de alegría para mí; aunque sus manos no estaban en absoluto limpias (no olvidaba el episodio de la bahía de Cochinos), su desaparición violenta no iba a resolver ningún problema. Además, el vicepresidente texano y sus compinches de los monopolios petrolíferos probablemente no harían más que empeorar la situación de los negros. Sin embargo, me sentía fuera de lugar en la embajada, rodeada por grupos de «norteamericanos en París», y me era difícil identificarme con sus lágrimas. Me pregunté cuántos de ellos habrían llorado o se habrían sentido realmente entristecidos al leer en el *Herald Tribune* la noticia de los asesinatos de Carole, Cynthia, Addie Mae y Denise.

Algún tiempo después asistí a la celebración del Tét vietnamita, acompañando a una amiga invitada. Se habían preparado dos celebraciones de aquel Año Nuevo: una convocada por los sudvietnamitas que seguían fieles a Diem, y la otra por los norvietnamitas y por los socialistas y otros miembros de las fuerzas de oposición del sur. Nosotras asistimos a esta última, que tenía lugar en un enorme estadio, en un barrio obrero de París. Fue un magnífico espectáculo de siete horas de duración, formado por canciones, piezas dramáticas, números acrobáticos y creaciones satíricas que estaban en conjunto impregnados del vigor de la lucha y llevaban un mensaje que no requería el conocimiento de la lengua para ser entendido. Como los miles de vietnamitas que llenaban el estadio, yo estaba encantada con el espectáculo, pero una y otra vez me devolvían a la brutal realidad las sátiras contra el Gobierno de Estados Unidos y su ejército. Las risas y aplausos más vehementes y prolongados acompañaban siempre la aparición de un actor vestido de soldado norteamericano, que era objeto de chistes y burlas y que, en los episodios más dramáticos, siempre resultaba vencido.

Aunque estaba a punto de graduarme en Literatura francesa, lo que realmente quería estudiar era Filosofía. Me interesaba Marx, así como sus predecesores y sus sucesores. Durante los últimos años, siempre que tenía tiempo leía filosofía por mi cuenta. No lo hacía con ningún propósito

concreto, sino solo porque me producía una sensación de seguridad y bienestar el conocer las opiniones de algunos pensadores sobre cosas tan importantes como el universo, la historia, los seres humanos, el conocimiento.

Durante mi segundo año en Brandeis había conseguido un ejemplar de *Eros y civilización*, de Herbert Marcuse, que tras gran esfuerzo logré leer hasta el final. Aquel curso, Marcuse daba clases en la Sorbona. Cuando llegué a París, al año siguiente, él estaba ya de vuelta en Brandeis, pero los estudiantes de la Sorbona estaban aún entusiasmados con sus magníficas clases. Cuando volví a Brandeis, el primer semestre de mi último curso me obligaba a preparar tantas asignaturas de francés que no pude matricularme oficialmente en el curso de Marcuse sobre el pensamiento político europeo a partir de la Revolución francesa. No obstante, asistí a cada una de sus clases, cuidándome bien de ocupar un asiento en alguna de las primeras filas. Los pupitres del aula estaban dispuestos en torno a la tarima en niveles progresivamente más altos, al estilo de la sala de la Asamblea General de la ONU. Cuando Marcuse subía al estrado, situado en el nivel inferior del aula, su presencia lo dominaba todo. Había en él algo que imponía, que provocaba el silencio y la atención totales desde el mismo momento en que aparecía, antes de pronunciar una sola palabra. Los estudiantes sentían por él un extraño respeto. No solo se concentraban en lo que decía durante la hora de la clase, mientras él hablaba paseando de un lado a otro, sino que, al sonar el timbre, si Marcuse no había terminado, nadie empezaba a recoger sus papeles hasta que él acababa de hablar.

Un día, poco después de empezar el semestre, reuní el valor suficiente para solicitar una entrevista con él. Había decidido pedirle que me ayudase a elaborar una bibliografía filosófica básica. Suponía que habría de esperar varias semanas para verle, y quedé sorprendida cuando me dijeron que iba a recibirme aquella misma tarde.

Desde lejos, Marcuse parecía inasequible. Supongo que su estatura, su cabello blanco, su marcado acento, su actitud de gran confianza en sí mismo y sus extensos conocimientos le hacían parecer un personaje intemporal, el arquetipo del filósofo. Visto de cerca, era un hombre de mirada viva y chispeante, de sonrisa sencilla y espontánea.

Le expliqué lo que me había llevado a hablar con él. Le dije que tenía la intención de estudiar Filosofía después de graduarme, quizás en la Universidad de Frankfurt, pero que mis lecturas sobre la materia no habían sido en absoluto sistemáticas (no había prestado la menor atención a las circunstancias nacionales o históricas). Y le pedí que me diese, si no era demasiado, una lista de obras por el orden en que yo debía leerlas. También le pedí permiso para participar en su seminario para graduados sobre la *Crítica de la razón pura*, de Kant.

—¿Está segura de que quiere estudiar Filosofía? —me preguntó lentamente, subrayando cada palabra con gravedad, como si se tratase de la iniciación a una sociedad secreta de la cual, una vez que se entraba, ya no se podía salir. Temí que responder simplemente «Sí» resultara pobre y banal.

—Al menos, quiero ver si soy capaz. —Fue lo único que se me ocurrió decir.

—En ese caso, debería empezar por los presocráticos, y seguir con Platón y Aristóteles. Vuelva la semana que viene y hablaremos de los presocráticos.

Yo no tenía idea de que mi modesta petición me daría la oportunidad de tener unas interesantes discusiones semanales sobre los filósofos que él me indicó, discusiones que me dieron una imagen mucho más viva y atrayente de la historia de la filosofía que la que me habría proporcionado un árido curso de introducción a la materia.

Poco después de la llegada al poder de los nazis en Alemania, Marcuse emigró a Estados Unidos junto con el grupo de intelectuales que habían fundado el Institut für Sozialforschung (Instituto de Investigaciones Sociales). Entre ellos estaban Theodor Adorno y Max Horkheimer. Continuaron su trabajo durante varios años en nuestro país y, después de la derrota del fascismo, volvieron a crear el instituto como parte integrante de la Universidad de Frankfurt. Yo tuve noticia por primera vez de los trabajos del instituto a través de Manfred Clemenz, el estudiante alemán al que había conocido en mi primer año en Brandeis. Durante el verano que siguió a mis estudios en Francia, pasé unas semanas en Frankfurt, donde asistí a unas conferencias de Adorno y conocí a algunos estudiantes. En aquel momento, mis conocimientos de alemán eran mínimos, pero mis amigos me traducían al inglés o al francés los puntos esenciales de las conferencias. Más adelante

leí todas las obras de Adorno y de Horkheimer que habían sido traducidas a aquellos dos idiomas, además de las de Marcuse. Así me familiaricé con el pensamiento de los tres, que se conocía, en conjunto, con el nombre de «teoría crítica».

Durante aquel último año en Brandeis, decidí solicitar una beca para estudiar Filosofía en la Universidad de Frankfurt. Marcuse confirmó mi idea de que aquel era el mejor lugar que podía elegir, dado mi interés por Kant, Hegel y Marx. Dediqué los meses que quedaban del año escolar a prepararme intensamente en filosofía y alemán, y a realizar los últimos trabajos para mi graduación, entre ellos, una tesis acerca de la actitud fenomenológica que creía haber descubierto en las obras del novelista francés contemporáneo Alain Robbe-Grillet. El trabajo más satisfactorio y estimulante de todos era el seminario para graduados sobre la *Crítica de la razón pura*, dirigido por Marcuse. El estudiar detenidamente, durante varias horas, un pasaje en apariencia incomprensible hasta llegar a entenderlo de pronto, me causaba una satisfacción que nunca había experimentado antes.

A mis padres no les complacía demasiado la idea de que volviese a irme al extranjero, sobre todo porque no había decidido aún cuánto tiempo iba a pasar en Alemania. Sin embargo, se sintieron en extremo orgullosos cuando, en la ceremonia de la graduación, oyeron mi nombre entre los de los estudiantes más destacados (los Phi Beta Kappa[21] y los *magna cum laude*). Entregué a mi madre los diplomas, títulos y medallas, llenamos mis maletas con las cosas que había acumulado durante los últimos cuatro años y emprendimos el regreso. Dejamos a mi amiga Celeste en Providence y tomamos la carretera que nos llevaría a Birmingham.

Por el camino, nos detuvimos en una tienda de licores en la que mi padre compró unas botellas de *bourbon* para llevarlas a casa. En las tiendas de licores de Alabama, controladas por el Gobierno del estado, se vendían solo las marcas aprobadas por este. (Siempre creímos que el propietario de la destilería que elaboraba todas las marcas autorizadas era algún pariente de Wallace, pues no se encontraban más que en Alabama). Llegamos a Tennessee muy tarde, pero decidimos seguir hasta Birmingham sin detenernos a dormir, pues sabíamos que no encontraríamos un motel regentado por negros en el que pudiésemos alojarnos.

Hacia las dos de la madrugada, cuando atravesábamos un pueblo de Tennessee, oímos detrás de nosotros el alarido de una sirena. El policía, un hombre gordo que masticaba tabaco, nos dijo sonriendo estúpidamente, con el acento de los blancos de la región: «Van demasiado aprisa. Bajen del coche». No apartaba la mano de la pistolera. Yo pensaba en las cosas que había oído contar acerca de personas, negros o blancos del norte, que desaparecían durante varias semanas, a veces para siempre, en las comisarías de aquellos pueblos. El policía registró la parte delantera del coche y le ordenó a mi padre que abriese el maletero. Al ver las maletas, pareció sorprendido y preguntó enseguida de dónde veníamos. Cuando mi padre le dijo que venía de la ceremonia de graduación de su hija, el hombre cambió un poco su actitud y adoptó un tono más grave. Pero al ver el *bourbon*, se le iluminaron los ojos.

—En este condado está vigente la ley seca, ya lo saben. No está permitido tener licor en toda la jurisdicción.

—Las botellas están cerradas —dijo mi padre—. Y solo estamos de paso por el condado.

—Es igual. Aquí rige la ley seca y no se puede tener licor de ninguna manera. Esto les puede costar a todos treinta días de cárcel. Y el juez está fuera; no vendrá hasta la semana que viene. Me parece que tendrán que esperar en comisaría hasta que vuelva.

Cuando mi padre dijo que iba a ponerse en contacto con su abogado, el policía dijo: —Miren, les voy a hacer un favor. Voy a tratarlos como si fuesen de aquí. Suban al coche y síganme. —Luego se llevó el licor al coche patrulla.

Convencidos de que nos dirigíamos a la comisaría de policía y sabiendo que sería fatal intentar escapar, seguimos al coche del policía por unas oscuras calles. Cuando se detuvo, no vimos nada que tuviese el menor parecido con una comisaría. Nos hallábamos en un callejón sin asfaltar, y el policía estaba abriendo la puerta de un garaje. Aunque no era la primera vez que nos veíamos en un apuro como aquel, todos estábamos inquietos.

—Davis —dijo mi madre—, me parece que no deberías entrar ahí. Cualquiera sabe lo que va a hacer ese hombre». Pero mi padre no parecía asustado en absoluto; lo cierto es que nunca le he visto tener miedo de nada. Siguió al policía al interior del garaje, mientras nosotras esperábamos en el

coche, con el alma en vilo. Al cabo de un rato, que nos pareció larguísimo, papá salió del garaje con una sonrisa sarcástica. Mientras ponía en marcha el coche, nos explicó: «Todo lo que quería ese hombre era el licor y veinte dólares». Se trataba de un pequeño chantaje que hacía probablemente a todos los negros que encontraba de paso por el pueblo. De no haberle entregado los veinte dólares, el castigo sufrido habría sido seguramente mucho peor que los treinta días de cárcel.

Cuando me embarqué con destino a Alemania, Watts estaba en plena revuelta. Sentí otra vez aquel viejo dilema, la tensión de la cabeza de Jano; me resultaba difícil marcharme del país en aquel momento. Sin embargo, nueve o diez días después estaba al otro lado del océano. Mi beca consistía en el precio del pasaje y cien dólares mensuales para alojamiento, comida, transportes, libros y cualquier otra necesidad. Al recorrer la ciudad en busca de habitación, en todas las agencias me decían: «*Es tut uns leid, aber wir haben keine Zimmer für Ausländer»* («Lo sentimos, pero no tenemos habitaciones para extranjeros»). Y su actitud significaba claramente: «Nuestras habitaciones están reservadas para los arios».

Para la historia, veinte años no son mucho tiempo; la mitad de las personas que veía por las calles, prácticamente todos los adultos, habían vivido la época de Hitler. Y en la Alemania Occidental, a diferencia de la República Democrática, no había habido ninguna campaña sistemática contra las actitudes fascistas y racistas que tan arraigadas estaban en la población.

Por fin, después de varios días de consultar los anuncios del *Frankfurter Allgemeine*, encontré una pequeña habitación cerca del zoológico, en el último piso de un edificio de apartamentos construido después de la guerra. Era semejante a la *chambre de bonne* en la que había vivido en París. La familia propietaria del apartamento donde estaba mi habitación parecía ser excepcional con respecto a la inmensa mayoría de los alemanes occidentales. Mostraban interés y preocupación por la situación de los negros en Estados Unidos, y nunca dejaban de establecer los oportunos paralelismos entre la opresión nazi contra los judíos de su país y la represión que sufrían los negros en el mío. Me invitaban muchas veces a su casa, donde cenábamos y charlábamos. En los primeros tiempos, cuando mi

alemán era muy defectuoso, aquellas conversaciones me ayudaban a perfeccionarlo.

Durante las primeras semanas de clase, no entendí una palabra de lo que decía Adorno. No solo porque era difícil captar sus ideas, sino porque hablaba un alemán muy especial, lleno de aforismos. Fue un consuelo ver que la mayoría de estudiantes alemanes que asistían a sus clases por primera vez tenían casi tantas dificultades en seguirle como yo.

Vi a antiguos amigos de mis anteriores viajes a Europa, e hice nuevas amistades. Fue un gran alivio descubrir que no lejos de mi casa vivía un joven negro, originario de Indiana, que había sido destinado a Frankfurt por el ejército y había decidido quedarse allí para proseguir sus estudios de Literatura en la universidad. Fuimos buenos amigos durante toda mi estancia en Alemania. Conocí también a un grupo de estudiantes haitianos, a un sudafricano negro y a dos parejas que, como yo, habían venido de Estados Unidos a estudiar con Adorno.

Pagaba por mi habitación ochenta marcos al mes, prácticamente la cuarta parte de los cien dólares que tenía para vivir. De manera casi inevitable, cuando se acercaba el fin de mes, no comía otra cosa que *quark* (especie de queso entre el yogur y el requesón), y tenía que escribir a mis padres, pidiéndoles que me mandasen unos cuantos dólares para resistir hasta la llegada del siguiente cheque. Fue un gran alivio para mi economía encontrar una habitación mucho más barata que la anterior en la Adalbertstrasse, cerca de la universidad. Estaba situada en un gran y antiguo edificio de ladrillo rojo, muy destartalado, una fábrica en desuso que el propietario debía de alquilar, supongo, para ahorrarse el sueldo de un vigilante. Los tres pisos de un ala del edificio estaban ocupados por un escultor que hacía enormes figuras abstractas de metal que guardaba en el patio. En el ala a la que me trasladé vivían un grupo de estudiantes, todos tan pobres como yo. El alquiler de aquella ala de la fábrica, que dividíamos entre todos, ascendía a setenta y cinco marcos al mes (menos de veinte dólares); allí podían acomodarse bastante bien hasta cinco personas, en las pequeñas habitaciones que habían servido de oficinas cuando la fábrica estaba en funcionamiento.

Era un edificio antiguo, abandonado y en mal estado. Los suelos de cemento estaban sucios; no había duchas, ni agua caliente, ni calefacción

central. Solamente disponíamos de unas antiguas estufas de carbón. Pero pagando solo unos cinco dólares al mes de alquiler y algunos más para carbón durante el invierno, podía comer un poco mejor —hasta lograba comprar carne un par de veces por semana—, y comprarme más libros y una blusa nueva de vez en cuando. Como en toda Europa, los estudiantes podían asistir a todos los actos culturales con mucho descuento; por unos cincuenta centavos podía ver una película o ir al teatro, a la ópera, a ver un ballet o a un museo.

Durante la primavera de mi primer año en Frankfurt, todos los estudiantes que habían recibido becas del programa de intercambio tenían derecho a realizar un viaje pagado a Berlín, desde cualquier ciudad alemana en la que residiesen. Ansiosa por visitar la Alemania socialista, me pasé la mayor parte del tiempo en Berlín, capital de la República Democrática Alemana. Cada día atravesaba el Checkpoint Charlie, la línea fronteriza para las personas con pasaporte de países capitalistas. Había allí siempre largas colas de turistas blancos norteamericanos, deseosos probablemente de visitar la Alemania Oriental para anunciar a sus amistades que habían visto el otro lado del «muro», y para poder decir, con las agresivas palabras de Kennedy, *«Ich bin ein Berliner»* («Soy un berlinés»), es decir, estoy dispuesto a combatir el comunismo. Los turistas se quejaban siempre de la larga espera, pero yo no tuve nunca ningún problema; cada vez que atravesaba la línea, se me indicaba que podía pasar poco después de haber presentado el pasaporte. Era una forma de mostrar su solidaridad con los negros.

Claudia y el cuñado de Margaret Burnham, Bob, habían pasado por Frankfurt recientemente, hospedándose por unos días en la fábrica donde yo vivía. Después se fueron a Berlín, para estudiar en el Teatro Brecht. Bob me presentó a varias personas de la RDA que me enseñaron la ciudad. En el mismo edificio de Bob vivían un grupo de cubanos, el director del ballet nacional y varios ayudantes suyos. Me asombró su juventud: tanto el director como sus acompañantes tenían poco más de veinte años. Me hablaron de sus esfuerzos por integrar más plenamente los elementos africanos de la cultura cubana en sus danzas clásicas, y me explicaron cómo fomentaban las antiguas danzas yorubas, que, antes de la revolución,

estaban relegadas a las recónditas zonas del país donde los negros conservaban aún tradiciones africanas.

Esther y James Jackson, antiguos amigos de mis padres en Birmingham, estaban también en Berlín por aquellos días. Jim, delegado de asuntos internacionales del Partido Comunista de Estados Unidos, representaba al partido en la celebración del 1 de Mayo. Pasé una velada con ellos. Hablamos de los viejos tiempos, de cuando Jim estaba en la clandestinidad, y de mi incomprensión infantil ante aquellos siniestros hombres blancos que nos seguían por todo Nueva York a fin de dar con él. Jim se contaba entre los afortunados que no fueron descubiertos por el FBI. Hablamos también de la transformación socialista de la RDA y de la activa campaña que tenía lugar en el país contra los restos de fascismo que quedaban en la mentalidad del pueblo. Al día siguiente, presencié el desfile y participé en las celebraciones conmemorativas del 1 de Mayo. Después volví a pasar por el Checkpoint Charlie, con intención de tomar el avión para Frankfurt.

Cuando la policía de la Alemania Occidental me comunicó que iba a ser detenida en el aeropuerto, estuve segura de que me acusarían de tener demasiados amigos en la RDA y, naturalmente, en aquello estaban en lo cierto. Pero, según me dijeron después, la razón por la que no me permitían subir al avión estribaba en que no había comunicado a la policía de Frankfurt mi cambio de domicilio unos meses atrás, y en que no me había inscrito en la comisaría de policía de mi nuevo distrito. Nunca pude acostumbrarme a la increíble complicación burocrática en la que uno debía enredarse solamente para hacer cosas normales y corrientes. Todas las personas, alemanas o extranjeras, que no estuviesen inscritas en la comisaría de policía más cercana —y no eran comisarías de policía lo que faltaba en Frankfurt— podían, teóricamente, ser detenidas, incluyendo a aquellas que pasaban en la ciudad unos días y se hospedaban en casa de algún amigo. Yo me había inscrito al alquilar la primera habitación (el trámite se llama *Anmeldung*, notificación de llegada), pero no se me había pasado por la cabeza la idea de anunciarles que cambiaba de domicilio (*Ausmeldung*) ni la de volver a efectuar la *Anmeldung* en la comisaría de la Adalbertstrasse. Los policías que me detuvieron no bromeaban; hablaron incluso de deportarme. Tardé varias horas en convencerles de que mi descuido había sido involuntario. Cuando por fin permitieron que me

marchara, dejando en pie la amenaza de deportación si no regularizaba mi situación al día siguiente ante la policía de Frankfurt, yo seguí convencida de que aquella detención era una pequeña represalia por mi visita a la RDA.

Mi estancia en Frankfurt fue una experiencia intelectual muy intensa. Participé en interesantes clases y seminarios dirigidos por Theodor Adorno, Jürgen Habermas, el profesor Haag, Alfred Schmidt y Oscar Negt, y conocí obras formidables, como las tres *Críticas* de Kant y los escritos de Hegel y Marx (en un seminario, nos pasamos un semestre entero analizando unas veinte páginas de la *Lógica* de Hegel).

La mayoría de los estudiantes que vivían en la fábrica estudiaban Filosofía o Sociología. Muchos eran miembros de la SDS (Sozialistischer Deutscher Studentenbund), la Liga de Estudiantes Socialistas Alemanes. Todos ellos hacían serios esfuerzos por encontrar una forma de resistencia práctica capaz de derrocar algún día el sistema al que se oponían. Además de ocuparse de las contradicciones sociales en su país, hacían cuanto podían por crear entre los miembros de la liga una conciencia internacionalista. Participé en reuniones y manifestaciones contra la agresión norteamericana a Vietnam. Los que no éramos ciudadanos alemanes debíamos tener más cuidado aún, pues seríamos expulsados con toda seguridad del país en caso de ser detenidos. Una manifestación que tuvo lugar ante la embajada de Estados Unidos fue especialmente peligrosa. Los manifestantes, que gritaban «¡Yanquis fuera, yanquis fuera, yanquis fuera de Vietnam!» y «¡Ho, Ho, Ho Chi Minh!», fueron atacados casi inmediatamente por la policía montada. Una joven fue pisoteada por los caballos. Esperábamos aquel ataque y habíamos decidido previamente ofrecer resistencia. Aplicamos, pues, la táctica que se había acordado: actuar y correr. El plan era avanzar por una avenida que llevaba al centro de la ciudad, interrumpiendo al mismo tiempo la marcha del tranvía. Mientras los manifestantes bajaban por la avenida, por las aceras, un pequeño grupo se separaba de ellos para ir a sentarse unos momentos en las vías del tranvía. Observando el avance de la policía, esperaban hasta el último momento para correr a refugiarse entre la masa de los manifestantes, aunque no todos conseguían ponerse a salvo. Cuando me tocó a mí sentarme ante el tranvía, tuve que asegurarme de correr aprisa para volver a confundirme con el grueso de la manifestación, pues no quería que los tribunales de la

Alemania Occidental levantasen una acusación contra mí. Después de varias horas de interrumpir la circulación del tranvía y de un considerable número de detenciones, llegamos a la Hauptwache, el centro de la ciudad, donde escuchamos unas estimulantes palabras de Rudi Dutschke, presidente de la SDS, que más adelante había de ser víctima de un atentado: recibió un balazo en la cabeza de manos de un aspirante a asesino que dijo haberse inspirado en el asesinato de Martin Luther King.

Hacia el final de mi segundo año, una manifestación estudiantil masiva organizada en Berlín por la SDS como protesta por la visita del sah de Irán, fue atacada por la policía de seguridad de este, secundada por la de Berlín Occidental. La represión fue tan violenta que resultó muerto un estudiante, Benno Ohnesorg, el cual asistía por primera vez a un acto de protesta política. En toda la Alemania Occidental, la respuesta fue rápida y enérgica. En Frankfurt se produjeron asambleas masivas, *teach-ins* y manifestaciones.

Me impresionó la seriedad y eficacia del movimiento estudiantil cuando tuve noticia de la campaña que la SDS había desarrollado en Berlín contra la película *Africa addio*, dirigida por dos *playboys* romanos y que versaba sobre la expulsión de los colonialistas de África. No solo aquella película era completamente racista —pues trataba a quienes luchaban por la liberación africana como agresores de los inocentes, cultos y civilizados blancos—, sino que los directores llegaron al punto de organizar matanzas auténticas para filmar escenas documentales. Miembros de la SDS causaron destrozos en un cine que se negó a boicotear el filme.

En Alemania, estudiantes y obreros se incorporaban masivamente a la protesta política. Al mismo tiempo, en Estados Unidos se producían grandes trastornos.

Yo había tomado la decisión de estudiar en Frankfurt en 1964, cuando en mi país existía una relativa tranquilidad política. Pero, al emprender el viaje, en verano de 1965, miles de hermanas y hermanos míos gritaban en las calles de Los Ángeles que ya habían respetado durante bastante tiempo, durante demasiado tiempo, las reglas del juego.

Watts ardía, estallaba. Y de las cenizas de Watts nacía, como el ave fénix, una nueva militancia negra.

Mientras yo estaba muy lejos, en Alemania Occidental, el movimiento de liberación de los negros experimentaba transformaciones decisivas. La consigna «Poder Negro» surgió en el transcurso de una marcha realizada en Misisipi. Las organizaciones cambiaban. El SNCC (Comité Coordinador de Estudiantes No Violentos), una importante organización de lucha por los derechos civiles, se convertía en la principal defensora del Poder Negro. El CORE (Congreso para la Igualdad Racial) sufrió transformaciones similares. En Newark se había organizado una Asamblea del Poder Negro de alcance nacional. En asociaciones políticas, sindicatos, iglesias y otras organizaciones se formaban grupos de negros que defendían sus reivindicaciones específicas. Las protestas y revueltas se generalizaban.

Mientras estudiaba Filosofía en Frankfurt y trabajaba en la retaguardia de la SDS, unos jóvenes negros de Oakland, California, habían decidido empuñar las armas para proteger a los habitantes de la comunidad negra de aquella ciudad contra la indiscriminada brutalidad policial que asolaba la zona. Huey Newton, Bobby Seale, Bobby Hutton eran algunos de los nombres que me llegaban. Un día, en Frankfurt, leí cómo habían entrado en la Asamblea Legislativa de California, en Sacramento, con las armas en la mano, para afirmar su derecho —un derecho reconocido a todos los blancos — a llevarlas como instrumento de autodefensa. Dicha organización se llamaba Partido de los Panteras Negras para la Autodefensa.

Cuanto más se intensificaban las luchas en mi país, más frustrada me sentía por verme obligada a contemplarlas como espectadora. Avanzaba en mis estudios y profundizaba mi comprensión de la filosofía, pero me sentía cada vez más aislada. Estaba tan lejos del escenario de la lucha que no podía siquiera analizar sus episodios. No tenía ni la visión ni los elementos necesarios para juzgar qué corrientes del movimiento popular eran progresistas y genuinas y cuáles no lo eran. Estaba tratando de mantener un equilibrio difícil, y cada vez me costaba más sentirme partícipe de la toma de conciencia colectiva de mi pueblo.

Estoy segura de que lo que yo sentía era una variante y un reflejo de los mismos sentimientos que debían de experimentar, cada vez con mayor intensidad, muchos negros que se encontraban en el extranjero. Cada vez que se producía una nueva sacudida en Estados Unidos, muchos hermanos

míos debían de sentirse apenados al tener que enterarse de ella por el periódico.

Creía que mi dilema estaba claro: el deseo de luchar en mi país era incompatible con la necesidad de permanecer en Frankfurt hasta doctorarme (pues estaba convencida de que esta ciudad era el lugar más adecuado para mis estudios de Filosofía). Pero cada día se me hacía más evidente que mi capacidad de hacer algo dependía directamente de mi capacidad de participar en la lucha.

Adorno había accedido gustosamente a dirigir mi trabajo para la tesis doctoral, pero ahora estaba segura de que me sería imposible quedarme más tiempo en Alemania. Dos años ya eran suficientes. Concerté una entrevista con Adorno en el instituto y le expliqué que debía volver a mi país. Por carta, Marcuse me había dicho que estaba de acuerdo en trabajar conmigo en la Universidad de California en San Diego, donde había aceptado un puesto después de haber sido prácticamente expulsado de Brandeis por razones políticas. Yo deseaba continuar mi trabajo académico, pero sabía que no podría hacerlo si no me comprometía en una actividad política. La lucha era vital, pues constituía nuestra única esperanza de sobrevivir. Tomé la decisión y fijé la fecha del viaje.

---

19 Hay traducción castellana: *Ve y dilo en las montañas*, Editorial Lumen, Barcelona, 1972. *(N. del E.)*

20 Asambleas que tienen lugar en alguna facultad universitaria, con debates y conferencias sobre temas específicos, fuera del plan de estudios, como forma de protesta (originariamente, contra la guerra de Vietnam). *(N. del E.)*

21 Hermandad norteamericana de estudiantes fundada en 1776, a la que pertenecen de manera vitalicia los universitarios con altos méritos académicos. *(N. del E.)*

CUARTA PARTE

Llamas

«Devoradores del fuego del sol,
pondremos cerco a la alta cúpula blanca,
cubriremos los gritos con nuestras alas sagradas:
en esos días seremos terribles»

Henry Dumas

Era el verano de 1967. En mi viaje de regreso a Estados Unidos, me detuve en Londres para asistir a un acto en el que iban a hablar varias personalidades, entre las que destacaban Marcuse y Stokely Carmichael. Me alegró encontrarme con Herbert y con su esposa, Inge, a quienes no había visto desde hacía tiempo. Además, me interesaba mucho oír a Stokely. Dicho acto,[22] organizado en torno al tema «Dialéctica de la liberación», se celebraba en una enorme plataforma giratoria de ferrocarril, a la que llamaban Roundhouse, situada en Chalk Farm. El público era un insólito conglomerado de teóricos marxistas, filósofos, sociólogos y psicólogos, activistas políticos radicales, *hippies* y militantes del Poder Negro. En el enorme edificio, de aspecto parecido al de un almacén, con el suelo cubierto de serrín, el aire olía fuertemente a marihuana, y se decía que uno de los que iban a hablar —un psicólogo— había tomado ácido. Stokely Carmichael y Michael X, militante de las Antillas y dirigente de las luchas de su pueblo en Londres, eran las dos figuras centrales del reducido grupo de negros presentes.

Mi peinado al estilo «afro», que por entonces era aún poco corriente, me identificaba como simpatizante del Poder Negro. Inmediatamente vinieron a hablar conmigo los miembros del grupo de Michael y Stokely.

Entre conferencia y conferencia, pasé el tiempo con ellos. Les acompañé a mítines en los guetos londinenses y les ayudé en alguna ocasión a reunir a la gente. Me sorprendió ver hasta qué punto las comunidades de las Antillas en Londres eran reflejo de las comunidades negras de Estados Unidos. Aquella gente, cálida, entusiasta, receptiva, buscaba también alguna forma de resarcirse de todo lo sufrido. Al igual que en Estados Unidos, existía la comprensible tendencia a identificar al blanco con el enemigo. Tendencia lógica, dado que la inmensa mayoría de los blancos, tanto en Estados Unidos como en Inglaterra, han sido representantes del racismo, que solo beneficia en realidad a unos pocos de ellos, a los capitalistas. Como los blancos muestran actitudes racistas, los negros tienden a ver al enemigo en ellos y no en las formas institucionalizadas de racismo, las cuales, aunque reforzadas por los prejuicios de la mayoría, solo sirven fundamentalmente a los dirigentes de los grupos dominantes. Si se considera a los blancos como enemigos, sin distinción alguna, resulta prácticamente imposible elaborar

una solución política del problema. En todo esto pensaba mientras se desarrollaban las conferencias. Durante mi breve estancia en Londres aprendí más sobre el nuevo movimiento aparecido en esta ciudad que en todas mis lecturas acerca del tema. Por ejemplo, aprendí que, mientras la respuesta de los negros al racismo fuese puramente emocional, no iríamos a ninguna parte. Como tampoco nos llevarían a ninguna parte, a la larga, las peleas del patio del Instituto Parker o los esporádicos y ciegos estallidos de cólera de quienes caían bajo las porras de la policía, en Alabama.

Reconozco que, mientras oía hablar a Stokely con palabras aceradas como cuchillos, acusando al enemigo como yo nunca lo había visto antes, sentía el poder catártico de cuanto decía. Pero también me preguntaba cuáles habían de ser los pasos siguientes, hacia dónde habíamos de dirigir nuestra lucha. Me preocupó mucho descubrir que algunos dirigentes negros rechazaban totalmente el marxismo por considerarlo «cosa de blancos». Yo tenía claro desde hacía mucho tiempo que, para alcanzar sus objetivos finales, la lucha por la liberación de los negros tendría que formar parte de un movimiento revolucionario que englobase a todos los trabajadores. También me parecía claro que este movimiento debería ir hacia el socialismo. Y sabía que los negros —los obreros negros— tenían un papel importante que jugar en la vanguardia de la lucha general. Me decepcionó, pues, ver que la actitud nacionalista de aquellos dirigentes implicaba una fuerte resistencia al socialismo. Pero me animó saber que Stokely iba a hacer un viaje a Cuba. Supuse que el hecho de ver allí a negros, mulatos y blancos construyendo juntos una sociedad socialista le obligaría a reconsiderar su posición. Le pregunté cómo podría ponerme en contacto con el movimiento en California del Sur, y él me dio la dirección de Tommy J., un dirigente de Los Ángeles. Aquella dirección estaba en Watts.

Cuando llegué a California del Sur, semanas después, una de las primeras cosas que hice fue ir a la dirección que me había dado Stokely. Pero aquel número no existía. Después de llamar desesperadamente a una puerta tras otra, vi que nadie en la vecindad había oído hablar nunca de Tommy J. Como yo deseaba vivamente asumir un compromiso político regular, me deprimió mucho no poder encontrar a aquel hermano. De mala gana me dirigí a San Diego, sin ningún contacto ni información concreta sobre el movimiento en aquella región.

En San Diego, las únicas personas que conocía eran estudiantes graduados del departamento de Filosofía, que estaban allí, en su mayor parte, a causa de Marcuse. Ricky Sherover y Bill Leiss, por ejemplo, se hallaban en Brandeis, ya como graduados, durante mi último curso en esta universidad, y habían seguido a Marcuse a la de San Diego. Pero conseguí los números de teléfono de dos dirigentes negros: el director de una organización juvenil de San Diego y otro militante del que más tarde supe que era miembro del Partido Comunista.

Telefoneé al primero.

—Me llamo Angela Davis —le dije—. Acabo de llegar a San Diego para estudiar Filosofía en la universidad. He estado dos años en el extranjero, y quiero ayudar en todo lo que pueda al movimiento negro de aquí, Una persona me ha dado tu nombre y tu teléfono...

Al final de mi pequeño parlamento solo hubo silencio. No me di cuenta entonces de lo que debí de parecerle a mi interlocutor: una adolescente atolondrada, una confidente deseosa de infiltrarse... El silencio se prolongó durante unos momentos, y finalmente él prometió que me llamaría pronto para invitarme a una reunión. Percibí poco entusiasmo en su voz y, al colgar el aparato, no esperaba realmente saber nada más de él. Y así fue.

Pasaban los días lentamente, y se hacían cada vez más remotas mis posibilidades de integrarme pronto en la comunidad negra de San Diego. A veces me sentía tan frustrada que me ponía al volante del coche, me iba a esta localidad sin ningún motivo especial, subía a Logan Heights, donde vivía la mayor parte de la población negra, e iba de aquí para allá sin objeto, sumida en mis reflexiones, pensando en algún modo de escapar a aquel terrible aislamiento.

No tenía gran cosa que hacer aparte de esperar a que empezasen las clases en la universidad. Estudiaba, hablaba con los alumnos de Filosofía y con los profesores y esperaba, esperaba. Por fin, las residencias empezaron a llenarse de estudiantes. A medida que iban llegando los residentes, aumentaba mi desengaño; indagué por todas partes en busca de hermanos y hermanas, pero cada día me traía una decepción más profunda, pues seguía sin llegar ningún estudiante negro.

Me sentía como un explorador que, después de mucho tiempo, regresa a su país natal con magníficos regalos y no encuentra a quien ofrecérselos. Yo

creía haber acumulado un tesoro de energía, de firme convicción, de combatividad, y buscaba ansiosamente la forma de emplearlo. Recorría el campus, examinaba los tablones de anuncios, leía los periódicos, hablaba con todo aquel que pudiese saber dónde estaba mi gente. Me parecía que, si no encontraba pronto una salida, aquellos incontenibles deseos de participar en un movimiento de liberación estallarían dentro de mí y me destruirían. Por ello me uní a la organización de estudiantes izquierdistas de la universidad y participé en la preparación de una acción contra la guerra de Vietnam.

En 1967, mucha gente no había llegado aún a la conclusión de que había que poner fin a aquella guerra sin más dilación. Por ello nuestros esfuerzos por hablar con la gente en las calles de San Diego chocaban casi siempre con una brusca negativa. Muchas personas se negaban incluso a aceptar nuestras hojas de propaganda. Pero aquello no hizo disminuir mi entusiasmo: aquella era la primera manifestación a la que asistía en Estados Unidos desde hacía varios años, y las actitudes hostiles de la gente de la calle no hacían sino incitarme a hablarles con más empeño, energía y persuasión.

Sin embargo, a pesar de todo mi entusiasmo, a pesar de que comprendía perfectamente la necesidad política de aquel acto, me sentía aún como una extraña entre aquellos estudiantes. Emocionalmente me sentía muy alejada de ellos, más de lo que nunca me había sentido entre blancos. No era la sensación de mi infancia en el sur, ni tampoco la que experimentaba en Nueva York cuando veía que muchos de los blancos que me rodeaban se esforzaban muy ostensiblemente en demostrarme que no eran racistas. Era una sensación diferente, a la que no había de enfrentarme por última vez.

A todo esto, el contingente de policía que observaba nuestra manifestación fue aumentando. Había un coche patrulla parado en cada esquina. Numerosos policías uniformados y de paisano estaban al acecho. San Diego no estaba acostumbrada a manifestaciones como aquella; debimos de haber previsto que la ciudad desplegaría todos sus medios posibles de defensa. Cuando el ambiente estaba a punto de estallar, se decidió que alguien volviese al campus a buscar refuerzos. Como mi Buick del 58 era uno de los coches más grandes que teníamos, acepté el encargo de recorrer con él los veinticinco kilómetros hasta La Jolla. Pero cuando

llegamos a la universidad, alguien había llamado allí, diciendo que ya se habían efectuado detenciones.

El paso siguiente fue rescatar a los detenidos. Reunimos el importe de las fianzas y tres de nosotros —un hombre, una mujer y yo— fuimos a la comisaría. Entregamos el dinero y esperamos la liberación de nuestros compañeros. Ignorábamos aún las acusaciones concretas que se formulaban contra ellos, y preguntamos cómo se habían producido exactamente las detenciones. Antes, alguien nos había dicho que el supuesto delito que habían cometido era «obstruir la circulación de peatones».

Como los agentes del vestíbulo no sabían nada, nos hicieron pasar al despacho del capitán. Entramos en una estancia oscura y enmohecida como la justicia de San Diego. Repetimos la pregunta: «¿Por qué les han detenido?». Otra vez se nos recitó mecánicamente la respuesta: «Obstruir la circulación de peatones en la vía pública». Insistimos. Preguntamos qué significaba aquello. Nosotros habíamos estado también repartiendo propaganda en aquel lugar, y sabíamos que no se había impedido el paso a nadie.

—Cualquier persona que se detenga en una acera —explicó el capitán— puede obstruir la circulación de peatones.

—Así pues, ¿cuántas veces han detenido a Testigos de Jehová mientras repartían su propaganda religiosa?

Silencio.

—Señor, ¿podría ser un poco más claro y explícito con respecto a la detención de nuestros amigos?

El capitán empezó a decir algo, pero estaba tan confuso que no fue capaz de articular las palabras. Al final, nervioso y evidentemente molesto por nuestra lógica, exclamó: —La policía no tiene por qué entender la ley. Esto es cosa del fiscal de distrito. ¡Si quieren saber lo que significa esta ley, vayan a verle a él!

Aunque sabíamos que estábamos en terreno enemigo, aquella respuesta era tan absurda y cómica que los tres nos echamos a reír.

—¡Fuera de aquí! ¡Fuera! —gritó el capitán, perdiendo el control.

Tratábamos de recobrar la compostura cuando vimos que marcaba un número en su teléfono. En menos de un minuto el despacho se llenó de

policías que acudían con un único propósito: llevarnos a la cárcel.

Nos separaron de nuestro compañero. Anna y yo fuimos esposadas y conducidas a empujones al asiento trasero de un coche patrulla estacionado en el patio, en el que hacía un calor espantoso. Las ventanillas del automóvil estaban cerradas, y descubrimos entonces que los coches de policía no tienen manecillas en el interior de las puertas. El agente cerró las puertas de golpe y se alejó. Pasaron quince, veinte minutos. El calor se hizo insoportable; nos caía el sudor por la cara y teníamos la ropa empapada. Golpeamos las ventanillas y gritamos, pero nadie acudió.

Cuando nuestro temor empezaba a convertirse en pánico, el agente vino hacia el coche, subió a él y puso en marcha el motor.

—¿Dónde trabajáis? —nos preguntó.

—No trabajamos —respondimos.

—Si no trabajáis, os podemos acusar de vagancia.

—Llevamos dinero encima, y esto demuestra que no somos vagabundos.

—Mejor aún —dijo él—. Si tenéis dinero pero no trabajáis, os podemos acusar de robo. O mejor, de robo a mano armada.

En el camino hacia la cárcel, miramos las calles de San Diego por las ventanillas del coche patrulla. El aullido de la sirena atraía la mirada de los que transitaban por el centro de la ciudad. ¿Qué pensaba aquella gente de nosotras? ¿Éramos prostitutas, drogadictas, ladronas, estafadoras? Dudo que a nadie se le ocurriese imaginarse que podíamos ser revolucionarias. En la sección de mujeres de la cárcel del condado, se nos hizo entrar en una habitación y nos ordenaron que nos quitásemos toda la ropa en presencia de una matrona. Hubimos de ceder, pero antes protestamos las dos enérgicamente por aquella humillación. Después nos obligaron a darnos una ducha caliente, en una sala cuya pesada puerta de hierro se cerró tras nosotras. Nos dejaron allí durante una hora, y luego nos llevaron a dos celdas separadas. Las paredes de las celdas tenían un color plateado y estaban acolchadas. Allí hubimos de soportar otra espera. Deseosa de hacer algo positivo, escribí consignas políticas en las paredes con una cerilla quemada, pensando en las hermanas que pasarían por aquella celda después de mí.

Pasaron largas horas antes de que nos fueran tomadas las fotos y las huellas digitales y se rellenase nuestra ficha. Hicimos las llamadas

telefónicas a las que teníamos derecho y, vestidas con el uniforme de la cárcel, nos condujeron arriba, donde estaban las demás reclusas.

Nos llevaron a un amplio pabellón separado del corredor exterior por una doble puerta que se accionaba eléctricamente. La primera puerta se abría, deslizándose hacia un lado, al ser pulsado un botón. Anna y yo nos quedamos entre las dos puertas. La primera se cerró, y solo entonces se abrió la segunda.

Aquel pabellón era tan deprimente y aséptico como se supone que han de serlo todas las cárceles. Estaba dividido en dos secciones; en una se hallaban las literas y en otra el comedor y la sala de juegos. Explicamos el motivo de nuestra detención a todas las hermanas que nos lo preguntaron. En 1967, la explicación que dimos nos definía como casos excepcionales. Muchas de las hermanas, que estaban allí bajo acusaciones tales como tenencia de drogas y prostitución, procuraron animarnos. Consideraron que las acusaciones que pesaban sobre nosotras eran absurdas y que, por lo tanto, serían retiradas.

Así fue, en efecto. No tardamos mucho en ser puestas en libertad.

Entretanto, otros manifestantes habían informado a los medios de comunicación de que en San Diego habían sido detenidas tres personas cuando trataban de informarse sobre la naturaleza de una ley. Una emisora de rock de Los Ángeles emitía la noticia cada hora: «¿Ya se han enterado de que en el sur unas personas han sido detenidas por hacer una pregunta sobre una ley?».

La universidad accedió a formular una protesta oficial y, al cabo de dos días, el fiscal del distrito de San Diego retiró las acusaciones y se excusó oficialmente.

Unos días después, en una reunión del grupo que había organizado la manifestación, tuve la alegría de ver a una joven pareja de negros sentados al otro lado de la sala. Eran los primeros estudiantes negros que veía en el campus, y su presencia en aquella reunión significaba que estaban interesados en el movimiento. Después de la reunión nos presentamos y, al poco rato, Liz, Ed y yo decidimos intentar crear una Unión de Estudiantes Negros. Comenzamos por investigar sistemáticamente en las residencias, piso por piso, preguntando si había estudiantes negros. Después recorrimos los departamentos de los graduados, lápiz y papel en mano, solicitando los

nombres de todos los estudiantes y empleados negros. Incluimos en nuestra lista a los trabajadores negros; de no haberlo hecho así, habríamos sido demasiado pocos para atraer la atención que necesitábamos a fin de llevar adelante nuestro propósito.

Establecimos contacto con unos quince o veinte estudiantes y trabajadores negros. De ellos, unos diez acudieron a nuestra reunión, dejándonos muy orgullosos de nuestros primeros esfuerzos por formar una organización política independiente. Asistió a la reunión un profesor negro, que se ofreció a responsabilizarse del grupo. Al poco tiempo, otro profesor, jamaicano, empezó a participar plenamente en el trabajo de la organización.

Vimos que, para actuar con eficacia, tendríamos que establecer relación con grupos similares al nuestro. De otro modo, cuando planteásemos alguna reivindicación, sería difícil convencer de nuestra fuerza a la administración de la universidad.

Decidimos, pues, asociarnos de manera informal con el Consejo de Estudiantes Negros de la otra universidad de San Diego, el State College, y buscar también relación con las organizaciones comunitarias.

Me di cuenta, por aquellos días, de que se me miraba como a una dirigente del movimiento negro de la universidad. No es que yo hubiese buscado aquella posición; simplemente resultó que, a pesar de mi ausencia de dos años, yo era una de las organizadoras de mayor experiencia en el campus.

Nos enteramos de que la Asamblea Negra de San Diego —coalición de organizaciones comunitarias de las que la más importante era la Organización US de Ron Karenga— estaba buscando apoyo para Ed Lynn, un marinero negro que había lanzado un desafío a la discriminación racial en la base naval Balboa. Liz, Ed y yo decidimos asistir a la siguiente reunión de la asamblea, el jueves por la noche. Las circunstancias del caso de Ed Lynn eran clásicas. Había hecho circular por la base un memorándum de protesta contra los prejuicios raciales, pidiendo a los marineros, tanto negros como blancos, que lo firmasen. Ello había creado una gran conmoción en la base. En el curso de su acción, Ed había acusado al presidente Johnson de tolerar el racismo en el ejército. Al poco tiempo se le comunicó que sería sometido a juicio militar por haber hecho afirmaciones «injuriosas» contra el presidente de Estados Unidos.

La pequeña reunión se celebraba en un centro comunitario de Logan Heights. Los participantes se quedaban mirando a los tres desconocidos que decían representar a la Universidad de San Diego; nadie había oído hablar nunca de nuestro grupo, y algunos hasta debieron de pensar que éramos policías. Nos esforzamos por convencerlos de que estábamos verdaderamente interesados en el caso de Ed Lynn. El propio Ed no tuvo inconveniente alguno en que participásemos en su defensa; aceptó gustoso nuestra invitación a hablar de su caso en la universidad y le pareció magnífica nuestra idea de instalar una mesa permanente en la plaza del campus para informar acerca de él y de lo sucedido en la base naval Balboa. De aquel modo, el Consejo de Estudiantes Negros entró en una estrecha relación de trabajo con Ed Lynn. A lo largo de estas actividades, Ed y yo nos hicimos buenos amigos.

La segunda iglesia baptista de Watts se engalanaba aquel día con los hermosos colores y dibujos de las telas africanas. Las mujeres lucían largos vestidos «tradicionales» de colores: rojo, púrpura, anaranjado, amarillo; los hombres llevaban «bubas» que rivalizaban con la ardiente belleza de las ropas femeninas. En la sala de inscripción, las paredes estaban cubiertas de carteles que ensalzaban la antigua e incomparable belleza de la negritud.

Estábamos en noviembre de 1967, y mi entusiasmo era tan radiante e intenso como los colores que alegraban la sala. Nunca había asistido a una reunión como aquella, y me parecían completamente asombrosas la energía y la resolución de los asistentes a la Asamblea de la Juventud Negra. Los actos de Londres y San Diego no habían sido nada comparados con aquella masiva demostración de fuerza. Iba y venía, llamando a todo el mundo hermano y hermana, sonriente, feliz, embriagada de amor.

Pero mi entusiasmo se apagó. Lentamente al principio y, después, de golpe.

A las pocas horas de iniciarse la asamblea, se produjo un tiroteo entre dos organizaciones, el Frente Unido y la Organización US de Ron Karenga. Tras la fachada de la unidad, tras los espléndidos colores de las «bubas», se escondían diferencias ideológicas y explosivos conflictos políticos, y quizás incluso la acción de agentes provocadores. Yo sabía que era tan importante conocer aquel aspecto del movimiento como su lado positivo, pero mi idealismo recibió aquel día un fuerte golpe, probablemente necesario.

Llevada por una necesidad intensa, había esperado demasiado; había acudido allí temblando de excitación, ansiosa por conocer de cerca el movimiento y de sumergirme en él.

En medio del caos que siguió al tiroteo, leí la propaganda, me acerqué a las mesas de algunos grupos y descubrí que prácticamente la única cosa que teníamos en común era el color de la piel. No era de extrañar que la unidad fuese frágil.

Había organizaciones culturales nacionalistas que creían que los negros debían adoptar una nueva cultura, un nuevo sistema de valores, un nuevo estilo de vida. Existían también grupos violentamente antiblancos que consideraban que solo la medida más drástica —la eliminación de todos ellos— daría a los negros la oportunidad de librarse del racismo. Otros propugnaban la separación de las dos razas y el establecimiento de una Nación Negra dentro de Estados Unidos. Y hablaban del retorno a África, la tierra de nuestros antepasados.

Había quienes creían que la tarea más urgente del movimiento era la de fomentar el espíritu de rebeldía de los negros. Querían provocar levantamientos masivos, como las revueltas de Watts y Detroit. Próximos a estos estaban aquellos que nos exhortaban a «tomar las armas» como medio principal para lograr nuestra liberación, aunque casi nunca sabían exactamente qué se conseguiría con ello.

También existían grupos pseudomilitantes que aseguraban que había que enfrentarse al sistema racista, pero con el único fin de presionar a las grandes fundaciones a financiar programas de ayuda que ellos mismos aplicarían y de los que, probablemente, se aprovecharían. Ilustrativo de aquella confusión fue el hecho de que un grupo llegó al extremo de proponer ante el pleno de la asamblea el uso de tambores como nuevo medio de comunicación entre los negros de las ciudades.

Me pareció que, en medio de la confusión, brillaban dos rayos de constante lucidez: James Forman, del SNCC, y Franklin Alexander, del Partido Comunista. Forman habló ante el pleno de la asamblea y defendió con entusiasmo la tesis de que no podíamos limitarnos a hacer un análisis *de raza*, sino que necesitábamos además un análisis *de clase*. Escuché a Franklin mientras participaba en un debate sobre «Política y economía negras». Su exposición fue clara e incisiva: las relaciones de poder que

situaban a los negros en lo más bajo de la escala social derivaban de la utilización del racismo como instrumento de la clase que monopolizaba el poder económico, es decir, los capitalistas. El racismo equivalía a más beneficios y, en lo referente a los obreros blancos, sembraba la división y la confusión.

Después de la asamblea fui invitada, por pura casualidad, a una pequeña reunión en una casa particular en la que James Forman y Ralph Featherstone iban a hablar de su reciente viaje a África. Nos dieron un interesante y detallado informe de lo que habían visto en Tanzania, y discutieron la posibilidad de crear, dentro del SNCC, un «banco de formación técnica», a través del cual los negros de Estados Unidos que poseyesen una especialización científica o técnica pudiesen residir en África durante un cierto tiempo.

Además de Franklin y Kendra Alexander, había en aquella reunión representantes de una organización llamada Partido de los Panteras Negras. Era un pequeño grupo de cuadros que consideraban que su función consistía en elaborar análisis teóricos del movimiento negro, así como darle una estructura adecuada. Este grupo no tenía ninguna relación con el Partido de los Panteras Negras para la Autodefensa (BPP) de Huey Newton y Bobby Seale, salvo en el hecho de que ambos habían tomado el nombre del Partido de los Panteras Negras del condado de Lowndes, en Alabama. Para distinguirse del partido de Huey y de Bobby, se hacía llamar Partido Político de los Panteras Negras (BPPP).

Aquel encuentro fue el principio de mi larga e intensa relación con muchos miembros del BPPP. Su visión del movimiento de liberación de los negros era mucho más profunda y satisfactoria que la de los demás grupos que había conocido en San Diego. Aunque continué trabajando en la universidad y en relación con los grupos comunitarios de San Diego, mis contactos con Los Ángeles me estimulaban y profundizaban mi visión política.

Una de mis misiones durante aquel viaje a Los Ángeles era encontrar oradores para una asamblea que queríamos organizar en San Diego en apoyo de Ed Lynn. Accedieron a venir dirigentes de varios grupos: John Floyd, presidente del Partido Político de los Panteras Negras; Crook, dirigente de la patrulla de vigilancia de la comunidad; Ron Karenga, cuya

Organización US estaba muy extendida en San Diego; y Walter Bremond, presidente del Congreso Negro, una coalición de organizaciones negras de la zona de Los Ángeles.

Durante la organización de la asamblea en San Diego, me encontré en una situación que había de convertirse en un problema constante de mi vida política. Fui objeto de severas críticas (especialmente por parte de miembros masculinos de la organización de Karenga) por querer hacer «un trabajo de hombres». Las mujeres no deben ejercer funciones dirigentes, me decían. Según ellos, la misión de la mujer era «estimular» a su compañero y educar a sus hijos. Lo irónico de la situación era que gran parte de lo que yo estaba haciendo había caído sobre mis espaldas por deficiencias del trabajo de los demás. Las gestiones para la publicidad, por ejemplo, estaban bajo la responsabilidad de un hombre, pero, como su trabajo dejaba mucho que desear, me puse a hacerlo simplemente para asegurar que saliera adelante. También era irónico que quienes más me criticaban fuesen justamente los que menos trabajaban para asegurar el éxito de la asamblea.

Muy pronto me familiaricé con un triste y extendido síndrome entre los activistas negros: confundían su actividad política con la afirmación de su virilidad. Consideraban —y algunos siguen considerando— a los hombres negros como algo aparte de las mujeres negras; creían que estas eran una amenaza a la plenitud de su virilidad, especialmente aquellas que tomaban iniciativas y trabajaban para convertirse en dirigentes por derecho propio. Los hombres de la Organización US me sermoneaban constantemente en este sentido: debía usar de otro modo mis energías, me decían, debía emplearlas en dar ánimo y fuerzas a mi compañero para que él pudiese aplicar más eficazmente su capacidad a la lucha por la liberación negra.

Para mí, la revolución nunca fue un pasatiempo de juventud, algo esporádico, hasta que llegara el momento de «sentar la cabeza»; no fue un club de moda con una jerga de reciente creación, ni tampoco una nueva forma de vida social, emocionante por el riesgo y la lucha que implicaba y atractiva por un estilo de vestir diferente. La revolución es una cosa seria, la más seria en la vida de un revolucionario. Cuando uno se compromete en la lucha, debe ser para siempre.

A principios de 1968 me di cuenta de que me era muy necesario formar parte de un grupo político. El pasar de una actividad a otra no era en

realidad un trabajo revolucionario. La actividad individual, esporádica y aislada, no es un trabajo revolucionario. El verdadero trabajo revolucionario consiste en un esfuerzo persistente y metódico, canalizado por una organización, junto con otros revolucionarios, que trata de organizar a las masas para la acción. Dado que yo me consideraba marxista desde hacía tiempo, las alternativas que tenía ante mí eran muy limitadas.

Ya había empezado a considerar la posibilidad de unirme al Partido Comunista y sostenido numerosas discusiones sobre ello con Kendra y Franklin Alexander. En enero fui invitada, con otras personas, a una reunión abierta del Club Che-Lumumba en casa de Charlene Mitchell, fundadora y presidenta de aquel colectivo negro del partido. Charlene expuso la relación entre reformismo y revolución. Su explicación fue brillante: el análisis más lúcido que yo había oído nunca sobre la forma de organizar a la gente en torno a sus problemas cotidianos y, a través de ello, impulsarles hacia el derrocamiento revolucionario del sistema capitalista.

Pero como me quedaban aún demasiadas preguntas sin respuesta, no ingresé en el partido por entonces. Desde mis días de instituto en Nueva York y desde el verano de 1962 (cuando asistí al Octavo Festival Internacional de la Juventud en Helsinki), solo había establecido un contacto esporádico con miembros del Partido Comunista. En cambio, había tenido relación con grupos, teóricos y activistas marxistas que criticaban a menudo severamente a los miembros de los partidos comunistas tradicionales. Más adelante, recordando mis años en Europa, me di cuenta de cuán profundamente me había influido el anticomunismo que impregnaba a la izquierda europea. Por mi parte, consideraba que los partidos comunistas eran demasiado conservadores y estaban anquilosados en su actitud acrítica ante la clase obrera. Y a este respecto creía que no había esperanzas para los obreros blancos de Estados Unidos, porque estaban irremediablemente corrompidos tanto por el racismo como por las concesiones de la clase dirigente.

Sin embargo, aun cuando estos problemas concretos no me preocupaban directamente, todavía no me consideraba preparada para ingresar en el partido. Hacerse comunista supone asumir un compromiso para toda la vida, un compromiso que exige una prolongada y seria reflexión, hasta estar seguro de que se poseen los conocimientos, la fuerza, la resistencia y la

disciplina que debe poseer un comunista. Durante los primeros meses de 1968 dejé en suspenso la posibilidad de afiliarme al partido.

El Partido Político de los Panteras Negras se mostraba lo bastante flexible como para aceptar ideas marxistas. Estaba constituido por un reducido grupo de negros jóvenes, la mayoría de los cuales procedían de la *intelligentsia* negra: estudiantes, maestros y algunos profesores.

Tras haber conocido a algunos miembros del BPPP después de la Asamblea de la Juventud Negra celebrada en noviembre, había empezado a trabar amistad con unos pocos de ellos. Cuando decidieron, a principios de enero, aceptar tres nuevos afiliados, invitaron a un hermano de California que había alcanzado fama como escritor. La segunda invitación la hicieron a Franklin Alexander, y la tercera, a mí. Acepté su propuesta. El hecho de llamar a Franklin constituyó, en mi opinión, una prueba de que el grupo estaba dispuesto a abrirse a las ideas marxistas. Consideré aquella organización como una base política provisional desde la cual podría reflexionar y decidir sobre la orientación política definitiva que iba a tomar. Ellos, por su parte, me veían como su representante en el sur del estado, en San Diego. El BPPP era miembro del Congreso Negro de Los Ángeles, una amplia coalición de grupos comunitarios de la zona.

Por aquel tiempo, el Partido de los Panteras Negras para la Autodefensa, cuyo dirigente máximo, Huey Newton (ministro de Defensa), estaba en la cárcel, decidió crear una organización local en Los Ángeles. Por desgracia, algunos de sus afiliados recientes reclamaron belicosamente la exclusividad del nombre «Partido de los Panteras Negras». Una tarde, cuando yo estaba en el local donde se reunía el Congreso Negro, mi mirada tropezó con la de un hermano que estaba bebiendo una botella de vino, cosa prohibida allí. Aparté la mirada y eché a andar por el pasillo hacia un despacho. Al pasar junto a él, se sacó una pistola del bolsillo y, con gran rapidez, me agarró por el hombro, me apoyó el arma en la frente y me arrastró al despacho más próximo.

Me dijo que quería hablar conmigo. Farfullaba y le olía el aliento a vino. Dijo que quería hablar del Partido Político de los Panteras Negras y del suyo, de los Panteras Negras para la Autodefensa. La botella de vino, su hablar vacilante y el hecho de que él tenía una pistola y yo estaba indefensa

me hicieron ver que, si no quería recibir una bala en la cabeza, debía permanecer lo más silenciosa posible. Y así lo hice.

—¡El partido de los Panteras Negras para la Autodefensa —chilló— exige que vuestro puñetero partido deje de denominarse Panteras Negras! Más vale que os llaméis Partido de las Panteras Rosas. Si el próximo viernes no habéis cambiado el nombre, os liquidaremos a todos.

Para que quedase bien claro que hablaba en serio, me dijo que había averiguado que yo vivía en San Diego, que tenía mi dirección y que, si no hacíamos lo que exigían, podía prepararme a recibir una visita. (Para hacer justicia a los Panteras Negras de Huey, debo decir que aquel pistolero borracho fue expulsado del grupo más adelante, tras haberse descubierto que era un agente provocador).

Había estallado la crisis. Otros miembros de nuestro grupo recibieron amenazas parecidas. Las pistolas eran el argumento habitual; la muerte era la represalia por una posible desobediencia. Por mi parte, podía hacer dos cosas: obedecer o tomar precauciones. Me decidí por esto último, y durante una temporada llevé un arma en todo momento. Sabía que, si era detenida y registrada por la policía, corría el riesgo de ir a parar a la cárcel, pero, si no aceptaba aquel riesgo, podía acabar tirada en cualquier callejón con una bala en la cabeza.

Aunque hicimos una reunión de urgencia tras otra, durante aquel breve periodo no pudimos resolver la crisis. Algunos miembros de nuestro grupo proponían un enfrentamiento abierto con el Partido de los Panteras Negras para la Autodefensa, aunque ello significase llegar a la violencia física. Otros proponían ignorar sencillamente las amenazas, alegando que sus autores no se atreverían a ponerlas en práctica, y había uno o dos que estaban dispuestos a ceder, a doblegarse ante las amenazas y a disolver la organización.

La solución definitiva se produjo a consecuencia de un viaje fortuito de James Forman a Los Ángeles. Vino a aquella ciudad para hablar en una asamblea que había organizado la llamada Convención de la Nueva Política. Aprovechamos la ocasión para hacerle saber la rivalidad entre las dos organizaciones y para preguntarle cómo evitar que aquel conflicto se convirtiese en una guerra abierta. Después de reflexionar sobre el problema, dijo que tenía una propuesta que hacer.

Comenzó por exponernos los esfuerzos que se habían hecho recientemente por consolidar las relaciones entre el SNCC y los Panteras Negras para la Autodefensa. Las dos organizaciones habían acordado fusionarse progresivamente. Stokely Carmichael había sido ya nombrado primer ministro del BPP; Rap Brown, ministro de Justicia, y Forman, ministro de Asuntos Exteriores.

Uno de los obstáculos para que aquella fusión se afianzara era la separación geográfica de los centros de ambas organizaciones: el SNCC estaba radicado en Nueva York y el BPP, en la bahía de San Francisco. Forman afirmaba que era imprescindible crear una fuerte organización local del SNCC en la Costa Oeste. Si nosotros considerábamos la posibilidad de convertirnos en la sección del SNCC en Los Ángeles, dijo Forman, nuestros problemas y los del SNCC podrían encontrar una solución. En primer lugar, nosotros resolveríamos la cuestión del nombre a tomar; además, nuestro grupo adquiriría una dimensión nacional y superaría así en parte el localismo que nos preocupaba. Desde el punto de vista de Forman, aquella fusión ayudaría al SNCC —al que entonces muchos consideraban como la fuerza principal del movimiento de liberación de los negros— a adquirir una base en la Costa Oeste. Finalmente, nosotros podríamos ayudar a consolidar la relación entre el BPP y el SNCC. Si lográbamos crear una coalición duradera, ello supondría un avance enorme.

Al principio hubo bastante oposición entre nosotros. Algunos consideraban que la idea de Forman era demasiado superficial para dar una solución duradera a nuestros problemas. Decían que, con nuestro antiguo nombre o con el del SNCC, igualmente tendríamos que enfrentarnos a hermanos como aquel que me había amenazado con un revólver.

Yo era partidaria de unirnos al SNCC, no porque creyese que la fusión fuese a eliminar el desacuerdo entre nosotros y los nuevos Panteras de Los Ángeles, sino porque respetaba la contribución histórica que el SNCC había hecho al movimiento. Sin embargo, las conversaciones de paz no me movieron en absoluto a descuidar la vigilancia. En todo momento tenía el arma a mi alcance. Y muchos hermanos y hermanas del grupo tomaron la misma precaución y siguieron llevando armas durante algún tiempo.

Con todo aún a medio hilvanar, se convocó una reunión para firmar la paz. Fue un encuentro memorable. Por parte nuestra, a excepción de los dos

o tres que no habían querido asistir, estábamos todos presentes. Por los Panteras, asistían todos los dirigentes importantes (salvo Huey, naturalmente, que había sido detenido en octubre), entre ellos Eldridge Cleaver. Hasta aquel día, muchos de nosotros sabíamos muy poco de él, excepto que era ministro de Información en la clandestinidad, según se indicaba cada semana en el periódico de la organización. También estaban allí Bobby Seale, Emory Douglas y Little Bobby Hutton, junto con siete u ocho dirigentes más.

Me impresionó mucho Bobby Hutton. Era humano, natural; estaba claro que le traía sin cuidado adaptarse a la imagen del revolucionario frío y calculador. Bobby inició una amistosa conversación conmigo; me hizo preguntas sencillas: de dónde era, qué hacía. Tenía una hermosa sonrisa y un desinteresado entusiasmo juvenil. Después de hablar con él unos pocos minutos, me di cuenta de que se tomaba la lucha en serio y de que las motivaciones de su trabajo eran poco o nada egoístas.

La rápida conversación con Bobby fue el único alivio que experimenté durante toda la reunión, que por lo demás estuvo llena de tensiones.

Cuando, pocos meses después, me enteré de que Bobby había sido muerto de un disparo, me pareció que era un hermano mío el que acababa de ser asesinado por la policía de Oakland.

Para bien o para mal, los dos grupos decidieron que el primer trabajo en común consistiría en hacer un llamamiento a todo el movimiento de liberación de los negros de la Costa Oeste, convocando a dos grandes asambleas —una en California del Norte y otra en California del Sur— para exigir la libertad de Huey Newton con ocasión de su cumpleaños.

Huey Newton, el preso político más conocido, era un importante símbolo de la militancia negra. En un momento en que era perfectamente legal llevar armas no ocultas en California, él y sus camaradas se habían armado para proteger a la población negra de Oakland de la arbitraria brutalidad de la policía de la ciudad. Como Huey suponía una seria amenaza a su autoridad, le llevaron a una situación que ocasionó la muerte de un policía y a él le dejó con una bala en el estómago. Huey estaba en espera de juicio, acusado de asesinato. Empleamos todas nuestras energías en la organización de aquella asamblea, para lograr que fuese un acontecimiento importante.

Conseguimos la ayuda del Congreso Negro y, después de una serie de discusiones, pudimos asegurar un local, el Palacio de los Deportes, para el acto. En aquel momento, este era el lugar de reunión cubierto más grande de Los Ángeles. Imprimimos miles de octavillas, pagamos anuncios publicitarios y pedimos a las emisoras de radio y televisión espacios gratuitos para hablar del acto.

Fue una jornada muy emocionante. Aunque el número de asistentes no era tan alto como habíamos esperado, se llenó prácticamente toda la parte inferior del local. La lista de oradores era impresionante: Stokely Carmichael, Rap Brown, Bobby Seale, James Forman, Reis Tijerina, Ron Karenga.

La importancia de aquel acto era evidente. Por ello me sentí muy preocupada ante el contenido de algunas de las intervenciones. Stokely, por ejemplo, declaró que el socialismo era «cosa de blancos». Marx, dijo, era blanco, y por ello no tenía nada que ver con la liberación negra. «¡Nosotros, como negros —gritó Stokely—, debemos dejar de lado el socialismo, que es un producto europeo, y tenemos que empezar a pensar en el comunalismo africano!».

Sus palabras me desagradaron tanto más cuanto que sabía que Stokely había estado en Cuba el verano anterior, siendo calurosamente recibido en todas partes. Había felicitado oficialmente al pueblo cubano —negros, mulatos y blancos— por sus magníficos logros en la construcción del socialismo. Además, yo sabía con certeza que había declarado públicamente que tras su viaje a Cuba estaba convencido de que solo el socialismo podía liberar a los negros. En un país socialista, ante personas cuyos hermanos y hermanas, cuyos padres y madres habían dado la vida en defensa de la revolución socialista, Stokely había proclamado su convicción de que el socialismo era también la única respuesta para su pueblo. Y ahora que estaba otra vez en Estados Unidos, donde la propaganda oficial hacía el socialismo menos simpático, se retractaba de sus palabras en un acto de oportunismo. Como hablaba bien, consiguió los aplausos del auditorio, no por lo que dijo, sino por la manera de decirlo. Me alegré de que Stokely no fuese ya presidente del SNCC, porque, después de oír su alocución, me habría dado de baja inmediatamente de la organización.

Las palabras de Rap Brown, que había sustituido a Stokely en la presidencia del SNCC, fueron de las más positivas de la tarde.

Sin embargo, el acto tuvo desde el comienzo un defecto importante. La asamblea se celebraba para solicitar nuestro apoyo masivo a Huey Newton. Pero aquella reivindicación no iba acompañada, ni siquiera «adornada», de ninguna estrategia. A los asistentes al acto no se les planteaba ninguna proposición concreta o específica. Las llamadas a la solidaridad eran recibidas con largos aplausos, pero ¿en qué había de consistir aquella solidaridad? La única respuesta que se daba a esta pregunta era la consigna «El cielo es nuestro límite». Es decir, si Huey Newton era declarado culpable y sentenciado a muerte, la clase dirigente del país podía prepararse para ver atacadas cien comisarías de policía, para que estallasen bombas en cincuenta centrales eléctricas, etc., etc., etc. Pero ni siquiera estaba claro si los mismos oradores llevarían a cabo aquellos actos o si estaban exhortando a su auditorio a responder de aquel modo en caso de que Huey fuera declarado culpable. Faltaba una línea de acción clara que nos permitiese ver con detalle la forma de organizar a las masas en la lucha, para asegurar que Huey fuera puesto en libertad.

En aquel momento pesaban sobre Rap Brown varias acusaciones graves —claramente infundadas—, como consecuencia de su actividad política. Había sido puesto en libertad bajo fianza, con la condición de que permaneciese dentro de los límites de Manhattan, Nueva York, salvo para ir a entrevistarse con su abogado. Una de aquellas visitas a William Kuntsler le había permitido asistir a nuestra asamblea y hablar en ella.

Ni Rap ni nosotros sabíamos que no iría muy lejos después de salir de California. Fue detenido por el FBI y encarcelado nuevamente, esta vez bajo una fianza de 100.000 dólares, a los que se añadieron 25.000 más por supuestos insultos al agente que le detuvo.

Por ello, nuestros primeros esfuerzos por hacer arraigar en la base la organización del SNCC consistieron en una campaña de recogida de fondos para depositar la fianza exigida a nuestro presidente nacional. Decidimos hacer circular una instancia solicitando que fuese rebajada la exorbitante cifra. Al mismo tiempo, empezamos a recoger dinero de puerta en puerta. Reclutamos a hermanos y hermanas que iban, durante los fines de semana,

a casas, iglesias, centros sociales, tiendas... Pedíamos a la gente que depositase su contribución en nuestras huchas y que firmasen la instancia.

La modestia de nuestras peticiones se vio desbordada por el éxito. Como resultado de la colecta de todo el día con las huchas, que llevaban la inscripción «Liberad a Rap», atrajimos a nuestra organización a un número considerable de hermanos y hermanas. El solo hecho de aumentar el número de miembros del SNCC en la Costa Oeste era ya un avance importante, independientemente del dinero que se recogía y del mensaje que llegaba a un gran número de negros de Los Ángeles.

Poco después de poner en marcha la campaña de solidaridad con Rap, abrimos una oficina en la avenida Jefferson, cerca de la calle Arlington. Una vez listo mi trabajo universitario de la semana, me ponía al volante de mi viejo Buick del 58, tomaba la carretera de La Jolla a Los Ángeles y me iba directamente al local del SNCC para unirme a los demás en la lucha, el verdadero trabajo.

Mientras recorríamos toda la zona de Los Ángeles —por las calles, las casas, los campus, los despachos—, a pie, en coche, encontrando a amigos, saludando a conocidos, nos sentíamos animados por la fuerza del toro y el orgullo del águila. Al hacer algo por nuestro pueblo de un modo libre, abierto y honesto, vivíamos una experiencia de intensa fraternidad. No se trataba de ninguna astuta utilización del sistema, marcada por el compromiso y el gradualismo. No se trataba tampoco del heroísmo individual de aquellos cuya indignación ha alcanzado un punto irreversible. Nuestra posición resultaba pública: nuestro compromiso era con nuestro pueblo y, para algunos, con nuestra clase. Debíamos actuar. Aunque no teníamos una ideología homogénea, aunque dábamos diferentes enfoques a los problemas, sabíamos que no podíamos retirarnos a reflexionar, que no podíamos detener la marea hasta que cada detalle estuviese elaborado a satisfacción de todos. Como alquimistas modernos, encendíamos el fuego y esperábamos que su calor perfeccionase la fórmula para nuestra victoria.

Fueron tiempos apasionantes. El potencial que teníamos para crear un movimiento de masas entre la población negra de Los Ángeles era asombroso, y pusimos manos a la obra inmediatamente, elaborando un programa más amplio para nuestros organizadores. Volvíamos a tener una cierta autonomía y podíamos actuar a nuestro modo. Debido al origen de

nuestro grupo, no estábamos sometidos directamente a la autoridad de la organización nacional del SNCC. Por otra parte, la unión con los Panteras estaba prácticamente deshecha. Después de un conflicto de poca importancia con Eldridge y compañía sobre el dinero recogido durante la asamblea del 18 de febrero, el acuerdo superficial al que se había llegado fue disolviéndose por falta de un mutuo deseo de mantenerlo. Afortunadamente, se habían disipado también las hostilidades abiertas.

Aunque procurábamos aprender de la experiencia organizativa del SNCC —en especial, durante el año de su mayor influencia en el sur—, no nos sentíamos obligados a seguir rígidamente su misma línea ni su mismo programa. En la práctica, constituíamos un grupo autónomo.

Con el entusiasmo de la principiante, acepté la responsabilidad de elaborar el plan de una «Escuela de Liberación» y de dirigirla una vez que se hubiese creado.

Durante aquel periodo de trabajo en la campaña por obtener la fianza de Rap, tuvimos noticia de un brutal asesinato cometido por la policía el 18 de febrero, el mismo día de nuestra asamblea. Una tarde, mientras nos hallábamos en la oficina —y, si no recuerdo mal, Franklin, Bobbie Hodges, John Floyd, otros compañeros y yo estábamos enzarzados en una acalorada discusión sobre la relación del marxismo con la lucha de liberación de los negros—, llegaron dos hermanos (uno de los cuales era el escritor Earl Ofari)[23] que nos expusieron los sangrientos detalles del asesinato del joven de dieciocho años Gregory Clark por la policía, no muy lejos de nuestra sede, y nos pidieron que organizásemos inmediatamente un movimiento de resistencia.

Al día siguiente, algunos de nosotros fuimos a investigar los detalles del asesinato y a comprobar el estado de ánimo de la gente. Según los familiares y amigos de Gregory, así como testigos presenciales, los hechos eran los siguientes: en aquella cálida tarde de febrero, Gregory Clark y un amigo suyo circulaban por el bulevar Washington en un Mustang último modelo. Iban tomando bebidas gaseosas, cuyas latas llevaban envueltas en bolsas de papel marrón. A la altura de la calle Vineyard, un agente del Departamento de Policía de Los Ángeles les indicó que detuviesen el coche junto a la acera y, según el hermano superviviente, añadió que no

«encajaban» en un coche como aquel. Después, al ver las bolsas de papel, sin la menor prueba, les acusó de beber cerveza mientras conducían.

Los dos jóvenes protestaron, seguían diciendo los testigos. Tenían la documentación del automóvil para demostrar que no lo habían robado, y las latas probaban lo que habían estado bebiendo. Pero el policía, Warren B. Carleson, se negó a escuchar sus explicaciones; todo lo que entendió fue que unos negros se atrevían a replicar a un hombre blanco de uniforme. Les ordenó que bajasen del coche y se dispuso a esposarlos. Quizá Gregory levantara la voz para protestar; quizás apartara las manos para evitar las esposas. Quizá no hiciera nada. En cualquier caso, hubo un breve forcejeo antes de que Carleson llegase a esposarle. La víctima quedó por fin dominada, pero Carleson no se paró ahí. Según los testigos presenciales, dio un golpe a Clark y le hizo caer al suelo y, cuando el joven estaba tendido boca abajo, con las manos esposadas a la espalda, le disparó en la nuca con un revólver del 38.

Estando allí, en la esquina del bulevar Washington con la calle Vineyard, viendo en la acera las manchas de sangre que habían caído dos semanas atrás, la escena se repitió ante mis ojos con todo su horror. Pero el dolor y la rabia no significaban nada por sí mismos; lo que hacía falta era una lucha organizada.

Más de cien personas acudieron a la reunión que convocamos. Escucharon con gran atención el relato de los testigos presenciales. Aceptaron inmediatamente nuestra propuesta de movilizar a mucha gente para asistir a la vista preliminar, en la que habría de determinarse, por parte de las autoridades, si debía ser formulada alguna acusación contra el policía o si aquel acto era una manifestación legítima de su actividad como «guardián de la paz».

En aquel momento no creíamos tener la fuerza suficiente para influir en el resultado de la vista preliminar simplemente con nuestra presencia. Era más que probable que el asesinato de Gregory Clark fuese declarado «homicidio justificado». Pero, sin duda, el hecho de que hubiese allí un gran número de personas sería una advertencia para las camarillas dirigentes en el sentido de que nos preparábamos para el combate.

Las cosas se desarrollaron como habíamos previsto. El jurado aceptó la versión de Carleson: había tenido miedo; creyendo que Gregory Clark

podía ir armado (¿caído en el suelo con las manos esposadas a la espalda?), le disparó en defensa propia. El veredicto fue homicidio justificado.

Sin embargo, obtuvimos una victoria parcial: habíamos distribuido octavillas por los barrios negros y organizado la vigilancia en torno a la audiencia judicial. Nuestras promesas de dar publicidad al caso de Gregory Clark pusieron en un aprieto al Departamento de Policía de Los Ángeles. Habíamos enviado a unos compañeros para que buscasen a Carleson en su ronda y le fotografiaran para nuestra propaganda, pero el Departamento de Policía le había escondido en alguna parte. Aquella tarde, Carleson fue entrevistado por una importante emisora de televisión; se vio obligado a justificar su acto ante miles de personas, y nuestro fotógrafo le hizo una foto que usamos para anunciar la formación de un tribunal popular. Carleson iba a ser juzgado por el pueblo contra el que había delinquido. Los hermanos y hermanas que se habían aproximado al SNCC como resultado de nuestros llamamientos se constituyeron en un Comité para el Tribunal Popular. Se fijó la fecha del juicio, que habría de celebrarse en South Park. Mientras algunos compañeros se encargaban de elegir a los «abogados» y «jueces» que iban a desempeñar funciones de importancia en el juicio, otros miembros del SNCC y del Comité para el Tribunal Popular redactábamos e imprimíamos la propaganda. De todo el material que elaboramos, lo que más me satisfizo fue el cartel con la fotografía de Carleson, tomada del televisor. Si hubiésemos buscado deliberadamente la foto de un típico «cerdo racista», no habríamos podido elegir mejor. En el rostro de Carleson quedaba plenamente reflejado su espíritu. El cartel llevaba en el centro, en letras muy visibles, las palabras «Se busca» y, debajo de la fotografía, la explicación «Agente de policía de Los Ángeles, por el asesinato del hermano Gregory Clark».

Aquellos carteles fueron colocados por todos los barrios negros; la zona donde nuestro hermano había sido asesinado estaba saturada de ellos. Y también se distribuyeron hojas explicativas y octavillas que anunciaban el juicio, de puerta en puerta, a la salida de las fábricas, en las iglesias y dondequiera que hubiese negros.

El fruto de nuestro esfuerzo fue un éxito por partida doble: la formidable toma de conciencia de la población negra ante el caso de Gregory Clark, y la importante audiencia que tuvo el juicio popular.

El fiscal era Ben Wyatt, abogado negro y activista comunista. Como es lógico, nadie quería ser abogado defensor, pero finalmente Deacon Alexander, hermano de Franklin, aceptó aquel poco envidiable papel. El tribunal estaba compuesto por diversas personalidades que desempeñaban alguna función entre la población negra, todos ellos representantes de organizaciones que trabajaban por la liberación de nuestro pueblo.

Cuando alguien nos acusaba de parcialidad, no le desmentíamos. No nos interesaba imitar el sistema judicial burgués, que pretende ocultar sus prejuicios raciales y clasistas tras unos procedimientos sin sentido y una retórica vacía sobre la democracia. Nosotros exigíamos justicia, y en aquella exigencia los negros debíamos ser inflexibles y apasionados. Después de varios siglos de soportar constantemente la brutalidad y violencia más parciales, ¿cómo podíamos asumir una posición de observadores imparciales?

Fueron llamados a declarar algunos testigos, que presentaron su versión de los hechos que precedieron y siguieron a la muerte de Gregory. Otros dieron «testimonio pericial» del desenfrenado racismo del Departamento de Policía de Los Ángeles. Se expusieron pruebas de anteriores asesinatos de la policía, punto por punto, hasta formar un mosaico de horrores racistas. En el centro de aquel mosaico estaba Gregory Clark, cuyo asesino alegaba con arrogancia «legítima defensa». Juzgamos a Carleson no por haber provocado el crimen y por ser su único ejecutor, sino por haber sido cómplice gustoso de la rutina cotidiana de un sistema racista. Warren B. Carleson no había actuado solo; había ayudado al sistema a añadir una nueva víctima a su ya larga lista. Por esto merecía la pena máxima.

—Habéis oído las pruebas contra el acusado y habéis oído también su defensa. ¿Está preparado el pueblo para emitir su veredicto?

—¡Culpable! ¡Culpable! ¡Culpable! —rugió el auditorio; el unánime y atronador veredicto desgarró el aire del parque como una descarga de proyectiles.

La gente se habría sentido decepcionada si el proceso hubiera terminado simplemente emitiendo un veredicto. Pero no podíamos aplicar ninguna sentencia a menos que estuviéramos dispuestos a continuar nuestra lucha colectiva. Y por eso presentamos una propuesta al tribunal en el sentido de que se presionara a los representantes municipales, y en particular a los

negros, para que solicitasen que Carleson fuese juzgado por asesinato. Y, para recalcar la seriedad de nuestro propósito, pensábamos llevar a centenares de personas, a miles si era posible, ante la alcaldía, para que ellos pidiesen que fuera concedida la debida atención al veredicto popular de culpabilidad.

Aquello fue demasiado poco. Después de la excitación, de la sensación de fuerza, de la voluntad de resistencia que se habían suscitado en el curso del juicio, nuestra propuesta parecía demasiado moderada.

«¡A muerte! ¡A muerte!», gritaron un grupo de personas, y otros expresaron su conformidad. «¡Muerte al cerdo!», corearon otros hermanos, y propusieron que se nombrase una comisión para ejecutar la sentencia; ellos mismos se ofrecían como voluntarios.

La rabia y la desesperación habían transportado a aquellos hermanos a un mundo ilusorio. Yo les comprendía. Cuando vi en el suelo la sangre de Gregory Clark, la rabia me había hecho reaccionar del mismo modo. Pero, comprendiendo el verdadero valor de una acción de masas, yo tenía algo más en lo que apoyarme, algo que podía absorber mi cólera y dirigirla por el cauce adecuado.

El caos reinaba entre la multitud. Aquellas reacciones eran en parte resultado de la frustración contenida, que buscaba la salida más fácil, y en parte producto de las incitaciones deliberadas a «tomar las armas» por parte de algunos grupos, quizás ayudados por agentes provocadores enviados para sembrar la confusión.

Fue Franklin quien impuso la calma otra vez. Su actuación como presidente del tribunal había sido irreprochable, y aquella confusión representó la máxima prueba de su capacidad para dirigir a las masas. Fue asombroso verle reunir todos los elementos del acto, casi sin esfuerzo, y formar con ellos un conjunto coherente. Se identificó con la gente en su deseo de ver rápidamente aplicada la justicia que exigían, pero explicó que, aunque éramos cada día más fuertes, la correlación de fuerzas seguía siendo claramente favorable al enemigo, y que aquella situación no empezaría a cambiar hasta que hubiésemos incorporado a nuestro movimiento a un número mucho mayor de gente. Aquello sería lo que tendría mayor repercusión sobre quienes pretendían dominarnos. Por tanto, nuestra

estrategia debía encaminarse a establecer contacto con más y más personas de nuestro pueblo, para atraerlas de esta manera a nuestro lado.

Cuando Franklin se disponía a cerrar el acto, la gente aplaudía, mostrando su completo acuerdo con la propuesta de ir a la alcaldía a exponer nuestras peticiones. Su increíble capacidad para llegar a la gente me causó una profunda impresión, no solo como cualidad de un individuo, sino, sobre todo, como cualidad de un comunista. El respeto que había merecido, la claridad y la fuerza de su explicación eran resultado de sus años de experiencia como miembro del Partido Comunista.

4 de abril de 1968

Pasé la mañana en las oficinas del SNCC. Por la tarde, fui al Comité de Defensa de la Declaración de Derechos en Los Ángeles, a buscar unos materiales que quería hacer imprimir.

El curso normal de aquel jueves fue roto por un grito: «¡Martin Luther King ha sufrido un atentado!». La incredulidad petrificó mi expresión. El doctor King había sido herido de bala en la cabeza por un asesino blanco, y había pocas esperanzas de salvarle.

Mi incredulidad dio paso a una tristeza que me hizo sentir, durante un rato, abatida e impotente. Me abrumaba un indefinible sentimiento de culpa. Por nuestra parte, habíamos criticado duramente a Martin Luther King por su inflexible posición de no violencia. Algunos de entre nosotros habían llegado al extremo de dar por sentado que su religión, su filosofía de no violencia y su preocupación exclusiva por los «derechos civiles», en oposición a la lucha por la liberación total, le habían convertido en un dirigente esencialmente inofensivo. Nunca habríamos imaginado que caería víctima de una bala asesina; nunca habríamos pensado que necesitara nuestra protección. Creo que no nos habíamos dado cuenta de que su nuevo concepto de lucha —a la que él quería incorporar a los pobres de todas las razas, a los oprimidos de todo el mundo— representaba, en potencia, una gran amenaza para nuestro enemigo. Pensé que no había sido casual el

hecho de que aquel día hubiese participado en una manifestación de basureros que estaban en huelga.

De vuelta en el local del SNCC, mi cólera y mi dolor por la muerte del doctor King encontraron su canalización adecuada: la expresión colectiva. Junto con mis camaradas, discutí cómo íbamos a responder a aquello.

Mucha gente de la comunidad negra esperaría que nosotros, el SNCC de Los Ángeles, nos pusiésemos al frente de la lucha. Íbamos a necesitar todas las energías mentales y físicas que pudiésemos encontrar. La crisis del asesinato de King había estallado en el preciso momento en que teníamos serios problemas con nuestros cuadros, algunos de los cuales tendían a ser revolucionarios «de televisión», arrastrando a las masas con una ardiente retórica y desdeñando el poco romántico trabajo de construir día a día una organización sólida. Desde el día del juicio popular, Franklin destacaba como el dirigente más capaz de nuestras filas. Su competencia y su magnetismo habían provocado envidias entre los revolucionarios al estilo de Hollywood y estimulado corrientes ocultas de anticomunismo que complicaban aún más nuestra situación interna. Pero si no actuábamos inmediatamente, de hecho, abdicaríamos de nuestra responsabilidad hacia nuestros hermanos. Franklin no estaba en la ciudad. Había aprovechado la relativa calma que reinaba en Los Ángeles para ir a visitar a Kendra, que se hallaba en Nueva York estudiando en la Escuela de Formación Ideológica para cuadros del Partido Comunista. Cuando ocurrió el asesinato, estaba en la carretera y nos telefoneó desde Chicago para preguntar qué creíamos que debía hacer. Le pedimos que diera marcha atrás y regresase a Los Ángeles.

Aquella noche, en Nueva York, las calles de Harlem y de Bedford-Stuyvesant estaban llenas de encolerizados jóvenes negros que atacaban las tiendas y establecimientos blancos con piedras y botellas, y también de policías enviados a reprimirles. En Raleigh, Carolina del Norte, se producían levantamientos similares, y Jackson, en Misisipi, y Nashville, en Tennessee, estaban a punto de estallar.

No habría sido difícil que todos los guetos de Los Ángeles alcanzasen el mismo punto de efervescencia y se produjese un nuevo agosto de 1965.[24] Sabíamos que algunos elementos fomentarían los estallidos espontáneos de la frustración y desesperación colectivas, haciendo con ello el juego al enemigo, pues estábamos seguros de que la policía de Los Ángeles estaría

encantada de tener una ocasión de probar su nuevo «equipo antidisturbios». Toda persona de raza negra que pareciese preocupada por el asesinato de Martin Luther King sería un objetivo potencial. La policía de Los Ángeles, muchos de cuyos miembros habían sido reclutados en las zonas más racistas del sur, era quizá la más brutal del país y, peor aún, la mejor equipada.

Era necesario evitar un enfrentamiento físico, pues si este se producía, la comunidad negra quedaría sentenciada. Sin embargo, no podíamos permitir que el deseo de responder, de luchar, se diluyese; era necesario canalizarlo en una actividad política. Necesitábamos una acción política de masas para intensificar la lucha contra el racismo: el racismo era el asesino de Martin Luther King, y era el racismo el que debía ser combatido.

El Congreso Negro se adhirió a aquella postura. Todas las organizaciones que lo formaban estuvieron de acuerdo en convocar una manifestación masiva que había de suponer una escalada en la lucha contra el racismo. Entretanto, debíamos desarrollar un *crescendo* de actividades de masas que culminarían en la manifestación. La población negra debía mantenerse activa, pero sin llegar al punto de verse empujada a estallar. El día siguiente al asesinato, pedimos a los estudiantes de los institutos que participasen en una campaña para explicar el hecho y que distribuyesen propaganda llamando a nuestra gente a asistir a una asamblea en la segunda iglesia baptista. Nuestras tres multicopistas se pusieron a funcionar las veinticuatro horas del día, imprimiendo las octavillas que iban a ser distribuidas por los cientos de estudiantes de instituto que venían a buscarlas a todas horas.

Algunas personas nos acusaron de querer «calmar» a los negros y de asumir una posición moderada ante el asesinato. Estas acusaciones venían de aquellos que estaban a favor de una rebelión inmediata. Pero nuestra estrategia resultó ser correcta, pues, al día siguiente al asesinato la propia policía se disponía a provocar una revuelta. Cuando volvieron los compañeros que habíamos enviado a pulsar el estado de ánimo de la comunidad, nos informaron de las provocaciones policiales que ocurrían por toda la ciudad. Se habían instalado ametralladoras en el tejado de las principales comisarías de policía del gueto; los hombres que habrían de manejarlas estaban en sus puestos en todo momento. Aquella tarde entró en el local un joven hermano con la cara llena de sangre, y nos explicó que había sido apaleado por la policía al otro lado de la ciudad y que después le

habían dejado frente a nuestro local. Le atendimos y le acompañamos a casa.

La tensión crecía; nos parecía estar en la cima de un volcán que podía entrar en erupción en cualquier momento. El 5 de abril, el día siguiente al asesinato, Lyndon B. Johnson había ordenado al secretario de Defensa que utilizase toda la fuerza necesaria para salvaguardar «la ley y el orden». El 6 de abril habían muerto ya veinte personas en el país: nueve en Chicago, cinco en Washington, dos en Detroit y una en cada una de estas ciudades: Nueva York, Tallahassee, Minneapolis y Memphis, el lugar del asesinato. Mil personas habían resultado heridas y dos mil más, detenidas. Se habían producido levantamientos en veintitrés localidades.

La noche de la asamblea en la segunda iglesia baptista dejamos en el local, de guardia, a tres hermanos de nuestro servicio de seguridad. La situación era muy tensa; podía ocurrir cualquier cosa. Los hermanos se quedaron allí para defendernos del loco frenesí de la policía.

Cuando volvimos al local después de la asamblea, nadie vino a abrirnos la puerta. Esa fue la primera señal de anormalidad. Bobbie y yo estuvimos a punto de montar en cólera contra aquellos hermanos por haber abandonado sus puestos en un momento tan crítico, pero sabíamos que eran muy responsables y no parecía probable que hubiesen dejado el local sin defensa.

La puerta principal no estaba cerrada con llave; algo iba mal. En el interior, las sillas estaban volcadas; los papeles habían sido barridos de los estantes y esparcidos por todo el suelo y nuestro cartel de Rap Brown estaba roto en pedazos. En la sala de las multicopistas, los cilindros de las máquinas habían sido destrozados con cascos de botellas rotas. En el suelo y en las paredes habían arrojado chorros de tinta de multicopista.

Al poco tiempo, las dos mujeres que llevaban el restaurante de al lado entraron a toda prisa y nos explicaron que habían venido unos diez o quince coches oficiales de la policía, y que algunos agentes se habían dirigido hacia la puerta posterior. Vimos que esta había sido abatida con un hacha. Según las dos hermanas, unos diez minutos después los policías habían sacado por la puerta principal a nuestros tres responsables de seguridad, esposados juntos, y les habían metido a empujones en un coche patrulla, alejándose después a toda velocidad.

No era casual que hubiesen atacado nuestra imprenta. El trabajo de nuestra organización era, en primer lugar, educativo. Acabábamos de distribuir cientos de miles de octavillas en las que protestábamos por el asesinato del doctor King, explicábamos las fuerzas racistas que había detrás de aquel crimen y proponíamos formas de resistencia. Aunque no lo admitían a menudo, los grupos dirigentes temían aquella actividad educativa mucho más que las retóricas amenazas de «¡Cerdos, fuera!». Sabían que nuestra estrategia consistía en organizar a las masas, y que cada vez había más gente que se acercaba a nosotros en busca de información y orientación.

Nos recuperamos del sobresalto inicial y prescindimos de nuestra rabia durante el tiempo necesario para examinar los desperfectos con detalle y para poner en marcha el mecanismo que permitiera pagar la fianza de nuestros compañeros. Alguien propuso que cenásemos, y encendió el fuego bajo la gran cacerola de espaguetis que habíamos preparado por la mañana. Se pasaron los platos y, al empezar a comer, uno de nosotros exclamó: «¡Oh, un clavo en los espaguetis!». Era cierto. En aquel plato, mezcladas con los espaguetis, había varias tachuelas, al igual que en todos los demás. Las habían echado en la cacerola los policías que habían irrumpido en el local.

Decidimos dejar todo tal como estaba, incluida la cacerola de espaguetis, y convocar una conferencia de prensa para la mañana siguiente, a fin de que los periodistas pudiesen comprobar con sus propios ojos las criminales intenciones de los «valerosos» policías.

A fines de abril de 1968, el SNCC de Los Ángeles, a pesar de que apenas tenía dos meses de vida, se había convertido en una de las organizaciones más importantes de la comunidad negra de la ciudad. Nuestro Comité para el Tribunal Popular, que trabajaba aún en el caso de Gregory Clark, se ocupaba de la represión y de la brutalidad policial. Habíamos creado una organización, llamada Asociación Juvenil del SNCC, que contaba con más de cincuenta miembros activos, y la Escuela de Liberación, que estaba bajo mi responsabilidad y a cuyos cursos asistía un gran número de personas.

Nuestro teléfono sonaba constantemente; sin cesar se nos informaba de actos de discriminación y represión contra nuestro pueblo y se nos pedía orientación para responder a ellos. Nuestro local casi nunca estaba vacío: la

gente acudía a él para informarse de la lucha, de cómo podían participar en ella.

A medida que la organización se fortalecía, iba creándose una distinción entre los cuadros verdaderamente comprometidos y los que aceptaban el prestigio de haber fundado el SNCC, pero no la responsabilidad que ello implicaba. En un principio, la dirección estaba formada por seis hombres y tres mujeres. Las tres mujeres, Bobbie, Rene y yo, teníamos siempre una cantidad desproporcionada de trabajo de oficina y del propiamente organizativo. Ahora, solo dos de los hombres hacían algo importante en la organización: Franklin, naturalmente, y un hermano llamado Frank, que dirigía el servicio de seguridad y la Asociación Juvenil. Bobbie, Rene y yo trabajábamos durante todo nuestro tiempo libre.

Algunos hermanos se presentaban solo para las reuniones de la dirección (y no siempre), y cada vez que nosotras participábamos en algo importante, se ponían a decir que «las mujeres estaban haciéndose con el mando de la organización» y hablaban de un «golpe de estado matriarcal». Salieron a la luz todos los mitos relativos a la mujer negra. Según decían, Bobbie, Rene y yo éramos demasiado dominantes; queríamos controlarlo todo, incluyendo a los hombres, lo cual significaba, por extensión, que queríamos despojarles de su virilidad. Algunos afirmaban que, al realizar funciones dirigentes en la organización, estábamos ayudando al enemigo, que quería ver debilitados a los hombres negros. Aquella acusación era especialmente dura porque el SNCC era una de las pocas organizaciones del movimiento de liberación de los negros de Los Ángeles, y probablemente del país, en la que las mujeres desempeñaban funciones dirigentes. En aquella época, una de las características negativas de algunos grupos nacionalistas era su empeño en relegar a la mujer a un segundo plano. Los hermanos que se oponían a nosotras evidenciaban claramente la tendencia a la supremacía masculina que imperaba en el movimiento, aunque estoy segura de que algunos de ellos tenían la suficiente madurez política como para comprender la naturaleza reaccionaria de aquella postura. Después de todo, había sido un miembro de la administración Johnson, Daniel Moynihan, quien, en 1966, había resucitado la teoría del matriarcado negro derivado de la esclavitud, afirmando que el papel dominante de la mujer negra en la familia y, por lo

tanto, en la sociedad negra, era uno de los principales factores de la triste situación de esa sociedad.

Aquellos hermanos sabían esto; sabían también que Bobbie, Rene y yo, junto con Franklin y Frank, habíamos llegado a la dirección del SNCC por el hecho de haber asumido tareas que ellos mismos descuidaban. Pero estaban decididos a plantear la cuestión. Yo sabía que la situación era tensa, que estábamos al borde de una disputa seria, quizá grave. Pero no sabía que la escaramuza había de convertirse, de la noche a la mañana, en una guerra abierta.

Naturalmente, Franklin y Frank se pusieron de nuestro lado. Cuando el trabajo del grupo empezó a verse afectado por aquel conflicto interno, decidimos pedir ayuda a la sede central del SNCC, en Nueva York. Forman estaba en el extranjero, y nos dijeron que vendría a hablar con nosotros otro dirigente nacional. Pero cuando este llegó, se interesó menos por el problema concreto por el cual le habíamos llamado que por el trabajo en general que realizábamos en Los Ángeles. Desechó rápidamente nuestro problema de la relación política entre hombre y mujer, alegando que no era lo bastante importante para merecer una discusión especial; dijo que se arreglaría a medida que fueran resolviéndose otros problemas. Lo que le interesaba discutir era la gran diferencia que había entre nuestro grupo y las demás organizaciones locales del SNCC, especialmente la central de Nueva York. Estaba en lo cierto, desde luego. Nosotros habíamos elaborado una estrategia y un programa sin atender a la línea del SNCC de Nueva York. El hecho era que apenas habíamos recibido nada de la sede nacional, excepto el permiso para utilizar el nombre y las orientaciones iniciales que nos dio Forman.

El hermano de Nueva York se quejó de que nuestras oficinas no eran «eficientes»; dijo que había demasiadas personas por allí que no hacían «nada concreto», que no estaban sentadas «en sus puestos de trabajo». Además, no realizábamos la que habría debido ser una de nuestras tareas principales, es decir, recaudar fondos para la organización nacional. Nos amonestó porque no organizábamos suficientes cócteles en los barrios ricos, donde los más acomodados de nuestros hermanos podían ser inducidos a compartir su prosperidad con el SNCC.

Me criticó personalmente por los cursos que había incluido en el programa de la Escuela de Liberación. Mientras yo veía aquella escuela como un centro de concienciación, como un modo de impartir educación política a la comunidad negra, el hermano de Nueva York consideraba que debía orientarse fundamentalmente hacia la enseñanza de técnicas, como la reparación de radio y televisión y la programación de ordenadores. Dijo que la escuela debía convertirse en un instrumento de supervivencia; que debía dar a nuestra gente los conocimientos que necesitaban para encontrar trabajo. Yo creía, en cambio, que, aunque era necesario que los negros pudieran encontrar trabajo y formarse profesionalmente, la función de la Escuela de Liberación del SNCC no consistía en ser un centro de formación profesional. Mi visión general de la escuela que dirigía era la de un lugar donde había de adquirirse la comprensión política y profundizar en ella, donde se hiciese explícita la conciencia de los alumnos y se la encauzase en una dirección revolucionaria. Por ello, los cursos que yo daba y los que pedía que diesen otros profesores versaban sobre temas como «Desarrollo actual del movimiento negro», «Movimientos de liberación en el Tercer Mundo» y «Organización de masas».

El representante nacional criticó también la inclusión de cursos en los que se exponían ideas marxistas, alegando que a los negros les daba miedo el comunismo y que, si creían que había comunistas en la organización, se alejarían de ella. Aquel fue el primer indicio de que se preparaba un ataque a fondo contra Franklin.

Después de un acto destinado a recoger fondos, que tuvo lugar durante la estancia de aquel hermano en Los Ángeles (organizábamos actos de ese tipo para cubrir nuestros gastos locales), Franklin invitó a su casa a algunos hermanos del servicio de seguridad. Estos llevaban encima el dinero que se había recaudado, así como las armas para protegerlo. Con el pretexto de que en el piso se hacía mucho ruido, irrumpió en él la policía, los detuvo a todos, confiscó el dinero y las armas (todas las cuales estaban legalmente registradas) y los acusó de robo a mano armada.

No era difícil adivinar el motivo de aquel ataque aparentemente arbitrario. Para la mañana siguiente estaba prevista una manifestación ante la alcaldía, que constituiría la culminación de una serie de acciones en torno al caso de Gregory Clark. Franklin había de ser la figura central del acto. Se

esperaba una amplia movilización, y la policía pensaba quitar fuerza al acto encarcelando a Franklin. Su comparecencia ante el juez se fijó para el día siguiente, lunes, a la misma hora de la manifestación, y no era posible liberarle antes bajo fianza.

Sin duda la policía esperaba que suspendiésemos la manifestación, o que, aun si la hacíamos, el Comité para el Tribunal Popular sufriese una derrota al llevarla a cabo en ausencia de su máximo dirigente. Aquella mañana, frente a la alcaldía, la gente que acudió a la convocatoria decidió casi espontáneamente dirigir la manifestación hacia el juzgado, que estaba al otro lado de la calle, y exigir la inmediata liberación de Franklin. Los manifestantes, decididos, invadieron los pasillos del edificio y llenaron a rebosar la sala donde iba a comparecer nuestro hermano. Inesperadamente, sin explicación alguna, el juez anunció que desestimaba todas las acusaciones que pesaban sobre Franklin y los otros hermanos.

Franklin iba sin lavar ni afeitar, y era evidente que no había dormido nada durante aquella noche pasada en la cárcel. Sin embargo, dirigió el acto con su habitual energía y pareció que la gente estaba aún más combativa que si la policía no hubiese intervenido: al haber visto con sus propios ojos el resultado de su fuerza colectiva —la liberación de Franklin en respuesta a sus exigencias—, estaban ansiosos por luchar y obtener más victorias como aquella.

Al día siguiente, el *Times* de Los Ángeles publicaba un extenso artículo sobre la manifestación y la forma en que se había conseguido la libertad de Franklin. En el artículo se le llamaba «comunista-maoísta». Naturalmente, como miembro del Partido Comunista de Estados Unidos, Franklin no era maoísta. Pero el hermano de la sede de Nueva York del SNCC quedó obsesionado por aquella afirmación, aun sabiendo que era falsa. Me imagino que no le importaba qué tipo de comunista era Franklin; lo que le preocupaba era el hecho de que fuese comunista y de que los medios de comunicación se hicieran eco de aquel dato.

El artículo del *Times* le movió a convocar una reunión de los dirigentes y de algunos otros miembros del SNCC. Más adelante descubrí que se había informado a algunos dirigentes escogidos de que la reunión tenía como objeto discutir si era aconsejable que un comunista desempeñase un papel

directivo en la organización. A mí no se me había informado de aquello, pues sabían cuáles eran mis ideas políticas y de qué lado me pondría.

La exposición del representante del SNCC ante los reunidos fue tan sencilla como oportunista: declaró que el SNCC no podía de ningún modo verse asociado con el comunismo, y que había sido incorrecto permitir que Franklin desempeñase un papel tan «visible» en la organización, en particular sin haber consultado primero a la dirección de Nueva York. Insistió en que se veía obligado a expulsar a Franklin en virtud de la línea política de la organización nacional, y exigió además que tanto nuestros locales como nuestras actividades fuesen purgados de todo rastro de comunismo y de marxismo. Se produjo un silencio. ¿Iba a convertirse aquello en una repetición de las purgas de la era McCarthy? Deacon (el hermano de Franklin) y yo fuimos los únicos que protestamos, pero éramos tan solo una pequeña minoría de los asistentes al acto. Si podía venir un miembro de la dirección de Nueva York a expulsar a uno de nuestros dirigentes sin hallar siquiera una pequeña resistencia, era evidente que habíamos pasado por alto un defecto gravísimo en nuestra organización. ¿O tal vez el miedo al comunismo era tan grande que podía dar lugar a compromisos en cuestiones de principio y a concesiones en aquello por lo que habíamos luchado con tanto ardor?

Fueron unos días deprimentes. Me sentía separada de mis hermanos y hermanas, a los que no solo había considerado mis camaradas, sino también amigos íntimos. Franklin había sido unilateralmente expulsado de la organización, sin tener la oportunidad de defenderse ante quienes le consideraban su camarada y dirigente. Franklin, Deacon y yo nos reunimos para decidir qué postura adoptaríamos. Primero pensé en abandonar el grupo, pero, después de la reunión, decidimos que Deacon y yo aguantaríamos un poco más, pues quizá con ello lográramos que los demás recuperasen la cordura política.

Pero era demasiado tarde. La primera concesión, el primer asentimiento ante aquella política irracional y anticomunista, el primer acto de tolerancia hacia aquel dirigente con aspecto de hombre de negocios, apolítico y autocrático, que se llamaba a sí mismo revolucionario, fue el principio del fin de nuestra organización. El representante nacional nombró para nuestro grupo un presidente que asumió la misma postura dictatorial. Uno a uno,

fue apartando hábilmente a todos los mejores elementos del SNCC. Yo fui depuesta de mi cargo de directora de la Escuela de Liberación; en aquel momento presenté mi renuncia y empecé a observar desde la barrera cómo el resto de mis compañeros eran acosados y después separados del grupo. En cuestión de semanas, de aquello que habíamos creado solo quedaba el esqueleto. Habíamos tenido más de doscientos miembros con los que podíamos contar, y varios centenares de simpatizantes a los que podíamos movilizar en un momento dado; a principios de verano no quedaban en el grupo más de diez personas.

El SNCC de Los Ángeles había muerto. El local fue cerrado, y la gente se preguntaba qué había sido de nosotros. Era una victoria para las fuerzas de la reacción. Ni siquiera un agente del Gobierno hubiera organizado mejor la destrucción del SNCC.

Pasamos horas, días, en agotadoras discusiones sobre aquel revés. ¿Podía haberse evitado el desastre final? ¿En qué nos habíamos equivocado? ¿Podíamos haber atraído a nuestro lado a la mayoría de los militantes del grupo local? ¿Podíamos haberles convencido de que se retirasen de la organización nacional? Al fin y al cabo, nosotros lo habíamos hecho todo sin ayuda de la central de Nueva York.

Kendra, que durante aquel periodo crucial había asistido a una escuela del partido, criticó a Franklin, así como a Deacon y a mí, por no haber llevado desde el principio una lucha más firme contra el menor rastro de anticomunismo. Habían existido indicios —pasividad ante el anticomunismo y fomento activo del mismo—, pero habían sido muy sutiles o muy esporádicos y sin relación entre sí. Por mi parte, no me había dado cuenta de que podían ser los gérmenes de una actitud colectiva susceptible de transformarse tan bruscamente en una caza de brujas.

No me sentía totalmente libre de culpa, pues en ocasiones había expresado mi acuerdo con algunas ideas anticomunistas extendidas entre la izquierda. No lo había hecho oficialmente ni en reuniones formales, pero en conversaciones sostenidas en nuestro local me había unido algunas veces a los demás para poner en apuros a Franklin. Habíamos acusado al Partido Comunista de no prestar suficiente atención a los aspectos nacionales y raciales de la opresión que sufrían los negros, y de subsumir por ello las características específicas de nuestra opresión en el hecho general de la

explotación de la clase obrera. Yo me había unido a los demás para criticar, desde un punto de vista ultraizquierdista, el «conservadurismo» general del partido.

Aun así, no creía que hubiera debido abstenerme de criticar al Partido Comunista. El problema estaba en que había hecho aquellas críticas sin haber analizado detenidamente sus posiciones. Dadas las circunstancias, mis afirmaciones —sobre todo, viniendo, como venían, de una persona que se decía marxista— podían haber estimulado en alguna medida la extendida actitud de pasividad frente el anticomunismo.

A partir de aquel instante, me puse a buscar la información que necesitaba para decidir si me interesaba ingresar en el Partido Comunista. En aquel momento de mi vida y de mi evolución política —más aún que en los días de San Diego—, sentía la necesidad de ingresar en un *partido* revolucionario serio. Quería tener un ancla, una base, una amarra. Necesitaba unos camaradas con los que pudiese compartir una ideología común. Estaba cansada de los efímeros grupos que se creaban para llevar a cabo una acción concreta y se disolvían al tropezar con la menor dificultad; estaba harta de los hombres que medían su capacidad sexual por el grado de subordinación intelectual de la mujer. La decisión me daba miedo, ciertamente, pero sabía que para vencer teníamos que luchar, y que la lucha que nos llevaría a la victoria había de ser la que librasen colectivamente las masas de nuestro pueblo y los obreros en general. Sabía que esta lucha debía ser dirigida por un grupo, por un partido más estable en cuanto a militantes y estructura y más sólido desde el punto de vista ideológico. Un partido capaz de resolver los enfrentamientos personales, de plantear correctamente los problemas. Y, por mi parte, necesitaba saber y respetar lo que estaba haciendo. Hasta el momento, todas nuestras acciones parecían haber terminado en una elipsis, en unos puntos suspensivos de indecisión, incoherencia e ineficacia.

Durante aquellos días deprimentes releí *¿Qué hacer?*, de Lenin, que me ayudó a clarificar mi situación, y también a Du Bois, en especial sus escritos referentes al momento en que decidió unirse al Partido Comunista.

Desde los días de Frankfurt, de Londres, de San Diego, había estado deseando unirme a un partido revolucionario. De todos los partidos que se llamaban revolucionarios o marxistas-leninistas, el Partido Comunista era,

en mi opinión, el único que no exageraba al darse aquellos epítetos. A pesar de mis críticas sobre algunos aspectos de su política, había llegado ya a la conclusión de que ingresaría en el Partido Comunista o, por el momento, en ningún otro.

Sin embargo, antes de tomar la decisión debía reflexionar detenidamente. El grupo del partido que me interesaba era el Club Che-Lumumba, su célula negra en Los Ángeles. Quería saber cuáles eran su papel y sus responsabilidades dentro del partido y cómo mantenía su identidad y coherencia, dado que sus miembros participaban activamente en el movimiento de liberación de los negros. Como todos los demás partidos comunistas, la unidad de base del de Estados Unidos era y es el «club» (o célula, como se llama en otros países). En general, componen el club de cinco a veinte miembros. Hay secciones, distritos, estados, regiones y, finalmente, la dirección nacional, que elabora la política a seguir en congresos nacionales periódicos. En lo referente al centralismo democrático del partido, el Club Che-Lumumba era como cualquier otro. Pero tenía una función especial, derivada del hecho de que los comunistas negros de Los Ángeles habían luchado dentro del partido por la creación de un club exclusivamente negro, cuya tarea principal consistiría en aplicar las ideas marxistas-leninistas a la lucha de los negros de la ciudad, y en proporcionar dirigentes para el partido en general, en el marco de todo lo relacionado con el movimiento negro.

El club había sido creado en 1967, año en que el movimiento negro se aproximaba a su apogeo. El Partido Comunista había de verse afectado, forzosamente, por la agitación de los guetos, desde Harlem a Watts. Dado que Los Ángeles se había convertido recientemente en escenario de los primeros levantamientos importantes, parecía obligado que el Club Che-Lumumba hiciera acto de presencia en esa ciudad.

La información que había reunido acerca del club en cuestión no me satisfacía del todo, porque tenía pocos datos de primera mano sobre el partido en general. Por ello, Kendra y Franklin me presentaron a algunos camaradas blancos. Visité varias veces a Dorothy Healey, responsable de la organización del distrito de California del Sur. Con ella sostuve largas y complejas discusiones —a veces acaloradas— sobre el partido, su papel dentro del movimiento, su potencial como partido de vanguardia de la clase

obrera, como el partido que conduciría a Estados Unidos de su etapa actual, atrasada históricamente y basada en la explotación, a la nueva era del socialismo. Aquellas discusiones con Dorothy me interesaron enormemente y, fuera cual fuera mi decisión con respecto al partido, aprendí muchísimo con ellas.

En julio de 1968 entregué mis cincuenta centavos —la cotización inicial — al presidente del Club Che-Lumumba y me convertí en miembro de pleno derecho del Partido Comunista de Estados Unidos. Poco después hube de retirarme a La Jolla para hacer los últimos e intensos preparativos con vistas al examen de aptitud para el doctorado en Filosofía. Durante muchas semanas solo me dediqué a estudiar. De día lo hacía en mi despacho de la universidad. Por las noches trabajaba, a menudo hasta muy tarde, en una casa aislada, situada en Del Mar, que me habían dejado unos amigos para la última parte del verano. Estaba tan absolutamente abstraída en la filosofía que a veces hasta soñaba con las ideas de Spinoza, de Kant, de Hegel. Había decidido presentarme a los exámenes aquel año en lugar de esperar al siguiente, como era el procedimiento normal. Esto significaba que tenía que estudiar por mi cuenta obras que de otro modo habría leído en el contexto del curso académico. Tenía que estudiar intensamente, hasta la saturación total.

Cuando se aproximaba la semana de los exámenes, el contenido nerviosismo de los graduados que iban a presentarse a ellos se manifestaba a veces en accesos de abierto pánico. Por ejemplo, en medio de una discusión, alguien se echaba a llorar sin motivo aparente. El temor al suspenso lo invadía todo. Pero había algo más temido aún que el suspenso: obtener solo un aprobado final, lo cual excluía definitivamente la posibilidad de alcanzar el doctorado en Filosofía. Si se suspendía aquel examen, podía repetirse en primavera, pero un aprobado final era, literalmente, el final.

Fue un gran alivio saber que mis exámenes habían ido muy bien. A continuación comencé a pensar en mi tesis, y ocupé un cargo de profesora auxiliar en el departamento de Filosofía, algo a lo que estaba obligada para alcanzar el doctorado. Pasaba aproximadamente la mitad de cada semana estudiando y enseñando en La Jolla, y la otra mitad la dedicaba a mi trabajo político en Los Ángeles.

Me alegró poder asistir de nuevo a las reuniones semanales del Club Che-Lumumba. Era un periodo muy importante para nosotros. En junio, Charlene Mitchell, fundadora del club, había sido designada por nuestro congreso nacional como candidata del partido a la presidencia, convirtiéndose así en la primera mujer negra que aspiraba a aquel cargo. Nos sentíamos enormemente orgullosos de que la primera candidata negra a la presidencia fuese comunista. Hacía veintiocho años que el Partido Comunista no participaba en las elecciones presidenciales, y por ello la candidatura de Charlene significaba el principio de una nueva era para el partido. Estaban siendo eliminados los vestigios del macartismo, y la gente se daba cada vez más cuenta de que habían de ser barridos de una vez por todas.

Durante septiembre y octubre, Charlene estuvo viajando constantemente. Habló en veintiún estados, entre ellos Puerto Rico. (Ningún otro candidato se molestó siquiera en ir allí). En California del Sur, nosotros hablábamos de la candidatura de Charlene a la salida de las fábricas, en asambleas sindicales, en iglesias, en los campus, en las calles y dondequiera que nuestro mensaje pudiera ser comprendido. Naturalmente, no nos hacíamos ninguna ilusión acerca del resultado de las elecciones. Pero no nos interesaba tanto el número de votos que consiguiera nuestra candidata como su capacidad para llegar a todos aquellos que, de otro modo, nunca habrían pensado en una alternativa política aparte de los partidos republicano o demócrata, ni en una forma económica que no fuese el capitalismo monopolista. La candidatura de Charlene nos dio la oportunidad de hablar del socialismo como la solución real de los problemas de la clase obrera, en especial de los negros y mulatos.

Por aquellos días, Deacon, hermano de Charlene, y yo entablamos conversaciones con dirigentes del Partido de los Panteras Negras de Los Ángeles, quienes nos habían pedido que trabajásemos con ellos. Pensaban abrir un local en la zona oeste de la ciudad y querían que Deacon lo dirigiese. A mí me pedían que participase en el programa de educación política. Dado que todos los demás miembros del club participaban ya a fondo en movimientos de masas de uno u otro tipo, los dos pensamos seriamente en la idea. Algunos de nuestros camaradas trabajaban en el movimiento contra la guerra de Vietnam, tratando de cohesionar a los

activistas de dicho movimiento que admitían la relación entre la agresión a Vietnam, el racismo y la represión en nuestro país. Otros, entre ellos Kendra y Franklin, trabajaban con estudiantes, sobre todo en la Escuela Universitaria del Suroeste. Por mi parte, consideraba importante que algunos de nosotros colaborásemos con los Panteras Negras, quienes en aquella época eran como un imán que atraía hacia sus filas a gran número de jóvenes negros, a lo largo de todo el país.

Después de una serie de reuniones con los Panteras Negras para airear algunos problemas y liquidar pasadas hostilidades, y tras discutir la propuesta en el Club Che-Lumumba, Deacon y yo estuvimos de acuerdo en ingresar en su partido. Encontramos una casa para el local de la zona oeste en la esquina de la Séptima Avenida con el bulevar Venice, y a los pocos días comenzaron a acudir a él gran número de muchachos y muchachas de la vecindad. Una vez que estuvieron organizados los programas de la escuela, las clases se llenaron de jóvenes entusiastas. Desde las tres y media de la tarde, hora a la que empezaban a llegar los alumnos de instituto, hasta las diez de la noche, el local era escenario de reuniones, clases y discusiones sobre temas tales como la lucha de liberación de los negros en Estados Unidos, el movimiento en la zona de Los Ángeles, la estrategia y táctica de la organización de masas y la teoría marxista-leninista de la revolución.

Si me quedaba algo del elitismo que casi inevitablemente se infiltra en la mentalidad del universitario, lo perdí del todo en las clases de educación política de los Panteras Negras. Cuando estudiábamos *El Estado y la revolución,* de Lenin, nos encontramos con que había en la clase hermanas y hermanos cuyo paso por la escuela no les había servido siquiera para aprender a leer correctamente. Algunos me contaban cómo habían pasado muchas y penosas horas con el libro, usando el diccionario para averiguar el sentido de muchas palabras en una sola página, hasta llegar a comprender lo que decía Lenin. Mas cuando aquellos alumnos explicaban a sus compañeros lo que habían sacado en limpio de la lectura, era evidente que lo habían entendido todo; su comprensión de Lenin se realizaba a un nivel mucho más vital que el de cualquier profesor de ciencias sociales.

Poco después de la apertura del local, nos llegó la noticia de un brutal asesinato que había tenido lugar en la vecindad. Este fue el relato que se nos

hizo del hecho: una tarde, un joven hermano había ido a comprar cerveza a una cercana tienda de licores y el propietario se negó a vendérsela porque el muchacho no podía acreditar con ningún documento su mayoría de edad. Enojado, increpó al tendero con fuertes palabras y salió bruscamente de la tienda. Sin ningún otro motivo aparente que su irritación, el hermano dio un puntapié a un cubo de basura que estaba en la esquina. Entonces, el tendero cogió su arma, que tenía oculta tras el mostrador, y le disparó a través de la puerta de cristal, causando la muerte inmediata del joven, quien no había hecho más que descargar su cólera sobre un cubo de basura de la calle. Más adelante, cuando el hombre fue interrogado sobre el incidente, alegó que tenía derecho a defender su propiedad. Lo irónico de aquella tragedia residía en que acabábamos de estudiar cuál era la razón de ser del Estado: servir de protección a las clases dirigentes. Estaba claro que, si la gente no hacía oír sus protestas, aquella «justificación» sería aceptada sin reparos por los tribunales. Es decir, que aceptarían la tesis del tendero, según la cual la vida de aquel joven negro valía menos que un cubo de basura de cinco dólares.

Asumimos la responsabilidad de organizar a la población negra para lograr que aquel hombre fuese detenido y procesado. Para ello organizamos manifestaciones por el barrio de la tienda, distribuimos octavillas de puerta en puerta, hicimos asambleas en la calle, sobre todo en el estacionamiento de la tienda, y mantuvimos frente a esta un piquete permanente que pedía a la gente que se abstuviese de comprar en el local de un hombre a quien considerábamos un asesino. Como resultado, sus ingresos se redujeron considerablemente y fue acusado de homicidio. Pero, como era de esperar, no pasó ni una noche en la cárcel, puesto que la fianza que se le impuso fue tan reducida que podía calificarse de simbólica. Pese a todo, nosotros estábamos decididos a que fuese acusado de asesinato y declarado culpable.

El movimiento de la zona oeste fue adquiriendo importancia. En total, eran más de doscientas las personas que asistían a clases y reuniones en nuestros locales. Teníamos que enfrentarnos a un creciente hostigamiento por parte de la policía. De pronto, en medio de todo aquello, estalló una crisis entre los Panteras Negras. Por todo el país habían sido descubiertos un gran número de agentes de la policía infiltrados en el partido. Se inició una purga que, una vez puesta en marcha, alcanzó a muchos hermanos y

hermanas tan inocentes como aquellos que la dirigían. En mi opinión, algunos de los infiltrados que habrían debido ser purgados habían conseguido llegar a los órganos que dirigían la operación. La organización de la zona oeste quedó prácticamente diezmada. Deacon fue llamado a explicar su pertenencia al Partido Comunista, de modo muy parecido a como habría podido ser citado ante la Comisión de Control de Actividades Subversivas en la era McCarthy. Evidentemente, detrás de aquello había algo más que el simple hecho de ser comunista, pues esto era bien conocido por todos en el momento en que se le pidió que asumiera un papel de dirigente intermediario de los Panteras Negras. Es más, ni siquiera me plantearon a mí el ultimátum que presentaron a Deacon, o sea, la elección entre seguir perteneciendo a los Panteras Negras o seguir siendo comunista. (Aquel punto había sido discutido antes de que ingresásemos en los Panteras Negras, y ambas partes habían estado de acuerdo en que los dos partidos no estaban enfrentados entre sí y en que, por lo tanto, no existía problema alguno de lealtades).

Ni que decir tiene que aquel era el momento ideal para que el enemigo interviniese y se aprovechara de la confusión. Un día por la mañana, un dirigente del BPP llamado Franco, que nos había ayudado mucho a la hora de crear la organización de la zona oeste, fue encontrado en un callejón con una bala en el cráneo. Poco después, a mediados de enero, antes de que pudiésemos recuperarnos de la impresión causada por aquella muerte, Deacon y yo oímos una breve noticia por la radio: dos dirigentes del BPP, Bunchy Carter y Jon Huggins, habían sido muertos a tiros durante una asamblea de la Unión de Estudiantes Negros en el campus de la Universidad de California en Los Ángeles (UCLA). Aquel mismo día, yo tenía intención de visitar a Jon y a su esposa Ericka para continuar dialogando sobre los problemas internos del partido. Con algunas hermanas y hermanos de la organización de la zona oeste, corrí al piso para asegurarnos de que nada les había ocurrido a Ericka y a su hija recién nacida. Cuando llegamos, los policías se disponían a marcharse. Para justificar la detención de todos los que estaban en el piso, incluyendo a Ericka y a la niña, dijeron que les había llegado la noticia de que los Panteras Negras podían tomar represalias por la muerte de sus compañeros. Aquello era absurdo, pues en aquel momento nadie estaba seguro de

quiénes eran los asesinos ni cuáles sus motivaciones. Hasta más adelante no supimos que los que habían apretado el gatillo eran dos miembros de la Organización US de Ron Karenga.

Con excesiva frecuencia, dirigentes y activistas del movimiento habían sido abatidos por las balas de la policía, por agentes conscientes de lo que hacían o por hermanos nuestros que, en un momento de locura y confusión, se dejaban utilizar. Habíamos llorado ya muchas veces; habíamos asistido a muchos entierros y expresado nuestra rabia al ver tan cruelmente segada la vida de un hermano o de un camarada. Sabíamos que, por el momento, nuestro compromiso nos hundía en un círculo vicioso de violencia; de aquel modo intentaban nuestros enemigos atemorizarnos y hacernos ceder. Por ello, en cierto sentido, siempre esperábamos la violencia, siempre sabíamos que se acercaba, aunque desconocíamos quién iba a ser la próxima víctima. Pero cada vez que la violencia nos alcanzaba, nos sentíamos igualmente destrozados; por mucho que se repitiera, no nos acostumbrábamos a ella.

La muerte de Jon Huggins fue muy dolorosa para mí; de todos los dirigentes de los Panteras Negras, Ericka y él se contaban entre mis amigos íntimos. A pesar de los problemas que habían surgido en los últimos tiempos, yo sentía enorme respeto y admiración por él, y le sabía honradamente decidido a hallar una solución a la crisis interna del partido. Estaba convencida entonces, como lo estoy ahora, de que la policía tuvo que ver con su muerte, porque temían su fuerza y su voluntad de hacer siempre lo mejor para su pueblo.

Ericka y los demás hermanos y hermanas fueron puestos en libertad a última hora de aquella noche. Cuando la vimos salir por la puerta del Centro Femenino Sybil Brand, bajo una intensa lluvia, nos pareció tan fuerte como siempre. Al ver nuestra tristeza, nuestra identificación con el dolor que sufría, nos dijo: «¿Qué os pasa? No podemos detenernos ahora. Hemos de seguir luchando». Nunca olvidaré aquel momento. Sus compañeras en la cárcel nos dijeron que fue ella quien mantuvo animadas a las demás, quien con más decisión mantuvo en alto la bandera de la lucha.

En medio de especulaciones sobre las causas de los asesinatos y entre ataques verbales a la Organización US, asistimos al entierro de Bunchy, y Ericka salió hacia Connecticut para enterrar a su marido y buscar allí un lugar seguro para su hijita Maya. Supimos que inmediatamente se puso a

crear una sección de los Panteras Negras en New Haven, donde, pocos meses después, la policía la detuvo acusándola de conspiración.

Entretanto, la situación del BPP de Los Ángeles se fue estabilizando y, dado que el problema creado por la pertenencia de Deacon al Partido Comunista no llegó a resolverse, consideré que sería deshonesto seguir trabajando con ellos. Decidí pasar el resto del curso escolar en el campus de La Jolla, colaborando como independiente con el Consejo de Estudiantes Negros. Al principio del segundo trimestre, todos los hermanos y hermanas que dirigían la organización estuvieron de acuerdo en la necesidad de movilizar una vez más a sus miembros. Necesitábamos una reivindicación por la que luchar. ¿Cuál era la más adecuada, la que podía atraer a un mayor número de personas? Todos nos pusimos a reflexionar intensamente; cada propuesta individual era discutida en interminables reuniones.

Por fin, llegamos a un acuerdo unánime. Decidimos que, como la Universidad de San Diego pronto iba a estar formada por una serie de universidades separadas, sería justo y oportuno exigir que la siguiente universidad, la tercera, estuviese expresamente reservada a los estudiantes de los grupos sociales oprimidos, es decir, negros, chicanos y blancos de origen obrero. Mientras estrechábamos nuestros ya fuertes lazos con los estudiantes chicanos de la Asociación Juvenil Mexicano-Norteamericana (MAYA), empezamos a hacer planes para nuestra universidad. Para resaltar el carácter radical de nuestra petición, decidimos llamarla Universidad Lumumba-Zapata, según los nombres de Patricio Lumumba, el dirigente revolucionario congoleño asesinado, y de Emiliano Zapata, el revolucionario mexicano. Queríamos que nuestros objetivos quedasen bien claros: según nuestra idea, la Universidad Lumumba-Zapata debía ser un lugar donde negros, chicanos e hijos de obreros pudiesen adquirir los conocimientos y la preparación necesarios para luchar con mayor eficacia por su liberación.

Después de un breve periodo en el que preparamos nuestra estrategia, decidimos que había llegado el momento de enfrentarnos a la administración de la universidad. Una tarde, los miembros de nuestras dos organizaciones penetraron en el despacho del rector, insistiendo en que escuchase nuestras peticiones. Yo había sido designada por los hermanos y hermanas para leer la declaración colectiva del Consejo de Estudiantes

Negros y de la Asociación Juvenil Mexicano-Norteamericana. Junto con nuestra petición de la Universidad Lumumba-Zapata, formulamos una advertencia muy seria: en caso de que el rector se negase a negociar, no asegurábamos que el funcionamiento de la universidad continuase sin alteraciones.

Como era de esperar, el rector no aceptó nuestra petición. Su negativa fue la señal para desencadenar una ofensiva general por nuestra parte: más asambleas, manifestaciones y enfrentamientos. Sabíamos que, para alcanzar algo positivo, necesitábamos el apoyo de un número importante de estudiantes y profesores. Por ello nuestras acciones estaban encaminadas a atraer a tantos estudiantes y profesores blancos como fuese posible. Algunos estudiantes blancos colaboraron desde el principio, puesto que uno de los aspectos más importantes de nuestra petición era el acceso a la futura universidad de estudiantes blancos de origen obrero. Pero necesitábamos a muchos más; aspirábamos a obtener el apoyo de centenares de estudiantes al movimiento por la Universidad Lumumba-Zapata; aspirábamos a atraer a la mayor parte del estudiantado de la ciudad. Solo de aquel modo podríamos aislar a la administración y obligarla a aceptar nuestras exigencias.

Nuestras acciones culminaron en primer lugar con la participación de nuestras organizaciones en una reunión de la Junta de Gobierno. Con la ayuda de profesores simpatizantes —entre los que se contaban Herbert Marcuse y algunos otros del departamento de Filosofía—, comenzamos a ganar para nuestra causa a muchos otros miembros de la facultad. Nuestra segunda espectacular manifestación fue la ocupación pacífica de los archivos de la universidad, uno de sus centros vitales. Como resultado de aquella acción, la administración y los profesores que no estaban aún convencidos pudieron comprender la seriedad de nuestro propósito.

Teníamos que emprender una lucha sin cuartel. Un gran número de estudiantes de San Diego conocían ya la radicalización que se estaba produciendo en las universidades de todo el país. Al parecer, la jerarquía académica decidió que era mejor ceder a nuestras peticiones que arriesgarse a soportar una alteración prolongada de la actividad académica. A decir verdad, no esperábamos que accediesen tan pronto. Y, cuando lo hicieron, los dirigentes del movimiento nos dimos cuenta de que, a pesar de nuestra

victoria —de la cual todos estábamos orgullosos—, la Universidad Lumumba-Zapata nunca sería la institución revolucionaria en la que, en un principio, habíamos pensado. Aunque su existencia significase el acceso a la universidad de gran número de estudiantes negros, mulatos y blancos de la clase obrera, las concesiones serían inevitables. Con todo, el hecho de tener una universidad en la que el alumnado ejerciese un mayor control sobre la educación que recibía ya supondría un gran avance.

Al terminar el curso académico, mientras me disponía a ir a una conferencia en Oakland, para salir después con destino a Cuba, un cierto número de estudiantes elegidos por nuestras organizaciones se reunían para elaborar, de cara al verano, propuestas concretas para nuestra universidad en lo referente a programas, profesorado y administración. La lucha no había terminado; por el contrario, acababa de empezar. Ahora nuestra tarea más importante era asegurar que todo aquel que entrase en relación con la universidad, estudiante o profesor, recogiese la herencia de la lucha que había dado nacimiento a la idea de la Lumumba-Zapata.

La época de las asambleas masivas a escala nacional estaba aún en pleno apogeo. En julio de 1969, militantes del movimiento procedentes de todo el país (negros, mulatos y blancos) se reunieron en Oakland, California, para asistir a una asamblea convocada por el Partido de los Panteras Negras con el fin de crear un Frente Unido Contra el Fascismo.

La idea organizativa que había tras la asamblea era excelente: se proponía que gentes de ideologías diversas —una representación lo más amplia posible del pueblo— se uniesen para formar un Frente Unido y combatir la represión, cada día más feroz. Pero la asamblea suscitó una serie de problemas ante los que yo me sentía quizás hipersensible, pues me había visto obligada hacía poco a romper mi relativamente estrecha colaboración con los Panteras Negras. La dificultad básica, en mi opinión, era que se nos pedía que creyésemos que el monstruo del fascismo estaba ya desatado, y que el país en el que vivíamos no difería esencialmente de la Alemania nazi. Sin duda la amenaza del fascismo existía, pero era incorrecto y desmovilizador asegurar a la gente que estábamos ya viviendo bajo un régimen fascista. Además, la táctica que se derivaría de un análisis como aquel nos llevaría probablemente en una dirección errónea. Por una parte, al buscar la incorporación de todos, absolutamente todos los

interesados en derrocar aquel fascismo, podíamos arrojarnos en brazos de los liberales, cosa que seguramente frenaría nuestro empuje revolucionario. O bien, de no ocurrir aquello, quizá cayéramos en el extremo opuesto del espectro político: si creíamos que estábamos viviendo en pleno fascismo, ello significaría que prácticamente todas las formas legales de lucha eran imposibles y, por lo tanto, la desesperación nos precipitaría a la lucha armada.

En muchas de las alocuciones se utilizaban indistintamente las palabras *fascismo* y *racismo*. Es indudable que existe una relación clara entre fascismo y racismo. Si alguna vez se llegaba en Estados Unidos a un fascismo propiamente dicho, este se apoyaría sin duda en el racismo, de modo muy similar a como lo había hecho el fascismo alemán de los años treinta con el antisemitismo. Pero utilizar *racismo* y *fascismo* como sinónimos era confundir las ideas de quienes estaban dispuestos para la lucha; era dificultar su desarrollo político e impedir que las masas organizadas luchasen contra el racismo, contra la represión política y, sobre todo, en defensa de los Panteras Negras encarcelados.

En medio de la confusión, Herbert Aptheker, el historiador comunista, hizo una magnífica exposición de la relación que existe entre el racismo de hoy y el posible fascismo de mañana. Sus palabras fueron una confirmación de mi acierto al unirme un año atrás al Partido Comunista.

A pesar de sus evidentes defectos, la asamblea fue uno de los acontecimientos políticos más importantes de aquella temporada. Constituyó el primer paso para la superación del estrecho nacionalismo característico del movimiento de liberación de los negros, y abrió el camino de las alianzas entre la gente de color y los blancos por aquellas reivindicaciones que nos concernían a todos.

Tan pronto como hubo terminado la conferencia, Kendra y yo tomamos un avión para Ciudad de México, donde nos reunimos con los demás miembros de una delegación de comunistas que habían sido invitados por los cubanos a pasar un mes en el «primer territorio libre de América». Durante el vuelo yo me sentía nerviosa y deprimida, pues me habían robado el bolso mientras dormía en un parque de Haight-Ashbury, y estaba sin dinero y sin pasaporte. Kendra me había prestado dinero para el viaje a México, pero no estaba nada segura de conseguir un nuevo pasaporte antes

del día señalado para salir hacia Cuba. Mi única esperanza era que los cubanos me dejasen entrar en el país sin él.

De cara al viaje, no solo era mi pasaporte lo que planteaba problemas, sino que todos hubimos de cuidarnos muy bien de ocultar nuestras intenciones a los mexicanos, quienes en varias ocasiones habían expulsado a activistas de Estados Unidos que se disponían a ir a Cuba. Durante las manifestaciones estudiantiles de 1968 —cuando la policía mexicana había asesinado a gran número de personas—, un grupo de activistas, entre ellos Bobbie Hodges y Babu (con quienes yo había trabajado en el SNCC), estaban en Ciudad de México con intención de tomar allí un avión para Cuba. La policía, tras detenerlos a todos, los interrogó sobre el objeto de su viaje (¿iban a recibir entrenamiento para la guerrilla?) y sobre su participación en la rebelión estudiantil de la ciudad. Como resultado, todos ellos fueron expulsados del país. Al azar, y separadamente, se les había colocado en varios aviones que salían de México. Bobbie, por ejemplo, fue a parar a París.

Hicimos un plan para burlar a la policía mexicana. Tan pronto como llegásemos, buscaríamos la embajada cubana, donde suponíamos que nos esperaban los visados, y nos inscribiríamos en un hotel cercano. Después de dejar el equipaje en el hotel, iríamos a pie a localizar la embajada. A la mañana siguiente, nos dirigiríamos a ella a toda prisa. Sabíamos que, si la policía nos descubría antes de entrar en la embajada, podía detenernos sin darnos tiempo siquiera a recoger los visados. Una vez obtenidos estos, nos quedaríamos en la embajada y, en el último momento, saldríamos rápidamente hacia el aeropuerto, pasando por el hotel para recoger los equipajes.

Aquella tarde recorrimos el barrio durante varias horas buscando la embajada cubana, pero no logramos encontrarla. Al día siguiente, después de mucho caminar de acá para allá, descubrimos, al otro extremo de la ciudad, una calle que llevaba exactamente el mismo nombre. Allí estaba la embajada. Al fin llegamos a ella sin dificultad, aunque vimos en el exterior a unos hombres que parecían ser agentes norteamericanos. Nos dijeron que nuestros visados no habían llegado aún; lo sentían mucho, pero no podríamos salir para La Habana aquella tarde. Era lunes; si todo se arreglaba a tiempo, podríamos tomar el avión el viernes.

Entonces vino el golpe de gracia. Expliqué que me habían robado el pasaporte dos días atrás y pregunté si podría subir al avión sin él. Tratando de consolarme, el camarada cubano me explicó que no eran ellos quienes exigían los pasaportes, sino el Departamento de Inmigración mexicano. Nadie podía salir de México con destino a Cuba sin presentar antes su documentación a las autoridades del país. El camarada me sugirió que fuese a la embajada de Estados Unidos y que tratase de conseguir un nuevo pasaporte con la mayor rapidez posible.

No me sentía en absoluto optimista con respecto a mi nuevo pasaporte. El Departamento de Estado guardaba aún listas de comunistas, y a menudo se negaba a conceder el pasaporte a nuestros camaradas hasta que un abogado llevaba el asunto a los tribunales. Kendra, por ejemplo, creyendo haber perdido el suyo, había solicitado otro unas seis semanas antes del viaje. Por regla general, se consigue el pasaporte una semana después de solicitarlo, pero cada vez que Kendra preguntaba, le decían que no sabían cuándo estaría listo el suyo. Por suerte, antes de la fecha señalada para el viaje encontró el que había perdido; el nuevo no había llegado aún. Otro miembro de nuestra delegación había esperado también durante varias semanas a que le fuese entregado el suyo, y aún entonces, cuando ya estábamos en Ciudad de México, esperaba noticias de su abogado, que estaba gestionando el asunto con el Departamento de Estado. Por mi parte, estaba dispuesta a intentar lo que fuese a fin de conseguir un pasaporte para el viernes. Volví al hotel y me puse la mejor ropa que tenía, para hacerme pasar por una turista inofensiva a la que habían robado pasaporte y dinero. En la embajada de Estados Unidos expliqué, con lágrimas en los ojos, que llevaba más de un año planeando aquel viaje por México, Centroamérica y Sudamérica, y que aquel ladrón había arruinado mis vacaciones. Añadí que me esperaba una amiga en Nicaragua y que no podía ponerme en contacto con ella. Pregunté si sería posible obtener un nuevo pasaporte por algún procedimiento de urgencia. El funcionario se compadeció de mí y, a la tarde siguiente, ya lo tenía. El truco dio resultado; estaba claro que mi persona no había despertado sospechas y me habían extendido el pasaporte sin preguntar nada al Departamento de Estado norteamericano.

Casi habíamos perdido la esperanza cuando, por fin, llegaron los visados. A excepción de Jim —cuyo pasaporte estaba aún en manos de algún

burócrata del Departamento de Estado—, los demás ya estábamos preparados para tomar el avión del viernes con destino a La Habana. Todas las personas que se disponían a subir a aquel avión hubieron de acceder a ser fotografiadas por los funcionarios mexicanos del Departamento de Inmigración. Nadie, ni siquiera una monja que estaba entre los pasajeros, puso en duda que aquellas fotos pasarían pronto a los archivos de la CIA. No nos libramos del todo de nuestra manía persecutoria hasta que el avión despegó.

Cuando sobrevolábamos el frondoso Cinturón Verde de La Habana, salpicado de airosas palmeras, el piloto anunció por el altavoz: «Van a aterrizar ustedes en el primer territorio libre de América». Momentos después, cuando el avión tocó la pista, todos los pasajeros nos pusimos a aplaudir espontáneamente.

Era la víspera de la fiesta nacional más importante de Cuba: el 26 de julio. Durante 1953, en aquella misma fecha, Fidel dirigió el asalto al Cuartel Moncada, base central del ejército del dictador Batista y símbolo importante de su poder. Aunque los miembros del grupo que dirigía Fidel fueron detenidos o muertos, el pueblo consideró su valerosa acción como el primer gran desafío a la dictadura de Batista. Después del triunfo de la revolución, el 26 de julio, llamado Día de la Rebelión Nacional, continuó siendo celebrado como el aniversario de la primera acción armada de la revolución.

Normalmente, se celebraba una concentración masiva en la plaza de la Revolución, y Fidel y otros líderes dirigían la palabra a los cientos de miles de personas allí reunidas. Aquel año, sin embargo, el 26 de julio señalaba el inicio de una campaña para obtener una cosecha de caña de azúcar mayor que cualquier otra en la historia de su economía. Se habían propuesto producir diez millones de toneladas de azúcar. El 26 de julio, en lugar de ir a la plaza de la Revolución, todo el mundo se dirigió a los campos a trabajar. Aunque yo consideraba un honor participar en aquella zafra con mis camaradas, debo confesar que me sentí decepcionada al no celebrarse la concentración en la plaza. Era la primera vez, desde el triunfo de la revolución, que aquel acto no iba a tener lugar.

En las vallas anunciadoras que había junto a la carretera que nos llevó del aeropuerto al hotel, podían verse grandes carteles referentes a la

Campaña de los Diez Millones,[25] al Che, al pueblo vietnamita... En el pasado, muchas de aquellas vallas habían servido para anunciar productos norteamericanos, a base de eslóganes tales como «Beba Coca-Cola» y «La pausa que refresca». Me causó gran satisfacción saber que los cubanos habían arrancado aquellos símbolos de la explotación y los habían sustituido por mensajes cálidos y vivos que tenían un significado real para la gente. La sensación de dignidad humana era palpable.

Pasamos en el autobús por los terrenos de la Universidad de La Habana, que había estado reservada durante doscientos años a los hijos e hijas de los ricos. Ahora, los estudiantes eran hijos de obreros y campesinos, y había negros y mulatos además de blancos.

El autobús se detuvo frente al Hotel Habana Libre, anteriormente Habana Hilton, liberado ahora de las rapaces manos de los viejos capitalistas decadentes. Era la primera vez que me alojaba en un hotel tan imponente. Sin embargo, la ampulosidad del edificio se veía contrarrestada por la sencillez de los huéspedes —obreros de vacaciones, jóvenes parejas en viaje de novios— y de aquellos *compañeros*[26] que llevaban el hotel: hombres y mujeres que no mostraban ni rastro del servilismo que suele encontrarse en botones, camareras y camareros; hombres y mujeres que nunca habrían aceptado la propina que están acostumbrados a dar los súbditos de los países capitalistas.

A primera hora de la mañana del 26 de julio, salimos para los campos. Autobuses, camionetas, camiones y automóviles iban abarrotados de jóvenes y viejos, orgullosamente vestidos con su ropa de trabajo, que cantaban por el camino. Daba la impresión de que todos los habitantes de La Habana que se sentían con fuerza se dirigían a los campos como a un alegre carnaval. En sus caras se veía la serenidad que da un trabajo con sentido, la emoción del compromiso. Se habían librado del clasismo y del racismo, de la amarga necesidad de trabajar más que el vecino para elevarse materialmente por encima de él.

La campaña de la zafra estaba estrechamente relacionada con el trabajo en otros sectores de la agricultura. Cuanto mayor fuera la productividad del tabaco, los cítricos, el café, etc., más trabajadores podrían dedicar sus energías a la zafra.

Nuestra primera contribución al trabajo agrícola consistió en una jornada laboral en los cafetales del Cinturón Verde de La Habana. Pasamos el 26 de julio quitando hierbas y removiendo la tierra alrededor de las plantas, para facilitar su crecimiento.

Fue un día muy duro. El ardiente sol hizo que mis ropas quedasen empapadas de sudor apenas hube comenzado a trabajar. Estaba en buena forma física, aunque el escardar me resultaba pesado. Los cubanos, en cambio, lo hacían con facilidad. Pero estaba decidida a hacer caso omiso del calor y a mantener el mismo ritmo que los centenares de compañeros que me rodeaban. Incluso cuando sentí próximo un acceso de vértigo, no dije nada ni me detuve.

Al ser norteamericanos, todos los de nuestro grupo sentíamos la necesidad de hacer un buen papel. En el preciso momento en que creía que iba a desmayarme, Kendra se hizo daño en el pie con la azada y hube de acompañarla a la enfermería. Fue una pausa oportuna, pero después volví al campo, decidida a aguantar hasta la tarde. Además, tenía que acostumbrarme a resistir, pues la semana siguiente la pasaríamos cortando caña en la provincia de Oriente, en la parte este de la isla.

Después de ducharme, cambiarme de ropa y descansar unos minutos gracias al reconfortante aire acondicionado del hotel, salí a explorar las calles de La Habana en compañía de uno de los camaradas de la delegación. La antigua arquitectura española de algunas zonas del centro me hizo pensar en la guerra de la Independencia y en el general negro Antonio Maceo, que fue herido unas ochenta veces antes de caer muerto. En el Malecón vimos la estatua erigida por Estados Unidos, a la que le faltaba el águila que la remataba; la habían quitado los revolucionarios después de entrar en La Habana.

Vimos a una joven miliciana que, metralleta en mano, hacía guardia frente a su lugar de trabajo. Vestida con la camisa azul celeste con charreteras, pantalón caqui y botas militares, defendía el territorio que tenía asignado. Con su mayor enemigo tan cerca —Florida está solo a unos ciento cincuenta kilómetros—, era forzoso que uno de los aspectos más visibles de la vida cotidiana de Cuba fuese la defensa.

La gente hablaba aún de la invasión de la bahía de Cochinos como si se hubiese producido el día anterior. Habían pasado ocho años desde que

fueron solemnemente enterradas las siete víctimas del bombardeo de tres aeropuertos cubanos por aviones procedentes de Estados Unidos y de sus bases en Guatemala y Nicaragua. El 16 de abril de 1961, Fidel proclamaba el carácter socialista de la revolución cubana y llamaba a su pueblo a movilizarse por si «los títeres del imperialismo intensifican sus actos de agresión». Al día siguiente, en efecto, exiliados cubanos entrenados por la CIA con el consentimiento de la administración Kennedy llegaban a Playa Girón en embarcaciones y aviones norteamericanos.

Ocho años eran un corto lapso de tiempo, si se tiene en cuenta que los cubanos estaban construyendo un mundo nuevo; lucharían hasta la muerte por defender su derecho a construirlo.

La agresión norteamericana había tomado también otras formas. Utilizando como excusa la presencia de misiles soviéticos en territorio cubano, la administración Kennedy expresó abiertamente su intención de aniquilar la Revolución cubana aun cuando ello significase una catástrofe nuclear. Durante la crisis de octubre, el mundo estuvo al borde del abismo. Además, había que contar con el bloqueo económico impuesto por Estados Unidos y la presencia de tropas de este país en la base de Guantánamo, en la provincia de Oriente. Y se sabía que Kennedy había considerado la posibilidad de asesinar al primer ministro cubano, Fidel Castro.

Una de las organizaciones de masas cuya presencia se hacía visible de un extremo a otro de la isla era el Comité de Defensa de la Revolución (CDR). En nuestro primer paseo por las calles de La Habana observamos que, al menos en una puerta de cada manzana o grupo de viviendas, había un letrero rojo, blanco y azul con las siguientes palabras: «Comité de Defensa de la Revolución».

Aquella organización había nacido espontáneamente. El 28 de septiembre de 1960, durante una concentración en la que Fidel informó de su visita a las Naciones Unidas, alguien hizo estallar dos bombas entre la multitud. La reacción de Fidel fue rápida:

> Estableceremos un sistema de vigilancia colectiva, y entonces veremos si los lacayos del imperialismo pueden actuar, porque nosotros estamos presentes por toda la ciudad; no hay un solo edificio de apartamentos en esta ciudad, no hay manzana ni bloque de viviendas que no estén ampliamente representados aquí […]. Vamos a

> crear un Comité de Defensa de la Revolución en cada manzana, para que el pueblo esté en guardia, para que el pueblo lo vea todo, para que el enemigo comprenda que, cuando las masas populares están organizadas, no hay imperialista ni lacayo de los imperialistas, no hay vendido a los imperialistas ni instrumento de los imperialistas que sea capaz de seguir actuando.[27]

En 1969, había prácticamente un CDR en cada grupo de viviendas de la isla. Era gracioso recordar la propaganda que circulaba por Estados Unidos acerca de la Revolución cubana, en especial las mentiras sobre los Comités de Defensa de la Revolución. Según la propaganda norteamericana, aquella era una organización policiaca, algo así como el FBI, que espiaba a la gente para recoger información y comunicarla al Gobierno. Aquello era absurdo, pues estaba claro que en los CDR se hallaba integrada la mayor parte de la población cubana, que se había unido a ellos por el deseo de ayudar a descubrir a los saboteadores y agentes enemigos que pretendían acabar con la Revolución cubana.

Otra falsedad sobre Cuba que tenía amplia aceptación se refería a la actuación de Fidel Castro. Según la propaganda, Fidel no solo era un «dictador tiránico» que imponía al pueblo su voluntad de hierro, sino que se presentaba como un personaje infalible y carismático a quien el pueblo debía rendir culto. Después de ver los llamativos carteles con la imagen de Che Guevara y de otros dirigentes de la revolución, miré por todas partes en busca de retratos de Fidel y de carteles con su imagen. Las únicas fotografías que vi eran de carácter histórico; aparecía en ellas junto con otros miembros de la guerrilla en escenas típicas de aquellos tiempos. Pero en ningún lugar vi retratos del primer ministro exhibidos públicamente. Cuando pregunté a algunos de nuestros *compañeros* por qué había en las calles tantos retratos del Che y absolutamente ninguno de Fidel, me explicaron que él mismo había prohibido que se colocasen retratos suyos en oficinas y lugares de trabajo. Aquello, según me enteré también, molestaba algunas veces a la gente, pues lo consideraban de una modestia excesiva.

Hablé de Fidel con casi todos los cubanos a los que conocía, y pronto pude descubrir que no veían en él más que a un hombre de extraordinaria inteligencia, excepcional entrega, personalidad extremadamente cálida y con grandes dotes como dirigente. Cometía errores, errores humanos, y la

gente le quería, en buena parte, por su honestidad ante aquellos errores. Le consideraban su dirigente, pero, algo aún más importante, era también su hermano, en el sentido más amplio de la palabra.

Pasamos una semana en el pueblo de Santa María II, situado en el centro azucarero Antonio Guiteras. Vivíamos en cabañas de troncos y suelo de cemento, en un campamento que servía habitualmente como lugar de retiro del partido para cursos de educación política. Comíamos al aire libre, bajo un cobertizo que nos protegía del cálido sol de la provincia de Oriente, a veces insoportable. Los servicios consistían en un simple retrete; poco antes de nuestra partida se instalaron tuberías de plomo. La ducha era una artesa de cemento a la que llevábamos grandes cubos de agua fría que íbamos a buscar a la única boca de agua del lugar.

Trabajábamos duro, incluso según el criterio cubano. Seguíamos el horario de todos: nos levantábamos a las cinco, desayunábamos y salíamos al campo con los machetes. Regresábamos al campamento a las once, almorzábamos y descansábamos durante las horas del mediodía, cuando el sofocante calor tropical era peligroso aun para los que estaban acostumbrados a él. Volvíamos a los campos a las tres, y a las seis acabábamos la jornada.

El trabajo de cortar caña era mucho más difícil y agotador que el de los cafetales. Pero yo estaba decidida a hacer por lo menos mi parte, y seguía meticulosamente las normas: un golpe fuerte en la base de la planta, unos golpes cuidadosos por el lado del tallo para hacer caer las hojas, y un último movimiento para cortar los tallos a trozos, a la medida adecuada para el proceso industrial. Era duro, y el calor se hacía aún más intolerable porque llevábamos pantalones tejanos, gruesas camisas de trabajo de manga larga, botas altas y guantes, con objeto de protegernos del líquido que rezumaban las hojas, el cual podía causar una grave erupción cutánea. Pronto acepté la idea de estar completamente empapada de sudor durante las horas de trabajo. En dos días logré adaptarme a la tarea; había recobrado mis energías y podía trabajar a la misma rapidez que un *compañero* cubano, aunque sospecho que él aminoraba su ritmo para seguir el mío.

Un día le dije a un cubano que admiraba su habilidad para cortar caña, pues su modo de hacerlo era casi un arte. Él me dio las gracias por el elogio, pero se apresuró a añadir que aquella era una habilidad que debía

desaparecer. Me confesó que cortar caña era una tarea inhumana. Antes de la revolución, me explicó, miles de personas dependían totalmente de la zafra para sobrevivir y trabajaban en ella como animales. Al acabar la temporada, muchas de ellas se veían obligadas a cortarse un dedo con el machete para cobrar algo de dinero del seguro y así poder resistir durante el resto del año.

El trabajo de cortar caña había sufrido un cambio cualitativo desde la revolución. Ya nadie era cortador de caña *de oficio*; en la zafra participaba todo el mundo. Además, el sudor de los cortadores de caña no servía ya para producir beneficios para otros; todos sabían que los beneficios de la venta del azúcar en el extranjero se emplearían en elevar el nivel de vida de todo el pueblo cubano: se construirían escuelas, hospitales; se multiplicarían los jardines de infancia, se edificarían buenas viviendas para aquellos que más lo necesitasen.

Aun así, me explicó aquel compañero, el trabajo de cortar caña no resultaba adecuado para los seres humanos; era una tarea que hacía envejecer a las personas antes de tiempo. Él seguía haciéndolo porque sabía que trabajaba para que un día sus hijos y sus nietos no tuviesen que sudar bajo aquel ardiente sol. Estaba prevista la mecanización de toda la industria, pero la rapidez del proceso dependería de los sacrificios que todos estuviesen dispuestos a hacer.

De aquel modo, el compañero me criticó sutilmente por haber idealizado algo que no era más que un trabajo durísimo. Entonces comencé a darme cuenta de lo que significa realmente el subdesarrollo. Es algo que no tiene nada de romántico. Idealizar la situación de los oprimidos es causa de peligrosas confusiones.

Al pasar los días, Kendra, yo y los demás comenzamos a sentir que echábamos raíces en aquel pueblecito de Oriente. Habíamos hecho amistad con casi todos sus habitantes; conocíamos bien la sede del Partido Comunista, y también a todos los niños del barrio. A pesar de la barrera del lenguaje, estos nos aceptaban como a miembros de la familia. Ellos me ayudaron mucho en mis esfuerzos por aprender su idioma. Me sentía avergonzada por no haber aprendido un poco antes del viaje, ya que para un pueblo es ofensivo visitarlo sin saber nada de su idioma. Como yo lo hablaba tan mal, pues no lo había estudiado nunca, me sentía menos

cohibida con los niños. Ellos eran pacientes, me corregían y me ayudaban a encontrar las palabras cuando no había ningún diccionario a mano.

El día en que hubimos de hacer el equipaje y subir al autobús para la segunda etapa de nuestro viaje fue realmente muy triste. Lloramos todos, los hombres y las mujeres, tanto nuestra delegación como los cubanos. Lo más difícil para mí fue despedirme de los niños. Un muchacho de unos nueve o diez años, que siempre había sido el más arisco de su grupo, parecía no querer acercarse a despedirnos. Lo atribuí a su natural timidez. Antes de subir al autobús, fui yo hacia él y le di un beso en la mejilla. Él dio media vuelta y se alejó a todo correr. Pero, desde el autobús, le vi escondido detrás de un árbol, tratando de ocultar su cuerpo sacudido por los sollozos. Entonces me corrieron por las mejillas las lágrimas que había estado conteniendo.

Durante las semanas siguientes tuvimos un programa muy apretado: escuelas, hospitales, jardines de infancia, lugares históricos, un centro de vacaciones para obreros, la Universidad de Santiago, una presa, un centro arrocero...

En todas partes nos quedábamos enormemente impresionados por los resultados de la decidida lucha que se había llevado a cabo contra el racismo tras el triunfo de la revolución. Los primeros decretos del nuevo Gobierno estuvieron encaminados a abolir la segregación en las ciudades, que había sido introducida en Cuba por los corrompidos capitalistas norteamericanos. Ahora, en cambio, constituía un delito cualquier forma de discriminación contra los negros, incluyendo el uso de un lenguaje racista. Lo más importante, desde luego, era la destrucción de la base material del racismo, extirpándolo de la economía. En nuestro viaje vimos que los negros ocupaban puestos de dirección en fábricas, escuelas, hospitales y otros centros y organismos de todo el país. Era evidente —Kendra, Carlos y yo, los tres miembros negros de la delegación, no dejábamos de hablar de ello— que solo bajo un régimen socialista podía haber sido tan eficaz aquella lucha contra el racismo.

A fines de agosto nuestra delegación, junto con la portorriqueña, que era más numerosa, subió a bordo de un carguero cubano en el que habríamos de cubrir la primera etapa de nuestro regreso, hasta las Antillas francesas, adonde el barco llevaba una carga de cemento. Al atardecer zarpamos de la

bahía de Santiago. Cuando nos alejamos de la isla era ya noche cerrada, y no se veía la tierra ni el mar, pues no había luna. Nos instalamos y empezamos a orientarnos en el barco y, al igual que los portorriqueños que venían con nosotros, trabamos conversación con la tripulación. El capitán era un antiguo estudiante de Filosofía de veintiséis años, con quien me apresuré a hablar de nuestro común tema de estudio. Era su primer viaje al mando de aquel barco y, como nosotros, debía familiarizarse con él y con la tripulación.

De pronto, cuando estábamos en alta mar, en plena oscuridad, un avión sobrevoló el barco a muy baja altitud y a gran velocidad. Antes de enterarme de lo que ocurría, el avión cruzó otra vez por encima de nosotros. Cuando Kendra y yo corríamos al puente para preguntar al capitán qué pasaba, un miembro de la tripulación nos explicó tranquilamente que se trataba de un acto hostil por parte de un portaaviones norteamericano de los que controlaban el bloqueo económico. Con sus luces, el portaaviones empezó a hacer señales a nuestro barco pidiéndole que se identificara y explicase su misión. Naturalmente, podían ver la bandera cubana; todo aquello no era más que el rutinario hostigamiento que habían de soportar los barcos cubanos cada vez que salían de sus aguas territoriales. Mediante señales, el barco cubano comunicó que, antes de identificarse, quería saber el nombre y la misión de quienes deseaban aquella información.

Durante aquellos momentos una cierta diversión había acompañado al nerviosismo. Pero después, de pronto, no lejos del barco, un extraño y silencioso estallido de luz rompió la oscuridad de la noche. Al principio semejaba una nubecilla en forma de hongo, pero un segundo después pareció desplazarse directamente hacia nosotros. Yo me asusté tanto que no pregunté lo que ocurría; pensé que, si aquello era gas letal, no podríamos escapar. La nube de luz inundó el barco e iluminó toda la zona circundante como un sol de mediodía. Un miembro de la tripulación dijo entonces que seguramente se trataba de un nuevo proyectil luminoso que estaba siendo experimentado por Estados Unidos aprovechando el bloqueo.

Por fin nos libramos de los militares norteamericanos y pudimos disfrutar durante unos días de la legendaria belleza del Caribe. Pasamos junto a Haití y Santo Domingo, países no tan hermosos desde el punto de

vista político, y después el barco recibió instrucciones de atracar en Guadalupe.

Aunque no me gustaba la idea de encargarme de las relaciones con los nativos de la isla, yo era la única persona a bordo que sabía francés, de modo que no tuve alternativa.

Nuestra delegación llevaba muy poco equipaje, pero los portorriqueños traían varias cajas de libros que les habían regalado los cubanos para su librería de San Juan. Tuve la precaución de preguntar a los funcionarios de la aduana si se proponían inspeccionar todos los equipajes. Deseábamos evitar cualquier incidente en la isla, y los portorriqueños querían asegurarse de que podrían enviar los libros a San Juan desde Basse-Terre, el puerto en el que habíamos atracado. Me dijeron que no me preocupase, que solo querían ver nuestros pasaportes; una vez que estuviesen sellados, quedaríamos libres para proseguir el viaje.

El capitán cubano tenía la dirección de una mujer que nos permitiría comer en su hotel y dejar allí nuestro equipaje mientras preparábamos el vuelo con destino a Puerto Rico. Después de guardar nuestras cosas, fui a una agencia a comprar billetes de avión para los veinticinco que éramos. Algunos hermanos portorriqueños comenzaron a transportar las cajas de libros a la oficina de correos.

Cuando yo estaba hablando con el empleado de la agencia de viajes, entró corriendo en ella uno de los camaradas portorriqueños y me dijo, muy nervioso, que les habían sido incautadas todas las cajas de libros. La policía había confiscado los pasaportes de varios miembros de su delegación, y parecía que se les acusaba de un delito grave. A causa de las dificultades de lenguaje, no comprendían bien lo que ocurría y necesitaban que yo hiciese de intérprete.

Mientras avanzábamos por las calles de Basse-Terre, yo estaba segura de que se trataba de un malentendido sin importancia que se aclararía inmediatamente; los pasaportes serían devueltos y podríamos salir hacia Puerto Rico aquella misma noche. El camarada me condujo hacia una antigua calle y luego a una oscura callejuela, hasta llegar a un sucio garaje que, al parecer, era usado como almacén por la aduana francesa. En la débil luz de aquel local, vi a unos diez miembros de la delegación portorriqueña que formaban un círculo en torno a un viejo colonialista francés que agitaba

sus pasaportes en el aire mientras despotricaba contra los comunistas que se infiltraban en el «mundo francés libre» de Guadalupe. Los rostros de los hermanos portorriqueños reflejaban una absoluta incomprensión.

Con calma, pero con toda firmeza, le pregunté qué era lo que le preocupaba tanto. Mi serena actitud no le tranquilizó, como yo había esperado, sino que le hizo soltar una andanada aún más violenta que la primera. Nos acusó a todos de ser agentes del comunismo cubano y de introducir propaganda comunista para fomentar la revolución en aquella tranquila isla donde los «nativos» amaban a sus gobernantes franceses, con los que habían convivido en paz durante tantas décadas. Pensé que ciertamente habría sido extraordinario que en un tiempo tan breve hubiésemos podido provocar una revolución en la isla. Por desgracia, nuestra presencia en ella no tenía nada que ver con la actividad revolucionaria.

Cuando el hombre se tranquilizó, le expliqué la sencilla verdad: algunos de nosotros éramos comunistas —yo, por ejemplo— y otros no lo eran. Regresábamos de una estancia en Cuba y nos proponíamos abandonar Guadalupe en el próximo avión que saliese hacia Puerto Rico. En cuanto a los libros, no teníamos intención de dejar ni uno solo en Guadalupe, pues su destino era una librería de San Juan. Además, los libros estaban en castellano y, que yo supiera, en Guadalupe se hablaba francés y no castellano. Por otra parte, la mayoría de ellos no eran de tema político, sino de literatura española clásica y contemporánea en general.

Cuando hice una pausa antes de continuar mi explicación, el hombre hizo un furioso gesto con el brazo, se puso a caminar arriba y abajo y me señaló con un dedo acusador. *«Mademoiselle, vous êtes communiste!»*, chilló, con el rostro contraído por una expresión de horror. Mi sencilla referencia al hecho de ser comunista había confirmado, al parecer, sus peores sospechas.

Yo sabía que estaba hablando con un loco furioso, pero, a pesar de las extrañas circunstancias, en aquel sucio almacén, en territorio del imperialismo francés, me sentí obligada a defender a mi partido, a Cuba, a los países socialistas, al movimiento comunista internacional y a la causa de los oprimidos de todo el mundo. Y dije: *«Oui, monsieur, je suis communiste*

et je le considère un des plus grands honneurs humains, parce que nous luttons pour la libération totale de la race humaine».

En el calor de la discusión, no se me había ocurrido preguntar a los camaradas presentes cómo querían resolver la situación. Con mis palabras no había hecho más que comprometerles. El francés entonces enrojeció de cólera, y nos amenazó furiosamente con encerrarnos a todos durante cinco años y arrojar aquellos libros al mar. Evidentemente, había llegado el momento de hablar en otros términos. Al fin y al cabo, él tenía cierta autoridad en el país, y si no andábamos con cuidado, podíamos vernos realmente encerrados en una mazmorra sin que nadie conociese nuestro paradero.

Repetí mi afirmación anterior: no habíamos venido a Guadalupe con ninguna misión política. La isla era una simple escala en el viaje de regreso a nuestros respectivos países. Pero el hombre no quería entrar en razón. Se puso a abrir algunas de las cajas de libros que habían sido amontonadas en el suelo. Cuando descubrió que una de ellas estaba llena de ejemplares de *Tricontinental*, una revista revolucionaria publicada en Cuba, me preguntó dónde estaba la literatura clásica española. Abrió otra caja, y descubrió esta vez algo que le enfureció todavía más: unos carteles con la figura de Cristo, con la cabeza aureolada y una carabina al hombro. Aquello fue para él la gota que hizo desbordar el vaso. Perdió completamente el control y cayó al suelo agitando brazos y piernas, emitiendo sonidos inarticulados. Incrédula, me quedé mirando aquel cuadro de desesperación y decidí esperar en silencio a que se le pasase el ataque.

Entraron en el local unos hombres uniformados que parecían venir a detenernos. Pero solo querían los pasaportes que no habían sido aún confiscados. Les dije que no tenían derecho a apoderarse de ellos, pues ni siquiera sabíamos de qué se nos acusaba. Uno de los colonialistas nos informó de que íbamos a comparecer ante un juez a la mañana siguiente; entonces se expondrían las acusaciones y se nos juzgaría. Si nos negábamos a entregar los pasaportes, seríamos encarcelados. Imaginando cómo debían de ser los calabozos del país y conscientes de que quedaríamos aislados en aquella isla del Caribe, sin un movimiento que nos respaldase, decidimos entregar los pasaportes y aprovechar nuestra libertad para planear la huida.

Gracias a las relaciones del capitán con algunos cubanos simpatizantes que vivían en la isla, nos pusimos en contacto con una respetada abogada negra, dirigente del Partido Comunista de Guadalupe.

Maître Archimède era una mujer alta, de piel muy oscura, mirada penetrante y optimismo inquebrantable. Nunca olvidaré la primera entrevista que tuvimos con ella. Sentí que estaba en presencia de una gran mujer. Por lo que respectaba a nuestro problema, no tuve la menor duda de que lo resolvería. Pero me impresionó tanto su personalidad, el respeto evidente que inspiraba como comunista, incluso a los mismos colonialistas, que durante un rato nuestra preocupación me pareció algo secundario. Por mi gusto me habría quedado en la isla para aprender de aquella mujer.

En los días siguientes, Maître Archimède negoció tenazmente con los funcionarios de aduanas, la policía, los jueces. Nos enteramos de que existía, en efecto, una ley que podía ser legítimamente invocada —en la medida que podían ser legítimas las leyes colonialistas— para ponernos entre rejas durante un considerable periodo de tiempo. La única solución era un compromiso: los colonialistas estaban dispuestos a permitirnos abandonar la isla a condición de que los portorriqueños dejasen allí sus libros. Naturalmente, no nos dimos por satisfechos con esto, pero al menos habíamos ganado la primera parte de la batalla. Finalmente, decidimos coger los pasaportes, marcharnos de la isla y dejar la cuestión de los libros en manos de Maître Archimède, que prometió hacer todo lo posible para recuperarlos.

En una ceremonia informal, dimos las gracias a nuestra abogada por su inestimable ayuda. Nos despedimos afectuosamente de ella, de la mujer que nos había dado alojamiento en su hotel, del capitán cubano y de la tripulación del barco. Después emprendimos viaje hacia el otro extremo de la isla, Pointe-à-Pitre, donde, a la mañana siguiente, tomamos un avión con destino a Puerto Rico. Desde allí, los norteamericanos salimos hacia Nueva York.

El viaje a Cuba había sido para mí un gran acontecimiento. En el aspecto político me sentía infinitamente más madura, y me parecía que el ilimitado entusiasmo revolucionario de los cubanos había dejado en mí una huella indeleble. Tenía intención de pasar unos días en Nueva York y después volver directamente a mi casa de Cardiff-by-the-Sea, donde podría pensar

tranquilamente en mis experiencias de Cuba antes de empezar a dar clases en la universidad.

Hasta mi regreso a la Costa Oeste no me enteré de que un agente del FBI había publicado, en el periódico del campus, un artículo sobre una comunista que había sido contratada recientemente por el departamento de Filosofía. En él, William Divale revelaba que el FBI le había ordenado infiltrarse en el Partido Comunista. Y, sin duda, le había ordenado también que publicase aquel artículo sobre mi pertenencia al partido.

En el *San Francisco Examiner* había aparecido otro artículo firmado por Ed Montgomery, uno de los periodistas más reaccionarios del estado. Según él, no solo era yo miembro del Partido Comunista de Estados Unidos, sino que (a pesar de la contradicción) también era maoísta. En el artículo se afirmaba que pertenecía además a los Estudiantes por una Sociedad Democrática (Students for a Democratic Society)[28] y al Partido de los Panteras Negras. Por otra parte, el autor decía saber que yo traficaba en armas para los Panteras y que había estado algún tiempo bajo la vigilancia del Departamento de Policía de San Diego.

Al leer aquellas tonterías, me eché a reír. Pero, al mismo tiempo, presentí que estaba en un serio apuro. Mis sospechas se confirmaron cuando me enteré de que la Junta de Gobierno de la universidad —a las órdenes del gobernador Ronald Reagan— había ordenado al rector de Los Ángeles que me preguntase oficialmente si era o no miembro del Partido Comunista.

Reconozco que aquello me causó una cierta sorpresa. No es que yo esperase que mi pertenencia al Partido Comunista quedara totalmente en secreto; lo que me sorprendió fue el tono ceremonioso de la convocatoria, que parecía ser el principio de un proceso inquisitorial al estilo McCarthy.

Cuando acepté el puesto de profesora en la Universidad de Los Ángeles, ignoraba que los estatutos de la Junta de Gobierno —elaborados en 1949— prohibían la contratación de profesores comunistas. Ronald Reagan y sus secuaces desenterraron aquella cláusula claramente anticonstitucional y la invocaron para impedirme enseñar en la universidad.

Al iniciarse aquel asunto, me di cuenta de que mis objetivos personales iban a entrar en contradicción con mis responsabilidades políticas. En un principio, no había tenido intención de empezar a trabajar aquel año. No había terminado aún la tesis para el doctorado en Filosofía, y pensaba

liquidarla antes de buscar trabajo. Después decidí aceptar el puesto en la universidad porque el liviano trabajo que representaba me dejaría tiempo para acabar la tesis. Quería concluir cuanto antes aquella etapa de mi vida académica. Pero ahora se me había hecho un desafío. Aceptarlo significaría abandonar la idea de doctorarme antes de que finalizara aquel año académico.

Mis camaradas del Club Che-Lumumba se comprometieron inmediatamente a promover una campaña entre la población negra de Los Ángeles en defensa de mi derecho a enseñar en la universidad. Los camaradas blancos también colaboraron.

En el campus me apoyaron la Unión de Estudiantes Negros y la Organización de Profesores Negros. Un gran número de estudiantes y profesores empezaron a comprender la necesidad de luchar contra la injerencia política de la Junta de Gobierno en la autonomía universitaria.

La posición de los profesores del departamento de Filosofía fue unánime al condenar a la Junta de Gobierno por interrogarme acerca de mis opiniones y afiliación políticas. A ninguno de ellos se le había preguntado, como condición de su contrato, si era miembro del Partido Demócrata, del Partido Republicano o de cualquier otro. El director del departamento, Donald Kalish, mantuvo en este sentido una inflexible actitud de principio. Si el movimiento en mi apoyo se extendió por toda la facultad, ello se debió en buena parte a su esfuerzo y al de los pocos profesores negros.

Todo estaba listo para la batalla. El primer paso fue responder a la carta del rector en la que me preguntaba si era miembro del Partido Comunista. Solo mi abogado —John McTernan— y algunos amigos íntimos y camaradas sabían cómo pensaba hacerlo. Todo el mundo suponía que me acogería a la Quinta Enmienda de la Constitución, es decir, que me negaría a contestar porque la respuesta podía incriminarme. Aquella había sido la actitud de muchos comunistas durante la era McCarthy, pues en aquellos tiempos, si se lograba demostrar que una persona era comunista, se la podía condenar a muchos años de cárcel en virtud de la Ley Smith. Gus Hall y Henry Winston, secretario general y presidente de nuestro partido, habían pasado casi diez años de su vida entre rejas.

Puesto que de todos modos iba a haber lucha, preferí elegir yo misma el lugar y las armas. Los miembros de la Junta de Gobierno habían empezado

a atacarme. Llegado el momento sería yo, sin lugar a dudas, quien pasara a la ofensiva y les atacara a ellos.

Contesté a la carta del rector con una afirmación inequívoca de mi afiliación al Partido Comunista. Expresé mi enérgica protesta por el hecho de que hubiese sido formulada la pregunta, pero dejé claro que estaba dispuesta a luchar abiertamente, como comunista.

Mi respuesta cogió desprevenidos a los miembros de la Junta de Gobierno, y algunos de ellos consideraron mi declaración de pertenencia al Partido Comunista como una ofensa personal. Estoy segura de que daban por supuesto que apelaría a la Quinta Enmienda. En tal caso, investigarían públicamente mi pasado inmediato para demostrar que yo era, en efecto, comunista.

La junta respondió de forma impetuosa y colérica: me anunciaron su intención de expulsarme de mi puesto.

Los racistas y anticomunistas de todo el estado reaccionaron con furia. En el departamento de Filosofía y en la sede del Partido Comunista se recibieron cantidades de cartas y llamadas telefónicas amenazadoras. Un hombre irrumpió en los despachos del departamento y atacó físicamente a Don Kalish. En mi despacho hubo de ser instalada una línea telefónica especial, para que pudiesen ser seleccionadas todas las llamadas antes de pasármelas. La policía del campus estaba constantemente en estado de alerta. Varias veces hubieron de examinar mi coche en busca de una posible bomba, a causa de las amenazas que había recibido.

Para cuidar de mi seguridad, los camaradas del Che-Lumumba decidieron que un hermano estaría a mi lado a todas horas. Hube de modificar muchos hábitos personales y adaptarlos a las exigencias de la seguridad. Cosas a las que me había acostumbrado desde hacía tiempo estaban ahora completamente fuera de lugar. Por ejemplo, si me quedaba atascada en algún trabajo, ya no podía salir a dar un paseo sola, a pie o en coche, a las dos de la madrugada. Si necesitaba cigarrillos por la noche, cuando todos dormían, tenía que despertar a Josef y pedirle que me acompañase.

Me era difícil aceptar la necesidad de estar acompañada prácticamente en todo momento, y los camaradas del Club Che-Lumumba me criticaban por tomarme mi seguridad tan a la ligera. Kendra y Franklin Alexander me

recordaban siempre que, si algo me sucedía, ellos serían los responsables. Cada vez que yo quitaba importancia a la cuestión de la seguridad, me recordaban los incidentes que ya habían ocurrido. Una noche, la policía me persiguió mientras volvía a casa sola en el coche. Llevaban un rato siguiéndome y, cuando me disponía a tomar la curva hacia mi casa, iluminaron mi coche con un reflector y me siguieron así hasta que llegué a la puerta. Supuse que se trataba de otro de sus actos de hostigamiento y no les hice caso. Pero después un camarada me dijo que había subestimado el peligro: podía tratarse de un intento de asesinato.

Y no era solo la policía. Los camaradas me decían a menudo que, entre los miles de personas que me habían amenazado con matarme, podía haber una que estuviese lo bastante loca como para intentarlo de verdad. Una sola persona era suficiente para poner en peligro mi vida.

Después de nuestra primera victoria legal —un mandato judicial que prohibía a la Junta de Gobierno expulsarme por razones políticas—, las cartas insultantes y las amenazas aumentaron en número y en virulencia. Las amenazas de bomba eran tan frecuentes que, al cabo de un cierto tiempo, la policía del campus dejó de examinar el motor de mi coche, y hube de aprender a hacerlo yo. Una tarde, un policía negro de paisano interrumpió mi clase para decirme que aquel día se habían recibido serias amenazas y que la policía del campus le había ordenado que me custodiase hasta que me fuera a casa. Se habían recibido llamadas en varios lugares del campus advirtiendo que no saldría viva del recinto. Al parecer, el mismo individuo había telefoneado a amigos y conocidos míos y a personas relacionadas con el movimiento, por toda la ciudad. Cuando salí del aula, Franklin, Gregory y otros camaradas del Che-Lumumba me esperaban para acompañarme a casa; sus chaquetas largas no ocultaban del todo los rifles y escopetas que llevaban. Todos recordábamos que, apenas hacía un año, Jon Huggins y Bunchy Carter, pertenecientes a los Panteras Negras, habían sido muertos a tiros en aquel mismo campus, no lejos de donde yo daba mis clases.

Aunque la necesidad de ser vigilada constantemente representaba una molestia, esta era solo un aspecto de un problema más amplio: mi repentina transformación en una figura pública, a la que no lograba acostumbrarme. No soportaba ser el centro de tanta atención. Me ponían nerviosa los

periodistas, que se metían en todo y a veces se me pegaban como parásitos. Odiaba ser mirada como un objeto curioso. Nunca había aspirado a ser una «conocida revolucionaria»; mi concepto de la actividad revolucionaria era muy diferente. Sin embargo, había aceptado el desafío de las autoridades y, si ello implicaba que había de convertirme en una personalidad conocida, estaba dispuesta a soportarlo, a pesar de todas las molestias.

Pero había momentos tremendamente emotivos que compensaban con creces los aspectos desagradables de mi vida pública. Un día estaba haciendo la compra en el supermercado próximo a mi casa. Me di cuenta de que una mujer negra de mediana edad que estaba con su carrito cerca de mí creía haberme reconocido. Cuando nuestros ojos se encontraron, se le iluminó la mirada. Se me acercó muy de prisa y preguntó: «¿Tú eres Angela Davis?». Cuando yo sonreí y le dije que sí, se le llenaron los ojos de lágrimas. Fui a abrazarla, pero ella se me adelantó. Con un abrazo cálido y vigoroso, me dijo en tono maternal: «No te preocupes, hija. Nosotros estamos contigo. No dejaremos que te quiten tu trabajo. Tú sigue luchando».

Aunque aquel momento hubiese sido el único fruto de los años que había dedicado al movimiento, habría considerado que valían la pena todos los sacrificios.

Nunca tuve la menor duda de que mi padre y mi madre, a su manera tranquila, estarían conmigo. Sabía que no cederían a las fuertes presiones para que denunciasen a la «hija comunista». Y al mismo tiempo me daba cuenta de que cuanto más me defendiesen, más arriesgaban su propia seguridad, lo cual me preocupaba mucho.

Cuando pensaba que estaban expuestos al más virulento racismo y anticomunismo del sur, mi inquietud se mezclaba con los terrores que había experimentado durante mi infancia en Birmingham. Recordaba el pánico que sentía al oír la explosión de las bombas que destrozaban casas de nuestra misma calle. Recordaba cómo mi padre tenía las armas preparadas en el cajón superior de la cómoda, por si éramos atacados. Pensaba en la época en que el ruido más leve bastaba para que mi padre o mis hermanos corriesen afuera en busca de un artefacto explosivo escondido junto a la casa. Una tarde, cuando ya estaba en marcha la publicidad sobre mi caso, hablé con Reginald, el menor de mis hermanos, que iba a la universidad en

Ohio. Él también temía que nuestros padres pudiesen sufrir alguna agresión y quería volver a Birmingham para protegerles.

Cada vez que hablaba con ellos, me aseguraban que todo iba bien. Quizá no se había producido ninguna agresión física, pero yo les notaba en la voz que se les estaba haciendo daño de otro modo. Quizás algunos supuestos amigos se habían apartado de ellos, temerosos de verse asociados con los padres de una comunista.

El impacto psíquico del anticomunismo en la gente sencilla de este país es muy fuerte. Hay algo en la palabra *comunismo* que, para las personas no instruidas, significa no solo algo hostil, sino también algo inmoral, sucio.

Entre la muchas razones de mi decisión de exponer públicamente mi afiliación al Partido Comunista estaba la creencia de que con ello podría ayudar a destruir algunos de los mitos de que se nutre el anticomunismo. Si los oprimidos pudiesen ver que los comunistas se interesan profundamente por ellos, se verían obligados a reconsiderar su irracional temor a la «conspiración comunista».

Pronto descubrí que en el gueto, entre los pobres y los obreros negros, las actitudes anticomunistas no estaban a menudo muy arraigadas. Citaré un solo ejemplo: un hermano que vivía enfrente de mi casa vino a preguntarme un día qué era el comunismo. «Algo bueno debe de tener —me dijo—, porque el patrón siempre nos está diciendo que es malo».

Pero, en Birmingham, la imagen que tenía de mí la mayoría de la gente era, sin duda, abstracta e irracional. Muchas personas que me habían conocido de niña, y que seguramente me recordaban aún con afecto, debían de pensar simplemente que los comunistas se habían apoderado de mí, me habían llevado por el mal camino y me habían lavado el cerebro. Me los imaginaba empleando todos los eufemismos posibles para evitar llamarme algo para ellos tan sucio como «comunista».

Cuando fui a casa para las vacaciones de Navidad, mi madre confesó que ciertas personas que se contaban entre sus amigos habían cedido a las presiones del ambiente. Algunos, me dijo, habían dejado de telefonear o de visitarles, de la noche a la mañana. Ciertos clientes de la estación de servicio de mi padre habían desaparecido también.

Pero me dijo que, al mismo tiempo, muchos amigos salían siempre abiertamente en mi defensa. Cuando alguien insinuaba siquiera que yo

había sido la víctima inocente de los engaños del Partido Comunista, ellos declaraban con firmeza que yo ya era mayor para decidir por mí misma cuáles debían ser mis actividades políticas.

Mi padre y mi madre siempre nos habían estimulado a todos a ser independientes. Desde nuestra infancia nos aconsejaban repetidamente que no escuchásemos lo que dijese la gente y que hiciéramos lo que considerásemos justo. A mí me llenaba de orgullo que ambos estuviesen decididos a defender mi derecho a buscar una salida independiente, revolucionaria, a la opresión de nuestro pueblo.

Me mantenía en contacto con mi hermano Ben, que era jugador de *rugby* de los Cleveland Browns. Quería saber si su trabajo se veía afectado de algún modo por el hecho de que yo fuera comunista, para poder defenderle inmediatamente. Aunque nada concreto ocurrió por entonces —los problemas habían de venir después—, Ben se veía rodeado de un conspicuo silencio. Ni siquiera le preguntaba nadie si estaba conmigo o contra mí.

Mi hermana Fania vivía por entonces a ciento cincuenta kilómetros de Los Ángeles, cerca de San Diego. Ella y Sam, su marido, iban a la Universidad de California en esta última ciudad, donde existía un interés especial por mi caso porque yo había estudiado allí durante dos años y oficialmente era aún una estudiante posgraduada que preparaba el doctorado bajo la dirección del profesor Marcuse.

Conservaba mi pequeño piso de Cardiff-by-the-Sea, cercano a la universidad, pensando que sería un refugio perfecto cuando desease huir de la agitación de Los Ángeles. Como el alquiler era de cuarenta dólares mensuales y el piso de Los Ángeles me costaba solo ochenta, había decidido que podía mantener las dos viviendas. Fania y Sam vivieron allí hasta que encontraron un piso para ellos, y después yo seguí usándolo cada vez que me apetecía.

Cuando la Junta de Gobierno quiso expulsarme y mi pertenencia al Partido Comunista comenzó a ser divulgada y atacada por la prensa de todo el estado, empecé a preocuparme por Fania y Sam. La zona de San Diego era la cuna de los Minutemen, versión californiana del Ku Klux Klan. Y la policía de California del Sur no era mejor que ellos. No hacía mucho que a mí me había seguido la policía de San Diego por estar en la dirección del

Consejo de Estudiantes Negros. Advertí a Fania y a Sam que estuviesen alerta.

Mis temores no eran infundados. Una mañana de otoño sonó el teléfono que tenía junto a la cama. Era tan pronto que pensé enseguida que sería algo grave. Me latía el corazón muy de prisa cuando contesté.

—Angela —susurró una voz que reconocí inmediatamente como la de mi hermana—, le han pegado un tiro a Sam. —Su voz parecía irreal; se habría dicho que hablaba en sueños.

—¿Qué dices? —le pregunté, incrédula.

—Los cerdos le han pegado un tiro a Sam. —Y calló.

No me decía si Sam vivía aún y, temiendo lo peor, no me atreví a preguntárselo. Esforzándome por hablar con serenidad, le dije que me contase exactamente lo que había sucedido.

Dos ayudantes del *sheriff*[29] habían irrumpido en su casa y disparado sobre Sam, hiriéndole en el hombro. Él había tomado el fusil que tenía en su casa y, tras hacer fuego contra ellos, les había echado. Cuando Fania me dijo que Sam estaba en el hospital, sentí un tremendo alivio y pude preguntarle cómo se encontraba.

La bala se había alojado a solo unos milímetros de la columna vertebral, pero ya había sido extraída y Fania creía que su marido se repondría. El problema más grave en aquel momento era que Sam estaba detenido; tan pronto como saliese del hospital, le meterían en la cárcel.

Fania explicó que me llamaba desde la casa de Evelyn y Barry, los vecinos de arriba del piso de Cardiff. Le dije que esperase allí y que yo iría en cuanto pudiese.

Después de despertar a Josef y explicarle lo ocurrido, telefoneé a Kendra y a Franklin y les pedí que avisasen a los demás camaradas. Kendra dijo que me acompañaba a Cardiff, y Franklin se ofreció a ir a Riverside, en cuya universidad tenía yo que hablar aquel día; se excusaría en mi nombre, hablaría él en mi lugar y vendría después rápidamente a San Diego.

Cuando llegamos a Cardiff, encontramos a Evelyn y a Barry aterrorizados. Poco después de que Fania me telefonease, habían llegado a la casa varios coches de policía al mando del *sheriff*. Con las armas apuntadas hacia ellos, anunciaron que tenían una orden de detención contra

Fania Davis Jordon. La esposaron y se la llevaron en un coche patrulla. La policía había registrado mi piso y el de Evelyn y Barry. Evelyn estaba furiosa porque uno de los agentes había apuntado a su bebé con el rifle. Al oír que el niño se movía en su cama detrás de una puerta cerrada, el policía había entrado bruscamente en la habitación, apuntando con el rifle hacia la cama.

Poco después, Fania y Sam fueron acusados de «intento de asesinato de un agente del orden». Tardamos dos días en recoger el dinero para las fianzas; y habríamos tardado mucho más de no ser porque Herbert e Inge Marcuse contribuyeron con una suma importante.

La noticia de la detención fue publicada en grandes titulares por todo el estado. «familiares de angela davis detenidos por intento de asesinato» era un titular típico. En todos los periódicos que vi, a excepción del *People's World* y de unos cuantos semanarios *underground*, se insistía sobre todo en el hecho de que Fania y Sam Jordon eran la hermana y el cuñado de la «comunista declarada» Angela Davis.

Más adelante, Fania nos contó cómo los policías y las celadoras la llamaban continuamente «Angela», y cómo trataban de irritarla con sus vulgares observaciones anticomunistas.

Acusé públicamente al departamento del *sheriff* de San Diego de colaborar abyectamente con las fuerzas más reaccionarias del estado. En especial, les acusé de llevar la política racista y anticomunista de Ronald Reagan hasta el extremo del asesinato premeditado. En la lucha que tuvo lugar en su casa, Sam habría resultado muerto con toda certeza si Fania no se hubiera comportado con tanta valentía: cuando el policía hubo disparado una vez contra Sam, ella se arrojó sobre él y, apoderándose de su arma, incrustó las restantes balas en la pared.

Fania y Sam fueron procesados dos veces por el Gran Jurado. Las dos veces, el juez se dio cuenta de lo absurdo que habría sido llevar adelante el proceso y desestimó las acusaciones. Pero la causa se prolongó durante más de un año.

Al empezar el año siguiente, pasado ya el primer trimestre del curso, mi trabajo en la universidad parecía temporalmente asegurado. Los tribunales habían declarado anticonstitucional la prohibición de contratar a comunistas. Todos sabían que, aunque la Junta de Gobierno había sido

neutralizada por el momento, sus miembros buscaban otros medios para eliminarme antes de que empezase el siguiente año académico. Habían puesto en marcha un sistema de provocación y espionaje que llevaban a la práctica unos individuos que se hacían pasar por alumnos de mis clases; me enfrentaba a ellos diariamente.

Al pasar el tiempo, fue quedando claro que el intento de expulsarme de mi trabajo era solo una pequeña parte de un plan sistemático para desarmar y aniquilar la lucha por la liberación de los negros y todo el movimiento izquierdista. La defensa de mi trabajo debía ir estrechamente unida a una lucha más amplia por la supervivencia del movimiento.

En todo el país aumentaba la represión. Los Panteras Negras sufrían con especial intensidad las estratagemas judiciales y la violencia policial. Bobby Seale y Ericka Huggins habían sido procesados en New Haven. Fred Hampton y Mark Clark fueron asesinados mientras dormían por unos policías de Chicago. Y, en Los Ángeles, el local de los Panteras Negras fue asaltado por la policía de la ciudad; intervino en el ataque la brigada táctica especial, y estaban en estado de alerta la Guardia Nacional y el Ejército.

Yo fui testigo presencial de aquel asalto y, junto con mis camaradas, ayudé a organizar la resistencia de la población negra. El éxito que obtuvimos al convocar una respuesta popular ante aquella agresión colocó en situación defensiva, por algún tiempo, a las autoridades de la ciudad y del estado. Sin duda ello intensificó su deseo de aniquilarnos.

Una mañana, a primera hora, hacia las cinco, recibí una llamada telefónica en la que se me informó de la grave situación que se había creado en el local de los Panteras Negras, en la avenida Central. La policía había intentado penetrar en el interior del edificio, pero los hermanos y hermanas que estaban allí les habían contenido y resistían aún, con las armas en la mano. Desperté a Josef y le dije que se vistiese deprisa y que se lo explicaría todo por el camino.

La zona que rodeaba el local había sido acordonada; todos los puestos del cerco estaban, como mínimo, a tres manzanas de distancia del edificio. Cuando dábamos la vuelta a la zona, vimos a un hermano que, con las manos apoyadas contra la pared, era cacheado por un policía. Le miré con atención y vi que era Franklin. Unos veinticinco metros más allá estaban

Kendra y otros camaradas. Saltamos del coche y fuimos a preguntarles qué ocurría.

Nos explicaron que intentaban aproximarse lo más posible al lugar del tiroteo cuando se les acercó un policía que apuntó a Franklin con su fusil y le ordenó que se apoyase contra la pared. A Kendra, Taboo y los demás les dijo que, si no se iban de allí, les volaría la cabeza. Quien les interesaba era Franklin. Cuando le encontraron encima un folleto de propaganda del partido, le llamaron «sucio comunista» y se lo llevaron a un coche patrulla.

Entretanto, se iban oyendo disparos no lejos de allí. Cuando bajábamos por la avenida Central hacia el cordón de policía, empezaba a clarear. A la luz del nuevo día, vimos a unas figuras armadas, cubiertas con monos negros, que se arrastraban por el suelo como serpientes o se escondían detrás de postes telefónicos y de coches estacionados en la avenida. De vez en cuando, hacían fuego con sus armas.

Otras figuras vestidas de negro estaban apostadas en los tejados de toda la manzana donde se encontraba el local. Un helicóptero daba vueltas por el lugar. Acababa de ser arrojada una bomba en el tejado del edificio de los Panteras Negras. Y toda la zona hormigueaba de agentes regulares de policía. Ninguno de aquellos policías hablaba con los demás. Su concentración en el ataque tenía algo de hipnosis, hasta de locura. Eran como robots. Aquel asalto era demasiado perfecto para ser improvisado. Parecía haber sido preparado con anticipación, en todos sus detalles, quizás hasta en la posición de cada agente.

El silencio era casi total, roto solo por los disparos. Si estos procedían de la sede de los Panteras, teníamos la certeza de que al menos alguno de ellos seguía con vida.

Había algunas personas en el lugar. Una mujer parecía aterrorizada cada vez que se oían disparos. Me enteré de que en el edificio estaba su hija. Desde nuestro punto de observación —habíamos conseguido unos prismáticos—, la situación parecía grave. Entre los disparos y la dinamita, el edificio estaba prácticamente destruido. La mujer no decía nada; ninguna palabra podía haber expresado la terrible angustia que traslucían claramente sus ojos.

Me acerqué a ella y le dije con dulzura que no se preocupase. Le expliqué que habíamos organizado una cadena de llamadas telefónicas para

avisar a gente de toda la ciudad de que acudiesen inmediatamente al lugar. Pronto llegarían centenares de personas, y ello solo bastaría para obligar a la policía a retirarse. A su hija Tommie no le ocurriría nada.

A las siete, la zona estaba llena de muchas personas del barrio y de toda la ciudad. Pero el cordón policial se había ampliado. Solo los que habíamos llegado a primera hora veíamos lo que ocurría. Y nos encontrábamos dentro del cerco.

Kendra, yo y los demás camaradas estábamos muy preocupados por Franklin. Queríamos seguir observando lo que ocurría, pero necesitábamos averiguar qué le había hecho la policía. Me ofrecí voluntaria para intentar salir del cerco policial, ver cómo estaban las cosas fuera, averiguar si Franklin estaba por allí y volver, si podía. Josef me acompañó.

Descubrimos una callejuela por la que pensamos que podríamos burlar el cerco, pero, cuando creíamos estar ya fuera de él, vimos a unos policías y tuvimos que volver atrás. Buscando otra callejuela, nos tropezamos con un grupo de niños del barrio. Pensando que seguramente ellos conocían la zona mejor que nadie, les preguntamos si querían ayudarnos a salir del cerco. Accedieron gustosos y empezaron a llevarnos por un laberinto de pasajes, patios y callejuelas que no se veían desde las calles. Si alguien veía a la policía, hacía una señal, y entonces volvíamos atrás rápidamente y probábamos otro camino.

Por fin llegamos al otro lado. Había allí un buen número de personas, en cuyos rostros se reflejaba la cólera. Al recorrer la zona en busca de Franklin, nos encontramos a muchos hermanos y hermanas que conocíamos. Llegamos a la manzana donde se encuentra el Instituto Jefferson. Desfilaba por delante del instituto el cuerpo motorizado de la policía, en un intento de hacer una gran demostración de fuerza. Pasaban a toda velocidad unos cien policías; todos se esforzaban por tener una expresión adusta, aunque en realidad tenían cara de racistas. Aceleraban a fondo sus motos, creyendo que aquel rugido era la prueba de su poder. Aquella escena me hizo recordar a las tropas de Hitler que querían someter a los judíos por el terror.

Una joven hermana, indignada, agarró una botella y se la arrojó. El desfile motorizado se detuvo. Hubo un momento de gran tensión. Muchos estábamos seguros de que iba a producirse un enfrentamiento general. Pero

aquella pretenciosa exhibición de fuerza era solo un alarde; los policías no tenían órdenes de actuar. La comitiva reemprendió su marcha, y los cerdos siguieron pavoneándose por el gueto.

Entre la gente nacían y se propagaban a gran velocidad una serie de rumores. Alguien afirmó que Peaches había muerto. Otros dijeron que aquellos cerdos habían matado a Bunchy y al hijo pequeño de Yvonne Carter. La cólera de la gente iba en aumento. Los alumnos del Instituto Jefferson estaban irritados, al igual que los vecinos del barrio.

Una mujer que volvía del trabajo explicaba a un pequeño grupo que no podía llegar a su casa a causa del cerco policial. «Estos cerdos —decía— se creen que pueden venir al barrio y hacer lo que les plazca con nosotros». Había quien quería luchar. Otros aconsejaban prudencia por el momento, pues los Panteras rodeados estaban aún en peligro.

Josef y yo seguimos buscando a Franklin. Por fin le vimos, cuando caminaba hacia nosotros al otro lado de la calle. Íbamos a correr hacia él, pero vimos que, disimuladamente, nos hacía señas de que nos alejásemos. Al poco rato se acercó, y nos dijo que creía que le seguían y no quería comprometernos. Franklin había estado con los alumnos del Instituto Jefferson, ayudándoles a organizar una asamblea de la comunidad en el centro. Absorto en los problemas inmediatos de la asamblea, casi había olvidado el incidente ocurrido. Los policías le habían encerrado en el coche patrulla y luego estacionaron cerca de la sede de los Panteras. Había visto pasar las balas, literalmente. Al cabo de una hora, más o menos, los policías, tras llevarle en su coche a unas diez manzanas del lugar, le habían echado de él a empellones, en un típico acto de hostigamiento policial.

Franklin nos dijo que se había descubierto la situación del puesto de mando de la policía. Uno de nosotros volvió a la avenida Central para buscar a Kendra y a los restantes camaradas, mientras los demás nos dirigíamos a la casa que el jefe de la policía había convertido en cuartel general. Estaba rodeada de agentes, y había por allí un gran número de periodistas. Algunos de estos me reconocieron enseguida y me preguntaron si había venido para actuar como «intermediaria» entre la policía y los Panteras. Les dije bien claro que no sentía más que desprecio por la Policía de Los Ángeles, y que estaba totalmente a favor de mis hermanos y hermanas cercados.

La mujer que vivía frente a la casa ocupada por la policía estaba indignada por aquella invasión del barrio, y nos ofreció su casa —a un grupo de miembros de los Panteras, de la Alianza de Estudiantes Negros y del Club Che-Lumumba— como cuartel general de la resistencia. Logramos hablar por teléfono con la sede de los Panteras: los hermanos y hermanas que estaban allí seguían con vida, aunque la mayoría habían sido alcanzados por las balas o heridos por la explosión.

Nos dijeron que estaban dispuestos a abandonar el edificio, pero solo si la gente del barrio y los periodistas se hallaban presentes. Sabían que, si no se hubiesen defendido durante unas horas, todos habrían sido asesinados a sangre fría. Habían querido resistir hasta que hubiésemos podido reunir a mucha gente que presenciara la agresión y su salida del local.

Apareció en una ventana un retazo de tela blanca. Se hizo el silencio. Cuando salieron los hermanos y hermanas, once en total, todos aparecían firmes y dignos. Sangraban, tenían las ropas desgarradas y estaban sucios a causa de la explosión, pero mantenían la dignidad. Según supe después, Peaches había sido herida en las dos piernas, pero a pesar de ello emergió caminando con orgullo.

Cuando hubo salido el último de los once, se elevó de la multitud una oleada de aplausos y gritos de ánimo. Se corearon consignas triunfales: «¡Poder para el pueblo! ¡Fuera los cerdos del barrio!». Era un momento de victoria: la policía había llegado subrepticiamente al barrio de madrugada para lanzar un ataque asesino contra los Panteras. Sin duda tenían previsto matar al mayor número posible y detener a los restantes, destruyendo así su organización local en Los Ángeles.

Pero, con el apoyo de la gente del exterior, los Panteras habían resultado vencedores.

Una vez que los Panteras estuvieron fuera del edificio, la gente se volvió más audaz. Una hermana llegó a separarse de la gente para golpear por la espalda a un policía. Antes de que este viese quién había sido, ella estaba otra vez mezclada con los demás.

Los estudiantes con los que estuvo hablando Franklin habían hecho preparativos a fin de realizar una asamblea. Informaron a la administración del instituto de que iban a usar el gimnasio para una asamblea de la

comunidad, en protesta por el asalto ilegal de la policía a los locales de los Panteras. Entre la gente se corrió la voz de reunirse en el Instituto Jefferson.

Las emociones estaban al rojo vivo. En todas las intervenciones se habló apasionadamente de la necesidad de proteger y defender a los Panteras y a nuestra comunidad. Hablaron algunos estudiantes, un hermano de la Alianza de Estudiantes Negros, Franklin y yo. Los estudiantes llamaron a un paro en el instituto a fin de poder divulgar la noticia del ataque por toda la comunidad de Los Ángeles, y se comprometieron a ayudarnos a movilizar a la gente para la lucha. Salimos todos de la sala gritando: «¡Quiero ser un Mau-Mau, como Malcolm X! ¡Quiero ser un Mau-Mau, como Martin Luther King!».

Con objeto de organizar la resistencia, se formó una coalición entre el Partido de los Panteras Negras, la Alianza de Estudiantes Negros y nuestro Club Che-Lumumba. Creíamos que, partiendo de aquella alianza de la izquierda negra, podríamos formar un frente de resistencia amplio y firme de todos los sectores de la comunidad.

Aquella noche convocamos una reunión a la que asistieron delegados de las organizaciones negras de toda la ciudad, y en la que se decidió llamar a una huelga general de la comunidad negra para dos días más tarde. Y ese mismo día, además de la huelga, se formaría una concentración masiva para protestar delante de la alcaldía. Teníamos unas treinta y seis horas para prepararlo todo. Era poquísimo tiempo, pero la protesta sería tanto más eficaz cuanto más rápida fuese la respuesta organizada de la comunidad.

Aquella misma noche se imprimieron miles de octavillas. A la mañana siguiente, grupos de estudiantes inundaron los barrios negros de propaganda sobre el ataque de la policía y sobre la necesidad de resistir. La emisora de radio negra local y una emisora *underground* de frecuencia modulada nos concedieron espacios gratuitos para convocar a la huelga y a la concentración. Otras emisoras anunciaron la concentración como parte de las noticias.

Yo grabé llamamientos para la radio y di conferencias de prensa, puesto que mi nombre era conocido en la comunidad. Pero también sentí la necesidad de trabajar en la base, de pulsar el estado de ánimo de la gente, y esto no podía hacerlo desde detrás de un micrófono.

Decidí incorporarme a un grupo que iba al barrio de Jordon Down, en Watts, a repartir octavillas. En las ocasiones en que había hecho un trabajo de propaganda de puerta en puerta, nunca había visto una aceptación tan unánime de nuestro mensaje. Nadie se mostró reacio, nadie nos cerró la puerta; todo el mundo estuvo de acuerdo en que había que responder al ataque contra los Panteras. Muchas personas me reconocieron, y me sorprendió ver que incluso me ofrecían su apoyo en lo relativo a la lucha por mi trabajo. Casi todas las personas con las que hablé me prometieron resueltamente participar en la huelga general y asistir a la concentración.

En el local de los Panteras seguía habiendo problemas. Una mujer que vivía en la casa de detrás informó de que la policía había vuelto a primera hora de la mañana, arrojando dentro del edificio granadas lacrimógenas. La cantidad de gas era ahora mayor que cuando terminó el ataque; resultaba imposible entrar en su interior sin sentir de inmediato los graves efectos del gas.

Se decidió, por lo tanto, establecer una guardia permanente frente al edificio. Los que participasen en ella formarían turnos para quitar escombros. Al ponerse el sol, había aún más de cien personas de guardia. El gas no se había disipado todavía, y el grupo estaba ahora situado en un extremo de la manzana para escapar a sus efectos. Pensábamos seguir vigilando durante toda la noche. Franklin, que se hallaba con nosotros, propuso que entonásemos canciones de libertad.

Mientras los cantores se animaban, observé algunos extraños movimientos en la zona: pasaban lentamente coches de policía, que no llevaban distintivos aunque sin duda lo eran, pues sus ocupantes nos miraban con toda atención. Supuse que se trataba de la vigilancia normal. Me parecía improbable que pensasen atacar a un grupo formado no solo por los jóvenes de siempre, sino también por sacerdotes, profesores y políticos.

La gente cantaba a pleno pulmón. Quizá los policías se sintieron ofendidos por la letra de «La libertad es una lucha constante» y «He despertado esta mañana pensando en la libertad», porque interrumpieron bruscamente nuestros cantos diciendo por un altavoz: «El Departamento de Policía de Los Ángeles ha declarado ilegal esta reunión. Si no se disuelven, serán detenidos. Tienen exactamente tres minutos para hacerlo».

Aunque lo hubiésemos querido, no habríamos podido disolvernos en tan poco tiempo. Decidimos inmediatamente no dispersarnos, sino colocarnos en fila formando un piquete móvil. Mientras nos moviésemos, no constituiríamos una «reunión» y, teóricamente, tendríamos derecho a seguir allí. El senador del estado Mervyn Dymally, negro, decidió ir a hablar con el jefe de los policías, esperando calmarles.

La hilera que formábamos se extendía desde la esquina donde el grupo había estado cantando hasta más allá de la entrada del local, situada cerca de la otra esquina.

Eché a andar en dirección a la entrada del local. Estaba oscuro y era difícil saber con exactitud lo que allí ocurría. De pronto, la gente empezó a correr. Pensando que la alarma se debía solo a alguna demostración de fuerza de la policía, me volví para calmarles y les dije que no corriesen. Pero, en aquel momento, vi a un grupo de aquellos policías vestidos de negro que habían asaltado el local el día anterior. Estaban ya pegando a la gente un poco más allá, y algunos se dirigían hacia nosotros.

Yo estaba frente a la gente. Me volví enseguida, pero, antes de que pudiese echar a correr, alguien me empujó y caí al suelo. Me golpeé la cabeza y quedé unos momentos aturdida. Durante aquellos segundos de semiinconsciencia, sentí pasar por encima de mi cabeza y de mi cuerpo los pies de los que corrían, y pensé por un instante que sería horrible morir así.

Un hermano gritó: «¡Ayudad a Angela!». Inmediatamente, varias manos me levantaron. Vi que los policías aporreaban la cabeza de aquellos hermanos. Después alguien dijo que, cuando aquellos cerdos me reconocieron, empezaron a correr hacia mí con sus porras.

Una vez de pie, corrí tan aprisa como pude.

Estaba claro que la policía no tenía intención de detenernos; solo querían pegar, y lo hicieron con ensañamiento. Ni el senador Dymally se salvó. Según supe más adelante, fue el primero en ser golpeado.

Corrimos por todo el barrio, por zonas de césped, por callejuelas, por allí donde creíamos poder hallar un refugio temporal. Cuando pasaba por delante del jardín de una casa con unos hermanos y hermanas a los que no conocía, oí una voz que salía del oscuro porche y nos decía que entrásemos. Corrimos hacia allí y nos dejamos caer en el suelo, tratando de recobrar el aliento. La mujer que nos había abierto su puerta era negra y de mediana

edad. Cuando le di las gracias, ella respondió que, después de lo ocurrido el día anterior, era lo menos que podía hacer.

Estábamos en una callejuela, lejos de la avenida Central. Miré a la calle por entre las cortinas, y no vi nada salvo un coche patrulla que pasaba. Después observé que algunos de los nuestros se habían refugiado en un porche del otro lado de la calle, y decidí ir a reunirme con ellos.

Con la excitación, no me había dado cuenta del daño que me había hecho al caer. Me corría la sangre por la pierna y me dolía mucho la rodilla. Pero no tenía tiempo para pensar en aquello. Le di las gracias a la mujer, me despedí de ella y corrí hacia la otra casa tan de prisa como pude.

La familia que vivía allí había permitido que un camarada nuestro organizase un puesto de primeros auxilios en la casa. Algunos hermanos con la cara llena de sangre esperaban para ser atendidos, y un grupo había salido en busca de otros heridos. Al parecer, varias casas del barrio habían abierto sus puertas a los fugitivos. Aquella espontánea muestra de solidaridad nos salvó de una verdadera matanza.

Estaba preocupada por Kendra, Franklin, Tamu, Taboo y los demás camaradas del Che-Lumumba a los que no había visto aún. Tampoco aparecían los dirigentes de los Panteras que no habían sido detenidos en el primer ataque, ni los principales miembros de la Alianza de Estudiantes Negros. Un hermano de esta organización dijo que me acompañaría a dar una vuelta por el barrio para ver qué les había ocurrido. En la avenida Central había gente nuestra agrupada ante las tiendas. Ocultándonos en las sombras, llegamos sin problema a una de ellas. Las personas a las que buscábamos estaban allí, escondidas entre la muchedumbre. Se había efectuado una detención.

Por el centro de la avenida marchaban, en formación, un grupo de policías que llevaban monos negros. Cuando veían a uno de los nuestros, varios de ellos salían de la formación, iban a golpearle con sus porras y después, tranquilamente, volvían a sus puestos. Parecían decididos a tenernos prisioneros en aquellas casas y tiendas por un tiempo indefinido.

Más adelante supimos que los policías de los monos negros eran miembros de la Brigada Antidisturbios y de la Brigada Táctica Especial de la ciudad. Nos enteramos también de que aquel cuerpo de la policía estaba compuesto fundamentalmente por excombatientes de Vietnam. Se habían

entrenado durante más de un año para aprender a luchar contra la guerrilla urbana, a «sofocar» motines y, evidentemente, también a provocarlos. Su ataque contra nosotros era su segunda aparición oficial. La primera había sido el asalto a la sede de los Panteras.

El ataque contra nosotros había comenzado hacia las seis de la tarde. Hasta las diez y media o las once no vimos la posibilidad de abandonar las casas y las tiendas. A aquella hora, un ayudante del senador Dymally vino a decirnos que la policía estaba dispuesta a retirarse si abandonábamos la zona inmediatamente. Resultaba imposible saber si aquella garantía era de fiar o no.

Aun en aquel momento de crisis, nuestra principal preocupación era el éxito de la concentración. Casi todos los organizadores del acto y las personas que habían de hablar en él estaban aún en la avenida Central. Aquel cerco implacable tenía una sola explicación lógica: la policía quería sabotear el acto. Teníamos que aprovechar la oportunidad de sacar a la gente de allí a fin de continuar los preparativos.

La salida tuvo lugar sin incidentes. Cuando se hubo marchado casi todo el mundo, Kendra y yo, junto con otros camaradas, nos dirigimos a una casa donde iba a celebrarse una reunión de urgencia del Club Che-Lumumba. Se había avisado a todos de que se deshiciesen de cualquier vigilancia antes de entrar en el edificio.

Discutimos una propuesta que íbamos a exponer a los demás miembros de la coalición a la mañana siguiente: manifestarnos, después de la concentración, hasta la cárcel del condado donde estaban los Panteras, para exigir su inmediata puesta en libertad.

En medio de la discusión, el hermano encargado de la vigilancia entró corriendo en la habitación y nos dijo que estaban pasando muchos coches de policía. Habían descubierto nuestro lugar de reunión y no teníamos idea de lo que pensaban hacer. Aquella incertidumbre y nuestro firme convencimiento, basado en la experiencia, de que la Policía de Los Ángeles no se detendría ante nada para aplastar a sus adversarios significaban que debíamos prepararnos para lo peor.

Tomamos las armas, las cargamos y las distribuimos. Aguardamos en medio de un tenso silencio. Por fortuna, el ataque no se hizo realidad. A pesar de los nervios y de la amenaza que pesaba sobre nosotros, logramos

terminar la reunión lo bastante pronto como para dormir unas cuantas horas antes de la concentración. Todos se iban a casa, excepto yo, pues era peligroso volver a mi piso de la calle Raymond. Tuve que resignarme a dormir en casa de Kendra y de Franklin, en el suelo.

A la mañana siguiente me desperté con el terrible temor de que acudiesen a la concentración solo unos pocos centenares de personas. Si venía poca gente, los círculos dirigentes de Los Ángeles, y en especial la Policía, podían tomarlo como un indicio de que la comunidad negra aceptaba la represión sin responder a ella. En tal caso, la Policía podría solicitar autorización judicial para intensificar su represión. Intentarían eliminar totalmente el Partido de los Panteras Negras, y después se volverían contra otras organizaciones negras militantes. Y aumentaría la arbitraria violencia policial en el gueto.

Con el estómago oprimido por aquellos temores, me dirigí a la alcaldía en compañía de Kendra, Franklin y los demás miembros del club. Llegamos allí con una hora y media de antelación, para tener tiempo de comprobar que todo estuviese a punto y de discutir con los demás la propuesta de la manifestación posterior.

Lo que vimos al llegar nos llenó de optimismo. Había allí por lo menos mil personas, de las cuales un 80 por ciento eran negras. Y seguía llegando gente sin cesar.

Cuando el primer orador tomó el micrófono, la multitud presente era de unas ocho mil o diez mil personas. Era una muchedumbre entusiasta, que exhibía letreros y pancartas exigiendo el término de la represión policial, el fin de la ofensiva contra los Panteras y la inmediata liberación de los detenidos.

Las alocuciones estuvieron llenas de fuerza. Según habíamos acordado previamente, el tema de la concentración —el tema de todas las intervenciones— fue el genocidio. La agresión contra los Panteras materializaba la política racista del Gobierno de Estados Unidos contra los negros. Llevada a su conclusión lógica, tal política se convertía en genocidio.

Los Panteras habían sido acusados de conspiración para atacar a oficiales de la policía. En mi intervención, le di la vuelta a aquella acusación y acusé a mi vez a Ed Davis, el jefe de Policía, y a Sam Yorty, alcalde de Los

Ángeles, de conspirar con el fiscal general de Estados Unidos, John Mitchell, y con J. Edgar Hoover para diezmar y destruir al Partido de los Panteras Negras.

Meses después, la existencia de aquel plan fue revelada a la opinión pública. El Gobierno había decidido eliminar totalmente a los Panteras. J. Edgar Hoover había afirmado que constituían «la amenaza más grave a la seguridad interna del país». En todas las ciudades importantes, la policía había atacado sus locales.

Como recalqué en mi intervención, defender a los Panteras era defendernos a nosotros mismos. Si el Gobierno podía continuar su agresión racista contra ellos sin temor a represalias por nuestra parte, la represión alcanzaría pronto a otras organizaciones y acabaría por abarcar a toda la comunidad.

Era necesario más de un día de lucha. Se pasaron hojas entre los asistentes, para que las firmasen quienes quisiesen participar activamente en la organización del movimiento de masas que necesitábamos. Cuando terminaron las intervenciones, la gente estaba en una actitud combativa. Franklin tomó el micrófono y convocó la manifestación. Una oleada de atronadores aplausos expresó el acuerdo unánime de todos. Nos pusimos en marcha hacia la cárcel.

Cuando llegamos al edificio del juzgado, donde estaba la cárcel, la indignación colectiva era tan grande que no pudo ser contenida. Centenares de personas, en actitud desafiante, irrumpieron en el vestíbulo del edificio. Su furia era incontrolable y se pusieron a destrozar cuanto encontraron a su paso. Mientras golpeaban las máquinas tragaperras del vestíbulo, seguramente imaginaban que estaban arrancando los barrotes de hierro de los pisos superiores.

Aquel vestíbulo tenía solo dos salidas, una a cada lado. Si la policía decidía atacar, se produciría sin duda alguna un baño de sangre. Solo tenían que bloquear una de las salidas y quedaríamos atrapados en el edificio, sin espacio para correr ni maniobrar.

Pero la multitud era incontenible. Intenté atraer su atención, pero mi voz no se oye mucho sin la ayuda de un micrófono y quedó ahogada por el clamor general. Fue Franklin quien asumió el papel en el que siempre se ha distinguido: subió a lo alto de la escalera del vestíbulo y, con voz sonora

como una trompeta, consiguió el absoluto silencio de los enfurecidos manifestantes. Explicó la situación de desventaja en la que por el momento nos encontrábamos. La policía había bloqueado ya una de las salidas. Estaban apostados por toda la zona y podían lanzarse contra nosotros en cuestión de minutos.

Pero no bastaba con exponer los peligros del momento. Había que subrayar que los Panteras detenidos únicamente serían liberados por la acción de un *movimiento de masas*. Solo las protestas militantes de un movimiento así y el empuje decidido de miles de personas podían obligar al enemigo a poner en libertad a nuestros hermanos encarcelados. No debíamos malgastar energías dando salida a nuestra cólera, sino organizarnos en un movimiento permanente para defender a nuestros hermanos y defendernos así a nosotros mismos.

La gente abandonó el juzgado y la manifestación continuó en la calle sin perder fuerza ni entusiasmo. Miles de personas marcharon alrededor de la cárcel gritando consignas de resistencia.

Más tarde, la calle donde se encontraba el local de los Panteras rebosaba de gente que venía a ofrecerse para continuar la actividad de nuestro movimiento. En todos los aspectos, aquel día nos había deparado un triunfo extraordinario. La concentración había cumplido con creces sus objetivos. Sin embargo, para materializar toda la energía potencial de la que acabábamos de ser testigos hacía falta mucho trabajo organizativo, día tras día. Muchos hermanos nuestros habrían de incorporarse a una tarea que no sería tan visible o dramática como la acción que acabábamos de realizar, pero que, en último término, resultaría sin lugar a dudas infinitamente más efectiva.

Los resultados empezaron a notarse inmediatamente después de aquella jornada. Durante algún tiempo, se produjo una disminución notable de la violencia policial en la comunidad. La policía de Los Ángeles se mostraba menos segura de sí misma y, desde luego, menos arrogante que antes. Al mismo tiempo, la seguridad colectiva, el orgullo y el valor de la comunidad aumentaron visiblemente. Yo sentía una profunda alegría cada vez que alguien de la comunidad me expresaba su satisfacción porque al fin se había hecho algo contra la brutalidad y la locura de la policía.

Hacia la época del ataque al local de los Panteras, me vi obligada a abandonar mi piso de la calle Raymond. El día que la policía cercó a nuestros hermanos, vinieron al piso los camaradas del Che-Lumumba y unos miembros de la Alianza de Estudiantes Negros para hablar de la estrategia a seguir. Apenas hubo empezado la reunión, el casero irrumpió en la sala protestando furiosamente por la presencia de los Panteras y diciendo que, si no nos marchábamos inmediatamente, avisaría a la policía. Al parecer, tenía miedo de que esta la emprendiese a tiros con el edificio, como habían hecho con el local de los Panteras y con algunas casas de sus miembros.

Al principio discutí con él, diciéndole que estaba haciendo precisamente lo que la policía esperaba que hiciésemos todos los negros: ceder al chantaje del terror. Pero no logré calmarle. Finalmente, como ya teníamos bastantes problemas y no queríamos acabar en la cárcel por la estupidez de un casero, decidimos marcharnos al piso de otro camarada.

Aquello fue solo el comienzo. La conducta de aquel hombre se hizo cada día más excéntrica. A menudo, cuando me oía bajar la escalera (mi piso estaba inmediatamente encima del suyo), salía al porche y, mientras yo cerraba la puerta de abajo, me miraba en silencio con una extraña expresión de hostilidad. Y se quedaba allí, siguiéndome con la mirada, hasta que yo me alejaba en el coche. (Todo esto ocurría en unos días en que vivía sola. Josef, el encargado de mi seguridad, había tenido que marcharse y no conseguimos encontrar a nadie para sustituirle. De todos modos, me alegraba de haberme librado de aquellas rigurosas medidas de seguridad).

No quise preocuparme por la extraña conducta de aquel hombre; pensé que, mientras pagase los ochenta dólares al mes, nada tenía que temer de él. Supuse que le ocurría una de estas dos cosas: o era un poco psicótico o tomaba drogas de vez en cuando. Esto último era lo más probable, porque el barrio estaba saturado de ellas.

Un día volví a encontrarle esperándome en el porche. Tan pronto me vio, empezó a balbucir incoherencias, acusándome de tenerle prisionero en su propia casa. Decía que mi voz le llegaba desde mi piso, y que de aquel modo yo le hipnotizaba; por ejemplo, le había obligado a quedarse en casa durante todo el fin de semana. Me preguntó con insistencia qué le estaba

haciendo. Y dijo algo del comunismo, de que los comunistas hacían lavados de cerebro a la gente.

Aquel día yo tenía prisa y no podía atender aquellos delirios; le dije que estaba loco o que había tomado demasiado alcohol o demasiada droga, y me fui a hacer mis cosas. A la mañana siguiente, en mi camino hacia la universidad, me paró la policía, diciendo que habían recibido una queja de un vecino mío. Según me explicaron, el hombre había dicho que yo me proponía matarle y que, mediante hipnosis, le había obligado un día a apoyarse una pistola en la sien. Con arrogancia, el policía me dijo que, por desgracia, no podían detenerme porque el hombre se había negado a firmar una denuncia. Le respondí que él sabía tan bien como yo que aquel hombre estaba loco y que la policía no tenía base alguna para establecer una acusación contra mí. Él, tratando de concluir aquel breve enfrentamiento con una nota de victoria, añadió que el casero había informado oficialmente a la policía de que, si le ocurría algo, debían interrogarme a mí. El tono en que lo dijo dejaba traslucir que casi deseaba que le ocurriese algo a aquel hombre para poder detenerme.

Para entonces, yo ya estaba acostumbrada a que la policía me abordase con el más mínimo pretexto, o sin ninguno, de modo que hice caso omiso del incidente. Pero aquella misma semana la serie de rarezas patológicas llegó a su culminación. Fue el día en que decidí comprar una mesa decente de segunda mano para el comedor. Un camarada del Che-Lumumba me ayudó a trasladarla a casa. Cuando llegamos, el casero salió al porche y, como había hecho muchas veces, se nos quedó mirando con hostilidad mientras metíamos la mesa en la escalera. Una vez colocada, nos marchamos otra vez y, al llegar abajo, vimos con sorpresa que el hombre estaba agazapado en el asiento posterior de su automóvil, estacionado frente a la casa. Cuando subimos a mi coche, se incorporó para mirarnos hasta que nos fuimos. Sin darle mucha importancia, le dije a Gregory que mi casero se portaba de un modo muy extraño desde hacía varias semanas.

Después de acompañar a Gregory y hacer algunos recados, volví a casa sola con intención de estudiar. Estaba anocheciendo. Nada más llegar, vi una figura que se incorporaba en el asiento trasero del coche del casero. No pude creer que estuviese aún allí. Pensé que debía de estar hundiéndose más

y más en su psicosis, pero no creí que aquello constituyese una amenaza grave para mí. Decidí olvidar el asunto y subí a hacer mi trabajo.

Al cabo de un rato, vi que había oscurecido del todo y me levanté del escritorio para ir a correr las cortinas de la sala. Al hacerlo, sin fijarme en nada concreto del exterior, mi mirada tropezó con el coche del casero, que estaba ahora detenido en medio de la calle. Se hallaba sentado al volante, mirando fijamente a mi ventana. Al ver que le había descubierto, puso en marcha el coche y se alejó. Por primera vez pensé que quizás aquel hombre estuviera lo bastante loco como para intentar algo contra mí. El automóvil volvió a detenerse frente a la casa. Corrí del todo las cortinas y seguí mirando por una pequeña abertura sin que él me viese. Le observé durante unos quince minutos hasta estar segura de lo que hacía: daba vueltas a la manzana y se detenía cada vez frente a la casa, al parecer para comprobar que yo seguía allí.

Si se hubiese tratado de la policía o del FBI, no me habría preocupado tanto, pues hacían constantemente cosas de ese tipo. Pero aquel hombre estaba loco, y su conducta era imprevisible. Decidí, pues, que lo más prudente era pedir ayuda, y salí de la casa en el mismo momento en que él arrancaba para dar una nueva vuelta a la manzana. O, al menos, esto es lo que creí que iba a hacer, porque, cuando llegué en mi coche a la esquina de la calle Raymond con el bulevar Jefferson, vi que me estaba esperando allí.

Se colocó detrás de mi coche y empezó a seguirme, con el parachoques delantero a un palmo del mío. Aceleré intentando deshacerme de él, y me encontré bajando a ochenta por hora por el bulevar Jefferson. Pero su automóvil del 69 estaba en mucho mejor estado que mi Rambler del 59, y no le costó nada seguir pegado a mí.

En la esquina de Jefferson y la calle Oeste había un supermercado nuevo al que yo iba desde hacía poco. El encargado, un hombre negro de poco más de cuarenta años, era siempre muy amable conmigo y pensé que seguramente me ayudaría a librarme de aquel perturbado.

Giré bruscamente a la derecha, hacia el estacionamiento del supermercado, pero el casero giró detrás de mí. Me metí en el primer hueco que encontré, salí del coche y, cuando iba a echar a correr hacia la tienda, vi que estaba esperando, al volante de su automóvil. Para llegar al supermercado, tenía que pasar por delante de él. Respiré hondo y decidí

hacerlo, corriendo. Pero él reaccionó deprisa, casi lo bastante como para atropellarme. Por suerte, me eché atrás a tiempo y el parachoques solo me rozó. Corrí hacia la tienda.

Ahora tenía que reconocer lo que no había querido admitir antes: aquel hombre se proponía matarme. Aunque no tenía la menor idea de cuáles podían ser sus motivos, no me quedaba duda alguna acerca de sus intenciones: había querido atropellarme.

Mi amigo, el encargado de la tienda, me ayudó gustoso. Envió a su personal de seguridad tras mi perseguidor y me dejó telefonear. Llamé a Franklin y a Kendra para informarles de lo ocurrido. Aquella noche, en la reunión que celebramos en su casa, el primer punto del orden del día fue la crítica y la autocrítica. Había sido una tontería por mi parte quedarme sin protección cuando me amenazaba un peligro concreto, pues era evidente que aquel hombre estaba fuertemente influido por la propaganda anticomunista. Pensando que los comunistas podían «lavar el cerebro» a la gente, y confundiendo lavado de cerebro con hipnosis, se había convencido a sí mismo de que yo podía hipnotizarle y obligarle así a actuar contra su voluntad.

Tomamos la decisión colectiva de que no volvería a quedarme sola en el piso de la calle Raymond y de que me mudaría lo antes posible. Yo no tenía ningún deseo de abandonar aquel piso de seis habitaciones que me costaba solo ochenta dólares mensuales. Llevaba en él siete meses y me sentía muy a gusto. Estaba segura de que no encontraría otra ganga como aquella. Pero hube de admitir que el casero representaba un peligro; además, sabíamos con certeza que tenía un arma.

Aquel extraño asunto no se aclaró del todo hasta un día en que yo estaba ya recogiendo las cosas para mudarme. En un momento de lucidez, el casero se presentó en casa diciendo que quería hablar conmigo. Tras asegurarnos de que no iba armado y de dejar mi pistola al alcance de la mano, mi hermana y yo decidimos dejarle entrar. El hombre se deshizo en excusas por lo ocurrido, y explicó que aquella noche había oído voces que le aconsejaban matarme antes de que yo le matase a él. Fania empezó a interrogarle: ¿se daba cuenta de lo que estaba diciendo?, ¿por qué le habían dicho aquellas voces que debía matarme? Todo lo que él sabía era lo sucedido aquel fin de semana en el que yo le había tenido encerrado en casa

y le había obligado a hacer todo tipo de cosas, entre ellas llevarse un revólver a la sien delante del espejo. Fania le preguntó cómo sabía que era yo la responsable de todo aquello, y él respondió que la voz que le daba órdenes procedía de mi piso y además la había reconocido como mía. La noche que trató de matarme, se habían apoderado de él otras voces que le decían que era mi vida o la suya. Tras fracasar en su intento, loco de furor, había ido a casa de unos conocidos y casi les había destrozado el garaje.

Lo más extraño de aquella confesión fue la explicación de lo que había hecho aquel fin de semana en el que creía que yo le tenía prisionero. Entre otras cosas, había escrito unos poemas sobre nosotros dos. Para entonces, Fania estaba interesadísima en el asunto; convencida de que, al menos por el momento, el hombre era inofensivo, le pidió que fuese a buscar aquellos poemas. Él volvió con un legajo de papeles que parecían el manuscrito de un libro. Con gran curiosidad, Fania y yo hojeamos aquellas páginas de diálogos cuidadosamente escritos a lápiz, en una escritura infantil. Ambas sabíamos que el hombre era semianalfabeto, y podíamos imaginar el increíble esfuerzo que le habría costado la elaboración de aquellos poemas. Aparecía en ellos un tema constante: el autor sentía una cierta atracción hacia mí. Pero expresaba aquella sensación de un modo ambiguo, debido al temor al comunismo que le había inculcado la sociedad: yo era una comunista, un monstruo, pero al mismo tiempo era una persona culta y, a sus ojos, físicamente atractiva. Los poemas reflejaban el conflicto constante entre estos dos polos.

Resultaba evidente que aquellos escritos eran obra de una persona que se estaba hundiendo en la locura. Le aconsejé muy seriamente que visitase a un médico y le expliqué que me disponía a mudarme de casa, dada la imposibilidad de predecir cuándo le sobrevendría otra de sus crisis. Aunque él pareció comprenderlo, también dejó entender que le dolía la idea de no tenerme más como vecina.

A mí me enojaba el tener que mudarme, pero al mismo tiempo me daba lástima aquel hombre y me preguntaba hasta qué punto su enfermedad era consecuencia del hecho de ser negro en un mundo racista y anticomunista.

Con aquellos pensamientos me alejé del barrio, del casero y de su enfermedad y me trasladé a un piso de la calle Cuarenta y Cinco, con Tamu Ushindi y su hija pequeña. Tamu había sido miembro de nuestro club

durante algunos años; su marido, también camarada nuestro, iba a estar algunos meses en la cárcel como consecuencia de una manifestación estudiantil que tuvo lugar en 1968. Habíamos encontrado una casa donde cabíamos las tres, a solo cinco manzanas de la de Franklin y Kendra. Además, sabíamos que los vecinos simpatizaban con nosotras y nos ayudarían si nos atacaba la policía.

Una tarde, estaba trabajando en mi despacho de la universidad cuando oí que llamaban a la puerta. Sin levantar la mirada, dije: «¡Adelante!». Un momento después estaba ante mi escritorio un hombre blanco de uniforme, con dos pistolas al cinto y unos papeles en la mano. Inmediatamente, el hermano responsable de mi seguridad se puso en pie y se acercó a él. Sorprendida, esperando lo peor, le pregunté quién era y qué deseaba.

—Soy alguacil del condado —dijo—. Ha sido citada a comparecer ante el tribunal. —Y dejó los papeles en la mesa.

Los tomé y le pregunté por qué se me citaba. Pero él respondió que solo se le había encargado entregarme la citación y que no sabía nada más. Dio media vuelta y se marchó.

En los papeles constaba solo la fecha de la citación, el número de una sala del juzgado y un nombre que me era totalmente desconocido. Una persona llamada Hekima me pedía que compareciese para testificar en el juicio que se celebraba contra él.

Inquieta y desconcertada, telefoneé a mi abogado. John me aconsejó que esperase al día del juicio y me enterase entonces de lo que sucedía. Dijo que me acompañaría un abogado de su bufete.

En la fecha señalada, Wendell Holmes —un joven abogado negro que trabajaba con John— y yo nos dirigimos al juzgado. En la sala que se me había indicado estaba teniendo lugar un juicio. Un hombre blanco y otro negro discutían. El blanco era el fiscal del distrito. El negro, que hacía una inteligente defensa, parecía ser también el acusado.

Este es el misterioso Hekima, pensé. Al verme, me saludó moviendo un poco la cabeza y sonrió cálidamente. Su rostro me era tan desconocido como su nombre, y no comprendía aún por qué se me había llamado a testificar en su favor.

Wendell se acercó al banquillo, le explicó al alguacil que yo era un testigo de la defensa y le pidió que nos facilitase una entrevista con el

acusado durante el siguiente receso. Cuando se suspendió la vista, me aproximé a Hekima con la mano extendida y nos dimos el cuádruple apretón de solidaridad. Me senté en la mesa de la defensa. Él me dijo que se alegraba mucho de que hubiese respondido a su petición. «¿Quieres que testifique en tu favor?», le pregunté. Él asintió y pasó a explicarme por qué me había citado.

Años atrás, a Hekima se le había declarado culpable de asesinato. Varios negros habían atacado a un hombre blanco con intención de robarle. En la lucha, el blanco cayó al suelo y se golpeó la cabeza en la acera, muriendo poco después. Aunque no se logró establecer si Hekima había golpeado personalmente al hombre, estaba claro que iba con los asaltantes. Recientemente, un tribunal de apelación había reconsiderado el veredicto de asesinato en primer grado. Y esta vez, declaró Hekima, iba a defenderse él mismo. Iba a presentar una «defensa política». Iba a intentar demostrar al jurado que el racismo y la pobreza podían empujar a hombres y mujeres negros a soluciones desesperadas.

No pretendía justificar el homicidio de un hombre blanco, aunque se hubiese producido de modo totalmente accidental, ni quería tampoco afirmar que estuviese bien robar a la gente. Lo que se proponía hacer era acusar al verdadero criminal: una sociedad que mantiene a los negros en unas condiciones de opresión tan atroces que los sitúa, con demasiada frecuencia, ante una alternativa muy concreta: robar o sucumbir.

Hekima estaba enterado de la lucha por mi trabajo en la universidad, y había creído que podría ayudarle a plantear su defensa. Dada mi experiencia en ciertos asuntos, quería llamarme a testificar sobre la función socioeconómica del racismo, sobre puntos tales como la incidencia del desempleo en nuestras comunidades, como el hecho de que al menos el 35 por ciento de los jóvenes de los guetos negros de todo el país estaban en paro forzoso durante la mayor parte del tiempo. Quería que hablase de cosas que generalmente los blancos procuran ignorar, como el hambre y la grave desnutrición que padecen aún los negros.

—¿Qué puede hacer un hombre negro —me preguntaba— cuando lleva meses buscando trabajo, cuando se le acaba el seguro de desempleo, cuando no puede pagar el alquiler exorbitante de un piso miserable, cuando su

mujer está desesperada, cuando sus hijos tienen hambre? ¿Qué puede hacer? —El recuerdo de tragedias personales alteraba su voz.

Cuanto más hablaba Hekima, más deseosa estaba de hacer todo lo posible por ayudarle.

Me dijo que no se me llamaría a testificar aquel día. El fiscal no había terminado aún de exponer la acusación. Además, sería un problema convencer al juez de que le autorizase a presentar una defensa como aquella.

En los días siguientes, durante las posteriores sesiones del juicio, el juez mostró claramente su favoritismo por el fiscal y su desdén hacia Hekima. No tenía intención de permitirme testificar. Después, negó a Hekima el derecho a presentar la defensa que había preparado con tanto cuidado. No quería que el movimiento de liberación de los negros entrase en aquella sala.

Como yo figuraba en la lista de testigos de Hekima, podía entrevistarme con él en la sala de visitas de los abogados, en la cárcel del condado. Allí no estábamos separados por un panel de cristal y podíamos hablar directamente, en lugar de hacerlo mediante el teléfono de los locutorios corrientes.

En nuestras entrevistas, Hekima hablaba siempre en voz baja —quizá debido a sus muchos años de reclusión—, pero de prisa, pues sabía que tenía muchas cosas que explicarme y que no podía decirlas todas en el breve rato de que disponíamos. Sus palabras eran incisivas y vehementes. Nunca bajaba la vista mientras hablaba; me miraba constantemente a los ojos.

Las horas que pasaba con él me resultaban fascinantes, y me di cuenta, por primera vez, de la transformación que estaban experimentando los presos. Había nacido una nueva conciencia. No era solo la conciencia de los que estaban en prisión por razones políticas; se trataba de un fenómeno colectivo. Los presos, en especial los de raza negra, empezaban a reflexionar sobre cómo fueron a parar a la cárcel, sobre qué les llevó a ella. Empezaban a comprender qué era el racismo y los prejuicios de clase. Empezaban a darse cuenta de que, aparte de los detalles específicos de sus casos individuales, la mayoría de ellos estaban en la cárcel por el hecho de ser negros, o mulatos, y pobres.

Los carceleros pusieron un límite a mis visitas. Después de dos entrevistas de tres horas en la sala de los abogados, hube de ver a Hekima en el locutorio general, a las horas de visita corrientes.

Hekima fue declarado culpable de asesinato por segunda vez, pero no se permitió el lujo de sentirse deprimido. Comenzó enseguida a trabajar febrilmente para preparar su apelación. Accedí a ser mandataria suya, lo que significaba traer y llevar papeles de la cárcel al exterior y hacer gestiones relacionadas con el caso. Aquella relación nos permitió reanudar nuestras entrevistas en la sala de los abogados, entrevistas que continuaron durante los meses siguientes, en los que participé en el Comité de Defensa de los Hermanos de Soledad. Hablando con Hekima bajo la mirada hostil de los guardias, me convencí de que tras aquellos muros había una fuerza que estaba a punto de estallar, y de que si no empezábamos a organizar un movimiento de apoyo a nuestros hermanos encarcelados, poco valíamos como revolucionarios.

Un día, a mediados de febrero, compré el *Times* de Los Ángeles y vi en la primera plana una gran fotografía de tres hombres negros que me llamaron la atención. Sus rostros expresaban fuerza y serenidad, pero estaban encadenados por la cintura. Otras cadenas y grilletes les aprisionaban brazos y piernas. «Quieren que recordemos que no hemos salido aún de la esclavitud», pensé. Irritada y triste, me puse a leer el artículo. Hablaba del penal Soledad.

Soledad era una palabra clave entre la comunidad negra. En los dos años que yo llevaba en Los Ángeles, debía de haberla oído un millar de veces. Estaba San Quintín, estaba Folsom y estaba Soledad.

El nombre castellano de Soledad parecía denunciar lo que ocultaba aquella cárcel. Cuando Josef vivía en mi casa, me contó cómo había pasado en incomunicación total la mayor parte de su condena. Aún llevaba la marca de Soledad; aún prefería la soledad. Se pasaba horas, a veces varios días seguidos, en el mirador que le servía de dormitorio, leyendo, pensando, solo, Y, cuando hablaba, lo hacía siempre en un susurro, como para no romper el aplastante silencio que le había rodeado durante tanto tiempo.

El artículo del *Times* informaba de que se había formulado un auto de acusación contra George Jackson, John Clutchette y Fleeta Drumgo por el asesinato de un guardia en el penal Soledad. Había transcurrido un mes

desde que se produjo aquella muerte. ¿Por qué se habían retrasado tanto las acusaciones? Me pregunté por qué el autor del artículo no hacía ningún comentario acerca de aquella demora. El artículo olía a engaño y a disimulo. Parecía que el *Times* se propusiese predisponer a la opinión pública contra los acusados ya antes de que empezara el juicio. El contenido textual del artículo dejaba en el lector la impresión de que los tres hombres eran culpables.

En los días siguientes, recordé a menudo los rostros de aquellos hermanos. Tres hermosos rostros viriles salidos del horrible anonimato de la vida carcelaria.

Semanas después, el Club Che-Lumumba recibió una convocatoria para una asamblea en la que se hablaría de la situación en el penal Soledad. Organizaba el acto el llamado Comité de Defensa de la Declaración de Derechos, de Los Ángeles, que quería promover una campaña masiva para liberar a los tres Hermanos de Soledad.

Yo estaba agobiada por el trabajo, pero no podía dejar de pensar en aquellos tres rostros de la fotografía. Tenía que asistir a la asamblea, tenía que hacer algo por ellos, aunque fuese lo mínimo.

La noche de la asamblea, fuimos Tamu, Patrice Neal —otro miembro del club— y yo al viejo y olvidado Salón Victoria (este local había sido famoso en otros tiempos por sus animados bailes de los sábados. Aquella noche, sin embargo, la gente no iba allí a divertirse, sino a hablar de algo muy serio: de libertad).

Unas cien personas respondieron a la convocatoria. Aunque en su mayoría eran negros, había también un número considerable de blancos. Entre los asistentes se veía a gente joven y gente mayor; a algunos se les notaba que asistían por primera vez a un acto político. Otros habían venido porque tenían hijos, esposos o hermanos en el penal Soledad.

Sentados tras las largas mesas de la presidencia estaban Fay Stender, abogado de George Jackson; la madre y las hermanas de George —Georgia, Penny y Frances Jackson—; Inez Williams, madre de Fleeta, y Doris Maxwell, madre de John Clutchette.

Hablando de Soledad, Fay Stender explicó que, desde el director hasta los guardias, la jerarquía de la cárcel fomentaba tradicionalmente la enemistad racial entre los reclusos. Mientras los presos negros, chicanos y

blancos se odiasen mutuamente, la administración penitenciaria sabía que no había de temer desafíos serios a su autoridad.

Como en un pueblo del sur, la segregación racial de Soledad era casi total. Todas las actividades estaban encaminadas a que nunca se mezclasen las razas y a que, si se producía entre ellas algún contacto, este acabara siempre en enfrentamientos. Con la colaboración de algunos reclusos blancos, Soledad había producido su propia versión del Ku Klux Klan, un grupo llamado Hermandad Aria. La tensión era tan grande que el más inocuo encuentro entre presos de distintas razas podía dar lugar a un estallido de violencia.

Hasta el 13 de enero de 1970, las sesiones de ejercicio, como todas las demás actividades, estaban segregadas. Aquel día, sin explicación alguna, los guardias llevaron a presos negros, chicanos y blancos a hacer ejercicio juntos en un patio recién construido. Ni un solo guardia permaneció con ellos. El estallido era inevitable. Un recluso negro y otro blanco se enzarzaron en una pelea; a los pocos minutos reinaba el caos en el patio.

Aquel día estaba de guardia en la torre O. G. Miller, conocido por su racismo y por su habilidad de tirador. Apuntó cuidadosamente su carabina y disparó varias veces. Cayeron tres hombres: W. L. Nolen, Cleveland Edwards y Alvin Miller, los tres negros. A los pocos días, se reunió el Gran Jurado del condado de Monterrey para juzgar a O. G. Miller. Como era de prever, fue absuelto de toda responsabilidad por la muerte de los tres hermanos. El Gran Jurado consideró aquellos asesinatos como «homicidio justificado».

La brutalidad de aquella historia resultaba familiar. Mientras escuchaba la narración de Fay Stender, me asaltó el recuerdo de Leonard Deadwilder. Cuando llevaba al hospital de Los Ángeles a su esposa embarazada, con un pañuelo blanco atado a la antena del coche para advertir de la urgencia, la policía le hizo detenerse con el pretexto del exceso de velocidad y, sin pedirle siquiera que se explicase, le mataron a tiros. Los tribunales calificaron aquello de homicidio justificado. Y recordé también a Gregory Clark, el joven negro de dieciocho años al que detuvo la policía porque «no encajaba con el Mustang que conducía». Aunque Gregory Clark no iba armado, el policía alegó haber actuado en defensa propia. Cuando el hermano estaba caído boca abajo en una ardiente acera del gueto, con las

manos esposadas a la espalda, indefenso, el policía le disparó en la nuca. Y los tribunales dictaminaron que se trataba de un «homicidio justificado».

«Homicidio justificado»: esta aséptica fórmula oficial evocaba los innumerables asesinatos cometidos contra mi pueblo que habían quedado impunes.

Volví a atender a la narración de Fay Stender, que hablaba de los valerosos esfuerzos de los presos de Soledad por denunciar aquella sanción judicial de un asesinato claramente racista. Espontáneamente, y con la intensa desesperación de los encadenados, habían proferido contra el asesino amenazas imposibles de llevar a la práctica, mientras golpeaban encolerizados los barrotes de las celdas. La rebeldía hacía estremecerse la cárcel. Accidentalmente, un guardia chocó con la violenta y caótica rebelión de nuestros hermanos y fue arrastrado por su colectivo deseo de venganza. Alguien, no se sabe quién, lo arrojó por encima de una barandilla.

Aquí empieza la historia de George Jackson, John Clutchette y Fleeta Drumgo. No había pruebas de que ellos hubiesen matado al guardia, pero sí las había de que eran «militantes», porque habían hablado con sus compañeros de cautiverio de la teoría y la práctica de la liberación. La burocracia del penal iba a hacerles simbólicamente responsables de aquella espontánea rebelión. Fueron acusados del asesinato del guardia. La administración de la cárcel quería arrojarles a la cámara de gas de San Quintín y exhibir triunfalmente sus cadáveres ante los miles de presos de California, como ejemplo, para que viesen cómo castigaban el penal y el Estado a aquellos que no aceptaban en silencio su situación.

El análisis jurídico de Fay Stender dejó el dolor a un lado, para la intimidad de cada cual. Pero cuando Georgia Jackson tomó la palabra, su voz confirió una nueva dimensión a la asamblea. No le avergonzaba mostrar claramente su dolor de madre. Georgia Jackson, negra, mujer, madre; tras las quejumbrosas palabras con que nos hablaba de su hijo había una fortaleza infinita.

Cuando empezó a hablar de George, se hizo en la sala un palpitante silencio: «Se nos llevaron a George cuando tenía solo dieciocho años. De esto hace ya diez...». Con voz temblorosa por la emoción, nos explicó cómo había perdido su hijo la poca libertad que tenía cuando era un muchacho que se esforzaba por hacerse un hombre. George estaba en un automóvil

cuyo propietario —al que apenas conocía— había robado setenta dólares en una gasolinera. La señora Jackson insistió en que George no conocía los propósitos de su compañero. Sin embargo, debido a la torpeza de un inepto e insensible abogado de oficio, debido a un sistema que, desde mucho antes, estaba predispuesto contra los jóvenes acusados negros como él, se le declaró culpable de robo. La cuestión de la sentencia fue rutinariamente encomendada a la Youth Authority.[30]

Con asombro e indignación, oí hablar a la señora Jackson de la sentencia indeterminada que se había impuesto a su hijo: de un año de cárcel a cadena perpetua. De un año... a toda la vida. Y George había cumplido ya diez veces la pena mínima. Me sentí paralizada al pensar que aquellos diez años eran irreversibles. Me asustaba imaginar la tremenda realidad de aquellos diez años en la cárcel. Comenzó a nacer en mí la determinación de hacer todo lo posible para salvar a George de la cámara de gas.

La madre de Fleeta Drumgo nos habló de su único hijo con sosiego pero con vehemencia, y nos rogó que le rescatásemos de manos de sus enemigos. La madre de John Clutchette nos explicó que había recibido una nota de su hijo en la que había una sola palabra: «Ayudadnos». Aquel fue el primer indicio de que la burocracia de la cárcel preparaba algo contra los tres. Ella sola no podía hacer nada por ayudarles; solo nosotros, el pueblo, podíamos tratar de evitar el linchamiento legal que se preparaba.

Cuando hubieron hablado las tres mujeres, se vio que aquella acusación tenía la lógica y la coherencia de una conspiración contra nuestros hermanos; contra ellos y contra sus opiniones políticas, sus principios y sus actividades. Quedaba solo una cuestión: ¿qué íbamos a hacer para evitar que la conspiración alcanzase sus fines? Pasamos a hablar en detalle de la creación de un movimiento de masas para luchar por la libertad de nuestros hermanos. El presidente de la asamblea pidió voluntarios para formar los subcomités necesarios: recogida de fondos, propaganda, información, etc.

Aun cuando me sentía totalmente solidaria hacia George, John y Fleeta, tenía demasiadas responsabilidades como para asumir un papel importante en el Comité de Defensa. La lucha para defender mi trabajo seguía con intensidad, y me obligaba a desplazarme por la costa californiana, denunciando a Ronald Reagan y pidiendo apoyo. También trabajaba con el Club Che-Lumumba en el campo de la educación política. Y, naturalmente,

había de preparar las dos clases que daba en la universidad. Todas aquellas obligaciones ya empezaban a abrumarme. ¿De dónde sacaría el tiempo para participar activamente en el Comité de Defensa de los Hermanos de Soledad?

Aunque pensaba en todo esto mientras se formaban los subcomités, levanté la mano sin dudarlo un instante cuando se pidieron voluntarios para el subcomité de estudiantes. Algo más esencial que los problemas de tiempo y los compromisos anteriores se había apoderado de mí y me había hecho aceptar la tarea de coordinar el trabajo del comité en los centros universitarios de la ciudad.

Ya lo había decidido. De dónde sacaría el tiempo era ahora una cuestión secundaria. Pensaba en mis reticencias iniciales. ¡Cuán presuntuoso había sido por mi parte equiparar la lucha por mi trabajo con la lucha por las vidas de aquellos hombres! En la Universidad de California yo luchaba por mi derecho como mujer negra, comunista y revolucionaria, a conservar mi *trabajo*. En el penal Soledad, George Jackson, John Clutchette y Fleeta Drumgo luchaban por su derecho como negros, como revolucionarios, a conservar sus *vidas*. Pero era la misma lucha contra el mismo enemigo.

La mayoría de los estudiantes y profesores —salvo en las universidades más reaccionarias— me reconocían, al menos en principio, la libertad de enseñar, independientemente de que fuese o no comunista. Vi que podía aprovechar el generalizado interés por la lucha que estaba llevando a cabo y la natural curiosidad de la gente que deseaba ver «a una comunista de verdad», para ir a los campus y pedir apoyo para los Hermanos de Soledad.

Al terminar la asamblea del Salón Victoria, los miembros del subcomité universitario decidimos hacer la primera reunión a la semana siguiente. Ofrecí la casa de Kendra y de Franklin, en la calle Cincuenta. Y quedamos en que invitaríamos a todos los estudiantes y profesores de la zona que simpatizasen con nuestros objetivos y traeríamos propuestas concretas para organizar la movilización de la población universitaria de Los Ángeles.

Abandoné el local con la sensación de que mi lucha había tomado un nuevo camino. Pensaba en George, John y Fleeta. Teníamos que hallar algún modo de hacerles saber que ya no estaban solos, que pronto miles de voces combativas gritarían «¡Libertad para los Hermanos de Soledad!» y miles de personas lucharían por ellos.

El día de la reunión, estaba yo ocupada en elaborar el orden del día cuando entró Kendra en el dormitorio, muy excitada, y me explicó lo que ocurría en el salón: «¡No tienes idea de la gente que hay! Aún no son las ocho y está tan lleno que han tenido que sentarse en el suelo».

El dúplex de Kendra y de Franklin, que les costaba ochenta dólares al mes, estaba en un barrio del East Side que había sufrido una gran sacudida durante la revuelta de Watts en 1965. La casa estaba en la calle Cincuenta, no demasiado lejos del piso de la calle Cuarenta y Cinco en el que nos habíamos instalado recientemente Tamu y yo. Desde el porche de la casa se veía South Park, donde habían tenido lugar una larga serie de combativas concentraciones de masas. Como el Club Che-Lumumba no tenía aún local propio, nos reuníamos en el salón de la casa. Cuando algún miembro del club necesitaba alojamiento y no podía alquilar un piso, dormía en el suelo del salón.

Si hubiésemos querido organizar una reunión masiva, habría sido fácil hacer un reparto de octavillas por el barrio, de puerta en puerta. Pero no habíamos hecho propaganda alguna de aquel acto porque se trataba solo de una reunión de los miembros que integraban el subcomité de estudiantes. Por ello saludé con asombro a los cincuenta y tantos hermanos y hermanas que estaban reunidos en el salón. Por lo visto, había corrido la voz de que iba a celebrarse una reunión para tratar de George, John y Fleeta, y acudieron muchas personas que no sabían que se hablaría solo de la labor en los centros universitarios. La mayoría de los presentes no eran estudiantes ni profesores, sino obreros, expresidiarios o personas que habían tenido algún problema con el sistema penitenciario de California. Algunos hermanos habían coincidido en la cárcel con George, John o Fleeta; otros les conocían de cuando estaban en libertad. Habían venido también la señora Jackson y su hija Frances, así como Inez Williams y Doris Maxwell.

A los organizadores de la reunión nos conmovió mucho ver hasta qué punto había afectado a aquellos hermanos y hermanas la noticia de la fraudulenta acusación que pesaba sobre los presos de Soledad. Percibíamos su entusiasmo. Todas aquellas personas —negros, algunos de ellos jóvenes, otros mayores, obreros, estudiantes, expresidiarios— estaban dispuestas a defender y a liberar a los tres Hermanos de Soledad.

Con tanta gente allí, no podíamos limitar la discusión a las actividades universitarias. De ninguna manera podíamos decirles que se habían equivocado de reunión; aquel enorme interés suyo había de ser recogido inmediatamente y canalizado en alguna actividad de protesta. Algunos de ellos se ofrecieron gustosos para redactar y ciclostilar propaganda sobre el caso, y otros para organizar equipos que distribuyeran octavillas en los barrios. Se habló de una concentración masiva que iba a celebrarse dentro de unas semanas, y de la excursión que se había propuesto en la asamblea del Salón Victoria (varios voluntarios se pusieron de acuerdo para empezar a prepararla inmediatamente).

La cosa estaba en marcha. La gente sentía un inmenso y apasionado deseo de hacer algo concreto, algo que sacudiese a los jueces en sus estrados, que rompiese la indiferencia de los codiciosos abogados de oficio y que arrancase la crueldad de la mirada de los guardianes carcelarios. Querían, de una vez, luchar contra la máquina que les había aplastado siempre a ellos, a sus padres, a sus hermanos y a sus hijos. Muchos de ellos conocían a George, a John o a Fleeta, pero su cólera, como la mía, se encendía por todos los hombres y mujeres negros cuya vida hubiese sido paralizada o destruida en cualquiera de las Soledad del país. No necesitaban mucha cultura o información para saber aquello. Los grises muros y el sonido de las cadenas habían afectado no solo sus vidas, sino las de todos los negros del país. En algún lugar, en algún momento, ellos habían llevado aquellas cadenas o habían conocido a alguien que las había llevado. Después de años y años de actitudes individuales de desesperanza, resignación o furia salvaje, se habían convertido en una hidra de muchas cabezas que decía al unísono: «¡Basta! ¡Se acabó!». Era lógico y justo que aquel grupo fuese el centro de gravedad del Comité Permanente de Soledad. Y la tarea que yo había aceptado en un principio —coordinación de las actividades universitarias— se convirtió pronto en una función dirigente en el seno de todo el Comité de Los Ángeles. Aunque sabía que tendría que esforzarme hasta los mismos límites de mi capacidad, no se me ocurrió siquiera echarme atrás. La energía y el entusiasmo de la gente eran para mí un estímulo tan grande que antes de dejar aquel trabajo habría renunciado sin duda alguna a todos los demás.

A las pocas semanas, la campaña por la libertad de los Hermanos de Soledad era bien conocida por toda la comunidad negra, las universidades y los círculos políticos de izquierda de la ciudad. Mucha gente llevaba nuestras insignias, con la inscripción «Libertad para los Hermanos de Soledad». Un hermano de la Unión de Estudiantes Negros de la Universidad de Los Ángeles hizo donación de unos carteles serigrafiados con la imagen de nuestros hermanos, de los cuales se imprimieron un gran número sin costar nada al comité. Dondequiera que se celebraban actividades del movimiento —asambleas, manifestaciones, conferencias—, así como en recitales y otros actos sociales de la comunidad negra, había siempre militantes del comité provistos de propaganda, carteles e insignias, que invitaban a la gente a asistir a nuestras asambleas semanales de la calle Cincuenta.

En la manifestación que tuvo lugar en el centro de la ciudad, Penny Jackson y yo hablamos en nombre de los hermanos, y también tomaron la palabra otros dirigentes del movimiento negro: Masai, entonces ministro de Educación del Partido de los Panteras Negras, afirmó que la conspiración contra los Hermanos de Soledad se inscribía en el marco de la misma política represiva puesta de manifiesto en los ataques de la policía a su partido.

En la Universidad de Los Ángeles nos movilizamos para crear un Comité de Defensa de los Hermanos de Soledad, de Bobby Seale y Ericka Huggins, y organizamos una concentración que atrajo a miles de estudiantes. Los miembros del comité que trabajaban en el hospital del condado me invitaron a hablar del caso en una reunión de trabajadores del centro. Frances Jackson y yo aceptamos una invitación para tomar la palabra en la Universidad Estatal de San Diego. La asamblea que se celebró allí fue un éxito, pero hubimos de darnos prisa a la hora de marcharnos para evitar que los Minutemen —de los que había una abundante y visible representación— llevasen a la práctica las amenazas que ya habían formulado contra nosotros. A continuación fui a la Universidad de La Jolla para hablar otra vez sobre los hermanos, y después del acto ayudé a formar allí un comité. Aunque Fania y Sam se hallaban todavía muy ocupados con su propio proceso, estaban deseosos de formar un Comité Soledad en La Jolla.

Nuestro trabajo se intensificaba y su repercusión en la comunidad era cada vez mayor. El número de miembros de los comités aumentaba cada semana, reflejando el creciente alcance de la campaña. Yo trabajaba en ella cada vez más. Accedía a todas las peticiones que se me hacían de hablar en público, pero dejaba bien claro que siempre que tomase la palabra lo haría sobre el caso Soledad, y que cualquier retribución que recibiese pasaría al Fondo de Defensa de los Hermanos de Soledad. Hablé en la Universidad Loyola, de Los Ángeles; en la Universidad Municipal de Pasadena; en la Universidad de San Francisco; en las del Pacífico, Monterrey y Santa Cruz; en el Instituto de Palisades... Hablé también ante grupos religiosos y sociales; entre estos, las asociaciones masculinas y femeninas de estudiantes, influidas por la creciente actividad política de los hermanos y hermanas que formaban parte de ellas.

Llegué a contraer tantos compromisos para hablar en diferentes lugares del Estado que, cuando se celebró una audiencia previa al juicio en Monterrey, el 8 de mayo, no pude unirme a la delegación de nuestro comité. Como no conocía a los Hermanos de Soledad, había estado deseando asistir a la audiencia, aunque solo fuese para verles desde lejos. Unos días antes había recibido un mensaje de George en el que decía que todos tenían muchas ganas de vernos.

Kendra, Tamu y algunos miembros del comité hicieron el viaje de siete horas por carretera a Salinas, al igual que las familias de nuestros hermanos. Kendra, al descubrir que John Clutchette era el mismo John que conoció en sus años de instituto, estaba especialmente deseosa de verle después de tanto tiempo. Muy a mi pesar, tuve que quedarme en casa para preparar mis clases.

Todos los que asistieron a la audiencia volvieron con renovado entusiasmo por su contacto con los hermanos y encolerizados por lo que habían visto en la sala del tribunal.

Después de la audiencia, Frances, Penny y la señora Jackson habían podido entrevistarse con George. Me dijeron que tenía muchas ganas de conocerme y que él y los demás hermanos me estaban muy agradecidos, aunque les había decepcionado mi inasistencia.

La siguiente audiencia debía celebrarse una semana después. Organicé mis actividades para poder tomarme el día libre e ir a Salinas. Además de

las familias, iríamos aquella vez tres de nosotros: Cheryl Dearmon, de la Universidad de Los Ángeles; Cari X, del Club Che-Lumumba, y yo. Dearmon, como la llamaban sus amigos, era miembro de la Unión de Estudiantes Negros de la universidad y había sido una de las primeras personas que se unió a la campaña para defender mi empleo. Como era alta, de piel clara y se hacía el «afro», la confundían constantemente conmigo, a veces incluso los policías encargados de mi vigilancia.

Yo había pensado ir a Salinas en mi viejo y fiel Rambler del 59, pero los demás no compartían mi confianza en que el coche resistiría la carretera de Salinas, empinada y serpenteante. Me rendí a la evidencia y accedí a llevar el coche de Kendra y Franklin.

Cuando dejamos la autopista en el desvío de Salinas, nos sobraban unos minutos. Mientras conducía por las calles de la ciudad, mi mirada buscaba instintivamente rostros negros en los automóviles y en los grupos de gente que paseaban por las aceras. No vi ni uno solo. Había en Salinas una indolencia y un ambiente pueblerino que me recordó el sur. Las caras de la gente mostraban aquella conocida mezcla de vaciedad y de ansias de sentirse superiores a algo. Me pregunté si los numerosos chicanos a los que veía por las calles estaban enterados del caso Soledad. Allí era donde César Chávez[31] y la Unión de Trabajadores Agrícolas habían organizado una campaña de protesta. Pensé que quizá podríamos pedirles apoyo en caso de que el juicio se celebrase en el condado de Monterrey.

Nos fue fácil encontrar el juzgado. Como en la mayoría de las ciudades del sur, dominaba el centro de la ciudad. Era un edificio blanco e imponente, de estilo neoclásico, y estaba rodeado de pequeños estacionamientos llenos de coches patrulla y de un buen número de vehículos oficiales con los distintivos del condado en las puertas. Aquel era el famoso condado de Monterrey, pintoresco, exuberante, donde se reunían todos los años miles de personas para oír a sus músicos de jazz preferidos. El Festival de Jazz de Monterrey, Big Sur, Carmel Valley..., todo aquello sonaba a tranquilo e idílico. Era una perfecta cobertura para la persecución de los presos en el penal Soledad, la represión de los trabajadores agrícolas chicanos, la Hermandad Aria y el juez Campbell, quien no ocultaba su intención de entregar a George, John y Fleeta al verdugo. Estar en Salinas era como haberse aventurado en territorio enemigo.

Mientras buscábamos un sitio para estacionar tratando de no llamar la atención, nos encontramos con la familia Jackson, que llegaba también en aquel momento. Después de seguirles al estacionamiento de detrás del juzgado, entramos todos en el edificio. Como la mayoría de los juzgados que yo había visto, aquel tenía una apariencia brillante y engañosa. Sus relucientes paredes de mármol y sus suelos asépticamente limpios parecían casi pensados para ocultar la sucia obra racista que allí se desarrollaba. Era como si la asepsia del mármol y la inhumana limpieza de las salas, por sí solas, hablasen ya de justicia. ¿Podía haber corrupción tras aquellos mármoles veteados de rosa? ¿Podían pisar aquellos pulcros suelos unos hombres que no fuesen los más justos? ¿Cómo podían abrirse aquellas imponentes puertas a algo que no fuera la más estricta y clemente justicia?

Allí, como en todas partes, la justicia era una imagen, una imagen imponente, refinada y totalmente engañosa.

El Comité Soledad de la Bahía había hecho una excelente labor, movilizando a un gran número de personas para que asistieran a la audiencia. La cola que se había formado para entrar en la sala llegaba al otro extremo del pasillo. Me alegró ver que la campaña había atraído ya a tanta gente, pero me dolió el que entre ellos hubiese tan pocos negros. (Más adelante supe que el problema estaba en la composición del comité: este era activo y había captado a un gran número de miembros entusiastas, pero sus dirigentes negros podían contarse con los dedos de una mano).

Cuando Georgia vio a toda aquella gente, me dijo que no valía la pena que nos colocásemos en la larga cola, pues ni los que estaban antes que nosotras podrían entrar en la sala. Nunca me había sentido tan decepcionada. Después de todos los arreglos en mi horario para dejar libre aquel día, después de las prisas para asegurarnos de que llegábamos a tiempo, no iba a poder entrar. Llena de rabia, me vi en el pasillo mientras tenía lugar la audiencia, esperando ansiosamente alguna noticia de su desarrollo.

Georgia trató de animarme diciendo que quizás aún pudiésemos hacer algo. Dearmon y yo comprendimos la insinuación y, cuando los alguaciles abrieron las puertas para que entrasen las familias de los acusados, pasamos también nosotras disimuladamente.

En el interior de la abarrotada sala reinaba un silencio lleno de tensión, casi vibrante por la cólera de la gente ante la presencia física del enemigo. Los alguaciles situados a lo largo de las paredes nos miraban fijamente, con la hostilidad propia de su función. Todos esperábamos. Yo deseaba que sucediese pronto algo que rompiera aquella increíble tensión antes de que esta estallase por sí misma.

A pesar de aquella espera, o quizás a causa de ella, la súbita aparición de un hombre blanco uniformado, gordo y de aspecto severo nos sobresaltó a todos. Al entrar contoneándose por la puerta próxima al estrado, parecía condensar en su persona la atmósfera fascista de aquella audiencia. Sabíamos ya que el juez Campbell no haría más que apretar el nudo de la conspiración, para empujar a nuestros hermanos al camino que llevaba fatalmente a la cámara de gas. La presencia de aquel guardia de Soledad tenía por objeto inspirarnos temor. Querían que nos sintiésemos impotentes ante el aparato que él representaba. Querían que percibiésemos ya el olor del cianuro.

Pero no teníamos miedo; no nos sentíamos impotentes. Y aplaudimos vivamente a los héroes de nuestra lucha cuando estos entraron en la sala, dignos, valerosos, fuertes. Las cadenas que rodeaban sus cuerpos no nos asustaban; por el contrario, nos hacían desear romperlas, destruirlas, aplastarlas. Aquellos grilletes pensados para alarmarnos, para hacer que los prisioneros pareciesen «peligrosos» y «locos», solo nos inspiraban indignación y deseos de arrancarlos. Yo sabía que mi cólera era compartida por todos. Me subía la bilis a la garganta. Pero más fuerte que el sabor de la cólera era la imponente presencia de los hermanos, pues eran realmente hermosos. Con sus cadenas y grilletes, eran altos y hermosos.

George tenía un aspecto más vital aún del que yo había imaginado. Creía que serían muy visibles las cicatrices de los últimos diez años. Pero no se veía en él ni rastro de resignación, ni la menor huella del cautiverio en que había pasado todos los años de su vida de adulto. Era alto, y se movía con una seguridad mayor de la que yo había visto nunca. Tenía los hombros anchos y musculosos; sus brazos eran formidables, como vestigios de una antigua fuerza, y su rostro revelaba la profunda comprensión que tenía de nuestra situación colectiva y su rebeldía ante ella. Apenas podía creer la vigorosa belleza de su sonrisa.

John era el más alto de los tres. Tenía la piel oscura y las facciones bien modeladas; había entrado en la sala caminando con una atrayente desenvoltura. Fleeta parecía estar lleno de esperanza; nos saludó con una hermosa y espontánea sonrisa.

¡Qué injusto era que fuesen ellos quienes llevasen aquellas ruidosas cadenas! Tardásemos lo que tardásemos, costara lo que costara, aquellas cadenas serían rotas.

La audiencia consistió en una serie de negativas a todas las peticiones que presentaban los abogados defensores. Como era de esperar, estuvo salpicada por las ocurrencias racistas que habían hecho famoso al juez Campbell, como la de recordar a los presentes que no estaban en una verbena. Mientras los abogados, los fiscales y el juez hablaban vehementemente entre sí, nuestros hermanos mantenían la serenidad. En el curso de la audiencia, George leyó en voz alta, de principio a fin, un grueso legajo de papeles. Las gafas de montura negra y la gran concentración con que leía le daban un aire de profesor, del profesor que había llegado a ser para muchos hermanos de las cárceles del estado.

Al terminar la sesión de la mañana, me acerqué al estrado de los acusados con la esperanza de intercambiar unas palabras con ellos. Los guardias no dijeron nada cuando George se acercó a la barandilla para hablar conmigo. No había tiempo para presentaciones convencionales, y conversamos sin la rigidez que suele caracterizar a las primeras entrevistas. George me habló tranquilamente, como si nuestra amistad fuese ya antigua y sólida.

—Angela, ¿has recibido mi carta? —me preguntó.

—¿La nota que me enviaste la semana pasada? —Me refería a una breve carta escrita en papel de la cárcel y enviada por los canales oficiales, en la que me pedía que solicitase mantener correspondencia regular con él.

—No, una larga carta en papel amarillo. ¿No la has recibido aún?

—No.

—Maldita sea... Quería que la leyeses antes de venir aquí.

Era evidente que aquella carta era muy importante. Me pregunté qué diría.

—Probablemente la tiene H. —me dijo—. ¿La conoces? —Hablaba de prisa, pues se nos acababa el tiempo.

Negué con la cabeza.

—Está por aquí. No te será muy difícil encontrarla. Acuérdate de pedirle la carta antes de marcharte.

—No te preocupes, George; si la carta está aquí, la encontraré.

Habría querido decirle muchas más cosas, pero, desde el principio de la conversación, los alguaciles gritaban para que despejásemos la sala. Los guardias de Soledad se impacientaban, y parecían estar a la espera de que un superior les ordenase disolver el grupo que se había formado en torno a los presos. Contrariados, nos despedimos.

No encontré la carta aquel día, pero logré saber quién era H. Me dijo que efectivamente la tenía, pero no la llevaba encima. Quedamos en que me la enviaría en los próximos días.

La primera vez que vi a Jonathan Jackson me recordó a mi hermano menor, Reginald. Como Reggie, Jonathan era alto y de piel clara; su cabello era también claro y abundante. Yo había sido invitada a hablar en la conferencia anual del Comité de Defensa de la Declaración de Derechos, de Los Ángeles. Los organizadores habían elegido como tema principal la lucha en las cárceles, y habían invitado a las familias de los tres Hermanos de Soledad. La señora Jackson, Penny y Jonathan, junto con Inez Williams y algunos familiares de John Clutchette, participaron en la discusión acerca de las cárceles y los presos políticos.

Algún tiempo después de la audiencia del 16 de mayo, Georgia y Penny Jackson me pidieron que asistiese a una reunión del Club Democrático de Pasadena, presidido por Don Wheeldin, un hombre negro que tenía un largo y comprometido historial con causas progresistas. Wheeldin quería hablar del caso Soledad en la reunión, para pedir a los miembros del club apoyo económico y político. Una hermana llamada Fannie, que estudiaba en la Universidad de Los Ángeles y participaba en el Comité Soledad, nos llevó allí en su coche. Al volver, dejamos a Georgia y a Penny en su casa, y ellas nos invitaron a tomar un café.

Era tarde, y todos los demás miembros de la familia ya se habían acostado. Estábamos las cuatro sentadas a la mesa del comedor hablando de la reunión y esperando a que se hiciese el café cuando apareció en el umbral

Jonathan, en bata y frotándose los ojos. Con una leve sonrisa, murmuró: «¿Qué es este jaleo? ¿Es que no se puede dormir en esta casa?». Entró en el comedor, se sentó con nosotras y se unió a la conversación.

Aquella fue la primera vez que intercambié con Jonathan algo más que unas palabras de saludo. George me hablaba de él en su carta; le elogiaba por su inteligencia y, sobre todo, por su inquebrantable lealtad hacia él. Decía también que Jon era algo introvertido, y me pedía que le propusiese asistir a las reuniones en torno al caso Soledad en casa de Kendra y Franklin. Decidí aprovechar la oportunidad para hacerlo.

Jonathan no quería hablar sino de George. Todos sus intereses, todas sus actividades, se relacionaban de algún modo con su hermano preso. A los dieciséis años llevaba un peso que muchos adultos habrían rechazado. La última vez que había visto a George en «libertad» tenía siete años. Desde aquel momento hasta el presente, solo había estado con él durante las visitas reglamentarias, bajo la vigilancia de guardias armados, en las prisiones de Chino, Folsom, San Quintín y Soledad. Y se habían escrito, desarrollando por carta la relación que habrían debido desarrollar en casa, en la calle, en el gimnasio, en el campo de béisbol. Aquella relación, al haber estado limitada a los locutorios de las cárceles y a las cartas de dos hojas que examinaba la censura, giraba en torno a un único objetivo: sacar a George de allí.

Jonathan estaba muy orgulloso de la relación de igual a igual que tenía con su hermano y de la confianza que este depositaba en él. Durante la conversación nos mostró un grueso montón de cartas recibidas desde las varias cárceles en las que George había estado a lo largo de aquellos diez años. Quería que leyésemos las descripciones del trato brutal e inhumano que habían recibido él y los demás hermanos por parte de los carceleros.

Aunque no había participado nunca en movimientos de masas, Jon comprendía instintivamente la necesidad de lograr que exigiesen la libertad de su hermano un gran número de personas. Cuando hablaba del Instituto de Pasadena, donde estaba terminando el tercer curso, se quejó con tristeza de la apatía de la mayor parte de sus compañeros. Dijo que estos no sabían por qué había gente que luchaba, en especial los muchachos blancos, que en aquel centro eran la mayoría. Nos mostró a Fannie y a mí un artículo que había escrito en el periódico del instituto, en el que exponía el caso de los

Hermanos de Soledad y reprochaba a los estudiantes su falta de preocupación por cuestiones como aquella.

El artículo estaba muy bien escrito. Como George, Jon se expresaba en un lenguaje vigoroso y convincente. Recordando que George me decía en su carta que intentásemos atraerle al trabajo del comité, le dije que necesitábamos imperiosamente la colaboración de personas que escribiesen bien para elaborar la propaganda. Antes de marcharnos, le dije que le esperábamos en la próxima reunión.

Jon acudió a ella, celebrada en la calle Cincuenta, y a casi todas las que la siguieron. Nunca hablaba mucho, pero trabajaba afanosamente en la elaboración y distribución de propaganda.

A medida que el Comité Soledad aumentaba en influencia y el trabajo se hacía más complejo y absorbente, empecé a pasar mucho tiempo con la familia Jackson. A menudo venían conmigo Frances, Penny o Georgia para dar charlas sobre las actividades del comité. Muchas veces nos acompañaba Jonathan. Mi amistad con él creció, y llegué a considerarlo no solo como un hermano de lucha, sino como un verdadero hermano de sangre.

Mis contactos con George se hicieron más regulares. También aquella amistad creció. Mientras discutíamos de cuestiones políticas, en las que unas veces estábamos de acuerdo y otras no, comenzó a desarrollarse entre nosotros una intimidad personal. En sus cartas, que trataban en su mayor parte de temas como la necesidad de popularizar las ideas comunistas entre las masas negras, la exigencia de extender el movimiento en las cárceles, la función de la mujer en el movimiento, etc., George hablaba también de sí mismo, de su pasado, de sus deseos y aspiraciones personales, de sus fantasías acerca de las mujeres, de sus sentimientos hacia mí. «He pensado mucho en las mujeres últimamente —me escribió una vez—, ¿es esto sentimentalismo, o algo incorrecto? No lo creo. La cuestión del sexo nunca me había preocupado mucho. Hacía mis ejercicios y unos centenares de flexiones, me ocupaba en algo...».

Llegué a conocer a George no solo a través de sus cartas, sino también a través de las personas próximas a él: Jon y el resto de su familia, y John Thorne, que, como abogado suyo, le veía regularmente. Cuanto más próxima me sentía a George, más revelaba a quienes le conocían un aspecto de mí misma que solía mantener oculto salvo a los amigos más íntimos. En

las cartas que conseguía hacerle llegar, respondía no solo a las cuestiones políticas que me planteaba, sino que le decía además que mis sentimientos hacia él se habían convertido en algo más profundo que el compromiso político de la lucha por su libertad; que mi interés era también personal.

George sabía de los miles de cartas llenas de odio que inundaban mi despacho de la universidad, en las que se exigía mi expulsión. Sabía de las muchas amenazas de muerte que había recibido, y estaba preocupado por mi seguridad. Sabía que cada vez que aparecía en público lo hacía acompañada de un piquete de seguridad formado por camaradas del Che-Lumumba, pero consideraba que aquello no era suficiente. Por su propia experiencia en la cárcel, estaba convencido de que toda precaución era poca. Además, forzosamente, los hermanos y hermanas del Che-Lumumba eran para él seres abstractos. Nunca les había visto; les conocía solo por mis cartas. Pero conocía a Jonathan, y confiaba en él mucho más que en cualquier otra persona de fuera de la cárcel, y me explicó que deseaba que Jon estuviera conmigo el mayor tiempo posible. Jon recibió también un mensaje de su hermano en el que le pedía que se asegurase de mantenerme a salvo de los racistas y reaccionarios que quizás intentaran convertirme en una mártir.

Cuando estaba preparándose la publicación del libro de George, *Soledad Brothers*, él me pidió que leyese el manuscrito e hiciese sugerencias para mejorarlo. La tarde en que lo recibí pensé leer por encima algunas de las cartas y terminarlo en otro momento. Pero, una vez empezado, me resultó imposible dejarlo hasta haberlo leído todo, de la primera a la última página. Estaba asombrada. La fascinación de aquellas cartas no se debía solo a su contenido, al hecho de que reflejaran la evolución personal y política de George durante los últimos cinco años, sino también, sobre todo, a la claridad y viveza con que sabía condensar la situación de nuestro pueblo, en las cárceles y fuera de ellas. Y, en varios pasajes, George exponía de modo sencillo y preciso las razones por las que nuestra liberación solo podía ser alcanzada a través del socialismo.

El 15 de junio había de celebrarse en Salinas la audiencia de una de las más importantes peticiones previas al juicio del caso Soledad. Los abogados iban a solicitar un cambio de jurisdicción. Fui a Salinas con la señora Jackson, Frances y Jonathan. En otros dos coches nos acompañaban varios

miembros de nuestro comité. Y en representación del movimiento de Los Ángeles iban Fannie Haughton, mi hermana Fania, Mitsuo Takahashi, Jamala y otros compañeros.

Esperábamos una dura batalla judicial, pero no imaginábamos que el juez tuviese la osadía de excluir de la audiencia a los propios procesados. Al parecer, las autoridades de Salinas estaban inquietas al ver la gran cantidad de gente que había venido de todos los rincones del estado para asistir a la audiencia. El juez había ordenado a los guardias de Soledad que no trajesen a los hermanos al juzgado.

Cuando los abogados y el público se enteraron de aquella maniobra, se armó en la sala un gran tumulto. Los abogados increpaban al juez, y el público se unió a ellos. En medio de la confusión, Fay Stender exclamó que nosotros estábamos allí solo para asegurar que el juicio fuera trasladado a una jurisdicción en la que los hermanos tuviesen más probabilidades de ser juzgados con imparcialidad. Para entonces, el juez estaba completamente aturdido; no sabía cómo enfrentarse a la situación. Respondiendo a Fay, gritó algo así como: —¡Muy bien, concedido el cambio de jurisdicción! ¿Dónde quiere que se celebre el juicio?

—En San Francisco —contestó ella inmediatamente, pensando, según nos dijo después, que no veía posibilidad alguna de que él aceptase.

—¡Muy bien! —dijo el juez, casi aterrorizado—. Ordenaré que el juicio se traslade a San Francisco. —Dicho esto, y sin pararse siquiera a levantar oficialmente la sesión, abandonó el estrado y se retiró.

Nos alegramos de nuestra victoria. Habíamos conseguido el cambio de jurisdicción, que creíamos que nos sería denegado, como lo habían sido las demás peticiones. La victoria era importante: un juicio en San Francisco tendría mucha más repercusión pública; exigiría mucho menos esfuerzo llenar la sala y sería más fácil movilizar a los manifestantes todos los días.

Para el Comité de Defensa de los Hermanos de Soledad, los meses de junio y julio fueron de gran actividad. Todos trabajamos afanosamente para dar a conocer y extender el movimiento por la libertad de George, John y Fleeta.

El 19 de junio, nuestro grupo de Los Ángeles organizó una manifestación que debía concentrarse frente al State Building, donde tienen su sede el Department of Corrections y la Junta de Libertad Provisional.

Casualmente, aquel mismo día se reunía también la Junta de Gobierno de la universidad para deliberar sobre la cuestión de mi trabajo. Esto tenía sus ventajas y sus desventajas. Por una parte, significaba que íbamos a tener mucha más publicidad de la que habíamos esperado, puesto que todos los periodistas que quisieran enterarse de mi respuesta a la decisión de la junta habrían de venir a entrevistarme a la manifestación. Pero, por otra parte, para los objetivos de nuestra acción podía ser fatal que aquel asunto hiciese sombra al caso Soledad.

Antes de dirigirnos al State Building aquella mañana, decidí que, fuese cual fuese la decisión de la Junta de Gobierno, independientemente del número de periodistas que viniesen a verme, me negaría a decir nada sobre ello hasta que hubiésemos terminado nuestras acciones en torno al caso Soledad.

Masai Hewitt, ministro de Educación de los Panteras Negras, habló en la manifestación en nombre de sus camaradas encarcelados, Bobby, Ericka, Huey y otros muchos, y presentó el caso Soledad como parte de una creciente oleada represiva. Como Josef había cumplido condena en Soledad, le pedimos que expusiese sus experiencias en aquel penal para dar a la gente una idea de las fuerzas que habían determinado la acusación fraudulenta contra los Hermanos de Soledad. Jane Fonda, que había accedido gustosa a participar en el acto, hizo una petición de ayuda económica. Yo hablé del trabajo de nuestro comité para obtener la libertad de nuestros hermanos. Expliqué que habíamos llegado a la conclusión de que no bastaba con limitar nuestra lucha a casos individuales. Teníamos que hacer aquello y mucho más. Tras los muros de las cárceles estaba brotando un movimiento, y los hermanos y hermanas que lo formaban necesitaban nuestro apoyo y nuestra solidaridad. Las peticiones que íbamos a hacer ante la Adult Authority[32] reflejaban nuestra decisión de ampliar aquel movimiento: eran peticiones en favor de todos los presos.

Con mis palabras terminó la manifestación. Ordenadamente, marchamos hacia el edificio donde tenía su sede la Junta de Libertad Provisional de California, es decir, la Adult Authority. Centenares de manifestantes llenaron el vestíbulo, y subieron varios pisos por las escaleras y ascensores hasta llegar a las oficinas de la junta. Habíamos hecho imprimir para aquella ocasión unos carteles en los que se pedía la libertad de los

Hermanos de Soledad, de Bobby y Ericka y de todos los presos políticos, dirigiendo la petición al Department of Corrections y a la Adult Authority. Por el camino, habíamos ido pegando los carteles en las paredes.

La multitud de manifestantes presentaba un abigarrado aspecto: había en ella negros, chicanos, asiáticos y blancos; se veían jóvenes, personas de más de treinta años y otras mucho mayores; obreros, estudiantes y profesionales. Entre una buena representación de la Universidad de Los Ángeles estaba el presidente del departamento de Filosofía, Donald Kalish, con quien siempre se podía contar para que prestara su apoyo a causas progresistas. Me causó una gran alegría ver también a las dos jóvenes oficinistas negras del departamento, Connie y Betty. Y, por último, se habían unido a la manifestación algunos transeúntes.

Cuando pedimos una entrevista con los miembros de la junta, tuvimos un pequeño enfrentamiento con los funcionarios, quienes, al verse rodeados de centenares de manifestantes que coreaban consignas, estaban buscando el modo de escapar de allí. Insistían en que los miembros de la junta no estaban en Los Ángeles, pues se habían reunido en otro lugar del estado. Probablemente, al enterarse de que pensábamos manifestarnos el día de su reunión mensual, habían decidido trasladarla a otro lugar. No tuvimos interés en llevar el enfrentamiento más lejos, pues ya habíamos hecho constar nuestras exigencias.

Poco después de iniciarse la manifestación, varios periodistas me comunicaron que la Junta de Gobierno, una vez finalizada su reunión, había decidido no contratarme para el curso siguiente. Ahora que la manifestación había terminado satisfactoriamente, mantuve una conferencia de prensa en la calle, junto al State Building. Parecía que los medios de comunicación habían seguido conscientemente la táctica de prestar poca o ninguna atención al caso Soledad. Yo estaba decidida a que aquella vez no se salieran con la suya. Por ello me esforcé en formular todas mis respuestas de tal modo que cada una de ellas aludiese a la relación entre mi despido y la represión contra los Hermanos de Soledad y los demás presos políticos.

La Junta de Gobierno no pudo invocar el estatuto que prohibía la contratación de comunistas en la universidad: el mandato judicial contra ella estaba aún vigente en aquel punto. Además, no habían podido encontrar ninguna prueba de mis supuestas deficiencias en el cumplimiento de mis

obligaciones académicas. Ni siquiera la comisión secreta de profesores nombrada por ellos para investigar mi actividad docente había hallado nada que la junta considerase útil.

Así pues, la Junta de Gobierno hubo de basarse solo en la idea de que mis actividades políticas fuera de las clases eran «impropias de una profesora universitaria». Es curioso que la decisión de la junta fuese anunciada precisamente un día en que, en una de mis «impropias» alocuciones, había acusado a las autoridades del Estado, incluyendo al propio Ronald Reagan, de participar en una conspiración para eliminar a todos los activistas políticos izquierdistas, en especial a los que estaban en la cárcel.

Los miembros del Comité de Defensa se alegraron al saber que la fotografía que acompañaba a la noticia de mi despido había sido tomada mientras nos manifestábamos. Aquella foto llevaría el mensaje de nuestra lucha a gente de todo el mundo a través de las agencias de prensa internacionales, pues yo aparecía en ella llevando una pancarta que decía: «salvemos a los hermanos de soledad del linchamiento legal», y Jonathan, que marchaba a mi lado, salía también con la suya bien visible: «basta de represión política en las cárceles».

Pocos días después de la manifestación del 19 de junio, tuvo lugar en San José, en casa de Joan y Betsy Hammer, una reunión de los Comités Soledad de todo el estado. Figuraba en el orden del día la cuestión de la estrategia ante el juicio que iba a celebrarse próximamente en San Francisco. El comité de esta ciudad no había arraigado tan sólidamente como hubiéramos querido, sobre todo entre la comunidad negra. Era evidente que debía hacerse más trabajo de base en San Francisco y en Oakland para preparar la participación masiva en los actos que se organizarían en torno al juicio. Se me preguntó si quería estudiar la posibilidad de pasar algún tiempo en San Francisco durante el verano para ayudar en aquellas tareas. Respondí que tenía que pensarlo detenidamente.

En Los Ángeles, nuestro comité organizó fiestas para recoger fondos. Patrocinamos la proyección de una película sobre Vietnam titulada *El año del cerdo*, y convocamos una asamblea que resultó un éxito en la iglesia unitaria de la calle Ocho. Uno de los actos que reportaron más fondos al Comité Soledad fue la subasta de arte que organizamos. Una serie de

artistas, negros y blancos, profesionales y aficionados, cedieron gratuitamente sus obras. Dos hermanos que dirigían una galería de arte en el barrio de Crenshaw (y que, por cierto, habían ido a la misma guardería que yo, en Birmingham) accedieron gustosos a dejarnos el local para la exposición. Y planeamos muchos más actos de ese tipo para el resto del verano y el otoño.

Mientras se desarrollaban estas actividades, el trabajo universitario reclamaba también mi atención. Consciente de que, en circunstancias normales —es decir, si el problema de mi empleo no se hubiese convertido en absorbente—, mi tesis doctoral habría estado ya terminada, quise finalizarla entonces lo más rápidamente posible. Decidí firmemente tenerla lista a finales del verano. Me facilitaría el trabajo una ayuda que me había concedido la universidad para los meses de julio, agosto y septiembre.

Aunque no había que pensar siquiera en dejar el Comité Soledad, decidí ir reduciendo mis compromisos políticos a un mínimo. Y me puse a hacer algunos cambios prácticos. En casa, traté de reorganizar mis horas de estudio, que habían sido absorbidas por el trabajo del comité. Saqué de mi estudio la multicopista y otros objetos que usaba el comité y los trasladé al comedor. Había pensado que podría mantener un horario regular de estudio de ocho horas diarias como mínimo. Pero, en verano, nuestro piso de la calle Cuarenta y Cinco se había convertido a la vez en centro de reuniones, oficina y dormitorio ocasional de unos y otros. Constantemente venía gente a informarse del trabajo del comité, lo cual era bueno, pues significaba que habíamos creado un amplio movimiento. El marido de Tamu, Malcolm, había salido de la cárcel y vivía ahora en la casa; y en el sofá dormía un amigo de ellos, canadiense. La pequeña Kendra había llegado a la edad en que un niño necesita mucha atención. Cuando la veía, no podía resistir la tentación de jugar con ella. Como resultado de todo esto, el único rato en que podía trabajar en serio en mi tesis era cuando los demás dormían. A veces trabajaba desde la una o las dos de la madrugada hasta las seis o las siete. Pero como nunca dormía de día, me resultaba imposible seguir aquel ritmo.

Me sentía muy frustrada por la cuestión de la tesis, por lo que decidí buscar un piso pequeño y barato donde pudiese instalarme para trabajar. El lugar que encontré estaba en la calle Treinta y Cinco, a diez manzanas de

distancia del otro piso. El alquiler era solo de setenta y cinco dólares, lo cual significaba que podía seguir pagando la mitad del alquiler del otro piso y a la vez alojarme en él cuando hiciese falta. Recordando que el teléfono de la calle Cuarenta y Cinco sonaba a todas horas del día y de la noche, decidí mantener el piso nuevo libre de sus interrupciones y recibir todas las llamadas en la calle Cuarenta y Cinco.

Como no podía trasladarme al otro piso hasta el 1 de julio, Georgia Jackson me invitó a pasar los días que faltaban en su casa de Pasadena, donde pude trabajar tranquilamente, esperando trasladar mis libros y papeles, el escritorio y la máquina de escribir y una cama al nuevo piso. Durante todo el mes, no permití que nada interrumpiese mi estudio, con la única excepción del Comité Soledad.

A mediados de julio, hice un breve viaje a la bahía para hablar acerca del caso Soledad en una reunión de militantes de varias organizaciones de San Francisco, Berkeley y Oakland. Como se había cambiado el lugar del juicio, los hermanos habían sido trasladados de Soledad a San Quintín. Jonathan y su padre iban a ir a ver a George hacia la hora de la reunión, de modo que hicimos el viaje juntos. Nos reunimos en el local de la Asociación Nacional de Abogados, donde —junto con Fay Stender y otros miembros del Comité Soledad de la Bahía— hablé de la necesidad de ampliar el movimiento en torno a los hermanos, sobre todo en los meses y semanas anteriores al juicio. Era necesario movilizar a todos los grupos de izquierda de la zona y hacer un gran esfuerzo para organizar lo mejor posible a la comunidad negra. Un hermano del Partido de los Panteras Negras nos aseguró que ellos se hacían responsables de comprometer a un gran número de negros en el intento de salvar la vida de nuestros hermanos.

Se hallaban presentes en la reunión algunos representantes del Comité de Defensa, que estaba haciendo un excelente trabajo de apoyo a un grupo de activistas chicanos a los que se juzgaba aquellos días y a quienes se conocía como los Siete de la Raza.[33] Acordamos establecer una alianza informal entre los dos grupos, y decidimos iniciar la nueva etapa de nuestro trabajo por la liberación de los presos políticos con una manifestación masiva en San Francisco, el 12 de agosto. Charles Garry, abogado de los Siete, accedió gustoso a hablar en ella y yo dije que también lo haría.

El abogado de George, John Thorne, había solicitado a un juez de San Francisco que se me reconociese como investigadora legal de George, es decir, esencialmente el mismo trabajo que había hecho para Hekima. Como yo me encontraba allí, fuimos los dos al juzgado para presentar la solicitud aquel día. En el mismo piso donde John estaba exponiendo la petición se celebraba una sesión del juicio de los Siete. Entré en la sala un rato, hice un signo de solidaridad a los hermanos y hablé unos minutos con Charles Garry sobre la coordinación del trabajo de los comités en lo relativo a los dos grupos de presos políticos.

Mientras estaba en la Bahía, los militantes del Comité Soledad me plantearon una vez más la cuestión de mi traslado temporal a San Francisco para ayudarles. Al haber encontrado hacía poco tiempo un piso donde podía dedicarme con intensidad a la tesis, no me decidía a pensar seriamente en la posibilidad de desorganizar otra vez mi trabajo. Pero el Comité de la Bahía no acababa de salir adelante, y sin duda podría beneficiarse de la experiencia que habíamos adquirido en Los Ángeles. Les dije que pensaría en la propuesta, pero que, si no podía ir, intentaría convencer a alguno de los hermanos con más experiencia de nuestro grupo para que acudiese en mi lugar. Pensaba en Tamu, mi compañera de piso.

A principios de agosto decidí que me sería posible pasar unas semanas en la Bahía, sobre todo porque la biblioteca de la Universidad de Berkeley era mucho más completa que la de Los Ángeles en lo referente al tema de mi tesis, y porque de todos modos habría debido trasladarme allí para hacer la última parte de mi trabajo. Pensé que podría pasar algún tiempo en la Bahía, trabajando a la vez en la tesis y con el Comité Soledad. Por aquellas fechas fui allí para buscar alojamiento y visitar la biblioteca.

7 de agosto de 1970

En la sala número uno se celebraba un juicio presidido por el juez Harold Haley. Se juzgaba a James McClain, un recluso de San Quintín acusado de asalto a raíz de un incidente producido en aquel penal. McClain se defendía a sí mismo y había empezado a exponer su defensa. Cuando Jonathan entró en la sala y tomó asiento entre el público, McClain estaba interrogando a

Ruchell Magee, otro recluso de San Quintín y testigo de la defensa. Jonathan estuvo sentado allí un rato. Después se puso en pie, con una carabina en la mano, y ordenó que nadie se moviese. McClain y Ruchell se le unieron, y lo mismo hizo William Christmas, que estaba esperando en una celda próxima a que le llamasen para testificar.

Algunos agentes del *sheriff* declararon más adelante que los hermanos habían gritado: «¡Libertad para los Hermanos de Soledad!»; otros, en cambio, dijeron haber oído: «¡Libertad para nuestros hermanos de Folsom!»; y otros, por último: «¡Libertad para todos los presos políticos!». El fiscal aseguró que aquel acto tenía por objeto liberar de la cárcel a los Hermanos de Soledad.

El juez Haley —con el cañón de un fusil en el cuello— y varios miembros del jurado fueron conducidos por los hermanos a una camioneta estacionada fuera, en un solar. Un guardia de San Quintín disparó contra la camioneta. Después cayó sobre el vehículo una verdadera lluvia de balas y, al disiparse el humo, se vio que todos sus ocupantes excepto uno habían sido muertos o heridos. El juez Haley estaba muerto. El fiscal del distrito, Garry Thomas, herido. Una mujer miembro del jurado, también herida. McClain y Christmas habían muerto. Ruchell estaba herido. Y Jon...

Por la tarde, cuando me enteré de lo sucedido y vi la escena del condado de Marin en la televisión, no dejaba de repetir en voz alta: «Tiene que ser un error. No puede ser Jonathan, nuestro Jon...».

Jonathan acababa de cumplir los diecisiete años. Unos meses antes, George me había escrito:

> Jon es joven y un poco retraído, pero es inteligente y leal... Está en una edad peligrosa, en la que nuestros hermanos suelen ser presas de la confusión que les acaba llevando a la muerte o a la cárcel. Pero él, a su edad, lo está superando mejor que yo y que la mayoría de los jóvenes negros. Aprende de prisa y sabe distinguir lo real de lo aparente, siempre que alguien se lo haga ver. Di a los hermanos que no le hablen nunca de sus ojos verdes ni del color de su piel. Es muy susceptible en este punto y, si se le habla de ello, reacciona con violencia o se encierra en sí mismo. ¿Lo entiendes? Ya sabes que a veces no nos molestamos en ser justos entre nosotros. Jon ha tenido

muchos problemas por esta cuestión en los últimos años. Esto no está bien. Es un buen muchacho negro, muy leal. Yo le quiero mucho.

Y los sentimientos de Jon hacia George habían dominado toda su vida. Jon era aún muy joven, pero no creo que hubiese tenido una verdadera infancia: se la había robado una sociedad que tenía a su hermano entre rejas casi desde los primeros recuerdos de su vida.

A los siete años, los niños suelen jugar con pistolas de agua de brillante color rojo. Pero a aquella edad Jon sabía que las pistolas son grandes y grises y que, cuando salen de la pistolera de un guardia de la cárcel, cuando se oprime el gatillo, no arrojan un fresco chorro de agua, sino unas balas de las que brotan sangre y muerte. Desde los siete años, Jonathan había visto a George solo durante las visitas de la cárcel. Vio a su hermano viviendo con la realidad de la muerte cada día, cada hora, cada minuto.

Creo que, en los pocos meses que duró nuestra amistad, no advertí hasta qué punto le había destrozado aquella década de continua frustración, aquella terrible sensación de impotencia ante los muros, las rejas, las pistolas y las pulcras salas de la «justicia» presididas por fríos jueces blancos.

Ahora el enemigo había caído sobre Jon cuando este trataba de abrir una brecha en el formidable sistema penitenciario que hundía a su hermano —y a todos sus hermanos y hermanas— en un círculo vicioso de miseria y brutalidad, acusaciones falsas y asesinatos.

En los días siguientes a la revuelta, me esforcé por vencer mi rabia ciega ante la muerte de Jonathan para que mi ira fuera constructiva. Era consciente de que había un solo modo de vengar la muerte de Jon: la lucha, la lucha política, el movimiento popular en favor de todos los presos.

No luchar de aquel modo significaba dejar a Jonathan para siempre tendido en el asfalto, en un charco de sangre, como si aquel fuese su lugar. No luchar significaba negarle para siempre —a él, a todos los jóvenes Jonathan y a los que habían de nacer aún— la belleza de las montañas verdes en lugar de los fríos barrotes grises, la alegría de una excursión a la playa en lugar de un triste viaje al locutorio del penal Soledad; negarle una infancia llena de sonrisas y de bonitos juguetes, con hermanos mayores hermosos, fuertes y libres...

22 Tuvo lugar del 15 al 30 de julio y en él participaron, entre otros, David Cooper, R. D. Laing, John Gerassi, Paul Sweezy, Paul Goodman y Luden Goldmann. Su contenido se publicó posteriormente en forma de libro, del que hay traducción castellana: *La dialéctica de la liberación*, Siglo xxi Editores, México, 1969. *(N. del E.)*

23 De este autor merece leerse *El mito del capitalismo negro* (Editorial Fundamentos, Madrid, 1972), documentado análisis de las maniobras —hasta ahora infructuosas— de la clase dominante norteamericana para sofocar la lucha del pueblo negro mediante su integración «pacífica» en el sistema. *(N. del E.)*

24 Entre otros incidentes de menor importancia, del 11 al 16 de agosto tuvo lugar la revuelta de Watts, gueto de Los Ángeles, en la que participaron más de diez mil negros y perdieron la vida veintiocho de ellos. *(N. del E.)*

25 En castellano en el original. *(N. del E.)*

26 En castellano en el original. *(N. del E.)*

27 *Discursos de Fidel en los aniversarios de los CDR, 1960-1967,* p. 17.

28 El SDS, que no debe confundirse con su homónimo alemán, es un movimiento estudiantil que gozó de amplia audiencia durante la década de los sesenta. De carácter liberal y pacifista al principio, conoció una progresiva radicalización —de la que los Weathermen son un buen exponente—, aunque, debido a la falta de una teoría coherente y a la incapacidad para ofrecer una alternativa válida, fue perdiendo fuerza paulatinamente. Su aparición, que viene a coincidir con el nacimiento de la «Nueva Izquierda», quedó consagrada en junio de 1962 con el manifiesto de Port Huron, Michigan. *(N. del E.)*

29 Dado el confusionismo que suele observarse en la traducción de esta palabra, conviene puntualizar que el *sheriff* norteamericano tiene por misión velar por el orden público, hacer cumplir las leyes, notificar y ejecutar las providencias o resoluciones de los tribunales y, en algunos casos, desempeñar funciones judiciales limitadas. En contraposición al *marshal* —que ejerce sus funciones a nivel federal, es objeto de nombramiento y está adscrito a la jurisdicción de los tribunales federales—, el *sheriff* es un funcionario estatal, elegido por sufragio entre los habitantes de un condado y dependiente del gobernador del estado. *(N. del E.)*

30 Aunque conviene tener en cuenta que su composición, características e incluso denominación varían de un estado a otro, la Youth Authority es, en líneas generales, un organismo estatal encargado de la tutela, custodia, proceso, rehabilitación y —si se trata de personas que han cometido un delito mayor— puesta en libertad bajo palabra de los menores de dieciocho años o de los que, siendo mayores de dieciocho pero menores de veintiuno, han sido diferidos a su jurisdicción por tribunales penales de la jurisdicción ordinaria. Aun cuando a veces se equipara con el Tribunal Tutelar de Menores español, conviene tener presente que en Estados Unidos existen otros tribunales encargados más específicamente de esta función, los llamados *Children's Courts* y *Juvenile Courts. (N. del E.)*

31 Dirigente de una organización conocida como La Causa, de inspiración pacifista e influenciada por Thoreau y Gandhi, que en la década de los sesenta encabezó diversos movimientos huelguísticos, el más conocido de los cuales es el de los recolectores de uva de California, que llegó a afectar a todo el país. *(N. del E.)*

32 La Adult Authority —nombre que se da en California a la Junta de Libertad Provisional de otros estados— es un organismo que se encarga principalmente de la rehabilitación carcelaria y de la puesta en libertad provisional de aquellos reclusos adultos a los que se ha aplicado lo que se llama «sentencia indeterminada». Tiene carácter ejecutivo y consultivo, y se pone en marcha en el caso de reclusos que cumplen condena en instituciones penitenciarias del Estado, pero no de los que la cumplen en las cárceles de un condado, distrito o municipio. *(N. del E.)*

33 Se trata de Gary Lescallett, Gio López, Mario Martínez, Bebe Meléndez y José Ríos, a quienes se acusó de haber asesinado a un policía durante una pelea en el distrito Mission de San Francisco. Más tarde fueron acusados también Tony Martínez y Nelson Rodríguez, que ni siquiera se hallaban en el lugar de los hechos. Aunque en el juicio (junio-noviembre de 1970) se les absolvió del delito de asesinato gracias a la movilización popular, el fiscal logró que fueran procesados de nuevo bajo los cargos de atraco y robo a mano armada. Cinco de ellos se declararon en rebeldía, pero Lescallett y Menéndez fueron detenidos en abril de 1971. *(N. del E.)*

QUINTA PARTE

Muros

«La mano, entre la vela y el muro,
se hace grande sobre el muro [...]
Debe de ser que la mano
quiere hacerse más grande sobre el muro,
quiere hacerse más grande
y más fuerte que el muro...»

Wallace Stevens

22 de diciembre de 1970

Cuando el avión aterrizó en California, después del viaje de extradición de doce horas a través del país, había en el aeropuerto tantos hombres armados esperándonos como hubo antes en el de la Costa Este vigilando mi partida. Los policías parecían perdidos entre los centenares de hombres con el uniforme de las Fuerzas Aéreas de Estados Unidos. Estaban apostados por toda la zona y alineados a ambos lados del camino que tomó la comitiva para atravesar la base a toda velocidad.

El viaje en automóvil duró diez o quince minutos. Después, la comitiva penetró en el Centro Cívico del condado de Marin, que reconocí por haber visto fotografías tomadas tras la revuelta del 7 de agosto. El coche en el que yo iba entró en un garaje, e inmediatamente se cerró con gran estruendo una puerta metálica. Al otro lado de ella se había congregado un gran número de personas que, cuando bajé del coche, gritaron muy fuerte: «¡Libertad para Angela Davis y todos los presos políticos!». Con esposas y todo, hice un gesto de solidaridad levantando los dos puños.

Aunque no había reconocido a ninguno de los manifestantes, su presencia me reconfortó, al igual que los gritos de solidaridad de Nueva York el día de mi detención. Instantes después de que alzase los puños, me empujaron hacia un ascensor que llevaba a la oficina de registro de la cárcel, en un piso superior. Y, por tercera vez desde que había sido detenida, tuve que pasar por el ritual de los formularios, las fotos y las huellas dactilares.

Había una gran diferencia entre la cárcel del condado de Marin y la Cárcel de Mujeres de Nueva York. Cuando vi esta última por primera vez, sentí repugnancia por la gran suciedad que allí había. La cárcel de Marin, en cambio, estaba asépticamente limpia. No se veían ratones corriendo por sus relucientes suelos, y sus paredes recién pintadas estaban exentas de inscripciones. Mientras la Cárcel de Mujeres era sucia, oscura y siniestra, la de Marin resultaba excesivamente iluminada. Yo estaba acostumbrada a la bombilla de sesenta vatios de la celda de Nueva York, y ahora me herían los ojos aquellos brillantes fluorescentes.

Mientras me tomaban los datos, observé una serie de pequeñas pantallas colocadas detrás del escritorio. Era evidente que toda la cárcel estaba bajo la vigilancia de un circuito cerrado de televisión. Me pregunté si habría una cámara en mi celda.

Cuando hubieron terminado las formalidades del ingreso, y después de asegurarme de que me daban un recibo por todos los objetos que había traído de Nueva York, una funcionaria abrió la puerta del corredor: oprimió un botón y la puerta metálica penetró pesadamente en la pared. Aquella perfección mecánica era mucho más siniestra que las arcaicas instalaciones de la Cárcel de Mujeres.

Rodeada por celadoras, recorrí un pasillo flanqueado de puertas metálicas, que no tenían ventanilla, sino una mirilla cuadrada. Al final del corredor torcimos a la derecha y vi dos celdas separadas por una ducha que daba directamente al corredor. Una cámara de televisión, fijada en el techo, enfocaba las celdas.

Una celadora abrió la última de ellas. Al entrar, al principio sentí rabia por verme otra vez sometida a las carceleras racistas, aunque también un cierto alivio por encontrarme al fin sola para reflexionar.

Una vez que se hubieron marchado las celadoras después de cerrar la puerta (aunque probablemente seguían observándome por televisión), examiné el lugar. La celda era más grande que la de la Cárcel de Mujeres: tenía unos veinte metros cuadrados. De la pared salía una plataforma metálica sobre la que había un colchón de unos ocho centímetros de grosor. En la pared opuesta había un lavabo y un inodoro de un color gris claro, el primero encima del segundo; para lavarse la cara o los dientes había que inclinarse encima del inodoro abierto. Tenía también una mesilla de metal unida a un taburete redondo de madera, y un estante de treinta centímetros de ancho en la pared con dos ganchos debajo para colgar ropa. Esto era todo.

Me eché en el delgado colchón y me puse a pensar qué ocurriría al otro lado de los muros. No había podido hablar con Margaret ni con John después de que el Tribunal Supremo hubiera ordenado mi extradición a California. Estaba segura de que ambos vendrían inmediatamente, pero de momento no sabía nada de ellos. Ni de ellos ni de nadie más.

Estaba aún echada en la litera, mirando al techo y tratando de ordenar mis pensamientos, cuando vino una celadora a informarme de que me esperaba un abogado. Esperando ver a Margaret o a John, la seguí hasta el locutorio de los abogados. Al otro lado de la rejilla metálica estaban Terrence Kayo Hallinan, un abogado de la Bahía que había colaborado con el Comité Soledad, y Carolyn Craven, a quien conocía de Los Ángeles cuando trabajaba como reportera de una cadena local de televisión escolar. Carolyn había podido entrar a verme como auxiliar legal de Kayo. Más adelante, cuando las autoridades de la cárcel se enteraron de que era periodista además de abogada, anunciaron que solo permitirían la entrada en el establecimiento de abogados «en ejercicio». Ello significaba que, hasta que Margaret o John llegasen de Nueva York, se me tendría completamente incomunicada.

Sin nada en que ocuparme, aparte de los pensamientos que bullían en mi mente, pensé en los hermanos de San Quintín. Sabía que, no lejos de donde yo estaba, se erguía aquella fortaleza medieval rodeada de agua en la que tenían prisionero a George. ¿Sabría él que yo me hallaba ahora en California? Quizá recibiera pronto un mensaje suyo y de los hermanos que estaban con él en el Centro de Rehabilitación, la peor de todas las secciones del penal. Pensando en ellos, en nuestra suerte común, pude superar aquella triste e inquietante soledad.

Aquella noche no dormí, y tampoco intenté siquiera dejar de interrogarme acerca de mi futuro, del de George, John, Fleeta, Ruchell... Estaba segura de que nos esperaba a todos la cámara de gas. En un momento dado, como un presagio destinado a confirmar mis más negros temores, rompieron aquel silencio los gritos de una mujer. Mi corazón se puso a latir como un pájaro asustado en una jaula. Entre los escalofriantes gritos, me pareció que la mujer suplicaba: «¡Sacadme de aquí! ¡Sacadme de aquí!». Al no conocer el lugar, aquellos gritos me resultaban aún más desconcertantes y terroríficos. Aparte de mi celda, la contigua y el locutorio del vestíbulo, no tenía idea de dónde estaba nada. Los gritos continuaron. Sonaban muy cerca de mí, y me sentía del todo impotente. La oscuridad me aplastaba como la tapa de un ataúd, cerrando mi primer día en la cárcel del condado de Marin.

A la mañana siguiente, a primera hora, vinieron a verme Margaret y John. Poco después, se me condujo a través del laberinto de corredores subterráneos por los que los presos eran sacados de sus celdas para comparecer ante los tribunales. Mi inculpación por asesinato, secuestro y conspiración estaba prevista para aquella mañana. Margaret y John solicitaron su aplazamiento, alegando que el equipo de abogados defensores estaba aún en proceso de formación. Después de que el juez del condado de Marin accediese a su solicitud, anunció oficialmente que él, al igual que los demás jueces del condado, se consideraba inhabilitado para aquel caso a consecuencia de su relación con el juez Haley, lo cual le impediría probablemente presidirlo con imparcialidad. Después emitió un mandato por el que se me prohibía a mí, a mis abogados y a cualquier persona relacionada directa o indirectamente con el caso hacer declaraciones públicas acerca de las pruebas que pudiesen aparecer en el curso del proceso.

En aquella sala todo era moderno e impecable. La iluminación, mucho más brillante que la luz del día, hacía resaltar la novedad de todo. En aquella pulcra y hermosa sala, pensé, hombres y mujeres eran enviados a sucias celdas, algunos a la cámara de gas de la cercana cárcel de San Quintín. Como sabía por haberlo leído en los periódicos, las salas del tribunal —así como la totalidad del Centro Cívico de Marin— habían sido diseñadas por Frank Lloyd Wright. Para aquellas salas había empleado un motivo de círculos. En la sala donde tuvo lugar mi primera comparecencia, el techo mostraba un gran panel circular con luces alrededor. Las instalaciones de la sala estaban colocadas para armonizar con el círculo del techo: el estrado del juez, los asientos del jurado y las mesas del fiscal y de la defensa estaban también dispuestos en círculo.

Más adelante descubrí que, al proyectar aquellas salas, Wright tenía una idea concreta. Quería expresar el carácter de la justicia en Estados Unidos; creía que los participantes en un juicio no debían ser vistos como enemigos unos de otros, sino que, por el contrario, el juez, el jurado, el fiscal y el defensor se daban las manos formando un círculo en una búsqueda conjunta de la justicia.

Cuando me enteré de aquella idea de las manos unidas, pensé en el juego del corro al que jugábamos de niños y en cómo el juego mismo iba dejando

«fuera» a algunos niños. Yo no tenía absolutamente nada en común con los hombres que se sentaban en torno a aquel círculo. Mis camaradas, mis amigos y yo veíamos a aquellos hombres como manipuladores de un juego judicial amañado contra mí. Por lo tanto, debíamos seguir fortaleciendo el movimiento popular, que era nuestra única esperanza de vencerlos. Y en efecto, dos días después, el Comité Nacional Unido para la Liberación de Angela Davis (NUCFAD), dirigido por mi hermana Fania y por mi camarada Franklin, organizó un acto frente al Centro Cívico la noche de Navidad. Los muros de mi celda sin ventanas eran demasiado gruesos para que me llegasen sus voces, pero sabía que estaban allí y su presencia me inspiraba fuerza y alegría.

Ahora que estaba en el condado de Marin, debía estar preparada para enfrentarme con mis acusadores en su terreno. Había que formar un equipo de defensores. John pensaba volver al este cuando estuviese resuelta la cuestión de los abogados, y Margaret se quedaría. Yo habría de tener confianza absoluta en mis abogados, pues, en sentido literal, iba a confiarles mi vida. Margaret y yo habíamos establecido ya aquella profunda confianza, pues nos queríamos como hermanas.

Por mi parte, deseaba que los demás defensores cumplieran una serie de condiciones. Naturalmente, quería abogados que fuesen compatibles conmigo y entre sí, pues habríamos de pasar muchos meses trabajando juntos. Pero había una condición que estaba por encima de las demás. Mis abogados habían de estar de acuerdo en que mi caso era un caso político. Tenían que entender muy bien que el juicio sería político en todos sus aspectos. Más aún, la batalla judicial debería estar en estrecha relación con la lucha de un movimiento de masas. Tenían que comprender desde el principio que lo que ocurriese en la sala estaría unido y coordinado con la campaña que se desarrollara en la calle.

Hayward Burns, presidente de la Asamblea Nacional de Abogados Negros, me había puesto en contacto con Howard Moore. El día en que salí de Nueva York hablé con él; había venido en avión desde Atlanta a petición mía. Durante nuestra primera conversación en la cárcel de Nueva York quedó claro que, por su práctica en los difíciles casos de derechos civiles en el sur, él veía su función de abogado como parte de un esfuerzo más amplio por defender a los oprimidos que luchaban por su libertad. Cuando Howard

me hablaba de la lucha, lo hacía con un entusiasmo que me convenció de que lo más importante de su vida era la liberación de los negros. Entendió inmediatamente por qué yo consideraba tan importante mi participación directa en la defensa. Las pruebas que se iban a utilizar contra mí eran pruebas políticas: mis alocuciones en asambleas, mi actividad dirigente en el movimiento de masas por el caso Soledad, mi afiliación al Partido Comunista. Se trataba de mi actuación política, y a mí me correspondía defenderla. Howard había estado de acuerdo en que una de las primeras cosas que habíamos de solicitar era mi propia participación en la defensa.

Además de su firme compromiso político y de su valía como abogado, Howard era un hombre bondadoso, que me agradaba personalmente. Tomé la decisión. Margaret telefoneó al bufete de Howard para preguntarle si estaría dispuesto a aceptar la principal responsabilidad del caso. Él accedió inmediatamente, y Franklin salió para Atlanta a fin de hablar con detalle del asunto. Habíamos superado la primera dificultad. Me sentí enormemente aliviada.

Aunque Howard estaba de acuerdo en cargar sobre sus espaldas el mayor peso del juicio, los compromisos que había adquirido anteriormente en Atlanta le impedían venir a California antes del mes de abril. Durante los tres meses que faltaban, necesitábamos abogados que se ocupasen de las peticiones previas al juicio. Y, para el equipo que iba a encargarse del caso, necesitábamos a uno o dos abogados que estuvieran inscritos oficialmente en la jurisdicción de California.

Pedimos a tres abogados que se uniesen a los defensores a fin de presentar y defender las peticiones previas al juicio: Al Brotsky, que trabajaba con Charles Garry, cuyo bufete fue puesto a disposición de los demás abogados; Michael Tigar, al que yo conocía de cuando era profesor en la Facultad de Derecho de la Universidad de Los Ángeles; y Dennis Roberts, amigo y colega de Michael. Más adelante se incorporó al grupo Sheldon Otis, un conocido abogado de Detroit.

La organización material de la cárcel parecía estar destinada a utilizar, para cualquier actividad, la menor cantidad de espacio posible. El minúsculo locutorio de los abogados de la sección de mujeres podía albergar, incómodamente, a uno de ellos; y si eran dos y no demasiado corpulentos, cabían muy apretados, uno sentado y el otro de pie detrás de la

silla. El espacio destinado a la reclusa, al otro lado de la rejilla de metal, era también muy pequeño. Cada vez que tenía que usar aquel locutorio, me llevaba algún tiempo vencer la claustrofobia que había adquirido en la cárcel.

Al principio me sentía muy desconcertada por la jerga jurídica con la que los abogados discutían el caso. Encerrada en el pequeño locutorio, aquellos términos misteriosos me daban vueltas en la cabeza. «Una de las primeras peticiones ha de ser la novecientos noventa y cinco», decía alguien. ¿Qué tendría que ver aquella «novecientos noventa y cinco» con mi vida y con el intento de salvarla de la cámara de gas? No tenía la menor idea.

La falta de espacio para las entrevistas con mis abogados originó la primera escaramuza con la dirección de la cárcel. La cuestión era tan clara como la legitimidad de nuestra queja. No darnos la posibilidad de reunirnos en grupo equivalía a negarme un derecho constitucional básico: el derecho a elegir libremente asesoramiento legal. Pero la dirección de la cárcel había dejado bien claro que no sentía la obligación de respetar mis derechos, y que no iba a ceder ni un milímetro si no luchábamos duramente por ello.

Las cárceles son organizaciones irracionales, en el sentido de que sus mandamases no piensan; no resuelven ningún problema ni afrontan racionalmente ninguna situación que se aparte en lo más mínimo de la norma establecida. El vacío que crea todo ello se llena con una serie de reglas y con el temor a establecer precedentes (es decir, reglas que ellos no han digerido aún). Antes de iniciar siquiera la batalla decisiva por mi vida, antes de empezar, por así decirlo, a forjar nuestras armas para vencer al monstruo, tuvimos que emplear gran cantidad de energía luchando por minucias. Debido a las reglas gracias a las cuales sobreviven las cárceles, lo único que hace vibrar a sus administradores es la proximidad del dolor y de la muerte. Los más rápidos en matar eran siempre los que más se indignaban por la infracción del reglamento.

Cuando accedieron a proporcionarnos un sitio decente para hablar con mis abogados, prepararon una reunión bajo máxima vigilancia en el despacho de los oficiales de policía. Fue el capitán quien vino a buscarme, acompañado de guardias uniformados y armados. Otros guardias de expresión adusta estaban apostados a lo largo del camino. Me pareció que habían movilizado a la mitad de sus fuerzas de policía. ¿Quién podía creer

que me considerasen realmente tan peligrosa? Era mucho más probable que aquel despliegue de fuerzas tuviese por objeto hacer creer que lo era. Formaba parte de la conspiración para declararme culpable incluso antes del juicio. Cuanto más nos acercábamos al despacho de la policía, en el que había puertas y ventanas que daban al exterior, mayor era el número de guardias y menor la distancia entre ellos. Antes de entrar en el despacho, hube de pasar por un estrecho pasillo formado por dos hileras de policías situados hombro con hombro. ¿Pensaban que iba a fugarme? Era como si estuviese otra vez en la base aérea McGuire. Pero después pensé que seguramente aquellos hombres resultaban más peligrosos aún que los de la base de Nueva Jersey: eran los mismos que habían sido desarmados e inmovilizados por Jonathan, por un muchacho de diecisiete años. Sin duda estaban pensando en la revuelta del 7 de agosto, y su conducta venía determinada por una combinación de vergüenza y confusión y por un obsesivo deseo de venganza.

5 de enero de 1971

Alguien apretó un botón y se abrió la puerta metálica que cerraba la sección de mujeres. Me llevaban ante el tribunal donde el Estado de California me acusaría oficialmente de asesinato, secuestro y conspiración. Después del largo recorrido por los corredores subterráneos de los presos, se me hizo entrar en una celda próxima a la sala del tribunal. Momentos después, el capitán Teague, jefe del destacamento, se sacó las llaves del cinto, abrió la puerta con un gesto imperioso y dijo: «Pase, señorita Davis».

Cuando entré en la sala, sonaron unos atronadores aplausos y me cegaron momentáneamente los flases y las potentes luces. Mirando hacia donde estaba el público y tratando de ver alguna cara conocida, levanté el puño para agradecer aquella acogida.

Unos días después, al ver una fotografía de aquel momento, me chocó la clara incongruencia de la escena. Allí estaba yo, con una radiante sonrisa y con el brazo libre en alto. A mi derecha, a poca distancia, estaba sentado a una mesa Ruchell Magee, a quien yo no había visto aún. Ruchell iba atado con un montón de cadenas y hacía una mueca, como si intentase ponerse un

poco más cómodo a pesar de ellas. Si le hubiese visto antes, mi primer gesto habría sido tenderle la mano para afirmar el lazo que nos unía, y después me habría vuelto para expresar mi gratitud a mis amigos del público. Ruchell y yo habríamos debido agradecer juntos su presencia. Hasta que me senté de cara a la puerta por la que acababa de entrar, no vi al hombre negro encadenado que era mi coacusado. Al verle, sonreí tan cálidamente como pude, tratando de expresarle mi afecto y decirle que estábamos juntos. Ruchell me devolvió la sonrisa.

Todos los protagonistas del juicio estaban mal colocados. Ruchell y yo estábamos muy lejos el uno del otro. El juez y el fiscal se hallaban más cerca de mí que Ruchell, que estaba al otro lado de la sala. Aquella «justicia en círculo» parecía querer romper la alianza natural entre mi hermano y yo. Me enfurecí. Yo estaba allí, a un lado del círculo, con cinco buenos abogados del movimiento, mientras que Ruchell se hallaba con el defensor que le habían asignado, el abogado de oficio Leonard Bjorkland.

Al día siguiente, al leer el *Chronicle* de San Francisco, detecté el inicio de una campaña con la que se quería contraponer mi figura a la de Ruchell. El artículo sobre la acusación comenzaba así: «Angela Davis, acusada de asesinato y secuestro, entró, muy serena, en una sala del tribunal del condado de Marin, alzó el puño y le dijo después al juez: "Soy inocente de todos los cargos que se me imputan"». Unos quince párrafos después, el artículo decía: «Se produjo un leve sobresalto entre el público cuando fue conducido a la sala circular Ruchell Magee, un recluso de San Quintín acusado de conspiración junto con la señorita Davis».

Esto ocurría el 6 de enero. El 18, aquel mismo periodista escribía un artículo que empezaba así: «Llaman a Ruchell Magee "el otro acusado" del proceso de Angela Davis [...] Su figura se ve oscurecida por la de la famosa heroína de los revolucionarios negros». Y seguía diciendo: «Si Magee es un revolucionario, le ha llevado a ello el ambiente de la cárcel y no un proceso intelectual».

Así era como la prensa pretendía separarnos a Ruchell y a mí ante la opinión pública tanto como le fuera posible. Hasta en el esbozo biográfico de Ruchell se me tomaba como punto de comparación: «La vida carcelaria de Magee empezó cuando tenía dieciséis años. A la misma edad, aproximadamente, la señorita Davis, hija de una familia de la clase media,

conseguía una beca de la Universidad Brandeis. [...] Durante los años en que la señorita Davis cursaba unos estudios universitarios que la llevaron a Europa y después a la Universidad de California en San Diego, donde preparaba el doctorado de Filosofía bajo la dirección de Herbert Marcuse, Magee estudiaba libros de leyes en su celda».

Parecía que la intención del artículo era destruir todo asomo de solidaridad entre nosotros, volver contra Ruchell a quienes me apoyaban a mí y viceversa. Querían la desunión y la división entre nosotros, pues, divididos, ambos seríamos vulnerables. La unidad era lo único que nos llevaría con seguridad a la victoria.

Dejando aparte los detalles superficiales de nuestras vidas, no era difícil ver lo que tenían en común. En el fondo, todo se reducía al hecho de que éramos negros y de que, cada uno a su manera, habíamos decidido luchar contra las fuerzas que asfixiaban a nuestro pueblo.

Yo siempre había considerado casual el hecho de estar entre los que habían escapado a lo peor. Con un pequeño giro de la suerte, me habría encontrado sumida en la pobreza, la enfermedad y la ignorancia. Por esto nunca me sentí con derecho a considerarme diferente en nada de mis hermanos y hermanas que padecían *todos* los sufrimientos, por *todos* nosotros. Y cuando me enteré, más adelante, de qué modo había vivido Ruchell sus treinta y dos años, vi claramente que él se contaba entre ellos.

A los trece años, en su Luisiana natal, Ruchell había sido declarado culpable de «intento de violación» de una chica blanca y recluido en la penitenciaría estatal de Angola.

Se hizo mayor tras aquellos muros, donde el simple hecho de sobrevivir un día más exigía una lucha constante. Ocho años después, se le permitió dejar la cárcel a condición de que su madre accediese a llevárselo a otro estado. Se trasladaron a California. Ruchell estuvo en libertad poco más de un año. La policía de Los Ángeles le detuvo por una pelea sin importancia con otro hermano. Debido a sus antecedentes, no se molestaron en aparentar siquiera que le juzgaban con imparcialidad. El sistema estaba contra él, hasta el extremo de que su defensor de oficio solicitó, contra su voluntad, que se le declarase «inocente en virtud de su enajenación mental». Fue condenado a cadena perpetua tras haber sido declarado culpable de

secuestro, cuando no había hecho más que llevar al hermano en cuestión unos centenares de metros en un coche.

Ruchell era uno de nosotros, no solo porque había sido convertido en chivo expiatorio del racismo, sino también por su resistencia, por su negativa a darse por vencido. Las escuelas de Luisiana no le habían enseñado a leer y escribir. Había vencido su analfabetismo entre los muros de California, utilizando la Constitución de Estados Unidos como texto de lectura. Estudió libros de leyes y adquirió conocimientos de derecho suficientes para escribir una serie de alegatos acerca de su caso, que luego hacía llegar a los tribunales. Sin otra ayuda que su firme determinación, se convirtió en un abogado tan eficiente que un tribunal de apelación dejó en suspenso su condena.

Pero la segunda vez su juicio terminó también con una declaración de culpabilidad, pues se le negó el derecho a defenderse a sí mismo. De nuevo fue traicionado por un abogado de oficio. Ante aquella segunda condena tampoco se dio por vencido. Continuó presentando alegatos ante los tribunales, y no solo en favor de sí mismo, sino también de otros hermanos. Al mismo tiempo, iba escribiendo a todas las personas del exterior que creía que podían ayudarle, denunciando la injusticia cometida con él.

Irónicamente, yo también había recibido una de aquellas cartas, pero no me enteré de ello hasta que fue presentada ante el juez, pues había sido robada de mi piso por el FBI. Era una de los centenares de cartas que yo recibía cada semana a raíz de mi conflicto en la universidad. Como no tenía a nadie que me ayudase con la correspondencia, la carta de Ruchell quedó enterrada entre las demás, sin responder. Si lo hubiese sabido entonces...

Evidentemente, la sección de mujeres de la cárcel del condado de Marin estaba organizada partiendo del supuesto de que en el condado se efectuarían pocas detenciones de mujeres. Marin es uno de los condados más ricos del país. El pequeño porcentaje de negros, chicanos y pobres estaba en relación directa con las necesidades que las autoridades creían tener en cuanto a reclusas femeninas. Contando la enfermería, las celdas de incomunicación y el pabellón para adolescentes, en la sección de mujeres solo había diecisiete plazas.

Se habría podido pensar que, al ser pequeña, aquella cárcel determinaría una conducta menos impersonal y violenta por parte de las celadoras. Y, en

efecto, mi primera impresión de aquellas mujeres fue la de que eran aficionadas que trataban de actuar como creían que debía hacerlo una verdadera profesional. Pero, precisamente porque se esforzaban en ser buenas carceleras, optaban por las actitudes extremas.

Poco después de llegar tuve un problema con una de ellas, el primero de una serie interminable. Fue un domingo del mes de enero. Había pasado parte de la mañana leyendo las secciones menos aburridas del *Examiner* de San Francisco. A última hora se me llamó para una visita. Apenas habíamos pasado de las presentaciones cuando irrumpió en el locutorio una celadora furiosa.

—¿Dónde está la hoja de afeitar? ¡Démela ahora mismo o verá usted lo que le pasa!

Yo no sabía de qué me hablaba. No había visto una hoja de afeitar desde antes de mi detención. No dije nada.

Ella continuó sus misteriosas exigencias: —¡Si no me la da inmediatamente, no la dejaré hacer esta visita!

La miré a los ojos unos segundos y le pregunté de qué estaba hablando.

—¿Dónde está la hoja de afeitar de su periódico? —preguntó, muy excitada.

—¿Qué hoja de afeitar? ¿Qué periódico? —repuse.

Por fin deduje de su incoherente explicación que el periódico de aquel día traía un anuncio de una marca de hojas de afeitar e incluía una como muestra.

—No leo los anuncios —proseguí—. Si había una hoja de afeitar en el periódico, debe de estar aún allí

Le dije que, si se calmaba un poco, podía llevarse la dichosa hoja de afeitar. Eché a andar por el corredor hacia mi celda. El voluminoso periódico del domingo estaba en la litera. Como no estaba dispuesta a ayudarla en su registro, le dije que buscase ella misma la hoja de afeitar. Aún muy excitada, hojeó violentamente el periódico hasta encontrar el anuncio. Cuando lo examinó y, con expresión malévola, me hizo ver que la hoja no estaba allí, estuve segura de que alguien me había hecho una mala jugada.

—Está claro que la ha escondido alguien —dije—. Pero este es un problema de usted, no mío. Yo no tengo la menor idea de lo que ha pasado.

Como era de esperar, se puso a vomitar amenazas: —No tendrá ninguna visita más hasta que me dé la hoja de afeitar. No irá más al economato. Y si se cree que podrá llamar a los abogados antes de entregarme la hoja de afeitar, está muy equivocada.

Me contuve para no estallar. Tenía que demostrarles que no conseguirían provocarme con una pequeñez como aquella —Ya he dicho todo lo que tenía que decir —respondí—. Es evidente que no podría tener una discusión racional con usted, aunque lo desease. Una última cosa: conozco mis derechos y sé muy bien que usted no puede impedirme que vea a mis abogados. Inténtelo y tendrá serios problemas.

Me volví bruscamente y me senté en la cama. —Ya puede marcharse —le dije. Aún acalorada, la celadora salió muy deprisa, casi olvidándose de cerrar la puerta.

Sola en la celda, pensé en el asunto. Si se empeñaban, podían tenerme incomunicada indefinidamente. Pero me repetía a mí misma que, si de verdad intentaban impedir que hablase con mis abogados, estos encontrarían algún modo de comunicarse conmigo.

A última hora de la tarde, poco antes de terminar su turno, la misma celadora vino a mi celda con una expresión confusa. —Tengo que pedirle perdón, señorita Davis —dijo, vacilando—. Una funcionaria de la oficina de registro quitó las hojas de afeitar de los periódicos antes de que los subiesen.

Pensé que no iban a librarse tan fácilmente de mí.

Al día siguiente, fui a su despacho para hacer la llamada telefónica a la que las reclusas tenían derecho todos los días. En voz alta y desdeñosa, le expliqué a Brotsky todos los detalles del incidente de la hoja de afeitar. Quería que las celadoras supiesen que estaba dispuesta a responder cada vez que se me atacase.

Las protestas de los abogados, dirigidas a varios niveles de la jerarquía carcelaria, las pusieron a la defensiva. El Comité Nacional Unido para la Liberación de Angela Davis había intervenido también. Noté que empezaban a temer a aquel movimiento de masas que se desarrollaba

rápidamente. Sabían que cualquier ataque injustificado contra mí sería denunciado.

Al poco tiempo de ingresar en aquella cárcel, observé los prejuicios raciales de las funcionarias. Un día, la misma celadora que había protagonizado el incidente de la hoja de afeitar abrió mi celda y me ordenó con brusquedad que la acompañase. Iba completamente uniformada y llevaba un bolso al hombro, por lo que deduje que se disponía a salir de la cárcel.

—No iré a ninguna parte hasta que sepa de qué se trata —dije.

—Usted acompáñeme —respondió ella.

Cuando me negué, se dignó explicarme que había una alarma en el edificio. No satisfecha aún, le pedí que se explicase más, y por fin me dijo que se había recibido una amenaza de bomba y que se estaba evacuando todo el edificio. Las reclusas iban a ser conducidas a un refugio subterráneo.

Estaba acostumbrada a que me esposasen con las manos a la espalda; se había convertido en parte de la rutina. Cuando sacaron a las otras tres reclusas al corredor (y este fue el único contacto directo que tuve con ellas durante varios meses), la forma en que estábamos esposadas reveló el flagrante racismo de las funcionarias de la cárcel. Había una mujer negra y otra chicana que estaban esposadas juntas, la muñeca derecha de una con la izquierda de otra. La cuarta reclusa era una mujer blanca, y las celadoras no habían hecho nada para limitar sus movimientos. Allí estábamos las cuatro: yo con las manos esposadas a la espalda, la otra mujer negra esposada con la chicana, y la blanca con las manos libres.

Las autoridades de la cárcel del condado de Marin estaban decididas a mantenerme en aislamiento total, de modo que empezamos a presionar al juez en ese sentido. El pretexto que se nos dio fue el mismo que en Nueva York: no era que yo fuese tan peligrosa, sino que querían protegerme. Según decían, temían que algún fanático anticomunista o alguien que estuviera excesivamente afectado por la muerte del juez Haley intentase hacerme algún daño. Afirmaban que en el condado de Marin era muy fácil ser detenido; alguien podía cometer un pequeño delito para ser encarcelado y llegar hasta mí. Y ellos debían tener esto en cuenta.

El juez se negó, pues, a ordenar que me permitieran estar con las demás reclusas; quería una petición nuestra detallada y documentada en la que se especificasen con precisión las condiciones de mi encarcelamiento y se expusiese en términos legales las razones por las que creíamos que no debía mantenérseme aislada. Aquella era una típica forma de invertir el proceso de la justicia: cada vez que ellos violaban mis derechos, se nos exigía a nosotros que demostrásemos por qué no debían ser violados.

Era indudable que el juez sabía lo que estaba haciendo, porque finalmente se avino a una solución de compromiso. No permitió que «me mezclase» con las demás mujeres, pero ordenó a la administración de la cárcel que me proporcionasen un lugar permanente para entrevistarme con mis abogados, algo que habíamos solicitado en la misma petición.

Aquel lugar fue establecido «dentro de la zona de seguridad», es decir, tras una serie de pesadas puertas metálicas accionadas eléctricamente y dentro del alcance del circuito cerrado de televisión. En una de aquellas salas, tras una puerta metálica con una mirilla, estaba lo que llamaban la celda juvenil, situada junto al despacho de las funcionarias, desde el cual podían espiarme por una ventanilla, abriendo una especie de postigo de metal. Aquella celda era un poco mayor que la mía. Las paredes estaban pintadas del mismo gris descolorido, y el suelo de cemento tenía el color pardusco de rigor. La celda tenía unas literas, es decir, unas planchas de metal que salían de la pared, con un colchón delgado como el mío. Había algunas diferencias superficiales entre aquella celda y la mía; por ejemplo, el inodoro no estaba debajo del lavabo y había una ducha. Pero la única diferencia que me importaba era el tragaluz del techo. Para entonces, estaba tan deseosa de un poco de luz natural que me alegré al ver que, en los ratos que pasara allí, podría saber si era de día o de noche. El tragaluz era traslúcido, más que transparente; no veía el cielo, pero oía pasar los aviones y, en los días lluviosos, el sonido de la lluvia rompía la monotonía de mi entorno. En mis sueños, ascendía por aquel tragaluz hacia la libertad.

Al principio, me llevaban a aquella celda solo cuando venían a verme los abogados, y después se me acompañaba otra vez hacia la mía. Pero más adelante logramos convencer al juez de que, si no tenía intención de atenuar en fecha próxima mi situación de aislamiento, debía tener acceso a aquella celda de trabajo aun cuando no estuviesen presentes los abogados.

Recalcando el hecho de que yo iba a presentar una solicitud para intervenir en mi propia defensa, alegamos que la administración de la cárcel estaba obligada a facilitarme el acceso a los textos legales necesarios, así como un lugar para estudiarlos. El juez accedió entonces a que usase la sala de reunión —la celda juvenil— como lugar de trabajo, entre las ocho de la mañana y las diez de la noche.

Habíamos ganado una pequeña escaramuza, y ello fue la señal para que las funcionarias de la cárcel tomaran represalias. Como sabían que no podían infringir la orden del juez de permitirme el acceso a la celda de trabajo, sacaron a relucir todas las normas fastidiosas e insignificantes que pudieron recordar sus estrechas mentalidades. Lo primero que hicieron fue declarar que, según el reglamento, no podía comer en la celda de trabajo. Solo después de que hubiese terminado de desayunar en la celda donde dormía tenía derecho a recorrer los pocos metros que me separaban de la otra. A la hora del almuerzo, venían a buscarme a la celda de trabajo y me llevaban a la primera. Después del almuerzo, hacíamos otra vez el traslado, y a la hora de cenar, lo mismo. Aquella rutina solo se rompía cuando estaba con los abogados en la celda de trabajo, en cuyo caso podía comer allí.

Se llevó hasta el absurdo el hecho de que aquella celda fuese el lugar donde yo trabajaba en mi defensa. Si era un lugar de trabajo, no podía comer allí, ni tampoco hacer mis ejercicios diarios. Pero no pudieron impedirme que siguiera con mi acostumbrada gimnasia, ejercicios y movimientos de cabeza cada vez que me apetecía. A menudo lo hacía precisamente cuando sabía que me estaban observando por la mirilla.

El trabajo que logré hacer en la cárcel me exigió superar en mucho mi habitual capacidad de concentración. En aquella soledad casi continua, el concentrarme al máximo en el trabajo me era necesario para sobrevivir, para no perder la razón. Las autoridades de la cárcel lo sabían y estaban dispuestas a recurrir a las mayores mezquindades para entorpecer mi actividad con pequeños obstáculos. La celadora jefa era especialmente eficaz en este empeño.

No puedo decir que no me afectase nada de lo que hacían. Había cosas que me exasperaban y otras que llegaban a enfurecerme. A menudo llegaba la hora del almuerzo o de la cena cuando me hallaba enfrascada en el trabajo, leyendo o redactando un texto o una carta, o simplemente

escribiendo algo para mí misma. Entonces, venía una celadora que abría la puerta y me hacía volver a la otra celda. Durante aquella solitaria pausa —nunca me llevaba más de diez minutos terminar la insípida comida o decidir que no me apetecía tomarla—, seguía pensando en lo que estaba haciendo. Naturalmente, tan pronto como acababa de comer estaba ansiosa por volver al trabajo. Pero pasaba media hora, y a veces tres cuartos de hora y una hora, antes de que viniese la celadora a buscarme. En esas ocasiones, era incapaz de contener mi irritación y me ponía a gritar tan fuerte como podía para que viniesen. Inevitablemente, cuanto más gritaba, más tardaban ellas en venir. A veces justificaban el retraso diciendo, por ejemplo, que había en el corredor una nueva reclusa a la que estaban tomando la filiación. Por entonces, no estaba permitido que otra reclusa me viese siquiera. Otras veces me decían irónicamente que sentían mucho no poder comer tan de prisa como yo, y que no iban a interrumpir por mí su tranquila comida. Aquella situación se hizo tan insoportable que decidí prescindir de las comidas cuando estas representaban una interrupción de mi trabajo.

Durante meses, aquella celda de trabajo fue el centro de una lucha sin cuartel entre la celadora jefa y yo. Por ejemplo, observó, espiándome por la mirilla, que yo me echaba a veces en la litera inferior de la celda de trabajo para leer. Al poco tiempo, hizo sacar los colchones de allí. Entonces, para demostrarle que no había logrado perturbar mis costumbres, me echaba en la plancha de metal; de todos modos, los delgados colchones no habían servido de gran cosa. Tanto aquella celadora como algunas otras se sintieron especialmente disgustadas cuando David Poindexter fue absuelto de la acusación federal de ocultar a una fugitiva. (No pudieron demostrar que supiese que el FBI y la Policía de California me estaban buscando).

A veces me decía si no estaría permitiendo que me preocupasen demasiado aquellos estúpidos incidentes. Sabiendo lo fácil que es perder la perspectiva cuando uno está encarcelado, sobre todo si no se tiene contacto con otras personas en la misma situación, me preguntaba si no estaría reaccionando ante aquellos incidentes triviales como si fuesen cuestiones de supervivencia. Temía preocuparme obsesivamente por aquellas pequeñeces; si lo hacía, aquella misma preocupación podría ser un medio que utilizaran mis carceleras para controlarme. Por ejemplo, había un ritual que acompañaba a la toma de cualquier pastilla y que parecía ser especialmente

importante para una determinada celadora, la cual era tan odiosa como estúpida. Estaba convencida de que, cada vez que me daba una aspirina para el dolor de cabeza o un pequeño calambre, yo debía obedecer su orden de levantar la lengua para que ella viese si me la había tragado o si la estaba escondiendo. Esta misma celadora fue la que una vez intentó prohibir a Margaret que me proporcionara libros. Un sábado por la mañana, Margaret me había traído unos libros encuadernados y una antología de escritos sobre el fascismo en edición de bolsillo. La celadora creía que todos los libros de bolsillo eran novelas; permitió a Margaret que me trajese los encuadernados, pero no la «novela», como denominó al libro sobre el fascismo. Según aquella estúpida mujer, no se me permitía tener «novelas», es decir, obras de ficción, en mi celda de trabajo y *La naturaleza del fascismo* era una «novela».

El médico de la cárcel diagnosticó erróneamente una erupción que me había salido, y trató con antihistamínicos lo que él creyó que era una alergia. La erupción se extendió por todo mi cuerpo. Aquello fue el pretexto que necesitábamos para solicitar que me visitase un médico del exterior. Bert Small, un joven doctor, miembro del movimiento, que dirigía la Clínica Libre de los Panteras, reconoció inmediatamente la erupción como resultado de un hongo de la cárcel, y dijo que se había extendido tanto que iba a ser difícil de curar. Bert empezó a venir por lo menos una vez a la semana a reconocerme. Durante sus visitas, una celadora siempre se quedaba fuera de la celda, observándonos. Un día descubrimos que otra celadora se escondía, con una libreta en la mano, en la ducha contigua, lógicamente para tomar nota, punto por punto, de todo cuanto decíamos.

A las pocas semanas, se le dijo a Bert que no me abrazase (siempre me saludaba con un fuerte abrazo). Poco después, le comunicaron que estaba prohibida toda conversación que no fuese de tema médico. Pero como las celadoras no eran muy listas, creamos sin mucho esfuerzo un lenguaje en clave mediante el que podíamos hablar de cualquier cosa sin que nos entendiesen.

De todas las celadoras, había solo una que se tomaba la molestia de ser amable. Hablaba con suavidad; era joven y tímida y, evidentemente, inexperta en aquel trabajo. Me imagino que era una de las mujeres a las que se recurría cada vez que utilizaban mi presencia en la cárcel como excusa

para aumentar el número del personal de vigilancia. Una noche, cuando aquella celadora estaba de guardia sola, una hermana de la sección ordinaria gritó, poco antes de que se apagasen las luces: «¡Buenas noches, Angela!». Tan fuerte como pude, grité a mi vez: «¡Buenas noches!». (La sección ordinaria estaba a unos sesenta metros de distancia de la esquina del corredor).

Durante varios meses, la celadora siguió sin decir nada mientras yo conversaba y hacía amistad con reclusas a las que nunca había visto y a las que probablemente no vería. El día que Ericka Huggins y Bobby Seale fueron absueltos de las acusaciones de asesinato, en New Haven, lo celebramos. Y un día, aquella celadora me entregó dos barras de caramelo que me regalaban las hermanas del pabellón principal. Al abrir los pequeños paquetes, descubrí, ocultas bajo los envoltorios, unas largas cartas a las que llamábamos «cometas»...

Los jueves y los domingos eran días de visita para las reclusas de la cárcel del condado de Marin. Durante los primeros seis meses, yo solo podía recibir a mis visitantes cuando todas las demás mujeres habían terminado, pues no estaba permitido ningún contacto entre nosotras. Cualquier persona podía entrar a verme con tal de que se identificase. El Comité Nacional Unido para la Liberación de Angela Davis me enviaba muchas veces a gente a la que no conocía. A menudo aquellas visitas eran tensas, y el cristal y los teléfonos que me separaban del visitante dificultaban la presentación. Y, por regla general, cuando estaba en marcha la conversación llegaba el final de la visita.

Después de que le presentásemos voluminosas y bien documentadas peticiones, el juez ordenó por fin que los investigadores legales designados por nosotros fuesen admitidos en la cárcel a determinadas horas del día. Yo podía entrevistarme con ellos en el locutorio de los abogados si venían solos y, cuando estaba presente uno de aquellos, nos dejaban reunirnos en la celda de trabajo. Fueron investigadores legales míos, en varios momentos de aquel año, Franklin y Kendra, Charlene, Cassandra Davis y Bettina Aptheker.

Yo había conocido a Bettina en Nueva York, en los años en que ambas íbamos al instituto; era una de las personas que me habían presentado Claudia y Margaret Burnham. En aquella época, Bettina formaba parte de la

dirección de Avance, la organización juvenil en la que yo ingresé y que tenía lazos fraternales con el Partido Comunista. En los años siguientes, el recuerdo más vivo que yo conservaba de Bettina era la descripción que hizo de su viaje a la Unión Soviética. Me impresionó grandemente la igualdad que ella decía haber visto allí. Había visitado el piso de un obrero y el de un médico, y el de este no era más lujoso que el del primero. El padre de Bettina, Herbert Aptheker, era director del Instituto de Estudios Marxistas; yo había asistido a varias conferencias suyas que me parecieron interesantes e instructivas.

Algunos años después, en 1964, Bettina se había convertido en una de las principales dirigentes del Free Speech Movement (Movimiento por la Libertad de Expresión)[34] de Berkeley, que preparó el terreno para la rebelión universitaria de los años sesenta. Cuando me visitó en Los Ángeles en la época de la lucha por mi trabajo en la universidad, llevábamos unos diez años sin vernos. Ella escribía para el *World Magazine* (la sección ilustrada de nuestro diario del partido) y me hizo una entrevista acerca de la lucha que estaba llevando por conservar mi empleo en la Universidad de Los Ángeles. Después de aquel día, siempre que nos habíamos visto había sido por poco tiempo y en medio de alguna emergencia de tipo político. Yo me sentía frustrada porque nunca teníamos tiempo de hablar con tranquilidad.

Cuando tuvo lugar mi extradición a California, Bettina vivía en San José con su marido, Jack Kurzweil, profesor de la Universidad de California en San José. Su hijo, Joshua, tenía unos cuatro años. Bettina estaba terminando el manuscrito de su libro *La rebelión universitaria: una crítica marxista*. Había decidido dedicar una buena parte de su tiempo a trabajar en el Comité Nacional Unido para la Liberación de Angela Davis. Me alegró saber que iba a reservarse algunos días para actuar como investigadora legal mía, pues ello significaba que podía visitarme durante más tiempo y fuera de las horas regulares de visita.

En una de nuestras primeras entrevistas, Bettina me informó de que el Comité de Defensa inglés tenía intención de publicar un libro formado por escritos míos relativos a mi juicio y al movimiento por mi libertad, y nos pedían que reuniésemos un conjunto de textos entre los que pudieran seleccionar el material para el libro.

Después de discutirlo, Bettina y yo decidimos que la descripción del movimiento que había de formar parte del libro sería más precisa y completa si era elaborada por nuestro comité local. Además, si se hacía de aquel modo, podía también ser aprovechada para la organización de la campaña en Estados Unidos. Bettina y yo empezamos a trabajar inmediatamente en el proyecto.

Desde el principio consideramos aquel libro como un instrumento a través del cual la gente pudiese profundizar sus conocimientos sobre la represión, conocer casos de presos políticos y enterarse de lo que realmente ocurría en las cárceles norteamericanas. Yo insistía en que el libro no debía girar solo en torno a mi caso, sino que había de hablar también de otros presos políticos: George, John, Fleeta, Ruchell y los numerosos hermanos y hermanas encarcelados de todo el país. Una de las tesis centrales del libro sería la necesidad de reconsiderar la definición tradicional de «preso político», a consecuencia de la intensificación del racismo. Además de los centenares de hombres y mujeres encarcelados a causa de sus ideas y actividades políticas, había otros miles que habían sido injustificadamente procesados o condenados a penas desproporcionadas por el mero hecho de ser negros o mulatos. El libro no tenía que hablar solo de los presos políticos en el sentido estricto de la expresión, sino también de aquellos que eran víctimas, de un modo u otro, del aparato judicial (policía, tribunales, cárceles).

Bettina y yo escribimos varios artículos sobre las cárceles y los presos políticos. Durante una serie de largas reuniones en la cárcel, dificultadas por el cristal y los teléfonos o por la rejilla de metal, decidimos qué otros materiales se incluirían en el libro. Mis carceleras no permitían que mis investigadores trajesen ningún papel, aparte de una libreta de hojas en blanco y un lápiz. Por ello, todos los materiales me llegaban a través de los abogados. Y Bettina tenía que retener en la memoria todos los asuntos que quería discutir conmigo.

Por fin, después de varios meses de intenso trabajo, el libro quedó prácticamente terminado. George, John, Fleeta y Ruchell, al igual que Bobby y Ericka, habían contribuido a él con sus escritos. Howard y Margaret habían desarrollado aspectos jurídicos esenciales del caso, y Fania, Franklin y Kendra habían tratado del movimiento de masas. De los

innumerables llamamientos que se habían hecho en mi favor, seleccionamos los más representativos de Estados Unidos y del extranjero. Al principio del libro pusimos la conmovedora carta que me había dirigido James Baldwin: «Algunos de nosotros, blancos y negros, conocemos el alto precio que ya se ha pagado para crear una nueva conciencia, un nuevo pueblo, una nación sin precedentes. Si lo sabemos y no hacemos nada, somos peores que los asesinos contratados en nuestro nombre. Si lo sabemos, debemos luchar por tu vida como si se tratase de la nuestra —como en efecto se trata— y obstruir con nuestros cuerpos el corredor que lleva a la cámara de gas. Pues, si llegan por ti en la mañana, vendrán a por nosotros en la noche». Nos pareció que el título de la antología podría ser *If they come in the morning*.[35]

En un principio, deseábamos que el libro fuese publicado por algún grupo del movimiento, pues no lo veíamos como objeto de distribución comercial masiva, sino como instrumento de organización. Pero, si queríamos que repercutiese en la campaña por mi libertad y por la de otros presos políticos, debía aparecer inmediatamente. Y en aquel momento ningún grupo del movimiento tenía medios para publicarlo con la rapidez necesaria. Por ello confiamos la edición del libro a una empresa negra, The Third Press. Por desgracia, no nos dimos cuenta de que aquella empresa estaba sobre todo interesada en promocionar comercialmente el libro, aun a costa de presentarme a mí no como coordinadora de su contenido, sino como autora.

Sin embargo, a pesar de los problemas, la publicación del libro constituyó un acontecimiento importante para todos los que estábamos presos. Una de las cosas más conmovedoras que me dijo Ruchell fue que aquella obra —que incluía una amplia exposición de su vida y de su caso— era la denuncia más eficaz que se había hecho nunca de la persecución del estado contra él.

Al mismo tiempo que se tomaban las medidas necesarias para que pudiesen visitarme mis investigadores legales, el juez ordenó a mis carceleras que permitiesen a los posibles testigos de la defensa el acceso a la celda de trabajo en presencia de un abogado. De este modo, pudieron verme mis padres, así como Benny y Reggie.

La primera vez que vinieron mis padres a verme a aquella cárcel, el 16 de marzo —cuando se inició la instrucción del sumario y tuvo lugar la gran concentración ante el Centro Cívico—, habíamos hablado en el locutorio, por teléfono y a través del cristal. Ahora, por fin, pude abrazarles. También vinieron varias veces Herbert Marcuse y su esposa, Inge. Y desde Nueva York acudieron Henry Winston, Jim Jackson y William Paterson, dirigentes de nuestro partido.

Yo esperaba con ansiedad las visitas del abogado de George, John Thorne, porque era uno de mis contactos con aquel y los demás hermanos de San Quintín. Margaret, Howard y Sheldon visitaban también a George, John, Fleeta y Ruchell tan a menudo como podían.

En el mes de junio, Howard presentó el recurso de libertad bajo fianza al nuevo juez encargado de mi caso, Richard Arnason, que se había trasladado a Marin desde el condado de Sonoma. Todos, excepto yo, confiaban en que su decisión nos sería favorable. La cuestión era simple: las personas acusadas de delitos punibles con la pena capital no debían ser liberadas bajo fianza cuando «las pruebas de la culpabilidad sean evidentes y la presunción de la misma, grande». Según esto, la falta de pruebas suficientes significaba que el acusado debía ser puesto en libertad antes del juicio. Howard y Kendra estaban convencidos de que este sería mi caso, e intentaban animarme diciéndome que al día siguiente estaría en libertad.

En el curso de la audiencia, Albert Harris estaba tan seguro de que Arnason denegaría nuestra petición que dijo para que constara en acta: «Si la acusada es puesta en libertad bajo fianza, habría que entregarle también una tarjeta de crédito para viajes aéreos, junto con sus pertenencias, porque nunca volveremos a verla».

Cuando Arnason efectivamente denegó mi libertad provisional, sentí que ello representaba otra vuelta de tuerca, pero su decisión no me sorprendió, pues estaba segura de que adoptaría la solución más fácil. Kendra se echó a llorar, y Howard se quedó más deprimido que nunca.

El juez accedió a otras peticiones nuestras, al parecer en un intento de compensarnos por el terrible golpe que acababa de asestarme. Me concedió permiso para actuar como codefensora en mi juicio y, dado que me negaba la libertad bajo fianza, consintió en ordenar una serie de mejoras en mi

situación en la cárcel, sobre todo en lo referente a la preparación del proceso.

Ordenó que se pusiese a mi disposición una máquina de escribir y que, al igual que a las demás reclusas, se me permitiese tener una radio. Hasta ordenó que las celadoras me dejaran pasar breves periodos de tiempo con las mujeres de la sección ordinaria. Ello me dio ocasión de ver que aquel lugar no era muy diferente de la Cárcel de Mujeres de Nueva York, y volví a darme cuenta de la importancia vital que tiene resistir a todas las presiones destructivas de la vida carcelaria.

Cárceles y penales son lugares de embrutecimiento. Allí estaban otra vez la hipnotizadora estupidez de la televisión, los pocos y aburridos textos de instituto, las cuatro novelas policiacas y los montones de literatura barata. Las reclusas podían escribir si lo deseaban, pero habían de hacerlo en papel de notas, de tamaño pequeño y poco asequible, lo cual dificultaba la redacción de cualquier escrito serio; casi todo lo que se escribía eran cartas intrascendentes que, de todos modos, eran censuradas antes de pasar al exterior. Hasta conseguir un lápiz era una empresa larga y complicada. Y allí estaban también las manoseadas barajas y los juegos de mesa, accesorios indispensables de toda cárcel, destinados a ocultar el hecho de la reclusión tras una fachada inocua y dulzona, a la vez que fomentan una imperceptible regresión a la infancia. Como yo había observado ya por la jerga de la Cárcel de Mujeres, a los ojos de las carceleras éramos «las chicas», tuviésemos dieciséis años o setenta. Les gustaba ver a sus reclusas-niñas alegremente absortas en juegos inofensivos. Cualquier pasatiempo que exigiese actividad intelectual era sospechoso. Las carceleras del condado de Marin se mostraron en extremo reacias a permitir la entrada en el establecimiento de un juego de ajedrez, y solo cedieron después de imponer una serie de estúpidas condiciones. El que fue admitido por fin en nuestra sala era como un juguete, una versión infantil del ajedrez.

Otra de las «válvulas de escape» de la cárcel tenía un carácter declaradamente sexista. Era la ostensible presencia de lavadoras, secadoras y diversos utensilios para planchar, que, aparte de las mesas de metal y los taburetes sin respaldo, constituían el único mobiliario de la sala. El «razonamiento» que justificaba aquello era seguramente el de que las mujeres, por el hecho de serlo, echan en falta una parte esencial de su vida

si se las priva de las tareas domésticas. Los uniformes y la ropa interior de los presos eran enviados a lavar al exterior; la ropa de las mujeres, en cambio, debía ser lavada por ellas mismas. Si no se ofrecían voluntariamente a lavar y planchar, se les imponía un programa de trabajo. Este sistema de trabajo era, además, racista. Cuando, empujadas por el aburrimiento, había muchas mujeres que se ofrecían para lavar, las reclusas negras eran firmemente rechazadas. Pero, cuando no había voluntarias, se las obligaba a hacerlo.

En medio de todo esto, el sueño se convierte en una especie de lujo. Solo porque implica la inconsciencia, la negación total de una realidad ya vacía, y representa la forma menos monótona de pasar el tiempo. Las celadoras nos incitaban a considerar el sueño como un privilegio, y si nos permitían echarnos en la cama durante el día, era en recompensa por la «buena conducta». Por ejemplo, si a las seis y media de la mañana, cuando llegaba el desayuno, una reclusa no estaba levantada y completamente vestida o no se había hecho la cama, ella y las demás mujeres de la celda perdían el «derecho a la cama» para todo el día. Se las encerraba en la sala, donde solo se podía descansar en los taburetes.

Los carceleros, hombres o mujeres, son gente adusta, envanecida por el brillo de sus placas. Cuando se les desafía, esa adustez muestra su verdadero rostro. A una joven reclusa negra se la informó de que, como salía ocasionalmente de la cárcel con un permiso de trabajo, no podía ver la televisión en la sala con las demás reclusas. No le interesaba mucho la televisión, pero aquella represalia la puso furiosa. Le dijo a la celadora que su placa no le daba derecho a castigarla de aquel modo. En respuesta, la celadora apeló a un poder superior: el racismo. Le dijo a la joven: «Para ser negra, eres muy descarada». Aquello dio lugar a una violenta pelea entre las reclusas, y lo interesante fue que los dos bandos no correspondieron exactamente a las dos razas: todas las mujeres negras apoyaron a la hermana, pero algunas blancas lo hicieron también.

Esta adustez carcelaria no se detiene ante la violencia o la muerte. Muchas veces, cuando yo iba en el ascensor con varios guardias armados para comparecer ante el tribunal, aquellos hombres abrían sus pistoleras, en una exhibición de fuerza dedicada exclusivamente a mí.

8 de julio de 1971

Howard, John Thorne y yo seguimos a los guardias por el corredor de los presos, que estaba muy iluminado, y penetramos en una celda de espera cerca de la sala del tribunal. La celda era estrecha; en un rincón había un inodoro sin asiento y, adosados a las paredes, dos bancos de madera. La mitad superior de una de las paredes era de plástico transparente. La celda era un poco más pequeña que aquella en la que Ruchell y yo esperábamos para ser conducidos ante el juez.

Aunque yo habría debido estar preparada, el pesado sonido metálico que rompió de pronto el silencio me sobresaltó. El retumbar de cadenas, cerraduras, grilletes y esposas que había oído por primera vez en aquella sala del tribunal de Salinas me resultaba ahora muy familiar. Al otro lado de la pared transparente, George bajaba la escalera para reunirse con nosotros. A lo largo de todo aquel día, ambos íbamos a tener una reunión por separado con nuestros respectivos abogados.

Dado que yo había sido oficialmente reconocida como codefensora en mi proceso, el juez había accedido a concederme una serie de entrevistas con cada uno de los Hermanos de Soledad y con mi coinculpado Ruchell. Unos días después, le escribí a George mis impresiones de aquel primer momento.

> Tengo una escena grabada en la mente: estoy inmóvil en el pequeño cubículo transparente, esperando, amando, deseando, y me invade la rabia cuando te oigo bajar lentamente la escalera, arrastrando tus cadenas… Tengo que romper esas cadenas, tengo que enfrentarme a tus enemigos con mi cuerpo, pero estoy desvalida, impotente. Contengo la rabia, no hago nada. Me quedo donde estoy, mirándote, obligada a asumir la actitud de espectadora indiferente, viendo la escena a través de un cristal, como en un laboratorio, odiándoles a ellos por imponerme esto, odiándome a mí misma por no hacer nada. Odiándome también porque no podía dejar de ver cómo habías de dominarte, a cada paso, lento, difícil, cómo te negabas a ser sujetado por las cadenas y por los cerdos, cómo todo tu cuerpo oscilaba pesadamente a cada movimiento del pie…

Tan pronto como entró en la celda y vio que estábamos allí, se borró inmediatamente el desdén de su rostro y apareció en él la sonrisa que yo recordaba bien del día de Salinas. Instintivamente, su primer gesto fue tratar de extender los brazos para abrazarme. Había olvidado que tenía las muñecas encadenadas a la cintura y que solo podía moverlas unos centímetros. Fui yo a abrazarle a él, pues aquella vez no me habían esposado.

Ocho horas no fueron suficientes. Hablamos de todo, pero no lo bastante. Discutimos nuestra estrategia para la defensa y consideramos la posibilidad de que George testificase en el juicio. Él estaba seguro de que lo ganaríamos. Yo le dije que aquella victoria tendría que ser una victoria de todos, de todos juntos.

Posteriormente, tuve una entrevista de todo un día con Ruchell. La reunión se celebró en un momento crítico. Aunque él y yo estábamos absolutamente de acuerdo en que debíamos dar un enfoque político al caso, no acabábamos de concretar la forma en que actuaríamos desde el punto de vista jurídico. Ruchell quería que el juicio fuese transferido de la jurisdicción del Estado de California a la de un tribunal federal. Basándose en su experiencia de varios años con los tribunales de California, estaba convencido de que ahora estos querían su vida. Creía que, si nos poníamos de acuerdo en el cambio de jurisdicción, conseguiríamos atenuar el tratamiento represivo y racista de que ambos éramos objeto. Yo había estudiado aquella posibilidad y reflexionado acerca de ella, discutiéndola también a fondo con Margaret y Howard. Finalmente, había llegado a la conclusión de que sería mejor para ambos luchar ante el tribunal del estado.

Entre las muchas razones que me llevaron a aquella decisión, una era de índole práctica y estaba relacionada con nuestra posibilidad de conseguir el mejor jurado posible. En un tribunal federal, era un juez el que interrogaba a los jurados potenciales y el que tomaba todas las decisiones acerca de los prejuicios que estos pudiesen tener. En cambio, un tribunal del estado nos permitiría a nosotros, la defensa, someter a los jurados potenciales a un extenso interrogatorio en el que podríamos insistir sobre puntos tales como el racismo y el anticomunismo. Existía ya el precedente del caso de Huey Newton, en cuyo proceso el jurado había sido elegido por Charles Garry. Si

nuestro caso lo llevaba un tribunal federal, no podríamos realizar investigación alguna acerca del historial de los jurados.

Durante los muchos meses que duró la instrucción del sumario, Ruchell y yo sostuvimos breves discusiones acerca de esto en la celda del juzgado, mientras esperábamos por las mañanas a que llegase el juez, e igualmente durante los recesos. Y tratábamos también del asunto por correspondencia. Margaret, Sheldon y Howard visitaban a Ruchell en San Quintín y discutían con él los pros y los contras de la cuestión. A mí me interesaba llegar a un acuerdo con Ruchell, pues mi posición, desde el primer momento, había sido mantener que era mejor que ambos afrontásemos el juicio juntos. Había habido presiones por parte de mucha gente, incluyendo al propio juez, en el sentido de que separásemos los dos procesos. Pero nuestros defensores siempre habían creído conveniente resistir a ellas.

Mientras esta cuestión siguiese en suspenso, no podíamos adelantar mucho en las peticiones previas al juicio, pues todo trámite a nivel de un tribunal del estado podía dificultar la lucha de Ruchell por el cambio de jurisdicción. Era una situación difícil. Cuando llegó el momento de tomar una decisión para poder ocuparnos seriamente del caso, Ruchell y yo no estábamos aún de acuerdo.

Así estaban las cosas cuando iniciamos nuestra reunión de ocho horas en la cárcel. Se hallaban presentes los abogados —los míos y los de Ruchell— y algunos representantes de nuestros comités. En algunos momentos la discusión fue bastante acalorada, pero nunca se rompió la solidaridad que nos unía. Ruchell insistió en que quedase claro que se trataba de un desacuerdo estratégico en la cuestión judicial y no de una divergencia fundamental.

Cuando parecía que aquel desacuerdo no se resolvería ya en aquella reunión, me sentí obligada, para salvar nuestra unidad, a hacer una concesión: me ofrecí a presentar, al mismo tiempo que Ruchell, una petición de cambio de jurisdicción, pero a condición de que, si la solicitud era denegada a nivel federal, Ruchell accediese a litigar conmigo ante un tribunal del estado. Él se mostró de acuerdo con mi propuesta.

Más adelante me di cuenta de que aquella decisión tenía un defecto de principio: era más un resultado de nuestra impaciencia que un paso hacia un verdadero entendimiento. Ruchell estaba convencido de que se nos

concedería el cambio de jurisdicción, y no se planteó seriamente la posibilidad de una negativa. Por mi parte, estaba segura de que la petición sería denegada, y no consideré seriamente la posibilidad de defender nuestra causa ante un tribunal federal.

Nuestra petición fue denegada. En lugar de empezar a litigar ante un tribunal del estado, Ruchell decidió seguir luchando por el cambio de jurisdicción. Yo sabía que estaba absolutamente seguro de la validez de su postura, y por ello no pude echarle en cara lo que hizo. Pero ahora se nos planteaba inevitablemente la alternativa que habíamos esperado evitar. Si queríamos defendernos cada cual a nuestro modo, había solo una salida, y los dos lo entendimos así. Teníamos que separar los dos procesos. Yo me había negado a oír hablar siquiera de separación, pero, puesto que los dos estábamos igualmente convencidos de nuestras respectivas estrategias, no había otra posibilidad. Inmediatamente después de decidirlo así, nuestro comité remitió una declaración a la prensa:

> El lunes, 19 de julio, el juez Richard Arnason ha aceptado un recurso para la separación del proceso entablado contra Angela Davis y Ruchell Magee por el Estado de California. [...]
>
> Desde el inicio de este fraudulento proceso, los medios de comunicación en general, ayudados por dudosos «amigos de la izquierda», han intentado abrir una brecha entre Angela y Ruchell. Se han utilizado para ello desde comparaciones infundadas y racistas entre Angela y Ruchell hasta el establecimiento de una jerarquía entre los presos políticos.
>
> Angela y Ruchell han dedicado muchas horas a la coordinación de sus estrategias legales. Durante los primeros siete meses de la instrucción del sumario, han hecho continuos intentos por elaborar estrategias jurídicas complementarias. Sin embargo, al resultar esto imposible, han presentado, de común acuerdo, un recurso de separación.
>
> [...] Queremos recalcar que la decisión de separar los dos procesos no ha sido consecuencia de divergencias políticas. Tampoco se ha debido a diferencias fundamentales en el planteamiento jurídico de la defensa. Las diferencias han sido de procedimiento [...].
>
> Ruchell ha decidido librar la batalla ante un tribunal federal, y Angela entablará la misma batalla ante un tribunal del Estado. Pero ambos

creen que sin un movimiento de masas dirigido por los negros, que utilice los tribunales solo como un terreno más de lucha, esta batalla no se ganará. Pero nosotros sabemos que sí la ganaremos.

Quienes, a lo largo de todo el país, nos esforzamos por impulsar un movimiento de masas capaz de lograr la libertad de todos los presos políticos, nos hallamos en este momento ante una doble responsabilidad. Debemos exponer al pueblo los casos de Ruchell Magee y Angela Davis con objeto de dar a las masas una visión clara de la opresión que representa el sistema penal. [...]

Se aproxima el primer aniversario de la insurrección que fue utilizada como pretexto para procesar injustamente a Angela y a Ruchell. Los comités de California y de todo el país conmemorarán el 7 de agosto con actividades diversas, desde concentraciones y *teach-ins* hasta servicios religiosos. En Pasadena, California, se dedicará un parque a la memoria de Jonathan Jackson. A través de actividades como estas, la gente llegará a comprender la situación contra la que luchaban Ruchell y nuestros hermanos asesinados el 7 de agosto de 1970.

21 de agosto 1971

En el pequeño locutorio de los abogados, Bettina y yo nos afanábamos por terminar el manuscrito de *Si llegan por ti en la mañana...* Cuando llegó Howard, acompañado de Barbara Ratliff, encargada de la investigación para uno de nuestros recursos, pudimos pasar los cuatro a la celda de trabajo. Apenas nos habíamos acomodado cuando la gran llave giró en la cerradura, se abrió la puerta y una celadora anunció, dirigiéndose a Howard: —Señor Moore, tendrán que marcharse. Hay una alarma en el edificio.

Habían transcurrido varios meses desde que se produjo la otra alarma, pero aquel procedimiento ya nos resultaba conocido.

—Volveremos cuando haya pasado —dijo Howard. Salieron los tres de la celda. Supuse que la celadora volvería pronto para acompañarme a mí y a las demás reclusas al refugio subterráneo, como la otra vez, pero pasó una hora y no se presentó nadie. Por fin regresó y me anunció que tenía orden

de llevarme a la otra celda. Cuando le pregunté qué ocurría, ella respondió que cumplía órdenes y se negó a explicarme nada.

No sé cuántas horas pasé en mi celda, echada en la litera, mirando al techo, dejando volar la imaginación, esperando. Esperaba a que alguien me explicase algo, Howard, Margaret, quien fuese. Era muy tarde cuando volvió la celadora y me dijo: «La espera el señor Moore». Abrió la puerta y yo eché a andar tras ella. Al volver la esquina del corredor, vi a Margaret y Howard ante la puerta de la celda de trabajo.

Margaret tenía los ojos enrojecidos e hinchados. La única vez que recordaba haber visto en su rostro aquella expresión desesperada había sido unos diez años atrás, la mañana en que su madre entró en el cuarto donde dormíamos para decirles a ella y a sus hermanos que su padre había muerto aquella noche de un ataque cardiaco. Howard sudaba abundantemente, fruncía el ceño y jadeaba como si estuviese agotado.

Les miré, sintiendo que algo se desgarraba dentro de mí. Cuando estuvimos solos en la celda, con la puerta cerrada, ninguno de los tres rompió el silencio. Durante aquellas interminables horas de espera, me había esforzado por apartar de mi mente las imágenes que querían apoderarse de ella: una revuelta en San Quintín. ¿Cuántas veces había dicho George que la guerra que le habían declarado sus carceleros podía convertirse en una lucha abierta a la menor provocación? Yo gritaba interiormente: «¡Que no le haya ocurrido nada a George!». Pero cuanto más gritaba, más me decían los rostros de Howard y de Margaret que había ocurrido algo, que había sucedido lo peor.

—¿George? —pregunté, sin atreverme a decir nada más, a concretar la pregunta.

Howard asintió.

—¿Le han...?

Howard inclinó la cabeza, y yo me aferré a la esperanza de no haber oído aquel leve y casi inaudible «Sí».

Extendí los brazos hacia Margaret, que rompió en fuertes sollozos, y nos quedamos las dos sin decir nada, abrazadas. Yo estaba helada, incapaz de moverme, incapaz de articular una palabra, incapaz de llorar. Era como si estuviese atrapada en un bloque de hielo.

—Los cerdos le han matado, Angela. —La voz de Howard penetró en mi conciencia desde lejos—. Le han asesinado. Le han disparado por la espalda.

La llave giraba ya en la cerradura y la celadora les decía que habían de marcharse.

De nuevo en mi celda, desperté de la fría pesadilla para enfrentarme con la realidad de la muerte de George. Fue entonces, al estar sola en la oscuridad, cuando me eché a llorar desconsoladamente.

Pensé en Georgia, Robert, Penny, Frances, Delora, en los sobrinos y sobrinas de George. De aquel modo iban a pasar el primer aniversario de la muerte de Jonathan.

George era un símbolo de la voluntad de todos los que estábamos entre rejas, de esa fuerza que los oprimidos son siempre capaces de acumular, aun cuando creamos que el enemigo nos ha despojado de todo, que nos ha robado incluso nuestras almas. Es una fuerza que surge de la necesidad casi biológica de ser dueños en alguna medida del curso de nuestras vidas. George, que había pasado en la cárcel toda su vida de adulto, sintió desesperadamente aquella necesidad y, lo que es más importante, supo darle una expresión clara, universal, y así el mensaje de sus escritos pudo llegar a gentes de todo el mundo.

Las hermanas de la Cárcel de Mujeres de Nueva York habían aprendido algo importante acerca de ellas mismas al leer *Soledad Brothers*. Cuando George se enteró, en San Quintín, por una carta mía, de que a aquellas mujeres les había interesado mucho el libro, pero les habían molestado sus iniciales críticas a la mujer negra, se excusó ante ellas y les explicó que había cometido un error.

Aquella noche debía de haber, en todas las cárceles del país, hombres y mujeres que estaban despiertos, como yo, llenos de dolor, tratando de canalizar constructivamente su ira. Por todo el mundo, mucha gente debía de estar hablando de venganza, de represalia colectiva, constructiva, organizada.

Al día siguiente, parecía que todo el mundo se había reunido en mi celda de trabajo. Todas las sillas que rodeaban la mesa estaban ocupadas. Fue difícil iniciar la conversación, pues nadie sabía cómo empezar. Al ver a

Charlene, a Kendra, a Franklin, a Margaret y a Howard, no pude contener las lágrimas. Y después fue Franklin quien rompió en sollozos.

No sé si fue Charlene o Kendra quien dijo que el comité había empezado a organizar un piquete de vigilancia ante San Quintín, a fin de proteger la vida de los demás hermanos e investigar inmediatamente las circunstancias del asesinato de George. Fuera del penal se estaban filtrando noticias de brutales palizas y de horribles sesiones de tortura. Nuestro comité había establecido contacto con el congresista Ron Dellums, con el senador Willie Brown, con el doctor Carleton Goodlett y con otras muchas personalidades que simpatizaban con nuestra causa, pidiéndoles que solicitasen permiso para visitar detenidamente San Quintín, interrogar a los reclusos acerca de los hechos que desembocaron en la muerte de George y examinar las heridas infligidas a nuestros hermanos por los guardias.

Cuando se hubieron marchado mis visitantes, para volcarse otra vez en la organización del contraataque, hice un esfuerzo y redacté una declaración para la prensa.

«George —escribí— sabía que el precio de su firme compromiso revolucionario era tener que vivir día a día resistiendo golpes que podían ser mortales.

»El ejemplo que nos ha dado ante el espectro de la ejecución sumaria, su lucidez, aumentada por el tormento de siete años de aislamiento total, su tenacidad en una situación casi desesperanzada, seguirán siendo fuente de inspiración para todos nuestros hermanos y hermanas, encarcelados o no».

Escribí acerca de la familia Jackson: «Su dolor es profundo. En poco más de un año, han sido abatidos por las balas fascistas dos hijos suyos, George y Jonathan. Quiero expresar aquí mi amor a Georgia y a Robert Jackson, a Penny, a Frances y a Delora.

»Para mí, la muerte de George ha significado la pérdida de un camarada y de un dirigente revolucionario, pero también la pérdida irreparable de un amor… Solo puedo decir que, al seguir amándole, intentaré expresar este amor en la forma que él habría deseado: reafirmando mi decisión de luchar por la causa a la que él entregó su vida. Con su ejemplo ante mí, mis lágrimas y mi dolor se convierten en rabia contra el sistema que es responsable de su asesinato. George escribió su epitafio cuando dijo:

»“Arrojadme al otro mundo; el descenso a los infiernos no me hará cambiar. Volveré, como sea, para seguir su rastro eternamente. No escaparán a mi venganza, nunca, nunca. Soy uno de esos justos que no se encolerizan fácilmente, pero cuya ira no cede jamás. Nos congregaremos a su puerta, en tal número que el ruido de nuestros pasos hará temblar la tierra”».

Después de escribir esto, me puse a escuchar la radio.

Durante todo el día, una emisora transmitió fragmentos del libro de George, y otra que radiaba solo noticias empezó a difundir la descabellada historia de que George había introducido una pistola de gran tamaño, oculta bajo una peluca, en el Centro de Rehabilitación, la sección más vigilada de todo el penal; aquel arma le habría sido entregada por alguien en la sala de visitas. Escuché también las emisiones en directo. La mayoría de las personas que telefoneaban a las emisoras sospechaban que en San Quintín ocurría algo muy grave, algo que no era culpa de los presos, sino de las autoridades del penal. El elemento más frecuente de aquellas respuestas era la creencia de que la administración de San Quintín les había tomado por estúpidos. Una y otra vez se comentaba el desprecio a la opinión pública que aquello representaba: ni se habían tomado la molestia de inventar una historia verosímil. ¿Quién podía creer que aquel cuento de la pistola justificaba toda la violencia desatada contra los reclusos?

George había muerto. El profundo dolor personal que sentía me habría asfixiado si no lo hubiese convertido en una rabia justa y bien orientada. No podía pararme a pensar en mi desgracia individual. Toda concesión a mi dolor privado me haría hundirme. La tristeza personal en aquella celda gris y silenciosa, bajo la mirada llena de odio de mis carceleras, podía romper la firme voluntad que me mantenía en pie. La muerte de George había de ser como un imán, como un disco de acero en mis entrañas que atrajese magnéticamente hacia él los sentimientos que necesitaba para mantenerme firme y luchar con redoblado vigor. La muerte de George aguzaría mi odio hacia los carceleros y mi desprecio por el sistema penal y fortalecería los lazos que me unían a los demás presos. Y me daría el valor y la energía que necesitaba para sostener una guerra prolongada contra el perverso racismo que le había asesinado. George se había ido, pero yo continuaba. Ahora, sus sueños eran míos.

3 de agosto de 1971

El juez Keating sube al estrado de los testigos. Está lastimosamente delgado y las profundas arrugas de su rostro le hacen parecer mayor de lo que es. Tiene algo que me recuerda a los racistas que poblaron mi infancia. Me siento segura y optimista cuando me pongo en pie para interrogarle acerca de los criterios que le guiaron al elegir a los miembros del Gran Jurado del condado de Marin. Esta vez, llevo yo la ofensiva.

Nuestra tesis era la siguiente: el auto de acusación había sido dictado contra mí por un Gran Jurado racista y no representativo (y que había necesitado solo ocho minutos y una breve discusión para acusarme). Se nos había concedido aquella audiencia para determinar si la selección del Gran Jurado por parte de los jueces se había basado en sus prejuicios raciales y de clase. Considerábamos que los jueces no tenían un conocimiento suficiente de la comunidad negra, la clase obrera y la juventud, y que por ello no podían haber elegido a jurados representativos.

Ya bien avanzado el interrogatorio del juez Keating, exhibí una fotografía que me había dado Margaret. Acercándome al estrado de los testigos, le entregué la fotografía y le pregunté si aquella era una imagen fidedigna de su casa (y, por ende, de su riqueza). Sorprendido y enojado por el hecho de que la hubiésemos fotografiado, murmuró en voz baja pero lo bastante alto como para que le oyese el relator: «Los jueces no tenemos derechos civiles ni vida privada, ¿eh? Las personas que defienden los derechos civiles no tienen ninguno. Sí, esta es mi casa. Les aconsejaría que no hiciesen esto otra vez. No tratamos bien a los ladrones por allí».

Cuando le pregunté a Keating si estaría dispuesto a considerar la posibilidad de proponer a un miembro del Partido de los Panteras Negras para el Gran Jurado, respondió: «Son los racistas más notorios después de Adolf Hitler». Y siguió diciendo: «Propugnan el odio, la violencia y el asesinato… Vomitan por todas partes el odio, la violencia y el asesinato». Y añadió que aquello era válido también para el Partido Comunista.

Yo estaba sin habla, sorprendida no tanto por sus opiniones, sino por el hecho de que un juez de un Tribunal Superior hubiera lanzado aquellas afirmaciones que constarían en acta.

Habíamos llevado a cabo una investigación que confirmó los arraigados prejuicios racistas y anticomunistas del habitante medio del condado. El juez Keating era un típico residente del condado de Marin. ¿Cómo podía tener lugar mi juicio en el Centro Cívico, junto a la sala del juez Haley? Nos dispusimos a defender nuestro recurso para el cambio de jurisdicción. En Marin, mi juicio habría sido un asesinato ritual, el preludio de la cámara de gas de San Quintín. Todos los jueces del Tribunal Superior del condado se habían declarado incapaces de presidir con imparcialidad mi juicio. Aquel noble gesto de retirada no me parecía sino una forma de decir que estaban absolutamente convencidos de mi culpabilidad.

Nuestra investigación demostró que la mayoría de los habitantes del condado de Marin, que eran blancos y acomodados, me consideraban culpable de secuestro, asesinato y conspiración. Y más significativo aún: me consideraban culpable de algo peor, de ser comunista y de ser negra. Muchos de ellos estaban indignados porque se me había permitido enseñar a los hijos de los respetables californianos blancos. Si ellos hubiesen podido votar en este asunto, me habrían desterrado para siempre de las universidades de California.

(Después de haberse realizado aquella investigación, George había sido asesinado por los guardias de San Quintín. La histeria creada en torno a aquel hecho —encaminada a convertir a las víctimas en culpables— era general. La opinión pública de aquel rico condado blanco consideraba tan culpables a los reclusos de San Quintín como a cualquiera que hablase en su favor).

Nuestro recurso para el cambio de jurisdicción era concienzudo y bien documentado. El juez Arnason, juez presidente llamado desde otro condado, no tenía más alternativa que concederlo. Pero no queríamos un cambio de lugar para el juicio, sin más. Cualquier negro sabe que en el estado de California hay pocas ciudades donde puede tener lugar algo parecido a un juicio justo. Si iba a haber un juicio, queríamos que se celebrase en San Francisco, donde teníamos la posibilidad de hacer que admitieran a algunos negros en el jurado. Pero a quienes habían de decidir el lugar del juicio no les agradaba San Francisco, que se extiende al otro lado del puente con su población multicolor y de diversas opiniones sociales y convicciones políticas. Elegir San Francisco era demasiado

arriesgado; el amplio movimiento local que podía formarse para seguir de cerca el juicio era demasiado potente. Ellos querían un lugar más tranquilo, un lugar donde las controversias quedasen encubiertas por la inocua cortesía. Un lugar donde la comunidad negra no fuese numéricamente importante, pero donde hubiera las suficientes figuras relevantes de nuestra raza como para disimular la existencia del racismo. Querían un lugar geográficamente importante, pero incoloro políticamente y, sobre todo, sin tradición de luchas políticas progresistas.

Aquel lugar resultó ser San José. Los carceleros y *sheriffs* del condado de Marin tomaron aquel cambio de jurisdicción como una derrota personal. Sus rostros expresaron un profundo pesar por no poder asistir personalmente al asesinato. Con placer no disimulado, se negaron a darnos el menor indicio acerca de la fecha o la hora de mi traslado. Howard y Margaret me advirtieron de que debía estar preparada para salir en cualquier momento, y me trajeron unas cajas de cartón para empaquetar mis cosas: los libros, papeles y cartas que había acumulado durante un año de reclusión en aquella cárcel.

La advertencia estaba justificada. Un día, a las tres o las cuatro de la madrugada, vino a despertarme la celadora jefa diciéndome a gritos que disponía de unos minutos para prepararme. Yo estaba lista; todo lo que tenía que hacer era lavarme la cara y los dientes.

2 de diciembre de 1971

El viaje a San José fue mucho más largo de lo que esperaba. Aunque no conocía bien la geografía de California del Norte, me di cuenta de que íbamos dando un rodeo, sin duda por lo que ellos llamaban «razones de seguridad». Ansiaba ver San Francisco o Berkeley, o alguna otra población con escenas corrientes (para mí extraordinarias) de actividad humana. Pero al llegar a la cárcel de Palo Alto, no llevaba conmigo ningún recuerdo agradable. Habíamos hecho todo el camino por la autopista, a una velocidad muy superior a la autorizada. Además, hasta que empezamos a aproximarnos a Palo Alto, estaba oscuro como boca de lobo.

Iba conmigo en el coche un hombre delgado y pálido. Yo no sabía entonces que era el *sheriff* adjunto del condado de Santa Clara. Sus maneras no eran las habituales en un agente de la ley; parecía inseguro. Trató de animarme asegurándome que las privaciones que iba a pasar en la cárcel de Santa Clara serían mucho más soportables que el año de horrores que acababa de sufrir en el condado de Marin. Pero la cárcel es la cárcel. A menos que uno se haya resignado al hecho de estar entre rejas, en ella no hay mejor ni peor.

Como en la jefatura del FBI, como en la Cárcel de Mujeres de Nueva York, como en la cárcel del condado de Marin, ahora, en la de Santa Clara, pasé otra vez por el mismo ritual: Nombre... Dirección... Edad... Lugar de nacimiento... Detenciones anteriores..., etc., etc., etc. Fotografías... Huellas dactilares... ¿Llegaría el día en que pasaría por una de aquellas oficinas de registro en la dirección inversa, para salir en libertad?

Sabía que cada vez que un preso es inscrito en el registro de una cárcel tiene derecho a efectuar dos llamadas telefónicas. Llamé primero a mis abogados para que supiesen que había llegado y después a mis padres. Casi nunca tenía ocasión de hablar con ellos por teléfono, excepto cuando ingresaba en una nueva cárcel. Estuvieron contentísimos de oírme, pero al mismo tiempo se mostraron preocupados y nerviosos por lo que podía significar aquella nueva situación. Mi madre prometió venir a verme antes de Navidad. Mi hermano Reggie, que tenía un permiso de trabajo de la universidad, iba a venir también a la Costa Oeste. Mi madre procuraba ocuparse en cosas que la distrajesen de la inquietud que sentía por mí. Aunque se mantuvo fuerte hasta el fin, creo que aquella prueba fue más dura para ella que para nadie. Le pregunté si ahora comía ya regularmente y si había recuperado algo de peso. Cada vez que nos veíamos o hablábamos por teléfono, acabábamos dándonos consejos la una a la otra acerca de la misma cuestión. Aquel día me recomendó de nuevo que comiese más y que tratara de recuperar todos los kilos que había perdido. Yo le pedí que no se preocupase tanto y, muy a mi pesar, me despedí de ella.

Tan pronto como hube colgado el auricular, se abrió una puerta a la izquierda de la oficina de registro. Pasamos a un corto y estrecho pasillo y, al mirar a la derecha, vi la celda más siniestra de todas las que había conocido. Toda aquella zona tenía paredes de vidrio. Al otro lado de una de

las paredes había un pasillo de unos cuatro metros de largo por sesenta centímetros de ancho, a un lado del cual había dos celdas. Cada una de ellas medía, aproximadamente, dos metros cincuenta por uno ochenta; una contenía la acostumbrada litera metálica, un delgado colchón, un inodoro y un lavabo; la otra, algo más pequeña, estaba almohadillada y completamente revestida de un grueso tejido afelpado de color gris plateado. El almohadillado se interrumpía solo en un orificio del suelo que hacía las veces de inodoro.

—Tiene que quitarse la ropa —me dijo la matrona.

Me entregó un uniforme, un pijama, un jersey, unas bragas, un sujetador, unos calcetines y unas zapatillas de goma con tiras. Le dije que estaba dispuesta a ponerme aquellas prendas, pero no la ropa interior. Ella insistió en que debía entregarle la mía y ponerme la de la cárcel. Yo estaba decidida a no hacerlo; en Nueva York, el llevar ropa interior sin esterilizar me había hecho contraer una terrible erupción que se me había extendido por todo el cuerpo y que había tardado meses en curárseme del todo. Le dije a la matrona que le entregaría mi ropa interior, pero que bajo ningún concepto me pondría la otra.

Las carceleras deben de tener algo de *voyeuses*. Aun las que no son homosexuales, tienen la costumbre de quedársele mirando a una fijamente mientras se desnuda. Aquella matrona no debió de darse cuenta del interés con que me miraba, porque, cuando le pregunté qué era lo que encontraba tan interesante, se azaró muchísimo y sin decir nada salió bruscamente de la celda.

El descolorido uniforme, más parecido a una bata que a un vestido, me venía corto y estrecho. El deslucido jersey gris no me llegaba a la cintura y las mangas me quedaban hacia la mitad del antebrazo. No pude ponerme los blancos calcetines de talla infantil ni las zapatillas de goma y los tiré al pasillo por la puerta abierta.

Entonces me di cuenta del frío que hacía allí. Pero no solo eso, sino que el lavabo tenía un escape de agua que había encharcado todo el suelo. Salí al pasillo para quejarme, pero no se veía a nadie, y la puerta que llevaba al corredor principal estaba cerrada con llave. Me dije que Margaret y Howard vendrían pronto y podríamos empezar a luchar contra aquella situación infrahumana. Con aquella bata corta, sin ropa interior y descalza, tenía

mucho frío; me puse el pantalón del pijama encima del jersey. Imagino el aspecto que debía de tener.

Como no tenía donde sentarme, me subí a la litera, me eché por los hombros la manta del ejército y procuré concentrarme en un libro. Apenas había leído una página cuando se acercó por el pasillo una celadora de cabello tan rojo como el fuego. Abrió mi puerta y, según me pareció, me preguntó con cierta amabilidad si quería desayunar. Le dije que sí. Cinco minutos después, volvió y me anunció que «no tenía derecho» a desayunar. Había hablado con alguien del condado de Marin que le debió de decir que ya había tomado un té —¡un té!— antes del viaje. En vista de lo cual, no podía tomar nada más hasta la hora del almuerzo.

—¿Ustedes no saben lo que es portarse como seres humanos, verdad? —pregunté con rabia.

De prisa, pero en silencio, ella salió de la celda. Me reprendí a mí misma por haber accedido a su amable ofrecimiento y volví a mi libro.

Después, cuando llegó Margaret y me vio acurrucada bajo la manta, muerta de frío, y contempló el suelo lleno de agua, abrió la boca asombrada. «¡Están locos! —exclamó—. ¡He estado en muchas cárceles, pero nunca había visto una cosa así!».

Su indignación me reconfortó un poco. En un momento dado, me había preguntado si no estaría tomándome demasiado a pecho mi situación material. Y había pensado en las descripciones que hacía George de los muchos calabozos en los que le habían arrojado durante aquellos diez años. Mi celda no podía ser tan mala como la galería O de Soledad, el Centro de Rehabilitación de San Quintín, el aislamiento de Folsom o cualquiera de los otros lugares donde habían tratado de quebrar su voluntad.

—Esto no es siquiera una celda corriente —le dije a Margaret—. Es lo que ellas llaman una «celda de espera», un lugar donde encerrar a las reclusas unas horas o quizás una noche. Pero piensan tenerme aquí varios meses. Es increíble. Aquí no hay espacio para hacer ejercicios, ni siquiera gimnasia.

Decidimos dibujar un plano a escala de la celda y hacer una descripción de ella por escrito para que los utilizase nuestro comité en sus comunicados a la prensa y en su labor de difusión de las condiciones de mi encarcelamiento.

Margaret se fue para entregar el dibujo al comité. —Ánimo —me dijo—. Pronto habrá grandes cambios por aquí.

Sonreí. —Ya sabes que aguantaré —le dije.

Algo más tarde, vi pasar a la celadora por delante de mi puerta acompañando a una joven blanca que parecía muy abatida. Oí girar la llave en la puerta de la celda contigua. Supuse que la joven sufría una depresión causada por alguna droga. Como no tenía ganas de hablar con una persona a la que no veía, no le dije nada, volví a subir a la litera superior y seguí leyendo *La mujer eunuco* hasta que llegaron Margaret y Howard.

Me traían la noticia de que el comité estaba ya poniendo las cosas en marcha. A lo largo de Estados Unidos, e incluso en otros países, la gente recibía comunicados acerca de mi situación. En cuestión de horas, comenzaron a llover telegramas y llamadas telefónicas para la oficina del *sheriff*. Este, que se llamaba James Geary y se consideraba hombre de convicciones liberales, respondió a aquella masiva protesta y ordenó efectuar algunos cambios. En una entrevista que apareció en el *Mercury* de San José, se lamentó de que personas de todo el país creyesen que él me había arrojado a un calabozo indigno. Dijo que una mujer había protestado por mi encarcelamiento «en un cuartucho sin calefacción, descalza y con el agua hasta los tobillos».

No solo se introdujeron cambios materiales, como calefacción, ropas y calzado, sino que los modales de las celadoras cambiaron también. Algunas se volvieron casi amables: «Señorita Davis, ¿necesita algo?». «¿Está todo bien?». «¿Le ha gustado la cena?». «¿Tiene alguna queja?». «¿Quiere algo especial para mañana?».

Antes de la lluvia de protestas, mis comidas consistían en insípidos platos preparados, que las celadoras justificaban explicando que las reclusas que ocupaban aquella celda casi nunca pasaban en ella más de un día. Después de las protestas, emplearon a una cocinera. Además, las celadoras anunciaron a los abogados que se me permitía tener un televisor en la celda y conservar la radio y la máquina de escribir eléctrica que había conseguido en Marin.

Con aquellas mejoras, la pequeña celda quedó abarrotada. Magnánimamente, las celadoras abrieron y pusieron a mi disposición la celda almohadillada. Así llegué a tener lo que en la propaganda del fiscal se

convirtió en «una *suite* de dos habitaciones». Una *suite* de dos habitaciones compuesta por una celda de dos metros cincuenta por uno ochenta y por otra almohadillada aún más pequeña que la anterior, cuyo inodoro consistía en un orificio en el suelo que un día se desbordó y dejó cubiertos de excremento líquido mis libros y el piso.

Así como era una farsa lo de la «*suite* de dos habitaciones», lo era también lo del «televisor privado» del que hablaba constantemente el fiscal. El televisor era «privado» por la única razón de que se me mantenía en aislamiento total. El fiscal nunca mencionó el hecho de que, en la sección ordinaria de la cárcel, todas las reclusas tenían acceso a un televisor en color. Y tampoco dijo que, cuando yo conseguí el mío, insistí en que se le proporcionase otro a la reclusa de la celda contigua, y que, cuando las celadoras se negaron a ello, nuestro comité se lo compró.

Aquellos días, a medida que mejoraban las condiciones de mi encarcelamiento, sentía brotar dentro de mí una profunda tristeza. Lo que habían hecho por mí se había hecho, hasta el momento, solo por mí. Me obsesionaba el recuerdo de todos los hermanos y hermanas que estaban pudriéndose en otras cárceles: Ruchell, Fleeta, John, Luis, Johnnie Spain, David Johnson, Hugo Pinell, Willie Tate, Earl Gibson, Larry Justice, Lee Otis Johnson, Martin Sostre, Marie Hill, los Hermanos de Attica... Sus nombres resonaban incesantemente en mis oídos. Desfilaban por mi mente, sin orden ni concierto, imágenes de sus calabozos, de sus carceleros, imágenes terroríficas que me angustiaban y que hacían penosa en extremo la mejora de mi propia situación. La formidable energía del movimiento popular, que había transformado tan rápidamente mis condiciones de vida en la cárcel, era una energía a la que mis hermanas y hermanos tenían tanto o más derecho que yo. Me esforcé por mitigar mi dolor estableciendo contacto con todos mis hermanos presos de todo el país. De modo casi compulsivo, a veces durante horas, respondía, una tras otra, las cartas que había recibido de ellos, cartas que se me habían acumulado durante los meses que pasé en Marin, donde las carceleras se negaban a entregarme toda mi correspondencia. Ahora más que nunca, sentía la necesidad de estrechar los lazos que me unían a todos los demás presos. Me parecía que mi vida dependía de mi capacidad de mantener contacto con ellos. Decidí

firmemente que, si algún día me veía en libertad, dedicaría mi vida a la causa de mis hermanos y hermanas encarcelados.

Poco antes del cambio de jurisdicción, Sheldon había tenido que abandonar mi defensa por razones personales. Y, una vez terminados los trámites previos al juicio, el equipo inicial de abogados se disolvió. Por entonces le pedimos a Doris Walker, una jurista que llevaba mucho tiempo relacionada con causas progresistas, que se uniese al equipo. Nos alegró que aceptase, no solo por su capacidad profesional y su indiscutible entrega a la lucha, sino también porque considerábamos políticamente importante que las mujeres asumiesen lugares destacados en la defensa.

Cuando fui trasladada al condado de Santa Clara, hubimos de apresurarnos a buscar al otro abogado que nos hacía falta. Contábamos con Howard, Margaret y Dobby, pero necesitábamos a uno más. En la discusión inicial que sostuvimos en la Cárcel de Mujeres de Nueva York acerca de los abogados, se había mencionado el nombre de Leo Branton, junto con el de Howard, como uno de los primeros expertos a quienes queríamos proponer que se encargase del caso. A mí me interesaba especialmente Leo Branton porque había sido uno de los pocos abogados que tuvieron el valor suficiente para defender a los comunistas acusados años atrás en virtud de la Ley Smith. Hacía poco que había abandonado su retiro para asumir la defensa de los Panteras de Los Ángeles procesados a raíz del ataque dirigido por la policía contra su local en el mes de enero de 1970.

La primera vez que le propusimos participar en mi defensa estaba muy ocupado en el caso de los Panteras y no podía aceptar otra responsabilidad importante. A consecuencia de un malentendido —creíamos que se había marchado al extranjero después del juicio de los Panteras—, no habíamos tenido contacto con él desde el otoño de 1970. Cuando Dobby me dijo que Branton se había mostrado muy interesado ante la posibilidad de participar ahora en mi defensa, ello me causó una gran alegría. Poco después, Branton vino a San José desde Los Ángeles para discutir el asunto.

Yo había visto a Leo solo una vez, y muy brevemente, en una de las audiencias previas al juicio de los Panteras de Los Ángeles; en aquella época llevaba bigote. Dado que todo el mundo hablaba de él como un excelente abogado negro que simpatizaba tanto con los Panteras que abandonó su retiro para defenderles, yo tenía la impresión de que se trataba

de un hombre de edad. El día que me anunciaron su visita, me encontré con una persona de aspecto joven, constitución robusta y cuidadosamente vestido. Ni se me ocurrió que aquel podía ser Leo Branton, un hombre que se había retirado ya. Pero ¿quién era en realidad?

Cuando Howard nos presentó, me quedé tan sorprendida que una de las primeras cosas que le pregunté fue su edad. Resultó que se había retirado a los cuarenta y cinco años y había pasado una temporada en México con su esposa, Geri. Su historia profesional era muy interesante. Había defendido a varios acusados en virtud de la Ley Smith; había ido al sur en los primeros años sesenta para defender a algunos miembros del movimiento por los derechos civiles y, finalmente, se había convertido en uno de los pocos abogados negros que representaban a personas del mundo del espectáculo. Por ejemplo, había sido abogado de Nat King Cole y, cuando le pedimos que se ocupase de mi caso, administraba los bienes de Jimi Hendrix en Inglaterra, en representación de su familia.

Como resultado de nuestra entrevista, Leo aceptó asumir mi defensa tan pronto como terminase su trabajo en Inglaterra. Su decisión fue motivo de alegría y orgullo para todos. Con Margaret, Howard, Dobby y Leo, mi equipo de defensores era ahora el mejor que podía desear. Era, indiscutiblemente, un paso hacia la victoria.

Poco después de mi traslado, comencé a asistir regularmente a las audiencias previas al juicio. Los carceleros insistían en hacer el viaje a San José, que duraba unos diez minutos, cerca de tres horas antes de la hora fijada para la audiencia. La comitiva de hombres armados que me custodiaba salía entre las cinco y media y las seis menos cuarto de la mañana. Yo iba en un coche sin distintivos policiales; delante y detrás de este iban varios automóviles más, mientras que otro se mantenía siempre al lado del mío. Si su intención era hacer el viaje discretamente, no puede decirse que lo consiguieran. Cada día eran necesarios una serie de cálculos y maniobras para mantener aquella formación unida hasta San José, a una velocidad de más de ciento treinta kilómetros por hora. Una mañana, a primera hora, mientras me vestía para uno de aquellos viajes, puse la radio, como hacía siempre al despertar. Oí una noticia: «Ayer por la tarde, el Tribunal Supremo del Estado de California aprobó la abolición de la pena de muerte, por ser cruel e inhabitual y, por ello, anticonstitucional». Al

principio, estaba segura de haber oído mal. Había hablado muchas veces con Anthony Amsterdam, el abogado que preparó los documentos y defendió ante el Tribunal Superior la abolición de la pena capital. Me había visitado en la cárcel mientras preparábamos el recurso de libertad bajo fianza ante el tribunal federal. En ningún momento se mostró optimista acerca del resultado de su acción. Pero era un hecho: la pena de muerte había sido abolida.

Mi pensamiento voló hacia los hermanos de San Quintín que se hallaban pendientes de juicio y podían ser sentenciados a muerte. A Ruchell ya no podían condenarle a morir en la cámara de gas que estaba tan próxima a su celda. John Clutchette no podía ya ser legalmente asesinado. Mi hermano Fleeta, tan hermano mío como Benny o Reggie, mi querido Fleeta, no perdería la vida por efecto de unos comprimidos de cianuro arrojados al ácido bajo la silla de la muerte. Y a Johnnie Spain, Luis Talamántez, Hugo Pinell, David Johnson, Willie Tate..., el Estado de California no podía quitarles nada más de lo que les había quitado la cárcel. Earl Gibson y Larry Justice escaparían al asesinato legal que es a menudo la suerte de quienes se niegan a ser serviles con sus guardianes.

Me eché a reír a carcajadas. Si hubiese estado en cualquier otro lugar, habría gritado, pero allí, en la soledad de aquella cárcel, contuve mi alegría.

Llegó Margaret. Enseguida vi que ya sabía la noticia, pues venía casi saltando, alegre y excitada. Nos abrazamos. Le dije que en un día como aquel no me habría importado estar en el Centro de Rehabilitación de San Quintín, en el pasillo de la muerte. «Deben de estar en plena orgía en este momento», dije.

Margaret, animadamente, me explicaba que Howard estaba preparando una audiencia aquella misma mañana para la cuestión de la libertad bajo fianza.

—¿Libertad bajo fianza? —le pregunté—. ¿Qué quieres decir?

Margaret me miró como si me hubiese vuelto loca. —Angela —me dijo —, se ha abolido la pena de muerte. ¿No te das cuenta de que esto elimina la base legal que utilizó Arnason para denegarte la libertad? ¡Ahora no le queda otra salida que concedértela!

¡Claro! En su decisión inicial de negarme la libertad bajo fianza, Arnason había recalcado que, de no estar yo acusada de un delito punible

con la pena de muerte, él habría accedido gustoso a mi petición. Y ahora no existía aquel tipo de delitos. Las palabras de Arnason constaban en acta. El argumento que había utilizado ya no era válido. Según aquel mismo argumento, yo tenía ahora derecho, «legalmente», a la libertad bajo fianza.

En mi alegría por el hecho de que Fleeta, los demás hermanos y yo no podíamos ya ser condenados a muerte, me había olvidado de todo lo referente a la libertad bajo fianza. Entonces, Margaret y yo nos echamos a reír a carcajadas; era la primera vez, en dieciséis meses, que reía libremente, con profunda alegría.

—Hemos telefoneado al juez Arnason a primera hora de la mañana —me dijo Margaret— y está de acuerdo en celebrar hoy una audiencia. Howard y Dobby están buscando el texto de la decisión del Tribunal Supremo. Llegarán dentro de un momento. Franklin, Kendra y el resto del comité están tratando de reunir como locos el dinero de la fianza.

Cuando Margaret me aseguró que estaría pronto en libertad, sentí una gran alegría, pero ahora, cuantas más cosas me explicaba, cuanto más hablaba de los detalles, más me invadía otra vez el pesimismo.

—Ese juez no me concederá la libertad —dije—. Después de tantos meses, en vísperas del juicio... Ya verás como encuentra alguna escapatoria.

No quería sofocar el entusiasmo de Margaret, pero recordaba demasiado bien la primera vez que se nos había denegado la libertad bajo fianza. Prácticamente todos los miembros del comité estaban seguros de que la conseguiríamos. Creo que yo era la única —incluyendo a los abogados— que tenía serias dudas acerca de mi próxima liberación. Por ello, cuando Arnason anunció que «legalmente» no podía concederme la libertad, todos sufrimos un terrible desengaño y se creó un ambiente de desilusión tan intenso que fue difícil sobreponerse y reemprender el trabajo de organización del movimiento. Para este, sería desastrosa otra derrota grave. Y estaba también el daño psicológico que me causaría una derrota como aquella; yo tenía que dosificar bien mis fuerzas para sobrevivir. No debía permitirme albergar unas esperanzas de libertad que podían ser arruinadas por las arbitrarias palabras de un hombre blanco revestido con la negra toga de la autoridad judicial. Desde luego, existía la remota posibilidad de que se me concediese la libertad bajo fianza, pero, tal como lo veía en aquel momento, era precisamente eso: una posibilidad remota. Además, estaba

segura de que Arnason no tomaría la decisión solo; la verdadera decisión tendría lugar a nivel gubernamental, es decir, muy por encima de la esfera de competencia de un Tribunal Superior.

Entramos en el despacho del juez para la audiencia preliminar. Yo me imaginaba ya todo el desarrollo de los hechos: Arnason, en su esfuerzo por ser lo más justo posible, accedería a reconsiderar su decisión y presidiría una nueva audiencia para estudiar la cuestión. Pero, para cuando se celebrase dicha audiencia, habría consultado cada uno de sus libros de leyes, habría leído mil veces la decisión del Tribunal Supremo en busca de una escapatoria, y al final declararía que lo lamentaba profundamente, pero que la ley le prohibía dejarme en libertad bajo fianza.

Cuando los tres abogados y yo entramos en el despacho del juez, nos encontramos cara a cara con el fiscal, Albert Harris, que parecía abatido. Howard expuso nuestra argumentación, extremadamente simple: en primer lugar, la anterior denegación de libertad bajo fianza se basaba enteramente en el hecho de que los delitos de que se me acusaba eran punibles con la pena capital. En segundo lugar, el Tribunal Supremo había abolido la pena de muerte hacía unas horas; no existían, pues, delitos punibles con la pena capital. Por tanto, debía concedérseme inmediatamente la libertad bajo fianza.

Tan convencidos estaban Howard y Dobby de la infalibilidad de sus argumentos que tenían a un fiador esperando en la puerta trasera del juzgado. Pero mis previsiones pesimistas resultaron correctas. El juez fijó una fecha para otra audiencia. Dijo que necesitaba tiempo para examinar la decisión del Tribunal Supremo, y que el fiscal lo necesitaba también para preparar su respuesta a nuestros argumentos.

23 de febrero de 1972

La siguiente audiencia se había fijado para un miércoles, en el despacho del juez. Howard se había opuesto enérgicamente a la celebración de una audiencia a puerta cerrada, pero el juez le había respondido que, si deseaba que fuese pública, él estaría encantado de complacerle, pero entonces habría

de posponerla durante un cierto tiempo. Entendimos bien lo que aquello significaba. Dado mi estado de ánimo, lo consideré como una insinuación muy clara de que el recurso sería denegado por segunda vez. Si no, ¿por qué se resistía a celebrar una audiencia pública?

Kendra, Franklin y Margaret seguían tratando de convencerme de que aquella vez el juez no tenía escapatoria. Margaret me repetía una y otra vez que, en su «opinión profesional», la ley no le proporcionaba a Arnason ninguna salida y que aquella vez lo conseguiríamos. Pero todos habíamos observado la reticencia de Howard. La otra vez estaba muy seguro de nuestra victoria y, cuando se me denegó la libertad, sufrió mucho por mí. Casi todos menos él me decían que ya podía preparar mi equipaje y que estuviese lista para abandonar la cárcel sin perder un minuto cuando llegase el mandato.

Pero no quise ni preparar el equipaje ni hacer un solo gesto que pudiese dar a entender a alguien —en especial a las celadoras— que confiaba en salir pronto. Recordaba bien, y con gran tristeza, la actitud arrogante de las celadoras y de los agentes del *sheriff* en la cárcel de Marin, cuando se me denegó la primera petición de libertad bajo fianza, en junio del año anterior.

Por fin llegó el día de la audiencia. Temblando de nerviosismo, tuve que someterme a las esposas y dejarme conducir a través de las puertas metálicas hasta el automóvil que me llevaría al juzgado. Me concentraba intensamente en cada uno de los gestos que había de hacer: levantar mis manos esposadas, volverme de espaldas al coche, sentarme al borde del asiento y deslizarme hasta el centro. Nunca aceptaba la ayuda de un carcelero, por difícil que fuese entrar en el coche. Como hacía siempre, me esforcé por fijarme en cada pequeño detalle del trayecto de la cárcel al juzgado. En algunos de aquellos viajes me había alegrado al ver a unos niños jugando en la calle; en otros, contemplaba con tristeza las caras de las sirvientas negras que iban a trabajar a las casas de los ricos de Palo Alto. Y siempre se me aparecía la adusta y repulsiva imagen del aeropuerto Moffett, la guarida de la que salían los aviones para asesinar a los pueblos laosiano, vietnamita y camboyano.

Aquel día era quizás el último en el que veía aquellas escenas a través de la ventanilla de un coche de policía. Pero no llegaba a convencerme de que existiese siquiera una posibilidad remota de que así fuese. Me sentía como

si caminase por una cuerda floja. Si seguía negando la posibilidad de obtener la libertad bajo fianza, el pesimismo podía hundirme en un abismo de depresión. Pero, por otra parte, si llegaba a convencerme de que aquel era el gran día, corría el riesgo de caer en una depresión aún más profunda en caso de que aquella esperanza resultase infundada. Durante los minutos siguientes me esforcé por mantener un equilibrio, por buscar el punto medio entre el pesimismo total y el optimismo desenfrenado. Tenía que avanzar por la cuerda floja un poco más.

Allí estábamos todos, situándonos en el despacho del juez para escuchar su decisión: Margaret, Howard, Dobby y yo, a un lado de la sala; Albert Harris y Clifford Thompson, al otro; y el juez, en el centro, en su amplio sillón parecido a un trono.

La imperturbabilidad de Arnason debió de ser premeditada. Por el tono indiferente con que anunció su decisión, no tuvimos oportunidad de dar rienda suelta a nuestra alegría. Así, sin más, terminaban dieciséis meses de cárcel.

Los abogados discutieron con el juez las condiciones de mi libertad. Sin percibir aún la realidad de mi nueva situación, me pregunté por qué Arnason habría decidido por fin concedérmela. No era, desde luego, que él personalmente desease verme libre antes del juicio. De haber sido así, podía haber tomado aquella misma decisión meses atrás. No necesitaba esperar a la abolición de la pena de muerte. Y tampoco era solamente a causa de esto último, pues también habría podido aceptar el argumento del fiscal, quien aducía que la decisión del Supremo no sería definitiva hasta dentro de noventa días, y que por ello el juez debía esperar a que transcurriesen aquellos tres meses para dejarme entonces en libertad, suponiendo que aquella decisión no se hubiese modificado. (Más adelante me enteré de que todos los jueces del estado de California que habían recibido una petición de libertad bajo fianza basada en la abolición de la pena de muerte habían aceptado aquella propuesta y esperado los noventa días).

No era el juez.

Tampoco las leyes.

Solo quedaba una explicación. Aquella misma mañana, el propio juez me había dado un indicio de sus verdaderos motivos.

Habló entonces de «la correspondencia y las llamadas telefónicas que he recibido en estos días, que no he atendido personalmente, pero lo han hecho mis subordinados [...]. Mensajes procedentes de un gran número de estados, y telegramas de países extranjeros. Este caso ha despertado enorme interés».

La verdadera razón por la que se había sentido obligado a tomar una decisión favorable a nosotros tenía que ver con el rápido desarrollo de la campaña en mi defensa. Arnason no quería dar a entender que había «cedido a la presión popular», pero era evidente que le había influido la ingente actividad de millones de personas.

Esta constatación me trajo a la memoria las numerosas y acaloradas discusiones que habíamos sostenido acerca del movimiento popular por mi libertad bajo fianza. En aquellas discusiones yo acostumbraba a estar sola de una parte, mientras que de la otra se ponían Fania, Kendra, Franklin y los demás dirigentes del comité. Hacía aproximadamente un año que se había iniciado la campaña por mi libertad bajo fianza. Yo era muy reticente a que el movimiento dedicara tantas energías a aquella única cuestión. En primer lugar, estaba segura de que no había la menor posibilidad de victoria. Además, pensaba que el contenido político de aquella reivindicación era muy débil: no permitía que la gente expresara su oposición al *sistema* represivo, que no solo era responsable de mi encarcelamiento, sino del de muchos otros.

No empecé a comprender mi error hasta algunos meses después. Era cierto que el hecho de reivindicar mi libertad provisional no constituía una exigencia revolucionaria. También era cierto que no desenmascaraba por sí mismo la podrida base del sistema capitalista. Pero precisamente porque una petición de libertad bajo fianza podía atraer a cualquier persona preocupada por la justicia, hacía posible que la campaña llegase a muchos miles de personas que, en un principio, seguramente no se habrían sentido movidas a exigir mi liberación definitiva. Quizás aquellas personas no habrían reivindicado abiertamente mi libertad sin condiciones, pero se comprometieron a pedir que me dejaran libre bajo fianza mientras un jurado no hubiese determinado mi inocencia o mi culpabilidad.

La participación de tanta gente en la campaña había sido en sí misma asombrosa, pero lo que más me impresionó y me convenció del acierto que

había representado impulsar aquella lucha fue la evolución política de los que participaron en ella. Muchos de ellos pasaron a actuar en otros niveles de la campaña. Una vez que comprendían el funcionamiento de los sistemas penal y judicial, se veían obligados a pensar seriamente en la represión política de la que nosotros hablábamos. Al conocer mi caso, se enteraban de la existencia de los Hermanos de Soledad, de la infrahumana vida de los presos, de la ley de sentencia indeterminada en virtud de la cual se había condenado a George a una pena que iba de un año de reclusión a cadena perpetua por un delito que, cometido por una persona blanca y en buena posición económica, habría sido castigado, en el peor de los casos, con un periodo de libertad vigilada. Aprendieron más cosas sobre el racismo y comprendieron hasta qué punto impregna todos los mecanismos del sistema penitenciario. Y se enteraron de la dinámica que hace del racismo un elemento esencial de la persecución política contra revolucionarios y progresistas. Muchas personas que, sin gran entusiasmo, empezaron pidiendo solo mi libertad bajo fianza, llegaron a convertirse en activos y eficaces dirigentes de la campaña.

Arnason nos dijo que la defensa y el fiscal habían de ponerse de acuerdo en las condiciones de la libertad bajo fianza antes de que él determinase oficialmente su cuantía, 102.500 dólares, 2.500 de los cuales debían ser pagados directamente al tribunal, en metálico. Como es natural, el fiscal trató de hacer que, una vez en libertad, me encontrase atada por tantas restricciones que aquello fuese casi lo mismo que estar en la cárcel.

La batalla se recrudeció. Harris aprovechó la oportunidad para atacar con dureza al comité, cuya presencia parecía siempre ofenderle personalmente. Insistió en que yo no debía asistir ni participar en ningún acto relacionado con el Comité Nacional Unido para la Liberación de Angela Davis. De haberse salido con la suya, yo no habría podido ver ni a mi propia hermana, pues Fania trabajaba en la coordinación nacional de la campaña. Harris parecía ver a su principal enemigo no en mí, sino en aquel movimiento de masas que había llegado a detener su aparato de persecución.

Nos pareció que habían pasado muchas horas cuando por fin llegamos a un acuerdo o, más bien, a una tregua. En la calle se habían congregado un gran número de hermanos y hermanas para seguir el desarrollo de la audiencia y conocer inmediatamente la decisión. Ellos no se habían

enterado aún de lo que nosotros sabíamos desde los primeros momentos. Cuando Howard y Dobby tuvieron que ir a su despacho a buscar unos documentos, el juez les ordenó que guardasen silencio sobre su decisión, que no hablaran con ningún periodista y que no se detuvieran por el camino. Margaret y yo pasamos a la sala de deliberaciones del jurado para esperar su regreso. Suponíamos que Howard se apartaría un poco —un poco nada más— de las instrucciones del juez.

De pronto, oímos que se producía en la calle un gran alboroto. Vítores, gritos, risas. Les había llegado la noticia. Estaban aclamando su propia victoria. Fue entonces cuando se desencadenaron en mí, súbitamente, todas las emociones que había tenido que contener durante la larga audiencia. Y era justo que así fuese, que mi alegría brotara al mismo tiempo que la de aquellos que la habían hecho posible.

Howard y Dobby volvieron al poco rato. Le dije a Howard que ya sabía que no podría mantener en secreto la noticia cuando saliese a la calle.

—Pero si no he dicho nada —repetía él—. He salido tan serio como he podido. He visto lo preocupados y nerviosos que estaban Franklin, Kendra y los demás, pero no me he acercado a ellos. Franklin ha venido hacia mí, y yo no he hecho otra cosa que sonreírle. He sonreído, no podía evitarlo. Y Franklin lo ha entendido. Me ha abrazado a mí, y después a Kendra, y entonces se ha armado todo este jaleo.

Ahora habíamos de atender a los problemas concretos. ¿De dónde saldría el dinero? ¿Quién sería mi fiador? Howard explicó que había problemas con el fiador con quien se había hablado (un supuesto simpatizante del movimiento). Al parecer, se había echado atrás en el último momento, recordando cómo Eldridge Cleaver había abandonado el país. Howard dijo que aquel hombre había demostrado ser tan racista que, aunque cambiase de opinión, no podíamos aceptar su dinero por una simple cuestión de principios.

Cuando había que dar alguna mala noticia, Howard asumía siempre un aire paternal. En la sala del jurado, me dijo afectuosamente que habría de tener paciencia unos días más hasta que se reuniera el dinero y se encontrase un fiador.

Contábamos con la promesa pública que había hecho Aretha Franklin, unos meses atrás, de aportar el dinero para la fianza. Aretha estaba ahora en

el extranjero, pero, cuando mi madre se puso en contacto con ella, declaró que seguía dispuesta a ser mi fiadora. El problema era que debía pasar aún una temporada fuera del país, y el dinero no podía ser entregado sin su firma.

El comité siguió buscando. Se reunieron rápidamente los 2.500 dólares que habían de ser entregados al tribunal y unos 10.000 para el fiador (el 10 por ciento de la fianza) cuando se encontrase a la persona que como garantía ofreciera bienes por un valor de 100.000 dólares. Esta vez, durante mi viaje de regreso a la cárcel en la comitiva de hombres armados, aunque llevaba las manos esposadas, me sentía llena de fuerza. Lo que acababa de ocurrir era la prueba incontrovertible del poder del pueblo.

De nuevo en mi celda, me eché en la litera, presa de una profunda tristeza. ¿Por qué yo y no los demás? No podía evitar sentirme culpable. Pero sabía que mi libertad tendría sentido solo si la empleaba en conseguir la liberación de aquellos cuya situación yo había compartido.

De pronto, empezó a venir todo el mundo a mi celda. Franklin me anunció que iba a ser puesta en libertad inmediatamente. ¿Qué quería decir? Llegó Stephanie con la misma incomprensible noticia. Después, Howard me explicó que habían encontrado a una persona dispuesta a ofrecer sus propiedades como garantía. Había aparecido inesperadamente, atraída por el magnetismo del movimiento. Era un granjero blanco del condado de Fresno que había heredado de su padre una gran extensión de tierra y que simpatizaba con nuestra causa. Pronto tuvimos noticia de otra posibilidad. Un fiador cuya oficina estaba en el mismo edificio que el despacho de los abogados, en San José, había decidido hacerse cargo de mi caso. Delante mismo de la cárcel se estaban ultimando los detalles con él. Por fin llegó Howard, loco de alegría con la noticia: se había conseguido definitivamente mi fianza; ahora no quedaba más que el papeleo. Sentí deseos de gritar de alegría, pero la lenta burocracia de la cárcel me impedía dar rienda suelta a mi emoción. En aquellos momentos, cada segundo de espera era como los meses que había pasado esperando entre rejas. Me faltó tiempo para quitarme las horribles ropas de la cárcel y ponerme los pantalones rojos que me había traído Kendra, que, por cierto, le venían pequeños a ella y mucho más a mí. Me temblaban tanto las manos que casi no podía vestirme. Sin embargo, pocos minutos después estaba en la oficina de registro, esperando

a que las funcionarias (que rabiaban en silencio) pulsasen los botones que abrirían las puertas de mi libertad.

Se abrió la primera puerta, deslizándose con exasperante lentitud. Un paso al frente y había cruzado el primer umbral. Me martilleaba el corazón mientras esperaba que se cerrase la puerta detrás de mí, con aquel odioso y violento sonido que siempre me atacaba los nervios. Aquella era la última vez. Pasé por la segunda puerta, que se estaba abriendo ante mí, y fui recibida con gran alboroto.

Corrí a abrazar a la primera persona que vi, Refu, un hermano al que conocía de Los Ángeles. Quería abrazar a todos los que estaban allí. Cárcel, encierro, *sheriffs*, cadenas..., todo quedaba ya lejos. Por razones de seguridad, teníamos que alejarnos de la cárcel con toda rapidez. Refu me recordó amablemente que ya tendría tiempo de ver a todo el mundo en un lugar más seguro. Margaret y yo subimos al Mustang amarillo de Victoria Mercado y avanzamos difícilmente por entre los amigos y los periodistas que se acercaban al automóvil. Mientras corríamos por la autopista, nos pusimos a gritar, a reír y a abrazarnos. Aquella vez no había guardias, ni coches de policía, ni esposas. «Nos encontraremos todos en casa de Bettina y de Jack», dijo alguien.

Cuando entramos en la casa, me dolía la cara de tanto reír y sonreír. Estaban allí el hijo de Margaret, Hollis, de seis años, y el de Bettina y Jack, Joshua, de cuatro. Con la especial ternura que saben mostrar los niños pequeños, Joshua me preguntó: «Angela, ¿de verdad estás libre?». Y Hollis se sentía tan contento que me echó los brazos al cuello.

Estaban allí, reunidos todos bajo el mismo techo, los miembros del Comité Nacional, los dirigentes y activistas del Comité de San José y de los comités de la Bahía. Recordé todas las dificultades que habíamos tenido que vencer para organizar el Comité de Defensa de los Hermanos de Soledad, y sentí una admiración ilimitada por todos sus miembros. A muchos de ellos no les había conocido hasta aquel día. Mis queridos hermanos y hermanas, que habían arrancado mi vida de las frías manos de la persecución racista...

En una habitación trasera hablé con los dirigentes de la Organización Chicana de Defensa. Su Comité para la Defensa de los Presos Políticos[36] había prestado especial atención a mi caso. Su apoyo fue decisivo en el

condado de Santa Clara, donde la población chicana era más numerosa que la negra. Victoria Mercado, una hermana chicana que se había unido muy pronto a la dirección nacional del comité, había estado muchos meses trabajando en San José con el comité chicano.

Durante toda la tarde pasó por la casa un ininterrumpido desfile de gente. En medio de todo aquello tomé el teléfono y llamé a Birmingham, a papá y mamá. Sabiendo el profundo dolor personal que habían sentido y su absoluta entrega a la lucha, me sentía más feliz por ellos que por mí. Estábamos tan emocionados que el teléfono parecía más un obstáculo que un medio de comunicación. Después telefoneé a mi hermano Benny y a Sylvia, su mujer. La relación de ambos conmigo era a la vez personal y política, y ello nos había llevado a querernos aún más. Y después hice varias llamadas a Nueva York. Quería hablar con Charlene, que había realizado un formidable trabajo al frente de la campaña nacional. Luego llamé a Winnie. Henry Winston, presidente de nuestro partido, y Gus Hall, nuestro secretario general, habían llevado juntos el mensaje de la campaña por todo el mundo.

Franklin me informó entonces de que se nos planteaba un problema. En el Centro de Solidaridad —el local del Comité de San José— se habían reunido cientos de personas para celebrar mi libertad, esperando impacientes que yo acudiese allí. Dado que las condiciones de mi libertad bajo fianza incluían la prohibición de hablar o estar presente en cualquier reunión numerosa organizada por el comité, se me aconsejó que no fuese. ¿Qué debía hacer? La primera violación de las condiciones de mi libertad podía ser utilizada como razón para devolverme a la cárcel. ¿Debía ser prudente y seguir al pie de la letra las órdenes del juez? ¿Acaso por mi interés egoísta hacia aquella parcela de libertad tenía que ignorar a los hermanos y hermanas que me habían dado tanto? Fuesen cuales fuesen las órdenes del juez, yo me debía a aquellos que habían luchado conmigo y por mí. Si al cumplir mis obligaciones para con ellos ponía en peligro mi libertad, mala suerte. Si permanecía con el pueblo, nunca estaría sola.

Cuando entramos en el Centro de Solidaridad, la gente reunida allí me dedicó unos largos y atronadores aplausos. Aquella acogida casi me sirvió de compensación por los últimos dieciocho meses pasados en la clandestinidad y en la cárcel.

Habíamos decidido que iría a vivir con Margaret. Bob y Barbara Lindsay, amigos nuestros de San José, le habían prestado una casa para el tiempo que durase el proceso. Durante dieciséis meses, Margaret me había visitado en varias cárceles, en Nueva York, en Marin, en Santa Clara... Ahora me parecía extraño pensar que dormiríamos y nos despertaríamos bajo el mismo techo, como hacía muchos años, cuando ella pasaba el verano en nuestra casa de Birmingham o yo me iba con su familia a Nueva York.

Aquella noche habría sido inútil que intentara dormirme, de modo que pasé las primeras horas de silencio y oscuridad pensando. Me di cuenta de la profunda huella que en mí había dejado la cárcel: mis reacciones estaban aún adaptadas a la vacía estrechez de aquel ambiente, a la densa hostilidad que allí lo impregnaba todo. Acostumbrada a dormir en una superficie poco más ancha que mi cuerpo, me parecía increíble poder dar vueltas en la espaciosa cama de Margaret.

Aquella casa tenía algo que me entristecía, que rompía el hechizo de nuestra victoria. Había pertenecido a la madre de Barbara Lindsay, una hermosa mujer llamada Emma Stern. Yo la recordaba como la anciana de cabello blanco y de rostro surcado por profundas arrugas que había redactado la primera octavilla sobre los Hermanos de Soledad. Tenía entonces más de setenta años y había sido una de los dirigentes más activos del Comité Soledad. En el verano de 1971 cayó enferma. Pasó una temporada entrando y saliendo del hospital, y parecía que se recuperaba. Cuando George fue asesinado, las fuerzas que la mantenían con vida debieron de verse consumidas por el dolor. Poco después del entierro de George, Emma Stern murió.

24 de febrero de 1972

Apenas tuve tiempo de saborear aquella primera mañana de sol en el hermoso jardín. Habría querido abandonarme a sensaciones primarias: tenderme en el césped, absorber el calor y la energía del sol que tanto había echado de menos en mis sucesivas celdas. Pero hube de contener aquel deseo de tocar los árboles, de mirar las nubes y de escuchar las voces de los

niños. Dentro de poco tendría que enfrentarme a la prensa y a los medios de comunicación y, a través de estos, a millones de personas.

Entonces el timbre anunció la llegada de Fania. Mi hermana había trabajado tanto en la campaña, viajando por todo el mundo, que no pudo siquiera estar conmigo en el momento de mi liberación. La noche anterior había tenido que hablar en Idaho. Nos abrazamos, felices por aquel encuentro que habíamos estado esperando durante dieciocho meses. Éramos hermanas, pero entonces habíamos pasado a ser también camaradas.

Después de la conferencia de prensa nos dirigimos a casa de Bettina y Jack, donde me esperaba Gus Hall. Gus entendía mejor que nadie lo que yo sentía aquellos días. Él había pasado unos ocho años en la penitenciaría federal de Leavenworth. Me describió el momento en que se enteraron de que el juez le había concedido la libertad bajo fianza. La noticia les llegó durante una sesión de congreso del partido. Me explicó cómo estuvieron dudando entre el deseo de comunicarlo a todos enseguida y la seguridad de que ello desorganizaría irremediablemente el resto de la reunión. Decidieron comunicarlo y, en efecto, no hicieron nada más en todo el día.

Acompañaba a Gus en aquel viaje Luis Figueroa, dirigente del Partido Comunista y senador de Chile. De baja estatura, con un enorme bigote, Luis tenía un aspecto benévolo. A su manera cálida y sencilla, Gus me preguntó si me gustaría cenar con unos camaradas de la región. Acepté. Entonces alguien me recordó que habíamos de darnos prisa para ir a recibir a mi madre, que llegaba en avión.

Las visitas de mi madre a la cárcel habían sido muy dolorosas. Era una persona muy sensible, sobre todo en lo referente a sus hijos. Mi cautiverio debió de causarle una angustia enorme. Si había alguna razón personal por la que deseaba imperiosamente estar libre, esa razón era mi madre.

Aquella tarde, cuando bajaba la escalerilla del reactor, tenía un aspecto radiante. Nunca la había visto tan alegre. Llevaba en brazos a Eisa, mi pequeña sobrina. A los pocos segundos nos fundíamos en un estrecho abrazo. Allí no había carceleros que perturbasen la intimidad de aquel encuentro.

Después de la cena, tras haber apurado una copa de champán —no me atreví a beber más—, dirigí un brindis a casi todos los presentes. De manera espontánea, nos pusimos a cantar «La Internacional»: «¡Arriba, parias de la

tierra!...», y después el «Himno nacional negro». Con voz potente y clara, mi madre cantaba: «Alcemos todas las voces y cantemos, hasta que resuenen la tierra y el cielo...». Hasta los camareros negros se unieron a nosotros.

25 de febrero de 1972

El fornido policía blanco que dirigía la operación estaba evidentemente enojado por mi presencia. Le temblaba la voz de rabia cuando me ordenó que pasase detrás de la línea blanca, al otro lado de la estancia. Con aquellas, ¿cuántas fotografías me habían hecho ya?

Como los demás policías alineados junto a los muros, llevaba un mono azul oscuro y una gorra de béisbol del mismo color. Se le habría podido confundir con el empleado de un estacionamiento, un reparador de televisores o un mecánico, de no ser por la voluminosa pistola que llevaba colgada en su cintura y la porra de unos sesenta centímetros que agarraba fuertemente con la mano derecha.

Cuando el fotógrafo hubo terminado, la misma voz colérica indicó que me dirigiera a otra línea blanca, reservada a las mujeres. Lentamente, de mala gana, pasé desde allí al otro lado del biombo. Contuve la respiración mientras me cacheaban, me hundían los dedos en el pelo y me pedían que me bajase las bragas.

Kendra, Victoria, Franklin y Rodney estaban familiarizados con los trámites rutinarios del juzgado de San Francisco para los asistentes al juicio de los Hermanos de Soledad. Pero mi madre, Sylvia y Benny se quedaron asombrados e indignados por aquel degradante preludio de cada sesión.

Era terrible pensar que las personas que asistían regularmente al juicio habían de someterse día tras día a aquellos humillantes registros. Sin duda alguna, la repetición confería un engañoso aire de normalidad a aquel trámite claramente fascista; y además, también sin duda alguna, se había establecido un nefasto precedente para futuros juicios políticos.

Se tomaron los nombres de todos, se asignó a cada cual un asiento concreto y se hicieron fotografías para la policía de San Francisco y para el

FBI. El público estaba separado de la escena del juicio por una pantalla transparente a prueba de balas colocada a todo lo ancho de la sala.

Tras la pantalla transparente, las cosas tomaban un aire teatral. Como siguiendo un ritual, los personajes avanzaron hacia sus puestos: la defensa, la acusación, los doce jurados y los cuatro sustitutos; después, en último lugar, entraron John y Fleeta, cuya fuerza y belleza parecieron hacer añicos aquella pantalla. Nos saludamos agitando el brazo.

Me era difícil concentrarme en lo que allí ocurría, pues me obsesionaba una idea fija: yo estaba libre y ellos aún encadenados. El círculo se había cerrado. Anteriormente, cuando yo estaba en libertad, había jurado luchar sin descanso por la liberación de John, de Fleeta, de George... Aquella nueva etapa de mi libertad no debía ser, de ningún modo, diferente de la anterior.

Esto era lo que pensaba decirle a John en la reunión que los abogados habían preparado para la pausa del almuerzo. Pero debía haberme dado cuenta de que todo iba demasiado bien. Arriba, en la sala de espera, el guardia chicano nos dio la noticia: lo sentía mucho, pero el juez Vauvaris había cambiado súbitamente de opinión. No podíamos ver a John Clutchette.

Mi gran desengaño se atenuó ligeramente cuando me di cuenta de que la celda en que esperaba John era visible desde donde yo estaba. Sin que el guardia protestase, llamé a John y le dije que tuviese confianza, que no se desanimase, pues era solo cuestión de tiempo.

Abajo se había congregado un enorme gentío. La prensa había sido advertida de mi presencia. Debido a ello, era probable que el juez interpretase mi asistencia al juicio de los Hermanos de Soledad como una violación de las condiciones de mi libertad bajo fianza. Pero en aquel momento aquello no importaba mucho. Lo importante era que yo reafirmase mi voluntad de luchar por la liberación de todos los presos políticos, en primer lugar y principalmente de los Hermanos de Soledad. Aquello tenía importancia no solo porque me llevaba adonde quería estar, de nuevo en la lucha, sino también por lo que significaría para todos los hermanos que habían luchado por mi libertad. Si a mí no me bastaba con mi libertad, a ellos tampoco.

34 El FSM es un movimiento estudiantil que surgió en la Universidad de Berkeley (California) a finales de 1964 para protestar contra la «multiversidad», es decir, la universidad convertida en una fábrica más al servicio del sistema. Aunque esta revuelta dio un gran impulso al activismo universitario de aquella década, su contenido ecléctico y su carácter, basado más en la «contestación» que en el análisis político —«Desconfía de los mayores de treinta años» era uno de sus eslóganes favoritos—, hicieron que pronto entrara en decadencia como tal. El lector interesado en el tema hallará un buen testimonio en *La revuelta de Berkeley*, de Hal Draper, Editorial Anagrama, Barcelona, 1970. *(N. del E.)*

35 Hay traducción castellana: *Si llegan por ti en la mañana*... vendrán por nosotros en la noche, Siglo XXI Editores, México, 1972. *(N. de la E.)*

36 En castellano en el original. *(N. del E.)*.

SEXTA PARTE

Puentes

«Los muros derribados son puentes»

Durante el primer año en Brandeis, mi amiga Lani y yo habíamos decidido levantarnos un sábado a primera hora para ir en autostop a Gloucester, en Massachusetts, a ver las barcas de pesca. Pensábamos pasar la noche allí. Pero, como no conocíamos a ningún «adulto» en Gloucester, tuvimos que hacer una pequeña transgresión de las normas —ridículamente puritanas, por lo demás— que regían la conducta de las estudiantes. Al salir de nuestra residencia, explicamos que teníamos permiso de nuestros padres para visitar a una familia de Nueva York, de la que dimos nombre y dirección. (Eran gente que sabrían cómo arreglárselas si se efectuaba alguna comprobación).

Gloucester estaba magnífico en otoño, con sus árboles multicolores, la imponente belleza de las rocas de la costa y la multitud de barcas y pescadores. Durante varias horas paseamos a lo largo de la costa, y después visitamos las callejuelas del siglo xviii. Aunque prácticamente no llevábamos dinero, comimos en un pequeño restaurante cuyo dueño nos sirvió abundantemente y no quiso ni oír hablar de que trabajásemos como pago por la comida.

Al empezar a disminuir el calor del sol, tuvimos que reconsiderar nuestro plan de dormir en la playa. Sin dinero, no podíamos pasar la noche en un motel, de modo que nos despedimos de los amigos que habíamos hecho y nos dirigimos otra vez a la carretera, donde usamos los pulgares como único medio de transporte.

Cuando llegamos al campus de Waltham, era tarde; había pasado ya el «toque de queda» establecido para las estudiantes de primer año. Si intentábamos atravesar el campus hasta la plaza Hamilton, donde estaba nuestra residencia, nos exponíamos a ser descubiertas por los vigilantes y a que se nos acusara de infringir el «toque de queda». Y aunque no nos descubriesen antes de llegar a la residencia, era muy probable que lo hicieran cuando intentásemos entrar en ella sin ser vistas.

Ridgewood, la residencia masculina, estaba a un extremo del campus, cerca de la carretera donde nos habían dejado; no estaba muy vigilada, y decidimos pedirle a un amigo que nos cediese su habitación por aquella noche. Cuando le despertamos y le explicamos lo que ocurría, él accedió gustoso a buscarse otra cama y nos cedió las dos que había en su cuarto. A

la mañana siguiente nos levantamos temprano y volvimos rápidamente a nuestra residencia sin tropiezos ni dificultades.

De algún modo —nunca supimos exactamente cómo—, la decana de las estudiantes se enteró de que habíamos «pasado la noche en la residencia masculina». Nos llamó para comunicarnos que íbamos a ser juzgadas por el tribunal de estudiantes. Lani y yo nos quedamos asombradas. Era absurdo que hubiésemos de ser juzgadas por un grupo de jóvenes burguesas cuyo cerebro estaba tan bien lavado que creían que, dada nuestra juventud, lo que habíamos hecho era inmoral. Debíamos comparecer ante aquel tribunal o ser expulsadas de la universidad, simplemente porque habíamos querido gozar de la belleza de un día de otoño y no habíamos permitido que el reglamento nos lo impidiese.

En una desnuda sala sin ventanas, Lani y yo estábamos sentadas a un lado de la larga mesa. Las estudiantes que formaban el tribunal se sentaban al otro lado.

—¿No sabéis que habéis perjudicado la reputación de esta universidad al aceptar que os acompañasen en automóvil unos desconocidos?

Las dos miramos con desdén a la estudiante que había pronunciado aquellas palabras. —Pues la reputación de Brandeis debe de estar muy perjudicada con todo el autostop que se hace por aquí —repliqué yo.

—Las estudiantes serias hacen autostop por el campus, y no en la carretera.

Siguió una larga discusión. Las estudiantes del tribunal nos lanzaban invectivas, y Lani y yo les respondíamos con la ironía que merecían.

Al volver a la residencia nos enteramos de que el veredicto había sido de culpabilidad, con la máxima sentencia: durante treinta días estuvimos «castigadas», es decir, que cada noche, después de cenar, habíamos de quedarnos en nuestra habitación o demostrar que estábamos estudiando en la biblioteca.

Nunca olvidé la farisaica condena de que nos hizo objeto aquel tribunal. Aquellas jóvenes estaban convencidas de que tenían derecho a decidir sobre nosotras. Como nos habíamos negado a aceptar sus normas de vida, éramos culpables de un «delito contra la moral» y, en consecuencia, querían que fuésemos castigadas.

28 de febrero de 1972

Cuando entraron en la sala los primeros jurados potenciales, me acordé de aquel simulacro de juicio que había tenido lugar hacía más de diez años. Experimenté la misma sensación de irrealidad, de que se trataba del mismo juego, un juego en el que los partidarios de las ideas trasnochadas llevaban una injusta ventaja.

Pero este juego era diferente, mucho más peligroso. Y lo que se dirimía en él era mucho más que treinta días de encierro.

En el escritorio que hay enfrente mismo de nuestra mesa gira un bombo de lotería. Cuando se detiene, el secretario introduce en él la mano y saca una papeleta. Lee cuidadosamente el nombre escrito en ella, pronunciando con claridad cada sílaba. Los de arriba siguen la escena a través de un monitor de televisión. Abajo, en la sala, somos muy conscientes de las cámaras y los micrófonos que transmiten nuestros menores gestos a ese grupo de desconocidos que corresponden a los nombres y números de nuestra lista de jurados.

A los pocos momentos de ser leído su nombre, compareció la señora Marjorie Morgan y tomó asiento en el estrado de los testigos. La señora Marjorie Morgan, que se había descrito a sí misma como la esposa de un vendedor de tractores retirado. La señora Marjorie Morgan, provinciana, con prejuicios... La señora Marjorie Morgan, quien no dudó en decirle a Leo, cuando este la estaba interrogando, que creía que yo era «probablemente culpable» de asesinato, secuestro y conspiración, y que nunca debía habérseme permitido enseñar en la Universidad de California en Los Ángeles. Insistió en que era ilegal e impropio que un comunista diese clases en una universidad. El único rasgo de honradez que mostró fue el franco reconocimiento de su incapacidad para juzgarme imparcialmente. En consecuencia, el juez se vio obligado a eliminarla de la lista.

El interrogatorio de los jurados potenciales constaba de dos partes. Primero, al jurado se le preguntaba qué efecto habían tenido en él las noticias relativas a mí y a mi proceso. Si el juez quedaba convencido de que la publicidad anterior al juicio no había creado en el jurado un prejuicio irreversible contra mí, la persona en cuestión ocupaba provisionalmente uno de aquellos doce asientos. Cuando el estrado de los jurados estaba lleno,

comenzaba la segunda parte de nuestra interpelación, en el transcurso de la cual interrogábamos a fondo a los jurados potenciales sobre toda una serie de temas, con la intención de descubrir cualquier prejuicio racista, favorable a la policía o de otro tipo, que pudiese aparecer durante el juicio a raíz de las pruebas que se mencionaran en él.

Al día siguiente fue interrogado un anticomunista aún más convencido. Al serle preguntada su actitud hacia los comunistas, William Waugh declaró: «Si una persona quiere ser comunista, me parece que podría largarse al país de los comunistas». Admitió que aquello me incluía a mí: si yo quería ser comunista, debía irme allí donde los comunistas tenían el poder. Sin embargo, como se negó a reconocer que aquella opinión le impedía juzgarme imparcialmente en cualquier asunto no relacionado con el comunismo, no fue destituido. Por el momento siguió en la lista de jurados.

Pero aquel mismo día fue llamada la señora Janie Hemphill. La señora Hemphill era la única persona negra de todos los jurados potenciales. Era una mujer robusta de poco más de cuarenta años, de aspecto agradable, que afirmó ser capaz de juzgarme con imparcialidad. Pero antes de que pronunciase una sola palabra, estábamos seguros de que Albert Harris, el fiscal, la eliminaría a la primera ocasión.

Unos días después, cuando fue interrogada a fondo, nos hizo un impresionante resumen de su vida. Me conmovió tanto lo que dijo que casi olvidé que aquella narración formaba parte del proceso de selección de un jurado que podía enviarme otra vez entre rejas. Cuando Howard le preguntó qué oficios había desempeñado, explicó que había empezado a trabajar a los doce años, en Arizona, recogiendo algodón y cebollas. «Después —continuó— trabajé de cocinera auxiliar. Luego vine a Los Ángeles, donde serví también como cocinera auxiliar… Y después estuve en una empresa donde hacían bocadillos para los camioneros… Cuando vine a San José, serví en una casa y trabajé en Spivey's como lavaplatos».

La señora Hemphill me recordaba a mi madre, la lucha que había sostenido para salir de Good Water, en Alabama, para estudiar en el instituto y en la universidad, haciendo todos los trabajos ocasionales que encontraba. Y todo para acabar de maestra en una pequeña escuela.

La historia de la señora Hemphill era la historia universal de la mujer negra en un mundo que quiere aplastarla. La señora Hemphill había

vencido. Mi madre también. Pero otras muchas mujeres no lo habían logrado. El sistema estaba contra nosotras. Esto era lo que se desprendía claramente del relato de la señora Hemphill. A un nivel diferente, mi propia situación, en aquellos momentos, era consecuencia de aquel mundo hostil desde los puntos de vista político, económico y social, un mundo con el que casi todas las mujeres negras han de enfrentarse todos los días de su vida.

El 13 de marzo, quince días después de que comenzase la selección del jurado, la señora Hemphill fue eliminada por una perentoria recusación del fiscal. Era la única persona negra a la que se había interrogado como jurado potencial. Se levantó la sesión.

Al día siguiente, 14 de marzo, aceptamos el jurado que se había formado. No era que estuviésemos satisfechos con él, ni mucho menos, pues la única persona negra había sido eliminada por Harris; pero, por la idea que teníamos del resto de los jurados potenciales, considerábamos que el grupo que se había formado el 14 de marzo era seguramente mejor que cualquier otro. Si hubiésemos seguido recusando a aquellas personas que mostraban más prejuicios, era seguro que Harris a su vez recusaría a aquellas a quienes considerábamos con más posibilidades de ser justas, y estas serían eliminadas una tras otra, como lo había sido Janie Hemphill y todas las que no parecían del todo contrarias a mí.

Esperábamos que nuestra intuición nos hubiese orientado correctamente en lo que respectaba a Mary Timothy, cuyo hijo había sido objetor de conciencia a la guerra de Vietnam. En el interrogatorio había demostrado ser una persona de gran independencia de juicio, a la que creímos capaz de decidir por sí misma. Si ella y los otros pocos jurados con los que estábamos satisfechos consideraban las pruebas con objetividad e inteligencia y no se dejaban influir por la demagogia del fiscal, podíamos esperar al menos una división de opiniones en el veredicto.

Cuando los miembros del jurado prestaron juramento, el 14 de marzo, había entre ellos una mujer cuya presencia en la lista nos preocupaba desde el principio. Al interrogarla Howard sobre la cuestión del comunismo, había dicho que los comunistas querían conseguir sus fines «por la fuerza».

—Al decir «por la fuerza», ¿a qué se refiere usted? ¿Qué quiere decir exactamente? —le preguntó Howard.

—Quiero decir que son subversivos. Me parece que son subversivos, no estoy segura —respondió la mujer.

—¿Podría explicarnos qué significa, en su opinión, «subversivos»?

—Pues que son «retorcidos», como diría mi hijo de once años —repuso ella.

Cuando Howard le preguntó cómo definiría el concepto «retorcido», la mujer intentó explicar el sentido que daba a aquella palabra diciendo: «Es que lo he simplificado mucho. Yo no tengo mucha cultura para explicarme bien. Una sabe de sus actividades por lo que lee y por lo que oye decir. Sé que tratan de provocar disturbios, pero no estoy segura de que esto sea cierto. Es lo que dicen los periódicos».

Howard estaba convencido de que aquella mujer fingía cuando quería parecer ingenuamente ignorante de ciertas cosas y, por lo tanto, capaz de ser una jurado imparcial. No había que olvidar que era hija de un capitán de policía retirado, de un hombre que había pasado más de veinticinco años en lo que la señora Titcomb llamaba «un trabajo de policía».

Durante el interrogatorio, Howard le había preguntado si tenía amigos negros. Ella respondió: «Ah, pues hace muchos años teníamos a unos amigos negros a los que queríamos mucho, pero después se trasladaron a otra ciudad. Y detrás de nosotros vive una familia negra de la que somos amigos». Al preguntársele cuándo había recibido por última vez a personas negras en su casa como invitados, respondió: «En mi casa en calidad de invitados... Pues mis hijos invitan a sus amigos negros casi cada día».

El 14 de marzo, la señora Titcomb prestó juramento con los otros once jurados. Pero, unos días después, fue destituida de su función. Al público y a la prensa se les explicó que la jurado se retiraba por «razones personales». Pocas personas se enteraron de la verdadera razón. Si las actas del proceso no se hubiesen mantenido en secreto, los medios de comunicación quizá no habrían sido tan pródigos en alabanzas al sistema judicial de Estados Unidos por la imparcialidad que garantizaba a cualquier acusado.

Todo empezó cuando aparecieron en los periódicos la lista y descripción de los jurados, al día siguiente de que nosotros los aceptáramos. El secretario del juez Arnason declaró que aquel mismo día había recibido en su oficina una llamada telefónica de una persona que se identificó como la hija de una de las jurados. Afirmó que la joven había hablado de modo

histérico, diciéndole tan solo: «Si mi madre sigue en el jurado, que Dios proteja a Angela Davis».

Los defensores y el fiscal fueron convocados con urgencia al despacho del juez para oír el relato de aquel incidente. ¿Qué sugeríamos que se podía hacer? Insistimos en que la hija de la señora Titcomb fuese llamada para explicarnos sus temores.

Se trataba de una muchacha pálida y de constitución frágil, que en realidad aparentaba menos de dieciocho años. Era evidente que se sentía muy cohibida, casi asustada, en aquel ambiente oficial. Yo quería preguntarle qué la había movido a correr aquel riesgo. ¿Había estado en contacto de algún modo con el movimiento por mi liberación? Solo el movimiento podía haberla impulsado a tomar conciencia de su responsabilidad política individual, aunque ello implicase un enfrentamiento con su madre.

No pude por menos de compadecerla cuando la vi mirar con temor a las personas que llenaban el despacho del juez. Hasta este se sintió conmovido y, en un gesto paternal, se aproximó a ella, le apoyó la mano en el hombro y le dijo amablemente que no tenía nada que temer.

Cuando cedió un poco aquella gran tensión, pudimos pasar al objeto de la reunión. La muchacha declaró que estaba segura de que su madre dictaminaría mi culpabilidad, independientemente de las pruebas que se presentasen. Siguió diciendo que su madre siempre había estado en contra de los negros, y le había ordenado a ella que no hiciese amistad con niños de aquella raza. La única amiga negra que había tenido en su infancia no podía visitarla en su casa; no solo porque su madre no lo permitía, sino también porque los padres de la niña no querían que esta fuese avasallada por una mujer que era conocida en el barrio por su hostilidad contra los negros. En uno de sus cumpleaños, la hija de la señora Titcomb había llorado porque su amiga no había podido venir a verla. Cuando hubimos puesto en claro los hechos de aquel episodio, la joven empezó a contarnos, sin la menor confusión, la historia de sus relaciones con un muchacho negro contra el que su madre había lanzado el veneno de su racismo. La segunda parte de aquella reunión consistió en una entrevista con la madre de la joven, en la que la enfrentamos con las acusaciones que había hecho su hija. Como era de esperar, la mujer declaró firmemente que todo lo que había

dicho la muchacha era mentira. Afirmó que su hija y ella nunca se habían llevado bien y que, de todos sus hijos, era a ella a quien menos quería.

Le preguntamos sobre la amiga negra de su hija a la que no le permitía entrar en su casa. Ella repitió que aquella historia era una invención. Le preguntamos entonces por el compañero negro de la joven. La señora Titcomb afirmó que su hija le había confesado haber sido violada por él.

Negó haber mentido durante la selección del jurado y se opuso en redondo a retirarse voluntariamente. Declaró que tenía derecho a formar parte de aquel jurado y que estaba decidida a cumplir con su deber ciudadano.

Aquella mujer parecía dispuesta a exponerse a lo que fuera para seguir en aquel jurado y declararme culpable. La amenazamos con volver a llamar a su hija para que repitiese ante ella su acusación de racismo. Pero no mostró preocupación alguna ante aquella posibilidad. Tuvimos que ir más lejos. Le preguntamos si estaba dispuesta a afrontar a su hija, y a todos los demás testigos que pudiésemos encontrar, ante el juez, el público, la prensa y el mundo entero. Reflexionó un momento y entonces decidió retirarse. Al parecer, solo la idea de enfrentarse al mundo entero la asustaba un poco.

27 de marzo

Cuando se anunció el receso para almorzar, Kendra y yo fuimos las últimas en salir. De pronto, Leo volvió a toda prisa a la sala, gritando: «¡Han absuelto a los de Soledad!». Nos pusimos a gritar, nos abrazamos, saltamos de alegría. «¡Los Hermanos de Soledad están libres!». Nuestros incontenibles gritos de júbilo resonaban en la sala vacía.

Yo reía y lloraba de alegría, pero al mismo tiempo pensaba: «¿Por qué no George?». Si le hubiesen dejado vivir un poco más...

El juez Arnason, que se había retirado a descansar a su despacho, oyó nuestros fuertes gritos y vino con toda rapidez. Un tanto asustado, temiendo probablemente lo peor, nos preguntó con voz suave si había ocurrido algo. Los tres le repetimos lo que habíamos estado gritando: «¡Los Hermanos de Soledad han sido absueltos!».

Aquel mismo día comenzaba el juicio. Dos otoños, dos inviernos y dos primaveras habían sido ya consumidos por las escaramuzas preliminares. Ahora, por fin, pasábamos a la decisiva batalla final. Y la absolución de John y de Fleeta era como un presagio que anunciaba nuestra victoria.

Aquella victoria confirmaría uno de los elementos fundamentales de mi defensa: el carácter político de mi compromiso con el movimiento en favor de los Hermanos de Soledad y con la estrategia que intentaba suscitar una protesta y una resistencia masivas a la persecución contra ellos.

Harris había intentado convencer al jurado con la absurda teoría de que yo era culpable de asesinato, secuestro y conspiración como consecuencia de mi «ilimitada y absorbente pasión» por George. Al expurgar su argumentación de las iniciales acusaciones políticas, el fiscal creía dar un paso firme hacia su objetivo. Según el auto de acusación, el primer «acto público» de la «conspiración» había sido mi participación en una manifestación celebrada el 19 de junio de 1970 en la que se exigía la inmediata liberación de los Hermanos de Soledad. Varios policías habían atestiguado ante el Gran Jurado que yo había exigido la liberación de los hermanos en aquella manifestación y en otros actos y asambleas. Ahora, dado que tanta gente aceptaba la idea de que yo era una presa política, el fiscal pasaba a la defensiva. Indudablemente, Harris temía usar las pruebas fundamentales en las que al principio había confiado. Y ello era debido al impacto de nuestra campaña pública, cuya tesis básica residía en el carácter político y represivo de la acusación.

«En las próximas semanas —insistió el fiscal ante el jurado— la acusación no presentará ninguna prueba relacionada con el ejercicio, por parte de la acusada, de su derecho a la libertad de expresión y reunión en virtud de la Primera Enmienda de la Constitución, exceptuando algunas cartas que escribió. Se convencerán ustedes de que la tesis de la acusación no se basa en absoluto en el carácter de las opiniones políticas de la acusada, cualesquiera que estas sean.

»Las pruebas demostrarán que la afirmación de persecución política, la afirmación de que la acusada es una presa política, la afirmación de que la acusada es víctima de persecución por sus ideas políticas, carecen totalmente de fundamento».

Pero si eliminaba las «pruebas políticas», el fiscal debía dar una nueva base a su argumentación. Aquella nueva base se centró en el tema de la pasión. Afirmó que lo único que yo había pretendido era liberar a un hombre a quien amaba.

Durante toda su exposición inicial, aunque se cuidó de aparentar que las consideraciones políticas eran del todo ajenas a su argumentación, hizo una y otra vez alusiones a mi actividad política. «Hoy —dijo— han comprobado ustedes que esta profesora de Filosofía, por las pruebas que constituyen sus libros, es también una estudiante de la violencia. [Se refería a dos libros: *La política de la violencia* y *Violencia y cambio social*]. Otras pruebas que presentaremos oportunamente demostrarán que la acusada no se mueve solo en el mundo de los libros y de las ideas, sino que participa directamente en la acción, en la violencia».

Pero entonces trató de dar marcha atrás: «Sus propias palabras revelarán que, tras la fría apariencia universitaria, se esconde una mujer capaz de ser arrastrada a la violencia por su pasión. Las pruebas demostrarán que no pretendía liberar a una serie de presos políticos, sino solo rescatar al preso al que amaba. El motivo principal del delito fue el mismo que determina muchos de los hechos criminales que ocurren cada día en Estados Unidos. Este motivo no era abstracto. No nacía principalmente de la necesidad, real o imaginaria, de reformar nuestras instituciones carcelarias, ni tampoco de un deseo de justicia social. Nacía, sencillamente, de la pasión que la acusada sentía por George Jackson...».

El segundo día del juicio tuvimos ocasión de rebatir los argumentos del fiscal. Como ya habíamos decidido que yo haría la exposición inicial de la defensa, me había pasado los últimos días discutiéndola con los abogados y preparando mis notas. Ahora estaba segura de que podíamos hacer trizas la tesis de la acusación.

Teníamos las armas listas y una buena defensa: allí se hallaban Howard, Margaret, Leo y Dobby. Yo estaba en forma. El movimiento de masas había alcanzado una fuerza sin precedentes. Fania, Franklin, Charlene, Kendra, Rob, Victoria, Phyllis, Stephanie, Bettina y los demás dirigentes eran magníficos organizadores. En aquellos momentos se estaban preparando para conducir al movimiento hacia la recta final. Además, aquel cambio en la tesis del fiscal, aquella teoría de la pasión que había expuesto Harris,

hacía más inconsistente que nunca la acusación del estado contra mí. Era un último recurso, una idea concebida y desarrollada cuando se hizo evidente que la argumentación política iba a ser sencillamente rechazada.

Aquel segundo día, cuando Victoria y Rodney Barnett, que se encargaban de mi seguridad personal, me acompañaban en automóvil por las desconocidas calles de San José, estaba absolutamente concentrada en la tarea que me esperaba.

Al aproximarnos al Centro Cívico de Santa Clara, vimos que en torno al edificio había más gente que lo habitual. Algunos agentes del *sheriff* corrían armados por el jardín, mientras que otros estaban apostados en las azoteas de los edificios del Centro Cívico.

Ignorando el motivo de tanta agitación, pensé que, fuese lo que fuese, aquello debía de formar parte de la conspiración que pretendía enviarme a la cárcel para toda la vida. Todos los días, las personas que entraban en la sala del juicio —espectadores, periodistas, nosotros e incluso los miembros del jurado— habían de someterse a detectores de metales, a humillantes registros y a la toma de fotografías. Ahora, toda la zona estaba ocupada por policías que llevaban fusiles, rifles y metralletas.

Al mirar por el jardín vi a algunos miembros del jurado sentados en los escalones del juzgado y a otros en los bancos del otro lado del jardín. Alguien dijo que unos cuantos presos habían intentado evadirse de la cárcel del condado, la cual formaba parte del mismo grupo de edificios que el juzgado.

El agente del *sheriff* que custodiaba la entrada posterior del juzgado, por la que entraban los abogados, se negó a dejarme pasar. Explicó que el edificio estaba bajo medidas de seguridad extraordinarias y que nadie podía entrar ni salir. Descubrimos más adelante que las personas que se encontraban ya en el interior habían sido encerradas: los periodistas, en la sala de prensa; el público, en el corredor, junto a la sala del tribunal; y algunos jurados, en la sala de deliberaciones.

Por fin, cuando el juez anuló las medidas de seguridad para los participantes en el juicio, pudimos reunirnos todos en la sala. Anunció que se suspendía la vista hasta el día siguiente por la mañana y autorizó a los jurados a marcharse.

Al parecer, tres hombres que estaban en la cárcel del condado en espera de ser trasladados a otros establecimientos penitenciarios habían decidido evadirse. Tras haberse apoderado de varios rehenes, esperaban poder negociar con las autoridades. Pero los agentes del *sheriff*, como siguiendo el ejemplo de los guardias de San Quintín, eligieron el primer momento propicio para interrumpir las negociaciones a balazos. El preso a quien se consideraba inspirador de la evasión resultó muerto y los otros dos fueron capturados.

Los periódicos de la tarde publicaron titulares del tipo de: «intento de evasión en el lugar del juicio de angela davis». Y en varios artículos se hacían detalladas comparaciones entre aquel hecho y la revuelta del 7 de agosto. Fuese aquello deliberado o no, lo cierto es que muchas personas que leyeron aquellas informaciones debieron de llegar a la conclusión de que nosotros teníamos algo que ver con el intento de evasión.

Aquel episodio, que se produjo antes de que pudiésemos hacer nuestra exposición inicial al jurado, nos planteó un serio problema. Los prejuicios que el jurado albergaba contra mí podían verse reavivados por aquel suceso. Por una parte, el único modo de poner remedio a aquello era solicitar inmediatamente que se declarase el juicio nulo por error de procedimiento. Pero, por otra parte, si era declarado nulo, volvería a comenzar desde el principio el proceso de selección del jurado. Y, dado que considerábamos haber elegido el mejor jurado posible en Santa Clara, cualquier otro nos sería menos favorable.

Los defensores y los organizadores de la campaña nos reunimos durante toda la tarde hasta llegar a un acuerdo definitivo: realizaríamos un breve interrogatorio de los jurados para determinar si habían aumentado sus prejuicios contra mí a consecuencia del intento de evasión que había tenido lugar.

Al día siguiente, después de interrogarles uno a uno, llegamos a la conclusión de que el daño no era irreparable. Decidimos seguir adelante con el juicio.

El podio estaba detrás de la mesa del fiscal, un poco a su izquierda. Mientras preparaba mis notas y me disponía a comenzar nuestra exposición, vi que Harris se removía en su asiento.

«El señor fiscal —comencé— les ha mostrado un largo y complicado camino por el que espera que ustedes le sigan a lo largo de este juicio, en virtud de las pruebas que se propone aducir. Asegura que este camino lleva inequívocamente a una conclusión: mi culpabilidad. Asegura que sus pruebas son tan concluyentes que ustedes no tendrán la menor duda acerca de mi culpabilidad ni les quedará otra alternativa que declararme culpable de los graves delitos de asesinato, secuestro y conspiración.

»Pero nosotros afirmamos, señores del jurado, que las propias pruebas que aporte la acusación les demostrarán que sus tesis carecen de fundamento. Las pruebas demostrarán que soy del todo inocente de cuantas acusaciones pesan sobre mí y revelarán que la argumentación del señor fiscal es inconsistente, que se basa en conjeturas, hipótesis y especulaciones...

»El lunes pasado, el señor fiscal comenzó diciéndoles a ustedes que los delitos de que se me acusa constituyen un típico caso de crimen pasional. Afirmó que mi pasión por George Jackson era tan grande que no conocía límites, hasta el punto de no respetar la vida humana.

»El señor fiscal afirmó más adelante que yo no me interesaba por la lucha en favor de la liberación de los presos políticos, que no me interesaba por el movimiento en pro de la mejora de las condiciones de vida en las cárceles de nuestro país. Les dijo a ustedes que demostraría que lo único que me interesaba era conseguir la libertad de un hombre, de George Jackson, y que aquel interés estaba motivado únicamente por la pasión.

»Señores del jurado: Las pruebas demostrarán que, cuando fui encausada, el Gran Jurado del condado de Marin examinó una serie de pruebas relativas a mi participación en el movimiento por la liberación de los Hermanos de Soledad, y no solo de George Jackson, sino también de Fleeta Drumgo y John Clutchette.

»Las pruebas demostrarán que el primer acto público de la supuesta conspiración fue, según el Gran Jurado, una manifestación en favor de los Hermanos de Soledad en la cual participé. El 19 de junio de 1970, yo ejercía unos derechos que me garantiza la Constitución —que me garantiza su Primera Enmienda— al participar en aquella manifestación, en la que se trató de la persecución desencadenada contra los Hermanos de Soledad, de la situación de otros presos políticos y de los problemas de los presos en

general. No obstante, mi presencia en la manifestación fue considerada como el primer acto público de una conspiración para liberar a los Hermanos de Soledad mediante la acción del 7 de agosto.

»Las pruebas demostrarán, señores del jurado, que aquella acusación contra mí tuvo una gran repercusión en todo el mundo, por considerárseme víctima de un acto de represión política. Yo les pregunto a ustedes: ¿no es razonable suponer que el señor fiscal sabe que ningún jurado imparcial me declararía culpable sobre la base de tales pruebas? Por ello se ve obligado a decirles que no presentará ninguna prueba relacionada con mi participación en la lucha por liberar a los Hermanos de Soledad. Lo que ha hecho es modificar su argumentación.

»Ahora pretende hacerles creer a ustedes que yo soy una persona capaz de perpetrar asesinato, secuestro y conspiración movida únicamente por la pasión. Pretende hacerles creer que, agazapadas tras mi apariencia externa, se ocultan unas siniestras y egoístas pasiones que, según sus propias palabras, "no conocen límites".

»Señores del jurado, esto es completamente imaginario. Completamente absurdo. Sin embargo, resulta comprensible que el señor Harris quiera sacar partido de mi condición de mujer, pues en esta sociedad se da por supuesto que las mujeres actuamos solo movidas por nuestras emociones y pasiones. Debo decir que estamos ante un síntoma evidente del chovinismo masculino que impera en nuestra sociedad».

Yo no había previsto que aquellas observaciones iban a causar tan buena impresión en varias mujeres del jurado. Durante mi exposición procuraba observar las reacciones de sus miembros. Cuando hablaba del carácter machista de la tesis de Harris, algunas de las mujeres movieron la cabeza en un gesto de aprobación y mostraron una expresión de interés. También ellas habían sufrido aquella experiencia: en realidad, por el simple hecho de ser mujeres se las había acusado también a ellas de actuar irracionalmente, de modo puramente emocional e ilógico.

«Las pruebas demostrarán —continué— que mi participación en el movimiento por la liberación de los Hermanos de Soledad empezó mucho antes de que yo tuviese ningún contacto personal con George Jackson. Podrán comprobar ustedes que, poco después de que Fleeta Drumgo, John Clutchette y George Jackson fuesen encausados por el Gran Jurado del

condado de Monterrey, […] yo empecé a asistir a reuniones públicas encaminadas a sentar las bases de un movimiento capaz de defenderles públicamente de la infundada acusación que pesaba sobre ellos: haber dado muerte a un guardia en el penal Soledad.

»Las pruebas demostrarán que mis esfuerzos por lograr la libertad de George Jackson se situaron siempre en el contexto de un movimiento que intentaba liberar a todos los Hermanos de Soledad y a todos aquellos hombres y mujeres que habían sido injustamente encarcelados».

Al hablar del Comité de Defensa de los Hermanos de Soledad, dije al jurado: «Nuestras reuniones estaban abiertas a todo aquel que desease participar en ellas [...]. Organizábamos manifestaciones, asambleas, campañas de propaganda y otras varias actividades informativas y culturales.

»Señores del jurado: podrán ustedes comprobar, cuando se aduzcan los testimonios oportunos, que elegíamos aquel tipo de actividades que nos permitían movilizar al mayor número posible de personas en la defensa pública de los Hermanos de Soledad».

Y, para insistir en lo que considerábamos que era el elemento básico de nuestra defensa, seguí diciendo: «Los testimonios demostrarán claramente que creíamos que la presión de un gran número de personas contribuiría a lograr que fuesen absueltos y que se viesen así libres de una acusación injusta.

»Señores del jurado: nuestro planteamiento del caso de los Hermanos de Soledad era correcto. El lunes pasado por la mañana, mientras ustedes estaban aquí escuchando la exposición inicial del fiscal, mientras le oían decir que yo no me interesaba en fomentar el movimiento por la liberación de los Hermanos de Soledad, se recogían los frutos de nuestra labor. Los doce hombres y mujeres que, durante un periodo de muchos meses, examinaron todas las pruebas que había podido reunir la acusación contra los Hermanos de Soledad, decidieron declarar inocentes a los dos hermanos supervivientes ante el tribunal de San Francisco. Y si George Jackson no hubiese sido muerto por un guardia del penal de San Quintín, en agosto del año pasado, también él habría sido absuelto de los cargos que se le imputaban».

Continué mi exposición describiendo en detalle las actividades del Comité Soledad, situándolas en el marco de mi participación en la lucha por la liberación de los negros y por los derechos de todos los trabajadores, chicanos, portorriqueños, indios, asiáticos y blancos. Hablé de mi labor en el Consejo de Estudiantes Negros de la Universidad de San Diego, en la Alianza de Estudiantes Negros, en el Congreso Negro, en el SNCC, en la Federación de Profesores de California, en el Partido de los Panteras Negras, en el Club Che-Lumumba y en el movimiento contra la guerra de Vietnam.

Me esforcé por demostrar al jurado que mis actividades en defensa de los Hermanos de Soledad formaban parte de la historia de mi compromiso con el movimiento en favor de los presos políticos, entre ellos Huey Newton, los veintiún Panteras de Nueva York, Bobby Seale y Ericka Huggins, los dieciocho Panteras de Los Ángeles y los otros siete hermanos del penal Soledad que también habían sido acusados del asesinato de un guardia.

«Las pruebas demostrarán —proseguí— que mantuve correspondencia con los siete hermanos del penal Soledad y que les expresé mi afecto, mi simpatía y mi solidaridad con su lucha [...].

»El fiscal ha declarado que este juicio no tiene nada que ver con una acusación basada en razones políticas. Pero han de saber, señores del jurado, que durante todo el tiempo en que participé en el movimiento por la liberación de los Hermanos de Soledad fui el blanco de una sistemática campaña de espionaje. El mismo fiscal está en posesión de numerosos informes dirigidos a varios organismos policiales de todo el Estado de California acerca de mis actividades en favor de los Hermanos de Soledad. Obran en su poder informes policiales relativos a asambleas en las que tomé la palabra. Tiene películas de manifestaciones en las que yo y otras personas proclamamos nuestro apoyo a los Hermanos de Soledad.

»El señor fiscal asegura que yo no estaba interesada en promover una reforma de las cárceles, pero él tiene en su poder informes policiales sobre mis actividades, elaborados específicamente para la administración del penal Soledad.

»El señor fiscal afirma que, durante el periodo anterior al 7 de agosto, yo era un simple juguete de la pasión; asegura que no luchaba en realidad por acabar con la represión en las cárceles. Sin embargo, él dispone de pruebas

que refutarán sus propias afirmaciones, pruebas recogidas por toda una red de espías de la policía y del Department of Corrections relativas a mi labor política para liberar a George Jackson, Fleeta Drumgo y John Clutchette.

»Pero el señor fiscal les ha dicho también que no les presentará este tipo de pruebas. Y no las presentará porque, si lo hiciese, ello les mostraría a ustedes el proceso por el cual una persona inocente puede ser acusada de varios crímenes. No, no les presentará esas pruebas. Seguirá diciéndoles que yo no soy la persona que ven ante ustedes, sino un ser maligno y siniestro, empujado al borde del desastre por emociones y pasiones incontrolables».

Cuando llegó el momento de hablar de mi amistad con Jonathan, la situé en el contexto de la relación que había entablado con las familias de los tres hermanos. Refiriéndome al Comité de Defensa de los Hermanos de Soledad, dije al jurado: «Jonathan Jackson era un miembro excepcional de nuestro grupo, pues nos transmitía la cólera, la frustración y las preocupaciones de un joven que no tenía otros recuerdos de su hermano mayor que aquellos que fueron ensombrecidos por las rejas de las cárceles. Jonathan era un niño de siete años cuando su hermano fue encarcelado, y durante diez largos años acompañó a los miembros de su familia a visitarle en varias cárceles del estado de California.

»Aquellas visitas debieron de dejar en él una impresión indeleble de lo que es la vida de un preso, y yo sé que, aunque solo tenía diecisiete años, sintió íntimamente, con gran intensidad, el dolor, las frustraciones, el desánimo y la sensación de absurdo que debían de experimentar hombres como James McClain, Ruchell Magee y William Christmas. Y, al mirar atrás, puedo decir que ahora comprendo la frustración, la profunda frustración y la terrible desesperación que sentía Jonathan».

Pasé después a la cuestión de las armas y demás pruebas materiales que Harris iba a aducir para intentar demostrar mi culpabilidad. Aludí por encima a los hechos que no discutíamos.

«El señor fiscal ha seguido una estrategia muy pobre. Ha inventado un esquema, un diagrama, una conspiración, y ahora ha de hacer encajar en ese marco al conspirador, al criminal. Ha elaborado el guion de un delito, y busca el modo de colocarme en él de modo plausible. Pero, dado que yo no he cometido crimen alguno y que todas mis actividades han sido públicas y

sin misterios, al señor fiscal le queda solo una alternativa: elaborar una acusación basada en circunstancias ordinarias de la vida cotidiana. Y les deja a ustedes, señores del jurado, la tarea de situar en ella el eslabón perdido que convierte una actividad ordinaria en una actividad criminal».

Tras dos horas de exponer al jurado las líneas fundamentales de nuestra defensa, me sentí lo bastante confiada como para decirles:

«Hemos llegado al fin de nuestra exposición inicial, y les pedimos que piensen en la conclusión de este juicio, cuando ustedes hayan escuchado pacientemente, casi hasta el agotamiento, la totalidad del acalorado debate que va a desarrollarse en esta sala, cuando hayan deliberado con el mayor detenimiento acerca de todo ello. Tenemos la seguridad de que su veredicto será justo. Tenemos la seguridad de que su veredicto será el único que se desprende de los hechos, el único que exige la justicia. Estamos seguros de que ustedes darán por terminado este proceso pronunciando una palabra: "Inocente".

Por supuesto que no estábamos en modo alguno tan seguros como daban a entender mis palabras, pues sabíamos que algunos jurados favorables a la acusación no juzgarían objetivamente los hechos. Los abogados les habían observado atentamente durante la exposición del fiscal y la mía. Dos o tres de ellos parecían mucho más interesados en la historia inventada por la acusación que en la defensa presentada por mí. Pero, al mismo tiempo, creíamos que algunos, como Ralph Delange, el electricista, y Mary Timothy, habían escuchado con gran atención el análisis que yo había efectuado.

Al final de mi exposición me sentía agotada y no dejaba de preguntarme si habría dicho las cosas adecuadas del modo adecuado. El esquema que les había presentado tendría que servir de telón de fondo sobre el cual ellos juzgarían los testimonios que presentaría la acusación durante varios meses. (Harris había dicho al principio que la exposición de sus argumentos duraría seis meses). ¿Lo había presentado yo con la suficiente fuerza como para que retuviesen en la memoria nuestro análisis de los hechos? ¿O recordarían solo el sencillo esquema que les había propuesto el fiscal? Hasta el final del juicio no habría más discusión, y aquel final estaba aún muy lejano.

Tranquilamente, el juez Arnason asumió de nuevo la dirección del juicio. «Gracias, señorita Davis. Antes de proceder a llamar al primer testigo

haremos un receso, que coincidirá oportunamente con el receso habitual de la tarde. Ello le permitirá descansar un rato. Gracias».

Comenzaron las declaraciones de los testigos. La acusación llamó al estrado a varias mujeres que el 7 de agosto de 1970 estaban escuchando el testimonio de Ruchell Magee a favor de James McClain, en el preciso momento en que Jonathan entró en la sala. Harris se quedó visiblemente asombrado cuando una de aquellas mujeres describió la actitud de McClain como «casi amable».

Harris mostró al jurado unas horripilantes y sangrientas fotografías, enormemente ampliadas. Solo el sentido del decoro del juez Arnason le impidió incluir como pruebas las fotografías del juez Haley con media cabeza volada por varios disparos de fusil.

Hube de cerrar los ojos y disimular mi dolor y mi rabia cuando mostró las fotografías de Jonathan muerto en la camioneta, y también en el suelo, por donde le habían arrastrado atado con una cuerda.

Durante la primera fase de las declaraciones de los testigos, el fiscal evitó deliberadamente toda mención de mi nombre. Se proponía solo establecer lo que había ocurrido en cada instante de la revuelta.

Utilizamos nuestro turno de preguntas para defender a Jonathan, Ruchell, McClain y Christmas, refutando a Harris, quien les había presentado como brutales terroristas. Ya en aquella etapa del juicio sus argumentos empezaron a perder fuerza, tanto por sus deficiencias intrínsecas como por los ataques de la defensa en nuestro turno de preguntas.

Por ejemplo, no consiguió demostrar definitivamente —«más allá de una duda razonable», según la jerga judicial— que los amotinados de Marin habían exigido «Libertad para los Hermanos de Soledad». Pudimos refutar esto porque Ruchell me había escrito, en una carta a la que se pudo dar amplia publicidad, que su plan había sido totalmente distinto: no pensaban retener a los rehenes para que fuesen liberados los Hermanos de Soledad ni ningún otro preso. Ni siquiera habían pensado hacerlo para asegurar su propia huida. Ruchell me explicaba en la carta que se proponían simplemente llegar a una emisora de radio para exponer al mundo las encerronas de que muchos de ellos habían sido objeto en vez de un juicio justo, las condiciones increíblemente miserables de su vida en las cárceles

y, en particular, el reciente asesinato de un preso llamado Fred Billingslea por los guardias de San Quintín.

Muchos de los testigos que habían estado presentes en la sala del tribunal de Marin no habían oído las palabras «Libertad para los Hermanos de Soledad». Otros no oyeron que se formulase ninguna reivindicación. Algunos habían oído «Libertad para los hermanos de Folsom». El capitán Teague —el mismo que había dirigido todas las operaciones relacionadas conmigo cuando estaba en la cárcel de Marin— estaba seguro de haber oído «Libertad para todos los presos políticos», pero reconoció que aquella era una consigna que aparecía a menudo en las manifestaciones y concentraciones izquierdistas y podía haber sido una exclamación, más bien que una exigencia de rescate. Según afirmaba la acusación, el *sheriff* Montanas, del condado de Marin, había recibido una llamada telefónica de McClain desde la misma sala del tribunal. En el curso de la conversación, McClain habría exigido la liberación de los Hermanos de Soledad a cambio de los rehenes. Naturalmente, todo el mundo esperaba que compareciese el *sheriff* Montanas para dar cuenta de aquella conversación en el estrado de los testigos. Pero Montanas nunca fue citado como testigo por el fiscal.

No quiere esto decir que no subiesen al estrado un gran número de colaboradores suyos: no solo agentes del *sheriff* del condado de Marin (muchos de los cuales habían sido asignados a la cárcel de dicho condado para vigilarme), sino también agentes de policía de todas las ciudades de la zona —entre ellas San Rafael y Novota—, sin contar a los guardias de San Quintín.

Harris se empeñó en reconstruir, con precisión matemática, cada minuto del suceso. Prestó tanta atención a detalles insignificantes —dónde estaba cada cual en cada momento— que no se dio cuenta de que su interminable desfile de testigos se hacía tedioso y empezaba a aburrir visiblemente a algunos jurados.

Cuando prestó declaración el sargento Murphy, de San Quintín, Leo le interrogó acerca de las normas de la cárcel en lo referente a las evasiones.

—Y para estar seguro de que entiendo el significado de esas normas, señor, le preguntaré: ¿significan esas normas que, si unos reclusos intentan evadirse, si tienen rehenes en su poder y si los guardias ven la posibilidad

de impedir esa evasión, deben estos impedirla aun cuando ello suponga la muerte de todos los rehenes?

—Exactamente —respondió el sargento Murphy con frialdad.

—Y eso significa que, ya sean los rehenes uno o cinco jueces, una o veinte mujeres, uno o veinte niños, las normas de los guardias de San Quintín dicen que deben impedir la evasión a toda costa. ¿Es esto así?

—Esto incluye también a los funcionarios que trabajan en la institución, señor.

—Muy bien. Aun cuando los presos en cuestión tengan como rehenes a unos funcionarios que trabajan en la institución, ello no debe ser obstáculo para que los demás funcionarios de San Quintín hagan todo lo posible por impedir la evasión. ¿Es esto exacto?

—Sí, señor.

—En otras palabras: es más importante impedir una evasión que salvar unas vidas humanas. ¿Es esto exacto?

—Sí, señor.

Todos los presentes estaban sobre ascuas. Jurados, periodistas y público esperaban, ansiosos e impacientes, a que el fiscal llegase al pasaje crítico de mi carta a George. Pero Harris seguía leyendo incansable; sus monótonas palabras caían pesadamente sobre el silencio de la sala.

«"El hecho de elegir entre varias formas de supervivencia implica la posibilidad objetiva de una o varias alternativas. Espero que no tomes esto como una actitud de disculpa. Solo trato de comprender las fuerzas que nos han llevado, a las mujeres negras, al lugar donde estamos hoy. ¿Por qué tu madre te daba reprimendas en lugar de entregarte la espada flamígera? Esto equivale a hacer la misma pregunta acerca de cualquier otra mujer negra, y no solo en relación con los hijos, sino también con las hijas (y esto es importante). El verano pasado, en Cuba, vi a unas animosas guerrilleras vietnamitas. Y sabemos que la guerra de liberación nacional de Argelia habría estado condenada al fracaso desde el principio sin la participación activa de las mujeres argelinas. En Cuba vi a mujeres que patrullaban por las calles con rifles al hombro para defender la revolución, y también a jóvenes *compañeras*[37] que educaban a su marido o a su compañero y desmitificaban el *machismo.*[38] Al fin y al cabo, si las mujeres pueden hacer

la guerra y dirigir fábricas, los hombres habrían de ser capaces de ocuparse del trabajo doméstico, de los niños [...]".

»"Pero volvamos a la cuestión. Hemos aprendido de nuestros antepasados revolucionarios que ningún acto o reacción individual puede arrancar el cetro al enemigo. El esclavo se vuelve contra su amo inmediato, le vence, se evade, pero con ello no ha hecho más que dar el primer paso en la larga espiral que le lleva hacia la libertad"».

Veía cómo a Albert Harris le caía el sudor por la cara mientras se afanaba en leer al jurado mi carta a George. A menudo su modo de leer me recordaba el de un niño que sabe pronunciar las sílabas pero no entiende el sentido de lo que está leyendo.

«"Y a menudo esta huida individual es una evasión del verdadero problema"».

Harris leyó esta frase como si reparase en ella por primera vez, como si se diese cuenta de que no constituía en absoluto una prueba de mi participación en la revuelta del 7 de agosto, de que, por el contrario, tendía a exonerarme de los crímenes de los que me había acusado. Aunque parecía deseoso de acabar con aquella lectura y de quitarse de delante todo el montón de cartas, no podía detenerse. Continuó, monótonamente, vacilando.

««Solo cuando todos los esclavos despiertan de su sopor, definen sus objetivos, escogen a sus dirigentes, se hacen el propósito inquebrantable de destruir todo obstáculo que pueda impedirles plasmar en la tierra, en la carne y la sangre de los hombres sus visiones de un mundo nuevo [...]".

»"Una madre no puede por menos que clamar por la supervivencia de la carne de su carne"».

Harris leyó esto como un estudiante extranjero de inglés que repite una frase pronunciada por el profesor. Observé a los jurados. Algunas mujeres, sobre todo Mary Timothy, parecían preguntarse qué pretendía Harris al leer aquellos pasajes.

«"Se nos ha prohibido buscar la verdad acerca de nuestra supervivencia. Se nos ha prohibido llegar a saber que la supervivencia es una empresa colectiva, que debe ser ofensiva más que defensiva. Para nosotros, el principio de supervivencia exige la aniquilación de todo aquello que nos obliga a organizar nuestras vidas en torno a ese principio"».

Harris pronunció la palabra «aniquilación» con un énfasis especial, como lo hacía con toda palabra que consideraba relacionada con la violencia.

«“La angustia, la frustración que engendra el espectro de un niño que muere de hambre nos fuerzan a dedicarnos en cuerpo y alma a las necesidades más inmediatas de la vida. La obsesión del buen empleo, la obsesión de ‘situarse’ y ‘ser alguien’. Deseos nacidos del miedo, un miedo creado por un sistema que no podría subsistir sin los pobres, el ejército de reserva de desempleados, los chivos expiatorios.

»El instinto de supervivencia pervertido y desviado por un sistema que me obliga a echar de casa a mi marido desempleado a fin de que la asistenta social no deje de entregarme esos cheques que necesito para alimentar a mis hijos hambrientos”». El fiscal leyó muy de prisa estas últimas palabras, para que pasasen lo más desapercibidas posible.

«“A fin de quitar a mi marido toda libertad de movimiento, una laberíntica red de criminales instituciones me envía esos cheques, me permite entrar por la puerta de servicio para fregar suelos (para que la reserva de mano de obra siga con vida) y tiene la osadía de considerar todo esto como un favor a cambio del cual debo ceder al violador blanco y/o someterme a mi marido negro. El principio del intercambio (des)igual es omnipotente”».

Harris sacó un arrugado pañuelo blanco y se enjugó el sudor de la cara. Aquella pausa era evidentemente deliberada. Iba a leer el pasaje que él consideraba más comprometedor de todos. Era como si, al poner de relieve aquel pasaje con una pausa, pudiese hacer olvidar al jurado todas las demás ideas expresadas en la carta y centrar su atención y su memoria exclusivamente en el fragmento siguiente.

«“Las frustraciones y las agresiones no pueden ser reprimidas indefinidamente. Tarde o temprano se producirá el estallido. Pero si el camino revolucionario está enterrado bajo una avalancha de mecanismos de contención, nosotras, las mujeres negras, disparamos nuestras balas en una dirección equivocada y, además, ni siquiera sabemos usar el arma.

»Para la mujer negra, la solución no consiste en ser menos agresiva, en dejar el arma, sino en aprender a ajustar la mira correctamente, a apuntar bien, a apretar el gatillo con pulso firme y a no sentir dolor por el daño

causado. Hemos de aprender a regocijarnos cuando se vierte la sangre de los cerdos"».

Harris leyó estas palabras lentamente, con todo el énfasis dramático del que fue capaz.

Yo esperaba que los miembros del jurado no fuesen tan estúpidos como le habría interesado al fiscal. Algunos de ellos debían de haber comprendido la metáfora.

Harris volvió a leer con monotonía.

«"Pero todo esto presupone que el hombre negro tiene que desprenderse del mito según el cual su madre o su mujer deben sometérsele para que él pueda así iniciar la guerra contra el enemigo. La liberación es un movimiento dialéctico: el hombre negro no puede liberarse en cuanto que negro a menos que la mujer negra pueda liberarse de esta indigna sumisión, y viceversa. Y esto es solo el comienzo.

»Es significativo que Leroi Jones, Ron Karenga y todos los demás cobardes nacionalistas culturales exijan la total sumisión de la mujer negra como compensación por los 'daños' que durante siglos ha causado al varón negro. Como tú decías, George, existen unos criterios claros para determinar hasta qué punto favorecen a la contrarrevolución aquellos que se llaman a sí mismos compañeros nuestros de lucha. La actitud hacia los blancos es uno de estos criterios. La actitud hacia la mujer es otro"».

Me pareció que Harris pretendía que el jurado apartase su atención de mis críticas a los nacionalistas antiblancos por principio. Esperaba que me asociasen instintivamente con el sector antiblanco del movimiento negro de liberación, para que así se intensificasen prejuicios políticos ya existentes.

«"La liberación de la mujer en la revolución es inseparable de la liberación del hombre"».

Leyó esta última frase como si no le encontrase sentido.

«"Pero he estado divagando. Espero no haber caído en la tautología"».

En este punto, el fiscal recurrió a la misma pausa intencionada de antes. La última parte de la carta era la que quería leer con mayor énfasis, con mayor dramatismo. Era el pasaje que deseaba que los jurados retuviesen en su memoria.

«“Jon y yo hemos hecho un pacto. Yo trataré de dominar mi tendencia a recordarle su juventud y él tratará de combatir su chovinismo masculino. No te enfades conmigo antes de que te lo explique. Nunca he dicho que Jon fuese demasiado joven para nada. Solo le dije un día que era increíble que, a pesar de su educación católica, etc., se negara a permitir que la sociedad le encerrase en la adolescencia. Pero él no soporta que se mencione su edad, de ninguna forma”».

Las palabras habían sonado de modo extraño cuando Harris dio mayor énfasis a su voz. «“Nunca he dicho que Jon fuese demasiado joven para *nada*”». Aquella frase, que yo había escrito sin pensarla mucho, aquella frase con la que quería decir que sabía hasta qué extremo George quería y respetaba a su hermano, la utilizaba ahora Harris para confirmar virtualmente su teoría de la conspiración. Pero no había hecho sino empezar; aún había más.

«“La noche después de haberte visto en la sala del tribunal, por primera vez en varios meses, soñé (o al menos el sueño fue lo bastante significativo como para llegar a mi conciencia) que estábamos juntos, luchando contra los cerdos, venciendo. Y también soñé que aprendíamos a conocernos”».

Era como si Harris quisiese hacer creer al jurado que yo estaba tan obsesionada por la supuesta conspiración que conspiraba hasta en sueños.

«“Te quiero. Saludos revolucionarios del Club Che-Lumumba y del Comité de Defensa de los Hermanos de Soledad. Angela”».

Cuando Harris llegó al final de la carta, respiró profundamente y dejó escapar un gran suspiro. No mostraba la confianza que se supone que debe mostrar un fiscal que acaba de presentar pruebas concluyentes. Por el contrario, su actitud parecía revelar una profunda sensación de derrota. Y su suspiro fue un suspiro de alivio, como si hubiese creído que no iba a llegar nunca al final de aquella carta que había leído como un escolar.

Yo era presa de sentimientos contradictorios. Por una parte, después de ver presentada aquella carta como prueba, sentí el impulso de proclamar la absoluta derrota de la acusación: con aquel tipo de pruebas me habían tenido encarcelada durante dieciséis meses. Pero, por otra parte, me entristecía haber tenido que ver mis más íntimos sentimientos expuestos en público de aquel modo, en la fría y calculada exposición del fiscal. Sentí otra vez el dolor por la muerte de Jon, el dolor por la muerte de George y mi

furiosa ira contra sus asesinos. Pero no podía gritar, no podía llorar. Tenía que seguir allí sentada a la mesa de la defensa, esperando a que el fiscal presentase otra prueba contra mí.

Entre los testigos que fueron llamados a continuación figuraba la señora Otelia Young. Era una mujer negra de unos sesenta años, de baja estatura. Tenía la espalda curvada, como si hubiese llevado una vida de duro trabajo. Pero subió al estrado con paso firme y resuelto. Aunque no llegaba a fruncir el ceño, su cara revelaba una seriedad rayana en el enojo. Me pregunté si la gente creería que aquella seriedad, aquella determinación, iban dirigidos contra mí. Los miembros del jurado parecían intrigados.

La señora Young había sido vecina mía en la casa de la plaza Treinta y Cinco; vivía en el piso de abajo. Muchas veces habíamos intercambiado saludos, y en varias ocasiones me había dejado usar su teléfono. Me resultaba muy simpática: tenía una vitalidad que era indudablemente el secreto de su resistencia ante la vida. El chispear de sus ojos y su sentido del humor, agradablemente cáustico, me habían animado a profundizar mi amistad con ella. Pero no habíamos tenido tiempo para ello.

La señora Young había visto a Jonathan por la casa algunas veces. Ambos se avenían muy bien. Solían lanzarse pullas mutuamente, en broma. Con expresión afectuosa, Jon le decía: «¿Cómo estás, bruja?». Y, antes de que pudiese continuar, ella le replicaba: «Y tú, ¿qué locuras has estado haciendo, mocoso de pelo rubio?». Y así seguían durante un rato.

Ahora el Estado de California pedía a la señora Young que testificase contra mí.

Harris se proponía preparar el escenario para desarrollar su teoría de la conspiración. Siguiendo su método habitual, consistente en convertir todas mis actividades anteriores a la revuelta de Marin en actividades conspirativas, iba a intentar demostrar —según había anunciado en su exposición inicial— que yo alquilé el piso de la plaza Treinta y Cinco con el único fin de conspirar con Jonathan, que, según él, vivía también allí. Y había convocado a la señora Young justamente para que confirmase esta hipótesis.

Sí, respondió ella, había visto a Jonathan Jackson en la casa de la plaza Treinta y Cinco. ¿Le había visto por allí a menudo?, le preguntó Harris. No, respondió ella, solo unas cuantas veces. ¿Me había visto a mí instalarme en

el piso, trayendo mis cosas en un automóvil blanco? Sí, había visto el automóvil. ¿Estaba Jonathan conmigo aquel día? ¿Me había ayudado a subir los muebles? No; en el automóvil no había más que libros, y añadió que yo los había subido sola.

Por toda la sala pudieron observarse expresiones de desconcierto. Notamos que los jurados se preguntaban por qué el fiscal había creído necesario presentar el testimonio de la señora Young. Nosotros habíamos previsto que llamaría a testificar a todos los negros que pudiese encontrar, casi sin importarle lo que dijesen. Era una estratagema racista, basada en la idea de que los jurados dudarían de mi inocencia si veían a un gran número de negros comparecer como testigos de la acusación. Pero, en el caso de la señora Young, le había salido el tiro por la culata.

Fue interesante la respuesta que ella dio al fiscal cuando este le hizo una pregunta referente a su trabajo.

—¿Pasa usted mucho tiempo fuera de casa?

—Sí, señor. Trabajo desde las siete de la mañana hasta las ocho u ocho y media de la tarde. —Lo dijo irritada, con voz grave y sonora, dejando que sus palabras estallaran como un trueno en la sala. Todo el mundo entendió enseguida que trabajaba como sirvienta en casa de alguna familia blanca, donde hacía pesadas faenas todos los días, desde la hora del desayuno hasta la de la cena. Me pregunté si algunos jurados recordarían en aquel momento lo que yo le había escrito a George acerca de las mujeres negras. ¿Se darían cuenta de que me refería a Otelia Young y a todas sus hermanas que luchaban de modo parecido por sobrevivir?

Fue evidente que Harris interrumpía el interrogatorio sin extraer de él conclusión alguna. Había empezado aquel enfrentamiento de manera muy agresiva, pero ahora no se atrevía a llevarlo hasta el final.

La defensa no consideró necesario interrogar a la señora Young, y esta bajó del estrado con tanta dignidad como con la que había subido. Se dirigió a la salida, mirando recto al frente. Por ello nos sorprendió a todos que, de pronto, se acercara a la barandilla y me dirigiese una radiante sonrisa, casi extravagante. Con aquel brillo que yo había visto tantas veces en sus ojos, me saludó con un afectuoso «¡Hola!», agitando la mano como se hace con los niños pequeños.

El mes de marzo se nos había ido rápidamente en nuestros esfuerzos por elegir un buen jurado, capaz de ver a través de la cortina de humo que crearían los centenares de testigos de la acusación. (La lista original era de más de cuatrocientos). Y ahora había pasado también el mes de abril.

Yo había olvidado hacía tiempo lo que era descansar. Aunque nunca me adapté del todo a aquel modo de vida que se nos imponía, no dejaba de ver que había algo de terrible en el hecho de que el juicio fuera adquiriendo vida propia, una vida que devoraba las nuestras. De lunes a jueves, Margaret y yo salíamos de casa a toda prisa para asistir a nuestra cita de las nueve y cuarto con el juez, el fiscal y los jurados, como si hubiésemos de llegar a tiempo al trabajo o a una clase. Los viernes tenía que presentarme en el Departamento de Libertad Vigilada del condado de Santa Clara, para demostrarles que no me había fugado.

Los sábados y domingos nos reuníamos y analizábamos nuestra situación en el juicio. Eran días de crítica y autocrítica, de discusiones y de acuerdos generales sobre la estrategia a seguir en la sala durante la semana siguiente. Teníamos además reuniones con los dirigentes del Comité de Defensa, en las que se exponían ideas para la difusión masiva de propaganda acerca del juicio, se planeaban manifestaciones y asambleas y se coordinaba la actividad popular con los acontecimientos de la sala del tribunal.

Y no era solo mi vida la que había sido absorbida por el juicio. Margaret, Howard, Leo y Dobby trabajaban incesantemente. Charlene, Kendra, Franklin, Fania, Bettina, Stephanie, Rob, Victoria, Rodney y todos los demás dirigentes de la campaña popular habían organizado completamente sus vidas en torno a esta actividad. Hasta el día en el que dio a luz a su hija, Fania estuvo pasando unas horas en la cárcel para hablar conmigo de la campaña. Unos meses después, le pidió a nuestra madre que se ocupase de Eisa en Birmingham, para que ella pudiera dedicar todo el tiempo al trabajo de organización. En los viajes que mi madre hacía por todo el país y por Canadá, pidiendo a la gente que me apoyasen a mí y a todos los presos políticos, llevaba a Eisa con ella.

El 4 de mayo, uno de los testigos estelares de la acusación contó la historia que habría de convencer definitivamente al jurado, o al menos así lo esperaba el fiscal, de mi culpabilidad. Alden Flemming, un hombre regordete de piel sonrosada cuyas ropas parecían venirle grandes, era el

propietario de una estación de servicio cercana a una de las entradas del Centro Cívico del condado de Marin. Declaró que el 6 de agosto, la víspera de la revuelta, me había visto acompañada de Jonathan en su estación de servicio. Nuestro turno de preguntas reveló que ya me había identificado con anterioridad, al serle mostrado un grupo de fotografías tan cuidadosamente preparadas que no le quedaba otra alternativa que reconocerme. Aparte de las mías, eran fotos de mujeres negras de cabello lacio, con sus nombres escritos encima. Había una fotografía de Fania, otra de Penny Jackson, otra de Georgia Jackson y unas seis o siete mías, todas tomadas durante la concentración del 19 de junio —acto del que la prensa había informado ampliamente—, el mismo día que se me despidió de mi puesto en la Universidad de Los Ángeles. En algunas de las fotos aparecía yo hablando ante un micrófono, y en una de ellas se veía incluso a Jonathan caminando a mi lado. Estaba bien claro: se había pedido a Flemming que identificase a Angela Davis.

En el juicio, Flemming no solo identificó todas mis fotografías, sino también la de Fania, a quien confundió conmigo, y después dijo que no estaba seguro, pero le parecía que la de Penny Jackson también podía ser mía. Cuando Leo le preguntó acerca de su relación con negros, se apresuró a informarnos de que el 20 por ciento de sus clientes eran negros, cosa bastante difícil de creer en un condado cuya población negra constituía apenas el 3 por ciento.

—¿Está usted acostumbrado a ver a mujeres negras peinadas al estilo «afro»? —le preguntó Leo.

—Sí, señor.

—¿Las ha visto usted muchas veces en su vida?

—Desde que se ha puesto de moda ese peinado.

—Muy bien. ¿Durante cuánto tiempo diría usted que ha estado de moda el «afro» entre las mujeres negras?

—Unos siete años.

—Y me imagino que, durante este periodo de tiempo, ha visto usted a muchas mujeres peinadas de ese modo, ¿no es así?

—El veinte por ciento de las personas que vienen a mi gasolinera.

—¿Quiere usted decir que todas las personas que vienen a su gasolinera van peinadas al estilo «afro»?

—Entre el 15 y el 20 por ciento, creo.

—Así pues, debe de haber visto a un gran número de mujeres negras con ese peinado.

—Sí, señor.

Leo siguió entonces en otra dirección.

—¿A cuántas personas negras de piel clara ha visto usted en su vida?

—De piel tan clara como esta señorita, muy pocas, unas diez nada más.

(Toda persona negra o cualquiera que haya pasado algún tiempo entre negros sabría que, si realmente el 20 por ciento de los clientes de Flemming hubiesen sido negros, tendría que haber visto a un gran número de personas de piel tan clara como la mía, e incluso mucho más clara).

—¿Es esta una de las cosas que le hizo identificarla?

—Sí.

—¿La identificó por alguna cosa más?

—Por sus facciones.

Cuando Leo le pidió que explicase con detalle lo que había de característico en mis facciones, respondió:

—Pues, en primer lugar, tiene los ojos grandes. Y los pómulos más altos de lo corriente. Y me parece que sus rasgos no son tan marcados, tan duros como suelen tener las personas de color.

Entonces Leo le hizo la inevitable pregunta, con ironía, pronunciando las palabras «personas de color» del mismo modo que Flemming.

—¿Piensa usted que las «personas de color» tienen un rostro peculiar?

Flemming titubeó un momento y respondió: —Pues yo diría que las que he visto tienen el rostro más plano.

—¿Tienen el rostro más plano?

—Sí.

—La señorita Davis no tiene el rostro plano, y esto es lo que la distingue, ¿no es así?

—Pues... A mí no me parece que lo tenga así

Leo miró a Flemming a los ojos, hizo una pausa y después le preguntó: —Señor Flemming, ¿cree usted que todas las personas de color se parecen?

Y Flemming, como si estuviese demostrando definitivamente su credibilidad ante los jurados, respondió sin vacilar: —En el caso de la señorita Davis, no.

Era evidente que las actitudes de aquel hombre estaban tan impregnadas de racismo que habría sido incapaz de hacer una identificación honesta de una persona negra aunque le fuese en ello la vida. Las conclusiones que se deducían de nuestras preguntas no fueron publicadas por la prensa oficial, la cual informó en cambio detalladamente del interrogatorio de Harris, que, en nuestra opinión, había sido preparado y ensayado de antemano.

Howard produjo entonces un efecto a lo Perry Mason que pareció impresionar a los jurados. La semana anterior, sin decirme nada a mí, había pedido a Kendra que le acompañase en automóvil a Marin, donde se presentaron en la estación de servicio de Flemming. (Tal como se le había permitido hacer con todos los testigos de la acusación, Howard iba a interrogar a Flemming acerca de sus declaraciones ante el fiscal general). Antes de irse, Kendra bajó del coche, le pidió a Flemming que comprobase el aceite y, procurando llamar su atención al máximo, entabló con él una conversación trivial.

Me sorprendió oír que Leo preguntaba a Flemming si había visto alguna vez a la mujer negra que estaba sentada a mi lado en la mesa de la defensa. Supuse que se proponía simplemente desconcertar al testigo. Flemming respondió que, aunque nunca la había visto personalmente, le parecía recordar un artículo en la prensa al que acompañaba su fotografía. Ahora resultaba que Flemming, aunque había afirmado haber visto solo a unas diez mujeres de piel tan clara como la mía, no recordaba en absoluto haber hablado con Kendra en la gasolinera.

Mientras los abogados rebatían tenazmente las pruebas más importantes de la acusación, los hermanos y hermanas del comité avivaban el fuego en la calle, entre la gente. Cuanto más aumentaba en número, en fuerza y en entusiasmo el movimiento popular por mi libertad, más imperativo se hacía el considerarlo no como algo excepcional, sino como una pequeña parte de una amplia lucha contra la injusticia, como una rama del que había de llegar a ser un gran árbol de resistencia, firmemente arraigado. No se trataba solo

de la represión política, sino del racismo, de la pobreza, de la brutalidad policiaca, de las drogas y de las innumerables formas con que se mantiene en el dolor, en la desesperanza, a los obreros negros, mulatos, indios, amarillos y blancos. Y aquello no ocurría solo en los Estados Unidos de América, sino en países como Vietnam, donde los B-52 norteamericanos arrojaban una lluvia de bombas que quemaban y mutilaban a niños inocentes.

Queríamos que el acto masivo en que había de culminar la campaña reuniese aquellos distintos frentes de lucha en una demostración unificada de nuestra fuerza. Cada uno de estos frentes por separado —en favor de los presos políticos, por los derechos sociales y laborales, por la liberación nacional, por la liberación de la mujer, contra la guerra— podía dar lugar a tempestades aquí y allá, pero solo la poderosa unión de todos ellos sería capaz de desencadenar el huracán que derribase todo el edificio de la injusticia.

Muchas organizaciones se unieron a nuestro comité en la convocatoria de una manifestación contra el racismo, la represión y la guerra, que se celebraría en el lugar de mi juicio, San José, estado de California, el 26 de mayo. Las condiciones de mi libertad vigilada me impedían estar presente en aquel acto. Pero tuve la suerte de que unos amigos que vivían junto al parque donde había de celebrarse, justo detrás del juzgado, pusieran su casa a nuestra absoluta disposición. Desde su buhardilla pude ver y oír toda la manifestación.

La gente que acudió a ella no solo impresionaba por su número —habían venido millares de personas de todo el estado—, sino más todavía por su composición: había un número igual de negros, chicanos y blancos. Y no se trataba de la típica congregación de personas politizadas habituales de las manifestaciones, sobre todo porque muchos de los presentes venían del mismo San José, que no tenía una gran tradición como centro de protestas políticas izquierdistas. Se notaba el palpitante entusiasmo de aquellos que se habían sentido movidos, por primera vez en su vida, a sumar su voz a aquella exigencia conjunta de justicia.

Entre los oradores estaban Richard Hatcher, el alcalde negro de Gary, Indiana; la monja Mary McAllister, una de las procesadas en el juicio de los Ocho de Harrisburg;[39] Phillip de la Cruz, de la Unión de Trabajadores

Agrícolas; Raúl Ruiz, en representación del Partido La Raza Unida; Pat Sumi, que habló de la relación entre el movimiento por los derechos de la mujer y la represión; y Franklin Alexander, que representaba a nuestro comité.

Una vez terminadas las intervenciones, cuando el gentío multicolor hubo aprobado su contenido gritando hasta la afonía, resultaba innegable que se había alcanzado, por lo menos, una victoria moral. Ahora era necesario planear cuidadosamente nuestras próximas acciones y llevarlas a la práctica con habilidad, tanto en la sala del juicio como en la calle.

En los últimos meses, los abogados —en especial Dobby y Margaret— habían reunido a un número impresionante de testigos de la defensa. Sabíamos desde el principio que no teníamos que preocuparnos tanto por refutar las pruebas de la acusación —pues esta no se había basado en hechos inequívocos— como por la forma en que el fiscal la planteaba. Dado que Harris, en un último intento, había recurrido a su teoría de la pasión, íbamos a tener que presentar la verdadera imagen de mi relación con el caso Soledad, especialmente con George, y mostrar a los jurados una visión panorámica de mi trabajo político anterior, en particular el relacionado con los presos políticos. Estábamos ante un dilema, dado que, por una parte, queríamos presentar nuestros testigos, pero, por otra, la inconsistencia de las tesis del fiscal era tan clara que casi no se hacía necesario que la defensa las rebatiese. Harris no había demostrado, más allá de una duda razonable, mi culpabilidad. Por ello no estábamos en absoluto obligados a demostrar mi inocencia.

Tuvimos varias reuniones, largas y acaloradas, para decidir cómo había de enfocarse nuestra defensa en adelante. Algunos abogados y dirigentes de la campaña que seguían de cerca el juicio opinaban que la acusación era tan endeble que el solo hecho de presentar una defensa equivaldría a atribuirle una legitimidad y credibilidad que por sí misma no tenía. Al principio, yo consideraba que debíamos seguir adelante con la minuciosa defensa que habíamos preparado, no tanto porque fuese jurídicamente necesaria para mi caso individual, sino porque me parecía que era un modo muy eficaz de denunciar los métodos represivos que utilizaba el Gobierno para acallar a sus oponentes. Quizá la firmeza con que defendí esta posición tenía también algo que ver con mi resistencia personal a arrojar por la borda todos

aquellos meses de intensa preparación. Margaret, Dobby y yo habíamos estado trabajando juntos, durante unos meses que nos parecieron siglos, en la elaboración de mis declaraciones y de las pruebas políticas que presentaríamos a través de otros testigos.

Quienes abogaban por no presentar defensa nos recordaron que a lo largo de todo el juicio habíamos estado denunciando aquellos métodos represivos, y que nos quedaba aún la exposición final, en la que lo haríamos de nuevo en forma resumida. Y, volviendo a la cuestión del juicio en sí mismo, señalaron que ya les habíamos dicho repetidamente a los jurados que el peso de las pruebas le correspondía a la acusación y no a la defensa. Si el fiscal no podía demostrar sus afirmaciones «más allá de una duda razonable», nosotros no teníamos por qué pronunciar una palabra en mi defensa. Si presentábamos una defensa durante semanas y meses, los miembros del jurado podían pensar que teníamos miedo de algún detalle que a ellos se les había pasado por alto durante la argumentación del fiscal. Pero, por otra parte, si no presentábamos defensa alguna, podían creer que guardábamos silencio porque no teníamos nada que responder.

Después de discutir a fondo la cuestión, y cuando se hubieron calmado los ánimos, todos nos pusimos por fin de acuerdo en una solución intermedia: presentar a un número reducido de testigos cuyas declaraciones fuesen sucintas, tanto en los detalles concretos como en los aspectos políticos.

Se aproximaba el final. Después de que Leo presentase una petición de veredicto inmediato que, como era de esperar, Arnason denegó, nos dispusimos a exponer nuestra defensa, la cual habría de durar dos días y medio. Varios camaradas, un amigo y un abogado a quien había visto en San Francisco en los días anteriores a la revuelta testificaron sobre mis razones para estar en la bahía en aquel momento. Interrogamos a la amiga en cuya casa me encontraba cuando me enteré de la revuelta y de la muerte de Jonathan. Tamu, mi compañera de piso, subió al estrado para declarar acerca de las armas. Explicó que las pistolas y la munición eran usadas por miembros del Club Che-Lumumba para hacer prácticas de tiro, y que el lugar donde se guardaban —la casa de la calle Cuarenta y Cinco— era accesible a un gran número de hermanos y hermanas. Nuestro último testigo fue el doctor Robert Buckout, experto en testimonios oculares, quien

describió una serie de experimentos y presentó diapositivas que demostraban que las personas tienen una tendencia natural a añadir por su cuenta algunos detalles a hechos o individuos a los que no recuerdan bien. Uno de los experimentos que relató pareció interesar a los jurados: un estudiante blanco se paseó por un campus con la cabeza cubierta por una bolsa negra. Al ser interrogadas después las personas que le habían visto, muchas de ellas estaban seguras de que se trataba de un negro.

Dimos por concluida nuestra defensa; Harris llamó al estrado a varios testigos para impugnar nuestras pruebas y después hizo su exposición final ante el jurado. Su seguridad era mucho menor que la que había mostrado el primer día del juicio, y tuve la impresión de que ya solo quería que todo terminase.

Leo presentó la argumentación final de la defensa. Había momentos en que me concentraba tanto en sus palabras —elocuentes y conmovedoras— que me olvidaba de que estaba en juego *mi* vida. Terminó su exposición con una referencia a los abogados defensores:

«Hemos cargado sobre nuestras espaldas una gran responsabilidad. Hemos tratado de llevar esta responsabilidad con honradez y dignidad. Con estas últimas palabras mías, traspasamos esta responsabilidad de nuestras espaldas a las de ustedes. Al hacerlo, esperamos que cuando ustedes, doce personas justas, escriban el último capítulo del proceso del pueblo de California contra Angela Davis, puedan decir que fueron elegidos para esta tarea, que la cumplieron fielmente, que deliberaron acerca de los hechos y que emitieron el único veredicto acorde con la justicia. Este veredicto es el de "Inocente". No albergo ninguna duda al respecto. Estoy seguro de que lo harán así».

Aquel viernes por la mañana, poco antes del mediodía, los miembros del jurado se retiraron a deliberar en la sala del piso de arriba. Asistentes al juicio, militantes del movimiento y periodistas se reunieron en el césped de delante del edificio para observar simplemente o para participar en el piquete organizado por el comité. El césped estaba lleno de pancartas, personas que comían sentadas en el suelo, niños que jugaban, perros...

Horst, un periodista de la RDA que había seguido el juicio desde el principio, llevaba varias semanas invitándonos a almorzar con él, pero siempre habíamos tenido que responderle negativamente porque debíamos

discutir algún asunto durante la pausa del almuerzo. Ahora que el jurado se había retirado ya, no quedaba nada que discutir, de modo que fuimos a almorzar Horst, Stephanie, Kendra, Franklin, Victoria, Rodney, Benny, Sylvia y yo. Mientras estábamos aún en el bar esperando a que quedara libre alguna mesa, me avisó un camarero de que cogiera el teléfono. El *barman* sacó el aparato de detrás del mostrador.

Nadie dijo una palabra mientras yo tomaba el auricular. Era Fania.

—Angela, espera un momento. El juez quiere hablar contigo.

—¿Qué pasa? —pregunté—. ¿Qué es lo que quiere decirme?

—No tengo ni idea. Me ha preguntado si podía localizarte, sin explicarme nada. Tengo que decirle que estás al aparato.

—Es el juez —les dije a los demás en un fuerte susurro, con la mano encima del micrófono. Todos pensábamos lo inevitable: ¡el veredicto! En el teléfono, el silencio fue tan largo que me hizo creer que el juez no iba a llegar.

Pero por fin tomó el auricular y preguntó: «¿Es la señorita Davis? ¿Dónde está usted?».

Fania sabía dónde estábamos. Presentí que había alguna razón por la que no se lo había dicho al juez Arnason. Pero ¿por qué me telefoneaba ella si quería ocultarle mi paradero?

«Estamos en el Plateau Seven —respondí—. ¿Por qué?». Ignorando mi pregunta, me dijo en tono apremiante: «No se mueva de ahí. Espere hasta que vuelva a ponerme en contacto con usted». Y colgó el teléfono, cortando la conversación de un modo tan brusco como la había empezado.

Antes de que pudiésemos esclarecer nuestras muchas especulaciones —¿el veredicto?, ¿corrupción del jurado?, ¿amenazas?—, entraron en el bar unos hombres de paisano, evidentemente policías, que se situaron en varios puntos del local.

Alguien trató de reducir la tensión sugiriendo que pidiésemos lo que queríamos comer. El camarero nos acompañó a un comedor privado a través de un corredor, en el que vimos a más agentes de paisano que intentaban pasar desapercibidos. Aquel comedor era demasiado grande para nuestro pequeño grupo, y además la mesa estaba puesta para un banquete. Franklin, Victoria, Rodney y Benny estaban muy preocupados por nuestra

seguridad. ¿Y si se hubiese producido una amenaza y esta fuera a cumplirse? Franklin quiso ir a echar una mirada al restaurante para ver si ocurría algo especial, pero se lo impidió un policía que estaba apostado a la entrada del comedor.

«Ya *sabía* yo que nos traían aquí por algo —dijo Franklin al volver a la mesa—. Estamos encerrados, y hay policías guardando las puertas».

Minutos después llegó Howard con el teniente Tamm, el encargado de relaciones públicas de la oficina del *sheriff*. Howard estaba sin aliento. «Ha sido secuestrado un avión —dijo— y parece que los secuestradores quieren que vayas con ellos».

Nos quedamos atónitos. Aquello no tenía sentido.

«El juez quiere que nos reunamos con él. Dobby y Leo ya están allí. Margaret y tú tenéis que venir conmigo».

El teniente Tamm no decía nada.

En la calle, frente al restaurante, nos esperaban dos coches de policía. La reunión fue breve y no arrojó ninguna luz sobre la situación. «No pienso detenerla, señorita Davis —dijo Arnason en presencia de todos los abogados—, pero, por su propia seguridad, le pido que no salga del edificio hasta que se haya resuelto este problema».

Hasta aquel momento no se me había ocurrido que podían creerme relacionada con la organización del secuestro. Al fin y al cabo, si realmente hubiese querido huir, conocía formas menos arriesgadas de hacerlo, y no necesitaba haber esperado a que el jurado se retirase a deliberar.

Leo y Dobby habían averiguado unos cuantos detalles más. Según el agente del FBI que estaba apostado en el juzgado, cuatro hombres negros se habían apoderado de un avión que acababa de despegar de Seattle. Habían hecho saber sus peticiones a través de la radio del aparato. Dijo el agente que, cuando aterrizasen en el aeropuerto de San Francisco, querían que yo estuviese al final de la pista con 500.000 dólares y *cinco* paracaídas. (Se suponía que los secuestradores eran *cuatro*). Debía llevar un vestido blanco.

Afortunadamente, iba vestida de rojo. Si aquella mañana se me hubiese ocurrido ponerme un vestido blanco, no habría faltado quien llegara a la conclusión de que tenía algo que ver con el secuestro.

Como no sabíamos cuánto tiempo íbamos a estar encerrados en la sala del tribunal, Howard hizo gestiones para que mi familia pudiese reunirse con nosotros.

Entró el teniente Tamm y nos dijo que los secuestradores tenían bombas de plástico y amenazaban con volar el avión, que llevaba casi cien pasajeros, si no se satisfacían sus exigencias.

Mientras estábamos sentados en la sala, Leo y Dobby se hallaban en el despacho del juez siguiendo el desarrollo del secuestro. Leo salió y nos informó de que el juez Arnason no permitiría, bajo ningún concepto, que se me llevase al aeropuerto. Al cabo de un rato, entró Dobby meneando la cabeza y sonriendo irónicamente. «Nunca diríais lo que ha pasado. Parece que el avión acaba de aterrizar en el aeropuerto de Oakland. El agente del FBI estaba al teléfono, asustadísimo, ordenándole a alguien que hiciese despegar de allí el aparato. En Oakland tienen tan solo un agente; todos los demás están en San Francisco disfrazados de empleados del aeropuerto».

Hacia las siete de la tarde nos enteramos por fin de la verdadera historia del secuestro. No tenía absolutamente nada que ver conmigo, con vestidos blancos ni con paracaídas. Mi nombre no había sido mencionado siquiera por los secuestradores. Y estos tampoco eran cuatro. Todos aquellos aditamentos habían sido añadidos a los hechos cuando estos pasaban de la torre de control del aeropuerto a los medios de comunicación, a través del FBI. Era inevitable pensar que el FBI había intentado implicarme en el secuestro para perturbar las deliberaciones del jurado.

En todas las esquinas de la ciudad estaba el *News* de San José con un artículo titulado «los secuestradores reclaman a angela», basado en los erróneos informes del FBI. Aunque el juez había ordenado que se retirasen los televisores de las habitaciones que ocupaban los jurados en un motel, cabía la posibilidad de que alguno de ellos viese el titular del periódico en su camino de la habitación al juzgado. Si uno de los jurados se enteraba de la noticia y se dejaba influir por ella, podía declararse el juicio nulo. Solo nos quedaba esperar que no supiesen nada.

En medio del caos del primer día de deliberaciones, se produjo un hecho indiscutiblemente positivo. Fue elegida presidenta del jurado Mary Timothy, a la que, desde el primer momento, habíamos considerado uno de sus miembros más honrados y objetivos. Durante el interrogatorio, nos

había alegrado saber que su hijo se había negado a ser reclutado por el ejército. En la época en que se intensificaron los bombardeos sobre Vietnam, había asistido al juicio llevando una insignia con las tres aspas del signo de la paz. Durante todo el juicio habíamos llamado la atención de los jurados acerca de los esfuerzos del fiscal por utilizar los tópicos corrientes sobre la mujer, y habíamos atacado sus tesis porque con ellas quería presentarme como una mujer irracional, dominada por mis emociones. El hecho de que Mary Timothy hubiese sido elegida para presidir las deliberaciones indicaba que los jurados habían tenido en cuenta la cuestión de la discriminación social contra la mujer. El primer gesto activo del jurado constituía una negativa a la idea de que solo los hombres tienen aptitudes para dirigir.

Howard tenía su propia teoría acerca de las deliberaciones y nos la había expuesto repetidamente los últimos días del juicio. Si decidían absolverme, el veredicto sería unánime desde el principio y tardarían solo unas horas en anunciarlo. Si deliberaban durante más de un día, lo harían seguramente durante mucho tiempo y, al final, les sería muy difícil tomar una decisión. El viernes estuvimos tan preocupados por aquel avión que volaba de Seattle a San Francisco que casi no tuvimos tiempo de pensar en el veredicto. El sábado por la mañana, Howard dijo que volverían antes del almuerzo. Por ello, cuando el secretario telefoneó a los apartamentos Moorpark para decirnos que el juez quería ver a uno de los abogados, creímos que iba a anunciarse el veredicto al poco rato. Inquietos y silenciosos, nos dirigimos todos al juzgado. Sin embargo, no nos encontramos allí con el veredicto, sino con una petición del jurado para que les fuesen enviadas algunas de las pruebas. Pero nos animamos un poco al observar que la nota dirigida al juez iba firmada así: «Mary Timothy, *foreMs*».[40] Consideramos aquel pequeño rasgo de humor como un indicio de que los jurados no estaban enzarzados en una discusión demasiado áspera.

En el exterior, el piquete seguía siendo numeroso y activo. Después de librarnos de los periodistas, Victoria, Rodney y yo nos unimos a la gente. Tomamos unos bocadillos de un gran cesto de comida, jugamos con los niños y dimos gracias a todos por su apoyo.

Con el piquete estaba Andy Montgomery, destacado portavoz de la comunidad negra de San José y miembro del Comité de Defensa local. Era

él quien había buscado un despacho y alojamiento para mis abogados. Había hablado en mi favor en reuniones de la comunidad negra e incitado a algunos de sus miembros a participar en la campaña por mi libertad. También había exhortado, con buenos resultados, a los miembros de su iglesia para que se uniesen a la campaña, y a él se debía en buena parte la actividad general de San José en mi favor. Le habíamos prometido cenar con él aquel sábado si el jurado estaba aún deliberando. Resultó que todas las personas relacionadas de algún modo con el caso se hallaban en casa de Andy o ante ella, en la calle. Allí estaba mi familia, los abogados y sus familiares, Bettina, Kendra y Franklin, Rodney, Victoria y varios miembros del comité de San José.

Queríamos que la cena en casa de Andy fuese un respiro en medio del tormento de la espera. Pero la tensión era demasiado grande para que pudiésemos relajarnos. Cuando llegué a casa de Andy, vi que en la calle alguien hacía girar una doble cuerda que Margaret iba saltando mientras gritaba: «¡Más aprisa! ¡Más aprisa!». Me puse a saltar con ella. Después de enredarme en las cuerdas varias veces, logré hacerlo bien y ya no quise dejarlo. De aquel modo saltábamos a la cuerda en Nueva York los veranos que yo pasaba allí. Se pusieron a saltar también Bettina, Howard, Leo y Charlene, y hasta convencimos a mi padre para que lo hiciera. Cuando se animó, ya no quiso parar tampoco. Un poco más allá, Benny había organizado un partido de fútbol, y nosotros protestábamos a gritos cada vez que nos interrumpían el juego con un balón desviado.

Cuando llegaron a la mesa el pollo y las chuletas, la ensaladilla, la verdura y el pan de maíz, comimos como si no lo hubiésemos hecho en una semana. Nadie habló mucho del juicio, pero en el vecindario se corrió la voz de que estábamos en casa de Andy, y durante toda la velada tuvimos un interminable desfile de visitantes.

Al final descubrimos que nos habíamos excedido un poco en nuestros juegos, pues Kendra resultó lesionada durante la prematura celebración. Se torció el tobillo jugando al fútbol y Franklin hubo de acompañarla al hospital, donde le hicieron una radiografía, le pusieron un vendaje y le proporcionaron unas muletas. Quizá nos habíamos excedido, pero lo cierto era que el peso que yo sentía en mi pecho casi había desaparecido, y la

preocupación por el tobillo de Kendra nos hizo olvidar un poco nuestra angustia ante la decisión del jurado.

4 de junio

Era domingo por la mañana. Dando por supuesto que tendríamos que esperar todo el día, aún no nos habíamos puesto en contacto unos con otros. Yo pasé la noche en el piso de Geri y de Leo, y con este último reanudamos nuestra disensión ya crónica sobre la influencia del movimiento de masas en el curso del proceso.

De pronto, Howard irrumpió en el piso, jadeando. Había venido corriendo desde su casa, que estaba a un par de manzanas. Nos dijo solo que «teníamos que marcharnos». Por un momento, no entendí qué quería decir «marcharnos». La posibilidad de que el jurado llegase a una decisión en un domingo por la mañana era tan remota que ni había pensado en vestirme. Sin decírselo a él, había aceptado más o menos la teoría de Howard sobre las deliberaciones.

Los últimos momentos fueron los más angustiosos. Habíamos esperado dos días mientras deliberaba el jurado, tres meses mientras se desarrollaba el juicio, veintidós meses desde la revuelta de Marin, y ahora se nos decía que habíamos de esperar a que acudiese la prensa para conocer el veredicto. En la sala donde habíamos esperado tantas veces a que empezase la sesión, los abogados no dejaban de repetirme, y de repetirse a sí mismos, que el veredicto había de ser forzosamente favorable a la defensa. Además, dada la debilidad de la acusación y la presión del movimiento de masas, nunca creímos que el jurado emitiría un veredicto de culpabilidad. La alternativa en la que pensábamos era absolución o división de opiniones entre los jurados. Ahora esta disyuntiva estaba descartada, pues el jurado había hecho saber que había emitido un veredicto definitivo. No obstante, cabía otra posibilidad de la que nos resistíamos a hablar: un veredicto de compromiso. Esta solución, teóricamente ilegal, era adoptada con frecuencia por los jurados cuando sobre el acusado pesaban varios cargos. Pero nadie había dicho, al menos en mi presencia: «Lo único que hemos de temer realmente

es que te absuelvan de los cargos de asesinato y secuestro y te declaren culpable por conspiración».

Leo trató de reducir un poco aquella gran tensión diciendo que sabríamos el veredicto en el momento en que los jurados entrasen en la sala: la expresión de sus caras —sobre todo en el caso de Mary Timothy y del señor Delange— revelaría la decisión. Naturalmente, esto no nos sirvió de gran ayuda. Nada podía aliviar la angustia de aquella incertidumbre. Yo no podía estar sentada un minuto sin levantarme a pasear de un lado a otro. Y, cuando paseaba, tenía que sentarme otra vez, pues la sala me resultaba demasiado pequeña. Apretaba los dientes y me clavaba las uñas en las palmas de las manos. Margaret me decía que solo teníamos que aguantar unos minutos más y después habría pasado todo. Kendra hacía esfuerzos por mantener la serenidad.

Cuando entramos en la sala, había mucha gente en el corredor, pero parecía que los periodistas no habían llegado aún y tuvimos que esperar un poco más. En el corredor, mi madre declaró que prefería quedarse allí mientras se anunciaba el veredicto. Al tratar de tranquilizarla y asegurarle que pronto estaría libre, me sentí yo misma un poco más fuerte y optimista.

Entre la gente que llenaba el corredor, una voz empezó a cantar, muy bajo, un espiritual negro. Otra voz se unió a la melodía, añadiendo por su cuenta: «He despertado esta mañana pensando en la libertad». Momentos después, todo el mundo, incluso mi madre, se puso a cantar. El capitán Johnson, que había sido el terror de la prensa y de los asistentes al juicio, se acercó, echó una mirada y, por primera vez en todo aquel tiempo, no tuvo nada que objetar.

Por fin ocupamos nuestros sitios en la sala. Howard, Dobby y Leo se sentaron a la mesa, y yo me apoyé en la barandilla con Margaret a un lado y Kendra al otro. El alguacil anunció la llegada del juez. Poco después empezaron a entrar los miembros del jurado. Al ver al primero, Margaret, que había sido la más serena de todos, murmuró: «Oh, no...», y se dejó caer en la silla, sollozando en silencio. Me incliné hacia ella y le dirigí las mismas palabras de consuelo que ella me había dirigido a mí.

Miré a los jurados mientras iban entrando, en busca de algún indicio tranquilizador en sus caras. Pero no tenían expresión alguna, se había borrado de ellas todo rastro de emoción. Empecé a sudar, y sentí que todo

mi cuerpo se debilitaba. El rostro de Mary Timothy, que solía mostrar una expresión cálida, aparecía ahora frío y duro como el mármol, y la mirada vivaz del señor Delange era fija e inexpresiva y no se dirigía a nadie en particular. Como una frase de un disco rayado, me martilleaban el cerebro las palabras de Leo: «Por su expresión sabremos enseguida cuál es el veredicto».

Durante el ritual previo a la lectura del veredicto, traté de explicarme aquel súbito cambio de actitud en el jurado. Sus caras decían: «Culpable». Pero eso era imposible, ilógico, absurdo. Quizá todo había sido una gran farsa; quizá nos habían estado engañando durante aquellos meses, y aquellas miradas glaciales eran la realidad que mostraban al quitarse las máscaras. Sentí el deseo de correr hacia mi madre y alejarla de allí. Aquellos pensamientos, nacidos de la desesperación y el desconcierto, eran tan turbadores que tuve que hacer un esfuerzo para oír leer al secretario los documentos que Mary Timothy había entregado al juez.

El primer cargo era el de asesinato. La palabra sonó clara y audible: «Inocente». En el momento de silencio que siguió, se oyeron unos fuertes sollozos. Era Franklin. Parecía que todos los presentes respirábamos a la vez, con el mismo ritmo. El segundo cargo era el de secuestro. «Inocente» otra vez. Franklin lloraba más fuerte. Yo sentí que no podría resistir mucho más. Pero tenía que oír el último veredicto sobre el cargo de conspiración. Apreté fuertemente la mano de Margaret y la de Kendra.

Cuando el secretario leyó por tercera vez la palabra «Inocente», nos pusimos a gritar, a reír, a llorar y a abrazarnos, completamente ajenos a la presencia del juez. Este quiso cerrar el juicio con la misma corrección con que lo había presidido. Leyó una cita bastante larga de *Doce hombres*, de G. K. Chesterton, felicitó a la defensa, a la acusación y a los jurados, eximió a estos de sus funciones y declaró cerrado el proceso número 52.613 del pueblo de California contra Angela Davis.

En su alegría, mi madre estaba tan hermosa que me recordó las fotografías de su juventud. Me sentía más feliz por ella que por nadie más, incluso que por mí misma.

Lo último que deseaba hacer en aquel momento era dar una conferencia de prensa. No me sentía capaz de ordenar mis ideas y emociones para exponerlas ante cámaras y micrófonos. Pero era la única forma de dirigirme

a todos, de dar las gracias a todos. Cuando entramos en la sala de prensa, los miembros del jurado estaban dando fin a su conferencia. Como nunca había intercambiado una sola palabra con ellos, no sabía qué decirles. Me quedé en la puerta. La jurado que salió primero era la que todos habíamos considerado más favorable a la acusación. Me pregunté cómo reaccionaría. Cuando se acercó a mí, le tendí la mano, pero ella me abrazó y dijo: «Estoy muy contenta». Todos los demás jurados la imitaron.

En la calle, ante el edificio, se había reunido una gran cantidad de gente que acudió al enterarse del veredicto. Sin tener que pensar ya en el silencio que se me había impuesto ni en las condiciones de mi libertad provisional, pude hablar en público por primera vez en los veintidós meses transcurridos desde la revuelta de Marin. Agradecí a todos su presencia, su apoyo, y dije que debíamos seguir luchando por la libertad de Ruchell, de los seis hermanos de San Quintín y de todos los presos políticos.

Desde allí nos dirigimos a casa de Gloria y David, donde se alojaban mis padres. Familiares, abogados, camaradas, militantes del comité y la mayoría de los jurados vinieron conmigo y nos sentamos todos en el césped del jardín, al sol. Me sumergí en aquel momento, absorbiendo aquella felicidad, atesorándola. Porque sabía que sería breve. El trabajo y la lucha se extendían ante nosotros como un pedregoso camino.. Sin embargo, lo recorreríamos...

Pero primero el césped, el sol... y la gente.

---

37 En castellano en el original. *(N. del E.)*

38 En castellano en el original. *(N. del E.)*

39 En noviembre de 1970, J. Edgar Hoover denunció la existencia de una conspiración —«anarquista», según él— integrada por monjas, sacerdotes, maestros y estudiantes para secuestrar a Henry Kissinger y dinamitar los sistemas de calefacción de algunos edificios federales de Washington. En enero del siguiente año fueron acusados de ello Eqbal Ahmad, Philip Berrigan, Mary McAllister, Neil McLoughlin, Anthony Scoblick, Joseph Wenderoth y, posteriormente, Mary Cain Scoblick y John T. Glick. *(N. del E.)*

40 Modificación de *forewoman*, femenino de «presidente», con la nueva abreviatura *Ms*, creada para eliminar la distinción entre *Mrs* (señora) y *Miss* (señorita). *(N. de la T.)*

Epílogo

Aquella noche, durante la celebración de nuestra victoria, en medio del entusiasmo general, nos entregamos a una alegría sin límites. Pero mientras reíamos, mientras bailábamos sin descanso, éramos conscientes de un peligro: si veíamos aquel momento de triunfo como una conclusión y no como un punto de partida, ello equivaldría a olvidar a aquellos que seguían encadenados. Sabíamos que, para salvarles la vida, debíamos defender y desarrollar el movimiento.

Este fue el tema de la reunión de dirigentes del Comité Nacional Unido para la Liberación de Angela Davis que convocó Charlene el lunes por la noche, el día siguiente al de mi absolución. Temiendo que algunos comités locales pudiesen considerar terminada su misión, decidimos enviar inmediatamente un comunicado pidiéndoles a todos que continuasen sus actividades. Para asegurarnos de que este mensaje llegaba a las masas, decidimos que yo emprendería una gira en la que, además de expresar nuestra gratitud a quienes se habían sumado al movimiento que logró mi libertad, les pediría que siguiesen con nosotros mientras el racismo o la represión política tuviesen entre rejas a Ruchell, a Fleeta, a los hermanos de Attica o a cualquier otra persona.

Aún no llevaba una semana en libertad cuando salí para Los Ángeles con Kendra, Franklin y Rodney. Desde allí fuimos a Chicago y después a Detroit; a la manifestación de esta ciudad asistieron casi diez mil personas. En Nueva York hablé en el Madison Square Garden, en el concierto que había organizado nuestro Fondo de Defensa Jurídica para recoger dinero.

Recaía ahora sobre mí una enorme responsabilidad política, que me asustaba más que cualquier otra que hubiera asumido con anterioridad, porque sabía que estaban en juego vidas humanas. La única esperanza para los hermanos y hermanas encarcelados era nuestra capacidad de seguir impulsando el movimiento. En las grandes asambleas, a las que asistían mayoritariamente negros, expliqué que mi presencia ante ellos demostraba,

nada más y nada menos, el inmenso poder que tiene el pueblo unido y organizado para transformar sus deseos en realidades. Y les recordé que había otros muchos presos que también merecían beneficiarse de aquel poder.

A continuación fui a Dallas y a Atlanta y, después de pasar algún tiempo con mi familia en Birmingham, me dispuse a hacer una gira de un mes de duración por el extranjero. La campaña internacional en mi favor no solo había ejercido una presión decisiva sobre el Gobierno, sino que además había estimulado el desarrollo del movimiento de masas en nuestro país. En el centro del movimiento internacional estaba la comunidad de países socialistas. Por esta razón decidimos visitar especialmente la URSS, así como la República Democrática Alemana, Bulgaria, Checoslovaquia y Cuba. Nuestra última escala sería Chile.

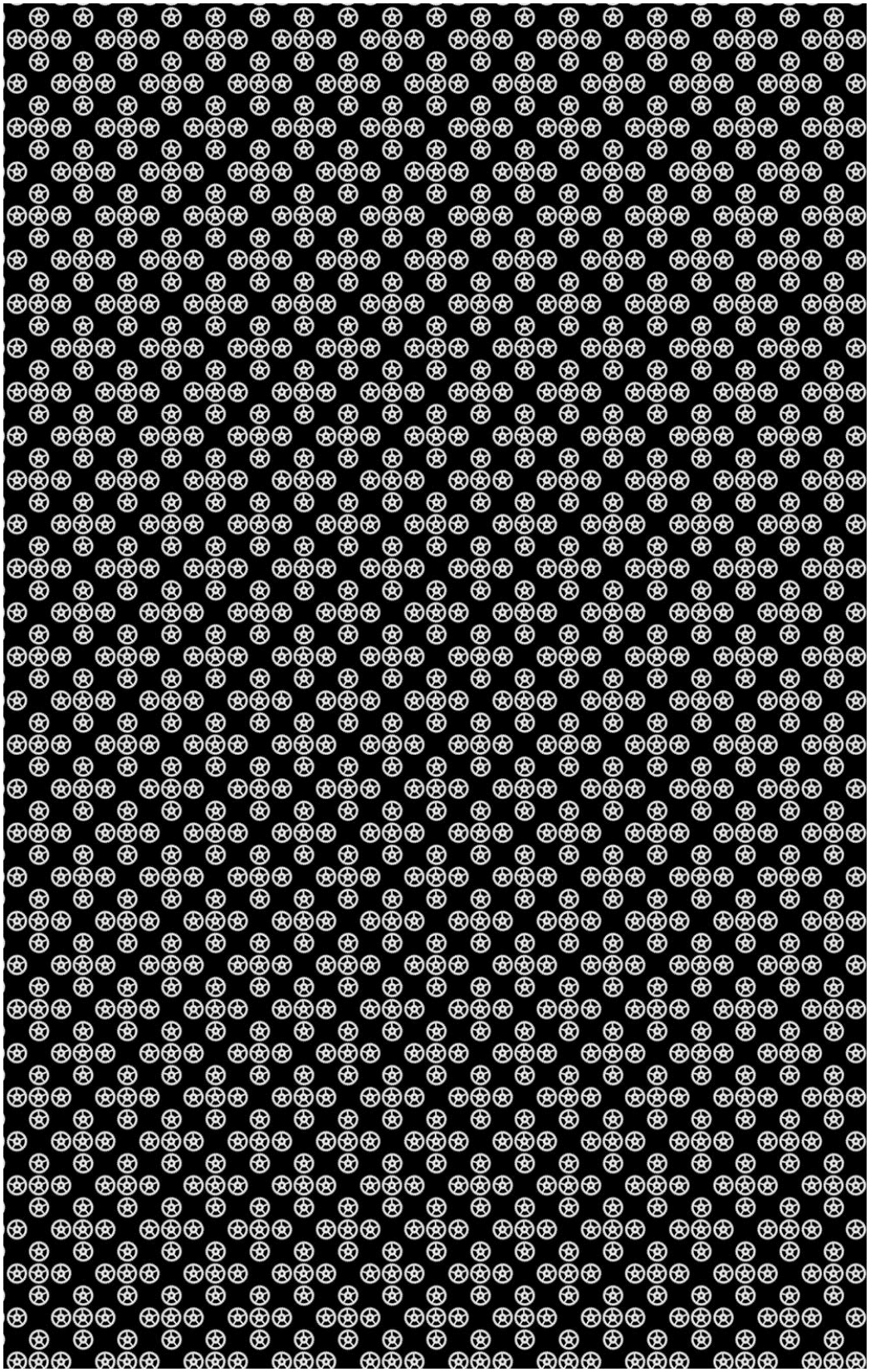
Consideramos aquel viaje como la continuación natural del que habíamos realizado por Estados Unidos: su finalidad principal era expresar mi gratitud a todos aquellos que habían colaborado en la lucha por mi libertad y llamar su atención sobre los demás presos políticos. En aquellos países, las manifestaciones reunían a tanta gente como yo nunca había visto junta: cientos de miles en la RDA, por ejemplo, y casi setecientas cincuenta mil personas en Cuba. En La Habana hablé del caso de Billy Dean Smith, un recluta negro que se oponía activamente a la guerra y a quien se acusaba del asesinato de dos oficiales blancos norteamericanos en Vietnam. En su alocución, el primer ministro Fidel Castro prometió en nombre del pueblo cubano que, al igual que habían luchado por mi liberación, elevarían ahora sus voces por la libertad de Billy Dean Smith. A la mañana siguiente, como por arte de magia, las paredes de La Habana aparecieron cubiertas de letreros exigiendo que Billy Dean Smith fuese puesto en libertad. En nuestros viajes por la isla, los niños que habían hecho dibujos y compuesto canciones acerca de Billy Dean venían a preguntarnos si podríamos salvar a su *hermano.*[41]

En Estados Unidos se había iniciado ya el proceso de consolidación de un Frente Unido que podía salvar a Billy Dean y, a la larga, a todos los presos políticos. Inmediatamente después de mi regreso, inicié otra gira por universidades y comunidades a fin de divulgar nuestros objetivos, recoger

fondos para la organización que estábamos formando y reunir información sobre los presos políticos del país.

Hoy, un año y medio después, hemos creado la Alianza Nacional contra la Represión Racista y Política, que tiene delegaciones en veintiún estados. Nuestros miembros son negros, chicanos, portorriqueños, amarillos, indios y blancos. Estamos orgullosos de haber logrado forjar la unidad entre comunistas, socialistas, demócratas de izquierda y nacionalistas; entre sacerdotes y no creyentes, entre obreros y estudiantes. Todos nosotros entendemos que la unidad es el arma más poderosa contra el racismo y la persecución política. Mientras escribo este epílogo, nos preparamos para marchar, al frente de miles de personas, hacia Carolina del Norte, donde celebraremos una manifestación a escala nacional el 4 de julio. Debemos conseguir que el reverendo Ben Chavis, dirigente negro, no sea sentenciado a 262 años de cárcel por los cargos que le imputa el estado. Debemos liberar a Donald Smith, que a los dieciséis años, por haber participado en el movimiento de su instituto, fue condenado a cuarenta años de reclusión. Y tenemos que rescatar a nuestra inocente hermana Marie Hill, cuya sentencia de pena de muerte, dictada cuando ella tenía solo dieciséis años, se ha convertido en una sentencia de muerte en vida: cadena perpetua sin posibilidad de libertad condicional.

En todo el país hay centenares e incluso miles de casos como el del reverendo Chavis, el de Donald Smith y el de Marie Hill. Nosotros —vosotros y yo— somos su única esperanza de vida y libertad.

---

41 En castellano en el original. *(N. del E.)*